



# El Poder que Preserva

Las crónicas de  
Thomas Covenant el Incrédulo  
**LIBRO III**

**STEPHEN R. DONALDSON**



Dos veces había sido transportado Thomas Covenant al Reino, al extraño mundo donde la magia era una realidad, donde era posible que residiera la realidad verdadera en la que Covenant no creía. Dos veces había sido obligado a unirse a los Amos, en su guerra contra el Amo Execrable, el eterno enemigo del Reino. Y si los habitantes de la Tierra fuésemos los muertos del Reino, Covenant podía ser el auténtico Berek Mediamano aunque en su exilio olvidara muchas cosas, hasta cómo usar el poder del oro blanco. Por tercera vez, es convocado. Los ejércitos del Execrable se han posesionado del Reino. Los Amos están sitiados. No hay lugar en que ponerse a salvo. Sólo Thomas Covenant podría enfrentarse a aquel último desafío.

**Lectulandia**

Stephen R. Donaldson

# **El poder que preserva**

**Las crónicas de Thomas Covenant el Incrédulo III**

ePub r1.0

AINoah 10.09.13

Título original: *The Power that Preserves*

Stephen R. Donaldson, 1977

Traducción: Jordi Fibla

Diseño de portada: rosmar71

Editor digital: AlNoah

ePub base r1.0

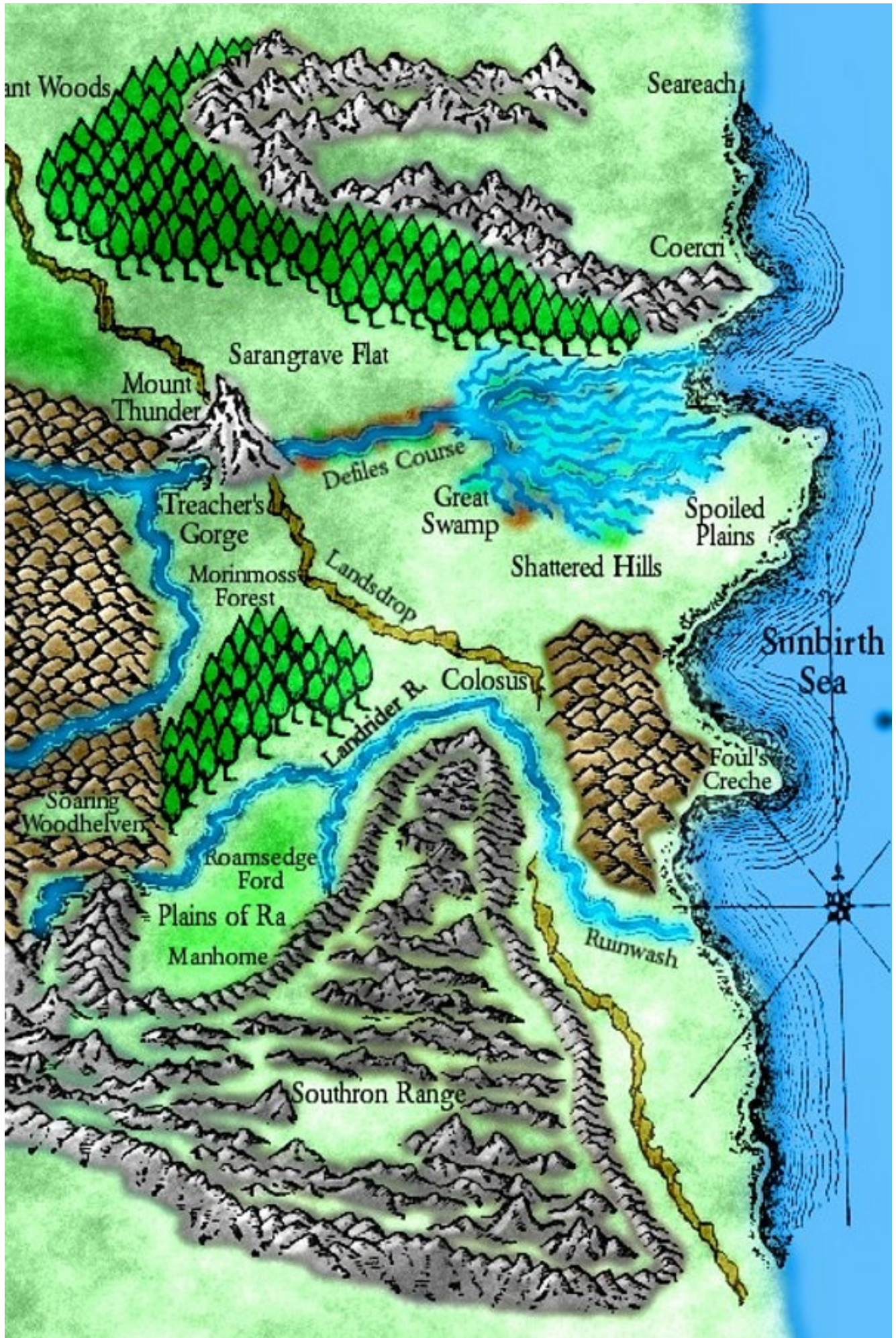
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para el doctor en Medicina James R. Donaldson,  
cuya vida expresó compasión y responsabilidad  
más elocuentemente que cualquier palabra.





*Sé fiel, Increduo*



## LO QUE HA SUCEDIDO HASTA AHORA

*Thomas Covenant era un escritor de éxito, cuya vida transcurría felizmente, hasta que una infección, a la que no prestó importancia, exigió la amputación de dos dedos de su mano derecha. Entonces supo que había contraído la lepra. Los progresos de la enfermedad fueron detenidos en una leprosería, pero al regresar a su hogar se da cuenta de que se ha convertido en un marginado. Su esposa se ha divorciado de él, y sus vecinos, impulsados por el temor propio de la ignorancia, evitan su trato.*

*Ansioso de relacionarse normalmente con sus semejantes y amargado por el rechazo de éstos, se dirige a la ciudad. Allí, tras un encuentro con un extraño mendigo, cae al suelo ante el morro de un coche patrulla de la policía. Al recobrar el conocimiento se encuentra en un mundo extraño, donde la voz maligna del Amo Execrable le ordena que lleve un mensaje de condenación a los Amos del Reino. En lo alto de una montaña, en la Atalaya de Kevin, una muchacha llamada Lena traba conocimiento con él y lo invita a su casa. Allí lo consideran una reencarnación de un héroe legendario, Berek Mediamano. A la vez afirman que su alianza matrimonial de oro blanco es un talismán dotado de un gran poder.*

*Lena le trata con un barro llamado marga antileSIONES, que al momento hace desaparecer la lepra. Esta curación súbita le produce un estado de excitación que le hace perder el control sobre sí mismo, y violar a Lena. A pesar de ello, Atiaran, madre de la muchacha, lo salva de las iras del amante de ésta, Triock, y accede a acompañarlo hasta Piedra Deleitosa, donde se encuentra la residencia de los Amos. Durante el viaje le habla de la antigua guerra entre los Amos de antaño y el Execrable, que terminó con una profanación del Reino prolongada durante milenios.*

*Covenant no puede aceptar la realidad del Reino donde por medio de la magia, la madera y la piedra proporcionan calor y luz. Se convierte en el Incrédulo porque no se atreve a descuidar la disciplina que requiere un leproso para sobrevivir. El Reino le parece una huida delirante de la realidad.*

*Con la ayuda de Corazón Salado Vasallodelmar, un Gigante amistoso, Covenant llega a Piedra Deleitosa. Allí los Amos le aceptan y le nombran ur-Amo. Quedan consternados cuando les comunica el mensaje del Amo Execrable: un Ente de la Cueva tiene en sus manos el poderoso Bastón de la Ley. Ya no tienen los poderes de los Antiguos Amos, a los que venció el Execrable. Sólo poseen la primera de las Siete Alas de la ciencia.*

*Deben proceder a la búsqueda del Bastón, retenido en las cavernas existentes bajo el Monte Trueno. Covenant va con ellos, custodiado por Bannor, uno de los Guardianes de Sangre que muchos siglos antes habían hecho un Voto de protección a los Amos. Se dirigen al sur, atacados por los esbirros del Execrable, hasta llegar a las llanuras de Ra. Allí, los hombres de Ra son los servidores de los Ranyhyn, los grandes caballos libres. Los Ranyhyn se doblegan ante el poder del anillo de Covenant, y éste ordena que uno de los caballos vaya hasta Lena una vez al año para cumplir su voluntad.*

*Los Amos cabalgan hasta el Monte Trueno. Tras numerosos encuentros con criaturas malignas y una magia tenebrosa, el Amo Superior Prothall arrebató el Bastón al Babeante, el Ente de la Cueva. Huyen cuando Covenant logra usar el poder de su anillo... sin comprender cómo lo ha hecho.*

*Mientras los Amos huyen, Covenant empieza a desvanecerse. Se despierta en una cama de hospital. Sólo han transcurrido algunas horas desde su accidente. La lepra que le afectaba ha vuelto a él, lo cual apoya su creencia de que el Reino es un engaño. Le dan de alta en el hospital y regresa a su casa.*

*Pero al cabo de un mes, su soledad encamina sus pasos a un club nocturno, donde una cantante le llama... Berek. Antes de que pueda preguntarle por qué le ha llamado así, el sheriff del lugar, movido por un exceso de celo, le obliga a regresar a su casa. Más tarde recibe una llamada telefónica de su esposa, pero antes de que pueda replicar a lo que le dice, tropieza y se golpea la cabeza, quedando inconsciente.*

*De nuevo se encuentra en el Reino... pero allí han transcurrido cuarenta años. El Amo Superior es ahora una mujer, Elena, la hija que resultó de la unión de Covenant y Lena. Sin embargo, el Ama no le guarda rencor, y crece una cálida relación entre ellos. Pero los Amos están desesperados. El Execrable ha encontrado la piedra Illearth, fuente de un gran poder maligno, y ahora se dispone a atacar. El ejército de los Amos, a cuyo frente está Hile Troy, que al parecer procede de la misma Tierra «verdadera» que Covenant, parece muy débil para hacer frente al desafío.*

*El Ama Superior envía a un grupo de Guardianes de Sangre y Amos a Coercri, ciudad de los Gigantes, a fin de obtener aliados para la guerra. Pero una vez allí descubren que el Execrable ha matado a los Gigantes... excepto a tres de ellos, cuyos cuerpos han sido poseídos por los Delirantes, los espíritus malignos de los antiguos lugartenientes del Execrable. Los Guardianes de Sangre y los Amos son atacados por un Gigante-Delirante, pero logran acabar con él, al menos en su forma corporal. Por desgracia los Guardianes de Sangre cogen el fragmento de la piedra Illearth que llevaba el Delirante, con la intención, de entregarla a los Amos.*

*Algunos de los Amos restantes viajan a Madera Deleitosa, una ciudad situada en un árbol inmenso, donde se enseña la Ciencia. Desde allí, Hile Troy dirige su ejército*

*hacia el sur, acompañado por el Amo Mhoram. En un intento desesperado, se enfrenta al ejército del Amo Execrable, mandado por otro Gigante Delirante. Troy es obligado a huir. Finalmente se retira a la Espesura Acogotante, donde Caerroil Bosqueagreste, un poderoso Forestal, cuida de los últimos árboles añejos y sensibles. Bosqueagreste salva de la destrucción a las últimas fuerzas del ejército de Troy y destruye al enemigo. Entonces ahorca al Delirante, haciendo que el espíritu maligno sufra y tenga que abandonar el cuerpo del Gigante.*

*Entretanto, Elena ha llevado a Covenant y sus guardianes de Sangre hacia el misterioso Vertedero Celeste de Melenkurion, una gran montaña cerca de la Espesura Acogotante. Los dirige Amok, un extraño servidor de la Ciencia de Kevin, que puede guiarlos hacia los antiguos misterios. Encuentran un paso en el corazón de la montaña, donde Amok envejece repentinamente antes de desvanecerse. Sin hacer caso de las súplicas de Covenant, Elena bebe del agua que Amok le ha mostrado y, al hacerlo, consigue el Poder de Mando. Convoca con arrogancia al espíritu del Amo Kevin y le ordena que destruya al Execrable, pero éste vence al espectro de Kevin con facilidad y entonces Kevin se vuelve contra Elena y el Bastón de la Ley, causando la muerte del Ama Superior.*

*Covenant y Bannor huyen por un río que fluye de la montaña. Covenant está lleno de desprecio hacia sí mismo, y de aflicción, culpándose de la muerte de Elena. Encuentran a Troy y el Amo Mhoram cerca de la Espesura Acogotante.*

*Caerroil Bosqueagreste envía a Mhoram a su hogar, pero convierte a Hile Troy en un árbol, para que llegue a ser aprendiz de Forestal. Y Covenant vuelve a desaparecer del Reino.*

*Recobra la conciencia en su casa. Su cuerpo vuelve a padecer la lepra, se ha producido una herida en la frente al caer y su esposa hace tiempo que ha colgado el teléfono. Y ahora debe hacer frente al conocimiento de que su impotencia ha dejado al Reino a merced de la destrucción, sin la mayor parte del ejército y sin el poder del Bastón de la Ley.*

*Éste es un breve resumen de La ruina del Amo Execrable y La guerra de Illearth, las dos primeras Crónicas de Thomas Covenant, el Incrédulo.*



## EL PELIGRO EN SUEÑOS



Thomas Covenant hablaba en sueños. En ocasiones era consciente de lo que estaba haciendo, pues los fragmentos inconexos de su voz le llegaban débilmente a través de su sopor, como parpadeos de inocencia. Pero no podía despertarse, pues el peso de su fatiga era excesivo. Balbuceaba como lo habían hecho millones de personas antes que él, sanas o enfermas, verdaderas o falsas, pero en su caso no había nadie para oírlo. No hubiera estado más solo de haber sido el último soñador con vida.

Cuando percibió el timbrado imperioso del teléfono, despertó gimiendo.

Por un instante, después de incorporarse en la cama, no pudo distinguir entre el sonido del teléfono y su propio terror. Ambos resonaban como una tortura en la niebla que envolvía su cabeza. Entonces el timbre volvió a sonar, y aquel ruido le hizo saltar de la cama, sudoroso, y le obligó a ir a la sala arrastrando los pies, como un vagabundo, para responder a la llamada. Sus dedos insensibles, fríos por la enfermedad, se movieron torpemente para coger el objeto de plástico negro, y cuando al fin logró asirlo, lo apoyó a un lado de la cabeza como si fuera una pistola.

No tenía nada que decir, por lo que esperó, desconcertado, a que hablara la persona que le llamaba.

—¿El señor Covenant? —le preguntó con tono inseguro una voz femenina—. ¿Thomas Covenant?

—Sí —murmuró él, y se interrumpió, vagamente sorprendido por todas las cosas que tenía en común con aquella palabra que había admitido como cierta.

—Ah, señor Covenant —dijo la voz—. Me llamo Megan Román. —Como él no dijo nada, la mujer añadió con una cierta acritud—: Soy su abogado. ¿No me recuerda?

No, no recordaba. No sabía nada de ningún abogado. La niebla que atería su mente hacía que se confundieran todos los vínculos de su memoria. A pesar de la distorsión telefónica, la voz de la mujer le parecía lejanamente familiar, pero no podía identificarla.

—Señor Covenant —siguió diciendo—. Soy su abogado desde hace dos años. ¿Qué le sucede? ¿No se encuentra bien?

La familiaridad de la voz le perturbaba. No quería recordar de quién se trataba.

—No tiene nada que ver conmigo —murmuró él lentamente.

—¿Bromea usted? No le habría llamado si no tuviera nada que ver con usted. No

tendría nada de qué hablarle si no se tratara de un asunto suyo.

El tono de la mujer reflejaba ahora irritación e incomodidad.

—No —insistió Covenant empeñado en no querer recordar. Por su propio bien, hizo un esfuerzo para articular—: La ley no tiene nada que ver conmigo. Lo estropeé todo. En cualquier caso, yo... No puede afectarme.

—Será mejor que cambie de parecer, porque sí puede afectarle. Y también será mejor para usted que me escuche. No sé qué le ocurre, pero...

Covenant la interrumpió, dándose cuenta de que estaba a punto de reconocer la voz.

—No —repitió—, la ley no me obliga porque estoy... fuera, separado. No puede tocarme. La ley es... —se interrumpió para buscar entre su niebla mental las palabras adecuadas a lo que quería decir—... no es lo contrario del Desprecio.

Entonces, a pesar suyo, reconoció la voz. A través de la desencarnada inexactitud de la línea telefónica, la identificó.

Era Elena.

Una tremenda sensación de derrota acabó con su resistencia.

—... de qué habla —decía la mujer—. Soy su abogado, Megan Román. Y si cree que la ley no puede afectarle, será mejor que me escuche. Ése es el motivo de mi llamada.

—Sí, la escucho —dijo él, renunciado definitivamente a resistirse.

—Escuche, señor Covenant. —La mujer dio rienda suelta a su irritación—. No puedo decir que me guste ser su abogado. Sólo pensar en usted me da repeluzno. Pero nunca he retrocedido ante un cliente hasta ahora y no tengo intención de empezar a hacerlo con usted. Ahora seréne y escúcheme con atención.

—Sí.

¿Elena?, se preguntó, gimiendo en silencio. ¿Era posible que se tratara de Elena? ¿Qué le había hecho?

—Muy bien. Voy a plantearle la situación. Esa... desgraciada escapada suya del sábado por la noche ha llevado las cosas a su límite. ¿Era necesario que fuera a un club nocturno, señor Covenant? Precisamente a uno de esos locales, de entre todos los lugares a los que podría haber ido.

—No pensaba hacerlo. —No se le ocurrían otras palabras para expresar su arrepentimiento.

—Bueno, ya está hecho. Pero el sheriff Lytton está en pie de guerra. Le ha proporcionado usted algo que puede utilizar en su contra. Ese señor se ha pasado la noche del domingo y esta mañana hablando con muchas personas de la vecindad. A mediodía se reúne el consejo municipal.

»Mire, señor Covenant, probablemente esto no hubiera ocurrido si nadie se acordara de la última vez que fue usted a la ciudad. Entonces se habló mucho, pero la

mayoría de la gente no tardó en calmarse. Ahora han vuelto a agitarse y quieren que se emprenda alguna acción contra usted. El consejo municipal pretende satisfacerles. Nuestro escrupuloso gobierno local va a proceder a una nueva zonificación de su propiedad. Probablemente Haven Farm será destinada a terreno industrial y se prohibirá el uso residencial. Una vez lo hayan hecho, pueden obligarle a marcharse. Lo más probable es que obtenga un buen precio por la granja..., pero no encontrará ningún otro lugar de este condado donde pueda vivir.

—Yo tengo la culpa —dijo Covenant—. Tenía el poder y no supe cómo usarlo.

Un odio antiguo y unos violentos deseos de matar parecían incendiar su sangre.

—¿Cómo dice? ¿Me está escuchando? Oiga, señor Covenant, es usted mi cliente, para bien o para mal. No tengo la intención de quedarme tan tranquila y permitir que le hagan una cosa así. Enfermo o no, tiene usted los mismos derechos civiles que cualquier otra persona. Y existen leyes para proteger a los ciudadanos particulares de... la persecución. Podemos presentar batalla. Ahora quiero... —Covenant pudo oír, contra el fondo metálico del teléfono, que la mujer hacía acopio de valor— quiero que venga a mi despacho hoy mismo. Estudiaremos la situación, veremos si vamos a apelar contra esa decisión o si la aceptamos. Comentaremos todas las ramificaciones y planearemos una estrategia. ¿De acuerdo?

Por un instante, Covenant percibió en el tono de la abogada la existencia de un riesgo sopesado.

—Soy un leproso —le dijo—. No pueden tocarme.

—¡Le cogerán por una oreja y le echarán de su casa! Maldita sea, Covenant, no parece comprender lo que se está tramando. Va a perder su hogar. Podemos oponernos..., pero usted es el cliente y yo no puedo hacer nada sin usted.

Sin embargo, la vehemencia de la mujer hizo que la atención de Covenant se retirase. Vagos recuerdos de Elena giraban en su mente.

—Ésa no es una buena respuesta —dijo distraídamente, y acto seguido colgó el teléfono.

Permaneció largo tiempo de pie, mirando con fijeza el negro instrumento. Algo en su color de alquitrán y su forma le recordó a Covenant que sufría.

Algo importante le había sucedido.

Como si fuera por primera vez, oyó a la abogada decir: «El domingo por la noche y esta mañana». Se puso rígido y miró al reloj de pared. Al principio no pudo concentrar su mirada en la esfera, que parecía haberse vuelto opaca, pero al fin logró discernir la hora. El sol de la tarde al otro lado de las ventanas se la confirmó.

Había dormido durante más de treinta horas.

Pensó en Elena. La mujer que le había llamado no podía haber sido Elena, porque Elena estaba muerta... Su hija había muerto, y por su culpa.

Empezó a sentir latidos en la frente. El dolor raspaba su mente como una luz

brillante y brutal. Agachó la cabeza, tratando de evadirla.

Elena ni siquiera había existido. Jamás existió. Él había soñado toda aquella fantasía.

¡Elena!, gimió. Se volvió y regresó con paso vacilante a su dormitorio. Mientras andaba la niebla de su cerebro adoptaba un tono carmesí.

Cuando entró en la habitación, sus ojos se dilataron de sorpresa al ver la almohada. Se detuvo. La funda estaba llena de manchones negros. Parecían algo putrefacto, una especie de hongos que royeran la limpia blancura de la tela.

Instintivamente se llevó una mano a la frente, pero sus dedos insensibles no le dijeron nada. La enfermedad que parecía ocupar toda la cavidad de su cráneo empezó a reírse. Sus entrañas vacías se retorcieron con una náusea. Sosteniéndose la frente con ambas manos, fue tambaleándose al baño.

Vio la herida de la frente en el espejo situado encima del lavabo.

Por un instante, no vio nada más que la herida. Parecía una lesión leprosa, una invisible mano leprosa que aferrara la piel de su frente. Unas negras costras de sangre colgaban de los abruptos bordes de la herida, moteando la carne pálida como una profunda gangrena, y a través de las grietas en las grandes postillas rezumaba sangre y líquido. Covenant sintió como si la infección se abriera paso en línea recta hacia el cerebro, horadando su cráneo. Aquella visión le hirió como si hediera ya a enfermedad y muerte horrenda.

Presa de temblores, abrió los grifos para llenar el lavabo. Mientras el agua espumeaba, se apresuró a enjabonarse las manos. Pero se detuvo al reparar en el anillo de oro que llevaba en el dedo anular. Recordó la ardiente energía que había pulsado a través de aquel metal en su sueño. Podía oír a Bannor, el Guardián de Sangre que le había salvado la vida, gritándole:

—¡Sálvala! ¡Debes hacerlo!

Y se oía a sí mismo replicar:

—¡No puedo!

Podía oír los gritos de Hile Troy:

—¡Leproso! ¡Eres demasiado egoísta para amar a nadie que no seas tú mismo!

Se estremeció al recordar la herida que permanecía abierta en su frente.

Elena había muerto por su culpa.

Pero Elena nunca había existido.

Había caído en aquella grieta, luchando desesperadamente contra el espectro del furioso Kevin Arrasatierra, a quien ella había obligado a salir de su tumba gracias al Poder de Mando. Había caído, muriendo al caer, y el Bastón de la Ley se había perdido. Y él ni siquiera había levantado la mano para salvarla.

Elena nunca existió. Él la había soñado mientras yacía inconsciente tras golpearse la cabeza contra el borde de la mesa del tresillo.

Dividido entre horrores contradictorios, contempló su herida como si fuera un grito contra él, una denuncia con dos bordes. Le gritaba desde el espejo que la profecía de su enfermedad se había cumplido.

Gimiendo, se apartó del espejo y regresó rápidamente al teléfono. Con las manos enjabonadas, goteantes, y torpes movimientos, marcó penosamente el número de los padres de Joan. Tal vez Joan estuviera allí. Había sido su esposa y necesitaba hablar con ella.

Pero cuando había marcado la mitad de las cifras, colgó el receptor. En su memoria, podía verla ante él, pura y, en consecuencia, implacable. Todavía creía que se había negado a hablar con ella cuando le llamó el sábado por la noche. No le perdonaría el desaire que le había hecho sin poder evitarlo.

¿Cómo podría decirle que necesitaba su perdón por haber permitido que otra mujer muriera en sus sueños?

Sin embargo, necesitaba a alguien... alguien a quien poder gritarle: ¡Ayúdame!

Ya había recorrido tan largo trecho del camino que lleva al final de un leproso, que no podía retroceder solo.

Pero no podía llamar a los médicos de la leprosería. Le harían regresar a Louisiana, le tratarían, le entrenarían y aconsejarían. Le harían volver a la vida como si su enfermedad fuese lo único que importaba, como si la prudencia fuera sólo superficial, como si la aflicción, el remordimiento y el horror no fuesen más que ilusiones, trucos realizados con espejos, sin importancia en el ambiente de cromo, loza, limpias y blancas sábanas de hospital y luces fluorescentes.

Le abandonarían a la irrealidad de su pasión.

Jadeaba ásperamente, como si el aire de la habitación estuviera demasiado estancado para sus pulmones.

Necesitaba...

Hizo girar convulsamente el dial del teléfono para llamar a Información, y obtuvo el número del club nocturno donde había ido a beber la noche del sábado. Cuando consiguió el número y lo marcó, la mujer que se puso al aparato le dijo con tono aburrido que Susie Thurston había dejado el club. Antes de que a él se le ocurriera preguntarlo, la mujer le informó del lugar donde tenía sus próximas actuaciones la cantante.

Llamó de nuevo a Información y luego puso una conferencia a larga distancia con el lugar donde estaba previsto que actuara Susie Thurston. La telefonista de aquel club le comunicó con su camerino sin hacerle ninguna pregunta.

En cuanto oyó la voz baja e infantil de la mujer, Covenant jadeó intensamente.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Te instigó él? ¿Cómo lo hizo él? Quiero saber...

La mujer le interrumpió con aspereza.

—¿Quién es usted? No sé de qué demonios me habla. ¿Quién se cree que es? No



le he hecho nada.

—Fue el sábado por la noche. ¿No lo recuerdas?

—No le conozco en absoluto, tío. No le he hecho nada. Ande, muérase y deje libre mi teléfono.

—Me lo hizo el sábado por la noche. Él la instigó, y usted me llamó «Berek».

Berek Mediamano, el héroe de su sueño muerto mucho tiempo atrás. Las gentes que poblaban su sueño, los habitantes del Reino, habían considerado a Covenant como Berek Mediamano renacido, basando su creencia en la falta de dos dedos de la mano derecha..., los que había perdido a causa de la lepra.

—Aquel viejo mendigo loco le dijo que me llamara Berek, y usted lo hizo.

La mujer se quedó silenciosa un momento antes de responder:

—Oh, es usted, aquel tipo... En el club dijeron que era un leproso.

—Usted me llamó Berek. —La voz de Covenant se quebró como si se estuviera asfixiando en la atmósfera sepulcral de la casa.

—Un leproso —dijo ella en voz baja—. ¡Por todos los diablos! Pude haberle besado. Desde luego me engañó, tío. Se parece a un amigo mío como una gota de agua a otra.

—Berek —gimió Covenant.

—¿Qué... «Berek»? No me oyó bien. Dije «Berrett». Berrett Williams es amigo mío. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, y he aprendido mucho de él, pero casi siempre estaba borracho. Era una especie de payaso. Ir a escucharme sin decirme ni palabra sería muy propio de él. Y usted parecía...

—Él le pidió que lo hiciera. Fue aquel viejo mendigo. Trata de hacerme algo.

—Mire, tío, lo que usted tiene es lepra cerebral. No conozco a ningún mendigo. Ya estoy rodeada de suficientes viejos inútiles. Oye, a lo mejor eres Berrett Williams, porque esto parece una de sus bromas. Berrett, maldito seas, si me estás haciendo alguna jugada...

Covenant volvió a sentir náuseas. Colgó el teléfono y se contrajo, pero estaba demasiado vacío para poder vomitar. No había comido nada en las últimas cuarenta y ocho horas. Se enjugó el sudor de los ojos con las puntas de los dedos insensibles y marcó de nuevo el teléfono de Información.

El jabón semiseco de sus dedos hizo que le escocieran los ojos y se le empañara la visión. Obtuvo el número que deseaba y puso otra conferencia a larga distancia.

—Ministerio de Defensa —le respondió una recia voz militar.

Covenant volvía a tener los ojos húmedos, como arrasados en lágrimas de vergüenza. Parpadeó mientras decía:

—Quisiera hablar con Hile Troy.

También Troy había aparecido en su sueño, pero aquel hombre había insistido en que era real, un habitante del mundo verdadero y no una ficción de la pesadilla de

Covenant.

—¿Hile Troy? Un momento, señor —Covenant oyó un ruido de páginas pasadas rápidamente. Luego la voz añadió—: Señor, no tengo relacionado a nadie con ese nombre.

—Hile Troy —repitió Covenant—. Trabaja en uno de sus... sus departamentos de investigación. Tuvo un accidente. Si no murió, ya debería estar trabajando de nuevo.

La voz militar perdió algo de su reciedumbre.

—Mire, señor, si trabaja aquí, como usted dice, entonces forma parte del personal de seguridad, y no podría ponerme en contacto con él aunque figurase en mi relación.

—Consiga simplemente que se ponga al aparato —gimió Covenant—. Hablará conmigo.

—¿Cómo se llama usted, señor?

—Le digo que hablará conmigo.

—Es posible, pero aún así necesito saber su nombre.

—¡Qué diablos! —Covenant se enjugó los ojos con el dorso de la mano. Luego dijo con tono abatido—: Soy Thomas Covenant.

—Gracias, señor. Le pondré con el mayor Rolle. Quizás él pueda ayudarle.

La voz se interrumpió. Covenant pudo oír un ruido de fondo, una serie de chasquidos metálicos, como el tic-tac de un reloj. Su tensión fue en aumento. La herida de la frente latía dolorosamente. Apretó el teléfono contra su cabeza y se rodeó con el brazo libre, esforzándose por serenarse. Cuando alguien se puso de nuevo al otro lado de la línea, apenas pudo refrenar un grito.

—¿Señor Covenant? —le dijo una voz suave, insinuante—. Soy el mayor Rolle. No logramos localizar a la persona con la que desea hablar. Como puede comprender, este ministerio es muy grande. ¿Puede proporcionarme más datos de esa persona?

—Se llama Hile Troy. Trabaja en uno de sus departamentos de investigación y es ciego.

Las palabras le temblaban entre los labios, como si se estuviera helando.

—¿Ciego, dice usted? Señor Covenant, ha mencionado un accidente. ¿Puede decirme lo que le ocurrió a ese señor Hile Troy?

—Déjeme sólo hablar con él. ¿Está ahí o no?

El mayor vaciló y luego replicó:

—No tenemos ciegos en este ministerio, señor Covenant. ¿Podría indicarme la fuente de su información? Me temo que ha sido víctima de un...

Covenant gritó abruptamente, lleno de furor.

—¡Se cayó por una ventana cuando se incendió su apartamento y murió! ¡Nunca ha existido!

De un violento tirón, arrancó el cable telefónico de su enchufe. Luego se volvió y arrojó el teléfono contra el reloj de la pared. El instrumento rompió el reloj y cayó al

suelo, rebotando como si fuera inmune a cualquier daño, pero el reloj quedó hecho añicos.

—¡Murió hace varios días! ¡Nunca existió!

En un paroxismo de furor, derribó la mesita de centro y la golpeó con un pie insensible calzado en una bota. La mesa rompió en su caída el marco que contenía la foto de Joan. Covenant pateó de nuevo la mesa, y luego volcó el sofá, saltó por encima de él y arremetió con las estanterías de los libros, derribándolas una tras otra.

En pocos instantes, el orden nítido de la estancia del leproso había degenerado en un caos peligroso. En seguida se precipitó a su dormitorio. Con sus torpes dedos se sacó el cortaplumas del bolsillo, lo abrió y rasgó con él la almohada manchada de sangre. Entonces, mientras las plumas caían como una nieve culpable sobre la cama y las mesitas de noche, se guardó la navaja en el bolsillo y salió de la casa dando un portazo.

Corrió al bosque que se extendía detrás de Haven Farm, entre cuya espesura estaba la cabaña en la que tenía su estudio. Si no podía hablar de su aflicción, quizá podría ponerla por escrito. Mientras avanzaba por el sendero a toda prisa, sus dedos se tensaban como si anhelaran golpear las teclas de la máquina para escribir: «¡Socorro, socorro, socorro!». Pero cuando llegó a la cabaña, descubrió que parecía como si ya hubiera estado allí. La puerta había sido arrancada de sus goznes, y en el interior los cascotes de sus máquinas de escribir yacían abollados entre sus archivos y papeles desparramados por el suelo. Habían arrojado excrementos sobre aquel desorden, y las pequeñas habitaciones hedían a orina.

Al principio contempló aquel desbarajuste como si se hubiera sorprendido a sí mismo en un acto de amnesia. No podía recordar haber causado aquel desastre, porque sabía que no lo había hecho. Era el resultado de un acto vandálico, un ataque contra él como el incendio de sus establos días o semanas atrás. El perjuicio inesperado le dejó estupefacto. Por un instante olvidó lo que acababa de hacer en su propia casa. Él no había sido nunca un hombre violento, él no podía perder los estribos de aquel modo.

Entonces el reducido espacio de la cabaña pareció ahogarle, como si las paredes convergieran hacia él. Una sensación de sofoco le oprimió el pecho. Por tercera vez anhelaba vomitar y no podía.

Jadeando entre los dientes apretados, huyó al bosque.

Al principio anduvo sin rumbo, internándose en la espesura con la máxima rapidez que le permitía su fatiga, con el único propósito de huir. Pero cuando el sol se puso tras las colinas y la oscuridad borró los caminos, encaminó sus pasos hacia la ciudad. La idea de la gente le atraía como un señuelo. Mientras avanzaba penosamente entre las sombras crepusculares de un anochecer primaveral, sentía en sus entrañas unos extraños e irracionales accesos de esperanza. A intervalos

irregulares pensaba que la mera visión de un rostro sereno, que no le recriminase nada, bastaría para confortarle, suavizando el horror de su situación.

Temía ver semejante rostro. El juicio implícito de su salud sería más de lo que podría soportar.

Sin embargo, avanzó vacilante a través del bosque como una mariposa que aleteara en una búsqueda semivoluntaria de la inmolación. No podía resistirse a la fría seducción de la gente, la fascinación y el dolor de su mortalidad común. ¡Socorro! Cada cruel acceso de esperanza le hacía estremecerse. ¡Ayudadme!

Pero cuando se aproximaba a la ciudad, cuando salió de la espesura del bosque y se encontró tras las casas antiguas y desparramadas que rodeaban como una muralla defensiva el núcleo comercial de la pequeña población, no pudo hacer acopio del valor necesario para aproximarse más. Las ventanas iluminadas, los porches y los senderos para vehículos parecían infranqueables. Tendría que desafiar a un exceso de iluminación y exponerse demasiado para llegar a cualquier puerta, ya se abriera o no para él. La noche era el único refugio que le quedaba para su terrible vulnerabilidad.

Gimiendo de frustración y anhelo, intentó obligarse a proseguir. Avanzó de una casa a otra, buscando una, cualquiera, que pudiera ofrecerle una débil posibilidad de consuelo. Pero las luces le rechazaban. La absoluta indecencia que suponía introducirse en el hogar de personas desprevenidas se añadía a su temor para refrenarlo. No podía imponerse a los hombres y mujeres que se hallaban en el santuario de su intimidad tras la brillante iluminación de las ventanas. No podía soportar el peso de más víctimas por su culpa.

De esta manera, avanzando furtivamente por las afueras de la comunidad como un fútil espectro, un fantasma impotente para causar terror, rebasó las casas y luego regresó como había llegado, reemprendiendo el camino hacia Haven Farm como una hoja seca, frágil hasta el punto de quebrarse, y apta para el fuego.

Hubo momentos, durante los tres días siguientes, en que sintió deseos de prender fuego a su casa, convertirla en una antorcha, en la pira o el sepulcro de su impureza. En otros instantes menos frenéticos, anhelaba simplemente abrirse las venas y dejar que se fuera poco a poco su vida miserable. Pero no podía resolverse a realizar ninguno de los dos actos. Dividido entre horrores, parecía haber perdido el poder de decisión. La escasa fuerza de voluntad que le quedaba la empleó para negarse alimento y descanso.

Dejó de comer porque ya había ayunado en una ocasión anterior, y el hambre le ayudó a transitar por una selva de autoengaños, hasta que se dio cuenta de la monstruosidad que había cometido con Lena, la madre de Elena. Ahora quería hacer lo mismo, terminar con todas las excusas, justificaciones, digresiones y defensas, enfrentándose a su condición en sus términos más sombríos. Si no lograba hacerlo, cualquier conclusión a la que llegara sería traicionada desde su concepción, como

Elena, por la insuficiencia de su probidad o su comprensión.

Combatió su profunda necesidad de descanso porque temía lo que pudiera sucederle mientras dormía. Había aprendido que el inocente no dormía. La culpa se iniciaba en los sueños.

Ninguna de estas abnegaciones fue superior a sus fuerzas. La náusea que acechaba constantemente en la boca de su estómago le ayudaba a mantenerse sin comer. Y la angustia de su situación no le abandonaba, se aferraba a él y le rozaba como un arnés, engendraba en él una amarga bilis que parecía anegarle el alma. Cada vez que le amenazaba la penuria de sus recursos, salía apresuradamente de su casa, como un viento perdido, y recorría las colinas a lo largo de muchos kilómetros, subiendo y bajando sin cesar en toda la extensión de la sierra Righters. Y cuando el agotamiento le impedía levantarse, se tendía entre los muebles rotos de la sala de estar de su casa, de manera que si se dormía estaría demasiado incómodo para descansar con suficiente profundidad para tener sueños.

Durante todo este período, no hizo nada para cuidar de su enfermedad. Descuidó la OVE —la observación visual continua de extremidades, de la que dependía su lucha contra la lepra— y otros hábitos autoprotectores como si hubieran perdido todo significado para él. Dejó de tomar los medicamentos que en otro tiempo detuvieron la extensión de su enfermedad. La herida de la frente se le infectó. Una fría insensibilidad iba royendo lentamente sus extremidades, por los nervios de manos y pies. Covenant lo aceptaba todo, haciendo caso omiso del peligro. Era justo castigo, y se lo tenía bien merecido.

Sin embargo, cada noche le acometía el mismo talante visionario. En la penumbra crepuscular, su necesidad de compañía se hacía insoportable, y le hacía salir, escupiendo y rechinando los dientes hacia la oscuridad exterior, más allá de las luces del pueblo. Noche tras noche intentaba dirigirse a la puerta de una casa, de un hogar cualquiera, pero no lograba alimentar suficiente valor para acercarse a las luces. La gente que se encontraba a la distancia de un tiro de piedra era tan inalcanzable como si viviera en otro mundo. Cada noche renunciaba a su búsqueda de compañía ante el monótono aspecto de su propia debilidad... y por el dolor palpitante que llenaba su cráneo a medida que crecía la infección de su frente.

Elena había muerto por su culpa. Era su hija y la había amado. Sin embargo, la había llevado a una trampa mortal.

Elena nunca había existido.

Covenant no podía encontrar una respuesta a aquel dilema.

Entonces, un jueves por la noche, algo frenó el declive incesante hacia la total degradación. Mientras deambulaba como un espectro inútil, percibió unos sonidos acarreados por la brisa. Una tonada se alzaba y caía, como una voz que declamara, y entre sus versos oyó cánticos. Desencarnadas en la oscuridad, las voces tenían un aire

doliente, como una invitación a una reunión de almas en pena... Era como si los versos y las canciones se comunicaran sus respectivos dolores. Abriéndose paso a través de las oscuras afueras de la población, Covenant siguió el rastro de aquella triste música.

Le condujo más allá de las casas, rodeando la ciudad, y por la carretera, hasta el campo yermo donde los habitantes del lugar celebraban un desfile patriótico el día de la fiesta nacional. Algunas personas corrían hacia el campo, como si llegaran tarde, y Covenant las evitó apartándose de la carretera. Cuando llegó al campo, vio que habían levantado una gran carpa en su centro. Todos los lados de la tienda habían sido enrollados, de modo que la luz de los faroles brillaba vívidamente bajo la lona.

La carpa estaba llena de gente, que se sentaba en bancos una vez concluidos los cánticos, mientras que unos acomodadores guiaban a los rezagados a los últimos asientos vacíos. Los bancos, en filas apretadas, se disponían ante una amplia plataforma delante de la tienda, donde estaban tres hombres sentados. Se hallaban detrás de un pesado púlpito, y detrás de ellos había un altar improvisado, construido apresuradamente con tablones de pino y adornado sobriamente con unas velas torcidas y una deslustrada y mellada cruz metálica.

Mientras la gente se acomodaba en los bancos, uno de los hombres en la plataforma, un hombrecillo regordete, vestido con un traje negro y una camisa blanca, se levantó y avanzó hasta el púlpito.

—Recemos —dijo en tono grave y apremiante.

Todos los presentes inclinaron las cabezas. Covenant estaba a punto de marcharse, disgustado, pero la serena confianza que emanaba del tono de aquel hombre le retuvo. Escuchó, a pesar suyo, mientras el hombre apoyaba las manos en el púlpito y oraba suavemente:

—Querido Jesús, Señor y Salvador nuestro, dignate mirar las almas que se han reunido aquí. Mira en sus corazones, Señor, ve el dolor, la angustia, la soledad y la tristeza, y el pecado, sí, y el hambre de Ti en sus corazones. Consuélalos, Señor, ayúdalos, cúrales. Enséñales la paz y el milagro de rezar en tu verdadero nombre. Amén.

—Amén —respondieron todos los presentes al unísono.

La voz de aquel hombre impresionó a Covenant, percibió algo en ella que parecía sinceridad, sencilla compasión. No podía estar seguro, pues él tenía la sensación de haber aprendido en sueños lo poco que sabía sobre la sinceridad. Pero no se marchó, sino que mientras la gente alzaba sus cabezas tras la plegaria, avanzó cautamente hacia la luz y se acercó a la tienda lo suficiente para leer un gran cartel clavado en un poste al lado de la carretera. Decía:

Cruzada de la SALUD PASCUAL

Doctor D. Sam Johnson  
predicador y curador  
sólo desde esta noche hasta el domingo

Otro hombre se aproximó al púlpito de la plataforma. Llevaba alzacuello y una cruz de plata colgaba sobre su pecho. Se ajustó sus pesadas gafas a la nariz y dirigió una radiante sonrisa a los reunidos.

—Estoy sumamente contento de tener aquí al doctor Johnson y a Matthew Logan. Se les conoce en todo el estado por su espléndida intercesión para satisfacer las necesidades espirituales de gentes como nosotros. No necesito decirles cuánto necesitamos la prédica aquí, cuántos de nosotros hemos de recuperar esa fe curadora, sobre todo en esta época de Pascua. El doctor Johnson y el señor Logan nos ayudarán a volver a la incomparable gracia divina.

El hombre bajito vestido de negro se levantó de nuevo y dijo:

—Gracias, señor. —El ministro vaciló y luego abandonó el púlpito, como si le hubieran despedido, interrumpido en las etapas iniciales de una larga introducción, y el doctor Johnson siguió diciendo con aire congraciador—: Amigos míos, he aquí a mi querido hermano en Cristo, Matthew Logan. Habéis escuchado su maravillosa canción. Ahora leerá la divina Palabra de Dios para nosotros. Hermano Logan.

Al subir al púlpito, la gran envergadura de Matthew Logan descolló al lado del doctor Johnson. Aunque parecía carecer de cuello, la cabeza que reposaba sobre sus anchos hombros estaba a medio metro por encima de la de su compañero. Con gesto autoritario, pasó las páginas de una maciza Biblia encuadernada en negro que estaba sobre el púlpito, encontró lo que buscaba e inclinó la cabeza para leer, como si fuera un gesto de deferencia a la Palabra de Dios.

Empezó sin preámbulos:

—Pero si no me escucháis y no cumplís todos estos mandamientos, si despreciáis mis preceptos y rechazáis mis normas, no haciendo caso de todos mis mandamientos y rompiendo mi alianza, también yo haré lo mismo con vosotros. Traeré sobre vosotros el terror, la tisis y la fiebre, que os abrasen los ojos y os consuman el alma. Sembraréis en vano vuestra semilla, pues se la comerán vuestros enemigos. Me volveré contra vosotros y seréis derrotados ante vuestros enemigos; os tiranizarán los que os aborrecen y huiréis sin que nadie os persiga. Quebrantaré vuestra orgullosa fuerza y haré vuestro cielo como hierro y vuestra tierra como bronce. vuestras fuerzas se consumirán en vano, pues vuestra tierra no dará sus productos ni el árbol del campo sus frutos.

»Y si seguís enfrentándoos conmigo y no queréis oírme, volveré a castigaros siete veces más por vuestros pecados. Soltaré contra vosotros las fieras salvajes, que os privarán de vuestros hijos, exterminarán vuestro ganado y os reducirán a unos pocos,

de modo que vuestros caminos queden desiertos. También yo me enfrentaré con vosotros, y traeré sobre vosotros la espada vengadora de la alianza. Os reuniréis entonces en vuestras ciudades, pero yo enviaré la peste en medio de vosotros y seréis entregados en manos del enemigo.

Mientras Matthew Logan recitaba aquellas palabras, Covenant se sentía atraído por su hechizo. La promesa de castigo le conmovía, le atrapaba como si fuera una trampa que hubiese estado oculta, en espera de su alma triste y desolada. Obedeciendo a un impulso ajeno a su voluntad, avanzó hacia la tienda, como si las imprecaciones bíblicas tirasen de él.

—Si con esto no me obedecéis y seguís enfrentándoos conmigo, yo me enfrentaré a vosotros con ira, y os castigaré yo mismo siete veces más por vuestros pecados. Comeréis la carne de vuestros hijos y la carne de vuestras hijas comeréis. Yo mismo os aborreceré. Reduciré vuestras ciudades a ruina. Os esparciré entre las naciones y desenvainaré la espada en pos de vosotros. Vuestra tierra será un yermo y vuestras ciudades una ruina. Entonces pagará la tierra sus diversiones, durante todos los días que esté desolada.

Covenant se agachó y pasó por debajo de la lona, que no llegaba hasta el suelo. Se encontró en la parte trasera de la tienda, al lado de un acomodador, el cual le dirigió una mirada de desconfianza, pero no hizo ademán de ofrecerle un asiento. Sobre la plataforma, en el otro extremo, Matthew Logan parecía un feroz patriarca dirigiendo un justo castigo a las vulnerables cabezas gachas, por debajo de él. Las imprecaciones levantaron una tormenta en el interior de Covenant, y temió ponerse a gritar antes de que terminaran. Pero Matthew se detuvo en aquel punto y pasó de nuevo las páginas de la Biblia. Cuando encontró el pasaje que buscaba, lo leyó con más sosiego.

—Por tanto, quien coma el pan o beba el vino del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados. Mas, al ser castigados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.

El orador cerró la Biblia y regresó impasible a su asiento.

El doctor Sam B. Johnson se puso en pie al instante. Ahora parecía rebosante de energía. Estaba deseando hablar, y los carrillos le temblaban de emoción mientras se dirigía a su auditorio.

—¡Qué maravillosas son las Palabras de Dios, amigos míos! ¡Con qué rapidez llegan al corazón! ¡Qué consoladoras son para los enfermos, los afligidos, los débiles! ¡Y con qué facilidad hacen que se sienta inquieto incluso el más puro de nosotros! ¡Escuchad, amigos míos! Escuchad la palabra del Apocalipsis:



»“Al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida gratuitamente. Esta será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él, y él será hijo para mí. Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impúdicos, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre: que es la muerte segunda”.

»¡Qué maravillosas palabras de Dios! Aquí, en un breve pasaje, escuchamos los dos grandes mensajes de la Biblia, la Ley y el Evangelio, la Antigua Alianza y la Nueva. Al principio, el hermano Logan os ha leído un texto del Antiguo Testamento, del capítulo vigesimoséptimo del Levítico. ¿Lo habéis escuchado, amigos míos? Ésa es la voz del Señor Todopoderoso. No se anda con rodeos, amigos míos, no tiene pelos en la lengua, no oculta las cosas bajo bonitos nombres y un lenguaje elegante. ¡No! Os dice que si pecáis, si quebráis Su Ley, os aterrará y os hará enfermar, arruinará vuestras tierras y os atacará con plagas y pestes. Y si, aún así, seguís pecando, os convertirá en caníbales y lisiados. “Entonces la tierra pagará sus ocios, durante todos los días que esté desolada”.

»¿Y sabéis qué es la Ley, amigos míos? Puedo resumíroslo con las palabras del Apocalipsis: “No serás cobarde, incrédulo o corrupto”. No digamos ya el asesinato, la fornicación, la hechicería, la idolatría, las mentiras. Todos los que estamos aquí somos buenas personas. No hacemos esa clase de cosas. Pero ¿habéis temido alguna vez? ¿Habéis decaído aunque sólo sea un poco en vuestra fe? ¿No habéis logrado manteneros siempre limpios de corazón y de mente? “Entonces la tierra pagará sus ocios, durante todos los días que esté desolada.” El apóstol Pablo llama al pan, pan y al vino, vino. Dice: “Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos.” Pero Jesús va más lejos y dice: “Alejaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”.

»¿Oigo vuestras protestas? ¿Oigo que alguno de vosotros se dice a sí mismo: “Nadie puede ser tan bueno. Soy humano y no puedo ser perfecto”? ¡Tenéis razón! Claro que tenéis razón. Pero a la Ley de Dios no le interesan vuestras excusas. Si sois cojos, si padecéis artritis, si os quedáis ciegos u os falla el corazón, si sois paráliticos, si tenéis esclerosis múltiple o diabetes o cualquier otro de esos caprichosos nombres que enmascaran el pecado, podéis estar seguros de que la maldición de Dios ha caído sobre vosotros. ¡Pero aunque estéis sanos, no os consideréis a salvo! Sólo tenéis la suerte de que Dios “no se enfrente a vosotros con ira”. No podéis ser perfectos, amigos míos. Y a la Ley no le importa el esfuerzo que hagáis para intentarlo. En lugar de decirnos que habéis sido valerosos al intentarlo, escuchad la Biblia. La Antigua Alianza os lo dice de una manera tan clara como el día: “El afectado por la lepra llevará los vestidos rasgados y desgreñada la cabeza, se cubrirá hasta el bigote e irá gritando: ‘¡Impuro! ¡Impuro!’”.

Ahora tenía al auditorio en la palma de la mano. La rotunda resonancia de su voz

los envolvía a todos, unificándolos bajo una misma condición de mortalidad y debilidad. Hasta Covenant se olvidó de sí mismo, olvidó que era un intruso en aquel tabernáculo de lona. Aquella perorata tenía tantos ecos y destellos personales que no podía resistirla. Estaba dispuesto a creer que había sido maldecido.

—Ah, amigos míos —siguió diciendo suavemente el doctor Johnson— negro es el día en que la enfermedad nos golpea, en que padecemos el dolor, la mutilación o la pérdida de seres queridos, y ya no podemos seguir fingiendo que estamos limpios. Pero todavía no os he hablado acerca del Evangelio. ¿Recordáis que Cristo decía: «Quien pierda su vida por mí la encontrará?». ¿No habéis oído decir a Pablo: «Cuando somos juzgados por el Señor, nos castiga de modo que no podamos ser condenados con el mundo?». ¿No habéis oído decir al escritor del Apocalipsis: «El que conquiste tendrá esta herencia, y Yo seré su Dios, y él será Mi hijo?». Hay otro aspecto, amigos míos. La ley es sólo la mitad del santo mensaje de Dios. La otra mitad es el castigo, la herencia, el perdón, la curación... la Misericordia que armoniza con la justicia de Dios. ¿He de recordaros que el Hijo de Dios curaba a todo el que se lo pedía, incluso a los leprosos? ¿He de recordaros que colgó de una cruz levantada en medio del sufrimiento y la vergüenza a fin de pagar por nosotros el precio de nuestros pecados? ¿He de recordaros que los clavos desgarraron sus manos y pies, que la lanza le atravesó el costado, que permaneció muerto tres días, muerto y en el infierno?

»Amigos míos, Él lo hizo por una sola razón, a fin de pagar por todas nuestras cobardías, incredulidades y diversiones impuras, para que pudiéramos recobrar la salud. Y todo lo que habéis de hacer para curaros es creerlo y aceptarlo, y amar a Jesús por ello. Todo lo que tenéis que hacer, es decir con el hombre cuyo hijo agonizaba: “¡Creo; mitiga mi incredulidad!” Sólo cuatro palabras, amigos míos, que cuando salen del corazón bastan para pagar por todo el Reino de Justicia.

Como si las últimas palabras fueran una señal, Matthew Logan se levantó y empezó a cantar con un suave contrapunto:

—Bendita seguridad, Jesús es mío.

Contra este fondo, el doctor Johnson entrelazó las manos y dijo:

—Rezad conmigo, amigos míos.

Todos los presentes agacharon la cabeza. Covenant también inclinó la suya. Pero la herida de la frente le molestaba demasiado en aquella postura. Alzó la vista mientras el doctor Johnson decía:

—Cerrad los ojos, amigos míos. Desentendeos de vuestros vecinos, vuestros hijos, padres y cónyuges, renunciad a toda distracción y mirad profundamente dentro de vosotros mismos, ved la enfermedad que anida ahí. Oíd la voz de Dios que dice: «Has sido pesado en la balanza y encontrado falto de peso». Rezad conmigo en vuestros corazones.

»Querido y santo Jesús, Tú eres nuestra única esperanza. Sólo Tu Divina Misericordia puede curar la enfermedad que criba nuestro valor, pudre la fibra de nuestra fe, nos ensucia a tus ojos. Sólo Tú puedes atajar la enfermedad que destruye la paz y curarla. Desnudamos nuestros corazones ante Ti, Señor. Ayúdanos a encontrar el valor para poder pronunciar esas difíciles palabras: «¡Creo; mitiga mi incredulidad!». Por favor, querido Dios, danos el valor necesario para que nos cures.

Sin pausa, alzó los brazos por encima del auditorio y continuó:

—¿Sentís la presencia de Su Espíritu, amigos míos? ¿La sentís en vuestros corazones? ¿Sentís el dedo de Su Justicia sondeando el lugar enfermo en vuestra alma y vuestro cuerpo? Si así es, adelantaos ahora y dejadme rezar por la salud con vosotros.

Inclinó la cabeza, en actitud de silenciosa súplica, mientras esperaba que los arrepentidos acudieran a su llamada. Pero Covenant avanzaba ya por el pasillo. El acomodador hizo un furtivo movimiento para detenerle, aunque retrocedió cuando varios miembros del auditorio alzaron la vista. Covenant cruzó febrilmente la tienda, subió los bastos escalones de madera hasta la plataforma y se detuvo ante el doctor Johnson. Con los ojos brillantes, le dirigió un ronco susurro:

—Ayúdeme.

El hombre era más bajo de lo que parecía desde el patio de butacas. El desgaste brillantaba su traje negro, y el cuello de su camisa blanca evidenciaba un largo uso. No se había afeitado recientemente. Unas rígidas patillas entrecanas, descuidadas, asilvestraban sus carrillos y su mandíbula. Su rostro mostraba una cierta inseguridad, casi una expresión de alarma, mientras Covenant se enfrentaba a él, pero en seguida la enmascaró tras una pátina de dulzura y le dijo en un tono de clara sonoridad:

—¿Que te ayude, hijo? Sólo Dios puede ayudarte. Pero uniré con alegría mis plegarias al grito de todo corazón contrito. —Aplicó una mano firme al hombro de Covenant—. Arrodíllate, hijo mío, y reza conmigo. Pidamos juntos la ayuda del Señor.

Covenant quería arrodillarse, quería someterse al imperioso hechizo de la mano y la voz del doctor Johnson, pero la ansiedad y la inanición paralizaban sus rodillas. La frente le dolía como si un ácido le royera el cráneo, abriéndose camino hacia el cerebro. Notó que si se agachaba podría derrumbarse.

—Ayúdeme —susurró de nuevo—. No puedo soportarlo.

Al ver la resistencia de Covenant, el rostro del doctor Johnson adoptó una expresión severa.

—¿Estás arrepentido, hijo? —le preguntó en tono grave—. ¿Has encontrado el lugar enfermo por el pecado en tu alma? ¿Anhelas realmente la Divina Misericordia de Dios Todopoderoso?

—Estoy enfermo —respondió Covenant como si recitara una letanía—. He

cometido crímenes.

—¿Y te arrepientes? ¿Puedes pronunciar esas difíciles palabras con todo el sincero dolor de tu corazón?

Covenant apretó la mandíbula involuntariamente.

—Mitiga mi incredulidad —dijo entre los dientes apretados, como si gimiera.

—Eso no basta, hijo. Sabes que no es suficiente. —La severidad del doctor Johnson se transformó en un recto juicio—. No te atrevas a burlarte de Dios, pues te expulsará de su Reino para siempre. ¿Crees? ¿Crees en la propia salud de Dios?

—Yo... —Covenant se esforzó para mover la mandíbula, pero los dientes permanecían apretados como si la desesperación los hubiera soldado entre sí—. No creo.

Matthew Logan, a su espalda, dejó de entonar su contrapunto. En los oídos de Covenant, el abrupto silencio tenía algo ridículo.

—Soy un leproso —dijo en voz baja.

Por los rostros curiosos y expectantes en las primeras filas, podía saber que la gente no le había oído ni reconocido. No se sorprendió, pensando que sus últimos días le habían alterado más allá de lo reconocible. Y ni siquiera en los lejanos tiempos en que estaba sano se había relacionado con las personas más religiosas del pueblo. Pero el doctor Johnson le había oído. En sus ojos abultados había un brillo peligroso, y habló en tono tan bajo que sus palabras apenas le llegaron a Covenant.

—No sé quién le ha metido en esto, pero no va a salirse con la suya.

Y, casi sin pausa, empezó a hablar en el tono adecuado para que le oyeran todos los presentes.

—Pobre hombre, estás delirando. Ese corte se ha infectado y te produce fiebre. —La voz que dirigía al público estaba llena de simpatía—. Sufro por ti, hijo, pero será necesario rezar mucho para aclarar tu mente, de modo que pueda llegarte la voz de Dios. Hermano Logan, ¿quiere ocuparse de este pobre enfermo y rezar con él? Si Dios bendice sus esfuerzos para librarle de la fiebre, puede que todavía se arrepienta.

Las macizas manos de Matthew Logan se cerraron como abrazaderas en los bíceps de Covenant. Los dedos le apretaron como si quisieran romperle los huesos. Covenant sintió que le empujaban hacia delante, casi le llevaban en volandas escaleras abajo y a lo largo del pasillo. A sus espaldas, el doctor Johnson decía:

—Amigos míos, ¿rezaréis conmigo por esa pobre alma sufriente? ¿Cantaréis y rezaréis conmigo por su curación?

Matthew Logan le susurró a Covenant al oído:

—Aún no hemos hecho la ofrenda. Si hace algo más para interrumpir, le romperé los dos brazos.

—¡No me toque! —exclamó Covenant. El tratamiento que le daba aquel hombretón abrió en él una fuente de furor que estaba reprimida desde hacía largo

tiempo. Intentó zafarse de la presa de Logan—. Quíteme las manos de encima.

Entonces llegaron al final del pasillo, se agacharon para pasar por debajo de la lona y salieron al exterior. Al hermano Logan le costó poco alejar de él a Covenant, dándole un empujón. Covenant dio varios traspiés y cayó al suelo polvoriento del campo. Cuando alzó la vista, el hombretón estaba en pie con las manos en las caderas, como un oscuro coloso situado entre él y la luz de la tienda.

Covenant se incorporó lentamente, dolorido, irguió los hombros, concentrando en ellos toda la dignidad que pudo reunir, y se alejó.

Mientras se adentraba en la oscuridad, oyó que la gente de la tienda cantaba «Bendita seguridad», y un instante después una voz patética, añorada, exclamó:

—¡Señor, soy cojo! ¡Por favor, cúrame!

Covenant se dejó caer al suelo de rodillas, presa de náuseas. Pasó algún tiempo antes de que pudiera levantarse de nuevo y huir de aquella cruel canción.

Regresó a su casa por la carretera principal, arriesgándose a que los habitantes del pueblo le zahiriesen más. Pero todos los comercios estaban cerrados y las calles desiertas. Pasó como una sombra bajo la pálida luz amarilla de las farolas, dejó atrás las gigantescas cabezas sobre las columnas del palacio de justicia y siguió su camino sin que nadie le molestara más allá del límite de la pequeña población, hacia Haven Farm.

Recorrió los tres kilómetros hasta la granja como cada vez que se aventuraba hasta el pueblo... el ritmo de sus pasos dividía aquella distancia en fragmentos, un ritmo rápido y mecánico, como el tic-tac de un reloj sometido a una tensión excesiva. El muelle principal de su movimiento estaba muy tenso, como si le hubieran dado demasiada cuerda; giraba con demasiada rapidez, abocado al derrumbe. Pero había ocurrido un cambio en la fuerza que impulsaba a Covenant. Había recordado el odio.

Cuando llegó al largo camino que conducía a Haven Farm, en su mente se sucedían vertiginosamente alocados proyectos de venganza. A la fría luz de las estrellas vio una pesada saca al lado de su buzón. Tardó un momento en recordar que aquella saca contenía alimentos. La tienda de comestibles del pueblo le servía a domicilio dos veces a la semana. Preferían tomarse aquella molestia a correr el riesgo de que decidiera hacer sus compras personalmente. Y el día anterior, miércoles, fue uno de los días de entrega, pero Covenant, sumergido en su inquieto ayuno, lo había olvidado.

Cogió la saca sin pararse a pensar por qué se molestaba en hacerlo, y la llevó a casa. Pero cuando inspeccionó su contenido a la brillante luz de la cocina, decidió poner fin a su ayuno. La venganza requería fuerza. No podría hacer nada contra sus torturadores si estaba tan débil que le era difícil hasta sostenerse en pie. Sacó un paquete de panecillos.

Habían cortado limpiamente la envoltura por un extremo, pero él ignoró el fino

corte. Arrancó el plástico y lo echó a un lado. Los panecillos estaban secos y rígidos a causa de su exposición al aire. Covenant sacó uno y lo sostuvo en la palma de la mano, mirándolo como si fuese un cráneo que hubiera robado de alguna vieja sepultura. La visión del pan le produjo náuseas. Una parte de él anhelaba la limpia muerte a causa del hambre, y sintió que no podía levantar la mano, no podía llevar a cabo la decisión de vengarse.

Se llevó el panecillo a la boca y lo mordió con ferocidad. Algo afilado quedó entre su labio inferior y la encía superior. Antes de que pudiera detener la acción de morder, le produjo un profundo corte. Un intenso dolor contorsionó su rostro. Con un grito ahogado, se quitó el panecillo de la boca.

Estaba lleno de sangre, la cual le corría como saliva por el mentón. Cuando abrió el panecillo con las manos, encontró en su interior una hoja de afeitar oxidada.

Al principio se quedó demasiado sorprendido para poder reaccionar. La presencia de aquella hoja tomada de orín dentro del pan parecía incomprensible. Apenas podía creer que la sangre que manchaba sus manos y le caía de la mandíbula, formando un charco en el suelo, fuera suya. Aturdido, dejó que el panecillo se deslizara de entre sus dedos. Luego se volvió y regresó a la destrozada sala de estar.

No pudo evitar que su mirada se posara en la fotografía de Joan, que yacía de cara hacia arriba bajo los restos de la mesita de centro, con el cristal del marco cubierto por la retícula de las grietas. Covenant apartó la mesa y cogió la foto. Joan le sonreía por detrás de las grietas, como si estuviera atrapada en una red mortal y no lo supiera.

Covenant se echó a reír, primero suavemente, pero pronto subió de tono hasta lanzar maníacos aullidos. Se le saltaban las lágrimas, pero reía y reía, como si estuviera a punto de romperse en pedazos. Las carcajadas esparcían la sangre sobre sus manos, la foto de Joan y la estancia devastada. De súbito, tiró la foto al suelo y echó a correr. No quería que Joan fuera testigo de su histeria. Riendo como un loco, salió de la casa y corrió al bosque, pues, a pesar de que estaba perdiendo el dominio de sí mismo, había podido tomar la decisión de que su derrumbe final se produjera lo más lejos posible de Haven Farm.

Cuando llegó al arroyo Righters, dio la vuelta y siguió la corriente en dirección a las colinas, alejándose de la peligrosa atracción de la gente con tanta rapidez como se lo permitían sus dedos entumecidos y torpes, sin dejar de reír desesperadamente.

En algún momento, durante aquella huida nocturna, tropezó, y cuando se encontró en el suelo, se apoyó en un tronco para descansar un momento. En seguida se quedó dormido y no despertó hasta que el sol matutino le daba de pleno en el rostro.

Por un instante no recordó quién era ni dónde se encontraba. La cálida y blanca luz solar lo borraba todo de su mente; estaba tan deslumbrado que no podía ver el entorno. Pero cuando oyó el breve grito de temor, empezó a reír quedamente. Estaba

demasiado débil para emitir una risa sonora, pero soltó aquella risita como si fuera lo último que le quedaba.

El breve grito se repitió. Alentado por él, Covenant logró reír con más fuerza e intentó incorporarse. Pero el esfuerzo lo debilitó. Tuvo que dejar de reír para recobrar el aliento. Entonces oyó de nuevo el grito, un chillido infantil de terror. Apoyándose en el tronco, miró a su alrededor, escudriñando a través de la ceguera que le producía el sol las tenues formas del bosque.

Gradualmente su visión se hizo más clara. Se hallaba en lo alto de una colina boscosa. La mayor parte de las ramas y los arbustos rebosaban de verdes hojas primaverales. A pocos metros de él, el arroyo Righters se despeñaba alegremente por la ladera rocosa y corría como un jugueteón reguero de plata entre los árboles. La mayor parte de la colina, por debajo de donde estaba, se hallaba libre de vegetación a causa del carácter rocoso del suelo. Nada impedía la visión de Covenant hacia abajo.

Una extraña mancha de color al pie de la colina llamó su atención. Haciendo un esfuerzo, centró la visión en ella. Era ropa, un vestido azul claro, y lo llevaba una niña... una chiquilla de cuatro o cinco años. La pequeña estaba de pie, medio vuelta hacia él, con la espalda apoyada en el negro y recto tronco de un alto árbol. Parecía que intentaba internarse en el bosque pero que el tronco, indiferente, se negaba a dejarla pasar.

Ahora gritaba continuamente, y sus gritos revelaban la angustia que la embargaba. Mientras gritaba, miraba aterrorizada al suelo, frente a ella. Por un momento Covenant no pudo ver qué miraba. Pero entonces su oído percibió el sordo zumbido y distinguió el movimiento amenazante de la serpiente, que se agitaba.

Era una serpiente de cascabel, enrollada a menos de un metro de las piernas desnudas de la chiquilla. Movía la cabeza como si buscara el lugar perfecto para atacar.

Ahora Covenant comprendió el terror de la niña. Antes de que un grito pudiera abrirse paso entre sus labios adheridos por la sangre solidificada, se apartó del árbol y empezó a correr cuesta abajo.

La pendiente parecía interminablemente larga, y sus piernas apenas eran lo bastante fuertes para sostenerle. A cada paso sus músculos cedían, y casi cayó de rodillas. Pero el terror de la niña le sostuvo en pie. No miró a la serpiente y fijó la mirada en las piernas de la niña, consciente de la importancia que tenía llegar a ella antes de que los colmillos de la serpiente se clavaran en su carne. El resto de la pequeña quedó fuera de su visión, como si no existiera aparte de la porción de su cuerpo que corría más peligro.

Con cada alarido la pequeña le suplicaba que se diera prisa.

Pero Covenant no miraba dónde ponía los pies. Antes de que hubiera recorrido la mitad de la distancia, tropezó y cayó de cabeza colina abajo, dando tumbos y

rebotando en las ásperas rocas. Por un instante, se protegió con los brazos, pero entonces se golpeó la cabeza contra una ancha superficie de piedra en la ladera. Le pareció que le engullía la piedra, como si enterrara el rostro en la oscuridad. La dura superficie pétrea se rompió contra él como una ola. Sintió que se hundía en la profunda esencia del granito.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡Ahora no!

Se rebeló con todas las fuerzas que le quedaban, pero fue en vano. Se hundió en aquella oscuridad como si se estuviera ahogando en piedra.



## II

### EL HIJO DE VARIOL



l Amo Superior Mhoram estaba sentado en sus aposentos privados de Piedra Deleitosa. Las austeras paredes de roca estaban tenuemente iluminadas por pequeñas urnas de gravanel en cada extremo de la estancia, y le envolvía el débil aroma a tierra recién removida de las piedras que ardían gracias a la magia del Reino. A pesar de aquel calor, notaba el frío del invierno, un frío intenso que penetraba en la granítica ciudad montañosa sin que sirvieran de mucho los esfuerzos de Gravanélicos y Estigmatizados que habían dispuesto por todas partes sus cálidos artificios. El Amo Superior Mhoram notaba el frío y percibía sus efectos en el talante físico de las grandes Defensas construidas por los Gigantes. A un nivel casi subliminal, Piedra Deleitosa se acurrucaba contra el frío.

Las primeras señales del cambio de invierno a primavera se retrasaban ya a un ciclo completo de la luna. Faltaban sólo cuatro días para la medianoche de primavera, y el Reino seguía cubierto de hielo.

En el exterior, en el altiplano en forma de cuña, no había mucha nieve, pues el aire era demasiado frío para que nevara. Un viento del este, muy desacostumbrado en aquellas latitudes, se abatía a ráfagas irregulares contra Piedra Deleitosa, barría la delgada capa de nieve en las laderas del altiplano, empañaba todas las ventanas de las Defensas con una espesa escarcha e inmovilizaba las aguas del lago, convirtiéndolo en una lámina de hielo, a los pies de los Saltos Aferrados. Mhoram no tenía necesidad de husmear el Desprecio que impulsaba aquel viento sobre el Reino para conocer su origen. Procedía de Ridjeck Thome, la Guarida del Execrable.

Sentado en su habitación, con los codos apoyados en la mesa de piedra y el mentón apoyado en una mano, el Amo Superior percibía aquel viento como un ruido de fondo de sus pensamientos. Diez años atrás, hubiera dicho que no era posible, que las características naturales del clima del Reino no podían alterarse de aquel modo. Incluso cinco años atrás, tras haber tenido tiempo para valorar una y otra vez la pérdida del Bastón de la Ley, habría dudado de que la Piedra de Illearth pudiera dotar de semejante poder al Execrable. Pero ahora su conocimiento era más profundo y comprendía más.

El combate del Ama Superior Elena con el fallecido Kevin Arrasatierra había tenido lugar siete años atrás. El Bastón de la Ley debió de ser destruido durante aquel combate. Sin el apoyo innato del Bastón para mantener el orden natural de la Tierra, había desaparecido un gran obstáculo en el camino del poder corrupto del

Despreciativo. Y se había roto la Ley de la Muerte; Elena había invocado al Antiguo Amo Kevin, haciéndole salir de su tumba. Mhoram no podía empezar a medir todas las implicaciones terribles de aquel arrebato.

Sus ojos con reflejos dorados parpadearon y se centraron en la talla que estaba sobre la mesa, a medio metro de su recta nariz. El hueso de la talla tenía reflejos blanquecinos a la luz de las piedras de fuego. Aquella escultura era la última obra *anundivian yajña* de Elena. La había preservado Bannor, de la Escolta de Sangre, y se la entregó a Mhoram cuando regresaron de Nido de Horcas, en la Espesura Acogotante. Era un busto finamente tallado, la escultura de un rostro enjuto, macilento, impenetrable, y sus líneas transmitían la tensión de una finalidad profética. Después de que Mhoram y los supervivientes del Ala de Guerra hubieran regresado a Piedra Deleitosa, desde la Espesura Acogotante, Bannor explicó la historia de la escultura de hueso.

La explicó, incluso, con una minuciosidad que contrastaba curiosamente con su habitual laconismo. La acostumbrada reticencia del Guardián de Sangre casi había cedido el paso a la prolijidad, y la riqueza de su descripción proporcionó a Mhoram el primer atisbo de la alteración fundamental que había tenido lugar en la Escolta de Sangre. Aquella descripción, a su vez, llevó al gran cambio en la propia vida de Mhoram. Por una curiosa lógica, puso fin al poder de presagiar del Amo Superior.

Ya no era vidente y oráculo del Consejo de los Amos. A causa de lo que había sabido, ya no tendría más atisbos del futuro en sueños ni leería más indicaciones de sucesos distantes en la danza del fuego. El conocimiento secreto que había obtenido tan intuitivamente de la escultura de hueso había cegado los ojos de su presciencia.

Y aquél no era el único cambio que se había producido en él. Le había afligido con más esperanza y temor de los que jamás había sentido hasta entonces y, en parte, le había separado de sus compañeros, los demás Amos. En cierto sentido, le había separado de todos los demás habitantes de Piedra Deleitosa. Cuando deambulaba por los pasillos de las Defensas, podía percibir en sus miradas de conmiseración, dolor, duda y extrañeza, que se daban cuenta de su apartamiento, su aislamiento voluntario. Pero le hacía sufrir más la brecha que ahora se había abierto entre él y los otros Amos... Callindrill de Faer, Amatin hija de Matin, Trevor hijo de Groyle y Loerya de Trevor. Mientras trabajaban juntos, en su relación cotidiana, incluso durante la fusión mental que constituía la gran fuerza de los nuevos Amos, se veía obligado a retener aquella enfermiza esperanza y aquel temor alejados de los demás, pues no les había dicho su secreto.

No se lo había dicho, aunque no había justificación para su silencio. Excepto el miedo.

De un modo intuitivo, mediante pasos que apenas podía articular, la escultura en hueso de Elena le había comunicado el secreto del Ritual de la Profanación, y sintió

que la esperanza y el temor de aquel conocimiento le durarían toda la vida.

En el fondo de su mente creía que Bannor había querido que tuviera aquel conocimiento y no se había atrevido a comunicárselo directamente, pues muchas eran las restricciones a las que sometía a Bannor el Voto de la Escolta de Sangre. Pero durante el único año de su cargo como Primer Signo, había expresado más que ningún otro Guardián de Sangre antes que él su afán por la supervivencia de los Amos.

El recuerdo hizo estremecerse inconscientemente al Amo Mhoram. El secreto que ahora poseía había sido costoso en más de un sentido.

Había esperanza en el conocimiento porque respondía al fracaso básico que había assolado a los nuevos Amos desde el principio, desde los días en que aceptaron la Primera Ala de la Ciencia de Kevin de los Gigantes e hicieron el Juramento de Paz. Si se utilizaba, el conocimiento prometía liberar el poder que había permanecido cerrado en las Alas, a pesar de los esfuerzos de tantas generaciones de Amos y estudiantes en la Raat de la Ciencia. Prometía dominar la Ciencia de Kevin. Incluso podría mostrar al ur-Amo Thomas Covenant cómo utilizar la magia indomeñable de su anillo de oro blanco.

Pero Mhoram sabía que la ciencia de Kevin era poderosa tanto para el bien como para el mal. Si Kevin, hijo de Loric, no hubiera tenido esa especial capacidad de poder, no habría podido profanar el Reino.

Si Mhoram comunicaba su conocimiento, cualquier Amo que deseara invocar de nuevo el Ritual no estaría obligado a depender de una desconfianza instintiva hacia la vida.

Aquel conocimiento violaba el Juramento de Paz. Horrorizado, Mhoram había llegado a percibir que el mismo Juramento era la ceguera esencial, la incapacidad que había impedido a los nuevos Amos penetrar en el corazón de la Ciencia de Kevin. Cuando los primeros nuevos Amos, y todo el Reino con ellos, hicieron el Juramento, enunciaron su ideal más alto y su compromiso más profundo renunciando a todas las pasiones violentas y destructivas, todos los instintos humanos de crimen, devastación y desprecio... Cuando pronunciaron el Juramento, renunciaron de un modo inconsciente a la vitalidad básica de la fuerza de los Antiguos Amos. Por ello el Amo Superior Mhoram temía compartir su secreto. Era una fuerza que sólo se podía usar si quienes la ostentaban incumplían la promesa más básica de su vida. Era un arma que sólo podía usar la persona que había bajado todas sus defensas contra la desesperación.

Y la tentación de utilizar aquel arma sería fuerte, tal vez irreprimible. Mhoram no necesitaba sueños oraculares para prever el peligro de lo que el Amo Execrable, el Despreciativo, preparaba contra los defensores del Reino. Podía percibirlo en el frío viento invernal, y sabía que Fidelia se hallaba ya bajo el ataque. Mientras él

permanecía sentado en sus aposentos privados, contemplando taciturno una escultura de hueso, el asedio de Piedra Deleitosa estaba en camino.

Notaba el sabor de la misma desesperación que condujo al Amo Superior Kevin a Kiril Threndor y al Ritual de la Profanación. El poder era temible y traicionero. Cuando no era lo bastante fuerte para satisfacer los deseos de su poseedor, se volvía contra las manos que lo sostenían. El destino del Amo Superior Elena solamente había repetido la lección de Kevin Arrasatierra, el cual había poseído más poder del que los nuevos Amos podrían esperar jamás, ahora que había desaparecido el Bastón de la Ley, y todo el poder de Kevin no había logrado más que su ineluctable desesperación y la ruina del Reino. Mhoram temía extender aquel peligro al divulgar su secreto. Le aterraba pensar que él mismo corría peligro semejante.

No obstante, la retención de aquel conocimiento era algo totalmente contrario a su carácter. Estaba convencido de que la negativa a compartir el conocimiento degradaba tanto a quien lo negaba como a todos aquéllos que deberían saberlo. Al guardarse el secreto, impedía que Callindrill, Amatin, Trevor y Loerya, los Guardianes de la ciencia o los estudiantes del Bastón hallaran en sí mismos la fuerza para negarse a la Profanación. Se colocaba falsamente en la posición de un juez que los había sopesado y encontrado faltos de peso. Por esta razón, diez años atrás se había opuesto apasionadamente a la decisión tomada por el Consejo de impedir a Hile Troy el conocimiento del linaje de Elena. Aquella decisión había disminuido el control de Troy sobre su propio destino. Sin embargo, ¿cómo podía él, Mhoram, soportar la responsabilidad de divulgar su secreto si el hacerlo significaba la destrucción del Reino? Era preferible que el causante del mal fuera el Despreciativo, y no un Amo.

Oyó unos abruptos golpes en la puerta y en seguida dio permiso para que entraran. Esperaba un mensaje, y por aquella forma de llamar sabía quién era el visitante. No alzó la vista de la estatua cuando el Signo General Quaan entró en la estancia y se presentó ante la mesa.

Pero Quaan guardó silencio, y Mhoram percibió que el viejo Signo General esperaba que le mirase; el Amo Superior alzó la cabeza. En el rostro de Quaan, cuarteado por la edad y la intemperie, leyó que las noticias no eran las que habían esperado.

Mhoram no le ofreció asiento a Quaan, pues veía que el Signo General prefería permanecer en pie. En el pasado se habían sentado juntos con mucha frecuencia. Después de todas las experiencias que habían compartido, eran viejos camaradas... aunque Quaan, que era veinte años más joven que Mhoram, parecía en realidad veinte años mayor. A menudo la franqueza directa de Quaan, su carácter militar, constituían un alivio para el Amo Superior. Quaan era un seguidor de la Espada que no tenía deseo alguno de conocer los secretos del Bastón.

A pesar de sus setenta años, Quaan llevaba con orgullo la insignia de su cargo: el peto amarillo, con sus dos rayas negras en diagonal, la cinta amarilla en la cabeza y la espada de ébano. Sus manos nudosas parecían prestas a coger las armas en cualquier momento. Su mirada era inquieta.

—¿Y bien, amigo mío? —le preguntó Mhoram sosteniendo su mirada.

—Ha llegado la Raat de la Ciencia, Amo Superior —dijo Quaan rudamente.

Mhoram pudo ver que el Signo General tenía algo más que decir. Hizo un ademán para que prosiguiera.

—Todos los Guardianes y los estudiantes de la Ciencia han llegado sanos y salvos de Fidelia —continuó Quaan—. Han traído intactas las bibliotecas de la Raat y las Alas. Todos los visitantes y aquéllos que han perdido sus hogares por el empuje del ejército enemigo a través de las Llanuras Centrales han llegado en busca de refugio. Madera Deleitosa está sitiada.

Se detuvo de nuevo y Mhoram le preguntó mesuradamente:

—¿Qué noticias traen los Guardianes de la Ciencia sobre ese ejército?

—Es muy grande, Amo Superior, y se extiende por el Valle de los Dos Ríos como un mar. El Gigante-Delirante Puño de Satán lleva consigo... el mismo poder que tenía Descuartizador en la batalla de Doriendor Corishev. Cruzó con facilidad los vados de los ríos Rill y Llurallin. Madera Deleitosa no tardará en caer.

El Amo Superior habló entonces con severidad para oponerse a la consternación de Quaan.

—Nos lo advirtieron, Signo General. Cuando el Gigante-Delirante y su horda subieron por el Declive del Reino al norte de las Llanuras de Ra, los hombres de Ra nos avisaron. Así pues, la Raat de la Ciencia ha sido preservada.

Quaan apoyó una mano en su espada y dijo:

—El Amo Callindrill se ha quedado en Madera Deleitosa.

Mhoram se sobresaltó. Aquella noticia era una dolorosa sorpresa.

—Se ha quedado para defender la ciudad arbórea. Le acompañan cinco Eoalas mandadas por Amorine, junto con los ancianos Drinishok y Asuraka.

Tras el sobresalto inicial del Amo Superior, su mirada se concentró y en sus iris dorados se reflejó una expresión peligrosa.

—Escucha, Signo General, el Consejo ordenó que sólo defendieran Madera Deleitosa los seguidores del *lillianrill* que no soportaran abandonarla. El Consejo ordenó que la batalla por el Reino tuviera lugar aquí —golpeó la mesa con la mano—, donde podemos obtener el precio más alto posible por nuestras vidas.

—Ni tú ni yo estamos en Madera Deleitosa —replicó secamente Quaan—. ¿Quién podría ordenar al Amo Callindrill que renuncie a su propósito? Amorine no podría hacerlo... ya lo sabes. Están unidos por las penalidades que sufrieron en Doriendor Corishev y, además, ella no podría dejarle solo, ni rechazar la ayuda de los

ancianos.

El tono de su voz era brusco, en defensa del Puño de Guerra Amorine, pero se detuvo cuando Mhoram hizo un gesto distraído, dándole a entender que no valía la pena discutir el asunto. Permanecieron un momento en silencio. El Amo Superior se sentía profundamente apenado, pero procuró sobreponerse. Miró de nuevo el busto de hueso sobre la mesa.

—¿Ha sido comunicada la noticia a Faer de Callindrill?

—Corimini, el más anciano de la Raat, fue a decírselo en seguida. Callindrill estudió con él y se conocen desde hace muchos años. Pidió disculpas por no presentar primero sus respetos al Amo Superior.

Mhoram se encogió de hombros: no necesitaba ninguna disculpa. Le afligía su impotencia para llegar hasta Callindrill, pues se hallaba a seis días a caballo de Madera Deleitosa, y no podía llamar en su ayuda a los Ranyhyn. El ejército del Despreciativo había incomunicado Piedra Deleitosa de las Llanuras de Ra. Cualquier Ranyhyn que intentara responder a la llamada, sería con toda seguridad apresado por el enemigo, que lo mataría para comérselo. El Amo Superior no podía hacer nada más que esperar... y rezar para que Callindrill y sus compañeros huyeran de Madera Deleitosa antes de que Puño de Satán les rodeara. Dos mil guerreros y el Puño de Guerra, dos ancianos principales de los Guardianes de la Ciencia, un Amo... era un precio terrible a pagar por el alarde de Callindrill.

Pero Mhoram sabía que Callindrill no pretendía alardear al actuar como lo hacía, sino que no podía soportar la idea de que pereciera Madera Deleitosa. Mhoram tenía la secreta esperanza de que Puño de Satán no derribara el árbol, que lo utilizara en vez de destruirlo. Pero Callindrill no tenía tales esperanzas. Desde su fracaso durante la batalla de Doriendor Corishev, se consideraba como un hombre que había deshonorado su deber de Amo, sin poder hacer frente al reto que planteaba la difícil situación del Reino. Había llegado a la conclusión de que era un cobarde. Y ahora Madera Deleitosa, la mejor obra de los nuevos Amos, estaba siendo atacada. Mhoram suspiró y pasó suavemente los dedos por la escultura de hueso, mientras en el fondo de su mente iba preparando su decisión.

—Quaan, amigo mío —musitó en tono sombrío—, ¿qué hemos logrado en siete años?

Como si aquellas palabras indicaran la terminación de los formalismos, Quaan tomó asiento en una silla ante Mhoram, y dejó que sus hombros cuadrados se hundieran un poco.

—Nos hemos preparado para el asedio de Piedra Deleitosa con todas nuestras fuerzas. Hemos restaurado un poco el Ala de Guerra... las diez Eoalas que sobrevivieron han aumentado a veinticinco. Hemos traído aquí a los habitantes de las Llanuras Centrales, alejándolos de Puño de Satán. Hemos almacenado alimentos,

armas y suministros. El Asesino Gris necesitará algo más que un mar de ur-viles y Entes de la cueva para vencer nuestra resistencia.

—Tiene más que eso, Quaan. —Mhoram siguió acariciando el rostro extrañamente revelador del *anundivian yajña*—. Y nosotros hemos perdido a la Escolta de Sangre.

—Pero no ha sido culpa nuestra —replicó con viveza Quaan, que había luchado al lado de los Guardianes de Sangre más que cualquier otro guerrero en el Reino—. En aquel tiempo, cuando se encargó a Korik y la Escolta de Sangre la misión a Límite del Mar, no podíamos saber que el Asesino Gris atacaría a los Gigantes con la Piedra de Illearth. No podíamos saber que Korik derrotaría a un Delirante e intentaría traer aquí un fragmento de la Piedra.

—No podíamos saberlo —repitió tristemente Mhoram. Después de todo, la pérdida de sus sueños proféticos no era tan grave, pues a pesar de la miríada de horrores que había contemplado o adivinado, no había tenido ningún atisbo a tiempo del ataque del Amo Execrable contra los Gigantes—. Amigo mío, ¿recuerdas lo que nos dijo Bannor con respecto a esta escultura?

—¿Qué dijo, Amo Superior?

—Informó que Elena, hija de Lena, tomó como modelo para tallarla a Thomas Covenant, Incrédulo y poseedor del oro blanco... y que el ur-Amo Covenant la confundió con el rostro de un Guardián de Sangre.

Bannor informó también que Covenant le había obligado a decirle a Elena el nombre del Poder oculto en la Séptima Ala, a fin de que pudiera satisfacer las condiciones para aproximarse a aquel Poder. Pero a Mhoram le interesaba de momento el parecido que el Ama Superior Elena había logrado dar a su talla. Aquél había sido el punto de partida, el principio en el que se basó para llegar a su conocimiento secreto.

—Elena era una verdadera artesana de la escultura en hueso —siguió diciendo Mhoram—. No hubiera permitido tal confusión de no haber tenido algún propósito.

Quaan se encogió de hombros. Mhoram le dirigió una sonrisa afectuosa, al constatar una vez más que el Signo General era reacio a arriesgar opiniones sobre lo que estaba más allá de su competencia.

—Yo vi el parecido, amigo mío —confesó Mhoram—, pero no pude descifrarlo. Me ayudó Ahanna, hija de Hanna, la cual, aunque carece de habilidad para la escultura en hueso, tiene mirada de artista y percibió el significado de lo que había hecho Elena.

—Quaan, el parecido es tanto al ur-Amo Covenant, el Incrédulo, como a Bannor de la Escolta de Sangre, y significa que ambos requieren respuestas absolutas que rijan sus vidas. Esa respuesta era el Voto para el Guardián de Sangre: su servicio debía ser puro e intachable para siempre. En cuanto al Incrédulo, necesita...

—Afirma que su mundo es real y el nuestro no —dijo Quaan ásperamente.

Otra sonrisa suavizó por un instante la sombría expresión de Quaan.

—Esta necesidad de respuestas absolutas es peligrosa. También Kevin necesitaba la victoria o la destrucción.

—Entonces no convoquemos de nuevo al Incrédulo, Amo Superior, porque ocasionará la destrucción del Reino para preservar su «mundo real».

Mhoram enarcó una ceja y apretó los labios. Sabía que el Signo General nunca había confiado en Covenant, pero en aquellos tiempos de crisis las dudas eran más importantes, y resultaba más difícil rebatirlas. Sin embargo, antes de que pudiera replicar, se oyeron unos apresurados golpes en la puerta.

—¡Ven inmediatamente, Amo Superior! —dijo con voz tensa un centinela—. ¡Rápido!

Mhoram se levantó al punto y fue hacia la puerta. Dejó de lado todas sus ensoñaciones para concentrarse en el ambiente de Piedra Deleitosa y en lo que causaba la ansiedad del centinela.

Quaan se le adelantó para abrir la puerta, y Mhoram salió al patio circular brillantemente iluminado.

La alta caverna del patio estaba claramente iluminada por la luz amarillo pálida que emitía el suelo de piedra, pero Mhoram no necesitó alzar la vista hacia ninguno de los ángulos salientes de la caverna para ver por qué le había llamado el centinela. El Ama Amatin estaba en el centro del suelo iluminado, le miraba de espaldas a sus propios aposentos, como si se dispusiera a visitarle cuando la aflicción se había apoderado de ella. Sostenía en sus manos la vara de comunicación de *lomillialor* que le habían dado en la Raat de la Ciencia siete años atrás.

Parecía una sombra en el suelo brillante, y en sus manos la Madera Superior ardía sin llama, como un intersticio en la puerta de un horno. Pequeñas chispas surgían de la madera. Mhoram comprendió en seguida que estaba recibiendo un mensaje de quienquiera que poseyera la otra vara de comunicación, en Madera Deleitosa.

Mhoram recogió su largo bastón con contera metálica, que descansaba en un trípode junto a la puerta y cruzó el patio hacia Amatin. Sabía por experiencia que el envío o la recepción de mensajes con el *lomillialor* era una prueba agotadora, y Amatin desearía su ayuda. No era fuerte físicamente, y lo sabía. Cuando los Amos tuvieron noticias sobre el ejército del Despreciativo, transfirió a Callindrill su responsabilidad en Madera Deleitosa, que sustentaba a causa de su apasionado amor por la Ciencia, porque creía que le faltaba la capacidad física suficiente para soportar una tensión prolongada. Sin embarco, oculta en su cuerpo liviano y tras la seriedad de su mirada, había una capacidad para atesorar conocimientos, una dedicación al estudio, que ningún otro Amo podía igualar. Con frecuencia el Amo Superior había pensado que estaba mejor equipada y era menos probable que descubriera su secreto



que cualquier otra persona en el Reino.

Ahora, silueteada por la brillante luz del suelo, parecía delgada y frágil, una mera imagen proyectada por el poder que tenía entre sus manos. Todo su cuerpo temblaba, y sostenía la varilla de *lomillialor* con el brazo extendido, para mantenerla lo más alejada posible sin soltarla. Empezó a hablar antes de que Mhoram llegara a su lado.

—Asuraka —dijo con voz entrecortada—. Habla Asuraka. —Se estremeció como una rama agitada por un fuerte viento—. Puño de Satán. ¡Fuego! ¡Fuego! ¡El árbol! ¡Ah!

Mientras pronunciaba aquellas palabras jadeando, miraba a Mhoram llena de consternación, como si a través de él pudiera ver las llamas devorando los troncos de Madera Deleitosa.

Mhoram se detuvo dentro del espacio que delimitaba la Madera Superior y apoyó su bastón en el suelo, con la firmeza de una orden. Alzando la voz, para que llegara a la mujer a pesar de su trance, le dijo:

—Sujeta con fuerza, Amatin. Escucho.

Ella agachó la cabeza, tratando de no ver lo que estaba viendo, y las palabras surgieron de sus labios como si alguien hubiera arrojado un gran canto rodado en las aguas de su alma.

—¡Fuego! La corteza arde. Ahora arde la madera interior. ¡La Piedra! Se consumen las hojas, las raíces, las fibras. Callindrill lucha. ¡Lucha! Gritos... Los guerreros gritan. ¡Toda la sala sur está en llamas! ¡Ah, mi hogar!

Lleno de pesar, Mhoram cerró el puño sobre el centro de la varilla de *lomillialor*. El poder del mensaje le sacudió, hizo que su cuerpo temblara de la cabeza a los pies, pero él sostuvo con fuerza la suave madera, dominándola con la fuerza de su voluntad, la cual transmitió a Amatin, para serenarla. Y, con el apoyo de Amatin, invirtió por un instante el flujo del poder a través de la Madera Superior. Susurró contra la corriente de la emoción de Asuraka:

—¡Huye!

La anciana con grado de Bastón le escuchó. Y, a través de los labios de Amatin, replicó:

—¿Huir? ¡No podemos huir! Madera Deleitosa muere bajo nosotros. Estamos rodeados. Todas las ramas externas arden. Las copas de dos troncos están en llamas. ¡Gritos! Gritos. El Amo Callindrill está en el *viancome* y lucha. Los troncos centrales arden. La red del *viancome* arde también. ¡Callindrill!

—¡Agua! —le gritó Mhoram a través de la varilla de comunicación—. ¡Invoca a los ríos! ¡Inunda el valle!

Por un instante remitió la presión de Asuraka, como si se hubiera alejado de su varilla. Mhoram redobló sus esfuerzos.

—¡Asuraka! ¡Anciana del Bastón!

Temió que hubiera caído bajo el fuego, pero la anciana reanudó su mensaje. Parecía distante, desolada.

—El Amo Callindrill llamó antes a los ríos, pero Puño de Satán desvió la inundación. Tiene la Piedra de Illearth... —Una nueva nota de terror tembló en la débil voz que salía de los labios de Amatin—. Hizo resucitar las antiguas ruinas de Kurash Plenethor, las rocas fragmentadas, la sangre y los huesos, la tierra calcinada... todo se alzó de nuevo del suelo. Con los restos de aquella antigua inundación enmuralló a Madera Deleitosa y desvió el curso de las aguas. ¿Cómo es posible? ¿Acaso se ha roto el Tiempo? Basta un solo golpe de la Piedra para que siglos de curación queden reducidos a nada.

De súbito, Amatin lanzó un alarido:

—¡Callindrill!

Un instante después, el *lomillialor* quedó en silencio. El poder desapareció de la varilla, como un pájaro herido que cayera de una rama. El Ama Amatin se tambaleó y estuvo a punto de caer de rodillas. Mhoram la sostuvo por un codo para ayudarle a mantenerse en pie.

Bajo el abrupto silencio, el patio parecía tan muerto y frío como una tumba. En la atmósfera vibraban ecos de angustia, como un insonoro golpeteo de alas negras. Mhoram apretaba con tanta fuerza su bastón que tenía los nudillos blancos y rígidos.

Entonces Amatin le dijo que estaba bien y podía sostenerse en pie por sí misma, a pesar de sus estremecimientos. El Amo Superior retrocedió y vio que había otras personas en el patio. Quaan estaba a pocos pasos detrás de él, y había varios centinelas diseminados por los bordes del suelo brillante. Varios espectadores atemorizados observaban desde los salientes con barandillas en los muros de la cavidad. Pero el Amo Superior les dio la espalda y se volvió a su izquierda, donde estaban Corimini, el más anciano de la Raat de la Ciencia junto con Faer de Callindrill. El anciano sujetaba a Faer por los hombros con sus manos arrugadas. Las lágrimas asomaban a sus ojos y el temblor de su aflicción agitaba su barba cana. Pero el rostro de Faer estaba tan pálido e inexpresivo como una escultura en hueso.

—¿Ha muerto entonces, Amo Superior? —preguntó con voz queda.

—La muerte siega la belleza del mundo —dijo Mhoram.

—Ha muerto abrasado.

—Puño de Satán es un Delirante. Odia todo lo lozano, cuanto crece y verdea. Fui un estúpido al confiar en que Madera Deleitosa no sería destruida.

—Abrasado —repitió ella.

—Sí, Faer. —No podía encontrar palabras apropiadas que expresaran el dolor de su corazón—. Luchó para preservar Madera Deleitosa.

—Tenía dudas... aquí —se señaló el pecho—, Amo Superior. Se olvidó de sí mismo.

Mhoram oyó la verdad en sus palabras, pero no pudo permitir que quedaran sin matizar.

—Tal vez, pero no se olvidó del Reino.

El Ama Amatin exhaló un lamento y regresó apesadumbrada a sus aposentos. Pero Faer no le prestó atención. Sin mirar directamente a Mhoram, preguntó:

—¿Es posible?

Él no podía responder a semejante pregunta. Se limitó a replicar como si Amatin hubiera repetido el grito de Asuraka.

—Ha sido quebrada la Ley de la Muerte. ¿Quién puede decir ahora lo que es posible?

—Madera Deleitosa —gimió Corimini. Su voz temblaba a causa de sus muchos años y la pena—. Ha muerto como un valiente.

—Se olvidó de sí mismo...

Faer se zafó de las manos del anciano, como si no le sirviera de nada su consuelo y, dando la espalda al Amo Superior, regresó con paso rígido a sus habitaciones. Corimini la siguió al cabo de un momento, tratando en vano de retener las lágrimas.

Haciendo un esfuerzo, Mhoram dejó de apretar el bastón con toda su fuerza y flexionó los dedos. Tomó entonces una firme decisión. Se volvió hacia Quaan.

—Reúne al Consejo —le dijo en tono autoritario, como si esperase que el Signo General protestara—. Invita a los Guardianes de la Ciencia y todos los seguidores del *rhadhamaerl* y el *lillianrill* que deseen asistir. No podemos permitirnos más retrasos.

Quaan no se ofendió por el tono de Mhoram. Saludó rígidamente al Amo Superior y en seguida empezó a gritar órdenes a los centinelas.

Mhoram no esperó a que el Signo General terminara. Agarrando el bastón con la mano derecha, salió del patio brillantemente iluminado y recorrió el pasillo que separaba los apartamentos de los Amos del resto de Piedra Deleitosa. Saludó con un movimiento de cabeza a los guardianes que estaban en el extremo del pasillo, pero no se detuvo para responder a las preguntas sin formular que podía leer en sus rostros. Todas las personas con las que se cruzaba habían percibido la inquietud que flotaba en el ambiente de Piedra Deleitosa, y en sus miradas se traducían su ansiedad, pero él les hizo caso omiso. Muy pronto obtendrían la respuesta a lo que les inquietaba. Empezó a subir los diversos niveles de las Defensas de los Amos, en dirección al Cercado.

La noticia del mensaje de Asuraka se había extendido por la ciudad, y todo el mundo se movía apresuradamente. El ajetreado ritmo usual de la vida bajo la roca parecía haberse unificado, como si la misma ciudad comunicara a sus habitantes lo que había sucedido y cómo debían reaccionar. De aquel modo la ciudad rocosa había ayudado a ordenar las vidas de sus habitantes durante generaciones enteras.

Mhoram sabía en lo profundo de su corazón que incluso aquella inmensa ciudad

rocosa podía llegar a su fin. Nunca, en toda su existencia, había sufrido un asedio. Pero ahora el Amo Execrable disponía de suficiente poder para intentarlo. Era capaz de derribar aquellas paredes macizas y reducir a escombros el último bastión del Reino. Y no tardaría en llevar a cabo su intento.

Al menos Callindrill había comprendido esto con claridad. Había llegado el momento de correr riesgos desesperados. El daño que Puño de Satán había hecho ya durante su larga marcha desde Ridjeck Thome bastó para que el Amo Superior llegara al límite de lo soportable y decidiera correr su propio riesgo.

Confiaba en que sería capaz de volver en provecho propio la ruptura de la ley de la muerte. Apresuró el paso, aunque sabía que, una vez en el Cercado, tendría que esperar. La fuerza de su decisión le impulsaba. Sin embargo, cuando Trell le saludó desde un pasillo lateral, se detuvo en seguida y aguardó a que el robusto gravanólico llegara a su lado. Trell de Atiaran tenía derechos que Mhoram no podía negar ni eludir.

Trell vestía como un pedrario tradicional, con una túnica corta decorada con unas hojas bordadas en los hombros, símbolo de su familia, y unos calzones marrón claro, y tenía la envergadura robusta y musculosa que caracterizaba a los habitantes de los pueblos de piedra, con la diferencia de que los pedrarios solían ser de baja estatura, pero Trell era muy alto. Daba la impresión de una inmensa fuerza física, aumentada por su gran habilidad en el manejo del *rhadhamaerl*.

Se acercó al Amo Superior con la cabeza gacha, en actitud tímida, pero Mhoram sabía que no era el azoramiento lo que llevaba a Trell a rehuir la mirada de los demás. Había otra explicación tras la rudeza de sus facciones enmarcadas por una espesa barba rojiza. Mhoram se estremeció involuntariamente, como si un viento invernal se hubiera abierto paso por alguna brecha de Piedra Deleitosa para llegar hasta su corazón.

Como los demás *rhadhamaerl*, Trell había ofrecido su vida entera al servicio de la piedra. Pero perdió a su esposa, su hija y su nieta a causa de Thomas Covenant. La visión de Covenant siete años atrás le enfureció tanto que causó destrozos en la roca de las Defensas: sus dedos horadaron el granito como si no fuera más que arcilla.

Evitaba mirar a los demás para concentrarse en el odio y el dolor que anidaban en él. Solía mantenerse apartado, absorto en las labores de piedra de las Defensas. Pero ahora se acercó al Amo Superior con un aire de sombría decisión.

—Vas al Cercado, Amo Superior —le dijo. A pesar de la severidad de su expresión, había en su voz una extraña nota de súplica.

—Sí —respondió Mhoram.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, Trell de Atiaran. No eres ajeno a las necesidades del Reino.

—No lo hagas —dijo Trell rotundamente.

Mhoram movió la cabeza con suavidad; comprendía al gravanólico, pero no podía satisfacer su deseo.

—Sabes que debo intentarlo.

—No lo hagas —repitió Trell, dispuesto a rechazar todo argumento.

—Trell, soy el Amo Superior del Consejo de Piedra Deleitosa. Debo hacer lo que esté en mi mano.

—Denunciarás... denunciarás la caída de Elena, la hija de mi hija.

—¿Denunciar? —preguntó el Amo Superior, sorprendido. Enarcó una ceja y esperó a que el gravanólico se explicara.

—¡Sí! —afirmó Trell. Hablaba con cierta torpeza, como si la práctica de los largos y sordos cánticos del *rhadhamaerl* le hubieran hecho perder familiaridad con la conversación normal, y daba la impresión de que oponía resistencia al impulso de gritar—. Atiaran, mi esposa, dijo... dijo que es responsabilidad de los vivos justificar los sacrificios de los muertos, pues de otro modo su muerte carece de significado. Rebatirás la intención que se ha atribuido a Elena... No debes... aprobar su muerte.

Mhoram escuchó la verdad en las palabras de Trell. Su decisión podía implicar una afirmación, o al menos una aceptación, de la caída de Elena bajo el Vertedero Celeste de Melenkurion, lo cual sería demasiado amargo para Trell. Tal vez esto explicaba el incipiente temor que percibía tras las palabras de Trell. Pero el servicio de Mhoram al Reino le obligaba a cumplir con su deber. Y así, a fin de que Trell no pudiera interpretarle mal, le dijo:

—He de llevar a cabo este intento —y añadió suavemente—: el Ama Superior Elena quebró la Ley de la Muerte. ¿Cómo podría aprobarlo?

La mirada de Trell recorrió los muros, evitando el rostro del Amo Superior, y apoyó en las caderas sus grandes manos, como para impedir que golpearan... como si no confiara en lo que sus manos podrían hacer si no las retenía.

—¿Amas al Reino? —inquirió con voz ronca—. Lo destruirás. —Entonces miró a Mhoram, entristecido—. Ojalá lo hubiera hecho... —Separó las manos de sus caderas e hizo un gesto encorvando los hombros, como si estrangulara a alguien—. Ojalá hubiera ahogado a Lena, mi hija, en su misma cuna.

—¡No! —exclamó Mhoram quedamente—. No. —Anhelaba abrazar a Trell, consolarle de alguna manera, pero no sabía cómo mitigar la aflicción del gravanólico, pues era incapaz de resolver su propio dilema secreto—. Mantén la paz, Trell —murmuró—. Recuerda el Juramento. —No se le ocurría nada más que decir.

—¿Paz? —repitió Trell, como si aquella palabra le pareciera ridícula o le apesadumbrara. Ya no parecía ver al Amo Superior—. Atiaran creía en la paz, pero no existe.

Dio media vuelta y comenzó a andar por el pasillo lateral. Mhoram contempló cómo se alejaba durante un largo momento. El deber y la cautela le decían que

debería asignar guerreros para que vigilaran al Gravanélico, pero no soportaba atormentar a Trell con semejante expresión de desconfianza, que podría debilitar el dominio de sí mismo que le quedaba. Y él, Mhoram, había presenciado el triunfo sobre su aflicción de hombres y mujeres tan angustiados como lo estaba Trell.

No obstante, el Gravanélico no parecía un hombre que pudiera sobreponerse por completo a las desgracias que le habían acaecido, y Mhoram corría un grave riesgo al no actuar de alguna manera. Mientras reanudaba sus pasos hacia el Cercado, se sentía abrumado por el peso de sus responsabilidades. Le faltaban fuerzas para soportar tantos problemas.

Recorrió los largos y fríos pasillos, pues los Amos no podían contrarrestar el largo y cruel invierno que asolaba al Reino. Finalmente sus pasos le llevaron a un corredor iluminado por antorchas, subió una escalera en espiral y se aproximó a una de las entradas privadas que utilizaban los Amos para acceder al Cercado. Se detuvo al lado de la puerta para calcular el número de personas que ya se habían reunido para el Consejo, y al cabo de un momento oyó que el Ama Amatin subía las escaleras detrás de él. Mhoram la esperó. Cuando el Ama llegó a su lado, vio que tenía los ojos enrojecidos y sus facciones tensas. Sintió la tentación de hablarle, pero decidió hacerlo ante el Consejo. Si tenía que revelar su conocimiento secreto, primero debería preparar el terreno. Dirigió una sonrisa de afecto y comprensión a Amatin, le abrió la puerta y la siguió al interior del Cercado.

Bajaron los escalones hasta la mesa de los Amos, que estaba por debajo del nivel de las galerías con gradas en el alto y circular salón del consejo, iluminado por cuatro grandes antorchas de *lillianrill* colocadas en las paredes por encima de las galerías, y un pozo abierto de gravanel situado en la base del Cercado, por debajo y dentro de la amplia C que formaba la mesa de los Amos. Sillas de piedra para los Amos y sus invitados especiales esperaban alrededor del borde externo de la mesa, de cara al suelo con su pozo de gravanel en el centro. En la cabecera de la mesa estaba el sillón de respaldo alto que utilizaba el Amo Superior.

En el suelo del Cercado, junto al pozo de gravanel, había una mesa redonda de piedra con una espada corta de plata clavada hasta la empuñadura en el centro. Era el *krill* de Loric, tal como lo había dejado clavado allí Covenant siete años atrás. En aquel tiempo los Amos no hallaron modo de extraerlo de la piedra, y lo dejaron en el Cercado para que quien deseara observar el *krill* pudiera hacerlo libremente. Pero no había cambiado nada excepto la gema blanca alrededor de la cual se habían forjado las guardas y la empuñadura de la hoja de doble filo.

Cuando Mhoram y Callindrill regresaron de su viaje a la Espesura Acogotante, encontraron la gema sin luz, muerta. El fuego intenso que Covenant había infundido en su interior ya no estaba.

Era como un icono que representara la futilidad de los Amos, pero Mhoram alejó

sus pensamientos de aquel objeto. No tenía necesidad de mirar a su alrededor para saber quiénes estaban ya presentes en el Cercado. La perfecta acústica del salón llevaba hasta sus oídos incluso los sonidos más nimios. En la primera fila de la galería, por encima y detrás de los asientos de los Amos, se sentaban los guerreros, los Puños Generales del Ala de Guerra, que ocupaban los antiguos lugares de la Escolta de Sangre. Los dos Guardahogares, Tohrm el Gravanélico y Borillar el Estigmatizado, se sentaban con el Signo General Quaan en lo alto de la galería detrás del Amo Superior. Varios Guardianes de la Ciencia habían tomado asiento en las gradas situadas por encima de la mesa. Todavía presentaban las huellas de su larga huida desde Madera Deleitosa, pero la noticia de que había caído la ciudad arbórea los mantenía en tensión y no querían perderse aquel Consejo. Y con ellos estaban prácticamente todos los *lillianrill* de las Defensas de los Amos. La destrucción de un árbol por el fuego causaba una terrible congoja a los Estigmatizados, y observaban con expresión dolida la entrada del Amo Superior.

Mhoram llegó a un sillón pero no se sentó de inmediato. Mientras el Ama Amatin se dirigía a su asiento en el ala derecha de la mesa, Mhoram sintió un intenso dolor a la vista del asiento vacío donde debería hallarse ahora el Amo Callindrill, y podía percibir la presencia en el recuerdo de los demás que habían ocupado el sillón del Amo Superior: Variol, Prothall, Osondrea y Elena entre los nuevos Amos; Kevin, Loric y Damelon entre los antiguos. Su grandeza y su valor individual empequeñecían a Mhoram, le hacían darse cuenta de lo insignificante que él era para llevar sobre sus hombros semejantes responsabilidades. Corrían los tiempos más críticos para el Reino y él, Mhoram, carecía de la previsorá prudencia de Variol o la ascética fuerza de Prothall, la áspera intransigencia de Osondrea o la pasión de Elena. Por otra parte, su poder ni siquiera podía igualarse al del Amo más frágil en el Consejo más débil dirigido por Kevin, Loric, Damelon o Berek Corazón Fuerte, el Padre Fundador. Sin embargo, ninguno de los Amos restantes podían ocupar su lugar. Amatin carecía de fuerza física. Trevor no creía en sus propias condiciones, no se consideraba a la altura de sus compañeros, los demás Amos. Y en cuanto a Loerya se debatía entre su amor por el Reino y el deseo de proteger a su familia. Mhoram sabía que en más de una ocasión había estado a punto de pedirle que la liberase de su condición de Ama, a fin de huir con sus hijas a la relativa seguridad de las Montañas Occidentales. Ahora que Callindrill había desaparecido, el Amo Superior Mhoram estaba más solo que nunca. Tuvo que hacer un esfuerzo para retirar el sillón y tomar asiento ante la mesa.

Esperó a que llegaran Trevor y Loerya entregado a una ensoñación privada, mientras procuraba hacer acopio de fortaleza. Finalmente se abrieron las puertas principales del Cercado, situadas ante él, y los dos Amos empezaron a bajar las amplias escaleras, acompañando al anciano Corimini, el cual avanzaba lentamente,

con dificultad, como si el fin de Madera Deleitosa hubiera consumido la poca elasticidad que conservaban sus músculos, dejándole a merced de su edad proveya. Trevor y Loerya lo sostenían solícitamente, uno a cada lado. Le ayudaron a sentarse en la otra ala de la mesa, frente a Amatin, y luego fueron a ocupar sus asientos a la izquierda del Amo Superior.

Cuando todos se sentaron, una gran calma se extendió sobre el Cercado. Cesaron todas las conversaciones y, tras el breve rumor producido por los que cambiaban de postura, se hizo el silencio en la estancia iluminada por la cálida luz amarilla de las antorchas y el gravanel. Mhoram no oía más que el leve susurro de las respiraciones. Su mirada recorrió con lentitud la mesa y las galerías. Todas las miradas de los reunidos en la cámara convergían en él. Con rígidos movimientos colocó su bastón sobre la mesa y se levantó.

—Amigos y servidores del Reino —dijo con voz firme—, sed bienvenidos al Consejo de los Amos. Soy Mhoram, hijo de Variol, Amo Superior por elección del Consejo. Nos encontramos en un momento crucial, amenazados por terribles peligros, y hemos de emprender acciones contra ellos. Pero ante todo hemos de dar la bienvenida a los Guardianes de la Ciencia y la Raat. Corimini, el más anciano entre ellos, considérate en tu hogar aquí, en las Defensas de los Amos, junto con todo tu pueblo. Han traído sana y salva a Piedra Deleitosa la gran escuela de la ciencia. ¿Cómo podemos honrarte?

Corimini se levantó con mucho esfuerzo, como si fuera a responder al saludo del Amo Superior, pero su mirada descentrada mostraba que su mente estaba en alguna otra parte.

—Faer —empezó a decir con voz trémula—. Faer me ruega que la disculpéis por la ausencia de Callindrill, su marido, que no podrá asistir al Consejo.

Habló en tono entrecortado, y se interrumpió como si hubiera olvidado lo que quería decir. Lentamente sus pensamientos perdieron contacto con la situación en que se encontraba. Mientras permanecía en pie ante el Consejo, el poder de la ciencia que le había preservado durante tanto tiempo de los efectos de la edad parecía haberle abandonado. Se sentó en seguida, mascullando algo para sí mismo, perdido en sus pensamientos como un hombre que se esforzara por comprender un lenguaje ya olvidado. Por fin encontró las palabras que buscaba.

—Madera Deleitosa —repitió varias veces, tratando de encontrarle sentido, y empezó a llorar quedamente.

Mhoram sintió que las lágrimas le afloraban a los ojos. Con un gesto rápido indicó a dos Guardianes de la Ciencia que acudieran en ayuda de Corimini, los cuales le alzaron de su asiento y le llevaron escaleras arriba, hacia las altas puertas de madera.

—Llévadle a los curadores —ordenó Mhoram con voz ronca—. Procuradle la



paz. Ha servido al Reino con valor, dedicación y sabiduría durante más años que cualquiera de nosotros.

Los Amos se pusieron en pie, y al instante todos los presentes en el Cercado les imitaron. Se llevaron la mano derecha al corazón y luego extendieron las palmas hacia Corimini, en el saludo tradicional.

—Salve, Corimini —dijeron—, el más anciano de la Raat. Queda en paz.

Los dos Guardianes de la Ciencia hicieron salir a Corimini del Cercado y cerraron las puertas tras ellos. Entristecidos, los ocupantes de las galerías volvieron a sentarse. Los Amos miraron a Mhoram acongojados, y Loerya dijo en tono crispado:

—Esto es un mal augurio.

—Todos los augurios son malos en estos tiempos —dijo Mhoram—. El Desprecio asola el Reino, y por algo somos Amos. El Reino no necesitaría de nosotros si no corriera peligro.

Amatin le replicó sin mirarle a los ojos.

—Si ésa es nuestra tarea, no la cumplimos. —La cólera y el dolor que sentía se combinaron para poner una nota de desafío en su tono. Apoyaba las manos en la mesa y miraba a los Amos como si quisiera aplastarlos a todos contra la piedra—. Sólo Callindrill, entre todos los Amos, levantó su mano en defensa de Madera Deleitosa. Murió entre las llamas, en mi lugar.

—¡No! —se apresuró a decir el Amo Superior. Había confiado en que podría tratar los asuntos ante el Consejo en otros términos, pero ahora que Amatin había hablado, no podía retroceder—. No, Ama Amatin. No puedes cargar sobre tus hombros la responsabilidad de la muerte de Callindrill de Faer. Murió donde él lo había querido y por su propia decisión. Cuando creíste que ya no eras el Ama más adecuada para vigilar Madera Deleitosa, expresaste esa creencia al Consejo, y éste la aceptó y pidió al Amo Callindrill que se hiciera cargo de esa responsabilidad. Al mismo tiempo, el Consejo decidió que los defensores del Reino no deberían agotarse en una costosa e inútil batalla por Madera Deleitosa. —Mientras hablaba, la tensión de su mirada expresaba cuán dura, cuán tremendamente dura había sido para él aquella decisión—. La sede de la Raat no se construyó para la guerra y no era posible defenderla bien. El consejo decidió, en beneficio del Reino, que debíamos ahorrar nuestras fuerzas, a fin de utilizarlos aquí en su plenitud. Pero Callindrill eligió... —la autoridad del tono de Mhoram se quebró un momento—. El Amo Callindrill de Faer eligió de otro modo. Tú no tienes la culpa.

Vio la protesta en la mirada del Ama y se apresuró a neutralizarla. No quería que manifestara en voz alta su pensamiento.

—Además, te digo que no tenemos nada que reprocharnos por la sabiduría o la torpeza, la victoria o la derrota del camino que hemos escogido para defender el Reino. No somos los creadores de la Tierra y su final no depende de nosotros. Somos

creaciones, igual que lo es el Reino. No se nos puede exigir nada más que la pureza de nuestra entrega. Cuando hayamos dedicado toda nuestra sabiduría y hasta el último resto de nuestras fuerzas a la defensa del Reino, ninguna voz podrá elevar acusaciones contra nosotros. La vida o la muerte, el bien o el mal, la victoria o la destrucción... No se nos pide que resolvamos esos enigmas. Dejemos que el Creador responda del sino de su creación.

Amatin le miraba ferozmente, y él notaba que aquella mirada trataba de sondear el lugar apartado de su corazón donde anidaba el secreto.

—¿Culpas entonces a Callindrill? —le susurró—. No hay ninguna sabiduría en su muerte.

El error en su esfuerzo por comprenderle hirió al Amo Superior, pero respondió abiertamente a Amatin.

—No desconoces mis sentimientos, Ama Amatin. Amaba a Callindrill de Faer como a un hermano. Carezco de sapiencia, fuerzas y voluntad para culparle.

—Tú eres el Amo Superior. ¿Qué te dice tu sabiduría?

—Soy el Amo Superior —se limitó a constatar Mhoram—. No un juez para achacar culpabilidades.

De improviso, Loerya empezó también a sondearle.

—¿Y si no existe Creador? ¿O si la creación no tiene ninguna finalidad?

—Entonces, ¿quién nos la va a reprochar? Nosotros mismos aportamos el significado de nuestras vidas. Si servimos al Reino intachablemente hasta el límite de nuestras capacidades, ¿qué más se nos puede pedir?

—La victoria, Amo Superior —replicó Trevor—. Si fracasamos, el mismo Reino nos lo reprochará. Será arrasado. Nosotros somos sus últimos protectores.

La fuerza de estas palabras afectó a Mhoram. Comprobó que todavía carecía de valor para replicar: «mejor el fracaso que la profanación», pero en vez de hacerlo dirigió a su compañero una sonrisa irónica mientras le decía:

—¿Los últimos, Amo Trevor? No. Los *Haruchai* viven aún en la fortaleza de su montaña. A su modo, conocen el nombre del Poder de la Tierra con más certidumbre que ningún Amo. Los hombres de Ra y los Ranyhyn viven todavía, lo mismo que mucha gente de las llanuras del norte y el sur. Muchos Redimidos viven todavía. Caerroil Bosqueagreste, Forestal de la Espesura Acogotante, no ha muerto. Y en algún lugar, más allá del mar Cuna del Sol, está la tierra natal de los Gigantes, sí, y de los *Elohim* y *Bhrathair*, a los que se referían los Gigantes en sus cánticos. Resistirán el dominio del Amo Execrable sobre la Tierra.

—¡Pero la Tierra, Amo Superior, la Tierra se perderá! El despreciativo la destrozará de un extremo a otro.

—¡Por los Siete! —rugió Mhoram—. ¡Eso no sucederá mientras quede una chispa de amor o de fe!

Su mirada furibunda no se apartó de Trevor hasta que remitió la protesta del Amo. Entonces se volvió a Loerya, pero pudo ver en ella el inquietante temor por sus hijas, y prefirió no perturbar más sus sentimientos desgarrados. Se encaró entonces con Amatin, y le alivió ver que había vencido en buena parte su enojo. La miró esperanzado; el Ama había encontrado en él algo que necesitaba.

—Amo Superior —le dijo ella en voz baja—, has descubierto algo que nos permitirá actuar contra ese sino.

El Amo Superior se esforzó por mantener su serenidad.

—Hay una forma. —Alzó la cabeza para dirigirse a todos los presentes en el Cercado—. Amigos míos, el Delirante Puño de Satán ha arrasado Madera Deleitosa con el fuego. Ahora Fidelia está en sus manos, y pronto iniciará su marcha contra nosotros. Quedan pocos días antes de que comience el asedio de Piedra Deleitosa No podemos retrasarnos más. —Sus ojos con irisaciones doradas relampaguearon mientras decía—: Debemos intentar la invocación del Incrédulo.

Un pesado silencio se hizo en el Cercado. Mhoram notó que le llegaban desde las galerías oleadas de sorpresa, excitación y temor. Percibió la apasionada objeción del Signo General Quaan antes de que la pronunciara, pero esperó en silencio hasta que el Ama Loerya logró articular:

—Eso es imposible. Se ha perdido el Bastón de la Ley. Carecemos de medios para efectuar la invocación.

El suave timbre de su voz apenas ocultaba la indignación que sentía.

Mhoram esperó aún más. Quería que los demás Amos respondieran a las palabras de Loerya. Pasó largo rato antes de que Trevor rompiera el silencio, dubitativo.

—Pero se ha quebrado la Ley de la Muerte.

—Y si el Bastón ha sido destruido —añadió Amatin con rapidez—, el Poder de la Tierra que se concentraba en él ha sido liberado sobre el Reino. Tal vez nos sea accesible.

—Debemos intentarlo —dijo Mhoram—. Para bien o para mal, el Incrédulo está vinculado de un modo inextricable al sino del Reino. Si él no está aquí, no puede defenderlo.

—¡O destruirlo! —gruñó Quaan.

Antes de que Mhoram pudiera responder, el Guardahogar Borillar se puso en pie.

—El Incrédulo salvará al Reino —dijo precipitadamente.

—Es una extraña confianza, Guardahogar —observó Quaan.

—Lo salvará —repitió Borillar, como si le sorprendiera su propia temeridad.

Siete años atrás, cuando conoció a Covenant, era el Estigmatizado más joven que había recibido el nombramiento de Guardahogar. Entonces era muy consciente de su inexperiencia, y todavía era respetuoso... hecho que divertía a su amigo y compañero Guardahogar, Tohrm.

—Cuando conocí al Incrédulo —prosiguió—, era joven y tímido. Tenía miedo. — La implicación de que Borillar ya no era joven y tímido hizo sonreír pícaramente a Tohrm—. El ur-Amo Covenant me habló con amabilidad.

Se sonrojó, azorado, y volvió a sentarse. Pero nadie, excepto Tohrm, sonreía, y la sonrisa de Tohrm era siempre irreprimible. Y expresaba tan sólo afecto y diversión, en modo alguno burla. El tono convencido de Borillar parecía reprochar las dudas que tenían los presentes en el Cercado. Cuando el Ama Loerya habló de nuevo, su tono había cambiado. Dirigió una mirada inquisitiva al joven Guardahogar y preguntó:

—¿Cómo realizaremos ese intento?

Mhoram le dio las gracias a Borillar con una inclinación de cabeza y se volvió de nuevo hacia los Amos.

—Voy a intentar la invocación. Si me fallan las fuerzas, ayudadme.

Los Amos asintieron en silencio. Lanzando una mirada final a su alrededor, tomó asiento, inclinó la cabeza y abrió su mente para la fusión mental con los demás Amos.

Lo hizo sabiendo que debería mantener cerrada una parte de sí mismo, para impedir que Trevor, Loerya y Amatin pudieran conocer su secreto. Corría un gran riesgo. Necesitaba el consuelo, la fuerza y el apoyo compartidos que podía proporcionar una completa fusión mental. No obstante, cualquier debilidad personal podía exponer el conocimiento que retenía y, además, mediante la fusión mental, los otros Amos podían darse cuenta de que ocultaba algo. Era, pues, un rito costoso. Cada fusión le dejaba exhausto, porque sólo podía proteger su secreto cediendo fortaleza más bien que recibéndola. Pero creía en la fusión. De toda la ciencia de los nuevos Amos, sólo aquella facultad les pertenecía en exclusiva; el resto les había llegado a través de las Alas de Kevin Arrasatierra. Y cuando se practicaba en toda su pureza, la fusión mental conseguía que la salud y el corazón de cada Amo acudiera en ayuda de todos los demás.

En tanto que el Amo Superior poseyera un hálito de vida, un ápice de fuerza, no podía negarse a aquella participación.

Finalmente el contacto se interrumpió. Mhoram sintió por un momento que apenas era lo bastante fuerte para sostenerse en pie. Las necesidades de los demás Amos y su preocupación por él seguían constituyendo una pesada carga sobre sus hombros. Pero se conocía a sí mismo lo bastante bien para saber que, en determinadas cuestiones, carecía de la habilidad para rendirse, y tenía en realidad una tendencia al empleo absoluto de la fuerza que le asustaba cuando pensaba en el Ritual de la Profanación. Tras un descanso momentáneo, se incorporó y cogió su bastón. Llevándolo como si fuera un estandarte, rodeó la mesa y empezó a bajar los escalones hacia el suelo con el pozo de gravanel en el centro.

Tohrm bajó de la galería y se reunió con él. Al Gravanélico le brillaban los ojos,

parecía muy divertido, y sonrió mientras decía:

—Necesitarás una visión de largo alcance para atisbar al Incrédulo. —Guiñó un ojo, como si acabara de decir algo gracioso—. El abismo entre los mundos es oscuro, y la oscuridad agosta el corazón. Te proporcionaré más luz.

El Amo Superior le dio las gracias con una sonrisa, y el Guardahogar saltó con viveza a un lado del pozo de gravanel. Se inclinó hacia las piedras de fuego y pareció olvidarse de los demás presentes en el Cercado. Sin dirigirles ni una sola mirada, empezó a cantar dulcemente.

En un lenguaje grave e inflexible, conocido sólo por quienes compartían la ciencia del *rhadhamaerl*, entonó una invocación a las piedras de fuego, alentándolas, reavivándolas, extrayéndoles su poder latente. Y el brillo amarillo rojizo del gravanel se reflejó en su rostro como una respuesta. Al cabo de un momento, Mhoram pudo ver que el brillo se incrementaba. El matiz rojizo desapareció y quedó sólo el amarillo, y el oro se volvió más puro, blanco y cálido. El aroma a tierra recién removida del gravanel se alzó en la atmósfera del Cercado como incienso.

Los tres Amos se levantaron en silencio, y el resto de los presentes se les unió en una muda expresión de respeto hacia el *rhadhamaerl* y el Poder de la Tierra. El brillo del pozo se intensificó ante ellos, hasta que el mismo Tohrm palideció al lado de aquella luz.

Con un lento y majestuoso movimiento, el Amo Superior Mhoram levantó su bastón y lo sostuvo con ambas manos a la altura de la frente.

El cántico de invocatoria del Incrédulo empezó a pasar por su mente mientras centraba sus pensamientos en el poder de su bastón. Uno tras otro, eliminó a los presentes y luego al mismo Cercado de su conciencia. Se concentró en la recta y suave madera de su bastón hasta que sólo fue consciente del cántico y la luz... y de las ilimitadas implicaciones del Poder de la Tierra que latía como sangre de dioses en la inmensa montaña rocosa que le rodeaba. Entonces concentró el mayor número posible de aquellas palpitaciones en el bastón y lo hizo girar, mientras cantaba para sus adentros:

*Hay una magia indomeñable oculta en cada piedra,  
impetuosa magia tallada en cada roca,  
contenida para que el oro blanco la desate o controle...  
oro, metal raro, no nacido en el Reino,  
no gobernado, limitado, sometido  
por la Ley con la que el Reino fue creado...  
sino piedra angular, factor crucial, el quid  
de la anarquía de donde surgió el Tiempo.*

Las pulsaciones le llevaban a través de un viento maléfico, de modo que su

espíritu se estremecía bajo las ráfagas del desprecio; pero su conciencia las rebasó rápidamente, pasó más allá del aire, la madera, el agua y la piedra hasta que pareció girar a través del tejido esencial de la realidad. Por un instante sin dimensión en el tiempo y el espacio, perdió el rastro de sí mismo, sintió que flotaba más allá de los límites de la creación. Pero el cántico y la luz le sostenían y afirmaban. Pronto sus pensamientos señalaron como un compás hacia el imán del oro blanco.

Entonces tuvo un vislumbre del anillo de Thomas Covenant. Era inconfundible. La presencia del Incrédulo cubría el pequeño círculo como un aura, reteniendo su poder. Y la misma aura estaba llena de angustia.

El Amo Superior Mhoram se dirigió hacia aquella presencia y empezó a cantar:

*Sé fiel, Incrédulo...  
Responde a la llamada.  
La vida es la dadora;  
la muerte el fin de todo.  
La promesa es la verdad,  
y las ponzoñas dispersas  
con promesas se mantienen.  
Pero el alma maldice  
la pérdida de la fe,  
la servidumbre sin fe,  
pues un sino de tinieblas  
lo cubre todo.  
Sé fiel, Incrédulo...  
Responde a la llamada.  
Sé fiel.*

Su cántico hizo presa en Covenant y empezó a llevarlo hacia el Cercado. La eficacia de la invocación le liberó de gran parte de su carga, y pudo volver rápidamente en sí. Cuando abrió los ojos a la luz deslumbrante, casi cayó de rodillas. Un súbito agotamiento le invadía, se sentía intensamente debilitado, como si su alma se hubiera extendido para cubrir una distancia demasiado grande. Por un momento permaneció en pie inmóvil, sin fuerzas, sin cantar siquiera. Pero los demás Amos habían reanudado el cántico, sustituyendo con la energía de sus bastones el poder de Mhoram, vitalizando la invocación.

Cuando sus ojos volvieron a ver con claridad, contempló a Thomas Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco, semicorporeizado en la luz que tenía ante él.

Pero la aparición no se acercó ni se encarnó, permaneciendo en el borde de la presencia física, negándose a cruzar la frontera. Con una voz que parecía de ultratumba, exclamó:

—¡Ahora no! ¡Dejadme!

La visión del sufrimiento del Incrédulo conmocionó a Mhoram, Covenant estaba desnutrido, necesitaba desesperadamente descanso, presentaba en la frente una herida profunda que no había recibido ningún cuidado. Todo su cuerpo estaba magullado como si le hubieran lapidado, y tenía una comisura de la boca cerrada por desagradables coágulos de sangre. Pero por graves que fueran sus lesiones físicas, palidecían al lado de su aflicción interna. El terror con que se resistía rezumaba de él como el sudor del sufrimiento, y una tremenda fuerza de voluntad impedía que se reencarnara. Mientras se debatía para que la invocación no se completara, le recordó a Mhoram al *dukkha*, el pobre Waynhim al que el Amo Execrable había infligido tantos tormentos con la Piedra Illearth. Se resistía como si los Amos le obligaran a sumergirse en una cuba de ácido y horror virulento.

—¡Covenant! —gruñó Mhoram—. ¡Oh, Covenant! —Temía que su fatiga le impidiera retener el llanto—. Estás en un infierno. Tu mundo es un infierno.

Covenant se estremeció. La voz del Amo Superior parecía golpearle físicamente. Pero un instante después exigió de nuevo:

—¡Dejadme marchar! ¡Ella me necesita!

—También nosotros te necesitamos —murmuró Mhoram.

Se sentía frágil, sin fuerza, como si careciera de los músculos y ligamentos necesarios para mantenerse erecto. Ahora comprendía por qué había podido invocar a Covenant sin el Bastón de la Ley, y esa comprensión era como una carga de pesar en sus entrañas, que amenazaba con horadarle y arrastrar con ella todo su ser.

—¡Ella me necesita! —repitió Covenant. El esfuerzo de hablar hacía que le goteara sangre de la boca—. ¿No puedes oírme, Mhoram?

Aquella súplica conmovió a Mhoram. Era el Amo Superior y no podía ni debía desoír las peticiones que le hacían. Se obligó a sostener la enfebrecida mirada de Covenant.

—Te oigo, Incrédulo. —Su voz se hizo más fuerte a medida que hablaba—. Soy Mhoram, hijo de Variol, Amo Superior por elección del Consejo. También nosotros te necesitamos. Te he invocado para que nos ayudes en esta última prueba crucial para el Reino. La profecía que te comunicó el Amo Execrable, el Despreciativo, para que la hicieras saber al Reino, se ha realizado. Si fracasamos, él tendrá poder de vida y muerte en sus manos, y el universo será un infierno eterno. ¡Ayúdanos, ur-Amo Covenant! Soy yo, Mhoram hijo de Variol, quien te lo suplica.

Covenant se estremeció al oír tales palabras, pero no cedió un ápice en su resistencia. El sonido de la voz de Mhoram le hizo tambalearse, pero en cuanto recobró el equilibrio gritó de nuevo:

—¡Te digo que me necesita! ¡Esa serpiente cascabel va a morderle! Si me llevas ahora, no puedo ayudarle.

En el fondo de su mente, Mhoram se maravillaba de que Covenant pudiera rechazar de un modo tan inflexible la invocación sin emplear la energía de su anillo. Sin embargo, aquella capacidad para negarse concordaba con el conocimiento secreto de Mhoram. La esperanza y el miedo batallaban en el interior del Amo, y le costaba mantener la voz serena.

—Covenant, amigo mío, escúchame, por favor. Que mi voz te transmita la terrible situación del Reino. No podemos retenerte, pues tienes el oro blanco y, con él, el poder de rechazar nuestra llamada. La Ley de la Muerte no te obliga a someterte. Escúchame, por favor. No necesitaré mucho tiempo. Cuando haya hablado, si todavía decides no venir, renunciaré a la invocación. Te diré... cómo puedes utilizar tu oro blanco para negarnos tu ayuda.

De nuevo el asalto de aquella voz hizo retroceder a Covenant. Pero al recuperarse no repitió su exigencia, sino que dijo en tono áspero:

—Habla con rapidez. Ésta es mi única oportunidad... porque sólo al principio hay oportunidad para eludir un engaño. Tengo que ayudarle.

El Amo Superior Mhoram habló entonces en tono emocionado, imprimiendo en su voz todo el amor y el temor que sentía por el Reino.

—Ur-Amo, han transcurrido siete años desde que estuvimos juntos en el Nido de Horcas. Durante ese tiempo nos hemos recuperado de algunas de nuestras pérdidas. Pero desde que perdimos el Bastón de la Ley, el Despreciativo ha tenido mucha más libertad. Ha levantado un nuevo ejército vasto como un mar, y nos ha atacado. Ya ha destruido Madera Deleitosa. El Delirante Puño de Satán ha destruido por el fuego la ciudad arbórea y matado al Amo Callindrill. Dentro de pocos días se iniciará el asedio de las Defensas de los Amos.

»Pero no termina ahí el recuento de nuestras calamidades. Hace siete años habríamos podido defender Piedra Deleitosa contra cualquier enemigo durante muchas estaciones. Incluso sin el Bastón de la Ley habríamos podido defendernos bien. Pero, escúchame bien, amigo mío, hemos perdido a la Escolta de Sangre.

Covenant se cubrió la cabeza con las manos, como si quisiera protegerse de un alud, pero Mhoram no se detuvo.

—Cuando Korik, de la Escolta de Sangre, dirigió la misión en busca de los Gigantes de Límite del Mar, grandes males se abatieron sobre ellos y costaron la vida a los amos Hyrim y Shetra. Sin ellos... —Mhoram titubeó, recordando la amistad de Covenant con el Gigante Corazón Salado Vasallodelmar. No quería atormentar a Covenant contándole el sangriento destino de los Gigantes—. Sin ellos para aconsejarles, Korik y dos camaradas capturaron un fragmento de la Piedra Illearth. No reconoció el peligro que encerraba. Los tres Guardianes de Sangre llevaron el fragmento con ellos, con la intención de entregarlo en las Defensas de los Amos.

»Pero la Piedra Illearth causa terribles males en el Reino. Los tres Guardianes de



Sangre, que no habían sido advertidos previamente, fueron esclavizados por el poder de la Piedra, que les hizo llevar el fragmento a la guarida del Execrable. Creyeron que lucharían contra el Despreciativo, pero éste se apoderó de ellos.

De nuevo Mhoram se guardó de contar todo lo ocurrido. No podía decirle a Covenant que el Voto de los Guardianes de Sangre había sido sutilmente traicionado por la ruptura de la Ley de la Muerte... ni que el bruñido metal con el que podía compararse la probidad de los Guardianes de Sangre había quedado empañado cuando Covenant obligó a Bannor a revelar el nombre del Poder de Mando. Mhoram se estremeció, como cada vez que recordaba lo que había sucedido.

—Entonces el Despreciativo envió a los tres Guardianes para que atacaran Piedra Deleitosa. Korik, Sill y Doar avanzaron contra nosotros impulsados por la Corrupción a través de la piedra verde. Mataron a muchos granjeros y guerreros antes de que comprendiéramos lo que les habían hecho. El Primer Signo Bannor, Terrel y Runnik, de la Escolta de Sangre, les presentaron batalla. Mataron a Korik, Sill y Doar, que eran sus camaradas, y trajeron sus cadáveres a las Defensas. Entonces... —Mhoram tragó saliva—, entonces descubrimos que el Amo Execrable había cortado dos dedos de la mano derecha a cada uno de ellos.

Covenant lanzó un grito desgarrador, pero Mhoram no se abstuvo de hacer un doloroso comentario.

—Mutiló a los Guardianes de Sangre para que se parecieran a ti.

—¡Basta! —gimió Covenant—. No sigas. No puedo soportarlo.

Pero el Amo Superior continuó.

—Cuando el Primer Signo Bannor vio cómo Korik y sus camaradas habían sido corrompidos a pesar de su Voto, abandonó su servicio junto con todos los Guardianes de Sangre, y regresaron a su hogar en la montaña de los *Haruchai*. Dijo que habían sido conquistados por la Corrupción, y que ya no podían servir ningún Voto. Sin ellos, amigo mío, sin el Bastón de la Ley, sin un inmenso ejército de fuertes aliados... sin duda seremos derrotados. Ahora, sólo la magia indomeñable puede interponerse entre nosotros y la codicia del Amo Execrable.

Cuando Mhoram concluyó, la mirada de Covenant parecía tan vacía como un desierto. Tenía los ojos secos, como si la intensidad de su fiebre imposibilitara las lágrimas. Su resistencia cedió brevemente, y por un instante casi permitió que se completara su traslado al Cercado. Pero entonces alzó la cabeza, como si cruzaran por su mente otros recuerdos, y se mantuvo firme en su negativa. Retrocedió hasta desvanecerse casi bajo la brillante luz del gravanel.

—No puedo, Mhoram —dijo con voz sofocada—. No puedo. La serpiente... Esa pequeña está completamente sola. Soy responsable de ella. Nadie puede ayudar a la niña excepto yo.

Desde lo alto de la galería en el lado opuesto del Cercado, surgió una voz

encolerizada. Era Quaan, cuya vieja inquina hacia Covenant, se reflejaba en sus palabras.

—¡Por los Siete! Precisamente él habla de responsabilidad. ¡Eres responsable de nosotros, Covenant!

Quaan se había vuelto viejo e impotente para salvar el Reino, mientras que Covenant ni había envejecido ni actuaba. Su cólera era la consecuencia de una convicción profunda, la del guerrero que valora el sacrificio de algunas vidas para salvar muchas.

Las palabras de Quaan le hicieron sufrir tanto al Incrédulo como las de Mhoram, pero no se volvió para enfrentarse al Signo General. Sosteniendo dolorosamente la mirada de Mhoram, le dijo:

—Sí, lo sé, lo sé... Soy responsable, pero ella me necesita. No hay nadie más. Forma parte de mi mundo... mi mundo real. Vosotros no sois reales ahora. No puedo ayudaros en este momento. —Su rostro se contorsionó en una mueca frenética, y su resistencia aumentó angustiadamente—. Mhoram, si no regreso a su lado, morirá.

Había en su tono una súplica desgarrada que consternó a Mhoram, el cual se mordió los labios, tratando de dominar por medio del dolor físico la tensión de sus sentimientos conflictivos. Su vida entera, todos los compromisos que le habían dado sentido durante tanto tiempo, parecían cuartearse en su interior. Su amor hacia el Reino le impulsaba a oponerse al Incrédulo, a esforzarse como si luchara por la posesión de su alma. Pero experimentaba también un impulso contrario, una negativa a impedir la soberanía de Covenant para decidir su destino. El Amo Superior titubeó algún tiempo. Luego, lentamente, alzó la cabeza y habló tanto a los presentes en el Cercado como a Thomas Covenant.

—No es posible obligar a nadie a luchar contra el Despreciativo. Hay que oponerle resistencia de buen grado, o no hacerlo en absoluto. Te libero, Incrédulo. Nos das la espalda para salvar una vida en tu propio mundo. Aunque la oscuridad nos cubra, la belleza del Reino perdurará. Si somos un sueño, y tú el que nos sueña, entonces el Reino es imperecedero, pues no nos olvidarás. No temas, ur-Amo Covenant. Vete en paz.

El Amo Superior se dio cuenta de que Loerya y algunos de los demás presentes querían protestar, pero les redujo al silencio con un gesto autoritario. Uno tras otro, los Amos retiraron el poder de sus bastones mientras Tohrm reducía la intensidad del fuego de gravanel. Covenant empezó a desvanecerse como si se disolviera en el abismo más allá del arco del Tiempo.

Entonces el Amo Superior Mhoram recordó su promesa de revelar el secreto de la magia indomeñable. No sabía si Covenant aún podía oírle, pero susurró a su forma desdibujada:

—Tú mismo eres el oro blanco.

Un instante después supo que el Incrédulo se había ido. Había desaparecido de la atmósfera del Cercado toda sensación de resistencia y poder, y la luz del gravanel había descendido a un nivel normal. Por primera vez desde que comenzara la invocación, Mhoram vio las formas y los rostros de las personas que le rodeaban. Pero aquella visión no duró mucho. Las lágrimas le cegaron, y se apoyó débilmente en su bastón, como si sólo aquella dura madera pudiera sostenerle.

Le llenaba de pesar la extraña facilidad con la que había invocado al Incrédulo. Sin el Bastón de la Ley, no debería haber tenido suficiente poder para convocar a Covenant. Sin embargo, lo había conseguido. Y sabía la razón. Covenant había sido tan vulnerable a las invocaciones porque estaba agonizando.

Oyó la voz de Trevor que penetraba sus sombríos pensamientos.

—Amo Superior... la gema del *krill*... ha revivido. Ardió como lo hizo cuando el Incrédulo lo clavó en la mesa.

Mhoram parpadeó para contener las lágrimas. Apoyándose en el bastón, se acercó a la mesa, en cuyo centro el *krill* de Loric parecía una cruz opaca, tanto que nadie sospecharía su posibilidad de encenderse. Cuando el Amo Superior cerró su mano sobre la empuñadura, un huidizo reflejo azul surgió de la gema y se desvaneció.

—Ahora no tiene vida —dijo tristemente.

Entonces abandonó el Cercado y se dirigió al recinto sagrado para cantar por Covenant, Callindrill y el Reino.

### III

## EL RESCATE



ientras se esforzaba por salir de la roca, Covenant sentía un frío tan intenso como si estuviera desnudo en una gruta de hielo. El gélido soplo que lo atería parecía poner un contrapunto cruel y sardónico a su intento de liberarse. Lentamente fue abandonándole, integrándose en otra dimensión. Covenant tuvo más consciencia de la piedra, cuya impenetrabilidad granítica se espesaba a su alrededor. Empezó a sentir que se sofocaba.

Agitó brazos y piernas, tratando de avanzar hacia la superficie. Pero por unos momentos ni siquiera pudo estar seguro de que sus miembros se movieran. Entonces experimentó una serie de sacudidas que repercutieron dolorosamente en sus articulaciones. Notó a través de los codos y las rodillas que se golpeaba contra algo duro. Golpeaba la ladera de la colina con los brazos y las piernas. Tras los ahogados ruidos que producía, oía un rumor de agua. El sol brillaba en algún lugar por encima de él. Alzó la cabeza.

Al principio no pudo orientarse, pues el agua de un arroyo le impedía la visión. Tuvo la impresión de que lo miraba desde arriba, que la pendiente por la que corría se inclinaba de un modo imposible por debajo de él. Pero al fin se dio cuenta de que no miraba hacia abajo, sino que estaba tendido horizontalmente sobre la pendiente, y la colina se levantaba por encima de él, a la derecha, para descender a la izquierda.

Volvió la cabeza para buscar a la niña y la serpiente. Su mirada se negaba a centrarse. Algo pálido brillaba ante su rostro, impidiéndole ver el pie de la colina.

—¿Señor? —preguntó cerca de él una débil vocecilla infantil—. ¿Está bien, señor? Se ha caído.

Covenant intentaba ver demasiado lejos. Haciendo un esfuerzo, centró la vista y al fin vio una pierna desnuda, que a la luz del sol brillaba tan pura y pálida como si la hubieran ungido con aceite consagrado. Pero mostraba ya una leve hinchazón, en cuyo centro había dos pequeñas marcas rojas, como dos alfilerazos.

—¿Señor? —repitió la niña—. ¿Se encuentra bien? La serpiente me mordió y me duele la pierna.

El frío glacial que había dejado atrás pareció asolar de nuevo a Covenant desde las profundidades de su mente, y empezó a estremecerse. Se esforzó por ignorar aquel frío para dirigir toda su atención a las dos señales rojas dejadas por los colmillos del ofidio. Se sentó en el suelo, sin apartar la vista de las marcas. Le dolía todo el cuerpo y sentía angustiosas pulsaciones en la herida de la frente, pero se sobrepuso al dolor,

descartándolo como si no tuviera nada que ver con él. Sus manos temblorosas atrajeron a la niña a su lado. Se preguntó qué debía hacer ante una mordedura de serpiente.

—No te preocupes —le dijo a la pequeña.

Le temblaba la voz, y tenía la garganta demasiado seca para poder controlarla. No acertaba a encontrar algunas palabras consoladoras. Tragó saliva y estrechó a la criatura contra su pecho.

—No te apures. Vas a ponerte bien. Estoy aquí y te ayudaré.

Sus propias palabras le parecieron grotescas. Sabía que su aspecto era espectral y sus recursos nulos. El corte que se había producido en el labio y la encía dificultaba su articulación de las palabras. Pero también lo ignoró. No podía permitirse la energía necesaria para preocuparse por tales cosas. La fiebre parecía entumecer sus pensamientos y necesitaba todas sus fuerzas para mantener la mente activa y recordar el tratamiento de las mordeduras de serpiente.

Contempló las marcas de los colmillos hasta que recordó.

«Para la circulación», se dijo a sí mismo, como si fuera estúpido. «Corta. Extrae el veneno».

Revisó apresuradamente sus bolsillos, en busca del cortaplumas. Cuando lo encontró, lo dejó en el suelo, a su lado, y trató de pensar en algo que pudiera servir como torniquete. El cinturón no le servía, pues no podía atarlo lo bastante fuerte, y el vestido de la niña carecía de cinturón. Tampoco los cordones de sus zapatos eran suficientemente largos.

—Me duele la pierna —se quejó la niña—. Quiero ir con mi mamá.

—¿Dónde está? —musitó Covenant.

—Por allí. —La pequeña señaló vagamente corriente abajo—. Muy lejos. Papá me dio una zurra y me escapé.

Covenant mantuvo a la niña sujeta con un brazo, para impedirle que se moviera acelerando la propagación del veneno. Con la mano libre se quitó el cordón de la bota izquierda, pero estaba muy desgastado y se le rompió. Soltó una maldición, desesperado. Estaba tardando demasiado en actuar. Temblando, empezó a quitarse el cordón de la bota derecha. Al cabo de un momento logró quitárselo intacto.

—Muy bien —dijo con voz ronca—, he de hacer algo para curar esa mordedura. Primero te ataré la pierna... así el veneno no se extenderá. Luego tendré que hacerte un cortecito, para que el veneno pueda salir, pero no te dolerá mucho. —Se esforzó por parecer tranquilo—. ¿Eres valiente hoy?

—Papá me pegó y no lloré —dijo ella con solemnidad—. Eché a correr.

Covenant no percibió en la voz de la chiquilla ningún resto de su terror anterior.

—Buena chica —musitó. No podía esperar más, pues la hinchazón de la piel había aumentado considerablemente y un débil tinte negruzco había empezado a

cubrir su palidez. Ató el cordón de la bota alrededor de la pierna herida, por encima de la rodilla.

—Apóyate en la otra pierna para que ésta pueda descansar.

Cuando la niña le obedeció, Covenant apretó el lazo hasta que la pequeña emitió un breve grito de dolor. Entonces lo ató.

—Buena chica —repitió—. Hoy eres muy valiente.

Con manos inseguras, recogió el cortaplumas y lo abrió.

Por un momento titubeó ante la perspectiva de cortar la piel de la pequeña. Temblaba demasiado. El calor del sol no servía de nada contra el frío que embargaba su interior. Pero las lívidas marcas de los colmillos le impulsaron. Levantó a la niña suavemente y la sentó en su regazo. Con la mano izquierda le levantó la pierna hasta que la hinchazón quedó a unos pocos centímetros de su rostro. Sujetó inadecuadamente el cortaplumas con los tres dedos de su mano derecha.

—Si no miras, es posible que ni lo sientas —le dijo, confiando en no estar mintiendo.

La niña actuaba como si la simple presencia de un adulto desterrara todos sus temores.

—No tengo miedo —replicó con orgullo—. Hoy soy valiente.

Pero cuando Covenant se volvió, de modo que su hombro derecho quedó entre el rostro de la niña y la pierna, la pequeña le agarró por la camisa y apoyó en él su rostro.

En el fondo de su mente, Covenant podía oír la voz de Mhoram: «Hemos perdido a la Escolta de Sangre... perdido a la Escolta de Sangre... perdido...». Gimió en silencio, pensando en Bannor. ¿Fue tan terrible lo sucedido?

Apretó los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas y la herida de la frente le latió con violencia. El dolor le serenó, le mantuvo firme como si fuera una estaca que le atravesara el cerebro fijándole a la tarea de extraer el veneno.

Con un abrupto movimiento, hizo dos cortes en forma de X que cruzaban la hinchazón entre las dos marcas rojas.

La niña exhaló un grito quedo y se quedó rígida, aferrada a él.

Covenant se quedó un instante inmóvil, mirando horrorizado la sangre que brotaba violentamente de los cortes y corría por la pierna de la niña. Entonces dejó caer la navaja, como si le quemara en la mano. Cogiendo la pierna con ambas manos, aplicó la boca a las señales de los colmillos y succionó.

Al tensar los labios sobre la piel de la pierna, se reavivó el dolor de la herida en la boca, cuya sangre se mezcló con la de la niña que goteaba a través de la oscura mancha. Pero Covenant hizo caso omiso y succionó los cortes con toda su fuerza. Cuando se detenía para respirar, frotaba la pierna de la niña, tratando de dirigir toda su sangre hacia los cortes. Entonces succionaba de nuevo. Sintió un acceso de

náuseas y se detuvo, temeroso de que pudiera desmayarse.

—Muy bien —jadeó—. He terminado. Vas a ponerte bien.

Poco después se dio cuenta de que la niña sollozaba quedamente, apoyada en su hombro. Se volvió en seguida y la abrazó.

—No te pasará nada —le aseguró—. Ahora te llevaré con tu mamá.

No creía tener fuerzas para mantenerse en pie, y mucho menos para transportar a la niña a ninguna distancia.

Pero sabía que la chiquilla necesitaba tratamiento, pues difícilmente podía haberle extraído todo el veneno, y además era necesario atender los cortes que le había hecho. Su debilidad podía ser fatal para la niña. Haciendo un esfuerzo supremo, se puso en pie y se quedó tambaleante en la ladera, como si estuviera a punto de derrumbarse.

La pequeña gemía en sus brazos. Covenant no quería mirarla, por temor a ver el reproche en sus ojos. Miró hacia abajo, mientras luchaba para sacar de algún lugar recóndito las fuerzas necesarias.

—Te sangra la boca —le dijo la niña entre lágrimas.

—Sí, lo sé —musitó él.

Pero aquel dolor no era peor que el de su frente o el de los moratones que se había hecho al caer. No era más que un dolor temporal que quedaría pronto absorbido por los efectos de la lepra. El frío interior le hacía creer que se extendía ya la insensibilidad de sus manos y pies. El dolor no era una excusa para la debilidad.

Empezó a moverse, poco a poco, y bajó rígidamente la pendiente, como una marioneta mal articulada. Cuando llegó al árbol, negro y recto, como un poste indicador del lugar donde había sido atacada la niña, había estado a punto de caer en tres ocasiones. Los pies le bailaban dentro de las botas sin cordones, y tropezaba a cada momento. Se apoyó un momento en el tronco, tratando de serenarse, y a continuación se desprendió de las botas. No las necesitaba. Sus pies estaban demasiado insensibles para que sintiera el daño de andar descalzo.

—¿Preparada? —preguntó a la niña—. Allá vamos.

Su propia voz le parecía casi inaudible. Aturdido por la fiebre que envolvía su mente en una espesa niebla, pensó en las injusticias de la vida, en cómo recaían las cargas en las personas menos indicadas. Por alguna oscura razón, creía que si él hubiera estado en el lugar de Bannor habría encontrado otra respuesta a la corrupción de Korik, mientras que Bannor le habría superado con creces en la tarea física de salvar a aquella niña.

Entonces recordó que Mhoram no le había dado ninguna noticia de los Gigantes en conexión con la misión de Korik. Estimulada por la asociación, una visión del Nido de Horcas se abrió paso entre su niebla mental, y vio de nuevo a un Gigante colgando de la horca del Forestal.

¿Qué les había sucedido a los Gigantes?

Boquiabierto, como si los árboles, el arroyo y la niña que llevaba en los brazos le produjeran asombro, se separó del negro tronco y empezó a bajar siguiendo la orilla del arroyo Righters, en dirección al pueblo. Mientras descendía, se esforzaba por gritar entre sus labios pegados por la sangre coagulada:

—¡Ayuda!

La pequeña había dicho que sus padres estaban muy lejos, pero Covenant no sabía qué significaban para ella las distancias. Desconocía si sus padres estaban cerca del arroyo. Ni siquiera sabía a qué distancia se encontraba de Haven Farm. No tenía recuerdos de la noche anterior, sino tan sólo una profunda sensación dolorosa. Pero las orillas del arroyo le ofrecían la ruta más accesible hacia el pueblo, y sólo podía pensar en seguir avanzando en aquella dirección. El dolor de la pequeña iba en aumento. Cada vez que él le miraba la pierna la veía más ennegrecida, y oía constantemente los gemidos de la chiquilla cada vez que lo accidentado del terreno hacía que su cuerpo se estremeciera en los brazos de Covenant. A intervalos llamaba lastimeramente a sus padres, y cada lamento espoleaba a Covenant como un aguijonazo y le impulsaba a gritar:

—¡Ayuda!

Pero su voz parecía carecer de autoridad, salía sin fuerza de sus labios, y se extinguía en seguida, y el esfuerzo de gritar le agravó la lesión de la boca. Pronto notó que los labios se le hinchaban como la pierna de la niña, se tensaban y le dolían. Abrazó con más fuerza a la pequeña e insistió de nuevo con voz trémula y quebrada:

—¡Socorro! ¡Ayúdenme!

El calor del sol empezó a hacerle sudar. Le escocía la frente y se le nublaba la visión, pero el calor no afectaba al frío glacial de su interior y sus escalofríos iban en aumento. El vértigo le alteraba el equilibrio, le hacía tambalearse entre los árboles como si avanzara a impulsos de un viento racheado. Cada vez que tropezaba con una roca esquinada o una rama, no lograba hurtar su cuerpo a tiempo para salir ileso. En varias ocasiones sus bruscos movimientos repercutieron dolorosamente en sus articulaciones, y cayó de rodillas, pero cada vez la conciencia del peligro que corría la niña herida le hacía levantarse y seguir avanzando, musitando a través de sus labios hinchados: «Ayudadme».

Su propia hinchazón parecía cubrirle el rostro como un tumor que emitía lanzadas de dolor cada vez que tropezaba con algún accidente del abrupto terreno. A medida que transcurría el tiempo, notaba un temblor en el corazón, un estremecimiento entre los latidos, como si se esforzara para soportar la tensión. La neblina de su fiebre se fue espesando hasta que en algún momento temió perder la vista. La luz del sol reflejada en las aguas del arroyo le deslumbraba, pero cuando la corriente discurría entre sombras, parecía tan fresca y curativa que Covenant apenas podía reprimir la tentación de arrojarle a las aguas y hundir en ellas el rostro. Pero no se le ocultaba



que no podía desviarse de su camino, pues si no lograba encontrar ayuda para la niña, todo lo que ya había hecho por ella sería inútil, carente de significado. No podía detenerse, a cada instante el estado de la pequeña se agravaba más. La niña le recordaba vivamente a Roger, el hijo que perdió. Pese a los zarpazos de dolor que le atormentaban, siguió adelante.

Entonces oyó gritos a lo lejos, como si estuvieran buscando desesperadamente a alguien. Covenant se detuvo, tambaleándose, intentó mirar a su alrededor, pero parecía haber perdido el dominio de su cabeza. Forzó el cuello en vano, como si la hinchazón le impidiera girarlo y no fuera capaz de mirar en dirección a los gritos.

La niña gimió lastimeramente en sus brazos.

—Mamá, papá...

Covenant trató de imponerse a su dolor para pedir de nuevo ayuda, pero ningún sonido salía de sus labios. Forzó sus cuerdas vocales para producir algún ruido.

—Ayudadme —susurró de un modo casi imperceptible.

Percibió estremecido un sonido como de sollozos, pero no podía distinguir si procedía de él o de la niña. Débilmente, casi a ciegas, enderezó los brazos y alzó a la pequeña como si la ofreciera a quienes gritaban.

—¡Karen! —exclamó una voz femenina—. ¡Es ella! ¡Allí está! ¡Oh, Karen! ¡Mi pequeña!

Alguien se acercó corriendo entre los árboles. A Covenant le pareció una ráfaga de viento invernal que le asolaba desde las profundidades de su fiebre, pero al fin pudo distinguir a la gente.

Una mujer bajaba rápidamente por un cerro, seguida por un hombre que corría tras ella.

—¡Karen! —gritó la mujer.

La niña tendió las manos hacia ella y gimió.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Un instante después, arrebataron a la niña de los brazos de Covenant.

—Karen. Oh, mi pequeña —gimió la mujer, abrazándola—. Estábamos muy asustados. ¿Por qué te escapaste? ¿Estás bien? —Sin mirarle, le preguntó a Covenant—: ¿Dónde la encontró? Se escapó esta mañana y estábamos medio muertos de miedo. —Como si aquello necesitara alguna explicación, añadió—: Estamos acampados bastante lejos. Dave ha tenido libre el Viernes Santo y decidimos ir de camping. No se nos ocurrió que pudiera escaparse.

El hombre llegó a su lado, y ella empezó a hablar de nuevo a la niña.

—¡Qué traviesa eres! ¿Estás bien? Déjame que te vea.

La niña seguía sollozando, de dolor y alivio, mientras la mujer la sostenía ante ella, en el extremo de sus brazos extendidos, para examinarla. En seguida se fijó en el torniquete, la hinchazón y los cortes. Exhaló un grito sofocado y miró a Covenant por

primera vez.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó—. ¿Qué le ha hecho?

Se detuvo de súbito, con una expresión de horror en el rostro. Retrocedió hacia el hombre, gritando:

—¡Dave! ¡Es ese leproso! ¡Ese tal Covenant!

—¿Qué? —dijo el hombre, presa de indignación—. ¡Desgraciado!

Escupió con violencia y se dirigió hacia Covenant.

Covenant pensó que aquel hombre iba a golpearle. Tuvo la impresión de que el golpe iba a su encuentro desde una gran distancia y, contemplándolo, perdió el equilibrio, retrocedió un paso y cayó al suelo; donde quedó sentado. Un velo rojizo de dolor cubrió su visión. Cuando se disipó, le sorprendió descubrir que el hombre no le daba puntapiés. Se había detenido a unos metros de él, con los puños cerrados, procurando que no se le notara el temor que le producía la proximidad del leproso.

Covenant se esforzó para hablar y explicar que la niña aún necesitaba ayuda. Pero transcurrió largo tiempo antes de que pudiera superar su aturdimiento y articular las palabras. Entonces, con una objetividad que discordaba con su aspecto y sus sensaciones, dijo:

—Le ha mordido una serpiente cascabel. Ayúdenla.

El esfuerzo le dejó exhausto y no pudo proseguir. Guardó silencio y permaneció sentado como si aguardara sin la menor esperanza a que cayera sobre él una avalancha. El hombre y la mujer empezaron a apartarse de él, perdieron solidez, como si se disolvieran en el ácido de su postración. Oyó vagamente el gemido de la pequeña.

—La serpiente me mordió, mamá. Me duele la pierna.

Covenant se dio cuenta de que no había visto el rostro de la niña, pero ya había perdido su última oportunidad. Se había esforzado demasiado, diseminando el veneno de la serpiente en su sangre. Entraba gradualmente en un estado de *shock*.

—De acuerdo, Mhoram —musitó—. Ven a por mí. Ya ha terminado.

No sabía si había hablado en voz alta, pues no podía oír sus propias palabras. El terreno sobre el que se encontraba empezó a agitarse. El suelo de la ladera se ondulaba a su alrededor, y el minúsculo espacio sobre el que se sentaba era como un islote de tierra firme, al que se aferró cuanto pudo, pero las oleadas eran demasiado violentas. Pronto perdió el equilibrio y cayó al suelo, hacia atrás, como si se precipitara en una tumba todavía sin cavar.

## IV

### EL ASEDIO



doce días después de que se consumieran los troncos calcinados de Madera Deleitosa, reducidos a cenizas y pisoteados, el Delirante Puño de Satán, mano derecha del Asesino Gris, dirigió su vasto ejército hasta las puertas pétreas de las Defensas. Se aproximó lentamente, aunque sus hordas empujaban como lobos en desbandada. El Delirante refrenó los impulsos destructores de los ur-viles, los Entes de la cueva y las criaturas que tenía bajo su mando, de modo que los habitantes de Madera Deleitosa y de las llanuras Septentrionales tuvieran tiempo de ponerse a salvo en las Defensas, y lo hizo así porque deseaba que todos los humanos a los que pretendía matar estuvieran reunidos en un solo lugar. El aumento de la población de Piedra Deleitosa debilitaría su resistencia, al consumir las reservas de alimentos. Y las gentes reunidas allí serían más susceptibles que los guerreros al miedo desencadenado por Puño de Satán.

El Delirante estaba seguro del resultado de su asedio. Su ejército no era tan inmenso como el que el *moksha* Descuartizador, su hermano, perdiera en la Espesura Acogotante. A fin de asegurar su dominio en las regiones que ya había conquistado, dejó decenas de millares de sus criaturas a lo largo del río de los Vagabundos, en todo el valle que formaba el límite meridional de Andelain y de un extremo a otro de las Llanuras Centrales. Pero el Despreciativo sólo había perdido poco más de un tercio de sus fuerzas en la guerra anterior, y en lugar de lobos, *kresh* y pesados *grifos*, Puño de Satán disponía de más ur-viles, negros y astutos, y más atroces criaturas extraídas por el Amo Execrable del Gran Pantano, Tragavidas, del Llano de Saran, de las Llanuras Estragadas y la Torrentera de la Ruina, a todas las cuales había enloquecido con el poder de la Piedra Illearth. Además, el Gigante-Delirante estaba apoyado por un poder que desconocían los Amos de Piedra Deleitosa. Así pues, estaba decidido a dilatar su aproximación a las Defensas, de modo que luego pudiera apresurar su derrumbe final e inexorable.

Cuando despuntó el doceavo día, sus hordas prorrumpieron en espantosos alaridos al divisar el altiplano de Piedra Deleitosa. Aquellas criaturas, impulsadas por la codicia, se lanzaron contra la ciudad, pero el Delirante las detuvo con su tremendo poder, obligándolas a cumplir sus deseos por medio de la piedra verde. Dedicó todo el día a planificar el ataque, colocando sus fuerzas en posición. Cuando anocheció, el ejército rodeaba todo el promontorio sobre el que se alzaba Piedra Deleitosa, desde el borde más meridional de la muralla sur a los precipicios en los que terminaba el

altiplano, al noroeste. El campamento enemigo encerraba a las Defensas en una amplia formación circular, impidiendo tanto la huida de sus moradores como la llegada de refuerzos, las salidas en busca de alimentos o las misiones a fin de ponerse en contacto con aliados desconocidos. Y aquella noche, Puño de Satán se dio un festín con la carne de los prisioneros que había capturado durante su larga marcha desde el Declive del Reino.

Si alguien en Piedra Deleitosa hubiera podido atravesar con la mirada la compacta masa de nubes que ahora se cernían constantemente sobre el Reino, habría visto que aquélla era la noche en que se oscurecía la luna, la medianoche de primavera. El invierno sobrenatural del Despreciativo asolaba al Reino desde hacía cuarenta y dos días.

Puño de Satán había seguido precisamente el designio que le había trazado su amo para marchar a través de las tierras superiores del Reino.

A la mañana siguiente, se dirigió a la atalaya situada ante los largos muros de Piedra Deleitosa, en el lugar que formaba una cuña. No prestó atención a los saledizos, miradores, pasarelas y almenas que habían tallado con minuciosidad los Gigantes en los suaves y escarpados muros. Puño de Satán era un congénere de aquellos Gigantes, pero el Delirante que habitaba en él había extinguido sus sentimientos y emociones. Sin dirigir otra mirada a los muros, ni a los guerreros que montaban guardia en los almenados parapetos, rodeó el promontorio hasta encontrarse ante las grandes puertas de piedra en la base de la torre, en el lado sudeste, única entrada a las Defensas de los Amos.

No le sorprendió descubrir que las puertas estaban abiertas. Aunque hubieran extirpado en él su afecto hacia la obra que con tanto amor construyeron los Gigantes, conservaba su conocimiento de las Defensas y sabía que mientras aquellas puertas macizas permanecieran intactas, podían cerrarse bajo las órdenes de los moradores, atrapando a quien se atreviera a entrar en el túnel bajo la torre. Y cuando estuvieran en el túnel, los atacantes estarían expuestos al contraataque desde las ventanas de defensa abiertas en el techo del pasadizo. Más allá del túnel había un patio a cielo abierto, y luego otro juego de puertas aún más resistentes que las primeras. No era posible acceder a la torre más que por pasarelas suspendidas desde la Defensa principal, o a través de dos pequeñas puertas en el patio. Las Defensas de los Amos estaban muy bien construidas. El Gigante-Delirante no se atrevería a cruzar las puertas abiertas.

Se acercó a la torre, pero no lo suficiente para que pudieran alcanzarle los hábiles arqueros y, con una voz vibrante de malicia y júbilo, gritó en dirección a los muros.

—¡Salve, valerosos Amos! ¡Asomaos para que os vea! No sigáis ocultándoos en vuestras inútiles madrigueras y habladme. ¡Mirad! ¡He venido cortésmente a aceptar vuestra rendición!

No hubo respuesta. La torre, cuya altura llegaba hasta la mitad de la Defensa principal situada detrás, permaneció con sus ventanas y almenas tan silenciosas como si estuvieran deshabitadas. Se oyó un creciente rumor entre el ejército, un gruñido de impaciencia de las criaturas que esperaban la oportunidad de atacar a través de las puertas abiertas.

—¡Escuchadme, insignificantes Amos! —les gritó—. Ved las redes de mi poder que os envuelven. Tengo vuestras vidas en la palma de mi mano. Careceréis de toda esperanza si no os rendís y os sometéis a merced del Despreciativo. —Le corearon los aullidos de los ur-viles, y Puño de Satán sonrió—. ¡Hablad, míseros Amos! ¡Hablad o morid!

Un momento después aparecieron dos figuras en lo alto de la torre, un guerrero y un Amo con una túnica azul al que Puño de Satán reconoció. Al principio ignoraron al Gigante. Se dirigieron al asta de la bandera y juntos levantaron el pendón del Amo Superior, la oriflama azul del Consejo. Sólo cuando ondeó desafiante en el gélido viento, se acercaron al parapeto y se enfrentaron al Delirante.

—¡Te escucho! —le gritó el Amo—, ¡te escucho, *samadhi* Delirante! Te conozco, Sheol Puño de Satán, y tú me conoces. Soy Mhoram, hijo de Variol, Amo Superior por decisión del Consejo. ¡Vete, Delirante! Llévate a tus hordas contigo. Sabes que no me voy a amilanar. Ya has tenido ocasión de comprobarlo.

Un brillo de furor apareció en los ojos del Gigante ante el recuerdo evocado por Mhoram, pero se llevó una mano al fragmento de la Piedra que escondía en su jubón e hizo una sarcástica reverencia a Mhoram.

—Te conozco, Mhoram —replicó—. Cuando te puse la mano encima en el laberinto de Kurash Qwellinir, te conocí. Estabas demasiado cegado por la locura y la ignorancia para sentir una prudente desesperación. Por ello te perdoné la vida... a fin de que pudieras corregir tus errores. ¿Aún estás ciego? ¿No tienes ojos para ver que tu inútil final en mis manos es tan seguro como el arco del Tiempo? ¿Has olvidado a los Guardianes de Sangre? ¡En nombre del Despreciativo, te aplastaré ahí donde te ocultas!

—Palabras vacías —replicó Mhoram—. Es fácil pronunciar bravatas, pero te resultará difícil demostrarlas. ¡*Melenkurion abatha!* ¡Márchate, Delirante! Vuelve con tu desamparado amo antes de que el Creador olvide la contención y descargue su eterna venganza sobre ti.

El Gigante soltó una risotada.

—¡No te consueles con mentiras, Amito! Si el Creador intenta atacar a través del arco del Tiempo, se romperá y entonces el Amo Execrable, el Despreciativo, Corazón de Satán y Rompealmas, Corruptor y Arrebatador, quedará libre en el universo. ¡Ríndete, estúpido! Aprende a amilanarte mientras hacerlo pueda preservarte todavía la vida. Tal vez te permitan servirme como esclavo.

—¡Eso nunca! —exclamó vigorosamente Mhoram—. Nunca nos inclinaremos ante ti mientras haya un hálito de fe en nosotros. El Poder de la Tierra es aún lo bastante fuerte para oponerse a ti. Lo estudiaremos hasta descubrir los medios de derribarte, junto con tu amo y todas sus obras. ¡Poco importan tus victorias mientras exista una sola alma con suficiente aliento para gritar contra ti! —Alzó su bastón y lo hizo girar de modo que el fuego azul chisporroteó en el aire, por encima de su cabeza—. ¡Vete, *samadhi* Delirante! ¡*Melenkurion abatha!* ¡*Duroc minas mill khabaal!* ¡Jamás nos rendiremos!

Al pie de la torre, Puño de Satán se estremeció bajo el poder de aquellas palabras. Pero en seguida dio un paso adelante, llevándose la mano al jubón. Con el fragmento de la Piedra Illearth humeante en su puño, lanzó un rayo de energía esmeralda hacia el Amo Superior, al tiempo que centenares de criaturas rompían sus filas y se lanzaban a la carga hacia las puertas abiertas.

Pero Mhoram desvió el rayo con su bastón, lo envió al aire por encima de su cabeza, y allí su propio poder lo atacó y lo consumió. Entonces se ocultó tras el parapeto y llamó al Signo General Quaan por encima del hombro.

—¡Cerrad las puertas! Ordena a los arqueros que disparen contra toda criatura que entre en el patio. No podemos andarnos con miramientos ante semejante enemigo.

Quaan bajaba ya las escaleras hacia los complejos pasadizos de la torre, gritando órdenes mientras corría para dirigir el combate. Mhoram miró abajo para asegurarse de que Puño de Satán en persona no había cruzado las puertas. Entonces se apresuró en pos de Quaan.

El Amo Superior observó la refriega desde la pasarela más alta por encima del patio. Fuertes arqueros fustarianos lanzaron sus dardos contra los asaltantes desde las almenas a ambos lados del patio, y el sonido de las armas resonó en el túnel. La lucha terminaría en poco tiempo. Apretando los dientes, pesaroso por la sangre derramada, Mhoram dejó la conclusión del combate en las manos competentes de Quaan y cruzó el puente de madera que daba acceso a la Defensa principal, donde le aguardaban sus compañeros, los demás Amos.

Al encontrarse con las sombrías miradas de Trevor, Loerya y Amatin, lo invadió una súbita fatiga. Las amenazas de Puño de Satán no eran exageradas. Mhoram y sus compañeros ni siquiera estaban en condiciones de usar los poderes y misterios que poseían, y el Amo Superior no estaba más próximo a la solución de su secreto de lo que había estado cuando invocó y perdió a Thomas Covenant. Suspiró y sus hombros se hundieron. Tenía que dar alguna explicación.

—No creía que hubieran tantos ur-viles en todo el mundo.

Pero aquellas palabras no expresaban realmente lo que sentía.

Sin embargo, no podía permitirse aquel desaliento. Era el Amo Superior. Trevor,

Loerya y Amatin tenían sus propias incertidumbres, sus necesidades, que él no podía negar. Ya les había hecho suficiente daño con el dilema privado de su corazón. Irguiéndose, les dijo lo que había visto y oído del Delirante y el ejército del Amo Execrable.

Cuando terminó, Amatin sonrió irónicamente.

—Te has enfrentado al *samadhi* Delirante. Ha sido una audacia, Amo Superior.

—No quise halagarle con la idea de que lo consideramos invencible.

Loerya se estremeció al oír estas palabras.

—¿Es realmente invencible? —preguntó en tono compungido.

—No será invencible mientras haya fe, coraje y Poder de la Tierra para oponerse a él. Sólo digo que no sé cómo podemos combatirlo. Dejemos que descubra mi ignorancia por sí mismo.

Loerya intentó una vez más sondear su secreto, como había hecho con frecuencia en el pasado.

—Sin embargo, has tocado el *krill* de Loric, devolviéndole la energía. Tu mano arrancó un brillo azulado de la gema. ¿No hay una esperanza en ello? Dicen las leyendas que el *krill* de Loric Acallaviles era potente contra el peligro de los Demondim.

—Un destello —replicó Mhoram—. ¿De qué servirá eso?

Incluso en la intimidad de su propio conocimiento, temía el extraño poder que le había permitido encender la joya opaca del *krill*. No tenía valor para explicar la fuente de su fuerza.

En el rostro angustiado de Loerya se reflejaron sus súplicas y protestas, pero antes de que pudiera expresarlas, un grito desde el patio hizo que la atención de los Amos se concentrara hacia abajo. El Signo General Quaan estaba en el suelo enlosado, entre los cadáveres. Cuando Mhoram respondió, le saludó en silencio con su espada.

Mhoram devolvió el saludo, agradeciendo la victoria de Quaan. Pero no pudo evitar un tono de tristeza en su voz.

—Hemos vertido la primera sangre del asedio. Así, incluso aquéllos que se oponen al mal, han de causar daño a las víctimas del mal. Llevad sus cuerpos a las colinas y quemadlos en piras purificadoras, de modo que su carne pueda recobrar su inocencia en las cenizas. Luego esparcid sus cenizas sobre los Saltos Aferrados, como señal para todo el Reino de que aborrecemos la maldad del Despreciativo, no a los esclavos que ha convertido en servidores de su maldad.

El Signo General frunció el ceño, reacio a honrar a sus enemigos con tal cortesía, pero se apresuró a dar las órdenes oportunas para seguir las instrucciones de Mhoram. Hundiendo los hombros de nuevo, Mhoram se volvió hacia sus compañeros, dispuesto a impedir más sondeos.

—El Gigante sabe que no puede derribar estos muros con espadas y lanzas, pero

no permanecerá quieto, esperando que el hambre lleve a cabo su trabajo. Está demasiado ávido de sangre e intentará atacarnos. Debemos estar preparados y vigilar constantemente desde la torre, a fin de rechazar a toda fuerza que lance contra nosotros.

—Yo vigilaré —dijo el Amo Trevor, deseoso de tener una responsabilidad que creía adecuada a sus capacidades.

Mhoram hizo un gesto de aceptación.

—Llama a uno de nosotros cuando estés fatigado, y avísanos a todos cuando Puño de Satán se decida a atacar. Hemos de ver cómo lo hace, a fin de preparar nuestra defensa. —Se volvió a un guerrero apostado cerca—. Puño de Guerra, avisa a los Guardahogares Tohrm y Borillar. Pide a los Estigmatizados y Gravanélicos de las Defensas de los Amos que colaboren con los Amos en la vigilancia. También ellos deben saber cómo hemos de defendernos.

El guerrero saludó y se alejó a vivo paso. Mhoram aplicó una mano al hombro de Trevor y lo apretó un instante con firmeza. Luego, mirando el cielo ennegrecido, abandonó el balcón y se dirigió a sus aposentos.

Se proponía descansar, pero la visión de la escultura en hueso de Elena sobre la mesa le trastornaba. Tenía el aspecto fanático y vulnerable de un hombre elegido para ser profeta que equivoca por entero su vocación, que en lugar de dirigir palabras de esperanza a quienes las aguardan ansiosos, se dedica a lanzar prédicas de castigo y venganza en un desierto. Mientras contemplaba el busto, Mhoram hubo de obligarse a recordar que Covenant rechazó el Reino para salvar a una niña de su propio mundo. Y la capacidad del Incrédulo para negar su ayuda a decenas de millares de vidas, al mismo Reino, por el bien de una sola vida, no podía juzgarse con facilidad. Mhoram creía que una balanza muy grande era factible que se decantase con el peso de una sola vida. Sin embargo, el rostro de la escultura parecía tenso en aquel momento, obcecado en un propósito mal dirigido, responsable de todos los que morirían para que una niñita pudiera vivir.

Mientras contemplaba aquella rendición del destino de Covenant, el Amo Superior Mhoram experimentó de nuevo el súbito impulso que le había permitido extraer un fulgor al *krill* de Loric. Cogió el busto, enfurecido, como si se propusiera gritarle. Pero entonces sus facciones se suavizaron y exhaló un suspiro. Se levantó y llevó la obra de *anundivian yajña* a la Sala de los Regalos, donde la colocó en una posición de honor en lo alto de una de las rústicas columnas, parecidas a raíces, de la caverna. Después regresó a sus aposentos y se durmió.

Hacia el mediodía le despertó la llamada de Trevor, y los rastros de su profundo sueño se desvanecieron. Salió de sus aposentos antes de que el joven guerrero que le llevaba el mensaje pudiera golpear la puerta por segunda vez. Se apresuró por los pasadizos de Piedra Deleitosa, en dirección a las almenas que coronaban las puertas



de la Defensa principal, donde se encontró con el Guardahogar Tohrm. Juntos pasaron a la torre y subieron las escaleras hasta lo alto. Allí encontraron a Trevor de Loerya con el Signo General Quaan y el Estigmatizado Borillar.

Quaan se colocó entre el Amo y el Guardahogar, como un ancla que retenía sus distintas tensiones. El semblante de Trevor estaba lleno de aprensión, y a Borillar le temblaban las manos que sujetaban el bastón con una mezcla de temor y determinación. Pero Quaan mantuvo los brazos cruzados sobre el pecho y miró impasible hacia abajo, como si hubiera perdido la capacidad de sorprenderse por lo que hiciera cualquier servidor del Asesino Gris. Cuando el viejo Signo General se reunió con ellos, señaló con un brazo musculoso y bronceado, y su dedo rígido orientó la mirada de Mhoram como una acusación hacia un grupo de ur-viles ante las puertas de la torre.

Los ur-viles se hallaban a tiro de flecha, pero una hilera de Entes de la Cueva, con los ojos enrojecidos y llevando escudos de madera, les protegían interceptando los dardos que de vez en cuando lanzaban los guerreros de Quaan desde las ventanas de la torre. Detrás de esta cobertura, los ur-viles construían algo. Trabajaban con rapidez y destreza, y lo que hacían no tardó en adquirir forma. Pronto Mhoram vio que estaban construyendo una catapulta.

A pesar del gélido viento levantado por la ira del Execrable, el bastón que sostenía Mhoram se humedeció con el sudor de sus manos. Mientras los ur-viles ataban pesadas cuerdas alrededor de los cabestrantes con ruedas en la parte posterior de la máquina, doblaban el rígido brazo lanzador y fijaban con rayos de negra energía una enorme y amenazante taza en el extremo del brazo, Mhoram se puso tenso y concentró todos sus conocimientos y sus fuerzas para actuar. Sabía instintivamente que los atacantes no pretendían arrojar piedras a la ciudad.

Los vástagos de los Demondim trabajaban sin instrucciones de Puño de Satán, el cual los contemplaba desde cierta distancia, pero ni les hablaba ni se movía. Un grupo de ellos subieron a la catapulta para ajustarla, tensarla y dejarla a punto, y el Amo Superior Mhoram se asombró de que pudieran construir tan bien sin el sentido de la vista. Pero no parecían necesitar ojos, pues su olfato era tan capaz de discernir como la visión. En poco tiempo dejaron la catapulta levantada ante la torre de Piedra Deleitosa.

Entonces se oyó en el campamento un griterío infernal, y un centenar de ur-viles corrieron hacia la máquina. A cada lado, una veintena de ellos formaron cuñas para concentrar su poder y colocarse de manera que sus maestros de la ciencia se levantaran sobre los cabestrantes. Utilizando sus varas de hierro, los dos maestros de la ciencia ur-vil empezaron a girar las ruedas, tensando así las cuerdas y doblando lentamente hacia atrás el brazo de la catapulta, a cuyo lado las criaturas eran diminutas, pero al concentrar su fuerza en las cuñas eran capaces de mover los

cabestrantes y doblar el brazo. Y mientras lo hacían, los ur-viles restantes se reunieron para formar una cuña inmensa detrás de la catapulta. Contra el fondo de nieve, parecían la punta de una lanza dirigida al corazón de las Defensas.

Mhoram observó que el Ama Amatin estaba ahora a su lado. Miró a su alrededor, en busca de Loerya, y la vio en un balcón de la Defensa principal. Le hizo un gesto de aprobación. Si un holocausto arrasara la torre, no se perderían todos los Amos. Entonces su mirada se dirigió a Quaan, y cuando el Signo General asintió, indicando que los guerreros estaban preparados para actuar en cualquier momento que se les ordenara, el Amo Superior Mhoram centró de nuevo su atención en los ur-viles.

Mientras echaban hacia atrás el brazo de la catapulta, el Gravanélico Tohrm se arrodilló en el parapeto, con los brazos extendidos y las manos apoyadas en la suave curva del muro, y empezó a entonar un solemne cántico.

Entonces se completó el arco trazado por el brazo de la catapulta. Estremeciéndose, como si estuviera a punto de quebrarse, se tensó en dirección a la torre. En seguida quedó fijado por medio de ganchos de hierro. La amplia taza había sido colocada directamente ante el maestro de la ciencia, a la altura del pecho, en el vértice de la cuña mayor.

El maestro de la ciencia ur-vil golpeó la taza de la catapulta con su vara, produciendo un ruido metálico. La energía brotó al unísono de la masa de ur-viles unidos hombro contra hombro, y se transformó en un fluido espeso y horrendo, tan terrible como el vitriolo que consume por igual la carne, la obsidiana y la madera de teca, recorrió la vara y se vertió con un brillante chisporroteo en la taza de la catapulta.

El Amo Superior había visto cuerpos humanos convertidos en cenizas al menor contacto con aquel fluido. Se volvió para advertir a Quaan, pero el viejo Signo General no necesitaba la advertencia, pues también había visto guerreros muertos a causa del ácido de los Demondim. Antes de que Mhoram pudiera hablar, Quaan gritó a través de la caja de la escalera, al interior de la torre, ordenando que todos los guerreros se retirasen de las ventanas y almenas.

Al lado de Mhoram, el menudo cuerpo del Ama Amatin, empezó a estremecerse en el viento. Apoyó con fuerza el bastón delante de ella, como si intentara mantener el frío a distancia.

Lentamente, el fluido del maestro de la ciencia ur-vil llenó la taza. Bullía como si fuera lava negra, arrojando al aire chispas negruzcas. Pero la ciencia de los ur-viles lo mantuvo unido, cohesionó la oscura fuerza y evitó la destrucción de la catapulta.

Al fin la taza quedó llena. Los ur-viles no titubearon. Lanzando un grito de codicia, liberaron los ganchos que sujetaban el brazo de la catapulta, el cual se arqueó rápidamente hasta detenerse cuando llegó al tope. Una negra carga de vitriolo, tan grande como una casa pedrariana, salió disparada y se estrelló contra la torre, a unos

metros por debajo del parapeto superior. El ácido estalló en cuanto entró en contacto con la piedra. Su oscura incandescencia ardió en la montaña rocosa como el resplandor de un sol negro. Tohrm gritó de dolor, y la piedra se estremeció bajo los pies de Mhoram. El Amo Superior se adelantó un paso. Flanqueado por Trevor y Amatin, invocó el fuego azul de los Amos, y cuando brotó de su bastón lo dirigió contra el vitriolo.

Los tres bastones unidos llamearon para contrarrestar el efecto del ácido. Y como los ur-viles no podían seguir manteniéndolo unido, se disgregó en seguida, cayó como jirones de odio de la pared, quemando el suelo antes de extinguirse y dejando una larga cicatriz de corrosión en la piedra, pero no atravesó la pared.

Tohrm exhaló un gemido y se apartó del parapeto. El sudor se deslizaba por su rostro, confundido con las lágrimas, por lo que Mhoram no pudo saber si el Gravanélico lloraba de dolor, pesar o rabia.

—*¡Melenkurion abatha!* —exclamó con voz ronca—. ¡Ah, Piedra Deleitosa!

Los ur-viles tensaban ya su catapulta para lanzar otra carga. Por un instante, Mhoram se sintió aturdido e impotente. Con aquellas catapultas, unos millares de ur-viles podían derribar las Defensas de los Amos sin dejar piedra sobre piedra. Pero entonces se reavivó en él su espíritu de resistencia. Se volvió hacia Trevor y Amatin.

—Esas cargas no deben tocar las Defensas. Uníos a mí. Formaremos una Prohibición.

Mientras los Amos flanqueaban a Mhoram, éste sabía que aquella táctica sería insuficiente. Tres Amos podían desviar el daño principal de algunos ataques, pero no tenían modo de rechazar el asalto de quince o veinte mil ur-viles.

—¡Tohrm! ¡Borillar!

El Guardahogar Tohrm empezó a llamar en seguida a los demás Gravanélicos. Pero Borillar titubeó, mirando inseguro a su alrededor, como si la urgencia de la situación le impidiera pensar bien, ocultándole su propio conocimiento.

—Tranquilízate, Borillar —le dijo Mhoram—. Las catapultas son de madera.

Borillar giró de repente sobre sus talones y echó a correr. Al pasar por el lado del Signo General, gritó:

—¡Arqueros! —Luego dirigió sus gritos a la Defensa principal—. ¡Estigmatizados! ¡Traed *lor-liarill!* ¡Haremos flechas!

En poco tiempo los ur-viles habían preparado de nuevo la máquina, cuya taza llenaban de negro vitriolo. Lanzaron la carga siguiente instantes después de que los refuerzos *rhadhamaerl* de Tohrm hubieran tomado posiciones para proteger la piedra.

A una orden de Mhoram, los Amos atacaron la carga de ácido antes de que llegara a la torre. Los bastones relucieron y levantaron una barrera de fuego que cruzó la trayectoria del ácido.

El fluido y el fuego chocaron con una fuerza que convirtió en jirones la

Prohibición. El ácido negro traspasó su poder para estrellarse contra el muro de la torre. Pero el ataque había reducido en gran parte su virulencia. Cuando el ácido alcanzó la piedra, Tohrm y sus compañeros Gravanélicos pudieron resistir su embate.

Tohrm miró al Amo Superior Mhoram. El rostro del Guardahogar estaba enrojecido por la cólera y la fatiga, pero la sonrisa que descubría sus dientes encerraba la promesa de que defendería Piedra Deleitosa con todas sus fuerzas.

Entonces tres arqueros de Quaan se unieron a los Amos, seguidos por dos Estigmatizados. Los arqueros eran altos guerreros fustarianos, cuya esbeltez disimulaba la fuerza con que disparaban sus arcos. El Signo General Quaan les saludó y dijo a Borillar lo que quería que hicieran. Borillar respondió aceptando de los Estigmatizados seis flechas largas y finas, que a pesar de su delgadez estaban delicadamente grabadas con diversos signos. Tenían las puntas muy afiladas y presentaban plumas marrón claro en sus extremos. El Guardahogar entregó dos flechas a cada arquero, mientras les decía:

—Esto es *lor-liarill*, la madera especial que los Gigantes de Límite del Mar llamaban «veta oropelina». Ellos...

—Somos fustarianos —dijo secamente la mujer que dirigía a los arqueros—. Conocemos el *lor-liarill*.

—Apuntad bien —replicó Borillar—. No tenemos más. Disparad primero a los Entes de la cueva.

La mujer miró a Quaan por si tenía alguna orden que darle, pero el Signo General le hizo una seña para que fuera al parapeto junto con sus compañeros. Los tres diestros arqueros colocaron las flechas, tensaron los arcos y apuntaron a la catapulta.

Ya los ur-viles habían tensado el brazo y llenaban frenéticamente la taza de hierro.

—Ahora —dijo Quaan entre dientes—. Disparad.

Los tres arcos dispararon al unísono.

Inmediatamente, los Entes de la cueva alzaron sus escudos y las flechas se clavaron en ellos.

En cuanto las flechas penetraron en la madera, estallaron en una llamarada. La fuerza del impacto extendió el fuego sobre los escudos, despidiendo fragmentos y astillas contra los Entes de la cueva. Aullando de sorpresa y dolor, aquellas criaturas de cortas luces dejaron caer sus escudos y se alejaron velozmente del fuego.

En seguida los arqueros atacaron de nuevo. Los dardos cruzaron el aire y alcanzaron el brazo lanzador, por debajo de la taza. El *lor-liarill* detonó al instante, incendiando el negro ácido. En una súbita conflagración, el poder del fluido destruyó la catapulta, lanzando en todas direcciones fragmentos de madera envueltos en llamas.

Cayeron una veintena de ur-viles y varios Entes de la Cueva, y los restantes se

arrastraron más allá del alcance de las flechas, abandonando la máquina quemada.

Sonriente, la fustariana se volvió a Borillar y le dijo:

—El *lillianrill* hace fuertes dardos, Guardahogar.

Borillar se esforzó por aparentar indiferencia, como si estuviera acostumbrado a tales éxitos, pero tuvo que tragar saliva por dos veces antes de poder decir:

—Eso parece.

El Amo Superior Mhoram puso una mano sobre el hombro del Guardahogar.

—Dime, Estigmatizado, ¿hay más *lor-liarill* con el que podamos hacer más flechas de éstas?

Borillar asintió, como si fuera un veterano.

—Sí, hay más. Todas las quillas y timones de veta oropelina que se hicieron para los Gigantes... Podemos utilizar esa madera.

—Pues diles a los Estigmatizados que empiecen en seguida.

Tohrm se acercó a Borillar con una sonrisa en los labios.

—Me has superado, Guardahogar —le dijo con un cierto retintín—. Los *rhadhamaerl* no descansarán hasta que encuentren la manera de igualar tu triunfo.

Al oír estas palabras, la fingida indiferencia de Borillar cedió el paso a un vivo placer. Abandonó la torre del brazo de Tohrm, seguido por los demás Estigmatizados y Gravanélicos.

Tras recibir algunas palabras de elogio por parte de Quaan, los arqueros también se marcharon. El Signo General y los tres Amos se quedaron solos en la torre, mirándose sobriamente a los ojos.

Por fin Quaan expresó la idea que estaba en las mentes de todos.

—Es una pequeña victoria. Pueden utilizar catapultas mayores y dispararlas desde fuera del alcance de nuestras flechas. Y unas cuñas más grandes de ur-viles pueden hacer acopio de energía suficiente para abrir una brecha en los muros. Si nos atacan con varias catapultas a la vez, será muy difícil que podamos resistir incluso los primeros disparos.

—Además, todavía no han utilizado la Piedra Illearth —murmuró Mhoram. Aún podía sentir la fuerza del rayo emitido por la Piedra cosquilleándole en las muñecas y los codos. Como una ocurrencia tardía, añadió—: Salvo para desatar este cruel viento invernal.

Fusionó por un momento su mente con las de Trevor y Amatin, compartiendo su fuerza con ellos y recordándoles sus propios recursos.

El Ama Amatin exhaló un suspiro.

—Tengo sangre fustariana —les dijo—. Carezco de ciencia que iguale al *rhadhamaerl*, pero es posible que en las piedras de fuego pueda encontrarse algo que contrarreste esa ponzoña de los Demondim.

Mhoram asintió en silencio, rodeando a los dos Amos con sus brazos.

—Montaré guardia —les dijo—, y llamaré a Loerya cuando esté fatigado.

Ordenó entonces a Quaan que los acompañara, para que el Signo General pudiera preparar a sus guerreros por si los muros resultaban dañados. El Amo Superior se quedó solo en la torre, mirando el oscuro campamento de las hordas de Puño de Satán, bajo el ondeante pendón de los Amos, desgarrado ya por el fuerte viento. Apoyó la contera de hierro de su bastón en la piedra y se enfrentó al enemigo que rodeaba las Defensas como si estuviera en su mano el resultado del asedio.

Hacia el anochecer, los ur-viles levantaron otra catapulta. Más allá del alcance de las flechas, construyeron una máquina más potente, capaz de lanzar su poder corrosivo mucho más lejos. Pero el Amo Superior Mhoram no pidió ayuda. Cuando lanzaron la temible carga, ésta tuvo que recorrer una trayectoria mayor, y quedó fuera del control de sus creadores durante más tiempo. El poder azul de Mhoram partió hacia la carga y la alcanzó en lo más alto de su parábola. El rayo de los Amos estalló al tocar el vitriolo, debilitó su impulso e hizo que cayera antes de llegar a su objetivo. Se estrelló en el suelo, salpicando furiosa e inútilmente, y abrió un agujero mórbido, como un osario, en la tierra helada.

Los ur-viles se retiraron y regresaron a las fogatas encendidas para las monstruosas criaturas que tenían una necesidad constante de calor y luz. Al cabo de algún tiempo, Mhoram se frotó la frente para aliviar la tensión y llamó al Ama Loerya para que ocupara su lugar.

Durante la noche construyeron tres catapultas más, amparados por la seguridad de la distancia, y luego las arrastraron para atacar Piedra Deleitosa. Ninguna de las máquinas se dirigió al asalto de la torre. Dos de ellas lanzaron sus cargas a los muros de la Defensa principal, al norte, y la otra por el sur. Pero cada vez los defensores pudieron reaccionar rápidamente. El esfuerzo de los maestros de la ciencia ur-vil mientras preparaban las máquinas liberaba emanaciones palpables de poder que llegaban a las almenas y advertían a las Defensas de cada nuevo asalto. Los arqueros, que aguardaban con flechas de *lor-liarill* se apresuraban a responder.

Conseguían luz con la que apuntar disparando flechas al suelo, cerca de las catapultas. Aquella luz súbitamente reveladora les permitió destruir dos de las nuevas amenazas, como habían destruido la primera. Pero la tercera continuó fuera del alcance de sus arcos, y los ur-viles atacaron el muro sur desde una posición que estaba fuera del alcance de Loerya. Sin embargo, también en esta ocasión los Amos les derrotaron. En un momento de inspiración, el Puño de Guerra al mando de los arqueros les ordenó que dirigieran sus dardos al ácido, cuando éste se acercaba a las Defensas. Los arqueros dispararon una docena de dardos en rápida sucesión contra la carga de fluido, y consiguieron dividirla, de modo que cayó contra la piedra en fragmentos más débiles y causó pocos daños.

Afortunadamente, aquella noche no hubo más ataques. Los defensores habían

utilizado toda la veta oropelina disponible y el proceso para preparar más era lento y difícil. Tampoco se produjeron más ataques al día siguiente, aunque los centinelas pudieron ver a los ur-viles construyendo catapultas a lo lejos. No efectuaron ningún movimiento contra Piedra Deleitosa hasta bien entrada la noche.

Entonces sonó la alarma en las Defensas, convocando a todos los defensores para que dejaran su trabajo o su descanso. A la trémula luz de las flechas encendidas como antorchas, clavadas en la tierra helada, los Amos, Estigmatizados, Gravanélicos, guerreros y Guardianes de la Ciencia vieron diez catapultas que el enemigo estaba colocando en posición más allá del alcance de los arqueros.

Las órdenes resonaban a través de las piedras. Hombres y mujeres corrieron a ocupar sus puestos. Poco después, un Amo o un grupo de defensores se encontraban ante cada catapulta. Mientras los ur-viles llenaban las tazas, Piedra Deleitosa se preparaba para resistir el ataque. Puño de Satán dio la señal, un resplandor verdoso de la terrible Piedra de Illearth, y las diez catapultas dispararon sus cargas.

Los defensores contornearon de luz Piedra Deleitosa, hicieron que las paredes despidieran un fuego anaranjado, amarillo y azul tan intenso que todo el altiplano ardió en la oscuridad como una conflagración de desafío. Desde la torre, Mhoram y Amatin lanzaron al unísono rayos de energía que destruyeron dos de las vitriólicas cargas. En el altiplano, por encima de Piedra Deleitosa, los Amos Trevor y Loerya utilizaron la ventaja que les daba la altura para ayudarles a desviar al suelo las cargas corrosivas.

Otros dos ataques fueron rechazados por las flechas del Guardahogar Borillar. Utilizando un fragmento de *orcrest* que les había dado el Guardahogar Tohrm y una varilla de *lomillialor* obtenida del Ama Amatin, equipos de Guardianes de la Ciencia levantaron barreras que resistieron la mayor parte de la virulencia de dos asaltos, evitando que hicieran un daño irreparable.

Los Gravanélicos rechazaron las dos últimas cargas de los ur-viles. Tohrm se había colocado con un compañero en un balcón que daba directamente a una catapulta. Estaban a cada lado de un recipiente de gravanel y entonaban un profundo cántico de *rhadhamaerl* que lentamente armonizaba su carne mortal con la creciente radiación de las piedras de fuego. Mientras los ur-viles llenaban la taza de la máquina, Tohrm y su compañero introdujeron los brazos en el gravanel y hundieron sus manos protegidas por la ciencia que dominaban entre las piedras de fuego, a los lados del recipiente. Aguardaron en aquella posición, entonando su cántico hasta que sus enemigos dispararon la catapulta y el vitriolo partió hacia ellos.

En el último instante, cada uno arrojó una brazada de gravanel contra la negra carga. Las dos energías entraron en colisión a pocos metros por encima de sus cabezas, y la fuerza del impacto les derribó al suelo del balcón. Al instante la húmeda corrosión del ácido transformó el gravanel en cenizas, pero, a su vez, el poder

*rhadhamaerl* de las piedras de fuego consumió el ácido antes de que ni una sola gota tocara a Tohrm ni a Piedra Deleitosa.

Los otros dos Gravanélicos no tuvieron tanto éxito. Calcularon mal el momento en que debían arrojar su energía, con el resultado de que el gravanel solamente detuvo la mitad del vitriolo. Ambos hombres murieron bajo el ardiente fluido que destruyó una parte del balcón.

Pero en vez de atacar de nuevo para desgastar las defensas, los ur-viles abandonaron sus catapultas y se retiraron... satisfechos al parecer con lo que habían aprendido sobre el temple de Piedra Deleitosa.

El Amo Superior Mhoram observó con sorpresa y temor su retirada. Seguramente a los ur-viles no les había intimidado la defensa. Si ahora Puño de Satán decidía cambiar de táctica, era porque había medido bien la debilidad de Piedra Deleitosa y conocía una forma mejor de capitalizarla.

A la mañana siguiente, Mhoram vio el comienzo de la nueva estrategia de Puño de Satán, pero pasaron dos días sin que lograra comprenderla.

Las hordas del Delirante se acercaron más a Piedra Deleitosa, se situaron a unos centenares de metros de los muros y de cara al altiplano, como si esperasen que los defensores saltaran de buen grado a sus fauces. Los ur-viles se movían entre las esclavizadas criaturas y los Entes de la Cueva, y formaban docenas de cuñas que parecían apuntar al mismo corazón de Piedra Deleitosa. Y tras ellos, Puño de Satán permanecía en una ancha extensión de terreno descubierto, sosteniendo abiertamente por primera vez la Piedra Illearth. Pero no lanzó ningún ataque físico, no ofreció a las Defensas ninguna oportunidad de golpear ni amenazó con volcar contra ellas el grueso de sus fuerzas, sino que las criaturas se pusieron a cuatro patas, mirando ávidas a Piedra Deleitosa, como si orasen en aquella postura. Los maestros de la ciencia ur-vil apoyaron los extremos de sus varas en el suelo e iniciaron un áspero cántico ululante, una invocación que el viento llevaba a retazos a las Defensas. Y *samadhi* Delirante, Sheol y Puño de Satán, oprimió su fragmento de la Piedra Illearth, la cual soltó un vapor, como de hielo hirviente.

Mientras Mhoram observaba todo aquello, pudo notar la corriente de energía que surgía de todas partes. Aquel poder irradiante llegó hasta él y le envolvió, haciendo que le escociera la piel de las mejillas a pesar del frío viento reinante. Pero los sitiadores no realizaron ninguna otra acción. Mantuvieron sus posiciones en furiosa concentración, con los rostros contorsionados por muecas asesinas, como si vieran la sangre de sus víctimas.

Lenta, tortuosamente, empezaron a ejercer un efecto sobre el terreno de las laderas. Desde la firme luz verde de la Piedra, un hediondo matiz esmeralda se extendió por el suelo, alrededor de los pies de Puño de Satán, y latió en él. Le rodeó, pulsando como un corazón fétido, y luego lanzó descargas sesgadas, como venas



verdes a través del suelo, hacia Piedra Deleitosa. Aquellas venas se engrosaban con cada pulsación, se ramificaban, hasta que alcanzaron las espaldas de las hordas arrodilladas. Entonces, las puntas de las varas que sostenían los maestros de la ciencia se tiñeron de rojo mezclado con el verde enfermizo. Al igual que el verde esmeralda de Puño de Satán, el mórbido rojo creció en el terreno como arterias o raíces del mal. Brilló a través del hielo gris de la tierra sin fundirlo, y se expandió con cada latido del poder central del *samadhi*, hasta que toda Piedra Deleitosa estuvo rodeada por un anillo de venas pulsantes.

El proceso de este crecimiento fue lento e inexorable. Al anoecer, el mal rojo y verde no estaba muy lejos de los ur-viles. Y tras una larga y espeluznante oscuridad, al amanecer las venas se hallaban a medio camino de los muros. Pero su avance era implacable y seguro. Mhoram no podía concebir ninguna defensa contra aquello porque no sabía qué era.

Durante los dos días siguientes, el temor inspirado por aquel fenómeno se extendió por las Defensas de los Amos. La gente empezó a hablar en voz baja. Hombres y mujeres corrían de un lado a otro, como si temieran que la ciudad pétrea se volviera contra ellos. Los niños gemían sin saber porqué, y se estremecían al ver rostros bien conocidos. Una espesa atmósfera de temor o incomprensión se cernía sobre Piedra Deleitosa como las alas extendidas de un buitre en llamas. Pero Mhoram no comprendió qué estaban haciéndole a la ciudad hasta la noche del tercer día. Entonces se acercó casualmente al Signo General Quaan sin que éste se apercibiera de su presencia, y cuando apoyó una mano en su hombro, Quaan se alejó presa de pánico, aferrando la empuñadura de su espada. Al darse cuenta de que se trataba del Amo Superior, su rostro mostraba un tinte ceniciento y todo él temblaba.

Mhoram comprendió entonces la naturaleza del mal que amenazaba a Piedra Deleitosa. El temor a lo desconocido era sólo la superficie del peligro. Abrazó al tembloroso Quaan, dándose cuenta de que las potentes venas verdes y rojas no constituían un peligro físico, sino que eran más bien un vehículo para la cruda fuerza emocional de la maldad del Despreciativo, un ataque directo contra la voluntad de las Defensas. Bajo la influencia de aquellas venas misteriosas, el valor de la ciudad empezaba a desmoronarse.

No podían defenderse. Los *lillianrill* y *rhadhamaerl* eran capaces de crear grandes fogatas dentro de los muros, para resguardarse del frío. Los Guardianes de la Ciencia podían entonar con voces estremecidas, imponentes, valientes cánticos de aliento y victoria. El Ala de Guerra podía adiestrarse hasta que los guerreros no tuvieran tiempo ni vigor para sentir el miedo, y los Amos podían recorrer la ciudad como cuervos azules, llevando la luz del valor, el apoyo y la intransigencia con ellos, desde que empezaba el día gris hasta la negra noche y vuelta a empezar. Las Defensas no estaban ociosas. A medida que el paso del tiempo agravaba su temor, se arrastraba

por la ciudad casi con un ruido audible de huesos descarnados, fueron haciendo cuanto estaba en su mano. Los Amos iban a todas partes con sus bastones encendidos, de modo que el fuego azul pudiera resistir la erosión del espíritu de Piedra Deleitosa. Pero aún así la maldad contenida en aquellas venas extendidas por el suelo estrechaba su cerco a la ciudad. Y la maldad de millares de corazones enemigos ahogaba toda oposición.

Incluso las rocas del altiplano dieron pronto la impresión de que gemían de miedo. Antes del quinto día, algunas familias se encerraron en sus habitaciones y se negaron a salir. Temían quedarse fuera de la ciudad. Otros huyeron a la aparente seguridad de las colinas. En las cocinas se produjeron escenas de locura. Cualquier cocinero o despensero podía apoderarse de un cuchillo y atacar bajo el impulso de un súbito terror. Para evitar tales desmanes, el Signo General Quaan tuvo que apostar Eomanes en las cocinas y refectorios.

Pero aunque los dirigía como si no tuviera un espectro de terror aferrado a sus hombros, no podía evitar que sus guerreros fueran presa del pánico. Finalmente, se vio obligado a informar de este hecho al Amo Superior Mhoram, el cual, tras escucharle, fue a montar guardia en la torre. Allá arriba, solitario, se enfrentó a la noche llena de funestos augurios, y contempló el odioso resplandor esmeralda de la Piedra y las mórbidas venas verdirrojas, sepultando su propio temor en el silencio de su corazón. De no haber estado tan desesperado, podría haber llorado lleno de comprensión hacia Kevin Pierdetierra, cuyo dilema comprendía ahora en toda su extensión.

Más tarde, cuando al frío de la noche se había sumado el invierno creado por el Amo Execrable y las fogatas del campamento palidecían al lado del fuego verde del *samadhi* Delirante, ávido de muerte, Loerya de Trevor subió a la torre, llevando consigo un pequeño recipiente de gravanel que colocó delante de ella cuando se sentó en el suelo de piedra, de modo que el resplandor le iluminara el rostro. En aquella postura los ojos le quedaban en sombra, pero Mhoram pudo ver que estaban arrasados en lágrimas.

—Hijas mías —dijo con voz sofocada—, mis niñas... Ellas... ya las conoces, Amo Superior —y añadió casi en tono de súplica—: ¿No son niñas de las que unos padres pueden sentirse orgullosos?

—Puedes estar orgullosa —replicó Mhoram con afabilidad—. Los padres y los hijos se enorgullecen unos de otros.

—Las conoces, Amo Superior —insistió ella—. Tanta ha sido la alegría que me han dado, que ha llegado a ser dolorosa. Ya no comen, temen a los alimentos... creen que contienen veneno. Esta malignidad las enloquece.

—Todos estamos enloquecidos, Loerya. Tenemos que resistir.

—¿Cómo podemos resistir? ¿Sin esperanza? Amo Superior, hubiera sido mejor

para mí no haber tenido hijos.

Mhoram le respondió a una cuestión distinta, y lo hizo en voz baja y sosegada.

—No podemos salir a luchar contra ese mal. Si abandonamos estas murallas, estamos perdidos. No hay otro refugio para nosotros. Debemos resistir.

—Llama al Incrédulo, Amo Superior —le pidió Loerya con voz ahogada por las lágrimas.

—Ah, hermana Loerya... eso no es posible. Sabes que no puedo, que hice bien al dejar que Thomas Covenant obedeciera a las exigencias de su propio mundo. Cualesquiera sean los absurdos que hayan torcido el curso verdadero de mi vida, esa elección no fue absurda.

—¡Mhoram! —le suplicó con voz desgarradora.

—No, Loerya, piensa en lo que pides. El Incrédulo deseaba salvar una vida en su propio mundo, pero allí el tiempo tiene otra medida. Cuarenta y siete años han transcurrido desde la primera vez que vino a Piedra Deleitosa, pero en todo ese tiempo ni siquiera ha envejecido tres ciclos de la luna. Quizá para él sólo hayan transcurrido unos instantes desde la última invocación que le hice. Si ahora le llamamos de nuevo, quizá le impidamos todavía que salve a la pequeña que le necesita.

Al oír la mención de un niño, un súbito enojo contorsionó el rostro de Loerya.

—¡Llámalo! —exclamó entre los dientes apretados—. ¿Qué es para mí un niño sin nombre? ¡Por los Siete, Mhoram! ¡Llámalo!

—No —replicó Mhoram, sin dejar su tono amable—. No lo haré. Él debe tener la libertad de su propio destino... Está en su derecho, y nosotros no podemos arrebatárselo... no, ni siquiera la más profunda necesidad del Reino justifica semejante acto. Dejemos que venga al Reino por sí mismo si lo desea. No pienso anular el único acto realmente elogiabile de mi vida llena de errores.

La cólera de Loerya remitió con tanta rapidez como había surgido. Estrujando las manos por encima del gravanel, como si hasta la esperanza de calor las hubiera abandonado, gimió:

—Esta noche, la más pequeña de mis hijas, Yolenid, que apenas es más que un bebé, gritó al verme. —Hizo un esfuerzo para alzar sus ojos anegados en lágrimas y mirar al Amo Superior—. ¿Cómo resistir? —susurró.

Aunque su propio corazón lloraba por ella, Mhoram sostuvo su mirada.

—La alternativa es la profanación.

Al ver el intenso dolor reflejado en el áspero rostro de Loerya, sintió toda la fuerza de su propia aflicción, urgiéndole a compartir su peligroso secreto. Por un momento el pulso le martilleó en las sienes, y supo que respondería a Loerya si se lo preguntaba. Para advertirla, le dijo en voz baja:

—El poder es algo terrible.

Una chispa de incipiente esperanza iluminó los ojos del Ama. Se puso en pie, vacilante, acercó su rostro a Mhoram y le escrutó. Los inicios de una fusión mental tensaron sus rasgos. Pero lo que vio o sintió en él la detuvo. La fría duda del Amo Superior apagó la luz de sus ojos, y retrocedió, apartándose de él. Con voz temblorosa, que sólo transportaba una tenue vibración de amargura, le dijo:

—No, Mhoram. No te preguntaré. Sólo confío en ti. Hablarás cuando tu corazón esté dispuesto.

La gratitud parecía arderle a Mhoram bajo los párpados. Le dirigió una sonrisa sesgada.

—Eres valerosa, hermana Loerya.

—No. —Recogió su recipiente de gravanel y lo apartó de Mhoram—. Aunque no es culpa suya, mis hijas hacen que sienta miedo.

Sin volver la vista atrás, dejó al Amo Superior solo en la lívida noche.

Mhoram apretó el bastón contra su pecho, se volvió y contempló una vez más el intenso y maligno fuego verde de la Piedra del Delirante. Mientras miraba la tétrica luz, enderezó los hombros y se irguió, apareciendo como un testigo de la inviolabilidad de Piedra Deleitosa.



## LOMILLIALOR



omo si el suelo cediera lentamente, absorbiendo su cuerpo al borde de la extinción, Covenant sentía que se hundía más y más en el tejido imposible del terreno. Tuvo la sensación de que había dejado de respirar, que la piedra y el suelo en los que penetraba le impedían toda respiración, pero aquella falta de aire no le angustiaba; ya no tenía necesidad de aquella función fisiológica. Se hundía irresistiblemente, descendía sin moverse, como un hombre que cayera hacia su sino.

A su alrededor, la tierra negra se transformaba lentamente en fría niebla. No perdía su solidez ni su peso, pero su sustancia se alteraba, mediante graduales incrementos de niebla negra como el azabache, tan maciza e irrefutable como la esencia del granito. Y el frío aumentaba con ella. El frío invernal y la niebla envolvían al Incrédulo como paños mortuorios.

No tenía sentido de la duración, pero en algún momento fue consciente de una brisa helada entre la niebla, que disminuyó en parte la presión sobre él, aflojó las mortajas. Entonces, a cierta distancia, apareció una hendedura, a través de la cual distinguió un insondable cielo nocturno, desguarnecido de estrellas. Y en la grieta brillaba un haz de luz verde, tan fría y apremiante como la esmeralda más cruel.

La nube que contenía aquella grieta cabalgó en la brisa hasta que pasó por encima de él. Mientras pasaba, vio detrás de las densas nubes una luna llena lívida con un verde resplandor, un orbe esmeralda que irradiaba maldad a través de los cielos. La luz le iluminó con su verde enfermizo. Cuando la grieta que la exponía pasó junto a él y se alejó, Covenant sintió que reaccionaba. La autoridad, la soberanía de la luna eran irrefutables, y empezó a flotar, impulsado por algo ajeno a su voluntad, a través de la niebla, en pos de la hendedura.

Pero entonces intervino otra fuerza. Por un instante, pensó que podía notar el aroma de la savia de un árbol, y retazos de un cántico le llegaron a través del frío: *sé fiel... responde... la profunda maldición del alma...*

Se aferró a aquellos fragmentos, y su potente llamada fue como un ancla para él. La oscuridad de la niebla volvió a cerrarse en torno suyo, y se hundió en la dirección del cántico.

El frío se espesaba bajo él, y sintió que descendía por una losa, con la brisa soplando por encima. Estaba demasiado helado para moverse, y sólo la sensación del aire en su pecho le indicaba que respiraba de nuevo. Le trabajaban las costillas y el

diafragma, bombeando y expeliendo aire de sus pulmones automáticamente. Entonces percibió otro cambio en la niebla. La noche ciega, húmeda y ventosa adquirió una nueva dimensión, un límite externo. Daba la impresión de que sólo le envolvía a él, dejando que la luz del sol iluminara el resto del mundo. A pesar de la nube, podía notar la posibilidad de brillantez en la fría brisa más allá de él. Y la fría losa se endurecía más y más bajo él, hasta sentir que estaba tendido sobre un catafalco, envuelto en una oscuridad personal que era como el montón de piedras apilado sobre una sepultura.

La canción familiar le dejó allí. Durante algún tiempo no oyó nada salvo el zumbido de la brisa y el áspero y balbuciente sonido de su respiración cuando el aire pasaba por su labio y encía hinchados. Se congelaba lentamente, en una unión glacial con la piedra a sus espaldas. Entonces oyó un jadeo y una voz cerca de él.

—¡Por los Siete! Lo hemos conseguido.

El que hablaba parecía exhausto, y la voz era apagada, sin eco. Sólo el zumbido del viento parecía dar consistencia a sus palabras; sin su apoyo, podría haber hablado solo en el éter vacío entre las estrellas.

Le respondió una vocecita llena de alegría y alivio.

—Sí, amigo mío. Tu ciencia nos sirve bien. No nos hemos esforzado en vano estos tres días.

—Mi ciencia y tu fuerza, junto con el *lomillialor* del Amo Superior Mhoram. Pero mírale. Está herido y enfermo.

—¿No te he dicho que también él sufre?

La vocecilla le sonaba familiar a Covenant. Acercó la luz del sol, contrajo la niebla hasta que estuvo totalmente dentro de él, y pudo notar el frío brillo en el rostro.

—Me lo has dicho —dijo el hombre cuya voz tenía un timbre de congoja—. Y yo te dije que debí haberle matado cuando lo tuve al alcance de mi mano. Pero todos mis actos yerran el camino. Mira... incluso ahora el Incrédulo acude moribundo a mi llamada.

El segundo hablante le replicó en un tono de amable reprobación.

—Amigo mío, tu...

Pero el otro le interrumpió.

—Éste es un lugar azotado por el viento de la maldad. Aquí no podemos ayudarle.

Covenant sintió que unas manos le cogían por los hombros. Hizo un esfuerzo para abrir los ojos. Al principio no pudo ver nada, pues la luz del sol le deslumbraba. Pero entonces algo se interpuso entre él y el sol. A su sombra, parpadeó para eliminar el velo borroso que impedía su percepción.

—Se despierta —dijo la primera voz—. ¿Me conocerá?

—Quizá no. Ya no eres joven, amigo mío.

—Mejor que no me conozca —musitó el hombre—. Creerá que intento triunfar haciendo lo mismo que intenté otra vez y acabó en fracaso. Un hombre así comprenderá la venganza.

—Le juzgas mal. Yo le he conocido más de cerca. ¿No ves acaso la grandeza de su necesidad de misericordia?

—La veo, y también yo le conozco. He vivido cuarenta y siete años oyendo siempre el nombre de Thomas Covenant. Incluso ahora recibe misericordia tanto si la comprende como si no.

—Al invocarle le hemos hecho abandonar su mundo propio. ¿Llamas a esto misericordia?

—Así lo llamo —dijo el primer hablante con un tono duro.

El segundo suspiró al cabo de un momento.

—Sí, y no podríamos haber hecho otra cosa. Sin él, el Reino se muere.

—¿Misericordia? —graznó Covenant. La boca le latía dolorosamente.

—¡Sí! —afirmó el hombre inclinado sobre él—. Te damos una nueva oportunidad de resistir la maldad cuyo desencadenamiento sobre el Reino has permitido.

Gradualmente, Covenant vio que el hombre tenía el rostro cuadrado y los anchos hombros de un pedrario. La penumbra le impedía ver sus facciones, pero tejido en los hombros de su manto, con rebordes de piel, había un curioso diseño de rayos cruzados... un símbolo que Covenant había visto antes en algún lugar. Pero estaba aturdido por la niebla y la conmoción para recordar.

Intentó sentarse. El hombre le ayudó, sosteniéndole en aquella posición. Su mirada fue de un lado a otro, y descubrió que se hallaba en una plataforma circular de piedra rodeada por un muro bajo. Más allá del parapeto sólo podía ver el cielo. El frío vacío azul parecía hacerle señas, apelar a su propio vacío. Tuvo que esforzarse para concentrar la mirada en el pedrario.

Desde aquel ángulo, el sol iluminaba el rostro del hombre. Con su cabello negro entreverado de gris y sus mejillas curtidas por la intemperie, parecía tener unos sesenta y cinco años, pero la edad no era su rasgo dominante. Su rostro creaba una impresión contradictoria. El rictus de la boca era duro y amargo, como si hubiera comido pan agrio durante tanto tiempo que hubiese olvidado el sabor de la dulzura, pero las finas arrugas que rodeaban sus ojos daban una impresión de súplica, como si hubiera pasado años mirando el cielo y rogando al sol que no le cegara. Era un hombre que había sido vejado y no había soportado fácilmente el coste de su vejación.

Como si las palabras acabaran de penetrar a través de la neblina que le cubría, Covenant oyó al hombre decir: «Debí haberle matado». Un hombre que llevaba bordado en los hombros un dibujo de rayos cruzados trató en una ocasión de matarle... y su acción fue impedida por Atiaran de Trell, la cual invocó el Juramento

de Paz.

—¿Triock? —preguntó con voz ronca—. ¿Eres tú, Triock?

El hombre no retrocedió ante la mirada doliente de Covenant.

—Te prometí que nos veríamos de nuevo.

El Incrédulo soltó entonces una maldición. Triock había estado enamorado de Lena, la hija de Atiaran, antes de que él la conociera.

Hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Sus músculos fríos y entumecidos no se lo permitieron. El esfuerzo casi le hizo perder el conocimiento. Pero Triock le ayudó, y otra persona le alzó sujetándole por la espalda. Se puso en pie tambaleándose, apoyándose en Triock para no caer, y miró más allá del parapeto.

La plataforma de piedra parecía flotar en el cielo, azotada por la brisa. Covenant podía ver el lejano horizonte, que era un mar de nubes grises, una masa espesa y ondulante que cubría la tierra como un sudario. Dio un paso más hacia el parapeto y vio que la masa de nubes lo cubría todo. La plataforma se alzaba a unos centenares de metros por encima de las nubes, como si fuera el único lugar del mundo donde todavía brillaba el sol.

Pero, a su izquierda, un promontorio de montañas sobresalía del mar gris. Y cuando miró por encima de su hombro, más allá del hombre que le sostenía por la espalda, descubrió otro promontorio que se alzaba en aquel lado. Vio la superficie lisa de un despeñadero, a cuyos lados las montañas se internaban en las nubes.

Volvía a estar en la Atalaya de Kevin, en lo alto de un gran mástil pétreo que se unía con aquel despeñadero en algún lugar bajo él, al que su vista no alcanzaba.

Por un momento, la sorpresa que sentía le impidió ser presa del vértigo. No había esperado verse allí, sino que le llamaran a Piedra Deleitosa. ¿Quién en el Reino, aparte de los Amos, tenía poder para invocarle? Cuando conoció a Triock, éste era pastor de rebaños y no poseía ciencia alguna. ¿Pero acaso el Despreciativo podía hacer posibles tales invocaciones?

Entonces reparó en el gran precipicio, y el vértigo hizo que le flaquearan las piernas. Si los dos hombres no le hubieran sostenido, habría caído por el parapeto.

—Tranquilízate, amigo mío —le dijo el compañero de Triock—. No te soltaré. No he olvidado que no te gustan las alturas.

Y dicho esto apartó a Covenant del muro, sosteniéndole con facilidad.

El Incrédulo tenía la cabeza insegura, pero cuando la Atalaya dejó de dar vueltas a su alrededor, se obligó a mirar a Triock.

—¿Cómo? —musitó con voz áspera—. ¿Quién... de dónde habéis sacado ese poder?

Triock sonrió levemente y se volvió hacia su compañero.

—¿No te dijo que entendería esta llamada como una venganza? Incluso ahora cree que rompería mi Juramento por él. —Entonces dirigió su voz amarga a Covenant



—: Incrédulo, te mereces la venganza. La pérdida del Ama Superior Elena ha causado...

—Paz, amigo mío —dijo el otro hombre—. Ya está sufriendo bastante. No le cuentes cosas tristes. Debemos llevarle a un lugar donde puedan socorrerle.

De nuevo Triock miró las lesiones de Covenant.

—Sí. —Lanzó un suspiro de fatiga—. Perdóname, Incrédulo. Me he pasado cuarenta y siete años entre gentes que no pueden olvidarte. Descansa... Te preservaremos de todo mal lo mejor que podamos y responderemos a tus preguntas. Pero primero hemos de irnos de aquí, donde somos vulnerables. El Asesino Gris tiene muchos ojos, y algunos de ellos pueden haber visto el poder que te ha invocado.

Guardó una suave varilla de madera bajo su manto y luego dijo a su compañero:

—Hermano piedra, ¿puedes bajar al Incrédulo por esta escalera? Si lo deseas, tengo una cuerda.

El otro rió quedamente.

—Soy un Gigante, amigo mío. No he perdido mi habilidad trepadora desde la primera travesía marítima de mi juventud. Thomas Covenant estará seguro conmigo.

¿Un Gigante?, se dijo Covenant. Por primera vez reparó en el tamaño de las manos que le sujetaban. Eran el doble de grandes que las suyas. Aquellas manos le dieron la vuelta y le alzaron en el aire como si no pesara nada.

Vio ante él el rostro de Corazón Salado Vasallodelmar.

El Gigante no parecía haber cambiado mucho desde la última vez que Covenant le viera. Su barba, rígida como si fuera de metal, era más gris y larga, y profundos surcos de preocupación cruzaban su frente, en la que apenas era visible la señal de la herida que había recibido durante la batalla de la Fustaria Alta, pero sus ojos metidos en cuencas profundas, tenían aún destellos de entusiasmo bajo la maciza fortificación de las cejas, y sus labios se curvaban para ofrecerle una sonrisa de bienvenida. Al verle, Covenant sólo pudo pensar en que no se despidió del Gigante cuando se separaron en la Garganta del Traidor. Vasallodelmar había sido amigo suyo... y él ni siquiera se había dignado despedirse, devolviéndole aquella amistad. Se sintió avergonzado ante él, y bajó la vista para mirar el cuerpo nudoso del Gigante, semejante a un roble. Entonces vio que el jubón de cuero y los calzones de Vasallodelmar estaban rotos, hechos jirones, y bajo muchos de aquellos desgarrones había cicatrices de heridas recibidas en combate, tanto antiguas como recientes. Estas últimas le dolieron a Covenant como si se las hubieran infligido en su propia carne.

—Lo siento, Vasallodelmar —gimió.

—Paz, amigo mío —replicó afablemente el Gigante—. Todo eso pertenece al pasado. No te condenes a ti mismo.

—Maldición —dijo Covenant, que no podía dominar su debilidad—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Ah, ésa es una larga historia, llena de episodios gigantinos y apóstrofes. Te dispensaré de ella hasta que te llevemos a un lugar donde podamos ayudarte. Estás lo bastante enfermo para intercambiar relatos con la misma muerte.

—Has sido herido —siguió diciendo Covenant, pero la firme mirada del Gigante le impidió continuar.

—Calla, Incrédulo —le ordenó el Gigante con fingida dureza—. No quiero escuchar historias tristes en este lugar. —Tomó en sus brazos al hombre herido y se dirigió a Triock—: Sígueme cuidadosamente, Hermano piedra. Nuestro trabajo no ha hecho más que comenzar. Si caes, me será muy difícil darte alcance.

—Cuida de ti mismo —le replicó Triock con aspereza—. Estoy acostumbrado a la piedra... incluso a una piedra tan helada como ésta.

—Entonces bajemos lo más rápido que podamos. Hemos soportado mucho, tú y yo, para llegar hasta aquí. Ahora no debemos perder al ur-Amo.

Y sin aguardar respuesta, descendió los rudos escalones de la Atalaya de Kevin.

Covenant volvió el rostro al pecho del Gigante. La brisa, que pasaba por el despeñadero y se arremolinaba en torno a Vasallodelmar, producía un sonido que era como un grito perdido y lastimero, y le hacía recordar a Covenant que la Atalaya se alzaba a más de mil metros por encima del pie de las montañas. Pero su oído pegado al pecho del Gigante percibió los latidos de su corazón, acompasados y serenos, y ello, unido a la sensación de seguridad que le proporcionaban aquellos brazos de hierro, le dieron confianza. A cada paso hacia abajo sentía un leve estremecimiento, como si el pie se adhiriese al escalón de piedra y no tuviera ninguna posibilidad de resbalar. Todo aquello confortaba a Covenant, pero además ni siquiera le quedaban fuerzas suficientes para sentir miedo. Siguió bajando en los brazos del Gigante hasta que aumentó el zumbido del viento y Vasallodelmar se internó en el frío mar de nubes.

Momentos después, la luz del sol desapareció como si se hubiera perdido para siempre. El viento se volvió áspero, seco, cortante, demasiado helado para que la humedad lo suavizara. Descendieron a través de una atmósfera sin visibilidad, tan helada como la niebla polar, entre unas nubes tan espesas y apretadas que parecían un puño cerrado alrededor del mundo. Bajo su presión, Covenant sintió que los escalofríos recorrían su espina dorsal, amenazando con despojarle de sus últimos restos de calor vital.

Llegaron entonces al reborde que constituía la base de la Atalaya de Kevin. El precipicio se alzaba oscuro a su lado, mientras Vasallodelmar giraba a la derecha y seguía el reborde, con pasos seguros, como si una caída fuese inconcebible para él. Y poco después dejó la expuesta superficie del despeñadero y empezó a subir por el sendero que se internaba en las montañas. La tensión se desvaneció por completo de la mente de Covenant. Su debilidad se abrió en él como un lirio funerario, y la niebla

le sumió en un pesado aturdimiento.

Durante algún tiempo perdió la noción del camino que seguía Vasallodelmar. Tenía la sensación de que su cuerpo se desleía en el aire gris. Rodeaba su corazón una tranquilidad que era como la paz del hielo. Ya no comprendía las palabras de Vasallodelmar cuando susurró en tono apremiante:

—Se nos va, Triock. Hemos de ayudarle ahora mismo o ya no habrá tiempo.

—Sí —dijo Triock, y añadió imperiosamente—: ¡Trae mantas y gravanel! Debe recibir calor.

—Eso no bastará. Está enfermo y herido. Hay que curarle.

—Ya lo veo —replicó Triock—. No estoy ciego.

—¿Qué podemos hacer entonces? Aquí soy impotente... los Gigantes carecemos de ciencia contra el frío, que no nos afecta demasiado.

—Frótale los miembros, hazle entrar en calor. Debo pensar.

Algo áspero empezó a sacudir a Covenant, pero su frío glacial era inmune a las fricciones. Vagamente, se preguntó por qué Vasallodelmar y Triock no le dejaban dormir.

—¿No hay aquí marga antilesiones? —preguntó el Gigante.

—La hubo en otro tiempo —respondió Triock en tono distante—. Lena... Lena le curó en este mismo lugar... la primera vez que él llegó al Reino. Pero no soy *rhadhamaerl*..., no percibo los aromas y poderes secretos de la Tierra. Y se dice que la marga antilesiones se ha... retirado... que se ha escondido para huir de la maldad que asola al Reino, o que este invierno la ha destruido. No podemos ayudarle con ese remedio.

—Debemos ayudarle. Se le está helando hasta la médula de los huesos.

Covenant notó que le movían, que le envolvían en mantas. En el fondo de su mente pensó que veía la agradable luz amarilla del gravanel, lo cual le complacía, pues podría descansar mejor si la niebla gris no lo dominaba todo.

Al cabo de un momento, Triock dijo sin demasiada convicción:

—Es posible que pueda ayudarle el poder de la Madera Superior.

—¡Entonces empieza! —le urgió el Gigante.

—No soy Estigmatizado. Carezco de ciencia *lillianrill*... Sólo he estudiado esa materia en la Raat durante un año... después de que el Amo Superior Mhoram me diera el *lomillialor*. No puedo controlar su poder.

—¡No importa! Debes intentarlo.

Triock protestó entonces.

—La prueba de verdad de la Madera Superior puede apagar la última chispa de energía en él. Aunque estuviera en perfectas condiciones podría sucumbir a esa prueba.

—Sin ella morirá con toda seguridad.

Triock rezongó entre dientes, y luego dijo en tono sombrío.

—Sí, Hermano piedra, de acuerdo. Tu visión es más amplia que la mía. Mantén la vida en él, pues debo prepararme.

Acongojado, Covenant vio que la luz amarilla retrocedía y se adentraba en el gris omnipresente. Pensó que su pérdida le sería insoportable. Aquella niebla maligna no tenía derecho a imponerse al gravanel en el equilibrio del Reino. Y no había ya marga antilesiones. No había más, repitió para sus adentros, y aquella carencia le produjo un dolor inesperado. Su pena se transformó en cólera. ¡Por todos los diablos! ¡El Execrable no podía hacer aquello! No se lo permitiría. El odio que le embargaba en la noche y el mundo anteriores empezó a regresar. Y con la fuerza que le daba la cólera, abrió los ojos.

Triock estaba a su lado. El pedrario sostenía su varilla de *lomillialor* como si quisiera clavarla como una pica entre los ojos de Covenant. La madera blanca brillaba en sus manos, y de ella surgía un vapor que se difundía por el aire helado. Un aroma a savia vegetal se unía al olor a tierra del gravanel.

Musitando unas palabras que Covenant no podía comprender, Triock bajó la varilla hasta que su extremo tocó la herida infectada en la frente del Incrédulo.

Al principio sólo notó el contacto. El *lomillialor* vibró en la herida sin producir efecto alguno, como si fuera inmune a su poder. Pero cuando le tocó desde otra dirección, el calor le produjo un dolor exquisito, atravesó el hielo de su palma izquierda y ascendió por la muñeca. Sentía el dolor y tenía la sensación de que aquel calor arrancaba a la vez el frío y la carne de sus huesos, pero precisamente el hecho de poder sentir el dolor le proporcionaba una especie de placer salvaje. Y bajo el calor las lesiones se reavivaron, salieron de su entumecimiento agónico.

Cuando la intensidad del frío retrocedió en la mano, comenzó a ceder también en otros lugares. Las magulladas costillas de Covenant empezaron a notar el calor de las mantas. Las articulaciones de sus piernas latían como si las hubieran despertado a fuerza de golpes. Y momentos después, la herida de la frente le dolió con la intensidad que correspondía a su estado.

Entonces Triock desvió la punta de la Madera Superior, pasando de la frente a la negra y tensa hinchazón del labio. Al instante el dolor estalló impetuoso, y Covenant se hundió en él como si le procurase solaz.

Lentamente recobró la conciencia, pero al abrir los ojos supo que su organismo se había aferrado con más seguridad a la vida. Sus heridas no estaban curadas, pero la frente y la boca le dolían como si tuviera agujones clavados en la carne, y todo su cuerpo gemía a causa de los golpes recibidos. Sin embargo, el hielo ya no le roía los huesos. La hinchazón del labio se había reducido y su visión había mejorado, como si algo hubiera limpiado las membranas de sus ojos. Pese a todo, sentía una íntima congoja porque la insensibilidad de sus manos y pies no había disminuido. Los

nervios muertos aún no habían descubierto la salud que él había aprendido a esperar del Reino.

Pero estaba vivo... estaba en el Reino... y había visto a Vasallodelmar. Dejó de lado la aflicción de sus nervios y miró a su alrededor.

Se encontraba en un pequeño valle entre las montañas detrás de la Atalaya de Kevin. Mientras estaba inconsciente, el mar de nubes que lo amortajaba todo había retrocedido algunos centenares de metros, y ahora una nieve muy liviana blanqueaba el terreno. Al caer producía un sonido muy tenue, como un murmullo que llenaba el aire. Covenant vio que le cubría ya una capa de nieve de unos dos centímetros. Algo en el timbre de aquel sonido le dio la impresión de que la tarde estaba llegando a su fin, pero no le preocupaba el tiempo. Había estado en aquel valle en otra ocasión, con Lena. El recuerdo contrastaba vivamente con lo que veía. Aquél había sido un lugar tranquilo, lleno de hierba, con pinos como altos centinelas que vigilaran su sosiego, y un burbujeante arroyo que corría por su centro. Pero ahora sólo la tierra desnuda, yerma, asomaba entre la nieve cada vez más espesa. Los pinos habían sido despojados de sus ramas y astillados, a causa de un invierno más duro de lo que podían soportar, y en vez de agua, una roncha de hielo cubría el valle como una cicatriz ya antigua.

Covenant se preguntó acongojado cuánto duraría aquel tiempo.

La imposibilidad de saberlo le hizo estremecerse, e hizo un esfuerzo para sentarse y acercarse más al recipiente de gravanel. Mientras lo hacía vio a otras tres personas sentadas a cierta distancia alrededor de otro recipiente. Uno de ellos observó su movimiento y habló a los demás. Triock se levantó al punto y se aproximó a él. Agachándose a su lado, le estudió gravemente y le dijo:

—Has estado muy enfermo, y mi ciencia no basta para curarte. Pero veo que tu vida ya no corre peligro.

—Me has salvado —le dijo Covenant con toda la energía que le permitía el dolor de la boca y la inanición.

—Quizá. No estoy seguro. La magia indomeñable ha actuado en ti. —Covenant le miró sin comprender, y Triock añadió—: Parece que el *lomillialor* ha obtenido una respuesta del oro blanco de tu anillo. Con ese poder, superas cualquier prueba de verdad que pudiera proporcionarte.

«Mi anillo», se dijo lentamente, pero no estaba en condiciones para pensar en la relación que el oro blanco pudiera tener con su estado, y dejó la idea de lado.

—Me has salvado —repitió—. Hay cosas que necesito saber.

—Ahora no te preocupes. Debes comer. No has tomado alimento en varios días. —Miró a su alrededor y añadió—. Corazón Salado Vasallodelmar te trae *alianta*.

Covenant oyó un ruido de pisadas sobre el terreno helado. Poco después Vasallodelmar se arrodilló junto a él, sonriéndole. Ambas manos ahuecadas contenían

un montón de las bayas-tesoro verde cromo.

Covenant miró aquella fruta. Sintió que había olvidado lo que podía hacer con la *alianta*. Llevaba hambriento tanto tiempo que el hambre había llegado a dominar parte de él. Pero no podía rehusar el ofrecimiento del sonriente Gigante. Tendió lentamente una mano insensible y cogió una baya-tesoro.

Cuando se la introdujo en la boca y la mordió, el sabor a melocotón ligeramente picante y salado pareció rechazar todas sus razones para ayunar. Y mientras tragaba, sintió de inmediato, sin necesidad del proceso digestivo, que su organismo recibía una excelente nutrición. Escupió el hueso en la palma de su mano y, como si llevara a cabo un ritual, lo tiró por encima del hombro. Entonces empezó a devorar el resto de las bayas.

No se detuvo hasta que las manos de Vasallodelmar quedaron vacías. Suspirando, como si anhelara más, el Incrédulo arrojó el último hueso a sus espaldas.

El Gigante hizo un gesto de aprobación y se sentó en una postura más relajada cerca del gravanel. Triock siguió su ejemplo. Cuando ambos le miraban, Covenant les dijo en voz baja:

—No olvidaré esto.

No se le ocurría ninguna otra manera de expresar su agradecimiento.

Entonces Triock frunció el ceño y se volvió hacia Vasallodelmar:

—¿Ahora nos amenaza? —le preguntó.

Los ojos cavernosos del Gigante escudriñaron el rostro de Covenant, y sonriendo levemente replicó:

—La pesadumbre del Incrédulo se refleja en sus palabras. No nos amenaza.

El aludido se sintió entonces lleno de gratitud por la comprensión del Gigante. Intentó responderle con una sonrisa, pero la tirantez del labio herido se lo impidió. El esfuerzo le hizo estremecerse, y se arrebujó más en las mantas. Presintió que tras las preguntas que necesitaba hacer había unas respuestas que le volverían a cubrir de frío.

Pero no sabía cómo formularlas. La amargura que veía en el rictus de Triock y las cicatrices de Vasallodelmar se interponían entre él y quienes le habían invocado. Temía ser el culpable de los relatos que le contaran si les preguntaba. No obstante, necesitaba conocer las respuestas, tenía que saber el terreno que pisaba. Una incipiente decisión empezaba a tomar forma en él. No podía olvidar el aspecto que tenía aquel valle la primera vez que lo vio. Y Mhoram le había suplicado su ayuda.

—No esperaba aparecer aquí arriba —empezó a decir débilmente—. Pensé que Mhoram volvería a llamarme. Pero ni siquiera él tiene el Bastón de la Ley. ¿Cómo... cómo lo hicisteis?

Cuando Triock le respondió, su voz tenía tonos rígidos.

—Mhoram, hijo de Variol, vidente y oráculo del Consejo de los Amos, llegó a la

Pedraria Mithil antes de la última guerra... la batalla contra el Delirante Descuartizador. En aquella ocasión me dio la varilla de *lomillialor* que he utilizado hoy... y en los últimos tres días. Este regalo me hizo viajar a la Raat de la Ciencia a fin de estudiar los usos de la Madera Superior. Allí me enteré de la caída del Ama Superior Elena... Yo... —Se detuvo un momento para desahogar su emoción y siguió diciendo—: Durante los años que siguieron esperé a que se aclarasen las razones que había tenido el Amo Superior Mhoram para hacerme aquel regalo, mientras luchaba con mi gente contra los saqueadores del Asesino Gris.

»Entonces el Gigante Corazón Salado Vasallodelmar se unió a nosotros, y juntos luchamos en las Llanuras Meridionales. Mientras se intensificaba el invierno del Reino, nos dedicamos a atacar, correr y atacar de nuevo, infligiendo todo el daño que podíamos a nuestro vasto enemigo. Pero al fin nos llegaron noticias de que Madera Deleitosa había caído... y que la misma Piedra Deleitosa estaba sitiada. Dejamos de luchar y regresamos a la Pedraria Mithil y la Atalaya de Kevin. Con el *lomillialor* del Amo Superior Mhoram y la fuerza de Corazón Salado Vasallodelmar, así como la ciencia que adquirí en la Raat, nos esforzamos por espacio de tres días, y al fin logramos traerte al Reino. No ha sido tarea fácil.

La voz pétreo de Triock hizo brotar imágenes de desesperación en la mente de Covenant. Para resistirlas y tenerlas bajo control hasta que estuviera preparado para enfrentarse a ellas, le preguntó:

—¿Pero cómo? Pensé que sólo el Bastón de la Ley...

—Mucho se perdió con la caída del Ama Superior Elena —replicó Triock—. El Reino no ha probado todavía todas las consecuencias de ese mal. Pero el Bastón hizo posible ciertas expresiones de energía... y limitó otras. Ahora ese límite ha desaparecido. ¿No percibes la maldad de este invierno?

Covenant asintió, acongojado. Le abrumaba su responsabilidad por el fin de Elena, impulsándole a preguntar otras cosas.

—Eso no me explica por qué lo has hecho. Después de Lena... y Elena... y Atiaran... —no podía ser más específico— y todo lo demás... tienes menos razones que nadie en el mundo para desear mi regreso... Tal vez Vasallodelmar pueda olvidar, pero tú no. Y si tus pensamientos se expresaran en voz alta, podría notarlo.

La amargura tensó las mandíbulas de Triock, pero su respuesta fue aguda e inmediata, como si hubiera pensado en ella muchas veces.

—Pero Vasallodelmar es persuasivo, como lo son el Reino y la importancia que te conceden los Guardianes de la Ciencia. Y Lena, la hija de Atiaran, todavía vive en la Pedraria Mithil. En sus últimos años, Atiaran de Trell decía con frecuencia que es deber de los vivos hacer que los sacrificios por los muertos tuvieran significado. Pero yo deseo encontrar significado a los sacrificios de quienes viven. Después... después del dolor que le causaste a Lena... se ocultó para que el dolor no llegara a ser

conocido... para que quedaras libre y pudieras llevar tu profecía a los Amos. Ese sacrificio requiere significado, Incrédulo.

A pesar suyo, a pesar de sus expectativas de hostilidad y recriminación, Covenant creía a Triock. Elena le había advertido, le había descrito en toda su extensión las capacidades de Triock. Ahora se preguntaba de dónde había sacado su fuerza el pedrario, aquel hombre que había sido un pastor de rebaños sin ambiciones. La muchacha a la que amaba había sido violada, y la hija bastarda había llegado a amar a su violador. Sin embargo, por ellas había acudido a la Raat de la Ciencia, estudiando allí peligrosos conocimientos que no deseaba saber ni hacia los que se sentía inclinado. Se había convertido en un guerrillero que luchaba por el Reino. Y ahora había invocado a Covenant, impulsado por la necesidad del Reino y su propia y áspera misericordia.

—Has mantenido tu Juramento —musitó Covenant con voz ronca. Y pensó que también aquello se lo debía al Execrable.

Triock se levantó de repente, con el rostro surcado de arrugas mientras escrutaba al Incrédulo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó en voz baja.

—Pregúntamelo más tarde —le respondió, avergonzado por no poder sostener la mirada de Triock—. Todavía no estoy preparado.

Instintivamente cubrió su anillo con la mano derecha, ocultándolo.

—Hay tiempo —murmuró Vasallodelmar—. Tienes una gran necesidad de descanso.

—Elige pronto —dijo Triock—. Al alba debemos ponernos en camino.

Y tras estas palabras, el pedrario se volvió bruscamente y se dirigió bajo la nieve hacia sus dos compañeros reunidos en torno al otro recipiente de gravanel.

—Es un buen hombre —observó en voz baja Vasallodelmar—. Confía en él.

Covenant pensó que aquella recomendación era ociosa, pues ¿qué podía hacer si no era confiar en él? A pesar del calor que le proporcionaban las mantas, empezó a estremecerse de nuevo.

Al acercarse más a las brillantes piedras de fuego, observó la expresión preocupada de Vasallodelmar. Para anticiparse a toda expresión de ansiedad que le recordara lo poco que merecía la preocupación del Gigante, se apresuró a decir:

—Todavía no sé qué te ha sucedido. Los Gigantes eran... No sé qué les ha ocurrido. Y tú... has sufrido terribles heridas. —Esforzándose para sondear a Vasallodelmar, siguió diciendo—: Te diré algo gracioso. Temía lo que pudieras hacer... después de lo ocurrido en la Garganta del Traidor. Temía que pudieras regresar con tu gente y convencerles para que dejaran de luchar, que abandonaran. ¿Qué te parece? ¿He conseguido al fin decirte algo que te haga reír?

Pero el Gigante estaba muy lejos de la risa. Inclino la cabeza y se cubrió el rostro



con una mano.

—La alegría está en los oídos que escuchan —dijo con voz ahogada—, y en mis oídos ha sonado con demasiada intensidad el estruendo de la matanza. —Alzó entonces la cabeza y su expresión era sosegada. Sólo la mirada de los ojos hundidos en sus cuencas cavernosas revelaba su dolor.

—Aún no estoy preparado para reírme de eso. Si fuera capaz de reír, no me sentiría tan impulsado a aplastar a las criaturas del Rompealmas.

—Dime qué te ocurrió, Vasallodelmar —insistió Covenant.

El Gigante hizo un gesto de impotencia con ambas manos, como si no concibiera la manera de explicarlo.

—Soy lo que ves, amigo mío. Es éste un relato que está incluso más allá de mi alcance, y soy un Gigante... aunque recordarás que mi pueblo me consideraba insólitamente breve en mis relatos. ¡Piedra y Mar! No sé qué decir, Covenant. Sabes cómo luché por la Indagación para encontrar el Bastón de la Ley. Cuando se cumplió la profecía que Damelon Giganteamigo había hecho sobre mi gente, descubrí que no podía abandonar esta lucha. No podía detener mis golpes. Y, en consecuencia, abandoné Límite del Mar, para que al menos mi empuje pudiera ser de ayuda al Reino.

»Pero no fui a reunirme con los Amos. Al pensar en la belleza grande y única de Piedra Deleitosa, las Defensas de los Amos forjadas por los Gigantes, me amilanaba. No deseaba permanecer tras sus muros mientras las criaturas del Rompealmas asolaban el Reino. Por este motivo luché y pasé mis días con las gentes que luchaban. Desde las Alturas Septentrionales a las Últimas Colinas he menudeado mis ataques. Cuando encontré a Triock, hijo de Thuler, y sus compañeros... cuando supe que posee una rama de la Madera Superior, descendiente del Árbol Único del que se hizo el Bastón de la Ley... me uní a él. Fue así cómo acumulé mis cicatrices y, al fin, llegué aquí.

—Has estado demasiado tiempo entre humanos —musitó Covenant—. No me has dicho nada. ¿Qué...? ¿Cómo...? No sé por dónde empezar.

—Entonces no empieces, amigo mío. Descansa. —Tendió una mano y le tocó afablemente un hombro—. También tú has estado demasiado tiempo... entre otra clase de gente. Necesitas descansar durante días enteros, y me temo que eso no va a ser posible. Debes dormir.

Para su sorpresa, Covenant descubrió que podía dormir. El calor de las mantas y del gravanel, unido a la satisfacción de la *alianta* ingerida, le produjeron una agradable somnolencia. Pensó que al día siguiente sería más hábil en sus preguntas. Se tendió sobre el frío suelo y se subió las mantas hasta las orejas.

Pero mientras Vasallodelmar le arropaba, le preguntó:

—¿Cuánto más va a durar este invierno?

—Paz, amigo mío —replicó el Gigante—. La primavera del Reino debió haber nacido hace tres lunas completas.

Un estremecimiento recorrió a Covenant, y maldijo al Execrable, responsable de aquella locura climática. Pero en aquella posición tendida no pudo resistir por más tiempo su cansancio. Casi inmediatamente se quedó dormido. Tuvo un sueño entrecortado por extrañas visiones, hasta que en plena noche el sonido de unas voces llegó hasta su conciencia, despertándole a medias. En su postración, le parecía carecer de cuerpo, o ser un cadáver junto al que alguien hablaba convencido de su imposibilidad de oírle.

—Apenas le has dicho la verdad —decía Triock.

—El dolor que soporta ya es suficiente para un solo corazón —replicó Vasallodelmar—. ¿Cómo podría decirle más?

—Debe saberlo, pues es el responsable.

—No, no es responsable de esto.

—Aun así, debe saberlo.

—Hasta la piedra puede romperse cuando soporta una carga excesiva.

—Ah, Hermano piedra, no me atormentes. Ya he sabido que no puedo tener justificación.

Covenant escuchó sin comprender. Cuando las voces desaparecieron de su conciencia se hundió en agitados sueños llenos de determinación y salvaje venganza.

## VI

### LA DEFENSA DE LA PEDRARIA MITHIL



ás tarde Vasallodelmar agitó a Covenant hasta despertarle. El Incrédulo apartó las mantas y se levantó. A la débil luz de los recipientes semicubiertos de gravanel, pudo ver que había cesado de nevar, pero aún faltaba algún tiempo para el alba y la noche ennegrecía el valle. Al ver aquella oscuridad, intentó acostarse de nuevo.

—Vete. Déjame dormir.

—Levántate, ur-Amo —le urgió el Gigante, agitándole de nuevo—. Ahora debes comer, pues pronto partiremos.

—Al alba —susurró Covenant. La rigidez del labio herido le hacía balbucear, como si la insensibilidad de sus manos y pies se hubiera extendido a la lengua—. Triock dijo que saldríamos al alba.

—Yeurquin ha informado de que se aproximan fuegos a la Pedraria Mithil, y vienen de las Llanuras Meridionales. No serán precisamente amistosos... Pocas gentes del sur se atreven a encender fuego de noche. Además, alguien se dirige hacia nosotros desde la misma Pedraria. No vamos a quedarnos aquí. Levántate. —Alzó a Covenant hasta sentarle y puso en sus manos un frasco y un cuenco—. Toma, come.

Soñoliento, el Incrédulo bebió del frasco, que contenía un agua tan helada como la nieve fundida. El súbito frío le hizo salir de su sopor. Estremeciéndose, probó el contenido del cuenco, que era pan sin levadura y bayas-tesoro. Empezó a comer rápidamente para contrarrestar la gélida sensación en el estómago.

Entre un bocado y otro le preguntó al Gigante:

—Si esa gente, quienes sean... esos asaltantes... se aproximan, ¿no estamos aquí a salvo?

—Tal vez sí, pero los pedrarianos lucharán por sus hogares. Son las gentes de Triock... Debemos ayudarles.

—¿No pueden esconderse en las montañas hasta que se vayan los merodeadores?

—Así lo hicieron en el pasado. Pero la Pedraria Mithil ha sido atacada muchas veces. Los pedrarianos están cansados del daño que causan a sus hogares esos ataques, y esta vez presentarán batalla.

Covenant vació el cuenco y se obligó a beber del frasco. La frialdad del agua hacía que le doliera la boca.

—No soy un guerrero.

—Lo recuerdo —dijo Vasallodelmar con una sonrisa ambigua, como si lo que recordara no coincidiese con la afirmación de Covenant—. Evitaremos que sufras daño alguno.

Cogió el frasco y el cuenco y los guardó en un gran saco de cuero. Luego sacó del mismo saco una gruesa chaqueta de piel de cabra y se la ofreció a Covenant.

—Esto te irá bien... aunque se dice que no hay prenda de vestir ni fuego alguno capaces de rechazar por completo el frío de este invierno. —Mientras Covenant se ponía la chaqueta, el Gigante añadió—: Siento no disponer de mejor calzado para ti, pero los pedrarianos sólo llevan sandalias.

Extrajo del saco un par de gruesas sandalias y se las entregó.

Al retirar las mantas, Covenant vio por primera vez el daño que había causado a sus pies. Estaban desgarrados y magullados desde los dedos al talón, cubiertos de coágulos de sangre seca, y los restos de sus calcetines colgaban de los tobillos como los adornos superfluos de un bufón. Sin embargo, no sentía dolor en ellos, pues la insensibilidad de sus nervios era mucho mayor que aquellas lesiones.

—No te preocupes por esto —dijo con voz áspera mientras se quitaba los destrozados calcetines—. No es más que lepra.

Cogió las sandalias que le tendía el Gigante, se las calzó y ató las cintas por detrás de los talones.

—Uno de estos días averiguaré por qué me molesto en protegerme.

Pero en el fondo sabía por qué: se lo exigía su incipiente determinación. Como si hablara a medias consigo mismo, siguió diciéndole al Gigante:

—Deberías visitar mi mundo. Es indoloro. No sentirás nada.

En aquel momento les saludó Triock. Vasallodelmar se incorporó rápidamente. Cuando Covenant estuvo ya vestido y calzado, el Gigante recogió las mantas y las guardó en su enorme saco. Con éste en una mano y el recipiente de gravanel en la otra, se dirigió con Covenant hacia el pedrariano.

Triock estaba con tres compañeros cerca de la estrecha garganta que era la salida del valle. Hablaban con tonos bajos, urgentes, hasta que el Gigante y el Incrédulo se les unieron.

—Hermano piedra —dijo entonces Triock—, nuestros exploradores han regresado de las Llanuras. Slen informa que... —Se interrumpió bruscamente. En su boca se dibujó una sonrisa sardónica y añadió—: Perdón, he olvidado mi cortesía. Debo hacer las presentaciones.

Se volvió hacia uno de sus compañeros, un viejo fornido que respiraba ruidosamente bajo el frío.

—Slen de Terass, éste es Thomas Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco. Incrédulo, te presento a Slen, el cocinero más extraordinario de todas las Llanuras

Meridionales. Terass, su esposa, pertenece al Círculo de ancianos de la Pedraria Mithil.

Slen hizo a Covenant un saludo que él devolvió torpemente, como si el vapor de su aliento y la insensibilidad de sus manos impidieran toda gracia en sus movimientos. Entonces Triock se volvió a sus demás compañeros. Eran un hombre y una mujer que se parecían el uno al otro como si fueran hermanos gemelos. Tenían aspecto de combatientes, como si estuvieran familiarizados con el derramamiento de sangre y la matanza por la noche, y sus ojos marrones fijos en Covenant parpadeaban como los de quienes han perdido toda capacidad de sorprenderse.

—Éstos son Yeurquin y Quirrel —dijo Triock—. Hemos luchado juntos desde los primeros días de este ataque contra el Reino.

»Incrédulo, cuando el Gigante y yo tuvimos noticia del asedio a Piedra Deleitosa, estábamos ocupados acosando a un numeroso grupo de criaturas del Asesino Gris en el centro de las Llanuras Meridionales. Las abandonamos en seguida, procurando ocultar nuestro camino para que no nos siguieran, y dejamos exploradores para que vigilaran los movimientos de aquel grupo. Ahora los exploradores han regresado para decirnos que al principio las criaturas nos persiguieron sin éxito, pero que hace dos días aparecieron de repente, dirigiéndose a toda prisa hacia el valle del Mithil. —Triock hizo una pausa y añadió pesaroso—: Han notado la potencia de nuestra obra en lo alto de la Atalaya de Kevin. ¡*Melenkurion!* Alguna criatura de entre ellos tiene ojos.

—Así pues, aquí no estamos seguros —observó Vasallodelmar—. Si realmente han visto el poder de la Madera Superior, no descansarán hasta haberla conseguido para entregársela al Rompealmas... y matarán a quien la posee.

Slen tosió y exhaló un poco de vapor.

—Hemos de irnos. Nos atacarán al romper el día.

Triock asintió con un vigoroso gesto.

—Estamos preparados. —Miró a Vasallodelmar y Covenant—. Incrédulo, debemos viajar a pie. Lejos están los días en que era posible recorrer el Reino a caballo. ¿Eres capaz de hacerlo?

—Es un poco tarde para que nos preocupemos por lo que puedo o no puedo hacer. Vasallodelmar puede llevarme en sus brazos con bastante facilidad... en caso de que mi estado haga vuestro avance más lento.

—Entonces pongámonos en marcha.

Triock se ajustó su manto y cogió el recipiente de gravanel, alzándolo por encima de su cabeza de modo que iluminara la garganta por donde se iban a internar.

Quirrel les adelantó a todos, internándose en la oscuridad de la estrecha garganta, y Triock siguió a Slen tras ella. A un gesto del Gigante, Covenant fue detrás de Slen, y Vasallodelmar avanzó tras él con el otro recipiente de gravanel. Yeurquin cerraba la

marcha del grupo.

Apenas había recorrido una veintena de metros por la garganta, cuando Covenant supo que todavía no estaba lo bastante fuerte para andar demasiado. El cansancio agarrotaba sus músculos y le hacía perder la energía que necesitaba para defenderse del frío penetrante. Al principio decidió resistir a pesar de su debilidad. Pero cuando había recorrido la mitad de la hendidura que conducía a la vertiente de la montaña que daba a la Pedraria Mithil, comprendió que no podría continuar sin ayuda. Para poder llevar a término la resolución que había tomado forma en el fondo de su mente, debería aprender a aceptar ayuda.

Se apoyó jadeante en la piedra.

—Vasallodelmar...

—Sí, amigo mío —dijo el Gigante, inclinándose hacia él.

—No puedo seguir solo.

Vasallodelmar soltó una risita y le replicó en tono afectuoso:

—Tampoco yo, amigo mío, y es que algunas compañías son muy consoladoras...

Sin el menor esfuerzo, cogió a Covenant en sus brazos y le transportó en una postura semisentada, de modo que pudiera ver lo que tenía delante. Aunque sólo necesitaba un brazo para llevar el peso del Incrédulo, entregó a éste el recipiente de gravanel. La cálida luz de las piedras de fuego reveló la sonrisa del Gigante.

—Esto es aventurado para mí —le dijo—. Es posible que ser de utilidad llegue a convertirse en un hábito peligroso.

—Yo podría decir lo mismo —gruñó Covenant.

La sonrisa del Gigante se ensanchó. Pero Triock le miró con el ceño fruncido, y Vasallodelmar no replicó.

Poco después, Triock cubrió su recipiente de gravanel. A una seña del Gigante, Covenant hizo lo mismo, y Vasallodelmar guardó el recipiente en su saco. Sin ninguna luz que les delatara, salieron de la garganta a la ladera abierta de la montaña, muy por encima del valle del Mithil.

Bajo la densa oscuridad, no podían ver nada bajo ellos salvo los distantes fuegos de campamento que ardían como chispas en una fría y negra yesca. Covenant no podía calcular a qué distancia se encontraban los fuegos, pero Vasallodelmar dijo en tono de preocupación:

—Es un grupo muy numeroso. Llegarán a la Pedraria al alba... como dijo Slen.

—Entonces debemos apresurarnos —replicó Triock, el cual torció a la izquierda, moviéndose con rapidez por el reborde a oscuras.

El Gigante le siguió en seguida, y sus largas zancadas no tardaron en emparejarle con Triock. Pronto abandonaron el reborde y, a medida que el camino bajaba hacia el valle, descendieron cuestas más graduales. Covenant notó que el aire se espesaba lentamente. Con el calor del recipiente de gravanel apoyado contra su pecho, empezó

a sentirse más fuerte. Hizo un esfuerzo para recordar el aspecto que tenía aquel camino en primavera, pero fue inútil. No podía rehuir la impresión de pura desolación visible en medio de la noche, y pensó que si pudiera ver las monótonas superficies rocosas de las montañas, las estribaciones de las que había desaparecido toda vida, los troncos de los árboles calcinados y el río Mithil serpenteando entre el hielo, habría sufrido una consternación para la que todavía no estaba preparado.

Delante de él, Triock echó a correr.

Vasallodelmar emprendió a su vez un trote que sacudió a Covenant, apartando de su mente todo pensamiento, y empezó a concentrar su atención en la noche tenebrosa. Entrecerró los ojos y descubrió que podía adaptar su visión hasta cierto punto a la oscuridad, como si sus ojos recordaran la penetración que habían adquirido en el Reino. Mientras Vasallodelmar le transportaba rápidamente por el sendero, pudo distinguir a la izquierda las altas montañas, y la profundidad del valle a la derecha. Poco después tuvo vagos y pálidos vislumbres del río cubierto de hielo. El sendero se aproximó entonces al extremo del valle y trazó un amplio arco en dirección al Mithil. Cuando Vasallodelmar completó el giro, Covenant vio las primeras luces tenues del alba tras las cumbres orientales.

Apresuraron el paso. A la luz del alba, Covenant vio que los pies de Triock abrían un surco en la nieve. La fuerte respiración de Vasallodelmar llenaba sus oídos, y a intervalos irregulares podía oír el rumor del río que parecía crujir y gruñir bajo el peso de las masas de hielo que lo constreñían. Empezó a sentir la necesidad de avanzar por sí mismo, sin la ayuda del Gigante.

Entonces Quirrel se detuvo, y cuando Triock y Vasallodelmar llegaron a su lado vieron que estaba con otra mujer pedrariana, la cual susurró rápidamente:

—Triock, la gente está dispuesta. Los enemigos se acercan. Son muchos, pero los exploradores no han visto Entes de la cueva ni ur-viles. ¿Cómo les combatiremos?

Mientras la mujer hablaba, Covenant bajó al suelo. Agitó los pies para acelerar la circulación en sus rodillas y se acercó a Triock para poder oír lo que decían.

—Alguien de entre ellos tiene ojos —respondió Triock—. Están buscando la Madera Superior.

—Eso dicen los ancianos.

—La utilizaremos para atraerles. Me quedaré en este lado de la Pedraria... lejos de ellos, de modo que tengan que registrar todas las casas para encontrarme. Las casas romperán sus formaciones, se interpondrán entre ellos. La misma Pedraria y la sorpresa nos ayudarán. Dile a la gente que se oculten en este lado... detrás de los muros, en las casas exteriores. Vete.

La mujer dio media vuelta y corrió hacia la Pedraria. Triock la siguió más lentamente, dando instrucciones a Quirrel y Yeurquin mientras avanzaba. Con Vasallodelmar a su lado, Covenant se apresuró tras ellos, tratando de imaginar cómo

se mantendría vivo cuando comenzara la lucha. Triock parecía estar seguro de que los asaltantes buscaban el *lomillialor*, pero Covenant tenía otras ideas. Creía que aquella banda de criaturas del Execrable iban en busca de él y el oro blanco.

Subió jadeando por un largo promontorio, detrás de Triock, y al coronar la elevación se encontró ante las apiñadas casas de piedra del pueblo. A la luz mortecina del amanecer distinguió la configuración áspera y circular de la Pedraria, sus casas irregulares, en su mayoría de tejado plano y un solo piso, todas ellas de cara al espacio abierto del centro, lugar de reunión de sus habitantes.

A lo lejos, cerca de la entrada del valle, se veían los fuegos de los asaltantes. Se movían con rapidez, como si olfatearan el aroma de la presa.

Triock se detuvo un momento para escrutar la oscuridad que se extendía ante ellos. Entonces se volvió a Vasallodelmar.

—Si esto también sale mal, dejo la Madera Superior y el Incrédulo a tu cuidado. Debes hacer lo que yo no pueda.

—No debe salir mal —replicó el Gigante—. No podemos permitirlo. ¿Qué podría hacer en tu lugar?

Triock hizo un gesto con la cabeza hacia Covenant.

—Perdónale.

Sin esperar respuesta, echó a correr cuesta abajo. Covenant se apresuró para darle alcance, pero sus pies insensibles estaban tan inseguros sobre la nieve que no podía moverse con suficiente rapidez. No dio alcance a Triock hasta que estaban casi al pie del montículo. Entonces Covenant le cogió por un brazo, deteniéndole, y le dijo jadeante:

—No me perdones. No te violentes más por mí. Simplemente dame un arma con la que pueda defenderme.

Triock apartó la mano de Covenant.

—¿Un arma, Incrédulo? —inquirió con aspereza—. Utiliza tu anillo. —Pero un instante después se dominó, conteniendo su amargura—. Covenant, es posible que algún día lleguemos a comprendernos tú y yo.

Buscó bajo su manto y sacó una daga de piedra de larga hoja, que le ofreció solemnemente a Covenant, como si fueran camaradas. Luego se dio prisa para reunirse con la gente que corría hacia sus posiciones, en los límites del pueblo. Covenant miró el cuchillo como si fuera un áspid secreto. Por un momento, no supo con seguridad qué hacer con él. Ahora que tenía un arma, no se imaginaba usándola. Había tenido otros cuchillos, con propósitos ambiguos. Miró inquisitivamente a Vasallodelmar, pero éste tenía la atención en otra parte. Contemplaba fijamente la aproximación de los fuegos y sus ojos brillaban de entusiasmo, como si reflejaran o recordaran un combate victorioso. Covenant se estremeció. Pasó el cuchillo de una mano a otra, casi estuvo a punto de dejarlo caer, y luego, abruptamente, abrió su



chaqueta y lo introdujo bajo el cinturón.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó, procurando llamar la atención de Vasallodelmar—. ¿Vamos a quedarnos aquí o deberíamos empezar a correr en círculo?

El Gigante le miró con el semblante ensombrecido.

—Luchan por sus hogares —le dijo con severidad—. Si no puedes ayudar, al menos evita ridiculizarlos.

El gesto imperioso con el que acompañó a sus palabras no admitía réplica, y cuando se dirigió a grandes zancadas hacia las casas más próximas, Covenant le siguió, rezongando por la insólita brusquedad del Gigante. La mayoría de los habitantes de la Pedraria habían dejado ya de moverse, y estaban agazapados detrás de las casas en aquel lado del pueblo. Parecían ignorar a Covenant, el cual pasó junto a ellos en pos de Vasallodelmar como si se dispusiera a tender su trampa a los asaltantes.

El Gigante se detuvo detrás de una de las casas interiores. Era de tejado plano, como la mayor parte de los edificios que la rodeaban, y sus aleros de piedra le llegaban a Vasallodelmar a la garganta. Cuando Covenant llegó a su lado, su gigantesco amigo le cogió en vilo y lo depositó sobre el tejado.

El Incrédulo quedó de bruces en la nieve. En seguida se puso de rodillas y se volvió airado hacia el Gigante.

—Aquí estás más seguro —le dijo Vasallodelmar. Hizo una seña hacia una casa vecina—. Te vigilaré desde allí. Permanece agachado. Ya están casi encima de nosotros.

Instintivamente, Covenant se tendió boca abajo.

Como si obedeciera a una señal, notó que se hacía un súbito silencio a su alrededor. No llegaba ningún sonido a la Pedraria excepto el silbido del viento, bajo e intermitente. El Incrédulo se sentía muy vulnerable en el tejado. Incluso aquella pequeña altura le producía vértigo, y no podía mirar abajo ni saltar. Se apresuró a apartarse del borde, pero se detuvo al darse cuenta del ruido que hacía. Aunque la nieve apagaba el ruido de sus movimientos, le parecía que resonaban como una traición en medio de la quietud general. Por un momento, no pudo siquiera reunir el valor suficiente para volverse, pues temía descubrir rostros crueles mirándole en el borde del tejado.

Pero lentamente cedió la aprensión que latía en sus sienes, y empezó a maldecirse. Tendido en el tejado, con las piernas separadas, avanzó poco a poco hasta quedar ante el centro de la Pedraria.

Al otro lado del valle se filtraba la luz a través de las densas nubes grises que cubrían el cielo por completo, y bajo su frío peso amanecía un día triste y desabrido, que parecía heraldo de una irremediable aflicción. Aquella tétrica amanecida

desalentó a Covenant más que la negra noche. Ahora podía ver más claramente que en la Atalaya de Kevin que aquella oscuridad constante que lo envolvía todo como una mortaja no era natural, sino el producto de la maldad... la prueba omnipresente de los malignos designios del Execrable. Y el poder que había tras aquellas tinieblas le estremeció. El Execrable tenía la capacidad de distorsionar los órdenes más fundamentales de la Tierra. No le sería demasiado difícil aplastar a un leproso ineficaz. Creer lo contrario sería una presunción absurda.

La mano de Covenant se posó en la empuñadura del cuchillo, como si el contacto con la piedra pudiera darle la fortaleza que necesitaba. Pero entonces, un ruido lejano, estruendoso, inseguro en el viento, apartó todos los demás pensamientos de su mente. Tras aguzar el oído unos instantes, supo que estaba oyendo la aproximación de los asaltantes.

Empezó a temblar al darse cuenta de que no hacían esfuerzo alguno para moverse en silencio. El valle entero se abría ante ellos, y tenían la ávida confianza que les daba su número. Avanzaban a lo largo del río haciendo sonar sus armas, desafiando a los pedrarianos para que les presentaran batalla. Con cautela, Covenant se colocó en una posición mejor para ver por encima del borde del tejado. Le temblaban los músculos, pero apretó las mandíbulas, se tendió sobre la nieve y dirigió su mirada al centro del pueblo, con tanta intensidad y concentración que empezó a dolerle la cabeza.

Pronto oyó los primeros gritos guturales y el ruido del hierro al golpear la piedra, cuando los asaltantes se precipitaron hacia las primeras casas. Aún no podía ver nada, pues los tejados del pueblo cerraban su campo de visión. Procuró mantener la respiración lenta, para que el vapor exhalado no oscureciera su visión o revelara su posición. Cuando volvió la cabeza para mirar en otras direcciones, descubrió que apretaba puñados de nieve, convirtiéndola en hielo. Abrió las manos y obligó a sus dedos a distenderse. Luego apoyó las palmas sobre la piedra, de modo que estuviera preparado para moverse.

El ruido de los asaltantes al aproximarse se extendió por los límites del pueblo y empezó a avanzar hacia el interior, siguiendo una línea más o menos paralela al río. En vez de intentar rodear y atrapar a los pedrarianos, los asaltantes efectuaban un avance frontal y, desdeñando la sorpresa, maniobraban de modo que la gente se viera obligada a huir hacia el estrecho extremo del valle. A Covenant no se le ocurría ninguna explicación de aquella táctica, salvo una fiera confianza y el desprecio. Los asaltantes querían conducir a los habitantes del pueblo a la trampa del extremo del valle, prolongando así la crueldad de la matanza. Aquella maligna seguridad era aterradora, pero a Covenant le alivió, pues se dio cuenta de que no era una táctica diseñada para capturar algo que se consideraba tan poderoso como el oro blanco.

Pero pronto supo que había otra explicación. Al forzar la vista para ver a través de

la tenue luz del alba, vio un rayo de luz verde en el extremo del pueblo. Sólo duró un instante, y tras él llenó la atmósfera el ruido de un desmoronamiento..., un estruendo como de grandes rocas que chocaran unas contra otras. El Incrédulo se sorprendió tanto que casi se puso en pie para ver qué ocurría, pero se contuvo al ver que las primeras criaturas penetraban en el centro de la Pedraria.

En su mayoría tenían un vago perfil humano, pero sus rasgos estaban contorsionados, dispuestos de una manera grotesca, como si un puño potente los hubiera oprimido al nacer, retorciéndolos hasta darles un aspecto monstruoso. Los ojos estaban fuera de lugar, malformados; las narices y bocas sobresalían en la piel que estaba contorsionada como arcilla apretada por fuertes dedos, y, en algunos casos, toda la carne del rostro y el resto de la cabeza expelía un fluido, como si la cabeza entera fuera una herida enconada. Sus demás formas no eran más saludables. Algunos tenían las espaldas encorvadas en ángulos imposibles, otros más brazos y piernas de la cuenta, algunos tenían la cabeza entre los omóplatos o en el centro del pecho. Pero todos compartían una misma cualidad: hedían a perversión, como si el mal fuera el elemento vital de su existencia, y el odio a todo lo sano o bien hecho empañaba su visión vidriosa.

Iban desnudos, con excepción de zurroneos y cintos para sujetar las armas, y se acercaban rezongando y escupiendo al centro abierto de la Pedraria Mithil. Allí se detuvieron hasta que los gritos de sus compañeros les indicaron que la primera mitad del pueblo estaba bajo su control. Entonces, un alto personaje con el rostro nudoso y tres grandes brazos ladró una orden a los asaltantes que le seguían. Como respuesta, un grupo avanzó al círculo abierto, llevando consigo a tres prodigiosas criaturas diferentes a las demás.

Eran tres criaturas tan ciegas y calvas como si las hubieran engendrado los urviles, pero no tenían orejas ni nariz. Sus pequeñas cabezas, carentes de cuello, reposaban directamente sobre los hombros inmensos. En el extremo del tronco, semejante a un enorme tonel, sobresalían unas piernas cortas, como abrazaderas, y sus pesados brazos eran lo bastante largos para llegar hasta el suelo. Desde los hombros hasta las puntas de los dedos, las superficies internas de los brazos estaban cubiertas de ventosas. Covenant tuvo la impresión de que aquellos cuerpos monstruosos se agitaban a causa de una ebullición interna, como si contuvieran tanta maldad que la mirada del Incrédulo no pudiera discernir sus límites.

A una orden, los asaltantes condujeron a las tres criaturas a una casa en el borde del círculo. Tomaron posiciones alrededor del edificio, y en seguida se acercaron a las paredes, tendieron sus brazos al máximo y los adhirieron a la roca con sus ventosas.

De los tres surgió una potencia áspera, chirriante, que envolvió la casa lentamente, apretándola como un dogal.

Covenant contemplaba la escena inmóvil y consternado. Ahora comprendía la

táctica de los asaltantes, los cuales atacaban como lo hacían a fin de proteger a aquellas tres criaturas. Despidiendo un olor a esencia de rosas, su potencia fue en aumento, tensándose más, chirriando, hasta que surgió de ellos una especie de rayo verde que, como un potente cable, rodeó la casa, apretándola con tremenda furia. Covenant pensó que debería gritar a los pedrarios para advertirles del peligro, pero el horror le secaba la boca, lo inmovilizaba. Apenas tenía conciencia de que se había puesto de rodillas para tener una mejor visión de lo que sucedía.

Transcurrieron algunos momentos. La tensión crujía en el aire mientras la piedra de la casa empezaba a gemir bajo la presión. Covenant lo observaba boquiabierto, como si la muda roca gritara pidiéndole auxilio.

Entonces el dogal estalló con un resplandor de fuerza verde. La casa se derrumbó hacia adentro, cayó sobre sí misma hasta que todas sus habitaciones y mobiliario quedaron enterradas bajo un montón de cascotes. Sus tres destructores retrocedieron y buscaron ciegamente a su alrededor más piedras que aplastar.

De repente una mujer empezó a gritar... Era el suyo un grito desgarrador de ira. Covenant la oyó correr entre las casas, y al ponerse en pie vio una mujer de cabellos blancos que pasaba bajo los aleros del tejado sobre el que estaba el Incrédulo sujetando un largo cuchillo con ambas manos. En un instante llegó al centro de la Pedraria.

Covenant fue en seguida tras ella. Dio un par de rápidos pasos y se lanzó como un montón de miembros descoyuntados hacia el siguiente tejado. Perdió el equilibrio, cayó y se deslizó a través de la nieve casi hasta el borde de la casa. Pero se levantó y retrocedió para volver de nuevo hacia el siguiente tejado.

Desde aquella posición vio que la mujer corría al círculo abierto. Su grito había alertado a los asaltantes, pero éstos no estaban preparados para la velocidad con que se lanzó contra ellos. La mujer saltó y con toda su fuerza clavó hasta la empuñadura el largo cuchillo en el pecho de la criatura de tres brazos que había dirigido el asalto.

Un instante después, otra criatura la cogió por el cabello y la arrojó hacia atrás. La mujer perdió el cuchillo y cayó, fuera del campo visual de Covenant, ante una de las casas. Los asaltantes se dirigieron a ella con las espadas en alto.

Covenant saltó al siguiente tejado. Esta vez conservó el equilibrio al aterrizar, corrió a través de la piedra y saltó de nuevo. Entonces cayó y resbaló en el tejado de la casa que ahora ocultaba a la mujer. El impulso del Incrédulo era ahora excesivo y no pudo detenerse. Envuelto en una nube de nieve, cayó por el borde y se estrelló contra el suelo, al lado de la mujer.

El impacto le aturdió, pero su súbita aparición había sorprendido a los atacantes, y la criatura que estaba más próxima retrocedió varios pasos, agitando su espada a la defensiva como si Covenant no fuera un hombre solo sino un grupo de guerreros. En el intervalo, el Incrédulo se sacudió la neblina rojiza que le empañaba la visión y se

puso en pie, jadeante.

Los asaltantes hicieron girar sus armas y se agacharon, adoptando la posición de combate. Pero al ver que les amenazaba un solo hombre, medio aturdido, algunos de ellos lanzaron roncadas maldiciones, y otros empezaron a reír con malevolencia. Enfundando sus armas, varios de ellos se adelantaron mostrando una precaución exagerada para capturar a Covenant y a la anciana, y algunos otros entraron en el círculo para ver qué sucedía.

Covenant dirigió su mirada en todas direcciones, buscando una escapatoria, pero no pudo encontrar ninguna. Él y la anciana estaban solos contra más de una veintena de contrahechas criaturas.

El aliento de los asaltantes no producía vapor en contacto con el aire helado. Aunque no llevaban ninguna prenda para protegerse del frío, parecían horriblemente cómodos en aquel invierno sobrenatural.

Se aproximaron como si pretendieran devorar vivos a Covenant y a la mujer.

La anciana exhaló un grito de revulsión, pero Covenant no le prestó atención y se concentró por completo en escapar. Recordó entonces que en una ocasión Mhoram logró utilizar el oro blanco aunque no tenía ningún poder. En el momento en que las criaturas se acercaban a él ululando, blandió su anillo de repente y avanzó un paso, gritando:

—¡Retroceded, monstruos infernales, u os haré volar en pedazos!

Ya fuera a causa de los gritos, ya porque vieron el anillo, los atacantes se sobresaltaron. Retrocedieron unos pasos, empuñando sus armas.

En aquel instante, Covenant cogió a la mujer de la mano y echó a correr. Tirando de ella, se dirigió a la esquina de la casa, la rodeó y prosiguió tan rápido como pudo, alejándose del espacio abierto. En seguida perdió el contacto con la mujer, pues su mano mutilada no podía sujetarla con firmeza. Pero ahora la anciana corría por sus propios medios. Un momento después, llegó a su lado y le cogió del brazo, ayudándole a dar la vuelta siguiente.

Rugiendo de furor, los asaltantes iniciaron la persecución, pero cuando entraron en el sendero entre las casas, Vasallodelmar saltó de un tejado y se lanzó de cabeza contra ellos, embistiéndoles como un gigantesco carnero. Constreñidos por las casas a cada lado, no pudieron evadirle, y les alcanzó de pleno, derribando a los que tenía más cerca y lanzando a los demás nuevamente hacia el centro de la Pedraria.

Entonces Triock, Quirrel y Yeurquin, encabezaron un grupo de unos doce pedrarianos, que se internaron en el pueblo saltando por los tejados. En medio de la confusión causada por el ataque del Gigante, los defensores cayeron sobre los atacantes como una lluvia de espadas y jabalinas. Otros corrieron al encuentro de las criaturas que todavía buscaban entre las casas. En pocos momentos, la lucha se había extendido a toda la Pedraria.

Pero Covenant no se detuvo, sino que, con la mujer cogida del brazo, huyó hasta haber rebasado los últimos edificios. Entonces apresuró el paso, con la intención de adentrarse tanto como pudiera en el valle, pero Slen le interceptó.

—¡Estúpida! —gritó jadeando a la mujer—. Has perdido por completo el juicio. —Entonces tiró de Covenant, al tiempo que le decía—: Vamos, vamos.

Se alejaron del río, siguiendo a Triock hacia las estribaciones montañosas. A unos centenares de metros por encima del pueblo, llegaron a un amontonamiento de rocas, antiguos restos de un alud. Slen siguió un tortuoso camino entre las piedras y pronto llegaron a una gran cueva oculta. Varios pedrarians montaban guardia en la entrada, y en el interior los niños, los enfermos e inválidos se acurrucaban alrededor de recipientes de gravanel.

Covenant sintió la tentación de entrar en la cueva y refugiarse en ella, pero no lejos de allí había un montón de piedras que formaba un montículo de ancha cima. Subió allí y, desde lo alto, pudo ver toda la Pedraria. La mujer canosa trepó tras él y ambos permanecieron allí, contemplando la batalla que tenía lugar en el pueblo.

Le sorprendió entonces haber subido a tal altura, y al darse cuenta sintió que le flaqueaban las piernas. Retrocedió y por un momento el valle dio vueltas a su alrededor. No podía creer que unos instantes antes había saltado de un tejado a otro. El simple pensamiento de semejante audacia parecía hacerle perder el equilibrio, dejándole a merced de la altura. Pero la mujer le cogió y le sostuvo, y la urgente necesidad de contemplar la lucha le ayudó a resistir el vértigo. Apoyándose en el hombro de la anciana se obligó a mirar abajo.

Al principio, la luz grisácea del día nublado oscurecía la batalla, impidiéndole distinguir lo que sucedía. Pero al concentrarse pudo ver al Gigante.

Vasallodelmar destacaba en medio de la refriega que tenía lugar en el centro de la Pedraria. Arremetía con denuedo contra los asaltantes, cambiando apresuradamente de lugar. Agitando sus poderosos puños como mazas, derribaba a las criaturas, apartándolas de su camino con golpes que parecían lo bastante potentes para arrancarles la cabeza. Pero el número de los atacantes era excesivo. Aunque su movimiento impedía que dirigieran contra él un ataque concertado, estaban armados y él no. Mientras observaba la pelea, Covenant vio que varias de las criaturas conseguían empujar a Vasallodelmar contra uno de los destructores de rocas.

El tono suave y alegre con que la mujer se dirigió a él le llegó en el momento de máxima ansiedad:

—Te doy las gracias, Thomas Covenant —le dijo la anciana—. Te debo la vida.

Covenant lloraba en silencio por su amigo Vasallodelmar.

—¿Qué? —preguntó, dudando de que la mujer hubiera hablado realmente—. No quiero tu vida. ¿Qué diablos se apoderó de ti para irrumpir allí en un momento tan peligroso?

—Eso no es amable —replicó ella sosegadamente—. Te he esperado. He cabalgado tus Ranyhyn.

El Incrédulo no reparaba en el significado de aquellas palabras.

—Vasallodelmar va a morir ahí por tu culpa.

—Tuve a tu hija.

Aquellas palabras le golpearon en el rostro como agua helada. Separó la mano del hombro de la anciana y retrocedió uno o dos pasos. Un cambio en la dirección del viento le traía a retazos el clamor de la batalla, pero él no lo oía. Miró a la mujer por primera vez.

Parecía tener unos sesenta y cinco años... lo bastante mayor para ser su madre. Arrugas de infundada esperanza cubrían la piel pálida alrededor de las venas azules en sus sienes, y sus cabellos ya no eran espesos. No reconoció nada en la boca que tenía un rictus de expectación ni en la angulosa delgadez de su cuerpo o en sus manos arrugadas. Su mirada era un poco descentrada, tenía algo parecido a la confusión de la locura, pero los ojos eran grandes, como los de las mujeres que fueron su madre y su hija. Y bordado en los hombros de su larga túnica azul había un diseño de hojas blancas.

—¿No me conoces, Thomas Covenant? —le preguntó afectuosamente—. No he cambiado. Todos desean que cambie... Triock y Trel, mi padre, y el Círculo de ancianos, todos quieren que cambie, pero yo no. ¿Parezco cambiada?

—No —jadeó Covenant. Hizo un esfuerzo para pronunciar las palabras, como si le consternaran—. No... has cambiado.

Comprendió que estaba ante Lena, la mujer a la que había violado con su lujuria, madre de la mujer a la que había violado con su amor, receptora de la dádiva de los Ranyhyn a los que había instigado cuando engañó a los grandes caballos con sus falsos tratos. A pesar de su furia anterior, parecía demasiado vieja y frágil.

Lena sonrió aliviada.

—Me alegro. Me he esforzado por mantenerme fiel. El Incrédulo no merece menos.

—Merece... —rezongó Covenant. Los ruidos del combate en la Pedraria le incitaron de nuevo—. Por todos los diablos —susurró.

Se esforzó para sostener la mirada de la anciana, cuya sonrisa se transformó lentamente en una expresión preocupada. Avanzó hacia él, con los brazos tendidos. Covenant quería retroceder, pero se mantuvo inmóvil mientras los dedos de Lena le tocaban los labios y luego trazaban una línea alrededor de la herida en la frente.

—Estás herido —le dijo—. ¿Te ha atacado el Despreciativo en tu propio mundo?

Sintió que debía prevenirla para que se mantuviera alejada de él, pues su mirada descentrada mostraba que la estaba poniendo en peligro.

—El juicio de Atiaran está resultando certero —le susurró—. Están destruyendo

el Reino, y es por mi culpa.

Los dedos de Lena le acariciaron como si trataran de suavizar el surco de su frente.

—Tú salvarás al Reino. Eres el Incrédulo... el nuevo Berek Mediamano de nuestra época.

—No puedo salvar nada... ni siquiera puedo ayudar a esa gente que lucha ahí abajo. Vasallodelmar es mi amigo y no puedo ayudarle. Triock... se merece todo lo que pueda hacer por él, y no puedo...

—Si yo fuera un Gigante —le interrumpió ella con súbita vehemencia—, no necesitaría ayuda en esa batalla, y Triock... —Se interrumpió inesperadamente, como si hubiera tropezado con una percepción indeseada de lo que Triock significaba para ella—. Es un pastor de ganado y desea... Pero yo no he cambiado.

Covenant miró su rostro consternado. Por un instante la mirada de Lena pareció a punto de ver con claridad, pero su frente se tensó bajo la inminencia de unos hechos crueles.

—¿Covenant? —susurró dolorida.

—Sí, lo sé —musitó él a su pesar—. Se consideraría afortunado si le mataran.

Tendió los brazos hacia ella y la atrajo lo más tiernamente que pudo. Ella le abrazó en seguida, aferrándose convulsamente a él mientras una crisis tenía lugar en su interior, llegaba a su punto álgido y recedía. Pero aunque le proporcionaba con sus brazos todo el consuelo de que era capaz, su mirada se dirigía a la Pedraria. Los gritos, los gemidos y el estruendo de la lucha se imponían a sus propias emociones desgarradas, a la simpatía y el horror que le inspiraba Lena. Cuando ésta retrocedió, él tuvo que obligarse a sostener su expresión de felicidad.

—Estoy tan contenta... Mis ojos se alegran al contemplarte. He procurado... he deseado ser digna de ti. Ah, debes conocer a nuestra hija. Estarás orgulloso de ella.

¡Elena! Covenant sintió deseos de gemir, al comprender que no se lo habían dicho, que no sabía nada del destino de su hija.

Permaneció inmóvil un momento, incapaz de hablar. Pero entonces un áspero grito procedente de la Pedraria le ayudó a salir de aquella situación. Miró abajo y vio que había gente en el centro del pueblo, con sus espadas y lanzas levantadas. Más allá de ellos, los asaltantes que habían sobrevivido huían hacia las llanuras abiertas, para ponerse a salvo. Un grupo de defensores iba en su persecución, acosando a las criaturas para acabar con el mayor número posible de ellas.

Inmediatamente Covenant empezó a descender por las rocas. Oyó que Lena le gritaba a Slen la noticia de la victoria, pero no esperó a la mujer ni a los refugiados en la cueva. Bajó del promontorio hacia la Pedraria Mithil.

Pero cuando llegó a las casas y vio los cadáveres hacinados, se detuvo tambaleante. A su alrededor, la nieve y la piedra estaban cubiertas de sangre...



charcos de un rojo lívido, grandes extensiones de suero rojo y gris con vetas de un verde enfermizo. Los pedrarianos, algunos de ellos con todos los miembros mutilados, yacían confundidos con los cadáveres de las criaturas del Execrable. Pero los rostros y formas perversos de las criaturas atrajeron la atención de Covenant. Incluso muertos despedían el hedor de la abominación que había practicado con ellos su hacedor, y le asombraron más que los ur-viles, los *kresh* o las lunas decoloridas. Eran las víctimas absolutas del desprecio del Execrable. Sus formas y su olor producían náuseas. Covenant cayó de rodillas y vomitó como si quisiera desesperadamente purgar su parentesco con aquellas criaturas.

Lena llegó a su lado. Cuando le vio, lanzó un grito y le rodeó con sus brazos.

—¿Qué sucede? —le preguntó—. Oh, querido, estás enfermo.

La palabra *querido* le atacó como ácido arrojado desde lo más profundo de la tumba perdida de Elena. Se puso en pie, vacilante. Lena trató de ayudarle, pero él le apartó las manos.

—No me toques —le ordenó mirando fijamente su rostro preocupado—. No lo hagas. —Con un gesto convulso señaló los cadáveres a su alrededor—. Son leprosos, igual que yo. Esto es lo que el execrable quiere hacer con todos.

La náusea contorsionaba su boca al hablar.

Varios pedrarianos se habían reunido en su torno, entre ellos Triock, cuyas manos estaban enrojecidas y perdía sangre por un corte en la mandíbula, pero cuando habló lo hizo en un tono duro y amargo.

—Es inútil decir qué les hicieron para ser lo que son. Pero vierten sangre, saquean, destruyen... Hay que acabar con ellos.

—Son como yo —dijo Covenant, jadeando y mirando a Triock como si tuviera la intención de lanzarse contra el pedrariano.

Cuando alzó la vista vio que Vasallodelmar estaba detrás de Triock. El Gigante había sobrevivido a una lucha terrible, y los músculos de sus brazos temblaban de agotamiento. El jubón de cuero le colgaba en jirones de los hombros, y tenía todo el pecho lleno de heridas ensangrentadas, producidas por las ventosas del destructor de rocas. Pero brillaba en sus ojos cavernosos una expresión de saciedad, y en sus labios los vestigios de una sonrisa orgullosa.

Covenant trató de recobrar el aliento. El hedor a sangre que flotaba en el aire de la Pedraria seguía produciéndole náuseas. La visión de Vasallodelmar produjo en él una reacción que no pudo controlar.

—Reúne a tu gente —ordenó a Triock con voz ronca—. He decidido lo que voy a hacer.

No desapareció el rictus de dureza en los labios de Triock, pero la expresión de sus ojos se suavizó al mirar inquisitivamente al Incrédulo.

—Eso puede esperar un poco más —replicó con rigidez—. Ahora tenemos otros

deberes. Debemos limpiar la Pedraria Mithil... librar a nuestros hogares de esta suciedad.

Y dicho esto, dio media vuelta y se alejó.

Pronto todos los que estaban enteros o lo bastante fuertes se pusieron manos a la obra. Primero enterraron a sus amigos y familiares caídos en honorables túmulos funerarios, en las altas vertientes orientales del valle. Una vez concluida esta triste tarea, reunieron los cuerpos de las criaturas y los acarrearón al otro lado del puente, a la orilla occidental del Mithil. Allí levantaron una pira como una enorme fogata de advertencia a todos los asaltantes de las Llanuras Meridionales, y quemaron a las criaturas muertas hasta que incluso sus huesos quedaron reducidos a cenizas blancas. Regresaron entonces a la Pedraria, y con nieve limpia la restregaron de arriba abajo, hasta que toda la sangre y las huellas del combate desaparecieron de las casas y los terrenos del pueblo.

Covenant no les ayudó, pues tras sus recientes esfuerzos estaba demasiado débil para semejante trabajo. Pero se sentía frío, tenso, apasionado, lastrado por el nuevo granito de su determinación. Con Lena, Slen y los miembros del Círculo de ancianos fue a las orillas del río y ayudó a tratar las heridas de los pedrarianos. Lavó y limpió lesiones, extrajo astillas de armas rotas, amputó dedos mutilados. Cuando los ancianos no pudieron más, tomó la hoja de azulada incandescencia y la usó para limpiar las heridas que cubrían el pecho y la espalda de Vasallodelmar. Le temblaban los dedos al realizar aquella tarea, y su mano mutilada no podía coger bien el mango del cuchillo, pero aplicó el fuego a los músculos fuertes como madera de roble del Gigante, hasta cauterizar todas las heridas producidas por las ventosas.

Vasallodelmar respiró hondo, estremeciéndose de dolor. Y dijo:

—Gracias, amigo mío. Este fuego es benefactor. Haces de él algo parecido a la *caamora*.

Pero Covenant dejó el cuchillo sin responderle y fue a sumergir sus manos temblorosas en las heladas aguas del Mithil. Una ira profunda crecía en su interior, se enroscaba a su alma con una lenta enredadera.

Más tarde, cuando todos los heridos habían recibido tratamiento, Slen y los ancianos prepararon una comida para todo el pueblo. Sentados en el espacio abierto y ya limpio del centro, comieron un sabroso cocido caliente acompañado de pan sin levadura, queso y frutos secos. Covenant se les unió. Durante toda la comida Lena le sirvió como si fuera una criada, pero él mantuvo los ojos bajos, miró el suelo y evitó tanto el rostro de la anciana como los de los otros pedrarianos. No deseaba que le distrajeran del proceso que se estaba realizando en su interior. Con una fría determinación, comió hasta la última migaja de los alimentos que le ofrecían. Necesitaba estar bien nutrido para lo que se proponía.

Después de la comida, Triock tomó nuevas disposiciones para la protección de la

Pedraria. Envió exploradores a las Llanuras, trazó posibles planes contra otro ataque y pidió voluntarios para que advirtieran sobre la proximidad de las criaturas destructoras de roca a los vecinos más cercanos de la Pedraria, a treinta leguas de distancia. Finalmente se dispuso a escuchar la decisión que había tomado Covenant.

Yeurquin y Quirrel se sentaron a cada lado de Triock, de cara al pueblo. Antes de empezar, el Incrédulo miró a Vasallodelmar, que estaba no lejos de allí, en pie. Observó que en vez de su destrozado jubón, el Gigante llevaba ahora un manto de piel de oveja sin mangas, que no le cerraba el pecho, sino que le cubría los hombros y la espalda, como un chaleco. Hizo un gesto de asentimiento en respuesta a la muda pregunta de Triock, y éste dijo:

—Bien, no nos demoremos más. —Con un tono áspero y sardónico, añadió—: Hemos descansado bastante.

»Amigos míos, aquí está el ur-Amo Thomas Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco. Para bien o para mal, el Gigante y yo lo hemos traído al Reino. Conocéis la ciencia que se ha extendido por todo el Reino desde aquel día, hace cuarenta y siete años, desde que el Incrédulo llegó por primera vez a la Pedraria Mithil procedente de la Atalaya de Kevin. Veis que se presenta con el parecido de Berek Mediamano, Corazón Fuerte y Padre Fundador, y lleva consigo el talismán de la magia indomeñable que destruye la paz. Habéis oído la antigua canción:

*Y con la única palabra de verdad o traición;  
salvará o condenará a la Tierra  
porque está loco y cuerdo,  
es frío y apasionado,  
se ha perdido y ha sido hallado.*

»Ahora está aquí entre nosotros para que pueda cumplir todas sus profecías.

»Amigos míos, una bendición bajo la apariencia de enfermedad puede todavía enderezar entuertos, y los traidores con otras vestiduras pueden seguir malditos. No sé si a este respecto hemos traído al Reino vida o muerte. Pero muchos corazones valerosos han tenido esperanzas en el nombre del Incrédulo. Los Guardianes de la Ciencia de la Raat vieron buenos presagios en las más oscuras hazañas que van unidas al nombre de Covenant. Y se decía entre ellos que el Amo Superior Mhoram no vacilaba en la confianza depositada en él. Cada uno de vosotros debe decidir su propia fe. Yo decido apoyar la confianza del Amo Superior.

—Yo también —dijo sosegadamente Vasallodelmar—. He conocido tanto a Mhoram, hijo de Variol, como a Thomas Covenant.

La mención de los augurios estremeció a Covenant. Pensó en la violación y la traición. Notó que Lena intentaba hacer alguna clase de declaración y, para evitarlo, se puso en pie, mirando a los reunidos con expresión hosca.

—Eso no es todo —dijo con voz ronca—. Tamarantha, Prothall, Mhoram y quién sabe cuántos más creyeron que fui elegido para esto por el Creador o quienquiera que sea el último responsable. Consolaos con eso si podéis. No penséis que es otra manera de decir que elegí yo mismo. La idea en sí no es tan descabellada, pues los creadores son los seres más desamparados que existen. Tienen que trabajar con insoportables... con instrumentos tan romos, contrahechos e inútiles como yo mismo. Creedme, es más fácil quemar el mundo, reducirlo a inocentes, limpias o, al menos, muertas cenizas, lo cual tal vez sea lo que estoy haciendo. ¿Cómo si no podría...?

Se interrumpió, haciendo un esfuerzo. Ya había reiterado bastante su fundamental incredulidad con lo que consideraba el Reino. No tenía motivos para repetir que era un engaño engendrado por su abismal incapacidad de enfrentarse a la vida. Había rebasado la necesidad de tales afirmaciones. Ahora tenía que enfrentarse a sus consecuencias. Para empezar, abordó tangencialmente lo que tenía en su corazón.

—¿Ha visto alguno de vosotros una abertura en las nubes... hace quizá un par de noches?

Triock se puso rígido.

—La vimos —replicó ásperamente.

—¿Visteis la luna?

—Era llena.

—¡Era verde! —exclamó Covenant.

Su vehemencia le abrió una grieta en el labio hinchado, y un hilillo de sangre empezó a bajarle por el mentón. Se quitó la sangre con los dedos insensibles y se serenó, pensando en su inquebrantable decisión. Haciendo caso omiso de las miradas que le dirigían los pedrarianos, prosiguió:

—No importa, dejadlo estar. Oídmeme. Voy a deciros qué vamos a hacer, lo que vais a hacer. —Miró a Triock, cuyos labios estaban blancos a causa de la lesión y sus ojos parecían agazaparse en las cuencas, como si desearan alejarse de lo que contemplaban. Covenant frunció el ceño y añadió—: Vais a encontrar algún modo de decirle a Mhoram que estoy aquí.

Triock soltó un breve grito involuntario, y luego se incorporó como si estuviera a punto de volcar su ira contra Covenant. Al verlo, Vasallodelmar se interpuso.

—¿Sabes lo que pides, ur-Amo Covenant? Piedra Deleitosa está a trescientas leguas de distancia. En los mejores tiempos, ni siquiera un Gigante podía llegar a las encumbradas salas de las Defensas de los Amos en menos de quince días.

—¡Y las Llanuras están rebosantes de enemigos! —exclamó Triock—. Desde aquí hasta la unión de los ríos Negro y Mithil, un grupo fuerte podría luchar y esquivarlos, abriéndose paso hasta ese punto en veinte días. Pero más allá... en las Llanuras Centrales... están los dominios del Asesino Gris. Toda la tierra que se extiende desde Andelain hasta las Últimas Colinas está en su mano. Con veinte mil

guerreros, no podría abrirme paso ni siquiera hasta el río Aliviaalmas ni en cincuenta, ni en cien, ni en quinientos días.

—Me tiene por completo sin cuidado que... —empezó a decir Covenant.

Quirrel le interrumpió severamente.

—Además, no debes llamar en tu ayuda a los Ranyhyn. A las criaturas del Asesino Gris les gusta sobre todo la carne de Ranyhyn. Los apresarán para devorarlos.

—¡No me importa! —exclamó Covenant—. No importa lo que creáis posible o imposible. Aquí todo es imposible. Si no empezamos ahora a hacer lo imposible, será demasiado tarde. Y Mhoram tiene que saber que estoy aquí.

—¿Por qué? —preguntó Triock, con la ira crepitando todavía en su voz, pero ahora observaba de cerca a Covenant, escrutándole como si pudiera ver algo maligno proyectándose tras su decidida actitud.

Bajo la mirada fija de Triock, el Incrédulo se sintió demasiado avergonzado para admitir que ya se había negado a las invocaciones de Mhoram. Podía percibir lo ultrajados que se sentirían todos los pedrariansos ante semejante confesión. Por ello replicó:

—Porque para él será distinto. Si sabe dónde estoy, lo que estoy haciendo... será diferente. Sabrá qué hacer.

—¿Qué puede hacer? Piedra Deleitosa está sitiada por un enemigo tan vasto como el desierto. El Amo Superior Mhoram y todo el Consejo están prisioneros en las Defensas de los Amos. Nosotros somos menos impotentes que ellos.

—Triock, cometes un gran error si consideras que Mhoram es impotente.

—El Incrédulo tiene razón —dijo Vasallodelmar—. El hijo de Variol es hombre de muchos recursos. No pocas cosas que parecen imposibles son posibles para él.

Al oír esto Triock se miró las manos y luego asintió gravemente.

—Te escucho, Gigante. Hay que avisar al Amo Superior, pero sigo sin saber cómo puede realizarse semejante cosa. Mucho de lo que puede parecer posible para los Gigantes y los portadores del oro blanco, es imposible para mí.

—Tienes una de esas varillas de *lomillialor* —dijo Covenant con voz áspera—. Sirven para la comunicación.

Triock gruñó, exasperado.

—Ya te he dicho que carezco de ciencia para ese trabajo. No estudié la transmisión de mensajes en la Raat.

—Entonces aprende. ¡Por todos los diablos! ¿Esperabas acaso que fuera fácil? ¡Aprende!

Covenant sabía que estaba tratando a Triock de un modo muy injusto, pero la exigencia de su finalidad no permitía consideraciones ni fracaso.

Triock contempló al Incrédulo durante un largo momento, con expresión

desolada, las manos retorcidas de ira e impotencia. Pero entonces Quirrel le susurró algo, y sus ojos se ensancharon esperanzadamente.

—Tal vez —susurró—, quizá pueda hacerse. —Hizo un esfuerzo para serenarse y adoptar una expresión sosegada. Tragó saliva y añadió—: Se dice que un Redimido vive en las montañas que protegen las Llanuras Meridionales de la Espesura Acogotante. Durante muchos años ha corrido el rumor incierto entre los pueblos sureños de la existencia de ese hombre singular. Dicen que estudia la lenta respiración de las montañas, o que mira constantemente al otro lado de la Espesura Acogotante, contemplando el Vertedero Celeste de Melenkurion... o que vive en un lugar muy elevado para aprender el lenguaje del viento. Si es cierto que existe ese Redimido, si podemos localizarle... quizá él pueda utilizar la Madera Superior como yo no puedo hacerlo.

Aquella idea hizo que una oleada de excitación recorriera al círculo. Triock respiró hondo e hizo un gesto de asentimiento ante sus compañeros.

—Lo intentaré —les dijo, con cierto matiz sardónico en la voz—. Si esto también sale mal, por lo menos sabré que me he esforzado por llevar a la práctica tus alternativas. Increíble, ¿qué mensaje hemos de enviar al Amo Superior Mhoram y al Consejo de Piedra Deleitosa?

Covenant desvió la vista y alzó el rostro al cielo nublado. Había empezado a nevar en el valle, y los copos de nieve volaban impulsados por la brisa como retazos de niebla, disminuyendo todavía más la escasa luz del día. Parecían presagiar una densa nevada. Covenant se quedó mirándolos un momento, contempló cómo empezaban a cubrir la Pedraria, mientras pensaba en la pregunta que acababa de hacerle Triock y a la que tenía que responder sin ambages. Pero temía responderla, temía decir cosas que resultaban tan insensatas. Cuando su mirada se posó de nuevo en el expectante pedrario y sus compañeros, replicó oblicuamente, tratando de hacer acopio de valor.

—Dime, Vasallodelmar, ¿qué le ocurrió a tu pueblo?

—¿Cómo, amigo mío?

—Dime qué les sucedió a los Gigantes.

Vasallodelmar frunció el ceño.

—Ah, ur-Amo, ahora no hay necesidad de tales historias. Son largas de contar y no es éste el momento apropiado para ello. Debemos pensar en el presente.

—¡Dímelo! —exclamó Covenant—. ¡Maldita sea, Vasallodelmar! ¡Quiero saberlo todo! He de saber todas las cosas que el Execrable...

Triock se apresuró a interrumpirle.

—Los Gigantes han regresado a su hogar más allá del mar Cuna del Sol.

Covenant se volvió hacia Triock. La mentira en sus palabras era tan palpable que le miró sorprendido, preguntándose qué se ocultaba tras aquella revelación. Los

pedrarians miraban también a Triock boquiabiertos. Pero él sostuvo la mirada estupefacta de Covenant sin parpadear. El corte que tenía en la mandíbula realzaba su determinación. Habló en un tono duro y firme, que atravesó la ira superficial del Incrédulo, llegando a lo más profundo de su furor.

—Hemos hecho el Juramento de Paz. No nos pidas que alimentemos tu odio. Tales pasiones no servirán al Reino.

—¡Eso es todo lo que tengo! —replicó ásperamente Covenant—. ¿No lo entiendes? No tengo nada más. ¡Nada! Eso tiene que bastarme.

Triock le replicó en tono grave, casi apenado.

—Ese enemigo no puede vencerse con odio. Estoy seguro de ello, pues lo he sentido en mi corazón.

—¡Maldita sea, Triock! No me sermonees. Estoy harto de ser una víctima, cansado de ir dócilmente, o al menos sin resistencia, al patíbulo. Esta vez voy a luchar.

—¿Por qué? —le preguntó Triock con tono contenido—. ¿En favor de qué vas a luchar?

—¿Eres sordo además de ciego? —replicó Covenant, cruzando los brazos sobre el pecho para serenarse—. Odio al Execrable. Ya he soportado hasta el límite...

—No, no soy sordo ni ciego. Veo y oigo que pretendes luchar. ¿Por qué lucharás? En tu propio mundo hay suficientes cosas en las que puedes concentrar tu odio. Ahora estás en el Reino. ¿Por qué lucharás?

Covenant maldijo en su interior. ¿Qué querían de él? Pero la pregunta de Triock le hizo reflexionar. Podría haber replicado que odiaba al Execrable por lo que estaba haciendo al Reino. Pero eso parecería una descarga de la propia responsabilidad, y estaba demasiado airado para negar sus convicciones, y también demasiado enfadado para dar a Triock cualquier respuesta alentadora.

—Voy a hacerlo por mí mismo —dijo con voz quebrada—, para que al menos pueda creer en mí antes de volverme completamente loco.

Esta respuesta silenció a Triock, y al cabo de un momento Vasallodelmar preguntó compungido:

—¿Qué vas a hacer con tu cólera, amigo mío?

La nieve caía lentamente. Los copos danzaban como motas de oscuridad ante la visión de Covenant, y la tensión de su mirada fija hacía que le latiera la herida de la frente. Pero no se aplacó, no podía ablandarse ahora.

—No hay más que una buena respuesta para un ser como el Execrable.

Sin embargo, a pesar de su ira, descubrió que no podía sostener la mirada de Vasallodelmar.

—¿Qué respuesta?

Involuntariamente, Covenant encorvó los dedos, como si fueran garras.

—Voy a destruir la guarida del Execrable.

Oyó los murmullos de sorpresa e incredulidad de los pedrariansos, pero los ignoró. Se limitó a escuchar al Gigante, el cual dijo:

—Entonces, ¿has aprendido a utilizar el oro blanco?

—Encontraré una manera —replicó Covenant, con toda la convicción que pudo reunir.

En aquel momento creía en sí mismo. El odio bastaría. El Execrable no podría arrebatárselo, no podría reprimir o desviar su propósito. Él, Thomas Covenant, era un leproso. Solamente él en todo el Reino tenía la experiencia moral o el adiestramiento para aquella tarea. Se enfrentó a Vasallodelmar y Triock, dirigiéndose a ambos.

—No hay más alternativa: o me ayudáis o no.

Triock le miró fijamente.

—No te ayudaré. Haré lo necesario para comunicar tu llegada al Amo Superior Mhoram... pero no participaré en esta difamación de la Paz.

—Es la magia indomeñable, Triock —dijo Vasallodelmar, como si hablara en nombre de Covenant—, esa magia es lo que destruye la Paz. Has oído la canción. El oro blanco sobrepasa a todos los Juramentos.

—Aun así, mantendré el mío. Sin el Juramento, habría matado al Incrédulo hace cuarenta y siete años. Aceptemos eso y contentémonos.

El Gigante replicó suavemente:

—Te escucho, amigo mío. Eres digno del Reino al que sirves. —Entonces se volvió hacia Covenant—. Permíteme acompañarte, ur-Amo, pues como Gigante puedo serte de utilidad. Además... anhele golpear más de cerca a ese Rompealmas que tanto daño hizo a mis hermanos. Conozco el peligro, pues he visto cómo nos convertimos en aquello que odiamos. Permíteme.

Antes de que Covenant pudiera replicar, Lena se puso en pie.

—¡Permítemelo a mí también! —exclamó llena de excitación.

—¡Lena! —protestó Triock.

Ella no le prestó atención.

—Deseo acompañarte. He esperado durante mucho tiempo, me he esforzado por ser digna, he sido madre de un Ama Superior y cabalgado los Ranyhyn. Soy joven y fuerte. Ah, cómo deseo compartir contigo lo que te espera. Permítemelo, Thomas Covenant.

El viento silbaba suavemente entre las casas, y arremolinaba la nieve, cubriéndolo todo de una blanca neblina, empañaba la visión de Covenant y enfriaba su labio inflamado, pero aún así, el Incrédulo agradecía aquel clima. Una buena nevada ocultaría sus huellas. La nieve ahogaba los ruidos del pueblo, y tuvo la sensación de que hablaba consigo mismo al decir:

—Pongámonos en marcha. Tengo deudas que pagar.



## VII

### MENSAJE A PIEDRA DELEITOSA



unque deseaba protestar por la decisión tomada, Triock dio las órdenes oportunas a fin de que varios de sus compañeros se apresurasen a recoger víveres para Covenant, Vasallodelmar y Lena. En aquel momento, dar semejantes órdenes le pareció lo más duro que había hecho jamás. El comedimiento que había permitido vivir a Covenant cuarenta y siete años atrás palidecía en comparación. Los esfuerzos que habían traído a Covenant al Reino ahora perdían su significado. El deseo de Lena, la hija de Atiaran, de acompañar al Incrédulo, reducía a la nada los largos años de dedicación de Triock, mostraba que la generosidad con que había entregado su amor no servía de nada. Pero no podía oponerse al deseo de Lena, aunque tenía autoridad para hacerlo. Triock formaba parte del Círculo de ancianos de la Pedraria Mithil, y según la antigua tradición pedrariana, hasta los matrimonios y los largos viajes estaban sometidos a la aprobación del Círculo. Además, era el jefe reconocido en la defensa de la Pedraria. Podría haber ordenado a Lena que se quedara en casa y, si sus razones fuesen válidas, toda la Pedraria habría luchado para que no se fuera.

Sus razones eran válidas. Lena era vieja y sufría una semiconfusión mental. Podría dificultar los movimientos de Covenant, incluso poner de nuevo su vida en peligro, como había hecho recientemente. Estaría a merced de todos los enemigos que acechaban entre la Pedraria Mithil y la guarida del Execrable. Covenant era el único hombre responsable de su estado, el hombre que había torcido irreparablemente la senda de su vida. Y él, Triock, hijo de Thuler, la amaba.

No obstante, dio las órdenes. Nunca había amado a Lena de tal manera que pudiera controlarla. En una ocasión estuvo dispuesto a romper por ella su Juramento de Paz, pero luego lo había mantenido a lo largo de toda su vida. Hizo cuanto estuvo en su mano para educar a su hija libre de vergüenza y ultraje. Ahora no podía empezar a negar el coste de un amor al que se había entregado de una manera tan absoluta.

Una vez concluida aquella penosa experiencia, se tranquilizó un poco. En el fondo de su corazón creía que si Thomas Covenant representaba alguna esperanza para el Reino, dependía de las respuestas del Incrédulo a Lena. Su principal amargura radicaba entonces en el hecho de que no podría acompañar a Covenant ni vigilar a Lena. Tenía su propio trabajo que hacer, un trabajo que de ninguna manera podía dejar de lado. Apretó las mandíbulas y se dijo que tendría que confiar en Corazón

Salado Vasallodelmar. Con un brusco movimiento, apartó la nieve grisácea de sus ojos y miró al Gigante. Éste se le acercó y le dijo:

—Queda tranquilo, amigo mío. Sabes que no soy un aliado insignificante. Haré cuanto pueda por ambos.

—Ten mucho cuidado —dijo Triock entre dientes—. Los ojos que vieron nuestra obra en la Atalaya de Kevin siguen abiertos. No los hemos cerrado en esta batalla.

Vasallodelmar reflexionó un instante en estas palabras y luego replicó:

—Si eso es cierto, entonces eres tú quien ha de tener el máximo cuidado. Los peligros de las Llanuras Meridionales acechan a tu Madera Superior.

Triock se encogió de hombros.

—Madera Superior u oro blanco... todos hemos de andar con pies de plomo. No puedo cederte a ninguno de mis hombres.

—Negaría esa ayuda si me la ofrecieras, pues necesitarás todas las espadas. Las montañas en donde verás a ese Redimido están a muchas leguas de distancia, y te verás obligado a luchar a lo largo del camino.

La voz de Triock surgió ronca entre sus dientes apretados.

—Sólo llevaré a Quirrel y Yeurquin conmigo.

Vasallodelmar empezó a protestar, pero Triock le interrumpió.

—He de ir rápido, y eso sólo puedo lograrlo con pocos compañeros. Además, ahora la Pedraria Mithil corre el mayor de los peligros, pues por primera vez hemos presentado batalla a los asaltantes. Con el poder que revelamos en la Atalaya de Kevin y la fuerza de la victoria que hemos tenido aquí, hemos dejado bien claro que no somos meros guerreros vagabundos que buscan refugio en casas vacías. Hemos defendido nuestra Pedraria... somos un pueblo victorioso. En consecuencia, el enemigo regresará contra nosotros con unas huestes muy superiores al grupo que nos atacó. No, Hermano piedra —concluyó sobriamente—, todos los hombres aptos para la guerra deben quedarse para conservar lo que hemos ganado, para que nuestro enemigo no irrumpa en la Pedraria como una ola y no deje un solo hogar en pie.

Tras un momento, Vasallodelmar exhaló un suspiro.

—Te escucho, Triock. Sí, éstos son tiempos graves. Estaré más tranquilo cuando mi amigo Mhoram hijo de Variol sepa qué hacemos.

—¿Crees que tendremos éxito?

—¿Quién si no puede tenerlo? Eres valiente y tienes conocimientos, estás familiarizado con las llanuras y las montañas... y los atacantes. Has aceptado la emergencia, aunque desearías seguir otros caminos. Quienes siguen el deseo de su corazón se arriesgan a fracasos y traiciones más sutiles. En cierto modo, está bien que dejes el deseo de tu alma en otras manos. —Susurraba al hablar, como si en su pensamiento comparase la posición de Triock con la suya propia—. Podrás llevar a cabo tu empresa y enviar el mensaje.

—También obtengo otra bendición —replicó Triock con amargura—. La carga de la misericordia recae sobre tus hombros. Quizá la llevarás con más facilidad.

Vasallodelmar suspiró de nuevo y luego sonrió amablemente.

—Ah, amigo mío, no sé nada de misericordia. La necesidad que tengo de ella es muy grande.

La expresión de pesadumbre, a pesar de su sonrisa, hizo que Triock deseara protestar contra las palabras del Gigante, pero comprendía demasiado bien la complejidad de los sentimientos de Vasallodelmar. Así pues, le respondió con la mejor de sus sonrisas y un cordial saludo. Luego se alejó a fin de hacer los preparativos para su propio viaje.

Poco tiempo después tenía ya preparado su equipaje: mantas, un manto de repuesto, un pequeño recipiente de cerámica para el gravanel, víveres compuestos por carne seca, queso y fruta, y un cuchillo para sustituir al que le había dado a Covenant, todo lo cual introdujo cuidadosamente en un gran zurrón. Tardó sólo unos instantes en afilar su espada y asegurar su varilla de *lomillialor* en el cinto de la túnica, bajo su manto. Pero cuando regresó al centro de la Pedraria, encontró a Covenant, Vasallodelmar y Lena preparados para partir. Lena llevaba sus escasas pertenencias en un zurrón como el de Triock. Vasallodelmar transportaba en su saco de cuero todos los víveres. El rostro herido de Covenant denotaba frustración, como si sólo el dolor de su boca le impidiera quejarse impacientemente. Con aquella expresión Triock tuvo un atisbo de lo frágil que era el odio confesado por el Incrédulo. No parecía una cólera tan intensa que pudiera sostenerle en su propósito. El pedrario se estremeció. Tuvo el presagio de que la resolución o la ira de Thomas Covenant serían insuficientes.

Pero guardó aquel pensamiento para sí mismo mientras devolvía a Vasallodelmar un saludo final. No podía decirle nada. Y un momento después, el Gigante y sus dos compañeros desaparecieron entre las casas, hacia el norte. Las huellas de sus pisadas se llenaron de nieve y se desvanecieron hasta que la Pedraria Mithil pareció haber eliminado todo recuerdo de su paso.

Triock se dirigió entonces a Yeurquin y Quirrel.

—Debemos partir —les dijo con voz ronca—. Hemos de salir del valle mientras haya nieve.

Sus dos amigos asintieron sin hacer ninguna pregunta. Sus rostros carecían de expresión. Parecían seres a los que el combate había privado de cualesquiera otras consideraciones, y sostenían sus jabalinas como si la matanza de enemigos fuera lo único que les interesara. Triock obtuvo de ellos una especie de serenidad. Para ellos no era portador de la Madera Superior, no tenía las cargas que habrían doblado las espaldas de un Amo. No era más que un hombre, luchando lo mejor que podía por el Reino, sin pretensiones de sabiduría o profecía. Aquél era el papel adecuado para un

pastor de ganado en tiempos de guerra, y lo aceptaba complacido.

Al ver la disposición de sus compañeros, se dirigió a los demás ancianos y comentó con ellos brevemente las precauciones que debía tomar la Pedraria Mithil contra futuros ataques. Luego les dejó a cargo de su hogar y salió de nuevo a la nieve, como si aquel fuera el deber de su vida.

Flanqueado por Quirrel y Yeurquin, abandonó el pueblo por la carretera septentrional, cruzando sin precaución alguna el puente de piedra que conducía al lado occidental del valle. Quería aprovechar el tiempo mientras la nieve aún duraba, de modo que permaneció en la ruta más fácil hasta aproximarse al extremo de la cuña montañosa que formaba la pared occidental del valle del Mithil. En aquel punto, se apartó del camino y empezó a subir las cuestas. Tenía la intención de rodear los picos, llegando casi al Retiro de la Perdición, y luego girar al noroeste, hacia la aislada cuña de montañas que separaba las Llanuras Meridionales de la Espesura Acogotante. No podía avanzar en línea recta hacia el oeste, pues en las Llanuras encontraría sin duda atacantes y tendría que huir en cualquier dirección. Por ello eligió el escarpado terreno de las colinas. El terreno más elevado le proporcionaría una posición ventajosa desde donde observar a los enemigos y una cobertura para ocultarse de ellos.

No obstante, mientras ascendía penosamente a través de la nieve, temió no haber hecho una buena elección. Por aquella ruta necesitaría veinte días para llegar a las montañas más allá del Retiro de la Perdición, es decir, que perdería veinte días antes de que pudiera iniciar la búsqueda del Redimido. En ese tiempo, Covenant y sus compañeros podrían haber llegado hasta el Declive del Reino e incluso más allá. Entonces todo mensaje que recibiera el Amo Superior sería tardío, pues Covenant estaría lejos de su alcance y podría ser presa fácilmente del Asesino Gris.

Con este temor en su corazón, inició la ardua tarea de rodear el promontorio.

El grupo de Triock llegó al primer abrigo más allá del promontorio cuando terminaba la nevada, al caer la tarde. Allí ordenó el alto. En vez de correr el riesgo de que les vieran, pues sus atuendos marrones destacaban contra la grisácea aguanieve, estableció el campamento y dejó que el profundo cansancio que era su constante compañero desde el inicio de la lucha le sumiera en el sueño.

Poco después de que cayera la noche, Yeurquin le despertó. Emprendieron de nuevo la marcha, mascando tiras de carne seca para mantenerse en calor. Para ayudar a bajar el salado alimento se llevaban puñados de insípida nieve a la boca. En la oscuridad, que las nubes intensificaban, su avance era lento, y cada legua que recorrían les alejaba de las colinas que conocían íntimamente. Tras un tortuoso esfuerzo para escalar una cuesta demasiado empinada, que no pudieron coronar, Triock maldijo aquel temible manto nuboso que impedía toda visibilidad y se volvió para bajar a un terreno más fácil, cerca de las Llanuras.

Durante la mayor parte de la noche recorrieron las estribaciones inferiores, pero cuando percibieron la proximidad del alba ascendieron de nuevo para recuperar su posición ventajosa. Subieron hasta llegar a una alta loma desde donde podían ver una larga extensión del camino que habían seguido, y allí se detuvieron. Mientras rompía el día grisáceo, abrieron sus recipientes de gravanel, que no despedían humo alguno, y prepararon una comida caliente. Cuando terminaron, esperaron hasta que el viento borró todas sus huellas. Entonces establecieron turnos de vigilancia y se echaron a dormir.

Continuaron así durante otros dos días; al oscurecer bajaban de las lomas y avanzaban en medio de la noche, subiendo hacia el alba a un terreno más elevado para comer y dormir. En aquellos tres días no vieron signo alguno de vida, humana o animal, amiga o enemiga, en ninguna parte. Estaban solos en un mundo frío y gris, bajo un viento inclemente. Arrastrando los pies por la nieve, como si el frío elemento los convirtiera en semitullidos, avanzaron lentamente por la cuarteada y desierta superficie hacia el Retiro de la Perdición. Aparte de los impredecibles ruidos agudos o apagados de sus propios movimientos, no oían nada salvo los crujidos del hielo demasiado duro y las ráfagas del viento, que les llegaban fracturadas por las ásperas colinas.

Pero al alba del cuarto día, mientras observaban cómo el viento llenaba lentamente las huellas que habían dejado sus pies en la nieve, vieron que algo lento, extraño, amarillento, cruzaba una de las lomas debajo de ellos y se aproximaba. Era una manada de diez animales.

—¡*Kresh!* —exclamó Yeurquin, conteniendo el aliento.

Quirrel asintió.

—Y nos están buscando. Han debido pasar cerca de nosotros durante la noche, y el viento les ha llevado nuestro olor.

Triock se estremeció. Las gentes de las Llanuras Meridionales no estaban familiarizados con los temibles lobos amarillos. Hasta hacía pocos años, los *kresh* habían vivido principalmente en las regiones al norte de Ra, atacando las Llanuras Septentrionales cuando no podían conseguir carne de Ranyhyn. Y muchos millares de ellos habían muerto en la gran batalla del Retiro de la Condención. No obstante, pronto recuperaron su número, y ahora arrasaban todos los lugares del Reino que ya no controlaba la mano de los Amos. Triock nunca había tenido que luchar con los *kresh*, pero había visto lo que podían hacer. Un año atrás, una gran manada de ellos había aniquilado a toda la población de la Pedraria Brillante, en las cristalinas colinas cerca de la unión de los ríos Negro y Mithil, y cuando Triock llegó al pueblo desierto, no encontró más que ropas desgarradas y astillas de huesos.

—¡*Melenkurion!* —exhaló mientras calculaba la velocidad de los lobos amarillos—. Hemos de subir rápidamente.

Mientras sus compañeros se echaban los zurrones a la espalda, escudriñó el terreno en busca de una escapatoria o refugio, pero a pesar de su aspereza, las colinas y las lomas no presentaban ningún accidente que pudiera impedir el paso a los lobos, y Triock no conocía ninguna cueva o valle defendible a aquella distancia de la Pedraria Mithil.

Se dirigió hacia arriba. Con Quirrel y Yeurquin tras él, empezó a recorrer una serie de lomas hacia las montañas.

Al abrigo de aquellas elevaciones, la nieve no era espesa. Avanzaron a buena velocidad mientras trepaban hacia el flanco de la montaña más próxima, pero ésta se elevaba escarpada ante ellos e impedía la huida en aquella dirección. Al llegar al valle situado al oeste de la cadena de lomas, que se elevaba hacia la montaña, Triock giró a la derecha y corrió hacia abajo, atravesó el valle y se adentró en la nieve, en dirección al terreno más elevado, en el extremo opuesto.

Antes de que llegara con sus compañeros a lo alto, el primer *kresh* coronó la loma detrás de ellos y soltó un feroz aullido. Aquel sonido golpeó a Triock entre los omoplatos como un latigazo. Se detuvo y dio la vuelta para ver a los lobos que se precipitaban como una muerte amarilla por las lomas, apenas a unos centenares de metros de distancia. Aquella visión le erizó los cabellos, y en su rostro aterido de frío se dibujó un rictus de angustia. Sin decir palabra, se volvió y prosiguió la ascensión, cruzó la superficie nevada mientras el pulso le golpeaba y parecía acompasarse a su propio jadeo.

Cuando llegó a lo alto de la loma, se detuvo el tiempo suficiente para centrar la visión y explorar el terreno que tenía delante. Más allá de aquella estribación montañosa, todo el terreno en un amplio semicírculo que alcanzaba el borde mismo de las montañas se precipitaba abruptamente en un profundo valle, de forma más o menos cónica, que se abría a las llanuras sólo a través de un escarpado desfiladero en el lado norte. La mirada de Triock no encontró allí ninguna esperanza. Pero en el borde de la montaña, al otro lado de un estrecho saledizo que reseguía el límite del valle, había un montón de rocas, restos de un antiguo alud. Triock centró su atención para ver si era posible llegar a las rocas recorriendo el saledizo.

—¡Ve! —le azuzó Quirrel con vehemencia—. Yo les mantendré aquí.

—Dos jabalinas y una espada —respondió Triock jadeando—. Luego nos superarán en la proporción de siete a dos. Prefiero que vivas. —Señalando con el brazo, añadió—: Debemos cruzar ese saledizo hasta las rocas. Allí podremos atacar a los *kresh* desde arriba. Venid.

Se puso de nuevo en movimiento, corriendo con la máxima velocidad que le permitían sus piernas fatigadas, y Quirrel y Yeurquin le siguieron pisándole los talones. Cuando alcanzaron el áspero terreno donde la loma se unía al desfiladero, subieron al saledizo.

Triock vaciló entonces. El límite del valle estaba cubierto por la nieve, y no sabía si había roca sólida debajo. Pero los *kresh* aullaban a sus espaldas, y no tenía tiempo para despejar la nieve. Apretando los dientes, se apretó contra el desfiladero e inició la marcha.

Notó que los pies le resbalaban en el saledizo, pues bajo la nieve una capa de hielo cubría la roca. Pero ya se había acostumbrado al hielo en el curso de aquel invierno sobrenatural. Avanzó con pasos breves y medidos, evitando un resbalón. Poco después, Quirrel y Yeurquin estaban también en el saledizo, y Triock había cubierto la mitad de su recorrido.

De repente, un ruido apagado, como un crujir de huesos viejos, resonó en el desfiladero, y el saledizo tembló. Triock buscó en la roca algo donde agarrarse, pero no encontró nada. Tanto él como sus compañeros estaban demasiado lejos de la seguridad a ambos extremos del saledizo.

Un instante después, el saledizo cedió bajo su peso. Precipitándose como piedras en una avalancha, los tres cayeron impotentes por el escarpado lado del valle.

Triock juntó la cabeza y las rodillas y rodó lo mejor que pudo. La nieve le protegía de los impactos de la caída, pero también cedía bajo él, impidiéndole detenerse o aminorar su velocidad. No podía hacer nada más que abrazarse y caer. Sin asiento por el derrumbe del saledizo, más nieve cayó al valle junto con él, añadiendo su peso al impulso imparable de Triock, como si le arrastrara al fondo. Presa de vértigo, Triock perdió toda noción de lo lejos que había caído o a qué distancia estaba del fondo. Cuando llegó a terreno llano, la fuerza del impacto le dejó sin aliento, conmocionado, mientras la nieve se amontonaba sobre él.

Durante algún tiempo permaneció sofocado bajo la nieve, pero cuando cesó la sensación de vértigo empezó a recuperarse y se puso de rodillas. Jadeando, intentó librarse de la oscuridad que cubría su visión.

—¡Quirrel! —exclamó—. ¡Yeurquin!

Haciendo un esfuerzo, distinguió las piernas de Quirrel que sobresalían de la nieve, a corta distancia. No lejos de ella, Yeurquin estaba tendido boca arriba. Un corte ensangrentado en la sien destacaba en la palidez de su rostro. Ninguno de los dos se movía.

Triock oyó entonces el ruido de los lobos cercanos. Un aullido como un canto de victoria le hizo desviar la vista de Quirrel y Yeurquin y mirar hacia la cuesta del valle.

Los *kresh* se dirigían enfurecidos hacia él. Habían elegido una parte menos nevada del valle, y corrían con rapaz abandono en dirección a su presa caída. El jefe de la manada estaba apenas a una docena de metros de Triock.

Al instante, la experiencia de lucha se posesionó de él y reaccionó sin pensar ni vacilar lo más mínimo. Empuñó la espada y se irguió, ofreciéndose como blanco al primer lobo. El animal, mostrando los colmillos y con los ojos inyectados en sangre,

se lanzó contra él. Triock se agachó y, girando bruscamente, hundió la espada en el vientre de la bestia, la cual se derrumbó sobre la nieve y quedó inmóvil en el charco de su propia sangre. Pero su impulso había arrancado la espada de la mano de Triock, y no tuvo tiempo de recuperarla. Ya el siguiente lobo se preparaba para saltar hacia él.

El pedrariano se arrojó al suelo, rodó con los talones en la cabeza y se puso en pie sosteniendo entre sus manos la varilla de *lomillialor*.

La varilla no estaba hecha para utilizarla como un arma. Quienes la habían afilado en la Raat, daban otros usos al fragmento de la Madera Superior. Pero su energía podía arder, y Triock no tenía otra defensa. Gritando la invocación en una curiosa lengua que sólo comprendía el *lillianrill*, hizo girar la Madera Superior por encima de su cabeza y golpeó con ella el cráneo del lobo más próximo.

Con el impacto la varilla ardió como una antorcha embreada, y todo el pelaje del lobo se incendió como si fuera de yesca. La llama se apagó de inmediato, pero Triock gritó a la varilla para que atacara al *kresh* que se disponía a arrojarse hacia su pecho. De nuevo surgió la llama y el lobo cayó muerto envuelto en un fuego crepitante.

Otros dos lobos quedaron fuera de combate por este procedimiento. Pero cada vez que extraía el poder de la Madera Superior, sus propias fuerzas menguaban. Cuatro *kresh* le acosaban ahora, y respiraba entrecortadamente, el agotamiento le nublabla la visión y entumecía sus miembros.

Los restantes lobos le rodearon malignamente.

No podía enfrentarse a todos a la vez. Sus pelajes amarillos eran como manchas oscilantes en su visión, punteadas por los ojos rojizos y los dientes descubiertos. Por un instante, a Triock le falló su instinto de lucha.

Un fuerte encontronazo le alcanzó en plena espalda, derribándole boca abajo sobre la nieve pisoteada. La fuerza del golpe le aturdió, y el peso en la espalda le impidió moverse. No podía hacer nada más que encoger los hombros, intentando liberar así el cuello del peso que le oprimía. Pero no lo logró, y el peso continuó inerte, como un cadáver tendido sobre sus omóplatos.

Los dedos de Triock todavía se aferraban al *lomillialor*. Con un movimiento convulso, rodó a un lado y se deshizo del pesado cuerpo peludo, que le manchó de sangre... sangre que seguía fluyendo de la herida producida por la jabalina clavada detrás de las patas delanteras.

Otro *kresh* atravesado por una jabalina cayó a unos pasos de distancia.

Los tres últimos lobos empezaron a moverse en torno a Quirrel, esquivando su ataque. La mujer estaba al lado de Yeurquin, haciendo girar su espada y maldiciendo.

Triock hizo un esfuerzo para ponerse en pie.

Al mismo tiempo Yeurquin se movió, tratando de incorporarse. A pesar de la herida que tenía en la sien, sus manos cogieron instintivamente la espada. Al verlo,



los lobos vacilaron.

En aquel instante, Triock arrancó una jabalina del cadáver más cercano y la arrojó con la fuerza del triunfo contra el pecho de otro *kresh*.

Yeurquin había logrado ponerse en pie, aunque vacilante, y con un pesado tajo de su espada mutiló a un lobo, el cual se alejó de él, andando con tres piernas, pero Yeurquin le dio alcance y le abrió la cabeza de un golpe.

El último *kresh* había emprendido la huida. No lo hacía gimiendo y con la cola entre las patas, como un perro vapuleado, sino que se dirigió en línea recta hacia la estrecha salida del valle, como si supiera dónde estaban sus aliados y tratara de llamarlos.

—¡Quirrel! —gritó Triock.

Ella se movió al instante. Extrayendo su jabalina del cuerpo de un lobo, dio tres rápidos pasos y la lanzó contra el lobo en huida. La jabalina se arqueó a tal altura que Triock temió que cayera antes de llegar a su objetivo, pero entonces se inclinó bruscamente y cayó hasta clavarse en el lomo del *kresh*. La bestia rodó por el suelo, despidió sangre en todas direcciones, se estremeció y quedó inmóvil.

Los sollozos entrecortaban la respiración de Triock. Estaba tan agotado que apenas podía sostener el *lomillialor*. Cuando Quirrel se acercó a él, la rodeó con sus brazos, tanto para apoyarse como para expresar su gratitud y camaradería. Ella le devolvió brevemente el abrazo, como si aquel gesto la azorase. Entonces fueron al encuentro de Yeurquin.

En silencio inspeccionaron y curaron la herida de Yeurquin. En otras circunstancias, Triock no la habría considerado una herida peligrosa, pues era limpia y superficial, y el hueso no había sido afectado. Pero Yeurquin necesitaba tiempo para descansar y restablecerse... y Triock carecía de tiempo. La necesidad de enviar su mensaje era ahora más urgente que nunca.

No dijo nada de esto. Mientras Quirrel preparaba algo para comer, Triock recuperó sus armas y luego enterró a los lobos y ocultó la sangre del combate bajo montones de nieve. Esto no ocultaría lo sucedido si se inspeccionaba con detenimiento, pero Triock confiaba en que si el enemigo pasaba casualmente por el borde del valle, no se sentiría atraído para mirar más de cerca.

Cuando terminó, comió lentamente, haciendo acopio de fuerzas, y luego recorrió el valle con la mirada, como si esperara que los ur-viles o algo peor surgieran de improviso del terreno para atacarle. Entonces adoptó su habitual expresión sombría. No hizo concesiones a la lesión de Yeurquin, y anunció a sus compañeros que había decidido abandonar las lomas y arriesgarse a cruzar directamente al oeste, hacia las montañas, donde esperaba encontrar al Redimido. La única posibilidad de éxito, con semejante riesgo, radicaba en la velocidad.

Recogidos los víveres y limpias las armas, salieron del valle por la estrecha salida

del norte, avanzando a paso largo.

Con el fin de avanzar más rápidamente, ahora viajaron durante el día. Casi llevaban a Yeurquin a rastras, y se dirigieron en línea recta al oeste, a través de la helada llanura, en dirección a las montañas. Mientras avanzaban, Triock rezaba para que la nieve cubriera sus huellas.

Al fin del día siguiente, tuvieron los primeros atisbos de la gran tormenta que se estaba formando en una extensión de más de veinte leguas en todas direcciones, cerca del Retiro de la Perdición.

Al norte de aquel desfiladero a través de las montañas, el intenso calor de los Yermos Meridionales se reunía con el invierno del Asesino Gris, y el resultado era una inmensa tormenta que giraba contra los muros montañosos que lo bloqueaban al sur y al oeste. Sus bordes externos ocultaban las fuerzas desencadenadas en el interior, pero incluso a la distancia de un día de viaje, Triock se dio cuenta de que se estaba incubando un huracán: vientos cíclicos que barrían el suelo, como si quisieran arrancar la superficie de la tierra, espesa nieve, aire gélido que helaba la sangre.

El huracán se estaba formando directamente sobre la ruta que recorrían los pedrariansos. Sin embargo, avanzaron durante otro día, apresurándose en la dirección de la tormenta, hasta que los vientos exteriores sacudían sus ropas y las primeras nieves caían sobre ellos. La condición de Yeurquin era alarmante..., la sangre rezumaba de su herida y la dura fibra de su vigor estaba deshilachada y floja como una cuerda a punto de romperse. Pero Triock no se desvió. No podía tratar de rodear la tormenta, dirigirse al norte, hacia el centro de las Llanuras Meridionales para dar la vuelta. Durante la primera noche después de la batalla con los *kresh*, vio fogatas de campamento en dirección noreste. Les estaban siguiendo. A la noche siguiente observó aquellos fuegos y percibió que se movían en línea recta hacia él, ganando terreno a una velocidad alarmante.

Algún enemigo había notado su esfuerzo con el *lomillialor*..., algún enemigo conocía su olor y le perseguía como una furia.

—No podemos correr más que ellos —observó sobriamente Quirrel, mientras se acurrucaban no lejos del límite de la tormenta para descansar y comer.

Triock no dijo nada. Podía oír a Covenant diciendo: «Si no empezamos a hacer lo imposible...».

Un momento después husmeó el viento.

—No me gusta nada este tiempo. Se está formando una tempestad de nieve... lo bastante fuerte para descuartizarnos.

«Lo imposible», repitió para sus adentros. Debió haberle respondido al Incrédulo: «Nací para cuidar ganado. No soy hombre que haga cosas imposibles». Estaba cansado y se sentía viejo y torpe. Debió haber llevado a Lena y su gente a la seguridad de la Cordillera Meridional, renovando el antiguo exilio antes que permitir

a un extravagante forastero que sometiera bajo sus terribles designios a la Pedraria Mithil en peso.

—Debemos separarnos —dijo Quirrel sin mirarle.

—Separarnos... —gimió Yeurquin con voz hueca.

—Hemos de ocultar el camino que seguimos... confundir a esos... —Escupió con fiereza y añadió—: Hemos de hacerlo para que puedas abrirte paso al oeste.

«Imposible». La palabra se repetía una y otra vez como una letanía en la mente de Triock.

Quirrel alzó el rostro para mirarle fijamente.

—Debemos hacerlo.

—Debemos —coreó Yeurquin.

Triock la miró y las arrugas alrededor de sus ojos temblaron como si el miedo se agazapara en su piel. No le resultó fácil articular palabra, pero al fin dijo:

—No.

Quirrel intensificó su protesta, y Triock se obligó a darle una explicación.

—No ganaríamos nada. No siguen nuestro camino... no podrían hacerlo a esa velocidad. Aunque os fuerais en otras direcciones, no les confundiríais. Siguen la pista de la Madera Superior.

—Eso no es posible —replicó ella con incredulidad—. No noto nada a pesar de que estoy tan cerca de esa varilla.

—Careces de ojos para el poder. Si nos separamos, me dejaréis solo contra ellos.

—Separémonos —gimió Yeurquin de nuevo.

—¡No! —gritó Triock airado—. Os necesito.

—No hago más que retrasarte —replicó el hombre herido, con un tono de fatalidad.

Su rostro pálido y aterido de frío tenía una expresión de derrota.

—¡Vamos! —urgió Triock, poniéndose en pie, al tiempo que recogía los suministros y se echaba el zurrón al hombro.

Se puso en marcha hacia el centro de la tormenta, sin mirar atrás. Pero un momento después Quirrel se colocó a su derecha y Yeurquin se aproximó lentamente para ponerse a su izquierda. Juntos avanzaron hacia la tormenta de nieve.

Antes de que hubieran recorrido una legua les asaltó furiosamente el viento y la nieve. El aire arremolinado penetró por sus ropas como si el tejido fuera más fino que la gasa. Anduvieron otra legua y se encontraron con que les faltaba la luz del día, oculta por la intensa nevada. Quirrel trató de proporcionar alguna luz destapando una pequeña urna de gravanel, pero el viento hizo saltar las piedras de fuego y las esparció como pequeñas gemas ardientes que pronto desaparecieron bajo la nieve. Triock apenas podía ver a la mujer agachada cerca de él, demasiado aterida para maldecir lo que había sucedido. Yeurquin se dejó caer al suelo cuando se detuvieron,

y ya estaba casi enterrado por la nieve. Delante de ellos, Triock no podía ver más que la agitación de la tormenta, el ululante huracán que amenazaba con engullirlos. El pedrariano supo que no se mantendría nada en pie dentro de aquella furia desatada. Bestias, hombres, Gigantes, árboles o piedras... todo quedaría arrasado por los vientos infernales. Triock intentó protegerse los ojos con las manos. «Imposible» era una palabra inadecuada para describir la tarea de caminar a través de aquella tormenta, pero era su única defensa contra la persecución de los enemigos.

Con toda la fuerza que pudo reunir, alzó a Yeurquin y ayudó al herido para proseguir.

Bajo el viento que le cegaba y ensordecía, sólo supo que no había perdido a sus compañeros porque Quirrel se aferraba a su manto y Yeurquin se apoyaba cada vez más en él. Pero Triock sentía que le abandonaban las fuerzas y no podía hacer nada para impedirlo. Apenas podía respirar. El viento soplaba salvajemente a su alrededor y el peso de Yeurquin parecía insoportable. Se detuvo un momento y, por la simple necesidad de respirar, soltó a Yeurquin, obligándole a sostenerse por sí mismo.

Yeurquin se tambaleó, retrocedió algunos pasos en el viento y desapareció abruptamente, como si las fauces de la tormenta se lo hubieran tragado.

—¡Yeurquin! —gritó—. ¡Yeurquin!

Se precipitó en pos de su amigo, tanteando frenéticamente frente a él. Por un instante, una leve forma se escabulló fuera de su alcance. Corrió tras aquella sombra consciente de que Quirrel se aferraba a su manto o de que el viento le impelía hacia el sur, alejándole de su destino. El temor por lo que pudiera ocurrirle a Yeurquin apartó cualesquiera otros pensamientos de su mente. De repente dejó de ser el portador de mensajes imposibles para los Amos. No era más que el airado Triock hijo de Thuler, el antiguo pastor de ganado que no toleraba la idea de abandonar a un amigo. Corrió en la dirección del viento, en busca de Yeurquin, como si su alma dependiera de ello.

Pero la nieve caía sin cesar en sus espaldas, el viento zumbaba en sus oídos y el frío consumía sus fuerzas, debilitándole como si helara la sangre de sus venas. No podía encontrar a Yeurquin. Había pasado junto a su amigo sin saberlo, en la oscuridad... o Yeurquin de algún modo había encontrado la fuerza necesaria para hacerse a un lado contra el viento... o el herido había caído y desaparecido bajo la nieve. Triock gritó, tanteó a su alrededor y corrió, pero no encontró nada más que la tormenta. Cuando trató de volver la cabeza hacia Quirrel, descubrió que ya tenía varios centímetros de hielo sobre los hombros, y si permanecía un momento inmóvil se quedaría congelado en aquella posición. El mismo sudor se convertía en hielo. No podía resistir aquel embate. Si no seguía avanzando tortuosamente ante el viento, caería y no volvería a levantarse.

Siguió avanzando hasta olvidar a Yeurquin, Covenant y los mensajes, lo olvidó todo excepto el cansancio de sus piernas y el tirón del manto al que se aferraba

Quirrel. No tenía idea de adonde se dirigía, y se limitaba a seguir constantemente la dirección del viento. Gradualmente, a medida que la nieve se helaba en sus orejas, la tormenta se hizo silenciosa. Pasaron así varias leguas. Cuando el terreno se elevó de repente, Triock cayó de rodillas. Una oleada de cansancio recorrió sus miembros ateridos.

Algo agitó su cabeza, golpeándole en un lado. Al principio el hielo le protegió, pero luego se rompió produciéndole un dolor desgarrador, como si le arrancara la oreja. El aullido del viento casi le impidió oír lo que Quirrel gritaba.

—¡Colinas! ¡Vamos a subir! ¡Hallaremos refugio!

Era un hombre viejo, demasiado viejo para semejante fatiga. Pero también era un fuerte pedrariano pastor de ganado, y no tenía la intención de morir congelado, sin poder cumplir su misión. Se puso lentamente en pie e inició la ascensión.

De espaldas al viento, subió la escarpada cuesta. Vagamente se dio cuenta de que ahora el viento y la nieve no eran tan intensos, pero seguía sin poder ver nada, pues a la tormenta se unía ahora la oscuridad de la noche. Cuando la cuesta se hizo demasiado pronunciada para que el viento le ayudara a subir, se volvió al lado que ofrecía menos resistencia y prosiguió, avanzando a ciegas a través de la nieve que le llegaba hasta la rodilla, dejando que la misma tormenta le guiara.

No obstante, a pesar de la noche y la tormenta, lentamente tuvo conciencia de que le rodeaban unas altas murallas de roca. El viento perdió su furor y se transformó en gélidas ráfagas y remolinos. Triock recorrió un pasadizo entre altos y abruptos acantilados y salió a un valle. Pero la interrupción de la tormenta se había producido demasiado tarde, pues la nieve del valle le llegaba ahora hasta la cintura, y estaba demasiado cansado para abrirse paso en medio de semejante obstáculo. Una vez más reparó en que estaba dando apoyo a un camarada. Quirrel se apoyaba en sus hombros como si no pudiera ya sostenerse en pie. No podría ir mucho más lejos. Se sentó en un banco de nieve, pensando que debía encontrar la manera de encender fuego.

Pero sus manos estaban demasiado heladas, los brazos demasiado insensibles. No podía sacar su varilla de *lomillialor* y, aunque lo consiguiera, nunca lograría encenderla. Quirrel ya había perdido su gravanel, y el de Triock estaba en su zurrón, pero era como si lo hubiese perdido también, pues no podía quitarse las correas de cuero de los hombros. Intentó alzar a Quirrel, pero no lo consiguió. La mitad inferior del rostro de la mujer estaba cubierta de hielo, y sus párpados aleteaban como si sufriera una conmoción.

—Fuego —musitó Triock, sollozando sin poder contenerse.

La frustración y el cansancio le abrumaban. La nieve se alzaba por encima de él como si no fuera a dejar de amontonarse nunca.

Cerró los ojos anegados en lágrimas, y cuando los abrió de nuevo vio una llama amarilla que avanzaba oscilante hacia él. La contempló en silencio. Aquella llama se

agitaba al moverse como si estuviera en el pabulo de una vela invisible, y se acercó tanto a su rostro que Triock pudo sentir su calor en los ojos. Pero no tenía pabulo. Pendía del aire, ante su rostro, agitándose rápidamente, como si tratara de decirle algo.

Triock no podía moverse, sentía que el hielo y el cansancio habían soldado sus miembros al suelo. Pero cuando miró más allá de la llama vio otras, tres o cuatro más, danzando alrededor de él y de Quirrel. Una de las llamas le tocó la frente como si intentara llamar su atención. Al no conseguirlo, relució ligeramente, y en seguida todas las llamas se alejaron, escabulléndose en el valle. Triock contempló su marcha como si fueran su última esperanza.

Entonces el frío le envolvió en un manto de insensibilidad y empezó a perder el conocimiento. Incapaz de evitarlo, se sumergió en la noche. El frío, la nieve y el valle se desvanecieron y fueron sustituidos por rostros vagos... Lena, Elena, Atiaran, Trel, Corazón Salado Vasallodelmar, Thomas Covenant. Todos le miraban con expresión de súplica, implorándole que hiciera algo. Si fracasaba, sus muertes no tendrían sentido. «Perdonadme», susurró, dirigiéndose especialmente a Covenant. «Perdonadme».

—Quizá lo haga —replicó una voz distante—. No será fácil, pues no deseo estas intrusiones. Pero eres portador de un extraño poder. Veo que al menos debo ayudarte.

Triock abrió los ojos de nuevo. El aire sobre su cabeza brillaba de llamas danzantes, cada una de ellas no más grande que su mano. Y entre las llamas había un hombre vestido sólo con una larga túnica de color granito. Miraba a Triock con prevención, como si no estuviera acostumbrado a tratar con nadie, pero cuando Triock le pidió ayuda con voz quebrada el hombre respondió rápidamente:

—Sí, te ayudaré. No tengas miedo.

Moviéndose con decisión, se arrodilló, abrió el manto y la túnica de Triock y aplicó la palma caliente a su pecho. Empezó a cantar quedamente, y mientras lo hacía Triock sintió una oleada de calor. Su pulso se serenó casi en seguida y su respiración se hizo más sosegada. Con una increíble celeridad sus miembros recuperaron la posibilidad del movimiento. Entonces el hombre se alejó para ayudar a Quirrel. Cuando Triock se puso en pie entre las llamas oscilantes, había recuperado la conciencia.

Ahora reconoció las llamas. Había oído hablar de ellas en algunas de las más alegres y más tristes leyendas del Reino. Eran los Espectros. Al agitar la cabeza para librarla del hielo, oyó entre las ráfagas del viento retazos de su tenue y vibrante cántico, una música como la melodía del cuarzo perfecto. Danzaron a su alrededor como si le hicieran preguntas que él nunca podría comprender ni contestar, y sus luces le encantaron, tanto que permaneció contemplándolas arrobado, inmóvil entre ellas.

El hombre alto le distrajo al ayudar a Quirrel a ponerse en pie. Rodeado por los Espectros, la levantó y la sujetó hasta que ella pudo sostenerse por sí misma. Su mirada se posó alternativamente en ambos. Parecía preguntarse si estaría justificado dejarles allí y no ayudarles más. Pero en seguida tomó una decisión. El rugido distante de la tormenta se alzaba y caía como si un tormentoso animal se esforzara por conseguir acceder al valle.

—Ven —dijo estremeciéndose—. El invierno del Execrable no es adecuado para el cuerpo.

Mientras el hombre se volvía para dirigirse al extremo superior del valle, Triock le dijo abruptamente:

—Eres uno de los Redimidos.

—Sí, pero aun así te ayudaré. —Su voz se desvaneció un instante, pero en seguida volvió a imponerse al zumbido del viento—. Fui un fustariano. La mano del Bosque está sobre mí. Y tú... —avanzaba con paso firme por la nieve, como si hablara consigo mismo, como si hubiera carecido de compañía durante tanto tiempo que había olvidado cómo escuchaba la gente—... tú llevas *lomillialor*.

Triock y Quirrel avanzaron tras él. Su paso era firme, incansable, pero al seguir sus huellas entre los amontonamientos de nieve pudieron mantenerse cerca de él. Los Espectros iluminaban su camino con su música cristalina, hasta que Triock sintió que le envolvía el ambiente de Andelain, una breve encarnación mágica de luz clara y calor en medio de la malevolencia sobrenatural del Asesino Gris. Gracias al aliento que le procuraban aquellas llamas, pudo olvidar su inmensa fatiga y seguir la canción del Redimido:

*Solitario*

*Sin amigos*

*Sin vínculos*

*Solitario...*

*La soledad viene y se va*

*Y el silencio es comunión...*

*Sin amigos, sin vínculos, solitario.*

Lentamente se abrieron paso hasta el extremo del valle, que estaba bloqueado por un gran montón de rocas, pero el Redimido les condujo a lo largo de un intrincado camino entre las enormes piedras. Más allá entraron en una grieta que gradualmente se cerró sobre sus cabezas, hasta que se encontraron en una oscura cueva tan sólo iluminada por la luz oscilante de los Espectros. Al cabo de algún tiempo desapareció tanto el viento como el frío exteriores. El calor envolvió a Triock y Quirrel haciendo gotear sus vestiduras cubiertas de hielo. Vieron más luz hacia delante.

Entonces llegaron al extremo de la cueva, hogar del Redimido. Allí la cueva se

expandía formando una gran cámara, vibrante de luz y música procedente de los Espectros que llameaban y danzaban en el aire. Algunos de ellos giraban en el centro de la estancia, y otros colgaban cerca de las negras paredes, como para iluminar las inscripciones en las brillantes facetas de la piedra. El suelo era de áspero granito, con abultamientos y superficies proyectadas que el Redimido usaba claramente como sillas, mesas y lecho. Pero las paredes y el techo eran tan negros como la obsidiana y estaban cubiertos de planos reflexivos irregulares como la miríada de fragmentos de un espejo roto, en los que la luz de los Espectros habrían deslumbrado a los espectadores si las superficies no fueran de piedra negra. La cámara era cálida y evocadora. Parecía un lugar apropiado para un vidente que podía leer la escritura grabada en el corazón de la montaña.

En la boca de la cámara Triock y Quirrel dejaron sus zurrones y sus mantos, y abrieron sus ropas interiores, rígidas por el hielo, para que se calentaran. Entonces miraron claramente por primera vez a su rescatador. Éste era calvo, excepto por un mechón blanco en la parte posterior de la cabeza, y su boca estaba oculta tras una áspera barba blanca. Tantas eran las arrugas que rodeaban sus ojos, que parecían haber pasado muchos años entrecerrando los ojos para tratar de leer comunicaciones ininteligibles. La palidez de su piel confirmaba la impresión de ancianidad que producía, impresión que contradecía la fortaleza y el vigor de su cuerpo. Ahora Triock pudo ver que su túnica fue blanca en otro tiempo, y que había obtenido su apagado color granito a causa de los largos años de contacto con las paredes de la cueva.

En su hogar, el Redimido parecía aún más perturbado por la presencia de los pedrarianos. Les dirigía miradas temerosas... no como si los considerase malévolos, sino más bien como si desconfiara de su torpeza, como si su vida yaciera en frágiles segmentos en el suelo y los pies de los recién llegados pudieran romperla.

—Tengo poca comida —dijo mientras observaba los charcos que habían dejado Triock y Quirrel tras ellos—. Tampoco tengo tiempo para la comida. —Pero entonces pareció acudir a su mente un viejo recuerdo, el de que la gente del Reino no trataba a sus huéspedes de aquella manera. De súbito Triock tuvo la certeza de que aquel Redimido vivía en aquella cueva antes de que él naciera—. No estoy acostumbrado —siguió diciendo el hombre, como si creyera que debía explicarse—. Una vida no basta. Cuando descubrí que no podía negar mi ayuda a los Espectros... perdí mucho tiempo. Ellos me recompensan como pueden, pero... ¿Cómo puedo vivir hasta llegar al fin de mi trabajo? Sois costosos para mí. La comida también lo es.

Mientras Triock se recuperaba en la boca de la cueva, recordó su mensaje a los Amos y su rostro se endureció.

—El Asesino Gris es costoso —replicó sobriamente. Su afirmación desconcertó al Redimido.



—Sí —musitó. Se agachó rápidamente y recogió un gran frasco de agua y una urna cubierta que contenía frutos secos—. Coged lo que necesitéis —dijo ofreciéndoselo a Triock—. He visto... he visto parte de la obra del Despreciativo. Aquí. —Señaló vagamente las paredes de la cueva.

La urna contenía poca fruta, pero Triock y Quirrel se la dividieron. Mientras mordisqueaba su parte, Triock se sintió mucho mejor. Aunque la escasa comida apenas le sació el apetito, su piel parecía absorber nutrición tanto como calor de la luz de los Espectros. Y el brillo de las llamas le afectaba también de otra manera. Gradualmente la insensibilidad producida por el frío desapareció de sus dedos y orejas. La sangre y la salud fluyeron de nuevo a sus miembros, como si los hubiera tratado con marga antilesiones. Incluso su habitual rictus de amargura parecía suavizarse.

Pero seguía teniendo clara su misión. Cuando estuvo seguro de que Quirrel había recuperado su estabilidad, le pidió que regresara al túnel y montara guardia a cierta distancia.

—¿Acaso nos perseguirán aquí? —preguntó ella en tono tenso.

—¿Quién puede saberlo? —El Redimido no parecía escuchar, por lo que Triock siguió diciendo—: Pero necesitamos la ayuda de este hombre, y me temo que no le persuadiremos fácilmente. No debemos permitir que nos sorprendan aquí sin haber podido enviar el mensaje.

Quirrel asintió, aprobando la precaución de Triock, aunque no creía que hubieran podido perseguirlos a través de la tormenta de nieve. Sin dilación, recogió su manto y las armas y se alejó hasta desaparecer tras la primera curva de la cueva.

El Redimido observó su marcha sin preguntar nada, pero con expresión inquisitiva.

—Montará guardia mientras hablamos —le dijo Triock.

—¿Necesitamos vigilancia? No hay criaturas malignas en estas montañas... y con este tiempo. Los animales no entran aquí.

—Los enemigos me persiguen —dijo Triock—. Acarreo mi propia maldad... y la necesidad en que se encuentra el Reino.

Le faltaron entonces las palabras y se quedó en silencio. Por primera vez se dio cuenta de lo terrible que era su situación. Estaba frente a frente con un Redimido y los Espectros. En aquella cueva, acompañado por llamas danzantes, el Redimido estudiaba ciencias secretas que podrían haber sorprendido incluso a los Amos. Le inundó un temor reverente y le asombró su propia audacia.

—Redimido —musitó—, servidor de la ciencia... No ha sido mi intención venir a molestarte. Estás por encima de mí. Sólo una tremenda necesidad me impulsa...

—Te he salvado la vida —dijo bruscamente el Redimido—. No sé nada de otras necesidades.

—Entonces debo decírtelo. —Hizo acopio de valor y empezó a decir—: El Asesino Gris arrasa el Reino...

El otro hombre le interrumpió.

—Conozco mi trabajo. Recibí los Ritos de la Redención cuando Tamarantha era anciana con grado de bastón en la Raat, y no sé nada más. Excepto por la intrusión de los Espectros... a la que no pude negarme... he dedicado mis débiles fuerzas a llevar a cabo aquí mi obra y ver lo que otros ojos no han visto antes. No sé nada más, no, ni siquiera sé cómo los Espectros salieron de Andelain, aunque hablan de ur-viles y... Pero esta charla es una intromisión.

Triock estaba asombrado. No sabía que Tamarantha de Variol había sido anciana con grado de bastón en la Raat, pero aquella época debía de haber sido décadas antes de que Prothall llegara a ser Amo Superior en Piedra Deleitosa. Aquel Redimido no debía de haber tenido contacto con el Reino en los últimos ochenta o cien años.

—¿Cuál es tu trabajo, Redimido? —le preguntó Triock atemorizado.

Una mueca de disgusto por las explicaciones se dibujó en el rostro del anciano.

—Palabras... No hablo de ello. Las palabras son insuficientes. —De repente se dirigió a una pared y tocó suavemente una de las facetas de piedra, como si la acariciase—. La piedra está viva. ¿Lo ves? Eres un pedrario, ¿lo ves? Sí, viva. Viva y alerta. Atenta. La Roca de la tierra ve, contempla todo lo que transpira sobre la Tierra o dentro de ella. —Fue entusiasmándose a medida que hablaba. A pesar de su embarazo, una vez empezó no pudo detenerse. Acercó más la cabeza a la piedra, hasta escrutar su negrura lisa—. Pero la acción, el proceso de esta visión es lento. Las vidas como la mía son demasiado cortas. El tiempo se consume mientras la visión se extiende desde las superficies externas al interior. Y este tiempo varía. Algunas venas transmiten su percepción a las raíces de la montaña en milenios. Otras requieren muchos millares de milenios.

»Aquí —señaló a su alrededor sin moverse de donde estaba— puede verse toda la historia antigua del Reino. Puede verlo aquel cuyo trabajo consiste en ver. En estas miríadas de facetas hay una miríada de percepciones de todo lo que ha ocurrido. ¡Todo! Mi trabajo estriba en ver, descubrir el orden y preservarlo, de manera que pueda conocerse toda la vida del Reino.

Mientras hablaba, un estremecimiento de pasión agitó la respiración del Redimido.

—Desde la llegada de los Espectros, he estudiado el destino del Bosque Único. Lo he visto desde la primera semilla que creció para llegar a convertirse en el gran Árbol. He visto su despertar, su conciencia, la apacible comunión de su conciencia extendiéndose por el Reino. He visto nacer a los Forestales, y los he visto caer asesinados. He visto al Coloso de los Saltos ejercer su prohibición. La mano del Bosque está en mí. Aquí —sus manos tocaron la faceta que contemplaba como si la

piedra estuviera llena de angustia—, he visto hombres con hachas, hombres de la tierra con hojas hechas de los huesos del suelo... ¡Les he visto cortar! —Su voz tembló intensamente—. Soy un fustariano. En esta roca veo la profanación de los árboles. Tú eres un pedrariano y llevas un extraño fragmento de la Madera Superior, el precioso *lomillialor*.

De repente, se apartó de la pared y se enfrentó a Triock con una expresión enfervorecida, casi desesperada, en el rostro.

—¡Dámela! —suplicó—. Me ayudará a ver. —Se acercó hasta que sus manos ansiosas casi tocaron el pecho de Triock—. Mi vida no puede igualarse con esta roca.

Triock no tuvo necesidad de pensar antes de actuar. Si el mismo Covenant hubiera estado a su espalda, no habría actuado de otra manera. No podía desconfiar de un Redimido más de lo que desconfiaría de un Amo. Sin vacilar, sacó la varilla de Madera Superior y la puso en manos del hombre. Entonces, en voz baja, le dijo:

—Los enemigos que me persiguen también buscan este *lomillialor*. Te he dado algo peligroso.

El otro no pareció escucharle. Mientras sus dedos se cerraban sobre la madera, cerró los ojos y se estremeció. Parecía absorber la fuerza extraordinaria de la Madera Superior a través de las manos.

Entonces volvió en sí. Aspiró hondo varias veces para serenarse, hasta que miró con sosiego el rostro de Triock.

—Peligroso —dijo—. Te escucho. Hablas de la necesidad del Reino. ¿Requieres ayuda para luchar contra tus enemigos?

—He de enviar un mensaje. —De repente, toda la urgencia de la misión de Triock se desencadenó en su interior, y dijo apresuradamente—: ¡Todo el Reino está en guerra! El Bastón de la Ley se ha perdido de nuevo, y ha sido quebrantada la Ley de la Muerte. Criaturas que destruyen la piedra han atacado la Pedraria Mithil. ¡La misma Piedra Deleitosa está asediada! Necesito...

—Te escucho —repitió el hombre. Su anterior embarazo había desaparecido. La posesión de la Madera Superior parecía darle confianza—. No temas. He descubierto que también debo ayudarte. Cuéntame tu apuro.

Triock hizo un esfuerzo para dominarse.

—Has oído a los Espectros —le dijo—. Te hablaron de ur-viles... y de oro blanco. El portador de ese oro blanco es un extraño en el Reino, y ha regresado. Los Amos no lo saben y es preciso decírselo.

—Sí —convino el Redimido, sosteniendo la mirada ardiente de Triock—. ¿Cómo?

—En la Raat de la Ciencia formaron esta Madera Superior de manera que pudieran transmitirse mensajes con ella. Carezco de conocimientos para ello. Soy un pedrariano y mis manos no son aptas para la madera...

El Redimido aceptó la explicación de Triock con un gesto de su mano.

—¿Quién puede escuchar ese mensaje en Piedra Deleitosa?

—El Amo Superior Mhoram.

—No le conozco. ¿Cómo puedo llegar a él? No puedo dirigirle mis palabras si no le conozco.

Inspirado por la urgencia, Triock respondió:

—Es el hijo de Tamarantha de Variol. Conociste a Tamarantha. Pensar en ella te guiará hasta su hijo.

—Sí —musitó el anciano—. Es posible. No la he olvidado.

—Dile al Amo Superior que Thomas Covenant ha regresado al Reino y quiere atacar al Asesino Gris. Dile que Thomas Covenant ha jurado destruir la guarida del Execrable.

Al oír esto los ojos del Redimido se dilataron. Pero Triock siguió diciendo:

—Hay que enviar el mensaje ahora. Me han perseguido. Una tormenta de nieve no será un obstáculo para los ojos que pudieron ver la Madera Superior en mi poder.

—Sí —dijo una vez más el anciano—. Muy bien... Empezaré. Quizá así terminará esta intrusión.

Se volvió como si eliminara a Triock de sus pensamientos y se dirigió al centro de la cueva. De cara a la entrada de la cámara, reunió a los Espectros a su alrededor, de modo que estuviera rodeado de luz, y sostuvo la varilla de *lomillialor* ante su rostro con ambas manos. Empezó a cantar quedamente... una melodía delicada, casi sin palabras, que parecía extrañamente una transposición, una conversión en tonos humanos del cántico de los Espectros. Mientras cantaba, cerró los ojos y echó la cabeza atrás hasta alzar la frente hacia el techo.

—Mhoram —murmuró en las pausas de su canción—. Mhoram, hijo de Variol y Tamarantha. Abre tu corazón y escúchame.

Triock le contemplaba tenso y fascinado.

—Hijo de Tamarantha, abre tu corazón. Mhoram.

Lentamente, la energía empezó a brillar en el centro de la suave varilla.

Un instante después Triock oyó ruido de pisadas tras él. Había algo en aquel ruido, algo mortífero y abominable, que llamó su atención y le hizo volverse hacia la entrada de la cámara.

Una voz áspera como el ruido de la piedra quebrada, sonó ásperamente en el ámbito.

—Déjalo. No puede abrirte su corazón. Ha caído bajo nuestro poder y jamás podrá abrir su corazón de nuevo.

Yeurquin estaba dentro de la cueva, con los ojos exaltados de furia.

Aquella visión conmocionó a Triock. Las ropas de Yeurquin estaban desgarradas parcialmente, y en los lugares que descubrían su piel, ésta colgaba en jirones

congelados. La tormenta de nieve le había desgarrado, pero no brotaba sangre de las heridas.

Llevaba a Quirrel en sus brazos. La cabeza de la mujer colgaba de su cuello roto.

Al ver a Yeurquin, el Redimido retrocedió como si le hubieran golpeado... y se dirigió tambaleándose a la pared opuesta de la cueva, boquiabierto de horror.

Todos los Espectros huyeron, gritando.

—Yeurquin... —La muerte y la maldad que despedía el hombre, le causaron náuseas—. ¿Eres Yeurquin?

Yeurquin se echó a reír como un loco. Dejó caer a Quirrel y pasó junto a su cuerpo tendido en el suelo.

—Al fin nos encontramos —le dijo a Triock—. He deseado mucho este encuentro, y creo que voy a hacerte pagar por lo que me ha costado.

—¿Yeurquin?

Estremecido, Triock podía ver que aquel hombre debería estar muerto. Los daños que le había infligido la tormenta eran demasiado grandes para que nadie pudiera sobrevivir a ellos. Pero alguna fuerza le animaba, una ferocidad aposentada en su muerte le hacía moverse. Era una pesadilla encarnada.

Un instante después, el Redimido dominó su conmoción y se adelantó, sosteniendo la varilla de *lomillialor* ante él como un arma.

—¡*Turiya* Delirante! —exclamó—. ¡Enemigo del Árbol! Te conozco... Te he visto. ¡*Melenkurion abatha!* Sal de este lugar. Tu contacto profana la misma Tierra.

Yeurquin retrocedió bajo la vibración de las potentes palabras, pero éstas no le afectaron muy profundamente.

—Mejor unos pies muertos como los míos que una idiotez como la tuya. Creo que no me iré de aquí hasta que haya probado tu sangre, vagabundo Redimido. Te apresuras a dar tu vida por nada. Ahora me la darás a mí.

El Redimido no se inmutó.

—No te daré nada excepto la prueba de verdad del *lomillialor*. Hasta tú tienes motivos para temer eso, *turiya* Delirante. La Madera Superior te hará arder hasta el tuétano de los huesos.

—¡Estúpido! —rió el Delirante—. ¡Llevas tanto tiempo viviendo aquí que has olvidado el significado del poder!

Sin ningún temor, empezó a avanzar hacia los dos hombres.

Triock lanzó un grito y se sacudió su consternación. Sacó la espada de su vaina y se lanzó contra el Delirante.

Yeurquin lo arrojó a un lado sin esfuerzo, y Triock se estrelló contra la pared, golpeándose la cabeza. Entonces el *turiya* se aproximó al Redimido.

El dolor sacudió a Triock, obnubilando sus pensamientos. Una gélida agonía agarrotaba su pecho en el lugar donde le había golpeado el Delirante. Pero por un

momento resistió a la inconsciencia y logró ponerse en pie. Vio que el *turiya* y el Redimido luchaban, ambos tirando de la Madera Superior. Entonces el Delirante lanzó un aullido de triunfo. Unos rayos de energía roja y verde recorrieron los brazos del Redimido y estremecieron su pecho.

Cuando Triock se sumió en la oscuridad, el Delirante ya había empezado a desmembrar a su víctima, riendo continuamente.

## VIII

### INVIERNO



Con la nieve girando en torno a él como una niebla palpable, Thomas Covenant dejó la Pedraria Mithil en compañía de Corazón Salado Vasallodelmar y Lena, la hija de Atiaran. Estaba totalmente decidido a llevar a cabo su empresa, sentía que sus complejas iras habían hallado finalmente un foco efectivo, y avanzó impaciente hacia el norte, por el camino cubierto de nieve, como si ya no fuera consciente de las lesiones aún no curadas de la frente y el labio, de la mala condición de sus pies, ni de la fatiga. Avanzaba inclinado contra el viento, como un fanático.

Pero no estaba bien, no podía fingir de ningún modo que lo estaba. Los copos de nieve caían sobre él como sutiles astillas grisáceas de la maldad del Amo Execrable que intentaran apagar el calor de su vida. Sentía, además, la presencia de Lena como una carga. La madre de la que fue su hija Elena iba orgullosamente a su lado, como si la compañía de Covenant la honrara. Antes de que hubiera avanzado media legua hacia la boca del valle, las rodillas le temblaban y el aliento surgía irregular de su labio herido. Se veía obligado a detenerse y descansar.

Vasallodelmar y Lena le observaban gravemente, preocupados. Pero la anterior resolución que Covenant había tomado de aceptar ayuda ya no era válida para él. Estaba demasiado furioso para que le llevaran como a un niño. Con una mueca rechazó la oferta tácita que vio en la mirada del Gigante.

Tampoco Vasallodelmar estaba bien, pues le dolían sus heridas, y parecía comprender el impulso que existía tras la negativa de Covenant.

—¿Conoces el camino, amigo mío... —Vaciló como si buscara un nombre más corto—, el camino a Ridjeck Thome, la guarida del Execrable?

—Eso te lo dejo a ti.

El Gigante frunció el ceño.

—Conozco el camino —replicó—, lo he grabado en mi corazón y jamás podré olvidarlo. Pero si nos separamos...

—Si nos separamos no tendré ninguna oportunidad —musitó Covenant mordazmente.

Deseaba eliminar de su voz el tono del leproso, pero el morbo dominaba demasiado en él para poder sofocarlo.

—¿Separarnos? ¿Quién habla de separación? —protestó Lena antes de que Vasallodelmar pudiera replicar—. No digas tales cosas, Gigante. No nos separaremos. He preservado... No me separaré de él. Eres viejo, Gigante. No recuerdas lo que es el

amor, o no hablarías de separación.

De algún modo, aquellas palabras aumentaron el dolor de Vasallodelmar, como un cuchillo que hurgara en una herida.

—Soy viejo, sí. —Una astuta sonrisa apareció en sus labios y añadió—: Y tú eres demasiado joven para mí, hermosa Lena.

Covenant se apartó de ambos, pensando que no tenían piedad de él. Inició la marcha de nuevo, pero en seguida tropezó con un obstáculo del camino oculto por la nieve.

Lena y el Gigante lo cogieron, cada uno por su lado, y lo sostuvieron. Covenant los miró alternativamente, a los dos.

—Bayas tesoro. Necesito *alianta* —susurró.

Vasallodelmar asintió y se alejó rápidamente. Sus instintos de gigante le decían dónde encontrar exactamente la *alianta* más cercana. Pero Lena no soltó el brazo de Covenant. No se había puesto la capucha de su túnica, y su cabello blanco era como nieve. Miraba intensamente a Covenant, como si anhelara vorazmente contemplarlo.

Él resistió su escrutinio tanto como pudo. Luego, le quitó con cuidado los dedos de su brazo, al tiempo que decía:

—Si he de sobrevivir a esto, tendré que aprender a sostenerme por mí mismo.

—¿Por qué? —inquirió ella—. Todos están ansiosos de ayudar, y ninguno más ansioso que yo. Has sufrido ya bastante a causa de tu soledad.

«Porque soy cuanto tengo», pensó. Pero no podía decirle a Lena semejante cosa. Le aterraba comprobar cuánto le necesitaba.

Como no le replicó, ella desvió un momento su mirada y luego alzó de nuevo los ojos, en los que brillaba ahora una súbita idea.

—Llama a los Ranyhyn.

Covenant la miró sin comprender. ¿Los Ranyhyn?

—Vendrán a ti. Vienen a mí cumpliendo tu orden. Apenas han transcurrido cuarenta días desde la última vez que vinieron. Vienen todos los años... —hizo una pausa y miró la nieve acumulada a su alrededor, con una expresión de temor en el rostro—... en la media noche de primavera. —Bajó el tono de su voz hasta que Covenant apenas podía oírla—. Este año el frío del invierno no abandonaba mi corazón; el Reino se olvidó de la primavera, la luz del sol desertó. Temí... temí que los Ranyhyn no volvieran jamás, que todos mis sueños fueran una locura. Pero el semental acudió, con nieve y sudor helados en su pelaje, y hielo que le colgaba del hocico. Su aliento humeaba cuando me pidió que lo montara. Pero le di las gracias desde el fondo de mi corazón y lo envié de vuelta a su hogar. Me trajo tales recuerdos de ti que no pude montarlo.

Había dejado de mirarle, y ahora quedó en silencio como si hubiera olvidado de qué estaba hablando. Pero cuando alzó la cabeza, Covenant vio que su viejo rostro



estaba arrasado en lágrimas.

—Oh, querido mío —le dijo en voz baja—. Estás débil y sufres. Llama a los Ranyhyn y móntalos como mereces.

—No, Lena. —No podía aceptar la clase de ayuda que los Ranyhyn podrían proporcionarle. Tendió una mano y le enjugó torpemente las lágrimas. Sus dedos no notaron nada—. Hice un mal trato con ellos. No he hecho más que malos tratos.

—¿Malo? —preguntó como si le sorprendiera—. Eres Thomas Covenant el Incrédulo. ¿Cómo podrías hacer nada malo?

«Porque eso me llevó a cometer crímenes», se dijo Covenant. Pero tampoco podía decir aquello en voz alta. Reaccionó como si la anciana hubiera tropezado con la piedra de toque de su furor.

—Escucha, no sé quién crees que soy estos días. Quizá tienes todavía a Berek Mediamano en la cabeza, pero no soy él... no soy ninguna clase de héroe. No soy más que un leproso decrepito, y hago esto porque estoy harto de que me manejen. Con o sin tu compañía, voy a empezar a poner las cosas en su sitio pase lo que pase. Y voy a hacerlo a mi manera. Si no quieres venir, puedes volver a casa.

Antes de que Lena tuviera ocasión de responder, se apartó de ella avergonzado y encontró a Vasallodelmar que estaba a su lado con semblante compungido.

—Y otra cosa —siguió diciendo casi sin pausa—. Estoy cansado de esa expresión de desgracia. O me dices la verdad sobre lo que te sucedió o deja de lloriquear. —Recalcó sus últimas palabras cogiendo las bayas tesoro de las manos abiertas del Gigante—. ¡Maldita sea! Todo este asunto me revuelve las tripas.

Mirando fieramente al Gigante se llevó un puñado de *alianta* a la boca, masticándolas con un aire de inequívoca beligerancia.

—Ah, amigo mío —susurró Vasallodelmar—. Has encontrado una forma de conducirte que es como una catarata. He podido notarlo. Te llevará precipitadamente al borde y te arrojará a los abismos de donde es imposible el retorno.

Las manos de Lena le tocaron de nuevo, pero él las apartó. No podía mirarle a la cara. Siguió mirando enfurecido al Gigante y le dijo:

—No me has dicho la verdad.

Entonces dio media vuelta y se alejó a través de la nieve. No podía perdonarse ser tan incapaz de distinguir entre el odio y la aflicción.

Las bayas tesoro proporcionadas por Vasallodelmar y Lena le permitieron seguir avanzando durante la mayor parte de la tarde, pero su paso siguió siendo lento y vacilante. Finalmente, cuando Vasallodelmar le condujo fuera del camino, hacia el este, por las estribaciones montañosas más allá de la boca del valle, las fuerzas le abandonaron. Por entonces estaba demasiado cansado para preocuparse por el hecho de que la nevada disminuía. Se limitó a dirigirse al abrigo de un promontorio y tenderse en el suelo para dormir. Más tarde, cuando estaba semiconsciente, descubrió

que el Gigante le llevaba en brazos, pero estaba demasiado cansado para reaccionar.

En algún momento, después de la amanecida, se despertó con una agradable sensación de calor en el rostro y un olor a comida en las fosas nasales. Al abrir los ojos, vio a Vasallodelmar agachado junto a un recipiente de gravanel, a corta distancia, preparando una comida. Estaban en una pequeña hondonada. El cielo nublado se cerraba sobre ellos como la tapa de un ataúd, pero el aire estaba libre de nieve. A su lado, Lena yacía profundamente dormida.

—Ya no es joven —dijo en voz baja Vasallodelmar—, y hemos andado hasta el alba. Déjala dormir. —Hizo un breve gesto abarcando la hondonada y siguió diciendo—: Aquí no nos descubrirán fácilmente. Deberíamos quedarnos hasta la noche. Será mejor que viajemos cuando se haga oscuro. —Sonrió débilmente—. Más descanso no te perjudicará.

—No quiero descansar —musitó Covenant, aunque se sentía muy fatigado—. Quiero seguir andando.

—Descansa —le ordenó Vasallodelmar—. Podrás andar más de prisa cuando tu salud haya mejorado.

Covenant accedió contra su voluntad, carente de energía para discutir. Mientras esperaba a que la comida estuviera lista, se inspeccionó rápidamente. En cierto modo se sentía mejor, y había recobrado parte de la seguridad en sí mismo. La hinchazón del labio había disminuido y ya no parecía tener la frente febril. La infección de sus pies lesionados no parecía extenderse.

Pero tenía las manos y los pies tan insensibles como si la congelación los royera lentamente. En los nudillos y el empeine conservaba un resto de sensibilidad, pero el entumecimiento esencial estaba anclado en sus huesos. Al principio intentó creer que la causa verdadera era la mordedura del frío, pero en el fondo sabía que no era así. Su vista le decía claramente que no era el hielo lo que le insensibilizaba.

Su lepra se estaba extendiendo. Bajo el dominio del Amo Execrable, en medio de aquel invierno maligno, el Reino ya no tenía el poder para darle la salud.

¡La salud soñada! Sabía que siempre había sido una mentira, que la lepra era incurable porque los nervios muertos no podían regenerarse, pero la anterior vitalidad imposible de sus dedos era la única prueba incontrovertible de que el Reino era un sueño, un engaño. Sin embargo, la pérdida de aquella ilusión de salud le abrumaba. Su cuerpo enfermo era definitivamente incurable, y ningún sueño podía ocultarle aquella realidad. La pérdida de aquella ilusión le parecía más de lo que podría soportar.

—¿Qué te ocurre, Covenant, amigo mío? —le preguntó Vasallodelmar, en tono angustiado.

Covenant miró al Gigante y se dio cuenta de otra cosa que aumentó su pesar. Vasallodelmar estaba cerrado para él. Con excepción de la profunda pena que veía

agazapada en los ojos del Gigante, Covenant no podía ver nada de su condición interna, no podía ver si su compañero estaba sano o enfermo, si tenía razón o estaba equivocado. La visión o penetración que le proporcionó el Reino se había truncado, estaba paralizada. Era como si estuviera en su propio mundo ciego, impenetrable y superficial.

—¿Covenant? —repitió Vasallodelmar.

Durante algún tiempo aquella constatación rebasó la comprensión de Covenant. Comprobó... sí, podía ver la interminable corrupción que se abría paso hacia sus muñecas, hacia su corazón. Podía oler la gangrena potencial en sus pies y percibir los vestigios de veneno en su labio y la fiebre residual en su frente. Podía tener atisbos de la auténtica vejez de Lena y de la aflicción de Vasallodelmar. Podía percibir la malevolencia que lanzaba aquel invierno contra el Reino... podía notar todas esas cosas sin ninguna duda, como había visto el mal que anidaba en los asaltantes de la Pedraria Mithil.

Pero aquello no era ninguna hazaña, pues el mal estaba escrito en ellos de una manera tan clara que hasta un niño se hubiera apercebido. Todo lo demás estaba esencialmente cerrado para él. No podía discernir el estado de ánimo de Vasallodelmar, ni la confusión de Lena, ni la falsedad de la nieve. La fortaleza que debieran mostrar las estribaciones rocosas que había sobre ellos era imperceptible. Incluso aquel extraño don que el Reino le había proporcionado por dos veces, se le negaba a medias ahora.

—Vasallodelmar —dijo sin poder contener apenas los sollozos—. No vuelve. Con este invierno... no puedo... No vuelve.

—Tranquilízate, amigo mío. Te escucho. He visto el efecto que causa en ti este invierno. Quizá deba agradecer que no puedas observar su efecto en mí.

—¿Qué efecto? —preguntó Covenant con voz ronca.

Vasallodelmar se encogió de hombros como para quitar importancia a su propia condición.

—A veces... cuando llevo demasiado tiempo a la intemperie bajo este viento, observo que no puedo recordar ciertos relatos gigantinos preciosos. Amigo mío, los Gigantes no olvidan los relatos.

—Por todos los diablos —dijo Covenant con voz convulsa, pero sin gritar ni alterar el orden de las mantas—. Prepara esa comida —ordenó—. He de tomar alimento.

Necesitaba alimentarse para tener fuerzas; su propósito las requería.

No ponía en cuestión lo que pretendía hacer. Estaba encadenado a su propósito como si su lepra fuera un arnés de hierro. Y las manos que sujetaban las riendas estaban en la guarida del Execrable.

Comió con gesto grave y trémulo el guisado que le ofreció Vasallodelmar. Luego

se acostó de nuevo entre las mantas y se obligó a descansar, a permanecer inmóvil y conservar su energía. Cuando la comida caliente y la necesidad de descanso hicieron su efecto, se durmió bajo el cielo cubierto de nubes grises.

Se despertó hacia mediodía y vio que Lena aún dormía, pero ahora estaba acurrucada contra él, sonriendo débilmente en sueños. Vasallodelmar ya no estaba cerca. Covenant miró a su alrededor y localizó al Gigante montando guardia, próximo a la entrada a la hondonada. Agitó un brazo al ver a Covenant, y éste le respondió separándose con cuidado de Lena y levantándose. Se ató las sandalias a los pies insensibles, se abrochó la chaqueta y fue a reunirse con el Gigante.

Desde la posición de Vasallodelmar, descubrió que podía ver por encima de la hondonada el terreno circundante.

—¿Cuánto hemos recorrido? —preguntó al cabo de un momento, soltando vapor como si tuviera la boca llena de humo.

—Hemos rodeado la punta más septentrional de este promontorio —replicó el Gigante. Giró la cabeza por encima del hombro izquierdo y añadió—: La Atalaya de Kevin está a nuestras espaldas. A través de estas colinas podemos llegar a las Llanuras de Ra en tres noches más.

—Deberíamos ponernos en marcha —musitó Covenant—. Tengo prisa.

—Practica la paciencia, amigo mío. No ganaremos nada si nos precipitamos en brazos de los atacantes.

Covenant miró a su alrededor y preguntó:

—¿Permiten los hombres de Ra que los atacantes se aproximen tanto a los Ranyhyn? ¿Les ha ocurrido algo?

—Quizá. No he tenido contacto con ellos, pero las Llanuras están amenazadas a todo lo largo de los ríos Vagabundos y Montatierra. Y los hombres de Ra dedican todo su esfuerzo a preservar a los grandes caballos. Tal vez su número sea demasiado escaso para vigilar estas colinas.

Covenant aceptó esta explicación lo mejor que pudo.

—Vasallodelmar —murmuró—. ¿Qué ha ocurrido con todos los relatos gigantinos por los que eras famoso? La verdad es que no me has dicho por qué estás preocupado. ¿Se trata de esos «ojos» que os vieron invocarme a ti y a Triock? Cada vez que hago esta pregunta, actúas como si no tuvieras lengua.

Vasallodelmar sonrió débilmente.

—Mi vida ha sido ajetreada, y el sonido de mi voz ya no me resulta atractivo.

—¿Se trata de eso? —inquirió lentamente el Incrédulo—. Creo percibir algo peor.

—Quizá —replicó quedamente el Gigante, pero no dio más explicaciones.

Ante la reticencia del Gigante, Covenant deseaba hacerle más preguntas, atacar de alguna manera su propia ignorancia. Estaba seguro de que los asuntos que estaban en juego eran importantes, que había muchas cosas esenciales acerca de la condenación

del Reino las cuales aún desconocía. Pero recordó cómo había obtenido información de Bannor en la meseta de Rocahendida, y no podía olvidar las consecuencias de lo que había hecho. Dejó en paz los secretos de Vasallodelmar. Al otro lado de la hondonada, el sueño de Lena se hizo más inquieto. Covenant se estremeció al ver que la mujer se agitaba de un lado a otro, gimiendo. Sintió un impulso de ir hacia ella e impedir que se agitara de aquel modo, temiendo que pudiera romperse sus huesos viejos y frágiles, pero resistió, pues no podía permitirse todo lo que Lena quería significar para él.

Sin embargo, cuando se incorporó y miró frenéticamente en torno suyo, descubriendo que el Incrédulo se había ido de su lado; cuando lanzó un lamento desgarrador, como si hubiera sido abandonada, Covenant ya estaba en medio de la hondonada, aproximándose a ella. Al verlo, Lena abandonó las mantas y corrió a su encuentro con los brazos abiertos. Se aferró a él de modo que el hombro de Covenant ahogó sus sollozos.

Con su mano derecha, cuyos restantes dedos eran tan insensibles y torpes como si debieran ser amputados también, le acarició el cabello cano. Intentó abrazarla consoladoramente para compensar su falta absoluta de palabras de consuelo. Lentamente, la mujer recobró el dominio de sí misma. Covenant redujo la presión de su abrazo, y ella retrocedió.

—Perdóname, querido —le dijo en tono contrito—. Temí que me hubieras dejado. Soy débil y tonta, pues de lo contrario no habría olvidado que eres el Incrédulo. Mereces una mayor confianza.

Covenant movió la cabeza en silencio, como si deseara negarlo todo y no supiera por dónde o cómo empezar.

—Pero no podía soportar estar sin ti —siguió diciendo ella—. En las noches oscuras, cuando el frío se apodera de mi pecho hasta que no puedo alejarlo de mí y el espejo me miente, diciéndome que no he conservado mi aspecto para ti, me he aferrado a la promesa de tu retorno. No he flaqueado, ¡no! Pero he sabido que no podría vivir sin ti... no podría hacerlo de nuevo. No podría deslizarme sola en la noche y esconderme como si estuviera avergonzada... Otra vez no.

—Otra vez no —susurró Covenant. En el viejo rostro de Lena podía ver ahora el de Elena, tan hermoso y perdido que su amor por ella le oprimió el corazón—. Mientras esté metido en esto, no iré a ningún sitio sin ti.

Pero ella pareció escuchar solamente sus condiciones, no su promesa. Con la angustia reflejada en el rostro, le preguntó:

—¿Debes marcharte?

—Sí. —La rigidez de su boca le hacía difícil hablar con suavidad. No podía articular las palabras sin tirar de las postillas recién formadas—. No pertenezco a este mundo.

Ella lanzó un grito, como si la hubiera acuchillado con aquellas palabras, y desvió la mirada de su rostro. Jadeando, murmuró:

—¡Otra vez! No puedo... no puedo... ¡Oh, Atiaran, madre mía! Le quiero. He entregado mi vida sin pensar. De joven anhelaba seguirte a la Raat de la Ciencia, tener tanto éxito que pudieras decir: «Ahí está el sentido de mi vida, ahí, en mi hija». Deseaba casarme con un Amo. Pero he dado...

De repente cogió la chaqueta de Covenant con ambas manos y se acercó a él, mirándole fijamente.

—¿Te casarás conmigo, Thomas Covenant?

Él la miró horrorizado.

La excitación de aquella idea hizo hablar a Lena apresuradamente.

—¡Casémonos! Oh, querido, eso me restauraría. Podría soportar cualquier carga. No necesitamos el permiso de los ancianos... Muchas veces les he hablado de mis deseos. Conozco los ritos, las solemnes promesas... puedo enseñarte. Y el Gigante puede ser testigo de la unión de nuestras vidas. —Antes de que Covenant pudiera controlar la expresión de su rostro, ella suplicó—: ¡Oh, Increíble! He parido a tu hija. He cabalgado los Ranyhyn que me enviaste. ¡He esperado! Sin duda he mostrado la profundidad de mi amor por ti. Cásate conmigo, querido. No me lo niegues.

Aquella súplica estremeció a Covenant, le hizo sentirse grotesco e impúdico. En su dolor, quería darle la espalda, apartarla de él y marcharse. Una parte de él gritaba ya: «¡Estás loca, vieja! ¡Fue a tu hija a quién amé!». Pero se contuvo. Con los hombros encorvados como los de un estrangulador, para ahogar la violencia de sus respuestas, cogió a Lena por las muñecas y le separó las manos de su chaqueta. Las alzó de modo que sus dedos quedaron directamente frente al rostro de la anciana.

—Mira mis manos —le dijo con voz ronca—. Mira mis dedos.

Ella obedeció con los ojos desorbitados.

—Mira la enfermedad que hay en ellos. No sólo están fríos, sino enfermos, insensibles, con una dolencia que casi me cubre ya las palmas. Ésta es mi enfermedad.

—Estás cerrado para mí —dijo ella desolada.

—¡Te digo que es la lepra! Está aquí, aunque no puedas verla. Y sólo puedes contagiarte de una manera... A causa de una exposición prolongada. Podrías cogerla con sólo que estuvieras suficiente tiempo a mi alrededor. Y los niños... ¿qué es un matrimonio sin hijos? —No podía evitar un tono de cólera en su voz—. Los niños son todavía más susceptibles, cogen la enfermedad más fácilmente. Los niños y... los viejos. La próxima vez que desaparezca del Reino, tú te quedarás aquí, y el único legado absolutamente garantizado que tendrás de mí será la lepra. El Execrable se encargará de que así sea. Encima de todo lo demás, seré responsable de contaminar a todo el Reino.

—Covenant..., querido —susurró Lena—. Te lo ruego. No te niegues. —Tenía los ojos arrasados en lágrimas, desgarrados por el cruel esfuerzo para verse como realmente era—. Mírame, soy frágil e imperfecta. No tengo méritos ni valor para preservarme sola. He dado... Por favor, Thomas Covenant. —Antes de que pudiera detenerla, cayó de rodillas—. Te lo ruego... No me hagas avergonzarme ante mi propia vida.

No le importaba la ira defensiva de Covenant, el cual la levantó del suelo como si quisiera romperle la espalda, pero entonces la sostuvo tiernamente, y su rostro adoptó la expresión más afectuosa de que era capaz. Por un instante, creyó tener en sus manos la prueba de que él, y no el Amo Execrable, era el responsable de la desgracia del Reino, y no podía aceptar aquella responsabilidad sin rechazar a Lena. Lo que le pedía era olvidar...

Sabía que Vasallodelmar le observaba. Pero si Triock, Mhoram y Bannor hubiesen estado también detrás de él... si incluso Trelly y Atiaran hubieran estado presentes... no habría variado su respuesta.

—No, Lena —le dijo en voz baja—. No te amo como es debido..., no siento la clase de amor apropiado para casarme contigo. Eres hermosa, mucho... Cualquier otro hombre no esperaría a que se lo pidieras. Pero soy el Incrédulo, ¿recuerdas? Estoy aquí por una razón. —En sus labios apareció una mueca que era lo más aproximado a una sonrisa—. Tampoco Berek Mediamano se casó con su Reina —concluyó.

Sus propias palabras le disgustaron profundamente. Sintió que le estaba diciendo a Lena una mentira peor que la mentira de casarse con ella... que cualquier consuelo que intentara ofrecerle violaba la grave verdad. Pero al darse cuenta de lo que él le decía, Lena se aferró a la idea. Parpadeó rápidamente para detener las lágrimas, y el duro esfuerzo de mantener a raya su confusión se desvaneció de su rostro. En sus labios apareció una tímida sonrisa.

—¿Soy entonces tu Reina, Incrédulo? —le preguntó maravillada.

Covenant la abrazó bruscamente, para que no pudiera ver la ferocidad de su semblante.

—Naturalmente —le dijo con voz ronca—. No hay nadie más digno de serlo.

La mantuvo abrazada, temiendo que se derrumbara si la soltaba. Pero al cabo de un largo rato ella se zafó del abrazo. Con una mirada que le recordó a Covenant la vivaz juventud de Lena, le dijo:

—Vamos a decírselo al Gigante.

Por su tono parecía como si deseara anunciar algo mejor que un compromiso.

Ambos dieron la vuelta y subieron del brazo a la parte más elevada de la hondonada, donde montaba guardia Corazón Salado Vasallodelmar.

Al llegar a su lado, vieron que aquel rostro, cuyas facciones semejaban las

defensas de una fortaleza, estaba todavía húmedo de llanto. Brillaba a causa de la grisácea pátina de hielo que lo cubría, hielo que colgaba también como cuentas de cristal de su rígida barba. Se sujetaba las rodillas con las manos.

—Vasallodelmar —le dijo Lena sorprendida—. Éste es un momento feliz. ¿Por qué lloras?

El Gigante alzó las manos para eliminar el hielo y dirigió a Lena una sonrisa llena de afecto.

—Eres demasiado buena, mi Reina —le dijo afablemente—. Te excedes.

Su respuesta llenó a Lena de placer. Por un momento su vieja piel adquirió un rubor juvenil, y sostuvo la mirada del Gigante con ojos rebosantes de alegría. Entonces un recuerdo la sobresaltó.

—Pero soy negligente. Me he dormido y todavía no has comido. He de prepararte la comida.

Con paso ligero cruzó la hondonada en busca de las provisiones de Vasallodelmar.

El Gigante alzó la vista al cielo y luego miró el rostro demacrado de Covenant. Sus ojos cavernosos brillaron, como si comprendiera lo que había afligido al Incrédulo. Con tanta suavidad como si le hablara a Lena, le preguntó:

—¿Crees en el Reino?

—Soy el Incrédulo. No puedo cambiar eso.

—¿De veras?

Covenant encorvó los hombros.

—Voy a exterminar al Amo Execrable, el maldito Despreciativo. ¿No es eso suficiente para ti?

—Oh, sí, es suficiente —dijo Vasallodelmar con súbita vehemencia—. No necesito nada más. Pero ¿qué crees..., cuál es tu fe?

—No lo sé.

Vasallodelmar miró de nuevo el grisáceo cielo. Sus densas cejas le ocultaban los ojos, pero su sonrisa parecía triste, casi sin esperanza.

—Por eso tengo miedo.

Covenant asintió sobriamente. No obstante, si el Amo Execrable se hubiera presentado ante él en aquel momento, él, Thomas Covenant, incrédulo y leproso, habría intentado arrancarle el corazón con sus propias manos.

Necesitaba saber cómo utilizar la magia indomeñable del oro blanco.

Pero mientras tomaba la comida preparada por Lena y en las horas de reposo que siguieron, acurrucado ante las piedras con Lena recostada y amodorrada en su regazo, no encontró ninguna respuesta. No tenía ninguna respuesta cuando el triste crepúsculo puso fin a la espera. Vasallodelmar inició la marcha, saliendo de la hondonada en dirección al este, y Covenant sintió que no comprendía nada, no entendía más que el viento que soplaba a través de él desdeñando la impotencia de la



luz del sol y el calor. Poco después ya no tuvo tiempo para pensar en ello. Ocupaba toda su atención la tarea de abrirse paso en silencio a través de las colinas envueltas en la oscuridad.

Viajar le resultaba difícil. La lucha de su cuerpo para recobrase de las lesiones y la inanición agotaban sus fuerzas. El aire frío le atería. No podía ver dónde colocaba los pies, no podía evitar tropezar, caer y golpearse con la áspera tierra y las rocas. Sin embargo, siguió avanzando, caminó tras Vasallodelmar hasta que el sudor se heló en su frente y fragmentos de hielo se adhirieron a sus ropas. Su resolución le sostenía. Con el tiempo, incluso llegó a agradecer vagamente tener los dedos tan insensibles, pues así no podía sentir el daño que se hacía a sí mismo.

No tenía sentido de la duración o la distancia recorrida. Medía el tiempo por los altos para descansar, por las ocasiones en que inesperadamente Vasallodelmar le tendía en la oscuridad un puñado de *alianta*. Tales cosas lo sustentaban. Pero finalmente dejó de quitarse el hielo de la nariz y los labios, de la frente y la hirsuta barba, permitió que el hielo grisáceo colgara como una máscara de sus rasgos, como si se estuviera transformando en una criatura invernal. Y caminó tambaleándose detrás del Gigante.

Vasallodelmar se detuvo por fin, poco antes del alba. Covenant se dejó caer sobre la nieve y quedó dormido al instante.

Más tarde el Gigante lo despertó para desayunar, y encontró a Lena durmiendo a su lado, acurrucada para protegerse del frío. Tenía los labios débilmente teñidos de azul y se estremecía de vez en cuando, incapaz de calentarse. Ahora su edad se mostraba claramente en las líneas de su rostro y en la escasa potencia de su respiración. Covenant la levantó cuidadosamente, le hizo tomar alimentos calientes hasta que sus labios perdieron su fría coloración y las venas de las sienes se hicieron menos prominentes. Entonces, a pesar de sus protestas, la tendió sobre las mantas y se echó a su lado hasta que se durmió.

Algún tiempo después, se levantó para terminar su propio desayuno. Haciendo un cálculo retrospectivo, supuso que el Gigante no había descansado por lo menos en tres días y tres noches, por lo que le dijo abruptamente:

—Cuando no pueda permanecer más tiempo despierto, te lo haré saber.

Cogió el recipiente de gravanel y fue en busca de un lugar abrigado donde montar guardia. Se sentó en el suelo y observó cómo la luz del día llenaba el aire, como si rezumara a través de la postilla de una vieja herida.

Se despertó entrada la tarde, y encontró a Vasallodelmar sentado a su lado, mientras Lena preparaba la comida a corta distancia. Se levantó de un salto, maldiciendo para sus adentros, pero sus compañeros no parecían molestos por su negligencia. Vasallodelmar sostuvo su mirada con una sonrisa y le dijo:

—No te alarmes. No hemos corrido peligro alguno... aunque yo estaba muy

cansado y dormí hasta bien entrado el día. Hay un ciervo que corre hacia el norte, delante nuestro, y algunas de las huellas están frescas. Un ciervo no permanecería aquí en presencia de rastros de merodeadores.

Covenant asintió. Su aliento despedía un denso vapor en el gélido ambiente.

—Vasallodelmar —musitó—. Estoy increíblemente cansado de ser un maldito mortal.

Pero aquella noche la marcha le resultó más fácil. A pesar de la insensibilidad de sus manos y pies, había recuperado parte de su fuerza. Y mientras Vasallodelmar le conducía al este en compañía de Lena, las montañas iban quedando al sur, y las lomas eran menos abruptas, con el resultado de que podía mantener mejor el paso.

Sin embargo, la mayor suavidad del terreno ocasionó otro problema. Dado que estaban menos protegidos del viento, a menudo tenían que dirigirse en línea recta a las fauces del invierno creado por el Amo Execrable. Bajo aquel viento, hasta la ropa interior de Covenant parecía transformarse en hielo, y avanzaba como si se estuviera despellejando el pecho como un penitente.

No obstante, al final de la marcha nocturna le quedó suficiente vigor para hacerse cargo del primer turno de vigilancia. El Gigante había decidido acampar en una pequeña depresión abrigada al este por una colina baja. Después de comer Vasallodelmar y Lena se tendieron a dormir, mientras Covenant se acomodaba bajo un nudoso enebro, en lo alto del promontorio. Desde allí veía a sus compañeros, que descansaban como si confiaran por completo en él. Estaba decidido a no fallarles de nuevo.

Pero sabía, no podía dejar de saberlo, que no estaba bien equipado para semejante deber. La incapacidad de sus sentidos le daba una sensación de desastre, como si su imposibilidad de ver, oler y oír el peligro diera necesariamente pábulo al peligro. Y no se equivocaba. Aunque estaba despierto, casi alerta, aunque había comenzado el día, llenando el aire con su capa grisácea y fría, aunque el ataque llegó por el este, contrario al viento... no notó nada hasta que fue demasiado tarde.

Acababa de recorrer la cumbre del promontorio, explorando el terreno que circundaba la depresión, y regresaba para sentarse bajo el breve abrigo del enebro, cuando al fin tuvo conciencia del peligro. Algo inminente corría con el viento, la atmósfera de la depresión se hizo súbitamente tensa. Un instante después, oscuras figuras se alzaron de la nieve alrededor de Vasallodelmar y Lena. Covenant trató de gritar una advertencia, y las figuras atacaron.

Se puso en pie de un salto y bajó corriendo a la depresión. Bajo él, Vasallodelmar se puso de rodillas, apartando a los oscuros asaltantes. Lanzando un grito de cólera, Lena luchó contra quienes la atacaban inmovilizándola sobre las mantas. Antes de que Covenant pudiera llegar hasta ella, alguien le golpeó por detrás, derribándolo sobre la nieve.

Rodó y pudo ponerse en pie, pero en seguida unos brazos le cogieron por el pecho, por encima de los codos. Sus propios brazos quedaron atrapados. Luchó, se movió violentamente de un lado a otro, pero su captor era demasiado fuerte y no podía zafarse de la presa. Entonces una voz neutra, extraña, le dijo al oído:

—Quédate quieto o te romperé la espalda.

Su impotencia le puso furioso.

—Pues rómpela —jadeó entre dientes, mientras seguía agitándose—. Soltad a la mujer.

Lena se resistía frenéticamente, gritando su frustración y su ultraje por no poder liberarse.

—¡Vasallodelmar! —gritó Covenant.

Pero vio con asombro que el Gigante no luchaba. Sus atacantes se habían apartado de él, y permanecía inmóvil, mirando con grave semblante al captor de Covenant.

El Incrédulo se sentía mortificado.

Los atacantes levantaron rudamente a Lena, a la que ya habían atado las muñecas con cuerdas. Ella seguía agitándose, pero ahora su único propósito parecía ser liberarse para poder correr hacia Covenant.

Entonces habló Vasallodelmar. Lo hizo en un tono neutro, que contenía una peligrosa vibración.

—Suéltale. —Como los brazos que sujetaban a Covenant no aflojaron su presión, el Gigante añadió—: ¡Piedra y Mar! Si le has hecho daño lo lamentarás. ¿No me conoces?

—Los Gigantes han muerto —dijo desapasionadamente la voz del hombre que mantenía cautivo a Covenant—. Sólo quedan Gigantes-Delirantes.

—¡Soltadme! —gritó Lena—. ¡Oh, estúpidos, miradle bien! ¡*Melenkurion abatha!* ¿Es acaso un Delirante?

Pero Covenant no podía decir si se refería a Vasallodelmar o a él mismo. Su captor ignoró a Lena.

—Hemos visto... hemos visto La Aflicción. Hice ese viaje para contemplar la obra de los Delirantes.

Una sombra pasó por los ojos de Vasallodelmar, pero su voz no vaciló.

—Entonces desconfía de mí. Mírale, como sugiere Lena, la hija de Atiaran. Es Thomas Covenant.

Abruptamente, los fuertes brazos dieron la vuelta a Covenant. Éste se vio ante un hombre fornido, de mirada apagada y semblante autoritario. No llevaba más que una túnica delgada y corta, como si el frío no le afectara. En ciertos detalles había cambiado: sus cejas eran níveas contra la piel morena, el cabello estaba entreverado de gris, y profundas arrugas corrían como la erosión del tiempo por sus mejillas, más

allá de las comisuras de la boca. Pero no por ello Covenant dejó de reconocerle.  
Era Bannor, de la Escolta de Sangre.

## IX

# EL REFUGIO DE LOS HOMBRES DE RA



ovenant se quedó aturdido al ver al Guardián de Sangre. Unos hombres ágiles, de piel curtida como el terruño, algunos con túnicas cuyo color se confundía con el blanco grisáceo de la nieve, se aproximaron más a él para comprobar su identidad.

—Barón del Anillo —musitaron.

—Pero Mhoram dijo...

Si, Mhoram había dicho que la Escolta de Sangre ya no existía.

Bannor se inclinó ligeramente ante él.

—Perdona mi error, ur-Amo Covenant, pero vas muy bien disfrazado.

—¿Disfrazado?

Covenant no sabía de qué le hablaba. El dolor del Amo Mhoram transmitía tanta convicción... Bajó la vista, como si esperase descubrir que a la mano derecha de Bannor le faltaban dos dedos.

—Llevas una chaqueta de pedrario y sandalias, y estás en compañía de un Gigante. —La mirada impasible de Bannor sostuvo la de Covenant—. Además, hiedes a infección. Sólo es posible reconocerte por tus facciones.

—Reconocerme —dijo Covenant sin poder contenerse. Repitió aquella palabra porque era la última que había pronunciado Bannor. Luchando para dominarse, añadió con voz ronca—: ¿Por qué no estás con los Amos?

—El Voto sufrió los efectos de la Corrupción. Ya no servimos a los Amos.

Esta respuesta le pareció absurda a Covenant. La confusión le impedía comprender. ¿Había dicho Mhoram algo semejante? Notó que las rodillas le temblaban como si se hubiera movido el terreno bajo sus pies. «Ya no servimos a los Amos», repitió mecánicamente. No sabía qué significaban aquellas palabras.

Pero entonces llegaron a sus oídos los sonidos de Lena.

—Le habéis hecho daño —dijo enfurecida—. ¡Soltadme!

Covenant hizo un esfuerzo para serenarse.

—Dejadla —le dijo a Bannor—. ¿No sabéis quién es?

—¿Ha dicho el Gigante la verdad?

—¿Cómo? —preguntó el Incrédulo, estupefacto ante la desconfianza del Guardián. Pero por el bien de Lena, aspiró hondo y contuvo su ira—. Es la madre del Ama Superior Elena. Diles que la suelten.

Bannor miró a Covenant y Lena, y luego dijo con un tono distante:

—Los Amos hablaron de ella. Fueron incapaces de curarla. —Se encogió levemente de hombros—. Fueron incapaces de solucionar muchas cosas.

Antes de que Covenant pudiera responder, el Guardián de Sangre hizo una seña a sus compañeros. Un instante después, Lena estaba al lado de Covenant. De entre los pliegues de su túnica, la mujer sacó un cuchillo de piedra y lo blandió ante Bannor y el Incrédulo.

—Si le has hecho daño, viejo —dijo enfurecida al Guardián—, me cobraré el precio cortándote la piel.

Bannor alzó una ceja. Covenant la cogió por un brazo, tratando de retenerla, pero estaba demasiado aturdido para encontrar la manera de calmarla.

—Lena, Lena —musitó vanamente.

Vasallodelmar se reunió con ellos, y Covenant le miró, solicitando su ayuda.

—Ah, mi Reina —dijo el Gigante—. Recuerda tu Juramento de Paz.

—¡Paz! —exclamó Lena irritada—. Háblales a ellos de paz. Atacaron al Incrédulo.

—No obstante, no son nuestros enemigos. Son los hombres de Ra.

Ella miró incrédula al Gigante.

—¿Los hombres de Ra? ¿Los que cuidan de los Ranyhyn?

Covenant también le miró fijamente. ¿Los hombres de Ra? De un modo inconsciente había supuesto que los compañeros de Bannor eran otros Guardianes de Sangre. Los hombres de Ra siempre habían odiado en secreto a los Guardianes, porque eran muchos los Ranyhyn que habían muerto mientras transportaban a los miembros de la Escolta en los combates. ¿Hombres de Ra y Guardianes de Sangre juntos? El suelo pareció moverse realmente bajo él. Nada era como el creía. Si le dijeran la verdad de todo lo sucedido en el Reino, le sorprendería o consternaría...

—Sí —replicó el Gigante a Lena.

Y ahora Covenant reconoció por sí mismo a la gente de Ra. Ocho de ellos, hombres y mujeres, le rodeaban. Eran enjutos y vivaces, con los rostros afilados de los cazadores, y la piel tan bronceada a causa de los años pasados al aire libre que ni siquiera aquel invierno podía hacerles palidecer. Con excepción de las cortas túnicas que constituían su camuflaje, vestían a la manera de los hombres de Ra, con unas prendas cortas que dejaban al descubierto los brazos y piernas. Iban descalzos. Siete de ellos tenían el pelo cortado y llevaban al cinto las cuerdas características de los Cordones. El octavo era un Fustigador como evidenciaba su correa de combate atada al largo cabello negro y el pequeño círculo de flores amarillas entretejidas sobre la cabeza.

Sin embargo, habían cambiado, no eran como los hombres de Ra que Covenant había conocido cuarenta y siete años atrás. La alteración más fácil de ver era su

actitud hacia él. Durante su primera visita al Reino le habían mostrado un temeroso respeto. Era el Barón del Anillo, el hombre ante el que se habían inclinado un centenar de Ranyhyn. Pero ahora sus rostros orgullosos y severos le contemplaban con aspereza y una ira contenida, como si les hubiera deshonrado al cometer alguna perfidia innombrable.

Aquél no era el único cambio visible en ellos. Al observarles con más detención, Covenant se dio cuenta de una diferencia significativa, algo que no podía definir. Tal vez se comportaban con menos confianza u orgullo. Quizá les habían atacado tantas veces que habían adquirido la costumbre de retroceder y mantenerse a la expectativa. Quizá aquella proporción de siete Cordones y un Fustigador, en vez de tres o cuatro a uno, como debería ser, indicaba que habían perdido a muchos de sus dirigentes, los maestros de la ciencia Ranyhyn. Fuera cual fuese la razón, parecían perturbados, tenían un aspecto de erosión, como si algún espectro subliminal royera su valor. Mientras los observaba, Covenant tuvo el súbito convencimiento de que soportaban a Bannor, incluso lo seguían, porque ya carecían de suficiente seguridad en sí mismos para negarle nada a un Guardián de Sangre.

Al cabo de un momento, Covenant se dio cuenta de que Lena estaba hablando, ahora más confusa que airada.

—¿Por qué nos habéis atacado? ¿No podéis reconocer al Incrédulo? ¿No recordáis a los Hermanos-piedra del Reino? ¿No podéis ver que he cabalgado a los Ranyhyn?

—¡Cabalgado! —exclamó el Fustigador.

—Mi Reina —dijo quedamente Vasallodelmar—. Los hombres de Ra no cabalgan.

—En cuanto a los Gigantes —siguió diciendo el hombre—. Son unos traidores.

—¿Traidores?

A Covenant le latieron las sienes, como si estuviera demasiado cerca de un abismo oculto por la nieve.

—En dos ocasiones los Gigantes han llevado a los ejércitos del Barón del Colmillo al norte de las Llanuras de Ra. Estos «Hermanos-piedra» han enviado centenares de miles de colmillos y garras para desgarrar la carne de los Ranyhyn. ¡Mira! —Rápidamente se quitó el cordón del pelo y lo sostuvo tenso como un garrote—. Todos los cordones de los hombres de Ra están ennegrecidos de sangre. —Apretó los nudillos como si estuviera a punto de arrojarlos contra el Gigante—. La Mansión ha sido abandonada. Los hombres de Ra y los Ranyhyn están desperdigados. ¡Gigantes!

Escupió como si el sabor de aquella última palabra le resultara repugnante.

—Pero tú me conoces —dijo Vasallodelmar a Bannor—. Sabes que no soy uno de los tres que cayeron bajo el poder de los Delirantes.

Bannor se encogió de hombros, con un gesto de reserva.

—Dos de ellos han muerto. ¿Quién puede decir adónde han ido esos Delirantes?

—Soy un Gigante, Bannor —insistió Vasallodelmar en tono de súplica, como si fuera ésa la única prueba de su fidelidad—. Fui yo quien llevó por primera vez a Thomas Covenant hasta Piedra Deleitosa.

Sus palabras no conmovieron a Bannor.

—¿Por qué entonces estás vivo?

Al oír esto una nube de dolor empañó los ojos del Gigante. Con un tono lleno de pesar explicó:

—Estaba ausente de *Coercrí* cuando... cuando llegaron a su fin las vidas de mis congéneres en Límite del Mar.

El Guardián de Sangre enarcó una ceja, pero no se ablandó. Al cabo de un momento, Covenant se dio cuenta de que la resolución de aquel atolladero estaba en sus manos. Hizo un esfuerzo y se volvió a Bannor.

—No puedes decir que no me recuerdas. Probablemente tienes pesadillas en las que aparezco yo, aunque no duermas jamás.

—Te conozco, ur-Amo Covenant —dijo Bannor. Las aletas de su nariz se movían como si le ofendiera el olor de la enfermedad.

—También tú me conoces —dijo Covenant al Fustigador, con creciente ansiedad—. Tu gente me llama el Barón del Anillo, y los Ranyhyn retrocedieron ante mí.

El Fustigador desvió la mirada. Por un instante, la expresión de su rostro reflejó la tragedia que vivía.

—No hablemos del Barón del Anillo —dijo en voz baja—. Los Ranyhyn eligieron, y no nos compete a nosotros juzgar las elecciones de los Ranyhyn.

—¡Entonces marcharos! —Covenant no quería gritar, pero estaba demasiado lleno de temores indefinidos para poder contenerse—. ¡Dejadnos en paz! ¡Maldita sea! Ya tenemos bastantes problemas tal como están las cosas.

Su tono hizo que despertara de nuevo el orgullo del Fustigador, el cual le preguntó gravemente:

—¿Por qué has venido?

—No he venido... No tengo ningún deseo de estar aquí.

—¿Qué te propones?

—Pretendo hacer una visita a la Guarida del Execrable —dijo mordazmente Covenant.

Sus palabras sobresaltaron a los Cordones, cuyo aliento silbó al pasar entre sus dientes apretados. El Fustigador oprimió su arma.

Un brillo de deseo salvaje apareció brevemente en los ojos de Bannor, pero en seguida recuperó su impassibilidad. Miró al Fustigador y luego dijo:

—Ur-Amo, tienes que acompañarnos junto con tus compañeros. Te llevaremos a



un lugar donde más hombres de Ra puedan reconocerte.

—¿Somos tus prisioneros? —preguntó Covenant con ira contenida.

—Ur-Amo, nadie levantará la mano contra ti en mi presencia. Pero hay que considerar detalladamente estos asuntos.

Covenant miró el rostro inexpresivo de Bannor y luego se dirigió al Gigante.

—¿Qué opinas de esto?

—No me gusta este tratamiento —intervino Lena—. Corazón Salado Vasallodelmar es un auténtico amigo del Reino. Atiaran, mi madre, hablaba con alegría de todos los Gigantes. Y tú eres el Incrédulo, el portador del oro blanco. Nos muestran falta de respeto. Dejémoslos y sigamos nuestro camino.

Vasallodelmar les replicó a ambos:

—Los hombres de Ra no están ciegos, ni Bannor tampoco. Con el tiempo me verán más claramente, y vale la pena buscar su ayuda.

—De acuerdo —musitó Covenant—. De todos modos, no sirvo para luchar. —Se dirigió rígidamente a Bannor—: Iremos contigo. —Entonces, a causa de todo lo que había sucedido entre él mismo y el Guardián de Sangre, añadió—: Al margen de todo lo que ocurre aquí, has salvado mi vida con demasiada frecuencia para que ahora empiece a desconfiar de ti.

Bannor se inclinó nuevamente. En seguida el Fustigador dio algunas órdenes a los Cordones. Dos de éstos echaron a correr hacia el noreste, y otros dos fueron a ocupar posiciones de vigilancia a cada lado del grupo, mientras los restantes recogían pequeños zurroneos que habían estado en lugares ocultos alrededor de la hondonada. Mientras los observaba, Covenant se sorprendió de nuevo de la facilidad y rapidez con que podían confundirse con su entorno. Incluso las huellas de sus pisadas parecían desvanecerse. Cuando Vasallodelmar terminó de guardar sus cosas en el saco de cuero, los demás ya habían borrado todo signo de su presencia en la hondonada, la cual parecía tan intocada como si nadie hubiera estado nunca allí.

Poco después, Covenant emprendió la marcha flanqueado por Lena y Vasallodelmar, en la misma dirección que habían seguido los dos que echaron a correr. El Fustigador y Bannor avanzaban a paso rápido delante de ellos, y los tres Cordones restantes iban detrás, como guardianes. Parecían marchar al descubierto, como si no temieran la presencia de enemigos. Pero en dos ocasiones, al mirar atrás, Covenant vio que los Cordones borraban las huellas de su paso impresas en el hielo grisáceo del suelo.

La presencia de aquellos tres garrotes a sus espaldas, prestos a golpear, sólo aumentaba la confusión de Covenant, a pesar de su larga experiencia con la hostilidad, no estaba preparado para semejante desconfianza por parte de los hombres de Ra. Estaba claro que tenían lugar importantes acontecimientos, de los que él no tenía la menor idea. Su ignorancia le afligía, dándole la sensación de que el destino

del Reino avanzaba hacia una crisis, una concatenación fundamental en la que no resultaba patente su propio papel. Le estaban ocultando los hechos. Aquella sensación le hacía tener dudas sobre su objetivo, como si el edificio de su resolución estuviera levantado sobre arenas movedizas. Tenía que hacer preguntas y obtener respuestas. Pero la amenaza tácita de aquellas cuerdas de los hombres de Ra le desconcertaba. ¡Y Bannor...! No podía dar forma a sus preguntas, ni siquiera para sí mismo.

Además, estaba cansado. Ya había viajado durante toda la noche, y no había dormido desde la tarde anterior. Sólo habían transcurrido cuatro días desde que le invocaron para que apareciese en el Reino. Mientras se esforzaba para mantener su paso, descubrió que carecía de la fuerza de concentración necesaria para pensar.

La condición de Lena no era mejor. Aunque su salud era más recia que la de Covenant, no dejaba de ser una anciana que no estaba preparada para largas caminatas. Gradualmente, Covenant se preocupó tanto por ella como por su propia fatiga. Lena empezó a apoyarse en su hombro, y el Incrédulo anunció a Bannor que deberían descansar.

Durmieron hasta media tarde y luego viajaron hasta bien entrada la noche antes de acampar de nuevo. Y a la mañana siguiente, antes de que amaneciera, ya estaban otra vez en camino. Pero Covenant y Lena se encontraban mejor. La comida que les dieron los hombres de Ra estaba caliente y era nutritiva. Cuando el alba gris cedió el paso a un día cargado de nubarrones, alcanzaron el borde de las colinas y avistaron las Llanuras de Ra. Desde aquel punto giraron al norte, permaneciendo en el quebrado terreno al borde de las colinas en vez de aventurarse por las desoladas y frías extensiones de las Llanuras. A pesar de lo abrupto del terreno, su marcha les pareció más fácil. Con el tiempo, Covenant se recuperó lo suficiente para empezar a hacer preguntas.

Como siempre, le resultó muy duro interrogar a Bannor. La impasibilidad absoluta del Guardián de Sangre le intimidaba, y a menudo su frustración le hacía sentirse rencoroso o airado. Aquella reticencia parecía insoportablemente inmune al juicio... la antítesis de la lepra. Ahora todos los Guardianes de Sangre habían abandonado a los Amos, Piedra Deleitosa y el rechazo a la muerte. Las Defensas de los Amos caerían sin ellos. Y sin embargo, Bannor estaba allí, vivo y actuando con los hombres de Ra. Cuando Covenant intentó hacer preguntas, sintió que ya no conocía al hombre con el que hablaba.

Bannor respondió a sus primeros intentos de interrogarle presentándole a los hombres de Ra, el Fustigador Kam y sus Cordones Whane, Lal y Puhl, y asegurándole que llegarían a su destino al día siguiente por la noche. Le explicó que aquel grupo de hombres de Ra constituía una patrulla de exploración que tenía a su cargo la responsabilidad de detectar intrusos a lo largo del margen occidental de Ra. Habían descubierto a Covenant y sus compañeros por casualidad, sin proponérselo.

El Incrédulo preguntó por Rue, la Fustigadora que había llevado a Piedra Deleitosa la noticia del ejército mandado por Descuartizador siete años atrás, y Bannor replicó sin la menor emoción que había muerto poco después de su regreso a casa. A partir de aquí, a Covenant le resultó en extremo difícil obtener de Bannor las respuestas a lo que deseaba saber.

Finalmente, no pudo hallar ninguna manera suave para formular la pregunta esencial.

—Has abandonado a los Amos —le dijo violentando su voz—. ¿Por qué estás aquí?

—El Voto ha sido roto. ¿Cómo podíamos quedarnos?

—Ellos te necesitan más que nunca.

—Te he dicho que el Voto fue quebrado, ur-Amo. Muchas cosas se rompieron cuando tú estabas ausente. No pudimos... ur-Amo, ya soy viejo. Yo, Bannor, Primer Signo de la Escolta de Sangre. Necesito dormir y comida caliente. Aunque me crié para vivir en las montañas, este frío me hiela los huesos. Ya no soy un buen servidor para Piedra Deleitosa... no, ni para los Amos, aunque no estén a la altura del Amo Superior Kevin que los precedió.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué no regresaste a tu casa y olvidaste todo esto?

El tono de Covenant hizo estremecerse a Vasallodelmar, pero Bannor replicó con voz neutra:

—Ése era mi propósito... cuando abandoné las Defensas de los Amos. Pero descubrí que no podía olvidar. He cabalgado demasiados Ranyhyn. Por la noche los veía... corrían en mis sueños como blancas nubes en un cielo limpio. ¿No los has contemplado? Sin necesidad de Votos ni desafíos a la muerte, sobrepasan la fe de los Guardianes de Sangre. Por eso regresé.

—¿Sólo por tu afecto hacia los Ranyhyn? ¿Dejaste que los Amos y Piedra Deleitosa se fueran al infierno sólo porque no podías dejar de montar a los Ranyhyn?

—Yo no los monto.

Covenant le miró fijamente.

—He llegado a compartir la obra de los hombres de Ra. Algunos *Haruchai*... no sé cuántos... algunos sintieron lo mismo que yo. Conocimos a Kevin en los inicios de su gloria y no pudimos olvidar. Aquí están Terrel y Runnik. Y hay otros. Enseñamos nuestras habilidades a los hombres de Ra y aprendemos de ellos a cuidar de los grandes caballos. Quizá aprendamos a encajar nuestro fracaso antes de morir.

¡Encajar su fracaso! La simplicidad de la explicación que le daba el Guardián de Sangre le desalentó. Así pues, tantos siglos de servicio intachable, incluso sin conocer el sueño, habían terminado de aquel modo.

No le hizo a Bannor más preguntas, pues temía las respuestas que pudiera darle.

Durante el resto del día perdió el contacto con su propósito. A pesar de la preocupación y la compañía de Vasallodelmar y Lena, caminó entre ellos totalmente abstraído, ajeno a su presencia. Las palabras de Bannor habían aterido su corazón. Y aquella noche durmió boca arriba, mirando el cielo, como si no creyera que podría ver de nuevo el sol.

Pero a la mañana siguiente recordó. Poco después del alba, el grupo del Fustigador Kam se encontró con otro Cordón, que iba camino del borde de las Llanuras llevando en sus manos dos pequeños ramos de flores amarillas. El gélido viento hacía que sus pétalos se agitaran patéticamente. Tras saludar al Fustigador Kam, corrió al campo abierto y lanzó unos agudos gritos en un lenguaje que Covenant no podía comprender. Repitió los gritos y luego aguardó con las manos extendidas, como si ofreciera las flores al viento.

Poco después, del refugio helado de un barranco salieron dos Ranyhyn, un semental y una yegua. El pecho del primero tenía heridas recientes producidas por garras, y la yegua tenía una expresión desolada, vacía, como si acabara de perder a un potrillo. Ambos animales estaban delgados como esqueletos. Las ancas y los cuartos delanteros estaban descarnados a causa del hambre, las costillas se les marcaban bajo la piel y apenas parecían capaces de mantener alta la cabeza. Sin embargo respondieron con relinchos a la llamada del Cordón. Avanzaron con un trote tambaleante y en seguida empezaron a comer las flores que les ofrecía, las cuales desaparecieron en tres bocados. El Cordón los abrazó y luego se volvió con lágrimas en los ojos.

Sin decir palabra, el Fustigador Kam entregó al Cordón la guirnalda de flores sucias que llevaba a la cabeza, para que los Ranyhyn pudieran comer un poco más.

—Son flores de *amanibhavam*, la hierba curativa de Ra —explicó rígidamente a Covenant—. Es una hierba resistente y este invierno no le afecta tanto como desearía el Execrable. Los mantendrá con vida un día más.

Mientras hablaba, miraba con expresión fiera a Covenant, como si el lamentable estado de aquellos dos caballos fuera obra del Incrédulo. Señaló bruscamente con la cabeza al Cordón que alimentaba a los Ranyhyn, y añadió:

—Hoy ha caminado diez leguas para darles esa escasa comida, toda la que ha podido encontrar.

El pesar contorsionaba su rostro, dándole el aspecto de víctima de una maldición. Dio media vuelta y se alejó con la cabeza gacha, de nuevo hacia el norte, a lo largo de los bordes de las Llanuras.

Covenant recordó... Ahora no le costaba recordar cuál era su propósito. Cuando siguió al Fustigador, caminaba como si combatiera con su cólera la insensibilidad de sus pies enfermos.

Durante el curso de aquel día vio a otros Ranyhyn. Dos de ellos no presentaban

lesiones, pero estaban esqueléticos, débiles, sin fuerzas. A aquellas alturas ya no debía faltarles mucho para perecer de hambre.

La visión de aquellos animales le causó a Lena una fuerte impresión. Los percibía sin ninguna distorsión de su fantasía, tal como estaban. A medida que pasaba el tiempo sus ojos parecían hundirse, como si quisieran ocultarse en el interior del cráneo, y oscuros círculos como moratones rodeaban las órbitas. Miraba a su alrededor con los ojos entrecerrados, como si le costara ver incluso a Covenant, que estaba a su lado..., como si no viera más que las costillas salientes y los miembros descarnados de los Ranyhyn.

Covenant la cogió del brazo, guiándola y sosteniéndola lo mejor que podía. El cansancio dejó de importarle gradualmente, y hasta el viento cortante, que barría las Llanuras, pareció perder su intensidad. Avanzó detrás de Kam como un extravagante profeta que hubiera llegado para someter a los hombres de Ra a su voluntad.

A media tarde llegaron a los puestos avanzados del lugar adonde se dirigía Kam. De repente aparecieron ante ellos dos Cordones, surgidos de entre unos zarzales, y saludaron al Fustigador Kam al estilo de los hombres de Ra, con las manos alzadas a cada lado de la cabeza y las palmas, sin armas, abiertas. Kam devolvió el saludo, les habló en voz baja y luego hizo una seña para que Covenant, Lena y Vasallodelmar siguieran adelante con él. Mientras retrocedían a las colinas, les dijo:

—Mis Cordones sólo han podido llamar a otros tres Fustigadores, pero cuatro serán suficientes.

—¿Suficientes? —preguntó Covenant.

—Los hombres de Ra aceptarán un juicio efectuado por cuatro Fustigadores.

Covenant miró directamente a Kam. Un momento después, el Fustigador se alejó con un aire curiosamente intimidado, como si hubiera recordado de repente la deferencia de los Ranyhyn hacia aquel hombre. Se apresuró a conducir al grupo hacia arriba, en dirección contraria a la del viento que soplaba a sus espaldas.

Treparon a dos altos riscos, uno tras otro, desde los que obtuvieron una visión panorámica de las Llanuras. El suelo se extendía tras ellos como una inmensa sábana de desolación, despojado de vida por el hielo y la nieve de aquel invierno interminable. Pero el Fustigador Kam siguió rápidamente su camino, ignorando el penoso panorama. Llevó a sus compañeros más allá de los riscos, hasta un valle muy bien escondido entre escarpados oteros y cumbres de colinas. Aquel valle estaba bastante resguardado del viento, y en sus laderas crecían algunas *amanibhavam* cultivadas, que aún no estaban maduras. Entonces Covenant recordó lo que había oído sobre el *amanibhavam* durante su visita anterior a las Llanuras de Ra. Aquella hierba, que tenía el extraño poder de ser curativa para los caballos, era venenosa para los hombres.

Aparte de la hierba, el valle no contenía más que matorrales muertos inclinados

en diversos puntos contra las laderas más pronunciadas. El fustigador Kam se dirigió directamente al más espeso. Al acercarse, cuatro Cordones salieron de entre la maleza a su encuentro. Tenían un aspecto tenso y frágil que hizo percatarse a Covenant de lo jóvenes que eran. Incluso las dos muchachas mayores parecían haber recibido su Cordonación antes de tiempo. Saludaron a Kam nerviosamente, y cuando éste les devolvió la reverencia, se hicieron a un lado para dejarle entrar en el espacio oculto por los matorrales.

Covenant siguió a Bannor y descubrió que en el fondo había una estrecha grieta en la ladera de la colina. Aunque esta grieta no se cerraba, era tan irregular que Covenant no podía ver dónde estaba su fin. Bajo sus pies, una capa de hojas húmedas y muertas apagaba sus pisadas. Pasó en silencio como una sombra entre las frías paredes de piedra. Un olor a musgo viejo llenó sus fosas nasales, como si las hojas amontonadas llevaran muchos años pudriéndose en el interior de la grieta, pero a pesar de su humedad notó el débil calor que irradiaba de ellas. Nadie hablaba. Cogiendo la mano de Lena con su propia mano insensible, el Incrédulo avanzó tras Bannor a lo largo de la hendidura que se retorció a través de la roca.

Por fin el Fustigador Kam se detuvo. Esperó a que Covenant llegara a su lado, y le dijo en voz baja:

—Ahora entramos en los lugares secretos del refugio de los hombres de Ra. Queda advertido, Barón del Anillo, de que si no nos hacen confiar en ti y en tus compañeros, no saldrás de este lugar. En todas las Llanuras de Ra y las colinas circundantes, éste es el último refugio.

»Hubo un tiempo en que los hombres de Ra dispusieron de varios sitios como éste donde refugiarse. En ellos los Fustigadores atendían las terribles heridas sufridas por los Ranyhyn y adiestraban a los Cordones en los ritos secretos de su Cordonación. Pero uno tras otro, cada refugio ha sido descubierto... traicionado. — Al decir esto, Kam fijó en Covenant una mirada demoníaca—. Aunque los hemos preservado con toda la habilidad de que somos capaces, los *kresh*, los ur-viles y los Entes de la Cueva, todas las formas malignas de vida, han encontrado nuestros refugios ocultos y los han destruido.

Miraba al Barón del Anillo como si buscara algún indicio de que Covenant podría traicionarles.

—Te mantendremos aquí... mataremos a tus compañeros... antes que permitir la traición que acabe también con este lugar.

Sin dar a Covenant tiempo para replicar, giró sobre sus talones y rodeó otra curva de la hendidura.

Covenant le siguió, con el ceño fruncido. Al doblar la esquina, se encontró en una amplia cámara. Había poca luz, pero podía ver lo suficiente para discernir a varios Ranyhyn que estaban de pie junto a las paredes. Comían unos magros haces de

hierba, y era tan penetrante el aroma del *amanibhavam* en aquel espacio cerrado, que a Covenant le dio vueltas la cabeza. Todos los caballos estaban heridos, algunos de tal gravedad que apenas podían mantenerse de pie. Uno de ellos había perdido parte del rostro en una refriega, otro todavía sangraba de los desgarrones que unas garras terribles le habían abierto en el flanco, otros dos tenían las patas rotas, con astillas de hueso que les traspasaban cruelmente la piel.

Mientras los miraba con expresión adusta, los caballos se fijaron en él. Se movieron inquietos y alzaron dolorosamente las cabezas. Le miraron durante largo rato con extrañeza, como si debieran sentir miedo pero estuvieran tan heridos que ni siquiera podían temer. Entonces, con movimientos agónicos, hasta los caballos que tenían las patas rotas intentaron retroceder y encabritarse ante él.

—Basta, basta —dijo Covenant, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta. Se cubrió el rostro con las manos, tratando de evitar una visión abominable—. No puedo soportarlo.

Bannor le cogió por el brazo con firmeza y le internó en otro pasadizo a través de la roca. Apenas había andado unos pasos cuando Covenant sintió que le flaqueaban las piernas, pero Bannor lo sostuvo con fuerza. Aferrándose con sus dedos inútiles a los hombros del Guardián de Sangre, el Increíble dio media vuelta hasta quedar frente a su acompañante.

—¿Por qué? —preguntó con voz entrecortada—. ¿Por qué han hecho eso?

El rostro y la voz impasibles de Bannor no revelaban nada.

—Eres el Barón del Anillo. Te hicieron promesas.

—Promesas. —Covenant se pasó una mano por los ojos. Las promesas de los Ranyhyn acudieron lentamente a su memoria—. Maldita sea —susurró, e hizo un esfuerzo para separarse de Bannor. Apoyándose en la pared de la grieta, apretó sus puños temblorosos como si quisiera extraer firmeza de ellos. Anhelaba cerrar sus dedos en la garganta del Despreciativo—. ¡Habría que matarlos! —exclamó con voz ronca—. ¡Habría que librarles de su desgracia! ¿Cómo podéis ser tan crueles?

—¿Eso es lo que se hace en tu mundo, Barón del Anillo? —inquirió el Fustigador Kam.

—Son Ranyhyn —replicó Bannor en tono neutro—. No te atrevas a ofrecerles amabilidad. ¿Como puede un humano decidir por ellos la elección de la muerte y el dolor?

Al oír esto, Vasallodelmar tocó el hombro de Bannor en un gesto de respeto.

Covenant deseaba gritar, pero apretó las mandíbulas hasta que le dolieron para imponerse el silencio. Siguió el gesto del Gigante, se volvió y dirigió a Vasallodelmar una mirada lúgubre. Tanto el Gigante como Bannor habían sido testigos de su trato con los Ranyhyn cuarenta y siete años atrás, la primera vez que los grandes caballos se encabritaron ante él. Bannor, Vasallodelmar, Mhoram y Quaan podrían ser los

últimos supervivientes que quedaban de la Indagación por el Bastón de la Ley. Pero bastaban. Podían acusarle. Los hombres de Ra le acusarían. Todavía no sabía todas las cosas de las que podrían acusarle.

Su alianza matrimonial le venía grande en el dedo anular. Había perdido peso y el oro blanco colgaba como si careciera de sentido. Covenant necesitaba su poder. Sin poder, temía averiguar las cosas que le ocultaban.

De repente, se acercó a Kam y aplicó un dedo rígido al pecho del Fustigador.

—Por todos los diablos, si haces esto solamente por orgullo, deseo que te pudras. Podrías haberlos llevado al sur, a las montañas... podrías haberles evitado esto. El orgullo no es una excusa suficiente.

—No es orgullo —dijo Kam en voz baja, con expresión herida—. Los Ranyhyn no quieren irse.

Covenant le creyó sin desearlo. No podía dudar de lo que veía en el Fustigador. Retrocedió, enderezó los hombros y aspiró hondo.

—Entonces será mejor que me ayudes. Confía en mí tanto si quieres como si no. Odio al Execrable tanto como tú.

—Es posible —replicó Kam, recobrando su severidad—. No contradiremos a los Ranyhyn con respecto a ti. He visto... No lo creería si no lo hubiera visto. ¡Encabritarse ante ti! ¡Y heridos como están! No tienes por qué temernos. Pero la cuestión es diferente con tus compañeros. La mujer —hizo un esfuerzo para hablar con sosiego—... No desconfío de ella, pues se ve en su rostro el amor que siente por los caballos. Pero ese Gigante... debe demostrar sus intenciones.

—Te escucho, Fustigador —dijo Vasallodelmar con calma—. Respetaré tu desconfianza lo mejor que pueda.

Kam sostuvo la mirada del Gigante y luego miró a Bannor. Éste se encogió de hombros, impasible. Kam hizo un gesto con la cabeza y siguió avanzando a lo largo de la grieta.

Antes de seguirle, Covenant apretó de nuevo la mano de Lena. Ésta no levantó la cabeza, y en las tinieblas que les rodeaban el Incrédulo no podía distinguir sus ojos.

—Sé valiente —le dijo tan suavemente como pudo—. Tal vez las cosas no sean tan malas.

Ella no respondió, pero cuando Covenant hizo que avanzara no se resistió. La mantuvo a su lado, y pronto salieron juntos por el extremo del pasadizo.

La grieta daba a un valle oculto que parecía espacioso tras la estrechez del pasillo. El suelo era de tierra apelmazada, y unos escarpados muros se alzaban y sólo dejaban entrever en lo más alto una estrecha franja de cielo crepuscular. El mismo valle era largo y hondo, y formaba una vaga S, finalizando en otra grieta en las colinas. Columnas rocosas y montones de piedras se levantaban contra las paredes en diversos lugares, y en las esquinas y hendiduras alrededor de aquellas piedras inmensas,



protegidas de las nevadas, estaban las tiendas de los hombres de Ra, los hogares nómadas de las familias individuales. Su número era muy escaso, lo cual resaltaba patéticamente en el cañón.

El Fustigador Kam se había anunciado con un grito al entrar en el valle, y cuando Covenant y Lena llegaron a su lado, docenas de hombres de Ra se acercaban ya hacia ellos, procedentes de las tiendas. A Covenant le impresionó que todos mostraran el mismo aspecto abatido de Kam. En agudo contraste con los Ranyhyn, no estaban mal alimentados. Los hombres de Ra eran bien conocidos por su habilidad como cazadores, y resultaba claro que eran más capaces de proporcionarse carne para sí mismos que hierba para los caballos. Sin embargo, no cabía duda de que sufrían. Todos los que no eran niños ni estaban inválidos llevaban el atuendo de Cordón, aunque incluso la mirada poco experta de Covenant podía ver que algunos no estaban en absoluto preparados para el trabajo y el riesgo de ser Cordones. Este hecho confirmaba su anterior suposición de que la población de los hombres de Ra se había reducido peligrosamente, ya fuera a causa del cruel invierno o de la guerra. Y todos ellos tenían el aspecto apurado e insomne de Kam, como si no hubieran podido descansar porque sus sueños estaban llenos de horror.

Ahora Covenant sabía por intuición lo que ocurría. Todos ellos, incluso los niños, estaban perturbados por el sangriento exterminio de los Ranyhyn. Temían que el significado, la razón de su misma existencia quedara pronto totalmente erradicada del Reino. Los hombres de Ra siempre habían vivido por los Ranyhyn, y ahora creían que sólo podrían sobrevivir lo suficiente para ver la matanza de los últimos Ranyhyn. Mientras los grandes caballos se negaran a abandonar las Llanuras, los hombres de Ra eran impotentes para evitar aquel fin.

Sólo su orgullo testarudo y combativo les impedía la desesperación.

Recibieron a Covenant, Lena y el Gigante con silencio y miradas vacías de expresión. Lena apenas pareció reparar en ellos, pero Vasallodelmar les hizo una reverencia al estilo de los hombres de Ra, y Covenant siguió su ejemplo, aunque el saludo exponía su anillo a la vista de todos.

Al ver el oro blanco, varios Cordones se pusieron a murmurar, y uno de los Fustigadores dijo sobriamente:

—Entonces es cierto. Ha regresado.

Cuando Kam les dijo lo que habían hecho los Ranyhyn heridos, algunos retrocedieron llenos de dolorosa sorpresa, y otros musitaron coléricamente entre dientes. Sin embargo, todos ellos se inclinaron ante Covenant; los Ranyhyn se habían encabritado al verlo, y los hombres de Ra no podían negarle su bienvenida.

Entonces los Ganatechos, los hombres de Ra que eran demasiado jóvenes o estaban demasiado tullidos para ser Cordones, se alejaron, y los tres Fustigadores a los que Kam había mencionado antes se adelantaron para que los presentaran. Tras

dar sus nombres, la Fustigadora Jain, la sombría mujer que acababa de hablar, preguntó a Kam:

—¿Era necesario admitir al Gigante?

—Es mi amigo —se apresuró a decir Covenant—, y Bannor sabe que es digno de confianza, aunque los Guardianes de Sangre tengan la cabeza demasiado dura para decir tal cosa en voz alta. No estaría yo aquí si no fuera por Corazón Salado Vasallodelmar.

—Me honras demasiado —replicó irónicamente el Gigante.

Los Fustigadores sopesaron las palabras de Covenant como si tuvieran más de un significado, pero Bannor intervino entonces.

—Corazón Salado Vasallodelmar compartió la Indagación por el Bastón de la Ley con el Amo Superior Prothall, el ur-Amo Covenant y la Fustigadora Lithe. En aquella época era digno de confianza. Pero he visto a muchos dignos de confianza caer en la Corrupción. Tal vez no quede nada de la antigua fe gigantina.

—Eso ni tú mismo lo crees —replicó Covenant.

Bannor alzó una ceja.

—¿Has visto la Aflicción, ur-Amo? ¿Te ha contado Corazón Salado Vasallodelmar lo que ocurrió en el hogar de los Gigantes en Límite del Mar?

—No.

—Entonces te has apresurado a otorgar tu confianza.

Covenant hizo un esfuerzo para contenerse.

—¿Por qué no me lo cuentas tú?

—No soy yo quien debe hacerlo. No te ofrezco conducirte a Ridjeck Thome.

Covenant empezó a protestar, pero Vasallodelmar le interrumpió poniéndole una mano sobre el hombro. A pesar de las emociones conflictivas que hacían fruncir el ceño al Gigante y producían un brillo peligroso en sus ojos cavernosos, habló con voz serena.

—¿Es costumbre de los hombres de Ra tener a sus huéspedes en pie bajo el frío y hambrientos tras un largo viaje?

Kam escupió en el suelo, pero la Fustigadora Jain replicó en tono tenso:

—No, no es ésa nuestra costumbre. Mira. —Señaló con la cabeza hacia el extremo del cañón, donde los Ganatechos se afanaban alrededor de una gran hoguera bajo el saliente de una columna rocosa—. La comida pronto estará lista. Es carne de *kresh*, pero podéis comerla sin reparo, pues ha sido cocinada muchas veces. —Entonces tomó a Lena por el brazo y le dijo—: Ven. Has sufrido al ver el estado de esos pobres Ranyhyn, y compartes así nuestro dolor. Haremos cuanto podamos para consolarte.

Mientras hablaba, condujo a Lena al lado del fuego.

Covenant hervía de frustración y temor, pero no podía rechazar el calor de la

fogata, que su organismo necesitaba imperiosamente. Las puntas de los dedos y los nudillos tenían un aspecto de congelación, además de su enfermiza insensibilidad, y sabía que si no atendía pronto sus pies correría el peligro de sufrir envenenamiento de la sangre y gangrena. El esfuerzo que hacía para dominarse era doloroso, pero siguió a Lena y Jain hasta el fuego. Con la mayor amabilidad de que fue capaz, pidió a uno de los Ganatechos agua caliente para bañarse los pies.

A pesar de su insensibilidad, el baño de los pies le proporcionó alivio. El agua caliente, unida al calor de la fogata, eliminó el frío que sentía hasta en los huesos, y sus pies no estaban tan seriamente afectados como había creído. La infección los había inflamado, pero el daño no era peor de lo que había sido unos días atrás. Por alguna razón, su cuerpo presentaba resistencia a la enfermedad. Le alegró descubrir que no corría un peligro inmediato de perder los pies.

Poco tiempo después, la comida estaba preparada. Los siete Cordones de Kam se sentaron con las piernas cruzadas, alrededor del fuego, con los cuatro Fustigadores, Bannor, Vasallodelmar, Lena y Covenant, y los Ganatechos colocaron ante ellos hojas de plátano seco a modo de platos. Covenant estaba situado entre Lena y Bannor. Un hombre cojo que murmuraba débilmente para sí mismo les sirvió a los tres guisado de patatas calientes. A Covenant no le gustaba precisamente la idea de comer carne de *kresh*, que esperaba encontrar fétida y correosa, pero había sido cocinada durante tanto tiempo, con hierbas tan potentes, que sólo quedaba un leve sabor amargo. Además, estaba caliente, y el deseo de calor de Covenant parecía insaciable. Comió como si pudiera prever largos días de frío y escasa comida por delante.

Tenía una buena razón. Sin ayuda, él y sus compañeros no podrían encontrar suficiente comida para el viaje a la Guarida del Execrable. Parecía recordar haber oído en alguna parte que la *alianta* no crecía en las Llanuras Estragadas. La hostilidad de los hombres de Ra le resultaba de mal agüero en más de un aspecto.

Aunque lo temía, sabía que debería profundizar hasta el fondo de aquella hostilidad.

Buscó un antídoto del miedo en la comida, pero mientras masticaba y pensaba, le interrumpió un hombre extraño que entró inesperadamente en el refugio. El recién llegado penetró por el extremo del cañón y se dirigió directamente a los hombres y mujeres sentados. Su atuendo se parecía vagamente al de los hombres de Ra, utilizaba los mismos materiales para la delgada camisa, los calzones y el manto, pero éste colgaba de los hombros de una manera que afectaba a su libertad de movimientos más de lo que habría tolerado cualquier hombre de Ra, y no llevaba ningún cordón de combate. En lugar del garrote de los hombres de Ra, llevaba una corta lanza como un bastón en una mano, y bajo el cinturón una afilada estaca de madera.

A pesar de que iba derecho hacia ellos, daba la impresión de que se sentía incómodo en su atrevimiento, como si tuviera alguna razón para creer que los

hombres de Ra podrían mofarse de él. Su mirada medrosa iba de un lado a otro, desviándose más que centrándose en lo que veía.

Otra cosa que Covenant no podía explicarse era la sensación que producía su persona de haber sido víctima de un ataque sangriento. Estaba limpio y sin heridas visibles. Ni la lanza ni la estaca evidenciaban un uso reciente. No obstante, había algo en él que evocaba sangre, matanza y hambre. Cuando el hombre llegó junto al fuego, Covenant se dio cuenta de que todos los nativos de Ra estaban rígidamente sentados en sus lugares, sin moverse, ni comer, ni mirar al extraño. Su conocimiento de aquel hombre les resultaba doloroso.

Al cabo de un momento, el hombre dijo en tono agresivo:

—¿Coméis sin mí? También yo necesito comida.

La Fustigadora Jain no alzó la mirada del suelo.

—Ya sabes que eres bienvenido. Quédate con nosotros o toma la comida que necesites.

—¿De veras soy tan bien recibido? ¿Dónde están los saludos y las palabras de bienvenida? ¡Bah! Ni siquiera te dignas mirarme.

Kam le dirigió una severa mirada con el ceño fruncido, y el hombre se estremeció y miró a otra parte.

—Has bebido sangre —le dijo Jain en voz baja.

—¡Sí! —se apresuró a exclamar el hombre—. Y estás ofendida. No comprendes nada. Si no fuera el mejor corredor y cuidador de los Ranyhyn en las Llanuras de Ra, me matarías aquí mismo sin tener en cuenta ni por un momento tus promesas.

—No olvidamos nuestras promesas con tanta rapidez —musitó sobriamente Kam.

El extraño hizo caso omiso a esta afirmación.

—Ahora veo que tenéis huéspedes. El Barón del Anillo en persona. Y un Gigante... —arrastró la palabra con un deje acerbo— si mis ojos no me engañan. ¿También son bien recibidos los Delirantes?

A Covenant le sorprendió oír hablar a Bannor antes de que Jain o Kam pudieran replicar.

—Es Corazón Salado Vasallodelmar.

La extraña inflexión en la voz del Guardián de Sangre parecía comunicar un hecho decisivo.

—¡Corazón Salado Vasallodelmar! —se burló el extraño, pero no sostuvo la mirada del Gigante—. Entonces ya estáis seguros de que es un Delirante.

—No estamos seguros —dijo Kam.

El hombre volvió a ignorarle.

—Y el Barón del Anillo... el atormentador de caballos. ¿También él delira? Ocupa su lugar adecuado, a mano derecha de un Guardián de Sangre. Buen festín es éste... todos los enemigos más crueles de los Ranyhyn juntos. ¡Y bienvenidos!

—También tú eres bienvenido —dijo Jain en tono tenso—. Quédate con nosotros... o toma la comida que necesites y márchate.

Un Ganatecho se acercó vacilante al extraño, llevando una hoja cargada de comida. El hombre la cogió bruscamente.

—Me marcharé. Oigo que tu corazón desmiente tus palabras. Ni soy tan indigno ni he sido tan bien recibido como para comer con gente semejante.

Pronunció las últimas palabras con sarcasmo, tras lo cual giró sobre sus talones y se fue por el mismo lugar de su llegada. Instantes después, había desaparecido del refugio tan abruptamente como entrara en él.

Covenant se quedó mirando en la dirección que había seguido el hombre, sin comprender, y luego miró a los Fustigadores en busca de alguna explicación. Pero ellos siguieron sentados con la vista fija en la comida, como si no pudieran mirar al Incrédulo ni hacerlo entre sí. Tampoco Vasallodelmar parecía comprender lo ocurrido. Lena ni se había dado cuenta, pues estaba medio dormida. Covenant se volvió a Bannor.

El Guardián de Sangre respondió sin ambages a la pregunta, con la impasibilidad que le caracterizaba.

—Es Pietten.

—Pietten —repitió Covenant consternado. Y Vasallodelmar repitió con voz ronca el mismo nombre.

—Los miembros de la Indagación para encontrar el Bastón de la Ley le salvaron junto con la Heredera Llaura en la batalla de la Fustaria Alta. ¿Lo recuerdas? Llaura y el pequeño Pietten estaban heridos...

—Lo recuerdo —respondió Covenant con amargura—. Los ur-viles les hicieron algo, los utilizaron como cebo. Ella... ella...

El recuerdo le anonadaba. Llaura fue horriblemente mancillada, y su gran valor no bastó para superar el daño infligido. Y el niño, Pietten... también fue maltratado.

En medio de su consternación, oyó la voz de Vasallodelmar.

—Llevamos a la Heredera Llaura y a Pietten a la Mansión de las Llanuras de Ra. —Covenant recordó entonces que el Gigante había llevado a Pietten en sus brazos—. Allí, a petición del Barón del Anillo y... y de mí mismo... los hombres de Ra los tomaron bajo su cuidado.

Bannor asintió.

—Ésa es la promesa de la que ha hablado.

—¿Y Llaura? —preguntó Covenant débilmente.

—Murió cuando Pietten era todavía joven. El daño que le habían hecho acortó sus años.

—¿Y Pietten? —inquirió Vasallodelmar—. ¿Qué le hicieron los ur-viles?

El Fustigador Kam rompió su silencio para musitar:

—Está loco.

Pero Jain replicó sobriamente:

—Es el mejor corredor y cuidador de los Ranyhyn en las Llanuras de Ra... tal como ha dicho.

—Sirve a los Ranyhyn —añadió Bannor—. Se preocupa por ellos tanto como todo Fustigador. Pero hay... —se detuvo unos instantes, como si buscara la manera de decirlo— una ferocidad en su amor. Él...

—Le gustó el sabor de la sangre —le interrumpió Covenant.

Podía ver a Pietten en su memoria, cuando apenas contaba más de cuatro años, bajo la luz carmesí de la luna enfermiza. Pietten se había manchado las manos con la hierba ensangrentada, y luego se había lamido los dedos y sonreído. Bannor hizo un gesto de asentimiento.

—¡Lame las heridas de los Ranyhyn para limpiarlas! —exclamó Kam horrorizado.

—A causa de su gran habilidad con los Ranyhyn —siguió diciendo Bannor— y debido a las antiguas promesas efectuadas en los días de la Indagación, los hombres de Ra comparten su vida y su trabajo con él. Pero le temen por su salvajismo, y por eso vive solo. Insulta a los hombres de Ra como si le hubieran expulsado.

—Sin embargo, lucha —dijo Jain poco después—. He visto esa lanza acabar con tres *kresh* que ya habían hecho mortífera presa en un Ranyhyn.

—Lucha —murmuró Kam—. Está loco.

Covenant aspiró hondo, como si tratara de inhalar valor.

—Y somos responsables... Vasallodelmar y yo... somos quienes os lo entregamos, así que somos responsables. ¿No es cierto?

Lena se agitó al oír el sonido de su voz y parpadeó con gesto cansado.

—No, amigo mío —dijo Vasallodelmar.

Pero la Fustigadora Jain respondió con voz atormentada:

—Los Ranyhyn te han elegido. Nosotros no te pedimos que los salves.

—Puedes llamarlo orgullo si lo deseas —añadió Kam—. Los Ranyhyn son merecedores de todo el orgullo.

—Y la responsabilidad es mía —dijo Vasallodelmar en tono tan dolido que conmovió a Covenant—. La culpa es mía, pues tras la batalla de la Fustaria Alta... cuando todos los miembros de la Indagación supieron que el niño había sufrido un daño innumerable... fui yo quien le negó la marga antilesiones que podría haberle sanado.

Covenant también recordó aquello. Lleno de remordimiento por la matanza que había causado entre los Entes de la Cueva, utilizó el último resto de marga antilesiones para aliviar a una de las criaturas heridas en vez de tratar a Pietten.

—No se la negaste —protestó Covenant—. Tú...

—No se la di —replicó tajantemente Vasallodelmar.

—¡Oh, diablos! —Covenant miró al grupo que le rodeaba, buscando alguna manera de dominar la situación, pero no la encontró.

Había despertado a Lena sin querer. La mujer se irguió y preguntó:

—¿Qué ocurre, querido?

Covenant le tomó la mano con sus dedos insensibles.

—No te preocupes. Sólo intento averiguar lo que se cuece aquí.

Vasallodelmar se limpió la boca, dejó a un lado las hojas que habían contenido su comida y se puso en pie. Destacando por encima del círculo que formaban los hombres de Ra, se adelantó para situarse junto al fuego.

—Mi Reina, nuestra dificultad consiste en que los hombres de Ra desconfían de mí —le dijo a Lena—. Ya han expresado su respeto hacia ti, Lena hija de Atiaran, y su aceptación del ur-Amo Covenant, Incrédulo y Barón del Anillo, pero desconfían de mí.

Lena alzó la vista para mirarle.

—Entonces son estúpidos —dijo con dignidad.

Vasallodelmar sonrió débilmente.

—No, no lo son. Es cierto que he sido huésped en Mansión y compañero del Fustigador Lithe en la Indagación por el Bastón de la Ley. También es cierto que Bannor y los Guardianes de Sangre me conocen de antiguo. Juntos luchamos en la batalla de la Fustaria Alta. Pero no son estúpidos. Sufren por la condenación de los Gigantes, y hay que respetar su desconfianza hacia mí. —Se volvió entonces a los Fustigadores—: Sin embargo, aunque comprendo y acepto vuestra duda, me resulta difícil soportarla. Mi corazón me impulsa a abandonar este lugar, donde no se confía en mí. No podríais detenerme fácilmente, pero no me iré. La razón me impulsa a apoyar a mi amigo Thomas Covenant. Quizá él os haga aceptarme, pero no voy a pedírselo, porque debo conseguir por mí mismo vuestra aceptación. Me esforzaré para disipar vuestra duda, de modo que los enemigos del Despreciativo, Rompealmas y Barón del Colmillo, no se dividan entre sí y se enfrenten. Preguntad lo que queráis.

Los Fustigadores intercambiaron graves miradas, y Covenant notó que se tensaba la atmósfera de la reunión. El rostro del Gigante permanecía en calma, como si reconociera una crisis personal y supiera cómo resolverla. Pero Covenant no comprendía. La hostilidad de los hombres de Ra seguía asombrándole. Anhelaba salir en defensa del Gigante.

Se retuvo al ver por qué Vasallodelmar quería demostrar que era digno de confianza... y porque deseaba, entre fascinado y atemorizado, ver lo que haría.

Tras una silenciosa consulta con los demás Fustigadores, Jain se puso en pie y se enfrentó a Vasallodelmar, al otro lado de la fogata. Bannor se reunió con ella sin que hubiera sido invitado a hacerlo. Ambos miraron severamente al Gigante durante largo

rato. Luego Jain dijo:

—Corazón Salado Vasallodelmar, el Arrebatador es astuto en su maldad. Descubrir todas sus secretas traiciones requiere una astucia similar, de la que carecen los hombres de Ra. ¿Cómo es posible ponerte a prueba?

—Pregunta por mi pasado —respondió serenamente el Gigante—. Estaba ausente de *Coercri*, la ciudad creada por los Gigantes, cuando los Delirantes pusieron sus manos sobre los de mi especie. Desde entonces he recorrido el Reino, atacando y matando enemigos. He luchado al lado de los pedrarianos en defensa de sus hogares. Yo...

—¡Tenían criaturas capaces de destruir la piedra! —intervino Lena con súbita vehemencia—. Sus grandes y crueles brazos convirtieron nuestros hogares en escombros. Sin la fuerza del Gigante, no podríamos haber conservado una sola roca erecta.

Covenant sentía deseos de aplaudir, de corear su afirmación, pero la detuvo amablemente, apretándole el brazo hasta que ella se volvió para mirarle airada.

—Lena, no necesita nuestra ayuda —le dijo como si temiera que su ira pudiera quebrar los frágiles huesos de su rostro—. Puede responder por sí mismo.

Lentamente, la ira de Lena se transformó en dolor.

—¿Por qué nos atormentan? También nosotros queremos salvar a los Ranyhyn, los cuales confían en nosotros.

Covenant la serenó lo mejor que pudo.

—Han sufrido. También tienen que responder por sí mismos.

—También yo tengo algo que ver en el regreso de Thomas Covenant al Reino —siguió diciendo Vasallodelmar—. Ahora no estaría aquí, proponiéndose ayudar al Reino, si yo no hubiera aportado mi fuerza.

—Eso no basta —dijo severamente Jain—. El Arrebatador no vacilaría en matar a los suyos con vistas a un beneficio mayor. Quizá serviste a los pedrarianos y acudiste a la invocación para que este oro blanco pudiera caer en las manos del Barón del Colmillo.

—Y nunca nos has descrito La Aflicción —intervino Bannor en voz baja, como si la cuestión que acababa de mencionar fuera peligrosa.

Pero Vasallodelmar rechazó todo aquello con un gesto de su poderosa cabeza.

—No tienen en cuenta mi pasado... ni las cicatrices de los riesgos que he corrido extendidas por mi piel. Es posible que sea un instrumento del Despreciativo. Pregunta según lo que ves en mí, obsérvame... ¿Crees de veras que un Delirante podría ocultarse en mi interior?

—¿Cómo puedo responder? —musitó Jain—. Jamás te hemos visto sano.

Pero ahora Vasallodelmar miraba a Bannor, dirigiéndole su pregunta. Y el Guardián de Sangre le replicó con su tono neutro, objetivo.



—No tienes buen aspecto, Gigante. Muchas cosas se agostan en este invierno..., pero no das buena impresión. Hay en ti cierto anhelo vehemente que no comprendo. Es el aspecto de la Corrupción.

Los Fustigadores hicieron claros signos de asentimiento.

—¡Bannor! —exclamó Vasallodelmar, cuya rígida calma se había interrumpido momentáneamente y una mueca angustiosa contorsionaba su rostro—. No me condenes con tan parcas palabras. Es posible que me parezca mucho a Pietten. He dado golpes que ya no puedo evitar. Y tú has visto... que la sangre de los Gigantes pende sobre mi cabeza.

Covenant suspiró al oír mencionar la sangre de los Gigantes. ¿Qué hechos horrendos se escondían tras aquellas palabras? Pero en seguida Vasallodelmar recobró el dominio de sí mismo.

—Pero me conoces desde hace mucho, Bannor. Puedes ver que no tengo la intención de servir al Despreciativo. ¡No podría!

Pronunció las últimas palabras como un violento exabrupto.

—Sí, te conozco desde hace mucho —se limitó a decir Bannor—. ¿Pero cómo te conozco ahora?

Las manos del Gigante se curvaron como si anhelaran una respuesta violenta, pero mantuvo su serenidad. Sin desviar su mirada de Bannor, se arrodilló al lado del fuego. Incluso así era más alto que Bannor o la Fustigadora Jain. Sus músculos se tensaron al inclinarse adelante, y el fuego anaranjado fulguró en las oscuras oquedades de sus ojos.

—Has visto la *caamora*, Bannor —dijo tensamente—, el ritual gigantino de la aflicción mediante el fuego. Sabes el dolor que causa. No estoy preparado... no es ésta mi hora para tales rituales. Pero no me retiraré hasta que me reconozcas, Bannor de la Escolta de Sangre.

Sin apartar la mirada de Bannor, introdujo ambos puños entre los carbones más candentes de la fogata.

Al verlo, los Cordones exhalaban gritos sofocados, y los demás Fustigadores se levantaron para reunirse con Jain. Covenant los siguió como si el Gigante le hubiera puesto bruscamente en pie.

Vasallodelmar estaba rígido de dolor. Aunque las llamas no consumían su carne, le torturaban horriblemente. Los músculos de su frente sobresalían y se tensaban como si le estuvieran desgarrando el cráneo. Los tendones del cuello destacaban como cables. El sudor brotaba como sangre de las mejillas enrojecidas por el fuego. Los labios prietos formaban una línea pálida. Pero su mirada no vacilaba mientras soportaba el angustioso dolor.

Bannor lo contemplaba con una expresión de magistral indiferencia en su rostro impassible.

Los Cordones estaban horrorizados y miraban boquiabiertos las manos del Gigante. Y los Fustigadores, llenos de dolor y de miedo, observaban a Bannor y al Gigante aquilatando el forcejeo de voluntades entre ellos. Pero Lena lanzó un breve grito y ocultó el rostro en el hombro de Covenant.

Tampoco Covenant podía asistir impertérrito al dolor de Vasallodelmar. Se volvió a Bannor y le dijo al oído:

—¡Basta ya! Admite que lo conoces. ¡Maldita sea, Bannor, eres un egomaniaco! Eres tan orgulloso... Tras la defección de los Guardianes de Sangre no puedes admitir que pueda quedar en alguna parte un poco de fidelidad. O tú o nada. ¡Pero es un Gigante, Bannor! —El Guardián no se movió, pero un músculo se estremeció—. ¿No fue Elena suficiente para ti? ¿Intentas acaso descubrir en él a otro Kevin?

Por un instante, las blancas cejas de Bannor se unieron en un sombrío fruncimiento de ceño. Luego dijo llanamente:

—Perdóname, Corazón Salado Vasallodelmar. Confío en ti.

El Gigante retiró las manos del fuego. Estaban rígidas de dolor, y se las apretó contra el pecho, jadeando roncamente.

Bannor se volvió hacia Covenant. Algo en su ademán estremeció al Incrédulo, como si esperase que el Guardián de Sangre le golpeará.

—También tú causaste la caída del Ama Superior Elena —le dijo en tono irritado—. Nos obligaste a revelar el nombre indecible, pero no cargaste con las consecuencias. Así se rompió la Ley de la Muerte y cayó Elena. No te lo reproché entonces ni lo hago ahora. Pero te digo: ¡cuidado, ur-Amo Covenant! Tus manos enfermas sostienen demasiadas fatalidades.

—Lo sé —musitó Covenant, el cual temblaba tanto que debía apoyarse con ambas manos en Lena—. Es lo único que sé con seguridad. —No podía mirar a Vasallodelmar, temeroso del dolor del Gigante, de que su intervención pudiera agravarle, y se aferraba a Lena mientras su reacción al intenso esfuerzo se transformaba en ira—. Pero ya estoy harto de esto. —Su tono era demasiado violento, pero no le importaba. Necesitaba dar alguna salida a su cólera—. No me interesa pedir más ayuda. Ahora voy a deciros lo que hay que hacer. El Fustigador Lithe prometió que los hombres de Ra harían lo que yo quisiera. Mantenéis vuestras promesas... y vais a mantener ésta. Quiero alimentos, cuanto podamos transportar, y guías que nos lleven al Declive del Reino lo más rápidamente posible. También quiero exploradores que nos ayuden a cruzar las Colinas Estragadas. —Hablaba con tanta rapidez que no podía controlar sus palabras—. Si Vasallodelmar ha quedado tullido... ¡Os juro que se lo vais a compensar!

—Pregunta a la luna —musitó el Fustigador Kam.

—¡No me tientes! —exclamó, y se volvió hacia los Fustigadores lleno de ira, pero la inquietud que vio en sus miradas le detuvo. No merecían que volcara en ellos su

furor.

Al igual que Bannor y Vasallodelmar, los Fustigadores eran víctimas del Despreciativo..., víctimas de todo lo que él, Thomas Covenant, no había hecho, había sido incapaz de hacer, por el Reino. De nuevo sintió que temblaba el suelo bajo sus plantas.

Haciendo un esfuerzo, se volvió hacia Bannor y sostuvo la mirada del viejo Guardián de Sangre.

—Lo que le sucedió a Elena no fue en absoluto culpa tuya —susurró—. Ella y yo... lo hicimos juntos, o yo lo hice.

Quiso entonces acercarse a Vasallodelmar, pero Lena le cogió del brazo y le hizo volverse. Covenant se había estado sosteniendo en ella sin prestarle ninguna atención, y ahora le obligó a mirarla.

—¿Qué le ha sucedido a Elena, mi hija? —Su mirada estaba llena de horror, y sus dedos se curvaban como garras sobre el pecho de Covenant—. ¿Qué le ha ocurrido?

Covenant la miró con fijeza. Casi había olvidado, no había querido recordar que aquella mujer no sabía nada del fin de Elena.

—¡Ha dicho que cayó! —le gritó—. ¿Qué le has hecho?

Covenant le apartó los brazos de su pecho y retrocedió. De súbito todo aquello era demasiado para él. Lena, Vasallodelmar, Bannor, los hombres de Ra... era demasiado a la vez. Volvió la cabeza a Vasallodelmar, ignoró a Lena y miró en silencio al Gigante, en busca de ayuda. Pero Vasallodelmar ni siquiera vio la silenciosa súplica del consternado Covenant. Aún estaba inmerso en su propio dolor, intentando flexionar sus dedos magullados. Covenant bajó la cabeza y se volvió de nuevo hacia Lena como si fuera un muro con el que tenía que batirse.

—Ha muerto —dijo con voz ronca—. Yo tengo la culpa... No se habría metido en aquella desastrosa situación de no haber sido por mí. No la salvé porque no sabía cómo hacerlo.

Oyó gritos a sus espaldas, pero no le impresionaron. Contemplaba a Lena. Lentamente llegó a ella el pleno sentido de sus palabras.

—Muerta —dijo con voz débil—. Por tu culpa.

Mientras Covenant la observaba, la luz de la conciencia en los ojos de Lena pareció extinguirse.

—Lena —dijo Covenant—. ¡Lena!

Ella no le reconocía. Miraba inexpresivamente a través de él, como si se hubieran suspendido sus funciones anímicas.

Arreciaron los gritos a sus espaldas. Una voz cercana exclamó:

—¡Nos han traicionado! ¡Ur-viles y Entes de la Cueva! Han matado a los centinelas.

El tono angustiado de aquella voz llegó hasta él. Se volvió y vio a una joven

Cordón que casi temblaba de miedo ante los Fustigadores y Bannor. Detrás de ella, a la entrada del refugio, ya había comenzado la lucha. Covenant podía oír los gritos y lamentos del frenético combate cuerpo a cuerpo, cuyos ecos se multiplicaban en la grieta.

Un instante después, un numeroso grupo de Entes de la Cueva penetró en el cañón, blandiendo enormes espadas de ancha hoja en sus manos poderosas y espatuladas. Lanzando unos agudos rugidos, atacaron a los hombres de Ra.

Antes de que Covenant pudiera reaccionar, Bannor le cogió, junto con Lena, y empezó a arrastrarlos hacia el extremo del valle.

—Huid —les dijo claramente mientras les impulsaba hacia adelante—. El Gigante y yo evitaremos que os persigan. Nos reuniremos con vosotros... en cuanto sea posible. Huid al norte y luego al este.

Los riscos se estrecharon hasta que Covenant y Lena se encontraron en la boca de otra hendidura entre las colinas, y Bannor les empujó en aquella dirección.

—Daos prisa, y no abandonéis la izquierda.

Dichas estas palabras, se alejó, corriendo hacia el combate.

Covenant se palpó para asegurarse de que todavía tenía consigo el cuchillo que le había dado Triock. Estaba bien sujeto bajo su cinto. En parte anhelaba correr en pos de Bannor, lanzarse como él a la absolución que le proporcionaría la refriega... buscar el perdón.

Cogiendo fuertemente a Lena por el brazo, la condujo al interior de la grieta.



## PARIA



ras la primera curva, incluso la débil luz procedente de las fogatas del campamento quedó interrumpida, y Covenant no pudo ver nada. Lena se movía como una marioneta sujeta por su mano, vacía y torpe. Él quería que se valiera por sí misma, permitiéndole así tener las dos manos libres, pero cuando colocó los dedos de Lena alrededor de su brazo, se deslizaron de nuevo, como si estuvieran dormidos. Se veía obligado a tantear en la oscuridad con la mano izquierda, sosteniendo a Lena con la mutilada derecha. Su insensibilidad le hacía sentir a cada momento que estaba a punto de perderla.

Los gritos le seguían a lo largo de la hendidura, apremiándole cada vez más. Soltó una maldición y trató de evitar el frenesí producto del pánico.

Cuando la grieta se bifurcó, Covenant siguió la pared izquierda. Poco después se hizo tan estrecha que tuvo que avanzar de lado, tirando de Lena. Entonces empezó a descender, y la bajada se hizo tan pronunciada que a veces las hojas y el barro del suelo se deslizaban bajo sus pies. Allí la grieta se convirtió en un túnel. La piedra se cerró por encima de sus cabezas y el suelo subió, hasta que el techo estuvo tan cerca que Covenant se agachó por temor a golpearse la cabeza. Tenía la impresión de abrirse camino a tientas por las entrañas de la tierra, y a cada paso sentía que aquel túnel podría arrojarle a un abismo. Ya no oía ningún ruido procedente del cañón, sino sólo los sonidos que hacían al avanzar. La presión de su urgencia y de la roca que pendía sobre su cabeza le impulsaba adelante.

Lena seguía sin dar señales de vida. Tropezaba, seguía avanzando porque Covenant tiraba de ella y se daba golpes contra las paredes del túnel sin proferir gemido alguno. El brazo que le sujetaba Covenant estaba inerte. Ni siquiera podía oír su respiración. Tiraba de ella como si fuera una niña incapaz de razonar.

Por fin concluyó el túnel. Sin previo aviso, la piedra se desvaneció y Covenant se encontró entre unos matorrales. Los tallos y ramas le azotaron como si fuera un enemigo. Protegiéndose los ojos con un brazo, siguió avanzando hasta llegar a terreno abierto.

La noche era húmeda y cerrada, pero tras la intensa negrura del túnel descubrió que podía ver vagamente. Se encontraba en lo alto de un promontorio, cuya base estaba cubierta de matojos y maleza, detrás de los cuales el terreno descendía en dirección a las Llanuras de Ra.

Soplaba un viento cortante, y el Increíble se detuvo para examinar la situación.

En aquel lado el túnel estaba bien disimulado por los matorrales, pero aun así los hombres de Ra deberían haber apostado centinelas. ¿Dónde estaban? No veía a ninguno ni oía más sonido que el del viento.

Sintió tentaciones de gritar, pero se lo impidió la frígida vaciedad de la noche. Si los hombres de Ra eran derrotados, los atacantes no tendrían dificultad en seguirle a través del túnel. Los Entes de la Cueva y los ur-viles podrían abrirse paso fácilmente en medio de la noche. Quizá los ur-viles le estaban ya vigilando desde detrás de los matorrales.

Bannor le había dicho que fuera al norte y luego al este. Sabía que debía empezar a moverse. Pero carecía de suministros... no tenía ni alimentos, ni equipo para dormir ni posibilidad de encender fuego. Aunque no le persiguieran, difícilmente podía esperar a sobrevivir bajo aquel frío. Si Bannor y el Gigante no se reunían pronto con ellos, él y Lena estaban condenados.

Pero Bannor había dicho que le daría alcance. A fin de afirmar su resolución, Covenant se dijo que era demasiado tarde para empezar a preocuparse por lo inevitable. Todo había sido inevitable desde el principio. Lo único que debía hacer era seguir avanzando y, por lo menos, alejar a Lena de aquel viento.

Con la mujer a su izquierda, rodeándola con un brazo, se dirigió hacia el norte a través de la corriente preternatural del gélido viento.

Avanzó lo más rápidamente que pudo, sosteniendo a Lena y mirando temeroso hacia atrás, por encima del hombro, para ver si los seguían. Cuando llegó a una abertura en las colinas a su izquierda, se enfrentó a una difícil decisión: Bannor y Vasallodelmar le localizarían más fácilmente si permanecía al borde de las Llanuras, pero si subía por las colinas tendría una mejor oportunidad de encontrar refugio y *alianta*. Tras un doloroso momento de vacilación, se decidió por las colinas. Tendría que confiar en la habilidad de sus amigos para localizarle, pues Lena era su primera preocupación.

Con gran esfuerzo fue avanzando a lo largo de la abertura, casi llevando a rastras a su compañera. Una vez rebasadas las primeras crestas, descubrió un pequeño valle en dirección al norte, que proporcionaba cierto resguardo del viento, pero no se detuvo allí, pues no estaba lo bastante alejado del túnel. Cruzó el valle con Lena, hacia las colinas del otro lado.

Durante el camino tropezó por casualidad con un raquíutico arbusto de *alianta*. Tenía muy pocas bayas, pero su presencia allí le tranquilizó un poco. Comió un par de bayas y luego intentó que Lena tomara las demás, pero ella ni vio la *alianta* ni oyó sus ruegos, pues sus sentidos externos estaban entumecidos.

Covenant comió las restantes bayas tesoro para que no se estropearan y luego dejó el arbusto atrás y salió del valle con Lena. Durante largo tiempo no encontró un camino fácil entre las colinas. Avanzaba generalmente hacia el norte, buscando

vallecitos o caminos utilizables, pero el terreno le dirigía insistentemente al este, cuesta abajo, hacia las planicies. El sudor volvía a helarse en su barba, y sus músculos adquirirían una lenta rigidez bajo el cortante azote del viento. Cada vez que el viento la golpeaba directamente, Lena temblaba. Al fin Covenant comprendió que la necesidad que tenía la anciana de descanso era imperativa. Cuando vio una sombra más oscura que parecía un barranco en el desierto bajo él, dejó las colinas y se dirigió allí.

No se había engañado. Era el cauce seco de un arroyo, entre paredes escarpadas que en algunos lugares tenían más de tres metros de altura. Covenant guió a Lena por una pendiente desigual, hasta llegar al abrigo de la pared opuesta, y se sentó con ella, apoyando la espalda en la tierra compacta. Mientras la escudriñaba en la oscuridad, le asustó el estado de Lena. Ahora sus estremecimientos eran constantes, y tenía la piel fría y pegajosa. De la expresión de su rostro se colegía que ignoraba dónde estaba o qué le sucedía. Covenant le frotó bruscamente las muñecas, pero sus brazos permanecieron flácidos, como si el frío hubiera despojado a sus huesos de médula.

—Lena —le dijo vacilante, y luego repitió con más vehemencia—: ¡Lena!

Ella no respondió y permaneció sentada, apoyada en la pared, como si hubiera decidido morir congelada antes que reconocer el hecho de que el hombre al que amaba era un asesino.

—¡Lena! —le suplicó con voz ronca—. No me obligues a hacer esto. No quiero hacerlo de nuevo.

Ella no respondió. Su respiración irregular no daba indicación alguna de que le hubiera oído. Parecía frágil como porcelana congelada.

Con una fiera mueca en el rostro, alzó su mano mutilada y golpeó fuertemente a Lena por segunda vez en su vida.

La cabeza de la anciana cayó de súbito a un lado y se alzó de nuevo hacia él. Por un instante, los labios le temblaron como si el aire de su entrecortada respiración le doliera en la boca. Luego sus manos se abalanzaron contra Covenant como si fueran garras. Las uñas se clavaron en el rostro, alrededor de los ojos. Parecía dispuesta a arrancárselos.

Covenant sintió una náusea de temor y se estremeció, pero no retrocedió.

Al cabo de un momento Lena habló con voz severa.

—Mataste a mi hija Elena.

—Sí.

Sus dedos apretaron más.

—Podría dejarte ciego.

—Sí.

—¿No tienes miedo?

—Sí, lo tengo.

Apretó todavía más los dedos.

—Entonces, ¿por qué no te resistes?

Las uñas hicieron brotar sangre de la mejilla izquierda de Covenant.

—Porque he de hablar contigo... sobre lo que le ocurrió a Elena. He de decirte lo que hizo..., lo que hice yo y por qué. No escucharás hasta que decidas...

—¡No escucharé nada! —exclamó con voz en la que crepitaba el llanto.

Entonces apartó violentamente las manos y devolvió a Covenant el golpe, alcanzándole en la mejilla con toda su fuerza. El escozor hizo que aflorasen lágrimas en sus ojos. Cuando parpadeó para eliminarlas, vio que Lena se había ocultado el rostro con las manos para retener el llanto.

Covenant la rodeó con sus brazos, sin que ella opusiera resistencia. La sostuvo con fuerza mientras lloraba, y al cabo de algún tiempo ella movió la cabeza y la apoyó en la chaqueta del Incrédulo. Pero en seguida se puso rígida y se apartó de él. Se enjugó los ojos, ocultando el rostro como si se avergonzara de una debilidad momentánea.

—No quiero tu consuelo, Incrédulo. No fuiste su padre. Un padre ha de amar a su hija, y tú no la amaste. Que no te confunda mi fragilidad y aflicción... No olvidaré lo que has hecho.

Covenant hizo un esfuerzo para contener su dolor.

—No quiero que olvides. —En aquel momento habría estado dispuesto a perder los ojos si el dolor de la ceguera le hubiera permitido llorar—. No quiero que nadie olvide.

Pero era demasiado estéril para verter lágrimas verdaderas, y las que empañaban su vista no procedían del corazón. Bruscamente, se puso en pie.

—Vámonos. Moriremos congelados si no nos movemos.

Antes de que Lena pudiera responderle, oyó ruido de pasos a sus espaldas. Giró sobre sus talones, agitando las manos para rechazar un ataque. Una figura oscura se hallaba ante él, en el barranco, embozada en un manto, lo que le impedía distinguir su perfil, pero llevaba una lanza parecida a un bastón en la mano derecha.

—¡Bah! —exclamó el recién llegado—. Estarías más que muerto si no hubiera decidido vigilarte.

—¿Pietten? —preguntó Covenant sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

Lena estaba a su lado, pero no le tocó.

—Eres tan estúpido como torpe —dijo Pietten—. En seguida vi que los hombres de Ra no te defenderían, y yo mismo me hice cargo de esa tarea. ¿Qué locura te hizo ponerte en sus manos?

—¿Cómo ha ido la lucha? —preguntó a su vez Covenant—. ¿Qué les ha ocurrido a Bannor y Vasallodelmar? ¿Dónde están?

—¡Ven! —urgió el fustariano—. Esos vástagos de alimañas no están lejos.



Debemos movernos con rapidez, si deseas vivir.

Covenant se quedó mirándole, amedrentado. Sus labios se movieron en vano durante unos instantes. Luego repitió con una nota de desesperación en su voz:

—¿Qué les ha sucedido a Bannor y Vasallodelmar?

—No volverás a verlos —dijo Pietten con desdén—. No volverás a ver nada a menos que me sigas ahora. Careces de alimentos y de habilidad. Quédate aquí y habrás muerto antes de que me haya alejado una legua.

Sin aguardar respuesta, se volvió y echó a andar por el barranco.

Covenant vaciló indeciso, lleno de temores contradictorios. No quería confiar en Pietten. Sus instintos le gritaban que no lo hiciera, porque aquel ser bebía sangre... ¡El Execrable le había hecho algo y le gustaba el sabor de la sangre! Pero tanto él como Lena eran demasiado impotentes, y no podían defenderse por sí mismos. Bruscamente, cogió a Lena por el brazo y fue en pos de Pietten.

El fustariano, adiestrado por los hombres de Ra, esperó a que Lena y Covenant llegaran hasta él, pero entonces estableció una cierta distancia entre ellos, de modo que Covenant no pudiera hacerle preguntas. Andando con celeridad, los condujo hacia el norte, fuera del cauce del arroyo seco y a las llanuras abiertas, apresurándose como un hombre que tiene una meta claramente visible ante él. Cuando mostraron señales de cansancio, se irritó pero fue en busca de *alianta* para reconfortarlos. Él no revelaba cansancio alguno. Se movía con seguridad y grandes zancadas. Y de vez en cuando lanzaba una sonrisa burlona a Covenant y Lena, mofándose por su incapacidad para igualar su ritmo.

Le siguieron como si estuvieran en trance, cautivados por él, así como por el severo clima y su necesidad extrema. Covenant mantenía el paso tenazmente y Lena le seguía con dificultades, pero rechazando los intentos del Incrédulo de ayudarla. Su nueva y sombría independencia parecía sostenerla, y cubrió cerca de dos leguas antes de empezar a debilitarse. Sin embargo, a partir de aquel momento sus fuerzas la abandonaron velozmente.

Covenant estaba muy fatigado, pero ardía en deseos de ayudarle. Cuando Lena tropezó por tercera vez, y apenas pudo ponerse en pie de nuevo, Covenant hizo oír su voz jadeante por encima del silbido del viento.

—Tenemos que descansar, Pietten. Necesitamos refugio y el calor de una fogata.

—Tienes poca resistencia, Barón del Anillo —se chanceó Pietten—. ¿Por qué te teme tanta gente?

—No podemos continuar así.

—Morirás congelado si te detienes aquí.

Covenant hizo acopio de fuerzas para gritar:

—¡Ya lo sé! ¿Vas a ayudarnos o no?

Una extraña astucia apareció en la voz de Pietten al replicar:

—Estaremos más seguros... al otro lado del río. No está lejos.

Y se apresuró a continuar la marcha antes de que Covenant pudiera hacerle más preguntas.

Covenant y Lena se esforzaron para seguirle y descubrieron que había dicho la verdad. Pronto llegaron a las orillas de un oscuro río que fluía hacia el este, fuera de las colinas. Se cruzaba imponente en su camino como una corriente de hielo negro, pero Pietten se adentró en él de inmediato y vadeó hasta la orilla contraria. La corriente era rápida, pero el agua no les llegaba por encima de las rodillas.

Covenant le vio alejarse y soltó una maldición. El cansancio multiplicaba su desconfianza. La precaución instintiva del leproso gritaba en su interior como un animal herido. No conocía aquel río, pero suponía que era el llamado de los Vagabundos, en el límite septentrional de Ra. Temía que Bannor y Vasallodelmar no esperasen que abandonara las Llanuras... si todavía estaban vivos.

Pero no podía elegir. El fustariano era su única posibilidad de salvación.

—¿Vais a deteneros ahí? —les preguntó Pietten en tono irónico desde la otra orilla—. Hacedlo y moriréis.

Encolerizado, Covenant cogió a Lena del brazo, a pesar de los esfuerzos de ésta para zafarse, y ambos penetraron en la corriente.

Sus pies no notaron el frío, pero lo experimentó como una especie de fuego helado en las piernas. Antes de que hubiera vadeado una docena de metros le dolían las rodillas como si el río las desgarrase. Intentó avanzar de prisa, pero la velocidad de la corriente y la desigualdad del fondo del río le hacían tropezar y tambalearse. Se aferró al brazo de Lena y siguió adelante con la mirada fija en la orilla opuesta.

Al salir del río, las piernas le dolían como si se las hubieran cortado.

—Maldito seas, Pietten —musitó—. Ahora hemos de encender fuego.

Pietten hizo una reverencia sardónica.

—Lo que ordenes, Barón del Anillo.

Giró sobre sus talones y corrió ágilmente por las colinas al norte del río, como un trasgo que les atraía hacia su perdición.

Covenant le siguió penosamente, y al coronar el risco vio que Pietten ya había encendido una fogata en la hondonada situada más allá. Las llamas crepitaban en un montón de zarzas y hojas secas. Cuando Covenant y Lena empezaron a bajar, el fuego se extendió, crepitando más y más alto al prender en la madera muerta.

Se apresuraron a acercarse a las llamas. En el último momento, a Lena le cedieron las piernas y cayó de rodillas, como si aquel fuera el único modo de evitar arrojarse a las llamas. Y Covenant extendió sus manos al calor, al mismo borde del fuego y se abrió la chaqueta, como un acólito que acoge una visión. Durante largos momentos ninguno habló ni se movió.

Pero cuando el calor fundió el hielo para hacerse sentir en la frente de Covenant y

empezó a convertir la humedad de sus ropas en vapor, retrocedió un paso y miró a su alrededor.

Pietten lo contemplaba de una forma maliciosa e implacable.

El Incrédulo se sintió de súbito atrapado, puesto contra una pared. Por razones que no podía definir, sabía que estaba en peligro. Miró rápidamente a Lena, pero ésta se hallaba absorta en el fuego, ajena a todo lo demás. A su pesar, Covenant miró de nuevo a Pietten, que le observaba como una serpiente, tratando de paralizarla. Tuvo que resistirse a la potencia de aquellos ojos. Sin pensar, dijo en tono abrupto:

—Lo que has hecho es estúpido. —Señaló el fuego y añadió—: Una hoguera así iluminará toda la colina y nos verán.

—Lo sé —replicó Pietten, y se relamió los labios.

—Lo sabes —musitó Covenant mordazmente—. ¿No se te ha ocurrido que esto atraerá a los atacantes?

Pronunció aquellas palabras sin pensar, pero en cuanto lo hubo hecho sintió un estremecimiento de temor.

—¿No estás agradecido? —Pietten sonrió maliciosamente—. Ordenaste que encendiera fuego... y eso es lo que he hecho. ¿No es así como los hombres muestran su dedicación al Barón del Anillo?

—¿Qué vamos a hacer si nos atacan? Ni ella ni yo estamos en condiciones de luchar.

—Lo sé.

—Lo sabes —coreó Covenant, casi tartamudeando a causa de su indignación.

—Pero no vendrán atacantes —dijo en seguida el fustariano—. Los odio. ¡Bah! Matan a los Ranyhyn.

—¿Qué quiere decir eso de que no vendrán? Dijiste... —Buscó unos instantes en su memoria—... dijiste que no estaban muy lejos. ¿Cómo diablos esperas que no nos vean con toda esta luz?

—No quiero que dejen de vernos.

—¿Qué? —El miedo que iba tomando forma en él le hizo gritar—. ¡Por todos los diablos! ¡Habla claro!

—Barón del Anillo —replicó Pietten con repentina vehemencia—. ¡Esta noche daré por fin sentido a mi vida! —En seguida adoptó de nuevo su actitud despectiva—. Deseo que nos encuentren. ¡Sí! Amigos del Reino, servidores de los caballos... ¡Bah! Atormentan a los Ranyhyn en nombre de la fe. Yo les enseñaré lo que es la fe.

Covenant percibió que Lena se ponía en pie detrás de él, pudo notar cómo miraba a Pietten. Al calor del fuego, reparó finalmente en lo que había llamado su atención. Era el olor de la sangre.

—Deseo que el Gigante, mi benefactor, y Bannor, el Guardián de Sangre, permanezcan en esta colina y sean testigos de mi fe.

—¡Dijiste que habían muerto! —exclamó Lena—. Dijiste que no volveríamos a verlos.

—¡Fuiste tú! —Todas sus aprensiones cedieron el paso a la claridad—. Tú lo hiciste. —A la luz del fuego tuvo el primer atisbo seguro de su situación—. ¡Tú eres el que traicionó todos esos refugios!

El movimiento de Lena estimuló su propio movimiento, y estaba un paso por delante de ella cuando se lanzó contra Pietten.

Pero el fustariano era demasiado rápido para ellos. Les apuntó con su lanza, dispuesto a atravesar a quien le atacara.

Covenant se detuvo y con frenéticos movimientos sujetó a Lena, impidiéndole que se arrojara ciegamente contra el arma de Pietten. La mujer se debatió con furia un momento, y luego quedó inmóvil. Los blancos cabellos revueltos le caían sobre el rostro, dándole un aspecto de locura. Covenant la obligó a colocarse detrás de él. Estaba temblando, pero se enfrentó a Pietten:

—Quieres que vean cómo nos matas.

Pietten se echó a reír ásperamente.

—¿No lo merecen? —Sus ojos relampaguearon como si unos rayos asesinos restallaran en su fondo—. Si pudiera, haría que todo el pueblo de los hombres de Ra se agrupara alrededor de esta hondonada, a fin de que pudieran contemplar mi desprecio hacia ellos. ¡Servidores de los Ranyhyn! Son venenosos como las alimañas.

—¡Arrebatador! —exclamó Lena con voz ronca.

Covenant la mantuvo detrás de él con la mano izquierda.

—Has traicionado estos refugios... los has vendido a todos. Eres el único que pudo hacerlo. Mataste a los centinelas y enseñaste a esos atacantes cómo podían entrar. No es de extrañar que hiedas a sangre.

—Eso me complace.

—¡Traicionaste a los Ranyhyn! —exclamó enfurecido Covenant—. ¡Mataron a los Ranyhyn que estaban heridos!

Al oír esto, Pietten se adelantó, blandiendo su lanza con expresión maligna.

—¡Refrena tu lengua, Barón del Anillo! No pongas en duda mi fe. He luchado... Mataría a cualquier criatura viva que levantara sus manos contra los Ranyhyn.

—¿A eso le llamas fe? ¡En aquel refugio había Ranyhyn heridos, y los han sacrificado!

—¡Los han matado los hombres de Ra! —replicó Pietten lleno de cólera—. ¡Sabandijas! Fingen servir a los Ranyhyn, pero no los llevan a las tierras seguras del sur. No les tengo lealtad. —Lena intentó abalanzarse de nuevo contra Pietten, pero Covenant se lo impidió—. Son como tú... y ese Gigante... y el Guardián de Sangre. ¡Bah! Os dais festines con carne de Ranyhyn, como chacales.

Covenant se esforzó para que Lena le mirase.

—¡Vete! —le susurró con rapidez—. Corre, sal de aquí. Regresa cruzando el río y trata de encontrar a Bannor o Vasallodelmar. Tú no le importas, no te perseguiré. Me quiere a mí.

Piettenladeó su lanza.

—Si das un paso para huir, mataré al Barón del Anillo y te perseguiré como un lobo.

La amenaza era convincente.

—De acuerdo —le dijo Covenant a Lena—. Muy bien. —Se volvió hacia Pietten, mirándole ferozmente—. ¿Recuerdas a los ur-viles, Pietten? ¿La Fustaria Alta? ¿El fuego y los ur-viles? Ellos te capturaron. ¿Lo recuerdas?

Pietten le miraba fijamente.

—Te capturaron y te hicieron ciertas cosas, como se las hicieron a Llaura. ¿La recuerdas? La manipularon de tal manera que se vio obligada a ayudarles a poner trampas a los Amos. Cuanto más tratara de liberarse, peor sería la trampa. ¿Lo recuerdas? Lo mismo ocurre contigo. Te hacen tanto daño que... destruirías a los Ranyhyn. ¡Escúchame! El Execrable sabía al iniciar esta guerra que no podría aplastar a los Ranyhyn a menos que encontrase alguna manera de traicionar a los hombres de Ra. Por eso te lesionó, obligándote a hacer su voluntad. ¡Te está utilizando para acabar con los Ranyhyn! Y probablemente te ha dado órdenes especiales acerca de mí. ¿Qué te dijo que hicieras con mi anillo? —Lanzó aquellas palabras a Pietten con toda su fuerza—. ¿Cuántas veces has estado en la Guarida del Execrable desde que comenzó este invierno?

Por un instante la mirada de Pietten perdió su concentración. Lúgubremente, musitó:

—Debo llevárselo. Lo usará para salvar a los Ranyhyn. —Pero un instante después volvió a montar en cólera—. ¡Mientes! ¡Amo a los Ranyhyn! ¡Vosotros sois los verdugos, vosotros y esas sabandijas!

—Eso no es cierto, y lo sabes.

—¿No lo es? —Pietten se echó a reír desesperadamente—. ¿Crees que estoy ciego, Barón del Anillo? He aprendido mucho en mis viajes... ¿Crees que los hombres de Ra mantienen aquí a los Ranyhyn por amor?

—No pueden evitarlo —replicó Covenant—. Los Ranyhyn se niegan a irse.

Pietten no le escuchaba.

—¿Crees que el Guardián de Sangre está aquí por amor? ¡Eres un estúpido! Bannor está aquí porque ha causado la muerte de tantos Ranyhyn que se ha convertido en un traidor. Necesita traicionar, como traicionó a los Amos. Oh, lucha, sí... siempre ha luchado. Anhela ver muertos a todos los Ranyhyn, a pesar de su lucha, a fin de satisfacer su necesidad. ¡Bah!

Covenant intentó interrumpirle, protestar, pero Pietten se apresuró a decir:

—¿Crees que el Gigante está aquí por amor? Chocheas, tu confianza es enfermiza. Vasallodelmar está aquí porque ha traicionado a su pueblo. Todos los Gigantes, hombres, mujeres y niños, han muerto y se pudren en Límite del Mar porque él los abandonó. Huyó en vez de defenderlos. Es un traidor hasta la médula de los huesos, y está aquí porque no puede encontrar a nadie más que traicionar. Todos sus compañeros han muerto.

Covenant pensó consternado en Vasallodelmar. ¿Era posible que hubieran muerto todos los de su especie?

—Y tú, Barón del Anillo... tú eres el peor de todos. Mi desprecio hacia ti no tiene medida. Me pides que recuerde. —La lanza oscilaba peligrosamente ante el pecho del Incrédulo—. Recuerdo que los Ranyhyn se encabritaron ante ti. Recuerdo que traté de detenerte. Pero tú ya habías decidido traicionarlos. Les obligaste con promesas... y sabías que no podrían romperlas. En consecuencia los Ranyhyn no pueden buscar la seguridad de las montañas. Están encadenados por compromisos que les impusiste. ¡Tú! Tú eres el verdugo, Barón del Anillo. He vivido para tener la ocasión de acabar contigo.

—No —susurró Covenant—. No sabía... —Pero escuchó la verdad en la acusación de Pietten. Tuvo la sensación de estar manchado por innumerables crímenes—. No lo sabía.

Llamó con voz queda y quejumbrosa a Bannor y Vasallodelmar. Una niebla anaranjada velaba su visión, como la radiación del azufre. ¿Cómo podía haber hecho tanto daño? Sólo había querido sobrevivir, superar las tendencias al suicidio y la locura. ¡Los Gigantes!... Perdidos como Elena. Y ahora los Ranyhyn iban por la misma senda sangrienta. ¿Era posible que le hubiera hecho aquello a Vasallodelmar? Sabía que estaba indefenso, que no podría hacer nada para protegerse de un lanzazo. Pero contemplaba el abismo de sus propias acciones y no podía desviar la mirada a otra parte.

—Somos el mismo —susurró sin saber lo que decía—. El Execrable y yo somos el mismo.

Entonces tuvo conciencia de que unas manos tiraban de él. Lena le cogió por la chaqueta, zarandeándole con todas sus fuerzas.

—¿Es cierto? —le gritó—. ¿Están muriendo porque les hiciste prometer que me visitarían cada año?

La mirada encendida de Lena le obligaba a reconocer otro más de sus crímenes. A pesar del peligro que corría, no pudo negarle la verdad.

—No —dijo él con voz ronca, lleno de congoja y horror—. Eso es sólo una parte... Aunque fueran a las montañas, aún podrían llegar hasta ti. Les hice prometer que me salvarían... si alguna vez les llamaba. Lo hice para mí mismo.

Pietten se echó a reír.

Un grito de furor y desesperación surgió de los labios de Lena. Llena de revulsión, apartó violentamente a Covenant y echó a correr para salir de la hondonada.

—¡Detente! —gritó Pietten—. ¡No puedes escapar!

El fustariano se volvió, siguiéndola con la punta de su lanza. En el instante en que se preparaba para arrojarla, Covenant atacó. Cogió el astil de la lanza y aplicó todo su peso contra Pietten, tratando de arrancarle el arma. La carga hizo retroceder a Pietten unos pasos. Ambos hombres lucharon furiosamente, pero la presa de Covenant con su mano mutilada era demasiado débil. Con un gesto violento, Pietten liberó la lanza.

Covenant intentó entonces agarrarle los brazos, pero su oponente le derribó golpeándole con el extremo de la lanza, y se dispuso a ensartarle, Covenant se hizo a un lado y logró evitar el lanzazo, pero cayó sobre un pie y el tobillo se torció bajo su peso.

Los huesos restallaron. Oyó el crujido al golpear contra el suelo y lanzó un grito. Un intenso dolor le taladró la pierna, pero giró sobre sí mismo, tratando de esquivar la mortífera lanza.

Al quedar boca arriba, vio a Pietten junto a él, sujetando la lanza con ambas manos.

Entonces Lena cargó contra el fustariano. Lo hizo con tal ferocidad que cayó bajo ella y la lanza se deslizó de sus manos, cayendo atravesada sobre Covenant.

El Incrédulo la cogió e intentó apoyarse en ella para ponerse en pie, pero el dolor del tobillo le impidió hacerlo, como si le hubieran clavado el pie al suelo.

—¡Lena! —exclamó frenéticamente—. ¡No!

Pietten la apartó con un potente movimiento de su brazo. Lena cayó al suelo, se incorporó en seguida y sacó un cuchillo de su túnica. El furor contorsionaba su frágil rostro mientras lanzaba tajos a Pietten.

El fustariano evadió los golpes, retrocediendo rápidamente para recobrar el equilibrio. Entonces sonrió malignamente.

—¡No! —gritó Covenant.

Cuando Lena atacó de nuevo, Pietten la cogió por la muñeca del brazo que sostenía el cuchillo, y alejó la hoja de él. Lentamente le retorció el brazo, obligándola a agacharse. Ella le golpeó con la mano libre, pero Pietten mantuvo su presa, quebrando la resistencia de Lena, que cayó de rodillas.

—¡Los Ranyhyn! —susurró a Covenant—. ¡Llama a los Ranyhyn!

—¡Lena!

Usando la lanza, Covenant se puso en pie, cayó y trató de avanzar arrastrándose.

Lenta, inexorablemente, Pietten echó a Lena hacia atrás hasta que quedó retorciéndose en el suelo. Entonces se sacó del cinto su aguda estaca de madera y, de un salvaje golpe, perforó el vientre de Lena, clavándola al suelo helado.

El horror invadió a Covenant. Tuvo la sensación de que se rompía en pedazos y, anonadado por el dolor, perdió un momento el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, halló a Pietten de pie ante él, lamiéndose la sangre que le manchaba la mano.

Covenant intentó alzar la lanza, pero Pietten se la arrebató.

—¡Bien, Barón del Anillo! —exclamó entusiasmado—. Ahora voy a matarte. Arrodíllate ahí... arrástrate ante mí y da vida a mis sueños. Seré justo y te daré una oportunidad. Te arrojaré mi lanza desde una distancia de diez pasos. Puedes esquivarla... si te lo permite el tobillo. Hazlo así. Me gusta.

Se alejó sonriente, recorrió unos pasos y se volvió balanceando la lanza en la palma.

—¿No quieres intentar salvar la vida? Arrodíllate, pues. Lo tuyo es arrastrarte.

Torpemente, como si no supiera qué hacía, Covenant se llevó los dos dedos de su mano derecha a la boca y soltó un débil silbido.

Un Ranyhyn apareció al instante sobre la colina, y bajó galopando a la hondonada. Estaba muy flaco, reducido por el largo invierno a tal inanición que sólo su pelaje castaño parecía mantener junto su esqueleto. Pero corrió con indomable orgullo directamente hacia Covenant.

Pietten no pareció verlo llegar. Estaba como en trance, exaltado por la sangre. Inconscientemente, echó el brazo atrás, arqueó el cuerpo hasta que sus músculos se tensaron y arrojó la lanza como un rayo de venganza contra el corazón de Covenant.

El Ranyhyn viró, pasó como una exhalación entre los dos hombres y cayó como un saco de huesos descoyuntados. Cuando quedó tendido de costado, ambos hombres vieron la lanza de Pietten que sobresalía de su pelaje teñido de sangre.

Aquella visión conmocionó a Pietten. Contempló boquiabierto lo que había hecho, sin poder dar crédito a sus ojos, como si fuera inconcebible, insoportable. Tenía los hombros hundidos y los ojos desmesuradamente abiertos. Parecía carecer de palabras para lo que veía. Sus labios se movían, exhalando sonidos ininteligibles, y los músculos de su garganta temblaban, como si no pudiera tragar saliva. Si vio a Covenant que se arrastraba con expresión terrible hacia él, no mostró signo alguno. Los brazos le colgaban a los costados, hasta que Covenant se irguió ante él, apoyándose en una piedra, y hundió un afilado cuchillo pedrario en su pecho con ambas manos.

El impulso le lanzó hacia delante, y cayó sobre el cuerpo de Pietten. La sangre que brotaba de la herida le manchó la chaqueta, las manos, la camisa, pero él no prestó atención. Aquel único golpe parecía haber agotado todo su furor. Se separó del cuerpo y se arrastró hasta Lena, arrastrando su tobillo roto como una carga de dolor.

Cuando llegó a su lado, vio que aún vivía. Todo el frente de su túnica estaba empapado, y la sangre le brotaba entre los labios, pero todavía alentaba. Covenant



cogió la estaca para extraerla, pero el movimiento hizo que Lena gritara de dolor. Hizo un esfuerzo para abrir los ojos. Su mirada era clara, como si finalmente se hubiera liberado de la confusión en que había estado sumida su vida. Al cabo de un momento reconoció a Covenant y trató de sonreír.

—Lena —jadeó él—. Lena.

—Te quiero —replicó ella con una voz húmeda de sangre—. No he cambiado.

—Lena.

Quiso devolverle la sonrisa, pero el intento contorsionó su rostro, como si estuviera a punto de gritar.

Lena tendió una mano y le tocó la frente, como para alisar su ceño fruncido.

—Libera al Ranyhyn —susurró.

Aquella petición consumió sus últimas fuerzas, y se extinguió mientras la sangre salía a borbotones de sus labios.

Covenant la contempló sintiéndose desgarrado en lo más profundo. No se le ocurría ninguna palabra, pero sabía qué acababa de suceder. Violación, traición y ahora asesinato... lo había hecho todo, había cometido todos los crímenes, rompiendo la promesa que hiciera tras la batalla de la Fustaria Alta, cuando juró que no volvería a matar. Contempló durante largo rato sus dedos ateridos como si carecieran de importancia. Sólo importaba la sangre que los manchaba. Entonces se apartó de Lena y, arrastrándose como una criatura abyecta, se acercó al Ranyhyn.

Tenía el morro lleno de espuma, y los costados se agitaban terriblemente, pero observó con calma la proximidad de Covenant, como si por primera vez en su vida no temiera al portador del oro blanco. Covenant se dirigió directamente a la herida. La lanza estaba profundamente clavada y, al principio, pensó que no podría extraerla. Pero trabajó con los codos apoyados en la jadeante caja torácica del caballo y, por fin, el arma quedó libre. La sangre brotó de la herida, pero el caballo se puso vacilante en pie, se sostuvo débilmente sobre las patas muy separadas y tocó a Covenant con el morro como para decirle que viviría.

—De acuerdo —musitó el Increíble, hablando en parte para sí mismo—. Regresa. Ve a decírselo a los otros. Nuestro trato ha terminado. Ya no habrá más tratos, ninguno más... —El fuego casi se había extinguido, y su voz se desvanecía como si perdiera fuerza junto con las brasas. El viento acarreaba una niebla oscura. Un instante después añadió—: No habrá más tratos. Díselo.

El Ranyhyn permanecía quieto, como si no deseara abandonarle.

—Vete —insistió él con voz ronca—. Estás libre. Tienes que decírselo a los demás. En... en nombre de *Kelenbhrabanal*, Padre de los Caballos. Vete.

Al sonido de aquel nombre, el Ranyhyn dio la vuelta y empezó a salir lenta y vacilantemente de la hondonada. Cuando llegó a la cresta del risco, se detuvo y le miró una vez más. Por un instante, Covenant creyó poder verlo silueteado contra la

noche, encabritándose. Luego desapareció.

No esperó, no descansó... Ya no podía tener en cuenta el coste de sus acciones. Cogió la lanza de Pietten y la usó como bastón para mantenerse erguido. El tobillo que arrastraba por el suelo le dolía horriblemente, pero apretó los dientes y se alejó de los restos del fuego. En cuanto salió del radio de su calor, sus ropas húmedas empezaron a helarse.

No tenía idea de adonde se dirigía, pero sabía que debía ponerse en marcha. Jadeaba al respirar entre sus dientes apretados, y susurraba *odio* como si fuera una pregunta.

## ❧ XI ❧

### EL RITUAL DE LA PROFANACIÓN



uando Loerya le dejó, el Amo Superior Mhoram permaneció en la torre el resto de la noche. Se defendió del frío viento convocando de vez en cuando un flujo de energía a través de su bastón, y contempló en silencio y con temor cómo las largas venas de maldad en el suelo se acercaban latiendo a Piedra Deleitosa como una enfermiza lava verde y roja que rezumara de la tierra abriéndose paso hacia las Defensas. El maligno poder que surgía de la Piedra del *samadhi* Delirante y las estacas de los ur-viles iluminaba tenebrosamente la noche, y a intervalos irregulares, se alzaban chispas incandescentes, cuando al ataque se oponía la resistencia de la roca al pie de las colinas.

Aunque avanzaba lentamente, aquel horrendo ataque distaba ya pocos metros de los muros de Piedra Deleitosa. Mhoram podía sentir a través de sus pies el gemido silente de la inmóvil Defensa, como si anhelara retroceder ante la amenaza de aquellas venas.

Pero no era ésa la razón por la que Mhoram se pasó toda la noche expuesto al inclemente azote del viento. Podría haber experimentado los avances del ataque desde cualquier otro lugar de las Defensas, pues no necesitaba el sentido de la vista para saber cuán cerca estaban del derrumbe los aterrados habitantes de la ciudad. Vigilaba allá en lo alto porque sólo contemplando el poder de Puño de Satán con todos sus sentidos, percibiéndolo con todos sus recursos y en todo su horror, podría enfrentarse a él.

Cuando se alejó de aquella visión, el temor se abatió sobre él y oprimió su corazón, confundiendo sus pensamientos y paralizando sus instintos. Al atravesar las salas de Piedra Deleitosa, vio rostros pálidos en los que se reflejaba el terror y, por encima de los constantes y apagados sollozos, oyó gritos de niños que aullaban de pánico al ver a sus padres, percibió el rígido cansancio moral de los pocos esforzados que mantenían las Defensas con vida... Quaan, los tres Amos, la mayoría de los Guardianes de la Ciencia, *lillianrill* y *rhadhamaerl*. Entonces apenas pudo contener la cólera que le producía su inutilidad, la ira que le impulsaba a golpear a sus amigos porque le culpaba por el fracaso del Reino. En su interior crecía una inmensa desesperanza, y sólo él, entre todos los Amos, sabía cómo extraer fruto de aquella desesperanza.

Pero a solas, en la torre vigía, viendo extendido bajo él el ejército de Puño de Satán, pudo aclarar su mente y reconocer lo que estaban haciendo a Piedra Deleitosa.

El invierno y el ataque adquirieron un significado distinto. Mhoram ya no se acusaba, sabía que no podía culparse a nadie por no poder enfrentarse a semejante malevolencia. La destrucción era más fácil que la preservación, y cuando la destrucción se hubiera alzado lo suficiente, los simples hombres y mujeres no podrían ser condenados si no lograban hacer retroceder la ola. En consecuencia, el Amo Superior podía resistir su propia capacidad de profanación. Sus ojos con reflejos dorados fulguraban de ira ante el insidioso ataque, pero conservaba la serenidad para buscar las defensas adecuadas.

El aspecto del asalto que más le perturbaba era su constante ferocidad. Podía ver que los ur-viles mantenían su participación en aquel poder cambiando de posiciones y permitiendo que cada cuña y maestro de la ciencia descansara por turno. Y sabía por experiencia propia que la fuerza del Amo Execrable —su propio poder prodigioso que hacía uso de la Piedra Illearth— era capaz de volver locos a los ejércitos, impulsarlos a un salvajismo mayor del que podían soportar sus cuerpos. Pero Puño de Satán era sólo un Gigante, un ser mortal de carne y hueso. Ni siquiera un Gigante-Delirante podría ser capaz de mantener un esfuerzo tan extraordinario durante tanto tiempo.

Además, mientras que el *samadhi* se concentraba en su ataque, era razonable que esperase perder parte del control sobre su propio ejército. No obstante, la horda entera, legión tras legión, permanecía apostada alrededor de Piedra Deleitosa. Cada criatura, a su manera, había doblegado su voluntad, y la fuerza esmeralda del *samadhi* jamás cedía. Estaba claro que el mismo Amo Execrable apoyaba aquel ejército y a su jefe con un poder tan inmenso que rebasaba las concepciones anteriores que Mhoram tenía del poder.

No podía ver en ninguna parte esperanzas para Piedra Deleitosa. Sólo podía confiar en el coste que tendría aquel esfuerzo para el atacante. Los defensores tendrían que confiar en que el tremendo esfuerzo consumiera a Puño de Satán antes que a ellos. Si no lograban soportar el ataque del Delirante, estaban condenados.

Mhoram regresó al interior de las Defensas y, al rayar el alba grisácea, estaba preparado para luchar por aquella resistencia.

La tensa y silenciosa oleada de pánico que le golpeó mientras se dirigía por el pasadizo principal al interior de las Defensas, casi quebró su resolución. Podía notar que la gente apretaba los dientes, aterrorizada, al otro lado de las paredes. Le llegaban gritos desde una galería distante. Se habían formado dos grupos para defenderse los unos de los otros. Al doblar una esquina sorprendió a un grupo famélico que trataba de asaltar uno de los almacenes de comida, pues la gente creía que los cocineros en los refectorios preparaban veneno.

Sintió un acceso de cólera y se abalanzó contra ellos, con intención de golpearlos, pero antes de que llegara al grupo, todos fueron presa del pánico y se dispersaron al

verlo, como si fuera un fantasma. Sólo quedaron dos de los guerreros de Quaan, montando guardia ante la puerta del almacén, como si se vigilaran entre sí en vez de proteger los suministros. Incluso aquellos dos hombres miraron a Mhoram con miedo. El Amo Superior se dominó, en sus labios se dibujó una sonrisa sesgada y dijo algunas palabras de aliento a los guardianes. Luego se marchó apresuradamente.

Entonces vio que Piedra Deleitosa se encontraba en el punto de inflamación de la crisis. Para ayudarles, tenía que proporcionar a la ciudad algo más que momentos de auxilio temporal. Así, se dispuso inexorablemente a ignorar las demás necesidades, las multitudes atemorizadas que le distraían de su propósito principal. Mientras recorría pasillos y bajaba escaleras, usó su bastón para convocar al Guardahogar Tohrm y a todos los Gravanélicos. Dio la orden poniendo en ella toda su autoridad, de modo que el mayor número de *rhadhamaerl* posible pudiera resistir al pánico y responder a la llamada.

Cuando llegó al brillante suelo del patio, a cuyo alrededor estaban situadas las cámaras de los Amos, experimentó una breve oleada de alivio al ver que Tohrm y una docena de Gravanélicos se encontraban ya allí, y otros más estaban en camino. Muy pronto una veintena de *rhadhamaerl*, casi todos los maestros de la ciencia de la piedra que se encontraban en las Defensas, se hallaban en la brillante estancia, esperando oírle.

El Amo Superior miró un momento a los hombres, sobrecogido ante su desgracia. Eran Gravanélicos del *rhadhamaerl*, y recibían la influencia del poder maligno a través de la misma roca que los rodeaba. Entonces asintió interiormente: aquél era el lugar apropiado para comenzar. Si pudiera convencer a aquellos hombres de que eran capaces de resistir al poder de Puño de Satán, podrían hacer mucho por el resto de la ciudad.

Realizando un esfuerzo que tensó los músculos de su rostro, les sonrió. Tohrm respondió con una mueca que también quería ser una sonrisa, pero pronto adoptó de nuevo una expresión aprensiva.

—Gravanélicos —empezó a decir Mhoram—, cada uno de nosotros ha hecho un esfuerzo excesivo tratando de resistir este mal por sí mismo, y el resultado ha sido escaso. Debemos reunir nuestras fuerzas para presentar una gran defensa.

—Hemos obedecido tus órdenes —musito lóbregamente uno de los hombres.

—Es cierto —respondió Mhoram—. Hasta ahora todos hemos dado nuestra fuerza para alentar a las gentes de Piedra Deleitosa. Habéis mantenido encendidos vuestros fuegos de gravanel, como os ordené. Pero la sabiduría no siempre se obtiene fácilmente. Ahora puedo ver con otros ojos. He escuchado con más atención la voz de las Defensas. He sentido que la misma roca lloraba contra este mal. Y ahora digo que debemos resistir de otra manera para que Piedra Deleitosa pueda mantenerse en pie.

»Hemos errado nuestro objetivo. El Reino no vive para nosotros... sino que nosotros vivimos para el Reino. Gravanélicos, debéis dirigir vuestra ciencia a la defensa de la piedra. Aquí, en este lugar... —tocó el suelo radiante con la contera de su bastón—, hay un poder latente que quizá sólo un *rhadhamaerl* pueda comprender. Usadlo. Usad toda posible ciencia... haced aquí juntos lo que deba hacerse. Pero encontrad algún medio para cerrar el corazón rocoso de Piedra Deleitosa al avance de esa maldad. El pueblo hallará los medios de resistir si Piedra Deleitosa no cede.

Mientras hablaba, se daba cuenta de que debería haber comprendido aquellas cosas desde el principio. Pero el temor le había obnubilado, de la misma manera que había paralizado a los Gravanélicos. Y como él, ahora también ellos empezaban a comprender. Se dieron las manos y miraron a su alrededor con más deseos de aprestarse a la defensa que temor en su mirada. Los labios de Tohrm se torcieron con su característica sonrisa.

Sin vacilación, el Amo Superior Mhoram dejó a los Gravanélicos para que llevaran a cabo su obra. Mientras caminaba por el túnel que salía del patio, se sintió como un hombre que acaba de descubrir una nueva magia.

Dirigió sus pasos hacia uno de los refectorios principales. Sabía que su cocinero jefe era un hombre alegre y amante de la comida, sin tendencias al temor. Y mientras avanzaba efectuó más convocatorias: llamó a sus compañeros los Amos y a los Estigmatizados del Guardahogar Borillar. Amatin y Trevor respondieron tensamente, y Borillar envió una señal poco potente a través de las paredes. Pero transcurrió un largo momento antes de que respondiera Loerya, y cuando llegó la señal era apática, como si estuviera paralizada por la consternación. Mhoram confiaba en que los *rhadhamaerl* podrían hacerse sentir pronto, de manera que las personas como Loerya no se descorazonasen por entero. Subió los distintos niveles de las Defensas hacia el refectorio, como si surgiera de una nube de temor viscoso.

Pero al acercarse a la cocina, vio que una figura familiar se escabullía por un pasillo lateral, sin duda tratando de evitarle. Dobló la esquina en pos de aquel hombre y se encontró frente a frente con Trell de Atiaran.

El hombrón parecía febril. Su barba grisácea semejaba estopa chamuscada, las mejillas hundidas estaban enrojecidas y su mirada apagada se desvió de Mhoram y vagó a su alrededor, como si no pudiera concentrarla. Permaneció bajo el escrutinio de Mhoram en actitud de echar a correr en cualquier momento.

—Gravanélico Trell —le dijo sosegadamente Mhoram—, los demás *rhadhamaerl* están trabajando contra esta maldad. Necesitan tu fuerza.

La mirada de Trell se posó en el rostro de Mhoram. Estaba enojado.

—Quieres preservar Piedra Deleitosa a fin de que esté intacta para que la utilice el Despreciativo.

Pronunció la palabra «intacta» con tanta amargura que sonó como una maldición.

Al oír esto, los labios de Mhoram se tensaron.

—Quiero preservar las Defensas por su propio bien.

—No trabajo bien con otros —dijo Trell en voz baja al cabo de un momento. Entonces, sin transición, su tono se hizo imperioso—: Amo Superior, dime tu secreto.

Mhoram se sintió desconcertado.

—¿Mi secreto?

—Es un secreto de poder. He de tener poder.

—¿Para qué?

Al principio Trell se estremeció, como si la respuesta a aquella pregunta fuera terrible, pero entonces su mirada se fijó de nuevo en Mhoram.

—¿Deseas que Piedra Deleitosa quede intacta?

De nuevo la palabra «intacta» salió de sus labios envuelta en hiel. Giró bruscamente sobre sus talones y se alejó.

Por un instante, Mhoram sintió una fría mano de presagio en la nuca, y contempló a Trell como si el corpulento Gravanélico arrastrara un apéndice de calamidad. Pero antes de que pudiera concretar aquella percepción, el ambiente de temor de Piedra Deleitosa la ensombreció. No se atrevió a comunicar a Trell su conocimiento secreto. Hasta un Gravanélico sería capaz de invocar el Ritual de la Profanación.

Haciendo un esfuerzo, recordó su propósito y se dirigió de nuevo al refectorio.

Como se había retrasado, todas las personas a las que había convocado estaban ya esperándole. Permanecían en pie entre las mesas esparcidas irregularmente por la sala, y observaron nerviosos su llegada, como si el Amo Superior fuera paradójicamente una esperanza fatal, una condenación salvadora.

—Amo Superior —empezó a decir en seguida el cocinero jefe, apagando su temor con la cólera—. No puedo controlar a estas inútiles ovejas disfrazadas de cocineros. La mitad me han abandonado y los restantes no quieren trabajar. Blanden cuchillos y se niegan a salir de los rincones donde se esconden.

—Entonces les devolveremos su valor. —A pesar del temor que Trell le había inspirado, Mhoram descubrió que podía sonreír con más facilidad. Miró a los Amos y los Estigmatizados—. ¿No lo percibís?

Amatin asintió con lágrimas en los ojos. Trevor sonrió. Se estaba produciendo un cambio bajo sus pies. Era un cambio pequeño, casi subliminal. Sin embargo, pronto incluso los Estigmatizados pudieron notarlo. Sin calor ni luz, calentaba e iluminaba sus corazones.

En un nivel apenas palpable, la roca de Piedra Deleitosa recordaba que era de duro granito y no de frágil arenisca.

Mhoram sabía que aquel cambio no se podría notar en todos los lugares de las Defensas, que toda la fuerza de los *rhadhamaerl* no bastaría nunca para hacer retroceder el sombrío temor del ataque de Puño de Satán. Pero los Gravanélicos

habían iniciado algo. Ahora, quienes percibieran la alteración sabrían que todavía era posible la resistencia.

Dejó que sus compañeros saborearan un momento el granito y luego inició la segunda parte de su defensa. Pidió al Guardahogar Borillar toda la esencia de madera curativa que pudiera conseguir —el *rillinlure*— y envió a los demás Estigmatizados para que ayudaran al cocinero jefe y pudiera empezar a trabajar de nuevo.

—Cocina y no te detengas —le ordenó—. Los demás refectorios están paralizados. Todos cuantos deseen comida deben encontrarla aquí.

Borillar estaba dubitativo.

—Nuestras reservas de *rillinlure* se agotarán rápidamente. No quedará nada para hacer frente al asedio en el futuro.

—Así es como debe ser. Nuestro error ha consistido en conservar y dividir nuestra fuerza contra futuros peligros. Si no logramos aguantar este asalto, no habrá futuro. —Al ver que Borillar seguía dudando, añadió—: No temas, Guardahogar. El mismo Puño de Satán debe descansar después de semejante dispendio de poder.

Al cabo de un momento, Borillar reconoció la sabiduría de la decisión adoptada por el Amo Superior. Salió para obedecer, y Mhoram se volvió hacia los demás Amos.

—Amigos míos, a nosotros nos corresponde otra tarea. Hemos de traer aquí a la gente, de modo que puedan comer y recuperar fuerzas.

—Envía el Ala de Guerra —dijo Loerya, cuyo dolor por estar apartada de sus hijas se evidenciaba en su rostro.

—No. El temor hará que algunos resistan con violencia. Debemos llamarles, hacerles desear venir aquí. Debemos dejar de lado nuestra propia aprensión y enviar una llamada que sea como una fusión mental a través de las Defensas, de manera que la gente decida responder.

—¿Quién defenderá Piedra Deleitosa mientras nosotros trabajamos aquí? —preguntó Trevor.

—El peligro está aquí. No debemos desperdiciar nuestra fuerza en una vigilancia inútil. Mientras este ataque continúe no habrá otro. Venid. Unid vuestro poder al mío. Nosotros, los Amos, no podemos permitir que el espíritu de las Defensas sucumba a la amenaza del Execrable.

Mientras hablaba, extrajo de su bastón una llama brillante y luminiscente. Moldeándola al ambiente de la piedra, la colocó contra una pared, de modo que corriera a través de la roca como una corriente ígnea de valor, instando a todos cuantos se hallaban en su radio de acción a alzar la cabeza y dirigirse al refectorio.

Mhoram notó que a su espalda Amatin, Trevor y Loerya seguían su ejemplo. Los fuegos de los Amos se unieron al suyo, sus mentes se concentraron en una misma tarea. Con su ayuda, alejó el temor y compartió su propia convicción indómita, de



modo que la llamada que irradió de ellos para expandirse por Piedra Deleitosa era impoluta, sin sombra de temor.

Pronto la gente comenzó a responder. Con los ojos hundidos, como víctimas de pesadillas, entraron en el refectorio, aceptaron bandejas humeantes que les entregaban el cocinero jefe y los Estigmatizados, se sentaron a las mesas y empezaron a comer. Y cuando hubieron comido, les hicieron entrar en una sala próxima, donde los Guardianes de la Ciencia se unieron a ellos para cantar audazmente ante las fauces de la derrota:

*¡Berek! ¡Amigo de la Tierra!*  
*Auxilio y dicha de todos,*  
*¡Aguerrida defensa contra el enemigo!*  
*¡Amigo de la Tierra!*  
*¡Ayuda y salvación!*  
*¡Limpia el Reino de muerte y aflicción!*

Fueron llegando más gentes, atraídas por la música, los Amos y la reafirmación del granito de Piedra Deleitosa. Apoyándose entre sí, llevando en brazos a sus hijos, arrastrando a sus amigos, combatían su temor y acudían porque los más profundos impulsos de sus corazones respondían a la comida, la música, el *rillinlure*, la roca... a los Amos y la vida de Piedra Deleitosa.

Tras la afluencia inicial, los Amos hicieron turno para descansar, de modo que la fatiga no disminuyera la eficacia de sus esfuerzos. Cuando se agotó el *rillinlure*, los Estigmatizados proporcionaron fuegos especiales para los cocineros, y unieron su propia ciencia a la llamada de los Amos. Los guerreros de Quaán, dejaron de vigilar los muros y acudieron para ayudar a los cocineros, limpiando las mesas, los recipientes y bandejas, y transportando víveres desde las despensas.

Ahora la ciudad había encontrado una manera de resistir al miedo, y estaba decidida a prevalecer. En conjunto, menos de la mitad de los habitantes de Piedra Deleitosa respondieron a la llamada, pero aquel número era suficiente. Mantuvieron vivas las Defensas de los Amos cuando el mismo aire que respiraban hedía a maldad.

Durante cuatro días y cuatro noches, el Amo Superior Mhoram no abandonó su puesto. Descansó y comió para sostenerse, pero permaneció apostado ante la pared del refectorio. Al cabo de un tiempo, apenas veía u oía a la gente que se movía a su alrededor. Se concentró en la piedra, se adaptó al ritmo de Piedra Deleitosa, al pulso de su existencia y la batalla por la posesión de su pétrea vida. Vio tan claramente como si estuviera en la torre vigía que el lívido poder de Puño de Satán rezumaba cercano a los muros externos y se detenía... quedaba a la espera mientras las Defensas luchaban contra él. Oía el gemido apagado de la roca mientras luchaba para recordarse su propia existencia. Notaba la fatiga de los Gravanélicos. Absorbía todas

estas cosas y oponía su inquebrantable voluntad a la maldad del Despreciativo.

Y ganó.

Poco antes del alba del quinto día, el ataque cedió como una ola inmensa que se derrumba bajo su propio peso. Durante un largo momento, Mhoram percibió el júbilo que recorría la roca bajo sus pies y, asombrado, no lograba comprenderlo. A su alrededor, la gente permanecía boquiabierta como si la súbita liberación de la tensión a la que habían estado sometidos les confundiera. Entonces, unidos por un impulso común, Mhoram y todos los demás se precipitaron a las fortificaciones externas para contemplar el asedio.

Bajo ellos el terreno humeaba y se estremecía como carne herida, pero la maldad que lo había sometido ya no estaba allí. El ejército de Puño de Satán yacía prostrado a causa del excesivo esfuerzo en sus campamentos. El mismo Gigante-Delirante no estaba a la vista.

En todos sus muros, de uno a otro extremo, Piedra Deleitosa exultaba victoriosa. Voces débiles, roncas, desgarradas, famélicas saludaban, lloraban, gritaban desafiantes, como si hubiera terminado el asedio. El alivio empañó la visión del propio Mhoram. Cuando se volvió para regresar al interior de las Defensas, encontró a Loerya tras él, llorando de felicidad y tratando de abrazar a la vez a sus tres hijas. A su lado, Trevor exultaba de gozo y jugueteaba con una de las niñas risueñas.

—Descansa ahora, Mhoram —le dijo Loerya—. Deja las Defensas a nuestro cuidado. Sabemos lo que debemos hacer.

El Amo Superior Mhoram asintió con muda gratitud y se dispuso a acostarse. Pero ni siquiera entonces descansó, y no pudo hacerlo hasta que sintió que el Ala de Guerra había ocupado de nuevo sus posiciones defensivas, percibió que se habían formado grupos de búsqueda que recogían a los supervivientes del asalto que estaban en peor condición, notó que el orden reformaba lentamente la ciudad, como un mamut que surgía del caos. Sólo entonces se abandonó con el lento pulso de las entrañas rocosas y dejó que el sueño le despojara de sus tensiones, seguro en la confianza de la piedra.

Cuando despertó a la mañana siguiente, las Defensas de los Amos habían recuperado en gran parte la disposición de combate. El Signo General Quaan le llevó una bandeja con el desayuno a sus aposentos privados, y le informó de lo que sucedía en la ciudad mientras comía.

Gracias a su adiestramiento y al servicio excepcional de los Puños Generales y Puños de Guerra, el Ala de Guerra había sobrevivido con pocas bajas. Los Gravanélicos estaban agotados, pero bien. Los Guardianes de la Ciencia y Estigmatizados habían sufrido solamente algunas lesiones inintencionadas producidas por amigos presas de pánico. Pero la gente que no había respondido a las llamadas de los Amos no había salido tan bien librada. Los grupos de búsqueda habían encontrado

a varias decenas de muertos, sobre todo en los apartamentos a nivel del suelo, cerca de los muros exteriores. La mayoría de aquellas personas habían muerto de sed, pero algunos habían sido asesinados por sus amigos y vecinos enloquecidos por el terror. Y de los centenares de supervivientes, había varias docenas que parecían haber perdido irremediablemente el juicio.

Una vez finalizada la búsqueda, el Ama Loerya llevó a los Curadores a todos aquéllos que habían sufrido lesiones mentales y físicas, así como los que recordaban haber cometido asesinatos. Ahora ayudaba a los Curadores. En otros aspectos, Piedra Deleitosa se recuperaba con rapidez. Las Defensas estaban intactas.

Mhoram escuchó en silencio y luego esperó a que el viejo Signo General prosiguiera. Pero Quaán guardó silencio y el Amo Superior se vio obligado a preguntar:

—¿Y el ejército del Delirante?

—No se han movido —dijo Quaán con súbita vehemencia.

Era cierto. Las hordas de Puño de Satán se habían retirado a su campamento y permanecían inmóviles, como si se hubiera retirado de ellos la fuerza que los animaba.

En los días que siguieron, el enemigo permaneció en la misma inmovilidad esencial. Sus únicos movimientos eran los imprescindibles para mantener el campamento en orden. Llegaban carromatos de suministros por el sur y el este. De vez en cuando, una indefinida vibración de poder corría entre ellos, como un leve latigazo que mantenía a las bestias bajo control. Pero ninguno de ellos se acercaba a los muros de las Defensas. El *samadhi* Delirante no daba señales de vida. Solamente el compacto cinturón del asedio mostraba que el Amo Execrable no había sido derrotado.

Durante cinco, diez, quince días el enemigo permaneció como muerto alrededor de Piedra Deleitosa. Al principio, algunos de los habitantes más optimistas de la ciudad arguyeron que se había derrumbado la moral de los atacantes, pero el Signo General Quaán no lo creía, y tras una larga inspección desde la torre vigía, Mhoram le dio la razón a su viejo amigo.

Puño de Satán esperaba simplemente que Piedra Deleitosa consumiera sus reservas de víveres y se debilitara antes de lanzar el próximo ataque.

A medida que transcurrían los días, el Amo Superior Mhoram perdió su capacidad para descansar. Yacía tenso en sus cámaras y percibía cómo iban agriándose los ánimos de la ciudad.

Lentamente, día a día, las Defensas de los Amos empezaron a comprender su verdadera situación. Los Gigantes que habían excavado la ciudad en la roca de la montaña miles de años atrás, en la era de Damelon, la construyeron para que fuera inexpugnable, y todos sus habitantes habían vivido desde su nacimiento con la

creencia de que la intención de los Gigantes había tenido éxito. Las paredes eran de granito y las puertas infranqueables. En una época de crisis, la fértil meseta que estaba detrás de la enorme fortaleza podría proporcionarle alimentos. Pero el imprevisible invierno del Despreciativo, había dejado yerma la meseta. Ya no crecían en ella cultivos ni frutos, no podían vivir las vacas ni otros animales, ya nada era posible bajo el constante y gélido viento. Y las despensas habían suministrado alimentos a la ciudad desde el inicio natural del invierno. Por primera vez en su larga historia, los habitantes de Piedra Deleitosa comprendían que era posible morir de hambre.

En los primeros días de espera, los Amos iniciaron un racionamiento estricto de los suministros. Redujeron la ración diaria de alimentos de cada persona hasta que todo el mundo en Piedra Deleitosa se sentía siempre hambriento. Organizaron los refectorios severamente, para que no se desperdiciara comida. Pero aquellas medidas se revelaron insuficientes. La ciudad tenía muchos millares de habitantes, e incluso con raciones mínimas todos los días consumían grandes cantidades de las provisiones almacenadas.

Su anterior alegría desapareció pronto como agua que cae sobre la arena ardiente. La espera se hizo al principio estupefaciente y luego pesada y siniestra, como una tormenta confinada en un breve espacio, y finalmente resultó enloquecedora. El Amo Superior Mhoram descubrió que él mismo anhelaba el próximo ataque, que al menos le permitiría luchar.

Gradualmente, los fríos y grises días empezaron a debilitar la discreción de las Defensas, su sentido pragmático. Algunos de los granjeros, gentes a las que el invierno les había privado de trabajo, salieron a las alturas que rodeaban a Glimmermere, escabulléndose como si se avergonzaran de que les vieran plantando inútiles hileras de semillas en la tierra helada.

El Amo Trevor empezó a descuidar algunos de sus deberes. De vez en cuando olvidaba por qué había llegado a ser Amo, el impulso que le había elevado a aquella dignidad, desafiando la falta de confianza en sí mismo, y evadía las responsabilidades normales como si temiera inexplicablemente el fracaso. Loerya, su esposa, realizaba con constancia su trabajo, pero avanzaba por las Defensas distraída, casi sigilosa. Procuraba acaparar comida para sus hijas. Cada vez que veía al Amo Superior, lo miraba con una extraña expresión de resentimiento.

Al igual que Loerya, el Ama Amatin iba distanciándose lentamente. Cada vez que tenía un momento libre se dedicaba a un febril estudio de las Alas Primera y Segunda, poniendo tanto empeño en descifrar los misterios que cuando volvía a hacerse cargo de sus deberes públicos, parecía como si se hubiera golpeado la frente contra la mesa.

Varios Estigmatizados y Gravanélicos adquirieron la costumbre de llevar fuego

con ellos adonde fueran, como si estuvieran sufriendo una incomprensible ceguera; y el vigésimo día de la espera, el Signo General Quaan invirtió abruptamente todas sus decisiones anteriores: sin consultar a ninguno de los Amos, envió un grupo de exploradores fuera de las Defensas hacia el campamento de Puño de Satán. Ninguno de ellos regresó.

El ejército del Delirante seguía yaciendo como si estuviera encadenado alrededor de Piedra Deleitosa. Quaan se censuró ante el Amo Superior.

—Soy un estúpido —dijo en tono grave—, un viejo idiota. Sustitúyeme antes de que me vuelva más loco y envíe a la muerte a toda el Ala de Guerra.

—¿Quién puede sustituirte? —replicó Mhoram suavemente—. El Despreciativo pretende volver locos a todos los defensores del Reino.

Quaan miró a su alrededor como si quisiera aquilatar los apuros que padecía Piedra Deleitosa.

—Triunfaré, porque no necesita arma alguna, sino tan sólo paciencia.

Mhoram se encogió de hombros.

—Quizá, pero esa táctica no me parece segura. El Amo Execrable no puede predecir el volumen de nuestras reservas, ni la intensidad de nuestra determinación.

—¿Por qué aguarda entonces?

El Amo Superior no necesitaba ser un vidente para responder a aquella pregunta.

—El *samadhi* Delirante espera una señal... tal vez de nuestra parte... o quizá del Despreciativo.

Aquella idea puso furioso a Quaan, el cual regresó a sus ocupaciones. Y Mhoram volvió a considerar un problema que no dejaba de inquietarle. Por tercera vez fue en busca de Trell.

Pero no pudo localizar al atormentado Gravanélico, que debía haberse ocultado en alguna parte. Mhoram no encontró ni rastro de él, ni tampoco los demás *rhadhamaerl* habían visto recientemente al fornido pedrario. A Mhoram le dolía pensar que Trell se ocultaba, royendo en cataléptico aislamiento la carne contaminada de sus angustias. No obstante, el Amo Superior no podía permitirse ni el tiempo ni la energía para registrar todos los lugares privados de Piedra Deleitosa en busca de un Gravanélico amargado. Antes de que se hubiera completado una somera búsqueda, le distrajo un grupo de Guardianes de la Ciencia que habían decidido irracionalmente salir y negociar la paz con el Delirante. Una vez más, Mhoram se vio obligado a dejar de lado la búsqueda de Trell de Atiaran.

El vigésimo cuarto día, el Amo Trevor abandonó del todo sus deberes. Se encerró en su estudio como un penitente, rechazando todo alimento y bebida. Loerya no obtuvo ninguna respuesta de él, y cuando el Amo Superior le habló, no dijo más que deseaba que su esposa e hijas tuvieran la ración de comida que le correspondía a él.

—Ahora incluso yo soy causa de dolor para él —murmuró Loerya con lágrimas

en los ojos—. Porque he dado parte de mi comida a mis hijas, cree que no se porta bien como marido y padre y que debe sacrificarse.

Miró con desespero a Mhoram, como si tratara de juzgar el precio de la abdicación, y se marchó a toda prisa antes de que él pudiera replicar.

Al vigésimo quinto día, el Ama Amatin se acercó a Mhoram y le exigió sin preámbulos ni explicación alguna que le revelara su conocimiento secreto.

—Ah, Amatin —suspiró el Amo—, ¿tan ansiosa estás de nuevas cargas?

El Ama se volvió al instante y se alejó cabizbaja, como si Mhoram la hubiera traicionado.

Cuando subió a la torre para llevar a cabo su observación solitaria, dudaba de lo acertado de sus acciones y sentía que, en efecto, la había traicionado. La había privado de un conocimiento peligroso como si la juzgara incapaz de soportarlo. Sin embargo, por mucho que quisiera, no lograba reunir el valor necesario para proporcionar a sus compañeros Amos la clave del Ritual de la Profanación, una clave que le impulsaba a enfurecerse con Trevor, golpear a Loerya para arrancar el dolor de su rostro, sacudir los frágiles hombros de Amatin hasta que comprendiera, solicitar el fuego de la oculta potencia de los cielos para que cayera sobre la cabeza de Puño de Satán... y que no le permitía hablar.

El vigésimo séptimo día, la primera de las despensas se había vaciado. El cocinero jefe y el Curador más experimentado informaron a Mhoram de que los viejos y enfermos empezarían a morir de hambre al cabo de pocos días.

Al retirarse a sus habitaciones para descansar, sentía demasiado frío para poder dormir. A pesar del cálido gravanel, el invierno del Amo Execrable le llegaba a través de las paredes de piedra, como si el viento incesante acompañara sus resonancias más vulnerables. Permanecía con los ojos abiertos en su jergón, como un hombre con fiebre de impotencia e inminente desesperación.

A la noche siguiente le hizo saltar de la cama una vibrante sensación de peligro que le llegaba a través de las paredes como una llama avanzando imparable a lo largo de una mecha. Se puso en pie antes de recibir ninguna llamada. Sujetando con firmeza el bastón, se apresuró hacia las fortificaciones más elevadas al este de la Defensa principal. Descubrió al Signo General Quaan en un balcón que daba a la torre y el negro ejército de Puño de Satán.

Cuando Mhoram llegó a su lado, Quaan señaló hacia el este con un rígido brazo, pero el Amo Superior no necesitaba aquel gesto, pues la visión parecía surgir ante él de la oscuridad, como empujada por el viento.

Desde el este, en dirección a Piedra Deleitosa, había una grieta en las nubes, una abertura que se extendía al norte y el sur, hasta donde llegaba la vista de Mhoram. Aquella grieta parecía ancha, imponente, pero las nubes amontonadas detrás eran tan impenetrables como siempre.

Era tan claramente visible porque a su través brillaba una luz tan verde como la esencia helada de la esmeralda.

Su brillantez hacía que pareciera rápida, pero se movía como una ola lenta, ineluctable por encima de los campos helados, más allá de las colinas. Su radiante haz verde relucía como una llamarada de maldad sobre el terreno, encendiendo contornos invisibles y apagándolos luego. Mhoram contempló aquel fenómeno silencioso y asombrado. La luz iluminó el ejército del Delirante y se abatió sobre las laderas de la meseta. Como un maremoto de maligno desdén, ascendió y pasó sobre las Defensas.

La gente gritó al ver la luna llena esmeralda que iluminaba a través de la abertura. El mismo Amo Superior se estremeció y alzó su bastón como si quisiera protegerse de una pesadilla. Durante un horrible momento, mientras la grieta se movía, la luna del Amo Execrable dominó el claro abismo del cielo como una herida incurable, una mutilación de la misma Ley de los cielos. La radiación esmeralda lo cubría todo, llenando de congoja a los habitantes de Piedra Deleitosa.

Pasó la grieta y la luz enfermiza se alejó hacia el oeste. Las Defensas de los Amos quedaron como un acantilado batido por las olas de un oscuro mar.

—¡*Melenkurion!* —jadeó Quaan, como si se ahogara—. ¡*Melenkurion!*

Lentamente, Mhoram se dio cuenta de que hacía muecas como un loco acorralado. Pero mientras la oscuridad se abatió y resonó a su alrededor, no pudo distender sus facciones y la contorsión se aferró a su rostro como la sonrisa de una calavera. Pareció transcurrir un largo y tenso momento antes de que pensara en escudriñar la noche para ver qué hacía el ejército de Puño de Satán.

Al fin consiguió mirar, y vio que el ejército había cobrado vida. Las hordas salieron de su inquieto reposo y empezaron a bullir en la oscuridad.

—Que se prepare el Ala de Guerra —dijo Mhoram, tratando de reprimir un involuntario temblor en su áspera voz—. El Delirante ha recibido la señal. Atacará.

Haciendo un esfuerzo, el Signo General Quaan se dominó y salió del balcón, gritando órdenes mientras se movía.

Mhoram apretó su bastón contra el pecho y respiró hondo. Al principio el aire se estremeció en sus pulmones y no pudo eliminar la mueca de su rostro. Pero relajó lentamente sus músculos y dirigió su tensión a otros canales. Concentró sus pensamientos en la defensa de la fortaleza.

Llamó a los Guardahogar y los demás Amos para que se reunieran con él y se dirigió a la torre para ver qué hacía el *samadhi* Delirante.

Allí, en compañía de los dos estremecidos centinelas, podría seguir los movimientos del Delirante. Puño de Satán sostenía su brillante fragmento de la Piedra Illearth, como un pendón de fuego gélido, cuya intensa luz verde le revelaba claramente mientras se movía entre sus fuerzas, lanzando órdenes en una áspera y

extraña lengua. Sin prisas, se rodeó de ur-viles hasta que las negras formas se extendieron bajo su luz como un lago de agua negra. Entonces los ordenó en dos cuñas inmensas, una a cada lado de él, con los extremos en sus hombros, frente a Piedra Deleitosa. A la lúgubre luz de la Piedra, los maestros de la ciencia ur-vil parecían una compacta masa de energía fatídica y ansiosa de actuar. Oleadas de otras criaturas se extendieron más allá, a cada lado, mientras empezaban a aproximarse a las Defensas.

Siguiendo el fuego del Delirante, avanzaron hacia las grandes puertas en la base de la torre vigía.

El Amo Superior Mhoram sostuvo con más fuerza su bastón y se preparó para lo que pudiera suceder.

Sintió que se aproximaba alguien. Eran el Ama Amatin y el Guardahogar Borillar, seguidos poco después por Tohrm y Quaan. El Signo General informó sin apartar los ojos de las hordas de Puño de Satán.

—He ordenado que dos Eoalas se apuesten en la torre. Un número mayor no sería operativo... pues se dificultarían los movimientos entre ellos mismos. La mitad son arqueros. Son buenos guerreros —añadió sin necesidad, como para tranquilizarse— y todos sus Puños Generales y Puños de Guerra son veteranos de la guerra contra Descuartizador. Los arqueros tienen dardos de *lor-liarill*. Empezarán cuando les des la señal.

Mhoram hizo un gesto de aprobación.

—Di a la mitad de los arqueros que ataquen cuando el Delirante esté a tiro de flecha. Los restantes que esperen mi señal.

El Signo General se volvió para dar aquellas instrucciones, pero de repente Mhoram le cogió de un brazo.

—Coloca más arqueros en las defensas que hay encima del patio del Oropelino. Si por desgracia Puño de Satán lograra derribar las puertas, los defensores de la torre necesitarán ayuda. Y que los guerreros estén preparados para derribar las pasarelas de las Defensas.

—Sí, Amo Superior.

Quaan era un guerrero y comprendía la necesidad de tales órdenes. Devolvió el firme apretón de Mhoram, como un gesto de despedida, y abandonó lo alto de la torre.

—¿Romper las puertas? —preguntó Borillar como si la mera sugerencia le asombrara—. ¿Cómo es posible?

—No es posible —replicó sobriamente Tohrm.

—Sin embargo debemos prepararnos —terció Mhoram.

Apoyó su bastón en la piedra, como un estandarte, y observó la aproximación del *samadhi* Sheol.



Nadie habló mientras el ejército avanzaba. Ya estaba a menos de cien metros de las puertas. Con excepción del fragor que levantaban en el suelo los millares de pies, se movían en silencio, como al acecho, o como si a pesar de sus violentos impulsos, muchas de las criaturas temieran lo que pretendía hacer Puño de Satán.

Mhoram supo que sólo le quedaban algunos momentos. Preguntó a Amatin si había visto a Trevor o Loerya.

—No —susurró ella con voz hueca, como un reconocimiento de abandono.

Instantes después, una andanada de flechas partió de uno de los niveles superiores de la torre. Eran invisibles en la oscuridad, y Puño de Satán no dio señal alguna de haber visto que le atacaban. Pero la radiación de la piedra incendió los dardos y los derribó antes de que llegaran a él.

Otra descarga, y otra más, sólo sirvieron para iluminar el frente del ejército enemigo, revelando con una tétrica luz verde y anaranjada el mortífero aspecto de sus dirigentes.

Entonces el *samadhi* se detuvo. Los ur-viles temblaban a sus costados. El líder gritó sus órdenes y las cuñas se apretaron. Gruñendo, los Entes de la Cueva y otras criaturas se dispusieron en formación, preparados para atacar.

Sin prisas ni vacilación, el Gigante-Delirante cerró el puño y un vapor iridiscente surgió del fragmento de la Piedra que sostenía.

Mhoram notó el incremento del poder de la piedra irradiando en grandes oleadas contra su rostro.

De repente, un rayo de energía surgió de la Piedra y cayó al suelo, delante de los maestros de la ciencia. La energía siguió en ignición hasta que el suelo y la roca se encendieron, ardieron con llamas verdes y crepitaron como leña. Entonces el *samadhi* movió aquel rayo y lo hizo girar sobre el terreno en un amplio y lento arco hacia el otro maestro de la ciencia. Su energía abrió un surco en el suelo que llameaba y exhalaba un sonido lastimero, como si la tierra agonizara.

Cuando el arco quedó completo, encerraba entre sus extremos a Puño de Satán... era un semicírculo de carbones esmeralda que se alzaban ante él como un arnés, sujeto por las dos cuñas de ur-viles.

Mhoram recordó la vibrante vorágine con la que Descuartizador atacó el Ala de Guerra en Doriendor Corishev, y cruzó al otro lado de la torre para gritar a las Defensas:

—¡Abandonad las almenas! ¡Todos excepto los guerreros deben ponerse a cubierto! ¡No os esponzáis a menos que el mismo cielo os caiga encima!

Entonces regresó junto al Ama Amatin.

Bajo él, los dos maestros de la ciencia ur-vil alzaron sus estacas y las hincaron en los extremos del arco. En seguida el vitriolo de los Demondim empezó a pulsar en el surco. Las llamas verdes se ennegrecieron, burbujearon, chisporrotearon, saltaron

fuera del arco como si Puño de Satán hubiera perforado una vena de la Sangre de la Tierra.

Cuando el Signo de Guerra Quaan regresó a la torre, Mhoram supo que el *samadhi* no estaba invocando una vorágine. El esfuerzo del Delirante no se parecía a nada de lo que había visto hasta entonces. Y era más lento de lo que él había esperado que fuera. Una vez los ur-viles se unieron al arco, Puño de Satán empezó a utilizar su Piedra, desde cuyo núcleo incandescente brotó un fuego que se vertió en el surco del arco. Esta fuerza, combinada con el negro fluido de los ur-viles, formó una mezcla de horrible potencia. Pronto unas lenguas de fuego negro salieron del surco y oscilaron en el aire. Aquellas llamas produjeron a quienes las contemplaban desde la fortaleza una profunda sensación de que estaban atacando algo inviolable, como si los fundamentos rocosos de las estribaciones montañosas sufrieran un ataque... como si el Despreciativo se atreviera incluso a vilipendiar el esqueleto de la Tierra.

El poder fue en aumento. Las lenguas de fuego se elevaban más y más, se unían, se hacían, gradualmente pero con firmeza, más brillantes y malignas. Su violencia aumentó hasta que Mhoram sintió que sus nervios no podían soportarlo más..., pero seguía creciendo. Cuando empezó a amanecer a espaldas de Puño de Satán, todas las lenguas individuales se habían reunido en tres rayos que restallaban sin cesar y sin gran ruido en la más profunda oscuridad de las nubes.

El Amo Superior tenía la garganta demasiado seca, y hubo de tragar saliva varias veces antes de poder hablar.

—Guardahogar Tohrm, atacarán las puertas con ese poder. Envía a todos los Gravanélicos que quieran acudir en ayuda de la piedra.

Tohrm se sobresaltó al oír su nombre y luego se marchó rápidamente, como si le alegrara alejarse del tétrico resplandor del arco.

Mientras la grisácea luz del día iluminaba el asedio, los tres indómitos rayos saltaban y farfullaban maníacamente, bramaban a las nubes silenciosas y se acercaban entre sí. Detrás de ellos, el ejército comenzó a aullar a medida que la tensión se hacía más insoportable.

Los finos dedos del Ama Amatin se hundieron en el brazo de Mhoram. Quaan había cruzado los brazos sobre el pecho y hacía esfuerzos para no empezar a gritar. Borillar se restregó vigorosamente el rostro, como si quisiera borrar la sensación de maldad. Su bastón yacía inútil a sus pies. El Amo Superior oraba por todos ellos y mantenía a raya su temor.

Entonces, abruptamente, el Delirante hizo girar la Piedra y, con un rugido, inculó aún más potencia al arco.

Las tres grandes columnas de fuego se fusionaron en una sola.

La tierra se estremeció con un estruendo, en respuesta a aquel rayo único y prodigioso. En seguida se desvaneció el fuego, aunque el *samadhi* y los ur-viles no

retiraron su poder del arco.

El estruendo continuó. Los temblores sacudían el suelo. Al cabo de unos momentos, la torre temblaba como si sus cimientos estuvieran a punto de abrirse y tragarla.

El terreno de las estribaciones montañosas empezó a moverse de una forma terrible: se retorció, saltaba, se cuarteaba y, a través de las grietas, unas formas pétreas surgían hacia arriba. Horrorizado, Mhoram vio que salían de la tierra formas de seres humanos, de Gigantes y caballos. Eran toscas, contorsionadas, insensatas... Eran piedra articulada, los antiguos restos fosilizados de cuerpos enterrados.

El recuerdo del grito de Asuraka en Madera Deleitosa resonó en los oídos de Mhoram: *¡Resucitaba a los muertos de antaño!*

A centenares y luego a millares, las formas pétreas se alzaban del suelo. En medio del estruendo colosal de la tierra al abrirse, se liberaban de sus tumbas milenarias y avanzaban tambaleándose ciegamente hacia las puertas de Piedra Deleitosa.

—¡Defended la torre! —gritó Mhoram a Quaan—. Pero no desperdiciéis vidas. ¡Amatin! ¡Lucha aquí! Huye si la torre cae. Voy a las puertas.

Pero cuando se apartó del parapeto, chocó con el Guardahogar Tohrm, el cual le sujetó, deteniéndole. Sin embargo, a pesar de la urgencia del Amo Superior, transcurrió un largo momento antes de que Tohrm consiguiera articular palabra.

—El túnel está defendido—dijo al fin.

—¿Quién lo defiende? —preguntó Mhoram.

—El Amo Trevor ordenó a todos los demás que se fueran. Sólo él y el Gravanélico Trelle guardan las puertas.

—*¡Melenkurion!* —exclamó Mhoram—. *¡Melenkurion abatha!*

Regresó al parapeto y miró abajo. Las formas muertas, silenciosas, casi habían llegado a la base de la torre. Centenares de arcos les disparaban flechas, pero los dardos se encendían antes de llegar a las formas terreas y caían llameando al suelo sin efecto alguno.

Mhoram no sabía qué hacer y musitaba para sí, lleno de asombro. La ruptura de la Ley de la Muerte tenía consecuencias que iban más allá de lo que podía imaginar. Millares de formas retorcidas estaban ya reunidas y en marcha, y a cada momento surgían muchas más del suelo y se ponían en movimiento como almas perdidas que obedecían la orden del poderoso Sheol Puño de Satán.

Pero cuando la primera forma puso sus manos en las puertas, el Amo Superior Mhoram saltó hacia delante. Haciendo girar su bastón, envió un rayo de energía por el costado de la torre, que alcanzó a la forma muerta. Bajo el impacto del fuego de los Amos, la forma se desmoronó como si fuera de arena.

Al instante, el Amo Superior y Amatin se pusieron a trabajar con todas sus fuerzas. Sus bastones silbaron y expulsaron fuego, e hicieron llover la energía

azulada, como martillazos que golpearan a las formas en marcha, y cada golpe reducía a los muertos a un montón de arena. Pero cada uno que caía era sustituido por otros veinte. Todo el terreno entre la torre vigía y el arco de Puño de Satán se alzaba y se abría, expulsando nuevas formas que eran como seres extraídos del limo más profundo de un mar sin vida. Primero uno a uno, y luego por decenas, veintenas y grupos de cincuenta llegaron a las puertas y se amontonaron contra ellas.

Mhoram podía notar a través de la piedra que aumentaba la presión sobre las puertas. Podía notar el fuego de Trevor y la poderosa canción subterránea de Trel apoyando las puertas trabadas, mientras centenares, millares de las ciegas y mudas formas presionaban contra ellas, las aplastaban con una violencia mineral, como una avalancha imposible que brotara del suelo hacia arriba. Podía sentir los crujidos lastimeros de la piedra, como si estuvieran machacando los huesos de la torre. Y los muertos seguían acudiendo, surgiendo de la tierra hasta parecer tan numerosos como el ejército del Delirante y tan irresistibles como un cataclismo. Mhoram y Amatin derribaron a centenares de ellos y aún así no causaron ningún efecto.

Detrás del Amo Superior estaba arrodillado Tohrm, compartiendo el dolor de la torre que percibía a través de sus manos y llorando abiertamente.

—¡Piedra Deleitosa! ¡Ay de ti, ciudad querida!

Mhoram se apartó del escenario de la lucha, cogió a Tohrm por la túnica y obligó al Guardahogar a ponerse en pie, gritándole al rostro:

—¡Recuerda quién eres, Gravanélico! Eres el Guardahogar de las Defensas de los Amos.

—¡No soy nada! —gimió Tohrm—. ¡Ah, la Tierra...!

—¡Eres Guardahogar y Gravanélico! Escúchame... Yo, el Amo Superior Mhoram, te lo ordeno. Estudia este ataque... aprende a conocerlo. Las puertas interiores no deben caer. ¡Los *rhadhamaerl* deben preservar las puertas interiores de Piedra Deleitosa!

Notó que se producía un cambio en el ataque. La Piedra de Puño de Satán arrojó ahora nuevos rayos contra las puertas. Amatin intentó resistir, pero el Delirante hizo que sus esfuerzos fueran totalmente inútiles. No obstante, Mhoram permaneció con Tohrm, centró su fuerza en el Guardahogar hasta que éste reaccionó.

—¿Quién llorará a la piedra si no lo hago yo? —preguntó quejumbroso.

Mhoram dominó sus deseos de gritarle.

—Llorar no nos ayudará a sobrevivir.

Un instante después se olvidó de Tohrm y de todo, excepto de los gritos silenciosos que detonaban en su interior procedentes de la base de la torre. Imponiéndose a los gritos de rabia de Trel y la vehemencia del fuego de Trevor, las puertas chirriaban agónicamente.

Un enorme estrépito convulsionó la torre. Los que estaban en lo alto cayeron al

suelo. Un trueno enorme, como un aullido de victoria restalló en alguna parte entre la tierra y el cielo, como si hubieran hendido el mismo firmamento. Las puertas cedieron hacia dentro y torrentes de piedra muerta inundaron el túnel bajo la torre.

Mhoram gritaba a Quaan y Amatin.

—¡Defended la torre! —El suelo dejó de temblar y el Amo Superior se puso en pie. Sin soltar a Tohrm, gritó—: ¡Venid! ¡Alinead a los Gravanélicos! Las puertas interiores no deben caer.

Aunque la torre todavía temblaba, se dirigió a las escaleras.

Pero antes de que pudiera descender, oyó un fragor de gritos humanos. La angustia y la rabia hicieron palidecer sus demás emociones.

—¡Quaan! —rugió, aunque el viejo Signo General casi estaba a su lado—. ¡Los guerreros atacan! —Quaan asintió sobriamente—. ¡Detenlos! No pueden luchar contra esos muertos. Las espadas no servirán de nada.

Acompañado de Tohrm y Quaan, el Amo Superior bajó corriendo las escaleras, dejando a Amatin que blandía su fuego al borde del parapeto.

Quaan bajó a través de la torre, pero Mhoram llevó a Tohrm al patio entre la torre y las Defensas, por la pasarela más elevada. Desde allí vio que Trell y el Amo Trevor ya habían sido expulsados del túnel, y luchaban por su vida contra la ciega y lenta marcha de los muertos. Trevor luchaba con una fuerza extraordinaria, como Mhoram no había visto jamás en él hasta entonces, batiéndose con los primeros atacantes y reduciéndolos rápida y continuamente a arena. Trell blandía en ambas manos un macizo fragmento de una de las puertas, que utilizaba como una maza con una fuerza tan feroz que incluso las formas vagamente parecidas a caballos y Gigantes caían bajo sus golpes.

Pero ambos hombres no tenían posibilidades. Espadas, lanzas y flechas no tenían efecto alguno contra aquella cantidad de formas en marcha, las docenas de guerreros que saltaban al túnel y el patio sucumbían aplastados bajo los pétreos pies, lanzando gritos horripilantes. Mientras Mhoram observaba, los muertos empujaron a Trell y Trevor más allá del viejo árbol oropelino, hacia las puertas interiores cerradas.

Mhoram gritó a los guerreros que estaban en las almenas, por debajo de él, ordenándoles que permanecieran fuera del patio. Luego corrió al otro lado de las Defensas y bajó a toda prisa las escaleras hacia los niveles inferiores. Seguido por Tohrm, alcanzó el primer estribo sobre las puertas interiores a tiempo de ver que los Entes de la Cueva penetraban por el túnel, abriéndose paso entre los muertos para atacar las puertas laterales que constituían el único acceso a la torre.

Algunos de ellos cayeron en seguida con la garganta o el vientre atravesados por flechas, y otros fueron interceptados por los pocos guerreros que habían evitado ser aplastados en el patio. Pero sus gruesos y pesados jubones les protegían de la mayor parte de los dardos y las espadas. Con su gran fuerza y su conocimiento de la piedra,

se lanzaron contra las puertas. Pronto enormes cantidades de aquellas criaturas llenaban el túnel. El Amo Superior vio que los guerreros solos no podrían mantener a las criaturas del *samadhi* fuera de la torre.

Por un momento, Mhoram apartó de su mente a Trevor, Trell, los Entes de la Cueva, los guerreros y los pétreos muertos animados, y se enfrentó con la decisión que había de tomar. Para que Piedra Deleitosa pudiera conservar una defensa viable, era preciso preservar la torre o las puertas interiores. Sin las puertas, la torre todavía podría restringir la aproximación de Puño de Satán lo suficiente para mantener con vida a Piedra Deleitosa; sin la torre, las puertas podrían impedir el paso a Puño de Satán. Sin las unas o la otra, Piedra Deleitosa sería derrotada. Pero Mhoram no podía luchar por ambas cosas, no podía estar en los dos lugares a la vez. Debía elegir dónde concentrar la defensa.

Eligió las puertas.

De inmediato envió a Tohrm para que reuniera a los Gravanélicos, y luego se volvió de nuevo a la batalla que tenía lugar en el patio. Ignoró a los Entes de la Cueva, centrándose en los muertos que pisoteaban el árbol oropelino y colocaban a Trell y Trevor contra los muros. Gritando a los guerreros que le rodeaban para que le dieran *clingor*, lanzó el fuego de los Amos a las formas sin rostro, convirtiéndolas en arena. Entonces, junto con Trevor, limpió un espacio por el que podrían escapar los hombres atrapados.

Muy pronto los centinelas trajeron dos cuerdas de *clingor*, las fijaron y las lanzaron a Trevor y Trell. Pero en el breve tiempo transcurrido una nueva oleada de Entes de la Cueva penetró en el patio a hombros de los muertos y se unieron al asalto de las puertas. Con un horrísono sonido como el ruido de huesos triturados, arrancaron las puertas de sus goznes, echaron a un lado las losas de piedra y, rugiendo, se lanzaron a la carga de la torre. En seguida se les enfrentaron recios y vigorosos guerreros, pero el impulso imparable y la fuerza de los Entes de la Cueva los llevó adentro.

Trell, al ver que las puertas estaban rotas, lanzó un grito atroz e intentó atacar a los Entes de la Cueva. Apartando la cuerda de *clingor*, se abalanzó contra los muertos como si creyera que podría abrirse paso entre ellos para ir en defensa de la torre. Por un momento, su maza de granito y su ciencia de *rhadhamaerl* le abrieron paso y avanzó una corta distancia por el patio. Pero entonces hasta su maza se rompió, y cayó bajo el peso prodigioso de los muertos.

Trevor saltó tras él. Ayudado por el fuego de Mhoram, el Amo llegó hasta Trell. Uno de los muertos le golpeó en un tobillo, pero él ignoró el dolor, agarró a Trell por los hombros y tiró de él.

En cuanto pudo ponerse de nuevo en pie, Trell apartó a Trevor y atacó a las contrahechas formas con los puños.

Trevor cogió una de las cuerdas de *clingor* y se la enrolló al pecho, dándole varias vueltas. Luego colocó los brazos por debajo de los de Trel y sujetó su bastón como una barra que cruzaba el pecho del Gravanélico, gritando a los guerreros que le subieran. Al instante, diez guerreros cogieron la cuerda y tiraron de ella. Mientras Mhoram protegía a los dos hombres, los izaron por el muro y sobre el parapeto del estribo.

Con una horrenda sacudida, los muertos se lanzaron contra las puertas interiores.

En medio de los gritos de combate desde la torre y la muda presión que aumentaba rápidamente contra las puertas, el Amo Superior Mhoram dirigió su atención a Trel y el Amo Trevor.

El Gravanélico luchaba para liberarse de la presa de Trevor y las manos de los guerreros. Cuando lo consiguió, se irguió y se enfrentó a Mhoram como si quisiera estrangularlo. Su rostro ardía a causa del esfuerzo y la furia.

—¡Intacta! —gruñó ásperamente—. Hemos perdido la torre... ¡intacta para que la use Sheol! ¿Eso es lo que te propones hacer con Piedra Deleitosa? ¡Mejor sería que la destruyéramos nosotros mismos!

Agitando sus poderosos brazos para impedir que nadie le tocara, giró sobre sus talones y penetró rápidamente en las Defensas.

Un brillo peligroso apareció en los ojos de Mhoram, pero se mordió el labio y evitó ir en pos del Gravanélico. Trel había luchado denodadamente, sin éxito. No se le podía culpar porque detestara su insuficiencia. Debían dejarle en paz. Pero su voz había sonado como la de un hombre que ha perdido para siempre la esperanza de paz. Desgarrado en su interior, Mhoram envió dos guerreros para que vigilaran a Trel, y luego se volvió hacia Trevor.

El Amo estaba apoyado en el muro del fondo, jadeante. La sangre brotaba de su tobillo herido. La mugre de la batalla ensuciaba su rostro, y se estremecía como si el esfuerzo de respirar convulsionara su pecho. Sin embargo, no parecía consciente del dolor. Sus ojos brillaban con alucinantes percepciones. Cuando Mhoram se enfrentó con él, le susurró:

—Lo he sentido. Sé qué es.

Mhoram ordenó a gritos que acudiera un Curador, pero Trevor hizo un gesto rechazando toda sugerencia de ayuda. Miró al Amo Superior como un exaltado y repitió:

—Lo he sentido, Mhoram.

Mhoram dominó su preocupación.

—¿Sentido?

—El poder del Amo Execrable. La fuerza que hace todo esto posible.

—La Piedra... —empezó a decir Mhoram.

—La Piedra no basta. Este clima... la rapidez con la que se hizo tan poderoso

después de su derrota en la Espesura Acogotante... la fuerza de su ejército, aunque está tan alejado de él... estas formas muertas, impulsadas desde el mismo suelo por un poder tan enorme...

»La Piedra no basta. Lo he sentido. Ni siquiera el Amo Execrable, el Despreciativo podría llegar a ser tan invencible en siete cortos años.

—¿Cómo entonces? —susurró el Amo Superior.

—Este clima... este invierno mantiene e impulsa al ejército... libera a Puño de Satán, al mismo Despreciativo para hacer otras cosas... la obra de la Piedra, la de poner en pie a estos muertos. ¿No recuerdas, Mhoram, el poder de Lombrizderoca Babeante sobre el tiempo y la luna?

Mhoram asintió, cada vez más asombrado y temeroso.

—Lo he sentido. El Amo Execrable tiene en su poder el Bastón de la Ley.

Mhoram no pudo evitar un grito, a pesar de su convicción instantánea de que Trevor estaba en lo cierto.

—¿Cómo es posible? El Bastón cayó con el Ama Superior Elena bajo el Vertedero Celeste de Melenkurion.

—No lo sé. Tal vez el mismo ser que mató a Elena llevó el Bastón a la Guarida del Execrable... tal vez es el mismo Kevin muerto quien blande el Bastón en beneficio del Execrable, de modo que el Despreciativo no necesita utilizar personalmente un poder que no puede controlar. Pero he sentido el Bastón, Mhoram... era sin duda alguna el Bastón de la Ley.

Mhoram asintió, esforzándose por contener el temor que parecía resonar ilimitadamente dentro de él. ¡El Bastón! La batalla se enconaba a su alrededor, no podía permitirse ni el tiempo ni la fuerza necesarios para nada que no fuera la tarea inmediata. ¡El Amo Execrable estaba en poder del Bastón! Si se permitía pensar en ello, podría ser presa del pánico. Con la mirada centelleante, apretó el hombro de Trevor en un gesto de alabanza y camaradería, y luego se volvió hacia el patio.

Por un momento trató de adaptar sus percepciones al estruendo de la batalla, centrando sus sentidos para valorar la situación de Piedra Deleitosa. Notaba la presencia del Ama Amatin en lo alto de la torre, todavía agitando su bastón para arrojar el fuego a los muertos. Se estaba debilitando, pues sus continuos esfuerzos habían superado hacía mucho tiempo el límite normal de su vigor, pero seguía lanzando llamaradas azules hacia abajo, luchando como si quisiera defender la torre hasta el último aliento. Y su obra tenía efectos. Aunque no podía detener ni siquiera una décima parte de aquellas formas que avanzaban con paso lerdo, había derribado tantas que la arena obturaba los accesos del túnel. Sólo unos pocos muertos podían abrirse paso a la vez. La acción del Ama, unida a la estrechez del túnel, aminoraban la velocidad de su avance y la multiplicación de su presión sobre las puertas interiores.



Pero mientras luchaba, la batalla empezó a ascender por la torre hacia ella. Algunos Entes de la Cueva intentaron cruzar las puertas. Sus propios muertos bloqueaban los pasillos, y mientras se batían para lograr el acceso, quedaban expuestos a los arqueros de las Defensas. Sin embargo, a pesar de todas estas dificultades, el enemigo estaba logrando abrir una brecha. Mhoram oía el estruendo del combate cada vez más cerca, a través de los complejos pasadizos de la torre. Haciendo un esfuerzo, ignoró todo cuanto le rodeaba y se concentró en la torre. Entonces, por encima de las ásperas órdenes, el ruido de las armas al chocar, los gritos de avidez y dolor, el tumulto de los pies apresurados, percibió el ataque de Puño de Satán en el muro exterior de la torre. El Delirante arrojaba fieros rayos de energía de la Piedra a los saledizos y ventanas, y en ocasiones a la misma Ama Amatin, y bajo la cobertura de aquellos rayos, sus criaturas apoyaron escalas contra el muro y penetraron por las aberturas.

A través de la piedra bajo sus pies, el Amo Superior Mhoram pudo sentir el gemido de las puertas interiores.

Rápidamente se volvió hacia uno de los guerreros, una tensa pedrariana.

—Ve a la torre —le ordenó— y busca al Signo General Quaan. Dile que le ordeno retirarse de la torre, y que debe traer al Ama Amatin con él. Ve.

La mujer le saludó y echó a correr. Unos momentos después, Mhoram la vio apresurarse sobre el patio, por una de las pasarelas.

El Amo Superior volvió al ataque, con el Amo Trevor a su lado, contra la presión de las terreas formas que se iba acumulando en las puertas interiores de Piedra Deleitosa. Mientras el poder de los Gravanélicos vibraba en la piedra bajo él, hizo acopio de toda su ferocidad y la arrojó contra los cadáveres en marcha. Ahora sabía claramente lo que esperaba conseguir. Quería cubrir las losas del patio con tanta arena que las ciegas y torpes formas no tuvieran terreno sólido para proseguir su avance. La ayuda de Trevor parecía aumentar su eficacia, y derribó cadáveres a docenas hasta que el bastón zumbaba en sus manos y el aire a su alrededor estaba saturado de la energía azulada emanada por el fuego de los Amos.

Pero mientras se esforzaba y blandía su poder como una guadaña que segara las mieses de Puño de Satán, dirigía en parte su atención a las pasarelas, buscando a Quaan y Amatin.

Poco después cayó la primera pasarela. Los restos derrengados de un Eoman salieron corriendo de la torre, frenéticamente perseguidos por Entes de la Cueva. Los arqueros atacaron a las criaturas, derribándolas en el patio, y en cuanto los guerreros estuvieron a salvo, cortaron los cables de la pasarela. El puente de madera se estrelló contra el muro de la torre.

El tumulto de la batalla resonaba en la torre. De repente, el Signo General Quaan apareció en una de las pasarelas superiores. Lanzando gritos estridentes para hacerse

oír, ordenó que cortaran los cables que sujetaban todas las pasarelas, excepto las dos más elevadas.

—¡Amatin! —gritó Mhoram al Signo General.

Quaan asintió y regresó corriendo al interior de la torre.

Las dos pasarelas siguientes cayeron en seguida, pero los centinelas de la tercera esperaron. Al cabo de un momento, varios guerreros heridos se internaron en el puentecillo y, apoyándose entre sí, llevando en brazos a los mutilados, avanzaron hacia las Defensas. Pero entonces una veintena de criaturas nacidas del poder de la Piedra les atacaron salvajemente. Desafiando flechas y espadas, arrojaron a los heridos de la pasarela y se dispusieron a cruzarla.

Los centinelas no tuvieron más alternativa que cortar los cables.

Cada vez que aparecía un enemigo en las aberturas a las que habían dado acceso las pasarelas, una carga de flechas lo mataba o hacía retroceder. Las pasarelas más altas cayeron en rápida sucesión. Sólo quedaron dos para los supervivientes de la torre.

Ahora el Amo Trevor jadeaba al lado del Amo Superior, y el mismo Mhoram se sentía debilitado a causa de la tensión. Pero no podía permitirse el descanso. Los Gravanélicos de Tohrm no podrían defender solos las puertas.

Sin embargo, la llama del Amo Superior perdió su intensidad una vez pasados los momentos de mayor peligro. El temor por Quaan y Amatin interrumpía su concentración, y deseaba vivamente ir tras ellos. Los guerreros escapaban constantemente por las dos últimas pasarelas, y Mhoram observaba su huida atemorizado, anhelando ver a sus jefes.

Otra pasarela se derrumbó.

Mhoram dejó de luchar al ver que Quaan aparecía solo en la abertura de la que partía la última pasarela.

Quaan gritó a las Defensas, pero Mhoram no pudo entender sus palabras. Observó conteniendo el aliento mientras cuatro guerreros corrían hacia el Signo General.

Entonces una figura con túnica azul apareció detrás de Quaan... Era Amatin. Pero ninguno de los dos hizo ademán de huir. Cuando los guerreros llegaron a donde estaban, ambos desaparecieron de nuevo en el interior de la torre.

Ahogándose en su impotencia, Mhoram se quedó mirando la abertura vacía como si la fuerza de su deseo pudiera hacer regresar a sus dos compañeros. Oía el ruido de las hordas del Delirante que ascendían constantemente.

Un instante después reaparecieron los cuatro guerreros. Llevaban entre ellos al Guardahogar Borillar, cuyos miembros colgaban inertes como si estuviera muerto.

Quaan y Amatin seguían a los cuatro. Cuando todos llegaron a las Defensas, cayó la última pasarela. No pareció producir ruido alguno en medio del estruendo que inundaba la torre.

Una niebla empañó la visión de Mhoram, que se apoyaba pesadamente en Trevor. Jadeaba para recobrar el aliento y no podía sostenerse en pie por sí solo. Pero el Amo lo sostenía. Cuando superó el desfallecimiento, miró a Trevor y sonrió débilmente.

Sin decir palabra, regresaron a la defensa de las puertas.

Se había perdido la torre, pero la batalla no había terminado. Como el fuego de Amatin ya no era un obstáculo, los muertos podían abrir lentamente un camino a través de la arena. La potencia de su asalto comenzó a aumentar de nuevo, y se incrementó la sensación de maldad que recorría la piedra, estremeciéndola. El Amo Superior percibió que el dolor de Piedra Deleitosa aumentaba a su alrededor, hasta que pareció surgir de todas partes. Si la confrontación con los cadáveres vivientes no hubiese requerido toda su atención, habría podido creer que las Defensas eran también atacadas por otros lugares. Pero la situación presente ocupaba toda su atención. La única esperanza de Piedra Deleitosa consistía en sepultar las puertas con arena antes de que cedieran.

Percibió la llegada de Tohrm a sus espaldas, pero no se volvió hasta que Quaan y el Ama Amatin se reunieron con el Guardahogar. Entonces dejó de inducir el poder de su bastón y se volvió hacia los tres.

Amatin estaba al borde de la postración. Pálida y con los ojos enrojecidos, sus cabellos empapados en sudor se le pegaban al rostro. Cuando habló, lo hizo con voz estremecida.

—Paró un rayo que iba dirigido a mí. Borillar... no vio a tiempo la intención del *samadhi*.

Transcurrió un largo momento antes de que Mhoram consiguiera el dominio de sí mismo necesario para preguntar:

—¿Está muerto?

—No. Los Curadores se han ocupado de él... Vivirá. Es un Estigmatizado y no está indefenso.

Se dejó caer sobre la piedra, apoyándose en la pared, como si los músculos que la mantenían erecta se hubieran roto.

—Olvidé que estaba contigo —murmuró Mhoram—. Estoy avergonzado.

—¡Tú estás avergonzado! —La aspereza del tono de Quaan llamó la atención de Mhoram. El rostro y los brazos del Signo General estaban manchados de sangre, pero no parecía herido. No podía sostener la mirada de Mhoram—. ¡Se ha perdido la torre! —exclamó con amargura—. Soy yo el que está avergonzado. Ningún Signo General permitiría... El Signo General Hile Troy habría encontrado los medios de preservarla.

—Entonces encuentra un medio para ayudarnos —gruñó Tohrm—. Estas puertas no pueden resistir.

La desesperación de su tono hizo que todas las miradas se concentraran en el estribo de las puertas, donde se encontraba. Las lágrimas recorrían sus mejillas, y

agitaba las manos ante él como si buscara algo imposible en el aire, algo que no se rompiera. Y las puertas gemían como si fueran testigos de la verdad de su aflicción.

—No podemos —siguió diciendo—. ¡No podemos resistir semejante fuerza! ¡Que las piedras me perdonen! No estoy... no estamos preparados para esta tensión.

Quaan giró bruscamente y se alejó, pidiendo a gritos maderos y Estigmatizados para apuntalar las puertas.

Pero Tohrm no parecía oír al Signo General. La mirada de sus ojos humedecidos por las lágrimas estaba fija en Mhoram mientras le decía:

—Estamos impedidos. Algo maligno mutila nuestra fuerza. No comprendemos... Amo Superior, ¿hay aquí otra maldad? ¿Algo más que el terrible peso y la violencia de los muertos? Oigo... toda la gran roca de Piedra Deleitosa gime y me habla de maldad.

El Amo Superior Mhoram concentró sus sentidos para que resonara en ellos la entraña rocosa de las Defensas, como si procediera a una fusión mental con la piedra. Sintió todo el peso de los muertos del *Samadhi* concentrado como si pendiera directamente sobre él. Sintió que las mismas puertas de su espíritu gemían, chirriaban, se agrietaban. Por un instante, como una llamarada profética, se convirtió en las Defensas, se arrogó la vida y el dolor de la piedra, experimentó el horrible poder que amenazaba con quebrarla... y también algo más, algo distinto, privado, terrible. Cuando oyó el ruido frenético de las pisadas que se dirigían hacia él por la sala principal, supo que Tohrm había tenido un atisbo de la verdad.

Uno de los dos hombres a los que Mhoram había enviado para que vigilaran a Trell se adelantó hacia él. El terror se reflejaba en su rostro pálido, y apenas podía articular las palabras.

—¡Amo Superior, ven! ¡Trell...! ¡El Cercado! ¡Oh, ayúdame!

Amatin se cubrió la cabeza con los brazos como si no pudiera soportar más. Pero el Amo Superior dijo:

—Te escucho. Recuerda quién eres y habla claramente.

El hombre tragó saliva varias veces.

—Es Trell... Se está inmolando. Destruirá el Cercado.

Tohrm lanzó un grito de espanto y Amatin exclamó: «¡*Melenkurion!*!». Mhoram se quedó mirando al guerrero como si no pudiera creer lo que acababa de oír. Pero lo creía, percibía la verdad que encerraban aquellas palabras. Le asolaba la temible comprensión de que aquel conocimiento también había llegado demasiado tarde. Una vez más le había fallado su previsión, no había conseguido socorrer las necesidades de las Defensas.

—¿Dónde está Loerya? —preguntó al Amo Trevor.

Por primera vez desde su rescate, el exaltado Trevor vaciló. Estaba en pie, cubierto por su propia sangre, como si su herida no pudiera afectarle, pero la mención

de su esposa le dolió intensamente.

—Ella... —empezó a decir, y se detuvo para tragar saliva antes de continuar—. Se ha ido de las Defensas. Anoche llevó a las niñas a las tierras altas, en busca de un lugar donde esconderlas, para que estuvieran a salvo.

—¡Por los Siete! —exclamó Mhoram, más furioso consigo mismo por sus fracasos que con Trevor—. ¡La necesitamos!

La situación de Piedra Deleitosa era desesperada, y ni Trevor ni Amatin estaban en condiciones de seguir luchando. Por un instante, Mhoram sintió que no podía resolver el dilema, que no podría tomar aquellas decisiones por las Defensas. Pero era Mhoram, hijo de Variol, Amo Superior por elección del Consejo. Le había dicho al guerrero: «Recuerda quién eres». Se lo había dicho a Tohrm. Era el Amo Superior Mhoram, incapaz de rendirse. Golpeó la piedra con su bastón, de manera que la contera de hierro produjo un sonido metálico, y se puso manos a la obra.

—Amo Trevor, ¿puedes defender las puertas?

Trevor sostuvo la mirada de Mhoram.

—No temas, Amo Superior. Si es posible defenderlas, las defenderé.

—Muy bien. —El Amo Superior volvió las espaldas al patio—. Ama Amatin, Guardahogar Tohrm, ¿me ayudaréis?

Por toda respuesta, Tohrm cogió a Amatin por un brazo y la ayudó a incorporarse.

Y Mhoram, cogiendo al pálido y aterrado guerrero por el brazo, se apresuró a entrar en las Defensas.

Mientras recorría las salas hacia el Cercado, le pidió al guerrero que le explicara lo sucedido. El hombre tartamudeó. Pero la mano de Mhoram en su brazo pareció serenarlo un poco.

—Es algo superior a mis fuerzas, Amo Superior.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió Mhoram con firmeza.

—Le seguimos, como nos ordenaste. Cuando supo que no íbamos a dejarle, nos maldijo. Pero su maldición nos mostró una parte del motivo de tu orden. Estábamos resueltos a obedecerte. Finalmente, se apartó de nosotros y se dirigió al Cercado.

»Allí se acercó al gran pozo de gravanel y se arrodilló junto a él. Mientras le mirábamos desde las puertas, se puso a llorar y suplicar. Me dice el corazón que rogaba por la paz, pero no la encontró. Cuando alzó la cabeza vimos... vimos abominación en su rostro. Del gravanel brotaron llamas que se extendieron por el suelo. Corrimos hacia él, pero las llamas nos impidieron pasar... y consumieron a mi camarada. Yo vine corriendo en tu busca.

Aquellas palabras helaron el corazón de Mhoram, pero replicó para corresponder al dolor y la vacilación que reflejaba el rostro del guerrero.

—Rompió su Juramento de Paz, perdió la confianza en sí mismo y cayó en la desesperación. Ésta es la sombra del Asesino Gris sobre él.

El guerrero permaneció en silencio un momento y luego dijo dubitativo:

—He oído... se dice... si esto no será obra del Incrédulo.

—Quizás. En alguna medida, el Incrédulo es obra del Amo Execrable. Pero la desesperación de Trell es también en parte obra mía. Es la propia obra de Trell. La gran fuerza del Asesino Gris estriba en que nuestra debilidad mortal puede volverse así contra nosotros.

Habló con el máximo sosiego de que fue capaz, pero cuando apenas estaba a cien metros del Cercado empezó a sentir el calor de las llamas. No dudaba de que aquella era la fuente de la otra maldad que Tohrm había percibido. Cálidas llamas de profanación irradiaban en todas direcciones desde la cámara del Consejo. Al aproximarse a las altas puertas de madera, vio que ardían como carbones, todavía sin llama, y las paredes brillaban como si la piedra estuviera a punto de fundirse. Mhoram tenía el aliento entrecortado y sentía el azote del calor antes incluso de que llegara a la abertura de las puertas y mirase al interior del Cercado.

Dentro era un infierno. El suelo, las mesas, las sillas... todo ardía violentamente, lanzando llamas rugientes cuyo calor abrasaba el rostro del Amo Superior y le chamuscaba el cabello. Tuvo que parpadear para desprender las lágrimas de sus ojos antes de poder mirar al centro del Cercado a través de la conflagración.

Trell estaba en el pozo de gravanel como el núcleo de un holocausto, envuelto en llamas y arrojando fuego al techo con ambos puños. Parecía una condenación materializada en fuego, una tormenta incandescente que atacaba la piedra a la que amaba y no podía salvar.

Mhoram se tambaleó a la vista de aquel enorme poder. Contemplaba el inicio de un Ritual de la Profanación. En su desesperación, Trell había descubierto el secreto que Mhoram había guardado con tanto temor, y ahora lo usaba contra Piedra Deleitosa. Si no le detenían, las puertas sólo serían la primera parte de Piedra Deleitosa en ceder, el primero y último eslabón en una cadena de destrucción que podría convertir en escombros toda la meseta.

Tenían que detenerle, era imperativo. Pero Mhoram no era un Gravanélico, carecía de ciencia de la piedra para contrarrestar el poder que hacía aquel fuego posible. Se volvió hacia Tohrm.

—¡Tú eres miembro del *rhadhamaerl*! —le gritó sobre el estruendo del fuego—. ¡Debes extinguir este fuego!

—¿Extinguirlo? —repitió Tohrm, que contemplaba horrorizado las llamas, con la mirada angustiada de un hombre que asiste a la destrucción de lo que más ama—. ¿Extinguirlo? —No gritaba. Mhoram sólo podía comprenderle leyendo en sus labios—. Carezco de fuerza que se iguale a esto. Soy un Gravanélico del *rhadhamaerl*... no el Poder de la Tierra en persona. Nos destruirá a todos.

—¡Tohrm! —exclamó el Amo Superior—. ¡Eres el Guardahogar de las Defensas

de los Amos! ¡Si tú no puedes sacarnos de este apuro, no puede hacerlo nadie!

—¿Cómo? —musitó Tohrm con un hilo de voz.

—¡Te acompañaré! Te daré fuerza... ¡Te transmitiré mi poder!

El Guardahogar miró temeroso a su alrededor y luego se obligó a centrar la mirada en el rostro del Amo Superior.

—Nos quemaremos.

—¡Tenemos que resistir!

Tohrm reflexionó durante largo rato en lo que le pedía Mhoram. Entonces exhaló un gemido. No podía negarse a entregar su vida por el bien de la piedra de las Defensas.

—Si estás conmigo... —dijo en voz queda, casi inaudible entre el rugido del fuego.

Mhoram se volvió a Amatin.

—Tohrm y yo entraremos en el Cercado. Tú debes preservarnos del fuego. Rodéanos con tu poder... protégenos.

Ella asintió distraídamente, y se apartó un mechón de pelo húmedo del rostro.

—Id —dijo débilmente—. La mesa ya se funde.

El Amo Superior vio que estaba en lo cierto. Ante sus ojos, la mesa se diluía en un magma, se vertía por el nivel más bajo del Cercado y caía en el pozo a los pies de Trel.

Mhoram se dispuso a utilizar su poder y apoyó su bastón en el hombro de Tohrm. Ambos se enfrentaron al Cercado y aguardaron mientras Amatin tendía una defensa a su alrededor, la cual les producía en la piel una sensación como si un enjambre de insectos aleteara sobre ella, pero les aislaba del calor.

Cuando les hizo una seña, los dos hombres empezaron a bajar al Cercado, como si se internaran en un horno.

A pesar de la protección de Amatin, el calor les golpeó como el puño de un cataclismo. La túnica de Tohrm empezó a chamuscarse, y Mhoram notó que su manto también se ennegrecía. Sus cabellos y el vello de sus brazos se contrajeron. Pero el Amo Superior apartó el calor de su mente, concentrándose en su bastón y en Tohrm. Ahora podía percibir que el Guardahogar cantaba, aunque no oyera nada más que el intenso y voraz aullido de las llamas. Dirigió su poder al sonido del cántico de Tohrm, enviando todos sus recursos a través de él.

Las furiosas llamas retrocedieron ligeramente de ellos mientras avanzaban, y parches de roca sin quemar aparecieron como pasaderas bajo los pies de Tohrm. El camino que recorrían era como una brecha en el infierno del furor de Trel.

Pero la conflagración se cerró tras ellos al instante. A medida que se alejaban de las puertas, la defensa de Amatin se debilitaba. La distancia y las llamas interferían. El manto de Mhoram ardía lentamente, lesionándole la piel en los lugares en que

entraba en contacto con ella, y los ojos le dolían tanto que ya no podía ver. La canción de Tohrm fue transformándose en un grito a medida que descendían. Cuando llegaron al nivel del pozo, donde el *krill* de Loric permanecía aún empotrado en la piedra, Mhoram supo que si no retiraba su fuerza de Tohrm y la usaba para protegerse, ambos se asarían a los pies de Trell.

—¡Trell! —exclamó Tohrm, pero su voz apenas se oyó en el fragor de las llamas—. ¡Eres un Gravanélico del *rhadhamaerl*! ¡No hagas esto!

Por un instante se detuvo la furia del infierno. Trell los miró, pareció verlos y reconocerlos.

—¡Trell!

Pero había llegado demasiado lejos bajo el poder de su propio holocausto. Les señaló con un dedo rígido, acusador, y luego se agachó en el pozo de gravanel y les arrojó una brazada de piedras de fuego.

En el mismo momento, un estremecimiento de poder recorrió a Mhoram. La protección de Amatin se hizo más firme, se puso rígida. Aunque la fuerza del ataque de Trell arrojó a Tohrm en brazos de Mhoram, el fuego no les alcanzó. Y el súbito descubrimiento del poder de Amatin, obtuvo una respuesta del Amo Superior. Con los ojos brillantes, como si algo le alegrara intensamente, dejó de lado todas las restricciones que él mismo se había impuesto y volvió a su secreta comprensión de la profanación. Aquel secreto contenía poder..., un poder que los Amos no habían logrado descubrir a causa de su Juramento de Paz, y que podría ser usado para preservar tanto como para destruir. La desesperación no era la única emoción desatada. Mhoram liberó su propia pasión y se alzó contra la devastación del Cercado. El poder recorrió vívidamente su pecho y sus brazos, al igual que su bastón. Hizo incluso que su carne y su sangre parecieran de hueso invulnerable. El poder resplandeció en él para oponerse a la maldad de Trell. Y aquel acceso de fuerza restauró a Tohrm. El Guardahogar se puso en pie e invocó su ciencia. Con su energía y la de Mhoram, resistió a Trell.

Enfrentados el uno al otro, casi cara a cara, los dos Gravanélicos tejieron los gestos de su ciencia secreta y cantaron sus potentes invocaciones *rhadhamaerl*. Mientras el fuego rugía como si Piedra Deleitosa estuviera a punto de derrumbarse sobre ellos, dominaron las llamas, lucharon voluntad contra voluntad para dominarlas.

El apoyo de Mhoram exaltaba a Tohrm. Con el poder del Amo Superior resonando en cada palabra, nota y gesto, renovándole, expresando su amor hacia la piedra, dominó la profanación. Tras un último esfuerzo convulso, Trell cayó de rodillas y su fuego empezó a extinguirse.

Las llamas se retiraron del Cercado como la resaca de una ola, al principio lentamente y luego con más rapidez, a medida que se disipaba la fuerza que las había



levantado. El calor disminuyó; un aire fresco empezó a envolver a Mhoram, procedente de las galerías de ventilación del Cercado. La visión volvió a sus ojos doloridos por el intenso calor. Por un momento temió que aquel alivio le hiciera perder el conocimiento.

Llorando de alegría y aflicción, se acercó a Tohrm para ayudarlo a levantar a Trell de Atiaran del pozo de gravanel. Trell no pareció percibir su presencia. Miró a su alrededor con expresión vacía y musitó entrecortadamente:

—Intacto. No hay nada intacto. Nada.

Entonces se cubrió la cabeza con los brazos y se acurrucó en el suelo a los pies de Mhoram, agitándose como si tuviera necesidad de sollozar y no pudiera.

Tohrm miró al Amo Superior. Ambos sostuvieron sus respectivas miradas durante largo tiempo, aquilatando lo que habían hecho juntos. Los rasgos de Tohrm tenían el aspecto quemado de un desierto, un lugar que jamás volvería a sonreír. Pero su emoción era clara y limpia cuando al final murmuró:

—Lloraremos por él. Los *rhadhamaerl* llorarán. Ha llegado el tiempo de la aflicción.

Desde lo alto de las escaleras, una voz excitada gritó:

—¡Amo Superior! ¡Los muertos! ¡Todos se han convertido en arena! Puño de Satán se ha agotado con este ataque. ¡Las puertas resisten!

A través de sus lágrimas, Mhoram miró el ámbito del Cercado a su alrededor. Había sufrido grandes daños. La mesa y las sillas de los Amos se habían fundido, los escalones eran desiguales y la mayor parte de las gradas inferiores habían sido deformadas por el fuego. Las Defensas habían sobrevivido. Mhoram hizo un gesto de asentimiento a Tohrm.

—Sí, ha llegado el tiempo de la aflicción.

Las lágrimas empañaban tanto su visión que parecía ver dos figuras con túnica azul bajando por las escaleras hacia él. Parpadeó para eliminar las lágrimas y vio que el Ama Loerya estaba con Amatin.

Su presencia explicaba la protección que les había salvado a él y a Tohrm. Loerya había unido su fuerza a la de Amatin.

Cuando llegó junto a él, le miró gravemente al rostro. Mhoram buscó en ella vergüenza o aflicción, pero sólo vio remordimiento.

—Dejé a mis hijas con el Redimido en Glimmermere —explicó quedamente—. Tal vez estén a salvo. He vuelto... cuando he reunido suficiente valor para hacerlo.

Entonces algo al lado de Mhoram llamó la atención de Loerya. La sorpresa iluminó su rostro, e hizo volverse al Amo Superior para que viera la mesa en la que estaba clavado el *krill* de Loric.

La mesa estaba intacta.

En su centro, la gema del *krill* brillaba con un fuego de un blanco impoluto, tan

radiante como la esperanza.

Mhoram oyó a alguien decir:

—El ur-Amo Covenant ha regresado al Reino.

Pero ya no pudo decir qué sucedía a su alrededor. Las lágrimas parecían cegar todos sus sentidos.

Siguiendo la luz de la gema, tendió la mano y cogió el mango del *krill*. En su intenso calor percibió la verdad de lo que había oído. El Incrédulo había regresado.

Con su nuevo poder, agarró el *krill* y lo extrajo fácilmente de la piedra. Sus filos eran tan agudos que al sostener el cuchillo en la mano pudo ver la perfección de las finísimas líneas, sin una sola mella. Su poder le protegía del calor.

Se volvió a sus compañeros con una sonrisa que era como un rayo de sol en su rostro.

—Llamad al Amo Trevor —dijo alegremente—. Tengo un... conocimiento de poder que deseo compartir con vosotros.

## XII

### AMANIBHAVAM

*dio.*



Era el único pensamiento en la mente de Covenant. El peso de las cosas que había desconocido aplastaba todo lo demás.

*Odio.*

Se aferraba a la pregunta sin respuesta mientras avanzaba, apoyándose en la lanza, por el borde de la hondonada y renqueaba más allá de las últimas pavesas del fuego de Pietten.

*Odio.*

Arrastraba su pie magullado por el suelo, haciendo que rozaran entre sí los huesos astillados de su tobillo, hasta que la tortura le inundaba de un sudor que se helaba bajo el gélido viento. Pero se aferraba al astil de la lanza y seguía adelante, bajando la ladera de la colina y ascendiendo en diagonal al siguiente risco. El viento le cortaba la mejilla derecha, pero no le prestaba atención. Iba girando gradualmente a la derecha a causa de lo escarpado de la colina, aunque no tenía consciencia de la dirección que debía seguir. Cuando la curva de la siguiente cuesta volvió a dirigirse hacia el norte, lejos de las Llanuras de Ra y de sus únicos amigos, la siguió, oscilando bajo el viento como un salvaje mutilado, con un sólo pensamiento: *odio*.

Atiaran de Trelle había dicho que los vivos tenían la responsabilidad de hacer significativos los sacrificios de los muertos. Todo el Reino estaba lleno de muertos a los que había que dar un significado. A sus espaldas, Lena yacía en su propia sangre, sin vida, con una estaca de madera clavada en su vientre. Elena estaba enterrada en alguna parte en las entrañas del Vertedero Celeste de Melenkurion, muerta en su Apocalipsis privado a causa de las manipulaciones y los fracasos de Covenant. Elena ni siquiera había existido... Los Ranyhyn habían padecido hambre y sucumbido asesinados. Bannor y Vasallodelmar podían estar muertos o llenos de desesperación. Lo sucedido a Pietten, Hile Troy, Trelle y Triock era culpa suya. Ninguno de ellos había existido. Su dolor no existía. Nada importaba excepto la única pregunta absoluta.

—¿Odio? —musitó sobriamente.

Nada podía tener significado sin la respuesta a esa pregunta. A pesar de su multitud de disfraces, la reconoció como la pregunta que había conformado su vida desde el día que supo que estaba sometido a la ley de la lepra. El odio, el odio a sí mismo, el temor, la violación, el asesinato, la condición del impuro paria leproso... todo era lo mismo. Avanzaba cojeando en busca de la respuesta.

Estaba totalmente solo por primera vez desde el inicio de sus experiencias en el Reino.

El alba, de un gris enfermizo, lo encontró avanzando vagamente hacia el noreste, enfebrecido, auxiliándose de la lanza y tiritando de frío. La tenue luz del amanecer le hizo salir de su ensimismamiento y, poniéndose al abrigo de un risco, trató de aquilatar su situación.

El viento zumbaba en torno a él mientras tiraba con sus dedos enfermos y helados de la pernera del pantalón. Cuando logró despegar la tela, le sorprendió ver la oscura coloración de su piel por encima del tobillo. El pie roto había quedado en un ángulo sesgado con respecto a la pierna y, a través de la sangre coagulada, Covenant podía ver las astillas de hueso que sobresalían y tocaban las correas de sus sandalias.

La lesión parecía peor de lo que auguraba el dolor que producía. Sentía un dolor sordo en la rodilla, que le ascendía por el muslo hasta la cadera, pero el dolor del mismo tobillo era soportable. Ambos pies estaban helados y ya insensibles al frío, y los dos estaban llenos de cortes y desgarrones, e indoloramente infectados, como los pies de un peregrino. Pensó sin alarmarse que probablemente perdería el pie roto. Aquella posibilidad no le afectaba, pues no era más que otra parte inexistente de su experiencia.

Había cosas que debería haber hecho por sí mismo, pero no tenía idea de cuáles eran. No tenía conciencia de nada excepto de la necesidad esencial que le impulsaba. Le faltaba comida, calor, conocimiento de dónde estaba o qué hacía. Sin embargo, ya ardía en deseos de moverse de nuevo. Nada excepto el movimiento podía mantener su circulación sanguínea, ayudarle a encontrar su respuesta.

Ninguna tentativa, ninguna respuesta a medias le satisfaría.

Se incorporó, pero apenas se había puesto en pie cuando tropezó y cayó al suelo. No sintió dolor, pero por esa misma razón gritó interiormente. El viento rugió en sus oídos como un depredador triunfante. Su propia respiración le hacía daño, como si las garras del frío le hubieran ya desgarrado bronquios y pulmones. Pero se apoyó de nuevo en la lanza y, mano sobre mano, trepó por ella hasta ponerse en pie. Entonces avanzó de nuevo.

Subió a la colina y luego a un pequeño risco que se alzaba en medio de su camino como un muro bajo. Los brazos le temblaban por el esfuerzo de soportar su peso, y sus manos se deslizaban repetidamente por el suave astil de la lanza. El ascenso casi le derrotó. Cuando llegó a lo alto jadeaba y el aire salía entrecortadamente de sus pulmones helados, un vértigo de hielo hacía que el paisaje oscilara de un lado a otro. Descansó apoyado en la lanza. Su respiración era tan difícil que creyó que el sudor helado y el vapor en su rostro le ahogarían. Pero cuanto intentó limpiarse, se arrancó aquel sudor como una postilla protectora, dañándose la piel, exponiendo nuevos nervios al frío. No tocó el resto de su máscara helada, y permaneció en pie, jadeando,

hasta que su visión empezó a aclararse.

La desolada región que se extendía ante él era tan temible, convertida en un desierto tal por la maldad del Execrable, que apenas podía contemplarla. De un horizonte a otro se extendía el manto de hielo bajo las nubes grises... No era el suave y confortable gris de las ilusiones crepusculares, el resultado de una agradable fusión de colores, sino el gris del desconsuelo y la consternación, paradójicamente apagado y vivo, aterido e intenso, un gris como los restos cenicientos del color, la savia, la sangre y los huesos. El viento gris cubría de frío gris, las grises colinas; la nieve gris se acumulaba en pequeñas capas al socaire del terreno gris; el hielo gris subrayaba las ramas sin hojas de los árboles, negras y quebradizas, apenas visibles a lo lejos, a su izquierda, y ahogaba la gris y mísera corriente del río, casi invisible a su derecha. Una insensibilidad gris se aferraba a su carne y su alma. El Amo Execrable, el Despreciativo, estaba en todas partes.

Entonces, por un momento, recordó su propósito, apretó los dientes y siguió cojeando cuesta abajo, directamente hacia la fuente del invierno. Semicegado por la oposición del viento, pasó sin hacer caso junto a leves abrigos y desperdigados arbustos de *alianta*, arrastrando su pie congelado como una acusación que quería llevar contra el Despreciativo.

Pero el recuerdo se desvaneció gradualmente, abandonó su conciencia como todo lo demás excepto su reiterada interrogación sobre el odio. Algún instinto rudimentario le impedía dirigirse hacia el río, pero el resto de su sentido de la orientación le impulsaba. El viento le azotaba la mejilla derecha, y se esforzaba para subir lentamente, siempre arriba, como si trepar fuera lo único que podría mantenerlo erecto.

A medida que transcurría la mañana, empezó a caerse con más frecuencia. Ya no podía sujetar la lanza, pues tenía las manos demasiado rígidas y débiles, y le resbalaban sobre la pátina de hielo que la recubría. El crujido del hielo bajo sus pies y su propia respiración fatigosa eran los únicos sonidos a su alrededor. Llegó un momento en que sus esfuerzos por avanzar sobre el terreno resbaladizo fueron inútiles, y se tendió boca abajo para intentar dormir a pesar de los estertores de su respiración.

Pero poco después se puso de nuevo en movimiento. No era dormir lo que quería. El descanso no tenía lugar en su conciencia centrada en una sola cosa. Jadeando angustiosamente, se puso de rodillas. Entonces, de repente, como si tratara de sorprenderse a sí mismo, se oprimió el tobillo roto.

Estaba bastante insensible. El dolor recorrió el resto de su pierna y el pie se retorció, pero el tobillo apenas reaccionaba.

Haciendo caso omiso de la lanza caída, se irguió y volvió a ponerse en movimiento, cojeando mucho.

Avanzó así durante largo tiempo, agitando el tobillo roto como una marioneta mal articulada dirigida por torpes dedos. Continuó cayéndose. Los pies eran ahora dos pedazos de hielo, y no podía mantener el equilibrio cuando las cuestas eran demasiado pronunciadas. Las laderas eran cada vez más empinadas. Por alguna razón, se inclinaba desigualmente a la izquierda, donde el terreno se levantaba para ir al encuentro de árboles negros, por lo que con frecuencia llegaba a subidas y descensos que le afectaban como precipicios, aunque le habrían parecido muy ligeros a un viajero sano. Subía a gatas, arañando el duro terreno en busca de asideros, y bajaba por las laderas dejándose caer y rodando.

Pero tras cada caída descansaba prostrado en la nieve como un penitente, y tras cada descanso proseguía tambaleándose o arrastrándose una vez más, persiguiendo su privada e inevitable apoteosis, aunque era absolutamente incapaz de ir a su encuentro.

Al principiar la tarde sus caídas se hicieron mucho más frecuentes. Después de caer permanecía tendido y escuchaba el sollozo del aire que entraba y salía de sus pulmones, como si la fractura del tobillo hubiera roto algún hueso esencial en él, una obstinada capacidad de resistencia... como si al fin incluso la insensibilidad le fallara, se mostrara de alguna manera inadecuada, dejándole a merced de su lesión. Gradualmente empezó a creer que, después de todo, aquel sueño iba a matarle.

En algún momento, a media tarde, resbaló, rodó y quedó tendido de espaldas. No pudo hacer acopio de la fuerza necesaria para dar la vuelta. Como un insecto clavado, se agitó un momento y luego se hundió en el sueño, prostrado, atrapado allí entre los cielos de hierro y la tierra de latón.

Los sueños se agitaron en su inconsciente, sin darle consuelo. Una y otra vez revivía el golpe con el que había atravesado a Pietten. Pero ahora dirigía aquel golpe fatal a otros corazones... Llaura, la Fustigadora Rue, Elena, Joan, la mujer que había muerto protegiéndole en la batalla de la Fustaria Alta... ¿por qué no le había preguntado nunca a nadie cómo se llamaba? Los mataba a todos en sueños. Yacían a su alrededor con destellos que surgían de sus heridas, como notas de una extraña melodía. La canción tiraba de él, le urgía... pero antes de que pudiera oírla, otra figura se agitó ante su visión, escorada como una fragata inutilizada. El hombre vestía andrajos y exudaba violencia. Tenía sangre en las manos y el amor al crimen se reflejaba en sus ojos, pero Covenant no pudo distinguir su rostro. Una vez más alzó el cuchillo, otra vez lo hundió con toda su fuerza en aquel pecho vulnerable. Sólo entonces vio que el hombre era él mismo.

Se tambaleó como si el monótono cielo le hubiera golpeado y se puso boca abajo para ocultar el rostro y su herida. Cuando recordó que yacía sobre la nieve, se levantó temblando y echó a andar de nuevo, renqueante.

Poco después llegó a una ladera demasiado pronunciada. Intentó subirla arrastrándose, pero estaba cansado y tullido. Giró a la izquierda, buscando un lugar

por donde ascender, pero entonces se encontró inexplicablemente rodando hacia abajo. Al llegar al pie de la cuesta, permaneció inmóvil, confuso. Debía de haber cruzado la cresta sin saberlo. Se puso en pie de nuevo, jadeante, y prosiguió su marcha.

La siguiente colina no era mejor, pero tenía que dominarla. Cuando no pudo subir más, volvió otra vez a la izquierda y lo intentó de nuevo. Repitió esta operación, pero por algún extraño motivo parecía aproximarse cada vez más al río.

Tras recorrer una corta distancia, encontró un sendero en la nieve.

Sabía que debería sentirse consternado, pero lo único que sentía era alivio y esperanza. Un sendero significaba que alguien había pasado por allí, y recientemente, pues de lo contrario el viento habría borrado las señales. Y que alguien podría ayudarlo.

Necesitaba ayuda. Se estaba congelando, se moría de hambre, no podía seguir. El tobillo, bajo las costras y el hielo, todavía sangraba. Había llegado al extremo de su impotencia, de su ineficacia, al punto que no podía rebasar, no podía creer, imaginar, esperar que la continuación, la vida, fueran posibles. Necesitaba que aquel o aquello que había abierto el sendero decidiera su destino por él.

Siguió a la izquierda y hacia abajo, hasta una hondonada entre colinas. Mantuvo la mirada fija en el camino que tenía delante, temiendo alzar la vista y descubrir que quien lo había hecho estaba fuera de su alcance. Vio el lugar en el que aquel ser había caído, vertido sangre, descansado y proseguido. Pronto llegó a la siguiente colina y empezó a ascender siguiendo el sendero. Estaba desesperado, solo y sin recursos, como jamás lo había estado antes en el Reino.

Pero al fin reconoció la verdad. Cuando el camino giró y continuó a la izquierda, descendiendo por la ladera, ya no pudo negar que se había estado siguiendo a sí mismo, que el sendero era el que él mismo había abierto, un círculo entre colinas del que no podía salir.

Sollozando, rebasó el límite. Sus últimas fuerzas le abandonaron. Vívidos resplandores oscilaron al otro lado del negro abismo detrás de sus ojos cerrados, pero no pudo responderles. Cayó hacia atrás, y se deslizó por la ladera hacia un ventisquero.

No obstante, incluso entonces prosiguió su penosa experiencia. Mientras yacía, jadeando impotente, estremecido por la conciencia de su fracaso, percibió un aroma que, a pesar del frío, llamó su atención. Era levemente picante, seductor, inundaba sus fosas nasales y le obligaba a reaccionar. Se apoyó en sus brazos temblorosos y apartó la nieve con sus dedos insensibles.

Bajo la capa de nieve crecía hierba. De algún modo, su potente vitalidad se negaba a agostarse. Incluso algunas flores amarillas vivían bajo el peso de la nieve, y su intenso aroma reanimó al Incrédulo. No podía arrancarlas con las manos, por lo

que desprendió parte del hielo que rodeaba su boca, agachó la cabeza, arrancó las briznas de hierba con los dientes y las comió.

A medida que la tragaba, su jugo parecía fluir directamente a sus músculos, dándoles una energía imposible. La rapidez del efecto le cogió desprevenido. Cuando se agachó por cuarta vez, sufrió una convulsión y se derrumbó, quedando en una rígida posición fetal, mientras el rudo poder bullía en sus venas.

Gritó agónicamente, pero en seguida rebasó el estadio del dolor y entró en un sombrío desierto donde no existía más que el viento, el invierno y la maldad. Sintió el asalto preternatural del Amo Execrable en un nivel que no correspondía a la vista, el oído o el tacto, sino un conglomerado de todos sus sentidos. Los nervios de su espíritu le dolían como si los hubieran desollado y expuesto a la furiosa maldad. Y en el centro de su percepción, un pensamiento le estremeció, le traspasó como si fuera la punta de lanza del invierno. Identificó lo que no comprendía.

Era *mágico*.

Un atisbo de vivos resplandores rodeó a la idea y retrocedió. Magia: poder embrujado, teúrgia. Tales cosas no existían, no podían existir. Sin embargo, formaban parte del Reino. Y a él le estaban negadas. La idea se agitó dolorosamente en su interior, como si unas manos crueles retorcieran la lanza.

Una vez oyó a Mhoram decir: «Tú eres el oro blanco». ¿Qué significaba aquello? No tenía poder. El sueño era suyo, pero no podía compartir su fuerza vital, que había demostrado ser un sueño. La magia era poder, surgía de él y no podía tocarlo. Era imposible. El destino del Reino estaba encerrado en el círculo de oro blanco de su anillo, y él era impotente para salvarse a sí mismo.

Poseído por una incipiente convicción, en la que profecía y locura eran indistinguibles, intentó vencer la contradicción, hacerla suya, pero la contradicción se desvaneció desparramando extraños y vivos resplandores. Covenant se encontró en pie sin saber cómo. Los resplandores danzaban alrededor de su cabeza como una melodía silente. La fuerza de la hierba recorría sus venas y músculos, elevando la inanición y el frío a la estatura de sombríos sacerdotes que presidían un sacrificio pagano. El Incrédulo se rió ante la inmensa perspectiva de su inutilidad. La locura de sus intentos de sobrevivir solo le divertía.

Estaba condenado a muerte por la lepra.

La risa se convirtió en un farfullante júbilo, y el Incrédulo se puso en marcha, tambaleándose, cojeando, cayendo, levantándose vacilante y cojeando de nuevo, siguió la música hacia los oscuros árboles.

Cada vez que caía se echaba a reír, incapaz de contener la hilaridad, que le producía su aflicción. Los trallazos de dolor que emitía su tobillo eran como gritos agónicos. Pero aunque ahora estaba impaciente por el fin, ansioso de reposo aunque significara su condenación, los vivos resplandores seguían llevándole. Avanzando y



retrocediendo, instándole, iluminando su camino como glaucos pétalos de ámbar gris, le hacían levantarse después de cada caída y proseguir hacia los linderos del bosque.

Poco después empezó a pensar que los árboles le cantaban. Los resplandores que llenaban el aire caían a su alrededor a intervalos, como el brillo húmedo, verde y azulado, del cántico de la madera. Pero Covenant no podía verlos ni oírlos. Sólo aparecían en la incansable energía de sus venas. Cuando en su frenesí intentaba cogerlos como si fueran *alianta*, se alejaban de él, le invitaban a seguir adelante tras las caídas, hasta que al fin se encontró entre los troncos ennegrecidos por el invierno.

Al rebasar el límite del bosque, sintió una inesperada disminución del frío. La luz diurna desaparecía del cielo ceniciento a sus espaldas, y delante no había más que las sombrías profundidades del bosque. Sin embargo, el duro clima invernal parecía suavizarse en vez de hacerse más duro con la llegada de la noche. Covenant siguió adelante arrastrando los pies, y pronto descubrió que la nieve disminuía a medida que se internaba entre los árboles. En algunos lugares incluso vio hojas vivas que colgaban tristemente de las ramas, mientras que los árboles se apoyaban unos en otros, entretejían sus ramas y se sostenían entre sí como recios camaradas heridos. A través de la fina capa de nieve, las huellas de animales formaban espirales luminosas que le aturdían cuando trataba de seguirlos. Y el aire era más cálido.

Gradualmente, una tenue luz se extendió a su alrededor. Durante algún tiempo permaneció ajeno a aquel fenómeno, caminó como un espectro y no vio que aquella pálida luz se expandía. Pero entonces unos filamentos de musgo le rozaron el rostro y súbitamente tuvo conciencia de su entorno. Los troncos de los árboles brillaban débilmente, como luz de la luna que por algún procedimiento místico hubiera sido trasladada del negro cielo al bosque. Los árboles se apiñaban a su alrededor en grupos, hileras y avenidas envueltos en una iluminación muy sutil, y parecían mirarle. A través de sus ramas colgaban cortinas y maromas de húmedo y negro musgo.

Entonces el miedo se apoderó de él como un grito del antiguo furor forestal que surgiera de la matanza no vengada de los árboles. Covenant se volvió para huir. Gimiendo desconsolado, apartó el musgo e intentó echar a correr, pero el tobillo se le doblaba a cada paso, y la música le retenía. Su anterior seducción se transformó en una orden, moviéndole contra su voluntad, de manera que su mismo pánico, su huida, le internaron más y más entre los árboles, el musgo y la luz. La fuerza de la hierba hervía en su interior como un veneno. Los resplandores danzaban en sus intervalos azules y verdes, guiándole. Huyó como si le persiguieran, tropezando con los troncos, enmarañándose en el musgo, con el cabello erizado por el miedo. Los animales se apartaban de él como centellas, y en sus oídos resonaban los gritos desolados de las lechuzas.

Estaba demasiado cansado. Su cuerpo ya no podía soportar aquel esfuerzo. Cuando sus gemidos dieron paso a un frenesí en su garganta, una gran mariposa

peluda del tamaño de un cormorán se alzó de súbito de entre las ramas, viró errática y se estrelló contra él. El impacto le derribó al suelo. Se agitó con violencia durante unos instantes, pero no logró recobrar el aliento, serenarse y ponerse en pie. Tras un breve debate, se quedó inmóvil sobre la cálida hierba y se abandonó al bosque.

Los resplandores se cernieron sobre él como si su inmovilidad les resultara curiosa. Luego penetraron en las profundidades del bosque, dejándole envuelto en sueños lastimosos. Mientras dormía, la luz ascendió hasta que los troncos parecieron tender hacia él con su iluminación, buscando la manera de absorberle, quitarle el terreno sobre el que yacía, apartarle de la vista de su venerable furor. Pero aunque exudaban cólera, no le hacían daño. Poco después se oyó un suave rumor entre las ramas y el musgo, un sonido que parecía reducir a los árboles a una ominosa insensibilidad, y retiraron su amenaza mientras una multitud de arañas empezaban a caer sobre el cuerpo inmóvil de Covenant.

Guiadas por los resplandores, las arañas se movieron sobre él como si buscaran algún punto vital donde clavar sus agujones. Pero en vez de hacer eso, se reunieron alrededor de sus heridas. Trabajando juntas, empezaron a tejer sus telas en todas las partes lesionadas.

Poco después, tenía ambos pies envueltos en espesas telas de un gris perlino. Cesó la hemorragia del tobillo, y las protuberantes astillas de hueso quedaron cubiertas con una suave protección. Una veintena de arañas envolvieron con sus hilos las mejillas y la nariz congeladas, mientras otras le vendaban las manos y otras, aún, tejían sus telas sobre la frente, aunque no había allí ninguna lesión aparente. Luego todas se escabulleron con tanta rapidez como habían llegado.

Covenant se durmió. Los sueños le agitaban de vez en cuando, pero en general permanecía inmóvil, por lo que su pulso se hizo más firme y el sollozo de impotencia cedió el paso a la respiración normal. Envuelto en las grises telarañas, parecía un capullo gigante en cuyo interior estaba a punto de nacer algo nuevo.

Mucho más tarde, en medio de la noche, se despertó y vio, a través de los párpados cerrados, que los resplandores le escudriñaban de nuevo. Todavía estaba adormilado, pero las notas de la melodía le devolvieron la conciencia y oyó el ruido de pisadas que se acercaban a él sobre la hierba.

—Ah, misericordia —dijo quedamente la voz de una anciana—. Misericordia. Así la paz y el silencio han llegado a esto. He abandonado todo pensamiento de semejante obra... y no obstante mi descanso ha desembocado en esto. Ten misericordia.

Unas manos apartaron las finas coberturas de la cabeza y la cara del Incrédulo.

—Sí, ya veo... por esta razón el Bosque me ha hecho salir de mi antiguo reposo. Herido... congelado. Y ha comido *amanibhavam*. Ah, misericordia. Cómo interfiere el mundo, cuando el mismo Bosque de musgo se agita por cosas como ésta. Bien, la

hierba le ha conservado la vida, por alto que sea el precio. Pero no me gusta el aspecto de sus pensamientos. Va a ser una dura prueba para mí.

Covenant oyó las palabras, aunque no penetraron en el frío centro de su sueño. Intentó abrir los ojos, pero estos permanecieron cerrados como si temieran lo que podrían ver. Las manos de la anciana le palpaban, buscando otras heridas, y su contacto le producía repugnancia, pero permanecía inmóvil, amodorrado, sumido en alocados sueños. Carecía de voluntad para oponerse a ella, por lo que se escondió dentro de sí mismo, se ocultó de ella hasta que pudiera ponerse en pie, golpearla y liberarse.

—Misericordia —musitó la mujer, como si hablara consigo misma—. Sí, misericordia. Herido por el frío y con la mente desencajada. Dejé semejante tarea. ¿Dónde hallaré la fuerza para reanudarla? —Entonces sus diestros dedos descubrieron la mano izquierda de Covenant, y soltó un grito sofocado—. ¡*Melenkurion!* ¿Oro blanco? ¡Ah, por los Siete! ¿Cómo ha caído sobre mí semejante carga?

La necesidad de proteger su anillo de ella, aguzó la conciencia de Covenant. No podía mover la mano, ni siquiera podía cerrar el puño para cubrir el anillo, por lo que intentó distraerla.

—Lena —musitó entre sus labios agrietados, sin saber lo que decía—. ¿Eres Lena? ¿Aún estás viva?

Hizo un esfuerzo para abrir los ojos.

## XIII

### LA CURADORA



El sueño todavía nublaba su visión. Al principio no vio más que la compacta y lúgubre iluminación de los árboles. Pero la presencia de aquella mujer hacía que peligrara el anillo, y Covenant estaba celoso de su oro blanco. Se esforzó para centrar la mirada, para salir de su escondite interior y llamar la atención de la mujer.

Ella le apartó entonces las telarañas de las cejas, y Covenant descubrió que podía verla.

—¿Lena? —preguntó de nuevo con voz ronca.

Era una mujer de piel morena, terrosa, con el cabello como hierba marrón enmarañada, y su viejo rostro irregular y sin claros perfiles, como si lo hubieran moldeado inexpertamente en arcilla. La capucha de un andrajoso manto verde leonado le cubría la cabeza, y sus ojos eran marrones como el barro blando, un inesperado y sugestivo marrón, como si el limo de alguna devoción privada llenara sus órbitas, borrara sus pupilas... como si el nexo negro y circular entre su mente y el mundo exterior fuera algo que había entregado a cambio de un poder único. Sin embargo, no había confianza, seguridad, en la mirada que le dirigía. La plenitud de la vida había quedado muy atrás, y ahora era vieja y estaba atemorizada. Su voz crujía como el rasgueo de un pergamino antiguo al preguntar:

—¿Lena?

—¿Vives todavía?

—¿Yo? No, no soy tu Lena. Ella ha muerto... si tu aspecto dice la verdad. Misericordia.

«Misericordia», repitió él interiormente.

—Ésta es la acción del *amanibhavam*. Tal vez has preservado tu vida al comerlo... pero sin duda sabes que es venenoso para ti, un alimento demasiado potente para la carne humana.

—¿Vives todavía? —repitió él astutamente, protegiendo así la parte de sí mismo que había salido de la ocultación y el sueño para defender su anillo. Sólo el lamentable estado de sus labios le impidió sonreírse ante su propio ardid.

—Tal vez no —suspiró ella—. Pero dejemos eso. No tienes conocimiento de lo que dices. Sufres la enfermedad del hielo y estás trastornado por el veneno... y... y hay una dolencia en ti que no puedo comprender.

—¿Por qué no estás muerta?

La mujer acercó el rostro al suyo.

—Escúchame —siguió diciendo—. Sé que la mano de la confusión está encima de ti... pero escúchame. Escucha y retén mis palabras. De alguna manera tus pasos te han encaminado al Bosque de musgo de Morin. Soy... una curadora, una Redimida que se dedicó a la obra de la curación. Te ayudaré... porque estás en apuros y porque el oro blanco revela que suceden en el Reino cosas extraordinarias... y porque el Bosque halló su voz para convocarme a fin de que viniera a ti, aunque eso tampoco lo comprendo.

—Vi cómo te mató —dijo Covenant, con voz llena de horror y pesar, pero satisfecho interiormente por lo bien que fingía.

Ella echó la cabeza atrás pero no mostró ninguna otra reacción a lo que le decía.

—He llegado a este lugar desde... desde mi vida... porque el inquieto sueño del Bosque satisfizo mi gran anhelo de reposo. Soy una Curadora, y el Bosque de musgo de Morin me autoriza. Pero ahora habla... y de cosas extraordinarias, realmente. Ah, misericordia. Tengo en el corazón que el mismo Coloso... Bien, vago de un lado a otro, hace muchos años que establecí aquí mi hogar, estoy acostumbrada a hablar sólo por mi propio placer.

—Lo vi.

—¿No me escuchas?

—Te atravesó con una estaca de madera. Vi la sangre.

—¡Misericordia! Así pues, ¿tan violenta es tu vida? Bien, dejemos eso también. No me escuchas... el *amanibhavam* te ha afectado demasiado. Pero violento o no, debo ayudarte. Por fortuna mis ojos no han olvidado su obra. Veo que estás demasiado débil para hacerme daño, sea cual sea tu propósito.

«Débil», repitió Covenant para sí. Lo que decía la mujer era cierto. Tal era su fragilidad que ni siquiera podía cerrar el puño para proteger su alianza matrimonial.

—¿Has vuelto para asediarme? —le preguntó débilmente—. ¿Para culparme?

—Habla si debes hacerlo —susurró ella—, pero no puedo escucharte. Debo ocuparme de mi obra.

Se puso en pie exhalando un leve gemido y se alejó rápidamente.

—Eso es —siguió diciendo él, impulsado por su grotesca alegría interior—. Has vuelto para torturarme. No estás satisfecha con que le matara. Le atravesé el corazón con aquel cuchillo, pero no estás satisfecha. Quieres herirme más. Quieres que enloquezca pensando en todas las cosas de las que soy culpable. Hice el trabajo del Execrable y vienes a torturarme por ello. ¡Tú y tu sangre! ¿Dónde estabas cuando importaba lo que me sucedía? ¿Por qué no intentaste desquitarte después de que te violé? ¿Por qué esperar hasta ahora? Si me hubieras hecho pagar, por lo que hice entonces, quizá habría descubierto lo que está ocurriendo antes de llegar a este extremo. ¡Tanta generosidad por tu parte...! Fue cruel. ¡Oh, Lena! Ni siquiera comprendí lo que te había hecho hasta que fue demasiado, demasiado tarde. No pude

reprimirme. ¿A qué esperas? ¡Tortúrame! ¡Necesito el dolor!

—Necesitas comer —musitó la Curadora, como si sus palabras la hubieran disgustado. Acercó una mano a su rostro y le sujetó con firmeza la mandíbula, mientras con la otra le introducía dos o tres bayas tesoro en la boca—. Traga las semillas, pues también ellas te beneficiarán.

Covenant quería escupir la *aliantha*, pero la presa en su rostro le hizo mascarlas a su pesar. La otra mano de la anciana le acarició la garganta hasta que las tragó, y luego le dio más bayas. Pronto le obligó a comer varios bocados, y el Increíble pudo notar que el poder nutritivo fluía por su organismo, pero por alguna razón parecía alimentar más su profunda somnolencia que su habilidad para mantener el ardid. Poco después no pudo recordar lo que había estado diciendo. Una involuntaria modorra le inundó por completo, y no pudo oponer la menor resistencia cuando la Curadora le alzó de la hierba.

Gruñendo por el esfuerzo que debía realizar, la mujer alzó el cuerpo inerte hasta que quedó semierecto en sus brazos. Entonces lo apoyó contra su espalda, con los brazos por encima de sus hombros, sujetándolo como si fuera un saco. Cuando echó a andar, los pies de Covenant rozaban el suelo y se bamboleaba sobre los hombros bajos de la anciana, pero ésta acarreó su peso, le llevó como una carga hacia la pálida noche blancuzca del Bosque de Morin.

Mientras él dormitaba, le llevó trabajosamente más y más lejos, internándose en las secretas profundidades del Bosque. Y cuando dejaron atrás los límites de Morin, penetraron en una zona más cálida que emanaba salud, una región donde la primavera no había sido agostada por el invierno del Amo Execrable. Las hojas se multiplicaban y extendían alrededor de nidos de pájaros para vestir las ramas. El musgo, la hierba y los pequeños animales del bosque iban aumentando de número entre los árboles. Allí estaba suelto un espíritu desafiante que resistía al frío, nutría a las plantas y afirmaba el impulso natural de Morin a engendrar y mantener una vida exuberante. Era como si hubieran regresado los antiguos Forestales, trayendo consigo el viejo conocimiento de sí mismos que tenían los árboles.

Sin embargo, incluso en su secreto corazón, el Bosque de musgo no era impenetrable a la maligna influencia del Despreciativo. Las temperaturas se elevaban por encima del punto de congelación, pero no lograban subir más. La profusión de las hojas no correspondía a la primavera, eran más delgadas y su verde oscuro no tenía los tonos del sano verdor. También los animales padecían las consecuencias del trastorno climático, y su pelaje se sustentaba casi directamente en los huesos. Si un Forestal hubiera regresado al Bosque, habría carecido de la potencia de sus antiguos predecesores.

Era como si el monolítico Coloso hubiera salido de su letargo para echar una mano a las defensas del Bosque, como si Caerroil Bosqueagreste actuara desde su

plaza fuerte en la Espesura Acogotante, haciendo cuanto podía a través de la distancia para preservar el viejo Bosque de musgo.

No obstante, aquella suavización del invierno producía un gran beneficio a los árboles y a los habitantes del Bosque. Mantenía con vida muchos seres que podrían haber estado entre los primeros en morir cuando el Amo Execrable vedó la primavera. Por ésa, entre otras razones, la Curadora Redimida avanzaba penosamente llevando a Covenant a su espalda. El espíritu desafiante no sólo los había tolerado a ambos, sino que la había llamado para que acudiera en ayuda del Incrédulo. Y ella no podía negarse. Aunque era vieja y Covenant le resultaba dolorosamente pesado, se mantenía succionando la humedad del musgo, y continuaba encorvada bajo el peso del hombre hacia su hogar entre los secretos del Bosque.

El brillo de los árboles se había confundido con el alba grisácea antes de que el viaje finalizara en una cueva bajo el nivel del suelo, al pie de una colina. Apartando el musgo que era como una cortina ante la pequeña entrada, se agachó y arrastró a Covenant tras ella, al interior de la modesta cámara única que constituía su vivienda.

La cueva no era grande, y apenas era lo bastante alta para que la mujer permaneciera en pie en el centro. El suelo oval no tendría más de cuatro metros de anchura, pero era un hogar acogedor para una sola persona. Las paredes, recubiertas de greda blanca, y los montones de hojas secas a modo de lecho, daban una sensación de comodidad. Era cálida, protegida del invierno. Y cuando se retiraron las demás luces, quedó iluminada por la espectral filigrana de las raíces de los árboles que sostenían las paredes y el techo. En su seguridad subterránea, su pequeña fogata para cocinar no constituía una amenaza para el bosque.

Además de las ascuas que la esperaban, al lado de una pared, poseía un recipiente de gravanel. Con gesto fatigado, dejó caer a Covenant sobre la yacija, abrió el gravanel y utilizó parte de su calor para reanimar el fuego. Luego se sentó en el suelo y dejó que sus rígidos y viejos huesos descansaran largo rato.

Casi mediaba la mañana cuando el fuego amenazó con extinguirse. Suspirando, se levantó para agitar las ascuas y prepararse una comida caliente, que comió sin mirar a Covenant, el cual no estaba en condiciones de ingerir alimentos sólidos. Cocinó y comió a fin de hacer acopio de fuerzas, puesto que su peculiar sistema curativo requería fuerza, tanta que había agotado sus reservas de valor antes de llegar a la madurez, y había abandonado su trabajo para descansar en el Bosque de musgo por el resto de sus días. Habían transcurrido décadas... cuatro o cinco, ya no sabía... desde su huida, y durante ese tiempo había vivido en paz y discreto silencio entre las temporadas del Bosque, creyendo que habían terminado las experiencias penosas de su vida.

Pero ahora incluso el Bosque de musgo se había agitado para hacerle reemprender su obra. Necesitaba fuerza. Se obligó a comer copiosamente y luego descansó de

nuevo.

Pero al fin se dispuso a emprender la tarea. Dejó el recipiente con las piedras de fuego en un estante de la pared, de manera que su resplandor amarillo incidía directamente sobre Covenant. Éste aún dormía, lo cual alivió a la anciana, que no quería enfrentarse con su cháchara insensata o con su resistencia. Pero la extensión de los males que padecía aquel hombre volvió a asustarla. Algo muy profundo había hecho presa en él, algo que no podía reconocer o comprender. Aquel morbo desconocido le recordó antiguas pesadillas en las que ella misma se aterraba intentando curar al Despreciativo.

Comprendía la extensa fractura del tobillo. Las manos magulladas y mordidas por el hielo, así como los pies congelados, entraban dentro de su experiencia, y vio que incluso podían curarse por sí solos, con sólo mantenerlos calientes durante una larga convalecencia. Las mejillas, la nariz y las orejas, los labios agrietados, con la extraña cicatriz a un lado, la herida mal curada de la frente... nada de todo aquello constituía un desafío para ella. Pero el daño que el *amanibhavam* le había hecho a su mente era otra cuestión. Los ojos enfebrecidos sobresalían de las órbitas, y a través de los párpados cerrados la mujer podía percibir los estremecimientos, las sacudidas de terror de sus terribles sueños. El ceño estaba fruncido con un enorme surco de ira o de dolor. Tenía los puños fuertemente apretados, por lo que aunque ella se hubiera atrevido a tocar el oro blanco, no habría podido quitarle el anillo. Y su enfermedad esencial era aún otra cuestión. Tenía atisbos de la manera en que se entrelazaba con su locura. Temía tocar aquel mal con su poder. Para serenarse, tarareó un viejo cántico entre dientes.

*Cuando el fin llega al fin,  
tengo poco poder:  
soy apenas una urna.  
Sostengo mi propia savia ósea,  
y veo arder la médula.  
Cuando el fin llega al fin,  
tengo poca fuerza:  
soy sólo un instrumento.  
Hago su obra, y en sus manos  
soy la necia.  
Cuando el fin llega al fin,  
tengo poca vida.  
no soy más que una obra,  
una acción realizada mientras dura el valor,  
una semilla.*



Mientras se esforzaba para superar su debilidad, efectuaba preparativos. Primero cocinó un caldo claro, usando agua caliente y unos polvos que sacó de una bolsa de cuero entre sus escasas pertenencias. Le dio aquel caldo a Covenant sin despertarle, y aumentó su reposo, le hizo dormir tan profundamente que no habría podido despertarse para salvar su propia vida. Luego, cuando ya era totalmente incapaz de moverse y reaccionar, empezó a quitarle las ropas.

Lentamente, usando su propia vacilación para reforzar el cuidado de sus preparativos, le despojó de todas las prendas y le lavó de la cabeza a los pies. Tras eliminar las telarañas y la mugre, el sudor y la sangre coagulada, le exploró con las manos, le palpó suavemente para asegurarse de la extensión de sus heridas. Aquel proceso requirió tiempo pero, habida cuenta de la vacilación de su valor, lo concluyó incluso demasiado pronto.

Todavía titubeante, desenvolvió una de sus posesiones más preciadas, una larga túnica hábilmente tejida con una tela a la vez liviana y resistente, fácil de llevar y muy cálida. Se la había dado décadas atrás un gran tejedor de la Fustaria Alta, cuya vida había salvado arriesgando la suya propia. El recuerdo de su gratitud era precioso para ella, y sostuvo la túnica en sus temblorosas manos durante largo tiempo. Pero ahora era vieja, y estaba sola. No tenía necesidad de finezas. Su andrajoso manto le serviría bien, ya fuera como prenda de vestir o como mortaja. Con una expresión nostálgica en sus ojos color de arcilla, vistió cuidadosamente a Covenant con aquella túnica.

El esfuerzo realizado para mover el cuerpo inerte de Covenant aceleró su respiración, y descansó de nuevo, musitando, según su vieja costumbre:

—Ah, misericordia, misericordia. Esto es obra de jóvenes... para los jóvenes. Yo descanso y descanso, pero no me vuelvo joven. Bien, dejemos eso. No vine al Bosque de musgo de Morin en busca de la juventud. Vine porque perdí el valor para seguir haciendo mi trabajo. ¿No lo he encontrado de nuevo... en todo este tiempo? Ah, pero el tiempo no es un Curador. El cuerpo envejece... y ahora un invierno cruel esclaviza el mundo, y el corazón no se renueva. Misericordia, misericordia. El valor pertenece a los jóvenes, y yo soy vieja..., vieja.

»Sin embargo, no hay duda de que ocurren cosas extraordinarias... grandes y terribles. ¡El oro blanco! Y este invierno es obra del Despreciativo, aunque el Bosque de musgo resiste. Ah, existen terribles propósitos... La carga de este hombre ha recaído en mí por un terrible designio. No puedo..., no debo negarme. ¡No debo! Ah, misericordia, pero tengo miedo. Soy vieja... no tengo necesidad de temer... no, no temo la muerte. Pero el dolor... el dolor. Ten misericordia... ten misericordia de mí, que me falta el valor para esta obra.

Covenant yacía en el lecho de hojas, como una exigencia que la anciana no podía rehuir, moldeada de huesos rotos, sangre y mente y, tras dormitar brevemente, la

curadora volvió en sí.

—Bien, también hay que dejar eso de lado. Tampoco la queja es Curadora. Debo dejarla de lado y realizar mi obra.

Rígidamente, se puso en pie, se dirigió al fondo de la cueva, donde se apilaban sus haces de leña. Incluso ahora, su corazón confiaba en que no hubiera suficiente madera, pues entonces tendría que salir al Bosque en busca de ramas caídas y broza antes de dar comienzo a su tarea principal. Pero la leña acumulada era suficiente. No podía justificar más retrasos, por lo que llevó la mayor parte de la leña a los rescoldos de la fogata y dio comienzo a su penosa experiencia. Primero cogió el recipiente de gravanel del estante, encima de Covenant, y le hizo lugar en el centro del fuego, de modo que su calor y su luz se añadieran a los de las ascuas. Entonces, ya jadeando ante la idea de lo que pretendía hacer, empezó a encender el fuego. Lo removió, lo concentró con dura madera seca hasta que las llamas ascendieron hacia el techo de la cueva y el calor hizo sudar su vieja frente. Y cuando el rugido sordo de las llamas crepitó en el aire, estableciendo una corriente que agitó la cortina de musgo de la entrada, cogió de nuevo la bolsa de polvos con los que había preparado antes el caldo. Su mano se cerró sobre la bolsa mientras vacilaba una vez más, temerosa, como si el próximo paso constituyera un compromiso irreparable.

—¡Ah, misericordia! —susurró una vez más, con voz quebrada—. Debo recordar... recordar que estoy sola. Nadie más le atenderá... Sólo yo. Debo hacer el trabajo de dos personas. Ésta es la razón de que los eremitas no practiquen la Curación. Debo hacer el trabajo.

Jadeante, consternada por su propia audacia, echó una pequeña cantidad de polvos a las llamas.

Las llamas empezaron a cambiar de inmediato. No se extinguieron, pero perdieron sustancia, se silenciaron, trasladaron su energía a una forma menos visible. Su luz pasó del naranja al rojo, del amarillo al marrón, un marrón cada vez más intenso, como si ahora surgieran de espeso barro en lugar de madera. Y a medida que disminuía la brillantez del fuego, un aroma intenso se extendió por la cueva. La Curadora lo saboreó como el olor de la tierra recién abierta para recibir la semilla, un olor a floración y primavera inminente, como la fructificación de la verdura que ha germinado en un buen suelo. Aquella fragancia podría haberle hecho olvidarse de sí misma, olvidar el invierno del Amo Execrable, el hombre enfermo y todo su dolor. Pero formaba parte de su obra. A través de su amor a aquel aroma, éste la impelía al lado de Covenant. Y allá fue. De pie ante él, se detuvo un momento para asegurarse de lo que quería hacer.

No le tocaría las manos, los pies ni el rostro. No eran partes esenciales para su restablecimiento, no valían lo que le costaría a ella curarlas. Y la enfermedad de su mente era demasiado compleja y múltiple para abordarla. No podría hacerlo hasta que

él estuviera físicamente entero y capaz de soportar la tensión curativa. Así pues, la anciana dirigió su mirada al tobillo fracturado.

Mientras se concentraba en aquella lesión, la luz del fuego se hizo más marrón, más rica, más potente y explícita, hasta que brilló como la radiación de sus ojos entre su rostro y el tobillo del hombre. El resto de la cueva quedó en la penumbra. Pronto sólo el vínculo establecido entre su atención y el dolor del herido retuvo la iluminación, extendiéndose entre ellos, uniéndolos gradualmente, encajando la oposición de necesidad y poder. Entre el calor y la fragancia del fuego, la anciana y el Incrédulo se convirtieron en un solo ser, templado en el aislamiento, completo.

Ciega, trémulamente, como si ya no fuera consciente de sí misma, aplicó sus manos al tobillo de Covenant, lo exploró con su tacto hasta que supo inconscientemente cuál era el ángulo preciso y la agudeza de la fractura. Entonces se retiró.

Su poder la absorbió, hizo que su carne independiente pareciera oscilar y difuminarse, vacía de significado. Se convirtió en un involuntario recipiente de su obra, ancla y fuente del vínculo que la unificaba con la herida del postrado.

Cuando este vínculo se hizo lo bastante fuerte, se retiró de él. Sin intervención de su voluntad ni conocimiento, se detuvo y recogió la pesada y pulida piedra que utilizaba como mano de mortero... Sin la intervención de su voluntad ni conocimiento de lo que hacía, la sostuvo como un pesado don con ambas manos, ofreciéndoselo a Covenant. Luego la alzó por encima de su cabeza.

Parpadeó y el marrón vínculo que la unía al hombre se estremeció.

Con todas sus fuerzas, hizo oscilar la piedra y la estrelló contra su propio tobillo.

Los huesos se quebraron como madera seca.

El dolor la traspasó... un dolor como de almas desgarradas, la suya y la del hombre. Gritó una sola vez y se derrumbó al suelo, desmayada.

Entró entonces en una larga agonía que cerró herméticamente todas las demás puertas de su mente. Permaneció tendida en el suelo mientras el fuego se reducía a débiles ascuas, y el aroma de primavera se volvió polvo en el aire, y las espectrales fibras de las raíces brillaron y se desvanecieron. Nada existía para ella excepto el desgarrador instante en que había compartido el dolor de Covenant... el instante en que había recogido todo el dolor, el de ambos. Pasó la noche y siguió postrada, y así la encontró la noche siguiente. Jadeaba dificultosamente entre sus labios flácidos, y el corazón le vibraba como si fuera a detenerse de un momento a otro. Si hubiera recobrado el conocimiento durante el tiempo suficiente para tomar la decisión de morir, lo habría hecho con alegría, con ansia. Pero el dolor le obnubilaba la conciencia, la acompañaba inamovible, hasta que llegó a ser todo lo que ella sabía de la vida o la muerte.

No obstante, al final se dio cuenta de que pensaba, constataba que, de joven,

aquella experiencia jamás fue tan terrible. La sed y el hambre atormentaban su cuerpo. Y también aquello era distinto a las ocasiones anteriores. ¿Dónde estaban las gentes que deberían haberla vigilado... que al menos deberían haberle dado agua para que no muriese de sed antes de que finalizara su agonía? ¿Dónde estaba la familia o los amigos que le llevaban a los enfermos o heridos y que hacían de buen grado cuanto podían para ayudarle en su labor curativa?

Oportunamente, estas preguntas le hicieron recordar que estaba sola, que nadie podía ayudarle, ni a ella ni al hombre enfermo, el cual también había carecido de agua y alimentos durante el curso de su penosa experiencia. Y aunque su poder no hubiera fracasado, el hombre no estaba en condiciones de soportar semejante privación. Podría morir a pesar de lo que ella había padecido por él.

Con un esfuerzo que hizo temblar de fatiga a su viejo cuerpo, se levantó del suelo.

Descansó apoyándose en las manos y las rodillas, respirando entrecortadamente. Debía recuperarse un poco antes de enfrentarse al enfermo. Terribles serían las tareas que la esperaban si él moría. Tendría que abrirse paso en medio del invierno desatado por el Execrable para llevar a los Amos de Piedra Deleitosa aquel anillo de oro blanco. Y tendría que vivir en lo sucesivo con la conciencia de su fracaso. Tales posibilidades la intimidaban.

Sabía, sin embargo, que incluso aquel retraso podía tener consecuencias fatales. Gimiendo, intentó mantenerse en pie.

Antes de que pudiera conseguirlo, algo se movió tras ella. Un pie la derribó al suelo de nuevo. El enfermo pasó por su lado y cruzó la cortina de musgo mientras ella permanecía tendida sobre la tierra apelmazada.

La sorpresa le hizo más daño que el puntapié. El hombre estaba demasiado débil para dañarla realmente, y su violencia reavivó parte de la energía aletargada en la mujer. Maldiciendo para sus adentros, se enderezó vacilante y salió cojeando de la cueva, tras él.

Le dio alcance a corta distancia de la cueva. El pálido brillo que era como la mirada de los troncos había detenido su huida. Se tambaleaba y emitía atemorizados gemidos, como si los árboles fueran bestias salvajes agazapadas y esperándole.

—Estás enfermo —musitó con voz débil la Curadora—. Comprende eso si es que no comprendes nada más. Vuelve a la cueva y acuéstate.

Covenant se volvió para enfrentarse a ella.

—Intentas matarme.

—Soy una Curadora. Yo no mato.

—Odias a los leprosos y tienes intención de matarme. —El temor hacía que le saltaran los ojos, dando a su rostro macilento una expresión de locura—. Ni siquiera existes.

La mujer podía ver que su inanición no hacía más que agravar la confusión

producida por el *amanibhavam* y su inexplicable enfermedad; ambas influencias se habían vuelto tan dominantes, que ella ya no podía diferenciarlas, y estaba demasiado débil para sosegarlo. Carecía de fuerzas para dispendiar palabras o amabilidades que no llegarían a él. Por ello se limitó a aproximarse y le oprimió el estómago con dos dedos rígidos.

Mientras él caía en la hierba, presa de arcadas, la mujer fue en busca de la *alianta* más próxima.

No estaba lejos de la entrada de la cueva, pero su fatiga era tan extrema que casi se desmayó de nuevo antes de lograr arrancar y comer algunas bayas tesoro. Sin embargo, su acre potencia acudió en su ayuda tan pronto como las tragó. Sus piernas se afirmaron. Al cabo de un momento, pudo echar las semillas a un lado y coger más bayas.

Comió la mitad de las frutas maduras y luego cogió el resto y lo llevó a Covenant. Éste trató de alejarse de ella arrastrándose, pero la mujer le retuvo y le obligó a comer. Luego se dirigió a una gran extensión de musgo que colgaba no lejos de allí, y bebió largamente su rico jugo verdoso. Éste la refrescó y le dio fuerzas suficientes para llevar de nuevo al enfermo a la cueva y controlarlo, dándole una pizca de sus extraños polvos, que le hicieron dormir otra vez.

En otras circunstancias, podría haberse apiadado del pánico que experimentó el hombre al sentirse de nuevo impotente. Pero estaba demasiado cansada... y también demasiado atemorizada por la obra que aún no había completado. No sabía cómo consolar al enfermo, y no lo intentó. Cuando él cayó en una inquieta modorra, se limitó a musitarle: «Misericordia», y se alejó.

También ella quería dormir, pero estaba sola y tenía que soportar la carga de cuidarse a sí misma. La rigidez de sus viejas articulaciones le hacía gemir, pero encendió otra fogata ayudándose del gravanel y preparó la comida para ella y el enfermo.

Mientras se calentaba la comida, inspeccionó el tobillo de su huésped. Asintió en silencio al ver que estaba tan entero como el suyo. Ya las tenues cicatrices se desvanecían. Pronto los huesos estarían tan bien y tan fuertes como si nunca se hubiesen fracturado. Al observar la evidencia de su poder, deseó poder complacerse en ella, pero décadas atrás había perdido la capacidad de complacerse en los resultados de su angustia. Sabía con certeza que si de joven hubiera comprendido lo que le costarían sus decisiones, jamás habría seguido los Ritos de la Redención, nunca se habría rendido al secreto poder que anhelaba realizarse en su interior.

Pero no pudo evadir fácilmente al poder. No conoció los costes hasta muy tarde, cuando el poder ya no le servía. Y entonces ella, la detentadora del poder, se convirtió en su servidora. Ni la huida, ni la paz, ni la reticencia le permitirían eludir los costes, y no hallaría placer en practicar la curación. Veía ante ella la obra todavía por hacer, y

su satisfacción no era mayor que sus alternativas.

No obstante, mientras volvía a cocinar, dio la espalda al remordimiento.

—Déjalo estar —murmuró débilmente para sí—. Tan sólo procura hacerlo, sin fracasar.

Por lo menos, la obra que quedaba por hacer produciría un dolor totalmente distinto.

Cuando la comida estuvo dispuesta, comió y alimentó a Covenant. Luego le dio un poco más del caldo soporífero, para que no se levantara y la golpeará de nuevo. A continuación cubrió los rescoldos del fuego, se enfundó en su andrajoso manto y fue a dormir apoyándose contra el montón de hojas que habían sido su lecho.

Durante los días siguientes, descansó, cuidó de Covenant e intentó hacer acopio de valor. La situación del Incrédulo encogía su viejo y cansado corazón. Incluso mientras aquel hombre dormía, ella podía ver que roían su mente tormentos congénitos. A medida que su cuerpo recobraba las fuerzas, las pociones que ella le daba perdían lentamente su capacidad de controlar la inquietud de su sueño turbado por las pesadillas. Empezó a agitar los brazos y farfullar en delirio. A veces su anillo emitía blancos destellos, y cuando la Curandera los veía casualmente, parecían dirigirse a ella como una voz de desgracia, suplicándole que realizara su obra.

El mismo Bosque devolvía como un eco la aflicción de Covenant. Los árboles parecían inclinarse hacia ella, suplicándole, de un modo tan inequívoco como la llamada inicial para que socorriera al Incrédulo. No sabía por qué el Bosque de Morin se preocupaba por él, pero lo percibía, lo notaba en el roce de las ramas, como una advertencia. Aquel hombre tenía que curarse. Si no lo hacía a tiempo, el tejido esencial de su ser se estropearía irremediablemente.

Por fin la Redimida fue consciente del tiempo. Percibió en la brillantez de los árboles que en algún lugar, detrás de las nubes impenetrables, avanzaba una oscura luna, preparándose para una nueva fase del poder del Despreciativo. Y la mujer se obligó a superar una tras otra sus vacilaciones, y enfrentarse de nuevo con su obra.

Encendió entonces el fuego por segunda vez y preparó sus polvos. Mientras prendía la dura madera, dejó agua y comida en el estante situado por encima de Covenant, de modo que si se despertaba antes que ella, no tuviera que buscar lo que necesitaba. La Curadora tenía una sensación de fatalidad y no creía que pudiera sobrevivir. «Misericordia», musitó mientras el fuego se intensificaba. «Misericordia». Pronunció la palabra como si buscara una bendición para ella misma.

Pronto las llamas llenaron la cueva con luz y calor, enrojeciendo la piel ajada de sus mejillas. Había llegado la hora. Podía sentir el poder laxo en ella como un amante marchito, extrañamente frágil y dominante, anhelando la oportunidad de alzarse una vez más y tomarla... anhelando, pero a la vez extrañamente inadecuado, viejo, como si ya no pudiera estar a la altura de sus deseos recordados. Por un momento, la

anciana tuvo la sensación de que se quedaba sin sangre. La debilidad se apoderó de todos sus músculos, y la bolsa de cuero le cayó de los dedos. Pero se agachó para recogerla con mano temblorosa y echó los polvos al fuego como si aquel gesto fuera su última y mejor aproximación al valor. Mientras el potente aroma del polvo se extendía por la estancia, impregnaba el aire e iniciaba su lenta transustanciación de la luz del fuego, la mujer permanecía junto a la cabeza de Covenant, abrazada a sus rodillas temblorosas. Contemplaba la frente del durmiente mientras el calor y la iluminación de las llamas entraban en consonancia con su atención, y pasó más allá de los límites de la volición, convirtiéndose de nuevo en el recipiente de su poder. A su alrededor, la cueva estaba en sombras, mientras la rica luz marrón del vínculo se entretejía entre sus ojos sin pupilas y la mente enferma de Covenant. Y éste entró en tensión, se puso rígido ante ella —la mirada sombría, los músculos del cuello prominentes, los nudillos blancos— como si el poder de la mujer le inundara de pavor.

Temblando, ella tendió las manos y colocó las palmas sobre la frente contraída.

Un instante después retrocedió bruscamente, como si se hubiera quemado.

—¡No! —exclamó, llena de horror—. ¡Pides demasiado! —En lo más profundo de su ser se debatió para recuperar el dominio de sí misma, luchó para arrojar de ella el poder, negarlo, volver en sí misma a fin de no ser destruida—. ¡No puedo curar esto!

Pero la locura del hombre la asaltó como si él hubiera tendido las manos, cogiéndola por las muñecas. Llorando de impotencia, regresó a su lado y colocó de nuevo las palmas en su frente.

El terror que le producía el contacto surgió otra vez, la inundó hasta que estalló entre sus labios como un aullido. Pero no podía retirarse. La locura del hombre restallaba dentro de ella a medida que profundizaba más y más, intentando no ver lo que había en su raíz. Y cuando al fin tuvo que verlo, se vio obligada a contemplarlo, supo que la hedionda enfermedad que lo originaba no tenía salvación. Apartó las manos de la frente del hombre y corrió a buscar algo entre sus posesiones.

Todavía gritando, agarró un largo cuchillo de cocina de piedra, lo levantó y apuntó al vulnerable corazón de Covenant.

Él permanecía bajo el cuchillo como la víctima de un sacrificio manchada por la lepra.

Pero antes de que la mujer pudiera acuchillarle, consumir en la muerte su impuro dolor, una multitud de blanquiazules y extraños resplandores apareció en el aire, en torno a ella, envolviéndola como una música. Cayeron sobre ella como rocío, se aferraron a su cuerpo como una melodía húmeda, detuvieron su mano. Confinaron su poder y su angustia, contuvieron todos sus actos hasta que estalló su tenso llanto, la sostuvieron hasta que se deshizo en lágrimas bajo la tensión de las cosas que era

imposible retener. Y entonces la dejaron caer.

Brillando como la aflicción de los árboles, se alejaron cantando tenuemente.



## SÓLO AQUELLOS QUE ODIAN



ranscurrió todo un día y una noche antes de que Covenant despertara. Pero seguía dominándole el estupor del sueño, y si despertó fue por el imperativo de una sed acuciante. Se sentó en la yacija de hojas y encontró un jarro de agua en el estante situado sobre su cabeza. Tomó un largo trago y luego vio un cuenco con frutas y pan también en el estante. Comió, bebió otra vez y se durmió de nuevo en cuanto se tendió entre las cálidas hojas secas.

La próxima vez salió lánguidamente del sueño y percibió la suave fragancia que le envolvía. Al abrir los ojos vio, a través de una leve penumbra, el techo entretejido de raíces de una cueva. Volvió la cabeza, miró a su alrededor y localizó la entrada en las paredes recubiertas de greda, la puerta con su cortina de musgo que dejaba pasar tan poca luz. No sabía dónde estaba, cómo había llegado hasta allí ni cuánto tiempo había dormido, pero su ignorancia no le afligía. Se había recuperado del temor. Con la fuerza de las cosas desconocidas que estaban escondidas tras el velo de su reposo se sintió seguro de que no tenía nada que temer.

Aquella sensación era la única emoción que experimentaba. Estaba sosegado, sobrio, hueco... vacío y, en consecuencia, sin trastornos... como si la misma limpieza o apoteosis que había extinguido su terror también le hubiera despojado de sus demás pasiones. Por algún tiempo ni siquiera pudo recordar cuáles habían sido aquellas pasiones, pues entre él y su pasado no había nada más que sueño y el recuerdo de un terror desmedido.

Entonces percibió el primer débil olor de muerte en el aire. No era imperioso, y no reaccionó en seguida. Cuando al fin reparó en su presencia inequívoca, estiró sus músculos rígidos por el sueño, notando la flexibilidad de su revitalización. Quienquiera que le hubiese llevado hasta allí, lo había hecho hacía tanto tiempo que hasta su cuerpo parecía haberlo olvidado. Pero su recuperación no le satisfizo demasiado. La aceptó con una completa y vacía confianza, por razones que se le ocultaban.

Cuando estuvo preparado, apartó los pies de la yacija y se levantó. En seguida vio a la anciana de piel tostada tendida en el suelo. Estaba muerta, y en sus labios permanecía aún la rígida mueca de un grito. Sus ojos vidriosos estaban muy abiertos, y bajo la tenue luz parecía un informe montón de tierra. Covenant no sabía quién era. La miró, esforzándose por recordar, pero no creía haberla visto antes. Y, sin embargo, tuvo la vaga impresión de que también aquella mujer había muerto por él.

Se dijo que aquello debía terminar. Otros recuerdos empezaron a acudir a la superficie como las algas muertas y el naufragio de su vida. No, no debía suceder de nuevo.

Miró un momento la desconocida túnica blanca que llevaba y apartó la tela para examinar el tobillo.

Pensó, con una cierta sorpresa, que estaba roto. Podía recordar cómo se lo había fracturado, la lucha con Pietten, la caída... recordaba que había utilizado la lanza de Pietten para ayudarse a andar hasta que la fractura se congeló. Pero ahora no mostraba ninguna señal de fractura. Lo comprobó golpeando el suelo con el pie, esperando que su estado perfecto se desvaneciera como una ilusión. Saltó de un pie a otro y se sentó de nuevo. Murmurando para sus adentros, hizo la primera OVE en muchos días.

Descubrió que estaba más curado de lo que hubiera creído posible. El daño que se había hecho en los pies había desaparecido casi por entero. Sus delgadas manos se flexionaban con facilidad, aunque estaban demasiado flacas y el anillo colgaba holgadamente en su dedo anular. Con excepción de una ligera insensibilidad en las puntas de los dedos, las orejas y la nariz, se había recuperado de la congelación. Hasta sus huesos estaban llenos de un agradable calorillo.

Pero otras cosas no habían cambiado. Notaba las mejillas tan rígidas como siempre. Tenía en la frente el abultamiento formado por la cicatriz de una herida mal curada. Al tocarla era tierna, como si bajo la superficie estuviera enconada contra su cráneo. Y su enfermedad seguía royendo implacable los nervios de manos y pies. Tenía insensibles los dedos de las manos, y sólo la parte superior de los pies y los talones conservaban la sensibilidad. Así pues, la condición fundamental de su existencia seguía intacta. La ley de la lepra estaba grabada en su interior, tallada con el frío cincel de la muerte, como si su cuerpo fuera de dolomita o mármol en vez de carne y hueso.

Por esa razón permaneció inmovible en el hueco centro de su curación. Era un leproso y no tenía que exponerse a los riesgos de la pasión.

Ahora, al mirar de nuevo a la muerta, recordó lo que había hecho antes de que el invierno le redujera a la impotencia. Se había dirigido al este con un propósito de destrucción, hacia la guarida del Execrable. Aquel propósito tenía ahora el aspecto de la locura. Había estado loco al lanzarse solo contra el invierno, de la misma manera que había estado loco al creer que podría desafiar al Despreciativo. El camino de su pasado aparecía sembrado de cadáveres, las víctimas del proceso que le había llevado a aquel propósito... el proceso de manipulación mediante el cual el Amo Execrable trataba de producir el último error fatal de una confrontación directa. Y el resultado de ese error sería una victoria total para el Execrable.

Ahora no caería en esa trampa. La mujer caída le enseñaba una especie de

sabiduría. No desafiara al Despreciativo por la misma razón que no podía abrirse paso solo a través del invierno desencadenado por el Execrable. Era una tarea imposible, y los seres humanos mortales no lograban más que su propia destrucción cuando intentaban lo imposible. El final de un leproso —prescrito y circunscrito para él por la ley de su enfermedad— le esperaba no muy lejos, en el camino de su vida. No haría más que apresurar su viaje hacia aquel fin si se imponía imposibles exigencias. Y el Reino se perdería por completo.

Entonces se dio cuenta de que su incapacidad para recordar lo que le había llevado a aquel lugar, lo que le había sucedido allí, era una gran bendición, un don de misericordia tan claro que le asombraba. De repente comprendió al menos en parte por qué Triock le había hablado de la *misericordia* de nuevas oportunidades... y por qué se había negado a secundar su propósito. Así pues, dejó aquel propósito de lado y miró a su alrededor en busca de sus ropas.

Estaban amontonadas junto a una pared, pero en seguida las descartó. Y la túnica blanca que llevaba era un regalo que le había dado la mujer muerta como parte y símbolo de su sacrificio mayor. Lo aceptó con calma, triste y vacía gratitud.

Pero ya había empezado a atarse las sandalias antes de darse cuenta de cómo hedían a enfermedad. Durante la larga caminata, su infección había empapado el cuero, y ahora aquel hedor le repugnaba. Arrojó las sandalias al montón de las ropas rechazadas. Había llegado descalzo a aquel sueño, y sabía que saldría de él descalzo y con las plantas magulladas, por mucho que tratara de protegerse. A pesar de su renaciente precaución, decidió no preocuparse de sus pies.

El débil olor a muerte en el aire le recordó que no podía continuar en la cueva. Se envolvió en la túnica y se agachó para salir y ver si podía descubrir dónde estaba.

En el exterior, bajo las grises nubes del día, la visión del Bosque volvió a sorprenderle. Reconoció que estaba en Morin porque había pasado por él en otra ocasión. Su vago conocimiento de la geografía del Reino le indicó aproximadamente dónde se hallaba, pero no tenía idea de cómo había llegado allí. Lo último que recordaba era la lenta extinción del invierno del Amo Execrable.

Allí apenas se notaban los efectos del invierno. Los árboles negros se apoyaban entre sí como si arraigaran interminablemente en los grises bordes de la primavera, pero el aire era agradable, y una hierba robusta crecía en abundancia en el limpio terreno entre los árboles. Covenant respiró el aire cargado de aromas mientras examinaba su confianza irracional, y al cabo de un momento llegó a la conclusión de que tampoco debía temer nada del Bosque de Morin.

Cuando se volvió para entrar de nuevo en la cueva, había decidido en líneas generales su nuevo curso de acción.

No intentó enterrar a la mujer. Carecía de herramientas para cavar y no deseaba lesionar el suelo del Bosque. Llevaba la túnica con la que le había vestido para

mostrar, en cierto modo, respeto hacia ella, pero no se le ocurría dedicarle ningún otro gesto. Quería pedir disculpas por lo que estaba haciendo —por lo que había hecho— pero ya era tarde para poder decírselo. Finalmente, colocó el cuerpo sobre la yacija y dispuso los rígidos miembros lo mejor que pudo para darle un aspecto de dignidad. Luego encontró un saco entre las posesiones de la mujer y guardó en él toda la comida que pudo encontrar.

A continuación apuró el agua del jarro y lo abandonó para ahorrarse su peso. Con una punzada de remordimiento, dejó también atrás el recipiente de gravanel. Sabía que necesitaría su calor, pero ignoraba cómo cuidarlo. No cogió el cuchillo tirado en el centro de la cueva porque ya había tenido suficientes experiencias penosas con tales instrumentos. Recordando a Lena, besó ligeramente la fría y arrugada mejilla de la mujer. Luego se encogió para salir de la cueva, musitando, como si fuera un talismán que había aprendido gracias al sacrificio de la anciana, «misericordia».

No vaciló en la dirección. Por su experiencia pasada sabía que el terreno del Bosque de Morin descendía generalmente de noroeste a sudoeste, hacia las Llanuras de Ra. Siguió las pendientes con el saco al hombro y una sensación de vacío en el corazón... vacío pero sereno, porque estaba lleno de carencias, como el corazón de un hombre que se ha rendido a la perspectiva de un futuro incoloro.

Antes de que hubiera recorrido un par de leguas, la luz del día empezó a palidecer y la noche se desprendió de las nubes como lluvia, pero el Bosque de Morin se despertó para iluminar el camino del Incrédulo, el cual, tras su largo descanso, no necesitaba dormir. Anduvo más despacio, a fin de moverse sin molestar al oscuro musgo, y siguió adelante mientras, el Bosque se volvía más brillante e inquieto a su alrededor. Su vieja intranquilidad, su recuerdo semiconsciente del ultraje y la congoja que había sufrido, no iban dirigidos a Covenant —el perenne talante del Bosque casi parecía retroceder cuando él pasaba, permitiéndole continuar— pero lo percibió de todos modos, lo oyó musitar a través de la brisa como si el Bosque de Morin respirase entre dientes apretados. Los sentidos de Covenant seguían truncados, embotados por el gélido clima que había padecido, como lo habían estado antes de la crisis con Pietten y Lena, pero todavía podía percibir que el Bosque le toleraba, que era consciente de su presencia y llevaba a cabo un esfuerzo especial de tolerancia hacia él.

Recordó entonces que tampoco la Espesura Acogotante había alzado su mano contra él. Recordó a Caercoil Bosqueagreste y al renuente discípulo del Forestal. Aunque sabía que era soportado, tolerado, murmuró: «Misericordia», a los pálidos troncos con su leve fulgor, y procuró andar con cuidado, evitando todo lo que pudiera ofender a los árboles.

Aquella precaución limitó la distancia recorrida, y al amanecer todavía avanzaba entre los árboles en dirección sudeste. Pero ahora entraba de nuevo en los dominios

del invierno. El aire estaba frío y los árboles espectrales. La hierba había desaparecido del suelo. Podía ver los primeros parches de nieve a través de la penumbra, delante de él. Y al avanzar el día, empezó a comprender que la túnica que llevaba era un regalo inapreciable. Era muy cómoda, gracias a su ligereza, pero su tejido especial era cálido y confortable, y constituía un parapeto contra el azote del viento. Consideró que era un regalo mejor que un cuchillo, un bastón o una piedra de *orcrest*, y se mantuvo gratificadamente arropado en ella.

Cuando la luz del día hizo invisible el brillo de los troncos, se detuvo para descansar y comer. Pero no necesitó demasiado descanso, y tras una frugal comida se levantó y echó a andar de nuevo. El viento empezó a soplar en ráfagas frecuentes e intensas. En menos de una legua, abandonó el último refugio negro del Bosque y se encontró ante el ininterrumpido desprecio del Execrable.

El frío y la nieve inhóspitos a los que se enfrentaron sus sentidos embotados no parecían haber cambiado. Desde los bordes del Bosque, el terreno continuaba descendiendo gradualmente, formando colinas ondulantes, hasta llegar al río que fluía lentamente por el noreste. En todo aquel paisaje el invierno ejercía su labor destructora. El terreno helado sufría los azotes continuos del viento y el peso de la nieve, hasta dar la impresión de que jamás volvería a verdecer. A pesar de su túnica blanca y su fuerza recuperada, Covenant sentía el frío cortante, y se encorvó como si la carga del Reino descansara sobre sus hombros.

Se detuvo un momento para escudriñar con ojos húmedos y elegir su dirección. No sabía dónde se encontraba con relación a los bajíos por los que había cruzado el río. Pero estaba seguro de que se trataba del río llamado de los Vagabundos, en el límite septentrional de las llanuras de Ra. Y el terreno que tenía a la izquierda le parecía vagamente familiar. Si su recuerdo de la Indagación para encontrar el Bastón de la Ley no le engañaba, se encontraba en el Vado de los Vagabundos.

Avanzando con el viento de espaldas, descalzo sobre el suelo torturado, se dirigió al Vado como si fuera la entrada a su alterado propósito.

Pero la distancia era mayor de lo que le había parecido desde la elevación del Bosque, y sus movimientos estaban obstaculizados por el viento, la nieve y las cuestas de las colinas. A mediodía aún no había llegado a la última ristra de colinas, al oeste del Vado.

Cuando miró por encima de las colinas, hacia el río, se sobresaltó al ver a un hombre junto a la orilla. Ocultaba el rostro bajo la capucha de un manto de pedrariano, pero miraba directamente a Covenant con los brazos en jarra, como si llevara algún tiempo aguardando impaciente la llegada del Incréduo. Éste sintió el impulso inmediato de ocultarse, pero casi al instante el hombre gesticuló bruscamente, gritando con un tono que parecía la distorsión de una voz que Covenant debería haber podido reconocer.

—¡Ven, Incrédulo! Careces de destreza para ocultarte o huir. He observado tu aproximación desde una legua de distancia.

Covenant titubeó, pero en su nueva y total seguridad, no se sentía amedrentado. Al cabo de un momento, se encogió de hombros y se dirigió hacia el Vado. Mientras descendía por la ladera de la colina, su mirada no se apartaba del hombre, buscando algún indicio que le revelase su identidad. Al principio, supuso que formaba parte de su olvidada experiencia en el Bosque y la cueva de la mujer..., una parte que él nunca podría comprender o evaluar. Pero entonces distinguió el diseño bordado en los hombros del manto pedrario que vestía aquel hombre. Era un dibujo que parecía representar unos rayos cruzados.

—¡Triock! —dijo entre dientes.

¿Sería realmente Triock?

Corrió por el escabroso terreno hasta llegar junto al hombre, y le cogió por los hombros.

—¿Triock? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has llegado? ¿Qué ha sucedido?

Mientras Covenant le hacía aquellas preguntas, jadeante, el hombre desviaba el rostro para que la capucha ocultara sus facciones. Cogió las muñecas de Covenant y le apartó las manos de sus hombros, como si el contacto fuese perjudicial para él. Con una ira inequívoca, apartó a Covenant de su lado. Cuando habló, su agudo tono parecía casi indiferente.

—Bien, ur-Amo Covenant, Incrédulo y poseedor del oro blanco. —Enumeró los títulos con un deje sarcástico—. No has llegado muy lejos en tantos días. ¿Has descansado bien en el Bosque de Morin?

Covenant se quedó mirándole y se frotó las muñecas, en las que la cólera de Triock había dejado una sensación quemante, como un residuo de ácido. El dolor le hizo titubear un momento, pero reconoció el perfil de Triock tras el borde de la capucha. En su confusión, no podía pensar en un motivo que justificara la beligerancia del pedrario.

—¿Qué ha sucedido? —repitió con incertidumbre—. ¿Te pusiste en contacto con Mhoram? ¿Encontraste a aquel Redimido?

Triock siguió desviando el rostro, pero sus dedos se flexionaron y curvaron como garras, ávidos de violencia.

Entonces una oleada de pesar borró la confusión de Covenant.

—¿Has encontrado a Lena?

Con el mismo áspero tono de indiferencia, Triock replicó:

—Te seguí porque no confiaba en tus propósitos... o en tus compañeros. Veo que no me equivoqué.

—¿Encontraste a Lena?

—Ese propósito de atacar al Despreciativo, del que te jactabas, es costoso tanto

en compañeros como en tiempo. ¿Cómo persuadiste al Gigante para que se fuera de tu lado? —se mofó—. ¿O le dejaste tú entre los perversos placeres del Bosque de Morin?

—¿Lena?-insistió Covenant en voz apagada.

Las manos de Triock saltaron a su rostro como si quisiera arrancarse los ojos. Las palmas apagaron su voz e hicieron que sonara más familiar.

—Con una estaca clavada en su vientre. Y un hombre muerto a su lado. —Temblaba violentamente, pero de repente dejó caer las manos y su voz adquirió de nuevo el mordaz tono despreocupado—. Tal vez me pedirás que crea que se mataron entre sí.

—Fue culpa mía —replicó apesadumbrado Covenant—. Ella intentó salvarme. Entonces maté al hombre. —Se dio cuenta de que la explicación era incompleta, añadió—: Quería mi anillo.

—¡El muy estúpido! —exclamó Triock—. ¿Acaso creía que se le permitiría tenerlo? —Pero no le dio a Covenant tiempo para responder, y le preguntó de nuevo con voz queda—: ¿Y el Gigante?

—Sufrimos una emboscada y él se quedó atrás... para que Lena y yo pudiéramos huir.

Triock soltó una risotada.

—Fiel hasta el fin —dijo burlonamente. Entonces un violento sollozo le convulsionó, como si se hubiera quebrado su autodomínio, pero en seguida volvió al sarcasmo—. Menos mal que he venido.

—¿Qué quieres decir? Dime, Triock, ¿qué te ha ocurrido?

El hombre aspiró por la nariz, como si tratara de contener las lágrimas.

—Bueno, en verdad... Has perdido demasiado tiempo en ese lugar de peligro y seducción. A cada día que transcurre, el Despreciativo aumenta su poder, doblega... —Sonrió al Incrédulo bajo la sombra de la capucha—. Thomas Covenant, tu obra no debe retrasarse más. He venido para llevarte a Ridjeck Thome.

Covenant miró fijamente al hombre. Transcurrió un momento mientras revisaba su decisión para asegurarse de que era inalterable. Luego dirigió toda su atención a Triock, intentó rebasar los límites de su visión truncada, su superficialidad, a fin de tener algún atisbo del estado interno de Triock. Pero el duro clima invernal y el aturdimiento de Triock hacían vanos sus esfuerzos. Vio que desviaba el rostro, que sus dedos se curvaban como garras; vio los blancos dientes descubiertos, la agitación, pero no pudo penetrar más allá de todo ello. Alguna tremenda congoja asediaba al pedrario. Conmovidó, perplejo e impulsado por la necesidad de defenderse, Covenant le dijo:

—Triock, tienes que decirme lo que ha sucedido.

—¿Debo hacerlo?

—Sí.

—¿Me amenazas? ¿Volverás contra mí la magia indomeñable si me niego?

Triock retrocedió como si verdaderamente estuviera atemorizado, y una extraña mueca de miedo se dibujó en sus labios, como un espasmo. Pero se encogió de hombros y dio la espalda a Covenant, de cara al viento.

—Entonces pregunta.

¿Por qué había mencionado las amenazas? Covenant contempló las anchas espaldas de Triock y se dijo que no, que no quería que sucediera de nuevo. Ya había hecho bastante daño.

—¡Pregunta!

Tenía un nudo en la garganta que apenas le permitía articular las palabras.

—¿Encontraste... encontraste al Redimido?

—¡Sí!

—¿Se puso en contacto con Mhoram?

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡No fue capaz de hacerlo! —exclamó el pedrario en un tono desgarrado, hosco como el rugido del viento.

—¿Qué sucedió, Triock?

—El Redimido carecía de fuerza para dominar el *lomillialor*. Lo cogió, pero no pudo hacer nada. Yeurquin y Quirrel se perdieron... ¡más compañeros perdidos mientras tú pierdes el tiempo y titubeas!

—No sabía... ¿Cómo me has encontrado?

—Esta sangre es costosa, Covenant. ¿Cuándo te saciarás?

Aquella pregunta hirió al Incrédulo, pero la encajó. Hacía mucho que había perdido el derecho a ofenderse por nada de lo que Triock dijera. Con dificultad, preguntó de nuevo:

—¿Cómo me has encontrado?

—¡Esperé! ¿A qué otro lugar podrías haber ido?

Covenant se cubrió con el vacío de su sosiego y pidió:

—Mírame, Triock.

—No deseo mirarte.

—¡Mírame!

—No tengo estómago para hacerlo.

—¡Triock!

Covenant puso una mano sobre el hombro del pedrario. Al punto, Triock se volvió y le cruzó la mejilla.

No fue un golpe violento en exceso, pero bastó para arrojar a Covenant al suelo, a considerable distancia del pedrario. Sintió un intenso escozor en la mejilla y se le



saltaron las lágrimas. Apenas pudo ver que Triock retrocedía, se volvía y empezaba a correr, pero se detuvo y esperó a una docena de metros de distancia, como si temiera que Covenant le arrojase una lanza por la espalda.

El dolor rompió en su mente como una oleada de aguas negras, pero hizo un esfuerzo para levantarse, ignorando el ardor de la mejilla, y dijo quedamente:

—No voy a la guarida del Execrable.

—¿No? —Sorprendido, Triock se volvió para encararse a Covenant.

—No —dijo el Incrédulo, vagamente sorprendido por su propia certeza—. Voy a cruzar el río... voy a ir al sur, con los hombres de Ra. Ellos podrían...

—¿Te atreves a eso? —gritó Triock. Parecía lívido de cólera, pero no se acercó a Covenant—. ¡He perdido a mi amor por ti! ¡A mis camaradas! ¡Mi hogar! ¡Has matado a todos los seres que alegraban mi vida! ¿Y dices ahora que no cumplirás la única promesa que podría compensarlo? ¡Incrédulo! ¿Crees que no te mataría por semejante traición?

Covenant se encogió de hombros.

—Mátame si quieres. No importa.

El dolor que se reflejaba en su rostro le impedía la concentración, pero aun así percibió la contradicción que existía tras la amenaza de Triock. El miedo y la cólera se equilibraban en el pedrario, como si los dos hombres estuvieran atrapados entre la huida y el ataque, dirigiendo sus esfuerzos en direcciones opuestas. En algún lugar entre aquellos antagonistas estaba el Triock que Covenant recordaba. Trató de imponerse a su aturdimiento y darle una explicación a Triock para que comprendiera su postura.

—Para que pudieras matarme tendría que estar muriendo en mi propio mundo. Es la única manera. Ya viste cuál era mi estado cuando me invocaste, así que tal vez podrías matarme. Pero si realmente me estoy muriendo, no importa que me mates tú o no. De alguna manera moriré. Los sueños son así.

»Sin embargo, antes de que decidas lo que vas a hacer, déjame decirte por qué... no voy a la guarida del Execrable.

Se puso en pie trabajosamente. Quería acercarse a Triock y mirarle a la cara, pero las conflictivas pasiones del pedrario le mantenían a distancia.

—No soy exactamente inocente, y lo sé. Ya te dije que fue culpa mía, y lo repito, pero no ha sido *todo* por mi culpa. Lena, Elena, Atiaran... los Gigantes, los Ranyhyn, los hombres de Ra y los Guardianes de Sangre... y tú... No, no. No he sido yo el único culpable. Todos tomasteis vuestras propias decisiones. Así lo hizo Lena cuando trató de salvarme del castigo... después de que la violara. Atiaran tomó su propia decisión cuando me ayudó a llegar a Piedra Deleitosa, y Elena cuando bebió la Sangre de la Tierra. Tú tomaste tu propia decisión... decidiste ser leal al Juramento de Paz. Nada de todo esto es por entero obra mía.

—Habras como si existiéramos —replicó Triock amargamente.

—Y existís, hasta donde llegan mis responsabilidades. No puedo controlar mis pesadillas. Parte de mí... la parte que está hablando... es una víctima, como lo eres tú. Sólo que menos inocente.

»Pero el Execrable lo ha dispuesto todo. Él... o la parte de mí que realiza el sueño... lo ha arreglado todo desde el principio. Me ha estado manipulando, y finalmente he descubierto por qué. Quiere este anillo... quiere la magia indomeñable. Y sabe, ¡sí, lo sabe!, que si puede hacer que me sienta lo bastante culpable, responsable y abyecto, intentaré luchar contra él en su propio terreno... con sus propias condiciones.

»No podría ganar una lucha así. No sé cómo ganarla, y por eso quiere que lo haga. De ese modo puede terminar con todo. Y mi fin será un suicidio como otro cualquiera.

»¡Mírame, Triock! ¡Mira! Puedes ver que estoy enfermo. Soy un leproso. Está grabado en mí con tal intensidad que cualquiera puede verlo. Y los leprosos... se suicidan fácilmente. Todo lo que tienen que hacer es olvidar la ley de mantenerse con vida, una ley simple, que sólo entraña una precaución egoísta y práctica. El Execrable ha hecho un excelente trabajo para que me olvide de esa ley... y por ese motivo tú podrías ser capaz de matarme ahora, si lo deseas. Pero si me queda alguna oportunidad, la única forma en que puedo usarla es recordando quién soy. Thomas Covenant, leproso. Voy a abandonar esas ideas absurdas de pagar por lo que he hecho. He de dejar de lado la culpa y el deber, o aquello, sea lo que sea, a lo que estos días llamo responsabilidad. He de abandonar el intento de volver a la inocencia. No es posible. Intentarlo es un suicidio. Y para mí, el suicidio es la única forma absoluta, perfecta, en que el Execrable puede ganar. Sin eso, él no podrá conseguir la magia indomeñable, y es muy posible que en algún lugar, de algún modo, tropiece con algo que pueda derrotarle.

»Por eso no voy... no voy a la guarida del Execrable. Voy a hacer algo sencillo, egoísta, práctico y cauto en vez de lanzarme hacia mi propia destrucción. Voy a cuidar de mí mismo como debe hacerlo un leproso. Iré a las Llanuras... encontraré a los hombres de Ra. Ellos me aceptarán. Los Ranyhyn... probablemente ya se dirigen hacia el sur para esconderse en las montañas. Los hombres de Ra me aceptarán entre ellos. Mhoram no sabe que estoy aquí, así que no esperará nada de mí.

»Por favor, Triock, comprende. La congoja que siento por ti... nunca terminará. Amé a Elena y amo el Reino. Pero si logro mantenerme con vida tal como debo hacerlo... el Execrable no puede ganar. No lo conseguirá.

Triock escuchó con semblante aturdido estas palabras, sin moverse de donde estaba. Su cólera pareció desvanecerse, pero no fue sustituida por la comprensión, sino que una mezcla de astucia y desesperación se impuso a su deseo de huir, de

modo que había en su voz una nota semihistórica de halago cuando dijo:

—Vamos, Increíble... no te apresures a tomar esa decisión. Hablemos de ello con calma. —Miró a su alrededor, como si buscara ayuda, y luego prosiguió apresuradamente—: Estás hambriento y fatigado. Ese Bosque se ha cobrado un duro tributo... puedo verlo. Descansemos aquí algún tiempo. No corremos peligro. Encenderé una fogata y te prepararé comida. Hablaremos de esta decisión mientras aún sea posible alterarla.

Covenant quería preguntarle por qué, a qué se debía aquel cambio repentino. Pero ya sabía demasiadas explicaciones. Triock se apresuró a ir en busca de leña, como si quisiera rehuir toda pregunta. En otro tiempo, el terreno a aquel lado del río de los Vagabundos había sido boscoso, y el pedrario no tardó en recoger un gran montón de ramas que dispuso al abrigo de un promontorio a corta distancia del Vado. Durante todo el tiempo mantuvo la mirada desviada de Covenant.

Cuando le pareció suficiente la cantidad de leña recogida, se agachó ante el montón con las manos escondidas entre la leña, como si por alguna oscura razón no quisiera que Covenant viera cómo encendía el fuego. En cuanto las llamas empezaron a extenderse, se colocó en un extremo e instó a Covenant para que se acercara y disfrutara del calor.

Covenant aceptó de buen grado. Su túnica no podía librarle del frío que sentía en manos y pies. No podía negarse al beneficio del calor, ni negarse al deseo de Triock de discutir aquel asunto. La deuda que había contraído con Triock era considerable, y no resultaba fácil soportarla. Se sentó al otro lado de la fogata, ante Triock, y observó en silencio al pedrario mientras éste preparaba la comida.

Triock trabajaba y musitaba a la vez en un tono que hizo sentirse a Covenant extrañamente incómodo. Sus movimientos parecían torpes, como si tratara de ocultar gestos arcanos mientras preparaba la comida. Evitaba la mirada de Covenant, pero cada vez que éste desviaba la vista, podía notar que Triock le miraba furtivamente. Se estremeció cuando Triock le dijo de repente:

—Así que has abandonado el odio.

—¿Abandonado? —Hasta entonces no había pensado en el asunto de aquella manera—. Tal vez, pero no me parece una respuesta muy buena, dejando aparte el hecho de que no tiene lugar en... en la ley de la lepra. Odio, humillación, venganza... Cometo un error cada vez que dejo que me afecten. Arriesgo mi vida. Y lo mismo sucede con el amor, si quieres saber la verdad. Pero dejemos eso. No creo que pudiera derrotar al Execrable de ese modo. Soy sólo un hombre. No puedo odiar... eternamente... como él. Y además... —se obligó a articular una nueva percepción—, mi odio no es puro. Es corrupto porque una parte de mí siempre me odia a mí en vez de a él, siempre.

Triock puso en el fuego una olla de piedra para preparar un cocido y dijo en un

tono de misteriosa convicción:

—Es la única respuesta. Mira a tu alrededor. La salud, el deber, el amor... no bastan contra este invierno. Sólo aquéllos que odian son inmortales.

—¿Inmortales?

—Desde luego. Al final la muerte reclama a todos los demás. ¿Cómo si no el Despreciativo y sus... —el nombre que iba a pronunciar parecía consternarle— y sus Delirantes se mantienen indefinidamente con vida? Porque odian.

Con su tono estridente, áspero, aquella palabra resonaba a ira y violencia, como si fuera realmente la única palabra de verdad y trascendencia.

El aroma del cocido empezó a llegar a Covenant. Observó que estaba hambriento... y que su inmovilidad interna cubría incluso las extrañas aseveraciones de Triock. Estiró las piernas y se apoyó en un codo.

—Odio —suspiró quedamente, reduciendo la palabra a dimensiones manejables—. ¿Se trata de eso, Triock? Creo que durante todo este proceso... llámalo como quieras: sueño, engaño, hecho, lo que sea... no he hecho más que buscar una buena respuesta a la muerte. ¿Resistencia, violación... ridículo, amor, odio...? ¿Es eso? ¿Ésa es tu respuesta?

—No me interpretes mal —replicó Triock—. No odio a la muerte.

Covenant contempló un momento la danza de las llamas y dejó que el aroma de la comida le recordara una paz profunda, segura, vacía. Entonces, como si completara una letanía, preguntó:

—¿Qué es lo que odias?

—Odio la vida.

Bruscamente, Triock echó el cocido en dos cuencos. Cuando ofreció uno de los cuencos a Covenant, pasándolo por encima del fuego, le temblaba la mano. Pero en cuanto volvió a su cobertura al otro lado de las llamas, dijo en tono colérico:

—¿Acaso no crees, precisamente tú, Increíble, que estoy justificado?

No, no. Covenant no podía levantar la cabeza contra la acusación en la voz de Triock. «Ódiame tanto como necesites», se dijo con la mirada fija en el fuego crepitante y el humeante cocido. «No quiero que nadie más se sacrifique por mí». Y empezó a comer sin alzar la vista.

El sabor del cocido no era desagradable, pero había en él algo desconcertante que impedía tragarlo con facilidad. Sin embargo, una vez tomada la primera cucharada, Covenant lo encontró caliente y reparador. Lentamente, a medida que comía, fue invadiéndole la modorra. Pronto se sorprendió vagamente al ver que había vaciado el cuenco. Lo dejó a un lado y se tendió boca arriba. Ahora las llamas parecían más altas y calientes, de manera que sólo tenía atisbos de Triock contemplándole fijamente a través de las llamas. Había empezado a descansar cuando oyó que Triock decía al otro lado del cálido velo:

—Incrédulo, ¿por qué no prosigues tu viaje a la guarida del Execrable? Seguramente no creerás que el Despreciativo te permitirá huir... después de haberse esforzado para llevarte a esa confrontación de la que hablas.

—No querrá que escape —replicó Covenant con voz hueca, segura—. Pero creo que está demasiado ocupado haciendo otras cosas para detenerme. Y si puedo deslizarme de entre sus dedos una sola vez, me dejará ir... al menos por algún tiempo. Ya he... ya he hecho mucho por él. Lo único que todavía quiere de mí es el anillo. Si no le amenazo con él, me dejará en paz mientras lucha con los Amos. Y luego será demasiado tarde. Me habré ido tan lejos como los Ranyhyn puedan llevarme.

—¿Pero qué me dices de ese... ese Creador... —Triock pronunció despectivamente la palabra— del que también dicen que te eligió? ¿No te tiene también en sus manos?

La somnolencia no hacía más que reforzar la confianza de Covenant.

—No le debo nada. Me eligió para esto... Pero yo no elegí ni esto ni a él. Si no le gusta lo que hago, que se busque a otro.

—¿Y la gente que ha muerto y sufrido por ti? —Triock volvió a ser presa de cólera, y pronunció aquellas palabras con desgarró, como si fueran ilustraciones de significado que arrancaba de los muros de una Cámara de los Regalos secreta, situada en lo más profundo de su ser—. ¿Cómo les proporcionarás el significado que han obtenido gracias a ti? Si huyes, se habrán perdido en una muerte inútil.

Covenant suspiró, diciéndose que ya lo sabía, que todos eran fútiles, vivos o muertos. Hizo un esfuerzo para hablar con claridad a pesar del sueño que le acometía.

—¿Qué clase de significado tendrán si me suicido? No me darán las gracias por arrojar... algo que les costó tanto. Mientras esté vivo... —perdió el hilo de la idea, pero lo recuperó poco después—... mientras esté vivo el Reino también lo estará.

—¡Porque es tu sueño!

Sí, por aquella razón entre otras.

Covenant se quedó un momento en suspenso antes de percibir la pasión subyacente en las palabras de Triock. Entonces se incorporó y miró turbiamente al pedrario a través del fuego. Como no se le ocurría nada más que decir, murmuró:

—¿Por qué no descansas un poco? Probablemente te has agotado esperándome.

—He abandonado el sueño.

Covenant bostezó.

—No seas ridículo. ¿Quién te figuras que eres? ¿Un Guardián de Sangre?

Por toda respuesta, Triock se rió tensamente, como una cuerda a punto de romperse.

Aquel sonido hizo sentir a Covenant que había algo extraño, que no debería sentir un sueño tan irresistible. Debería haber tenido fuerzas suficientes para enfrentarse a la

aflicción de Triock de una manera responsable. Pero apenas podía mantener los ojos abiertos. Frotándose el rígido rostro, le preguntó:

—¿Por qué no lo admites? Temes que me escabulla en cuanto dejes de mirarme.

—Ahora no tengo intención de perderte, Thomas Covenant.

—No te haría... semejante cosa.

Covenant parpadeó y reparó en que su mejilla descansaba sobre el duro suelo. No recordaba haberse recostado. «Despierta», se dijo a sí mismo, sin convicción. El sueño parecía verterse sobre él desde el grisáceo cielo.

—Todavía no sé cómo me has encontrado —musitó. Pero se había dormido antes de que llegara a sus oídos el sonido de su propia voz.

Sintió que había permanecido inconsciente sólo un momento cuando percibió a un nivel semisubliminal unas formas oscuras que surgían del invierno hacia él, abismales como la muerte. Las acompañaban extraños resplandores musicales que el Increíble reconocía pero no podía recordar. La melodía le rodeaba a intervalos, con tonos azules y verdes, aunque ni podía oír los sonidos ni ver los colores. Parecían débiles, elusivos, como voces que le llamaran desde una gran distancia. Pero eran insistentes, le tocaban ligeramente, le cantaban, le acosaban para que recobrarla la conciencia. A través de su estupor, que no podía comprender, danzaban y le comunicaban una ciega y silente advertencia de peligro.

Para su sorpresa, se oyó a sí mismo musitar: «Me ha drogado». ¡Por todos los diablos! Aquel loco le había dado un estupefaciente. Aquella afirmación no tenía sentido. ¿Cómo había llegado a semejante conclusión? Triock era un hombre honrado, franco y magnánimo en su aflicción... un hombre que se adhería a la misericordia y la paz, a pesar de lo que le costaban.

Le había drogado.

¿De dónde procedía aquella convicción? Covenant hurgaba en su inconsciente con dedos ateridos, mientras una inmovible sensación de peligro cubría su corazón. La oscuridad y la amenaza se cernían sobre él. Detrás de su sueño... detrás de la glauca música... parecía ver la fogata de Triock ardiendo todavía.

¿Cómo había encendido aquel fuego? ¿Cómo le había encontrado?

Los apremiantes destellos trataban de decirle cosas que no podía oír. Triock era un peligro, le había drogado. Tenía que levantarse y huir... huir a alguna parte... huir al Bosque.

Se esforzó para sentarse y abrir los ojos. Miró la fogata, ya muy menguada, a la luz última de la tarde. El invierno soplaba a su alrededor como si escupiera hiel. Notaba en el aire la proximidad de la nieve, una nieve que olía; ya los primeros copos fétidos eran visibles a la luz del fuego. Triock estaba sentado frente a él, cruzado de piernas, y le miraba con una ardiente abominación en sus ojos.

En el aire, delante de Covenant, danzaban débiles resplandores glaucos,

fragmentos de melodía inaudible cuyo grito, sin embargo, percibía en su mente: «¡Huye! ¡Huye!».

—¿Qué es esto? —Intentó con todas sus fuerzas salir de su estupor—. ¿Qué están haciendo?

—Haz que se vaya —respondió Triock con voz llena de temor y odio—. Líbrate de él. Ahora no puede reclamarte.

—¿Qué es? —Covenant se levantó trabajosamente y permaneció en pie, temblando, apenas capaz de contener el pánico que paralizaba sus músculos—. ¿Qué está sucediendo?

—Es la voz de un Forestal —se limitó a decir Triock, pero las inflexiones de su voz expresaban abominación. Se puso en pie de un salto, equilibrándose como si quisiera emprender una persecución cuando Covenant huyera—. La Espesura Acogotante ha enviado a Caer-Caveral al Bosque de Morin, pero no puede reclamarte. No puedo —su voz se estremeció— no puedo permitirlo.

—¿Reclamarme? ¿Permitir? —La sensación de peligro que atenazaba el corazón de Covenant se incrementó hasta hacerle jadear. Algo en él que no podía recordar le urgía a confiar en los destellos—. ¡Me has drogado!

—¡Para que no te escaparas! —Un temor intenso, rígido, se había apoderado de Triock, y tartamudeó entre los labios temblorosos—. Te insta a destruirme. No puede alejarse mucho del Bosque de Morin, pero incita... ¡El oro blanco! ¡Ah! —Abruptamente, su voz se agudizó hasta transformarse en un chillido—. ¡No juegues conmigo! ¡No puedo...! ¡Destrúyeme y termina de una vez! ¡No puedo soportarlo!

Los gritos se impusieron al propio temor de Covenant. Su congoja disminuyó y sintió lástima del pedrario. Desde el otro lado de los destellos insistentes, dijo con voz ronca:

—¿Destruirme? ¿No sabes que no tienes nada que temer de mí? ¿No comprendes que no tengo la más remota idea de como utilizar este... este oro blanco? No podría hacerte daño aunque ése fuera el único deseo de mi corazón.

—¿Cómo? —aulló Triock—. ¿Todavía no? ¿Te he temido por nada?

—Por nada —replicó Covenant.

Bajo su capucha, Triock le miraba atónito. Entonces echó la cabeza atrás y empezó a reír, exteriorizando un júbilo mordaz, que hacía estremecerse a la música, como si la abominación de la risa fuese tan grande como la del pedrario.

—¡No tienes poder! —rió—. ¡Por la gloria de mi amo! ¡No tienes poder!

Lanzando salvajes risotadas, se dirigió hacia Covenant.

En seguida, la silente melodía se interpuso destellante entre ellos, pero Triock avanzó a pesar de las luces.

—¡Fuera! —gritó—. También tú pagarás por tu participación en esto.

Con un diestro movimiento, capturó un destello en cada mano. Sus lamentos

vibraron en el aire mientras los aplastaba entre sus dedos.

Con un tintineo como de cristal roto, el resto de la música se desvaneció.

Covenant se tambaleó, como si le hubieran arrebatado un apoyo invisible. Tendió las manos como para protegerse de Triock y retrocedió. Pero el hombre no le tocó, sino que dio una patada en el duro suelo. La tierra se combó bajo Covenant y le hizo caer a los pies de Triock.

Entonces Triock se quitó la capucha. Tenía el semblante sucio de posibilidades frustradas, de fe y amores arruinados, pero detrás de sus rasgos, su cráneo brillaba con una maldad pálida. El fondo de sus ojos era tan negro como la noche, y en su boca abierta los dientes parecían ansiosos de clavarse en la carne. Mirando de soslayo a Covenant, sonrió con afectación.

—No, rastrero, no te golpearé de nuevo. Ha terminado el tiempo de las mascaradas. Mi amo podría enfadarse conmigo si ahora te hiciera daño.

—¿Tu amo? —preguntó Covenant con voz ronca.

—Soy el *turiya* Delirante, también llamado Herem... también llamado Mataclanes... y Triock. —Rió de nuevo grotescamente—. Este disfraz me ha servido bien, aunque Triock no está complacido. ¡Mírame, rastrero! Ya no necesito que su forma y sus pensamientos me disfracen. Careces de poder. ¡Ah, cómo saboreo esa broma! Así pues, ahora te permito conocerme. Fui yo quien mató a los Gigantes en Límite del Mar... yo quien mató al Redimido cuando quería advertir a ese estúpido de Mhoram... ¡Soy yo quien ha capturado el oro blanco! ¡Hermanos! ¡Me sentaré a mano derecha del amo y dirigiré el universo!

Mientras exultaba malignamente, buscó entre los pliegues de su manto y extrajo la varilla de *lomillialor*. Blandiéndola ante el rostro de Covenant, graznó:

—¿La ves? ¡Madera Superior! Escupo en ella. La prueba de verdad no es nada en comparación con mi poder.

Entonces cogió la varilla entre sus manos como si quisiera romperla, y le gritó rápidas y crueles palabras. La varilla se incendió, llameó por un instante en una agonía rojiza, y cayó al suelo convertida en cenizas.

Exultante de alegría, el Delirante se dirigió gruñendo a Covenant:

—Así señalo tu condenación, como se me ordenó. Alienta rápidamente, rastrero, porque sólo te quedan breves momentos.

A Covenant le temblaban los músculos como si el terreno todavía se moviera bajo sus pies, pero cobró ánimo y se esforzó para ponerse en pie. El horror y su impotencia ante la situación en que se encontraba le aturdían, pero en el fondo de su mente luchaba para encontrar una escapatoria.

—El anillo —jadeó—. ¿Por qué no coges el anillo?

Triock le miró con expresión sombría.

—¿Quieres dármelo?



—¡No! —Pensó desesperadamente que si conseguía inducir a Triock a realizar algún acto de prepotencia, la glauca melodía de Caer-Caveral tal vez volviera en su ayuda.

—Entonces te diré, rastrero, que no tomaré tu anillo a la fuerza porque la orden de mi amo es inequívoca. No desea que yo tenga semejante poder. En otras ocasiones no nos ha ordenado de una manera tan estricta, y hemos sido libres para realizar su voluntad a nuestra manera, diversa en cada uno de nosotros. Pero, él exige... y yo obedezco.

—¡Intenta cogerlo! —jadeó Covenant—. Sé tú mismo quien dirija el universo. ¿Por qué ha de poseerlo tu amo?

Por un instante creyó ver algo parecido a la pesadumbre en el rostro de Triock. Pero el Delirante se limitó a decir:

—Porque ha sido quebrantada la Ley de la Muerte y él no está solo. Incluso ahora se fijan en mí ojos que me obligan... ojos a los que no es posible desafiar. —Una sonrisa de aidez afloró a sus labios—. Tal vez puedas verlos antes de sucumbir... antes de que mi hermano y yo te arranquemos en vivo el corazón y lo devoremos ante tu última mirada.

Se echó a reír ásperamente y, como respuesta, la negrura que rodeaba la fogata se intensificó. La oscuridad de la noche era como una acumulación de desprecio, la cual se puso tensa y formó vagas figuras que se adelantaron. Covenant oyó el ruido de sus pies sobre el frío suelo. Giró sobre sus talones y se vio rodeado de ur-viles.

Cuando sus rostros sin ojos percibieron que los miraba aterrado, vacilaron un instante. Sus fosas nasales, anchas y húmedas, temblaron mientras probaban el aire en busca de signos de poder, evidencia de magia indomeñable. Luego corrieron hacia el Incrédulo y lo rodearon.

Hojas de un rojo lívido giraron por encima de él, como si los ciclos se quebraran. Pero en vez de acuchillarle, quedaron planas contra su frente. Oleadas rojas de horror se rompieron contra el. Gritó una vez y se derrumbó, inerte, en poder de los ur-viles.

## «LA VICTORIA DEL AMO MHORAM»



El esfuerzo realizado para extraer a los muertos del suelo y arrojarlos contra Piedra Deleitosa, había extenuado al *samadhi* Puño de Satán, desgastándole hasta que no pudo soportar más aquel consumo de fuerza. Había visto cómo los Entes de la Cueva arrancaban de su mástil el pendón del Amo Superior en lo alto de la torre. Sabía que al menos había cumplido con parte del objetivo de su amo en aquel asalto. Mientras sus fuerzas retuvieran la torre, mientras toneladas de arena bloquearan las puertas interiores de las Defensas, mientras el gélido clima hiciera totalmente improductiva la tierra de la meseta por encima de Piedra Deleitosa, los Amos y toda su gente estarían condenados. No podrían alimentarse indefinidamente dentro de aquellos muros de piedra. Si el fin se prolongaba, el Gigante-Delirante sabía que le bastaría tener paciencia para convertir a las Defensas en una tumba hedionda o una cripta. Dejó que sus muertos se deshicieran en arena.

Sin embargo, el fracaso al no poder derribar aquellas puertas interiores le puso furioso, le hizo anhelar el desquite aunque carecía de fuerza para asaltar las murallas. Era un Delirante, insaciable de sangre a pesar de los límites mortales del cuerpo de Gigante que ocupaba. Y otras le impulsaban también. Había en el viento una coerción implacable, una exigencia que no admitía el fracaso, por mucho que parcial o finalmente careciera de significado.

Una vez desmoronados los muertos, Puño de Satán ordenó a su ejército, que había permanecido largamente inactivo, que se aprestase al ataque.

Con un aullido que estremeció el aire, resonó salvajemente en los muros tallados, se estrelló contra el almenaje como un ulular de colmillos, garras y ávidas cuchillas, las hordas del Despreciativo cargaron contra la ciudad rocosa. Se esparcieron por las laderas de las colinas como una gris inundación y se abalanzaron contra Piedra Deleitosa.

Las criaturas engendradas por la Piedra del Amo Execrable dirigían el ataque en primer lugar... no porque fueran eficaces contra los muros de granito y los contrafuertes, sino porque no importaba su número de bajas. Doscientas mil de aquellas criaturas formaban parte del ejército del Delirante, y todos los días llegaban más, marchando al combate desde la guarida del Execrable a través de las Llanuras Centrales. Por ello el *samadhi* las usaba para absorber la defensa de la ciudad, protegiendo así a los Entes de la Cueva y los ur-viles. Millares de perversas criaturas caían con flechas, lanzas y jabalinas atravesando sus cuerpos, pero eran muchos más

millares las que seguían adelante. Y detrás de ellas llegaban las fuerzas que sabían cómo deteriorar a Piedra Deleitosa.

Los atacantes llegaron a los muros en pocos momentos. Los rabiosos Entes de la Cueva, expertos entre la roca, supieron hallar asideros en la piedra y ascendieron hacia las almenas y los balcones más bajos. Poderosas cuñas de ur-viles utilizaron su negro vitriolo para limpiar los parapetos por encima de ellos, y luego subir por fuertes escalas de madera que llevaban a los muros otras criaturas. Al cabo de poco tiempo, Piedra Deleitosa estaba bajo el ataque en toda la extensión de sus caras sur y norte.

Pero los antiguos Gigantes que construyeron las Defensas de los Amos, las dotaron de protección contra semejantes ataques. Incluso los parapetos más bajos estaban muy por encima del suelo, y era posible cerrarlos, de modo que los atacantes no tenían acceso al interior de la ciudad. Estaban defendidos por posiciones todavía más elevadas en los muros. Y el Signo General Quaan había adiestrado al Ala de Guerra año tras año, preparándola para aquella clase de acción. Las defensas previstas de antemano se pusieron al instante en movimiento, mientras sonaban las alarmas en toda la ciudad. Los guerreros abandonaron las tareas secundarias que estaban haciendo y corrieron a las almenas. Se constituyeron relevos para suministrar a las defensas superiores flechas y otras armas. Los Eomanes, concertados de antemano, atacaron a los Entes de la Cueva y los ur-viles que penetraban por los almenajes más bajos. Entonces llegaron los Guardianes de la Ciencia, Estigmatizados y Gravanélicos. Los primeros rechazaron los ataques con cánticos poderosos, mientras los Estigmatizados prendían fuego a las escalas y los Gravanélicos reforzaban los muros contra la fuerza de los Entes de la Cueva.

Quaan, que dirigía la lucha desde un ángulo saliente en los muros superiores, no tardó en ver que sus guerreros habrían podido rechazar aquel ataque si el enemigo no les superara en número en la proporción de treinta o más a uno... si todas las vidas que formaban su ejército no fueran tan esenciales mientras que las criaturas del Delirante eran tan insignificantes. Pero el Ala de Guerra estaba superada y necesitaba ayuda. En respuesta a los informes fragmentarios que le llegaban del Cercado — informes de fuego, poder e inmenso alivio— envió con urgencia un mensajero para que convocara a los Amos en ayuda de Piedra Deleitosa.

El mensajero encontró al Amo Mhoram en el Cercado, pero el Amo Superior no respondió a la llamada de Quaan, la cual sólo alcanzó los aledaños de su mente, y la mantuvo a distancia, lejos de sí mismo. Cuando oyó a uno de los guardianes explicar al mensajero lo que se había sabido en el Cercado arruinado por el fuego, él mismo perdió la batalla de vista, rechazó todo pensamiento del peligro presente y se entregó a la fusión mental con los Amos.

Permanecieron sentados en el suelo hundido, alrededor del pozo de gravanel, con sus bastones apoyados en la piedra ante ellos... Trevor y Loerya a la izquierda de

Mhoram, Amatin a su derecha. En sus manos temblorosas, el *krill* ardía con una cálida afirmación de oro blanco. Pero el Amo apenas veía la luz. El calor inflamaba sus ojos y le cegaban lágrimas de liberación que no podía refrenar. A través del silente contacto de la fusión mental, extendió fuerza a su alrededor y compartió un conocimiento que había constituido para él una carga mucho mayor de lo que había creído hasta entonces. Explicó a sus compañeros, los demás Amos, cómo había podido extraer el *krill* de la piedra donde estaba empotrado, y por qué ahora no quemaba su carne vulnerable.

Notó que sus palabras estremecían a Amatin y que Trevor experimentaba un dolor que sólo en parte procedía de su herida. Sintió que Loerya valoraba su comunicación como habría podido valorar cualquier arma nueva. Se entregó a cada uno de ellos, les mostró su convicción, su comprensión, su fuerza. Y retuvo la prueba en sus manos, para que no pudieran dudar de él. Con semejante evidencia brillando en medio de la devastación del Cercado, siguieron el proceso que le había procurado su conocimiento secreto y compartieron la consternación que le había enseñado a mantener su secreto.

Finalmente, el Ama Amatin expresó lo que pensaba en voz alta. No podía silenciarlo más. Tenía que decir aquello para que la misma Piedra Deleitosa pudiera oírlo. Tragó saliva y luego sus palabras flotaron en la impecable acústica de la cámara.

—Así pues somos nosotros... nosotros mismos los que hemos... Durante muchas generaciones los Amos se han habituado al poder de la Ciencia de Kevin.

—Sí, Ama —susurró Mhoram, sabiendo que todos los presentes en el Cercado podían oírle.

—El Juramento de Paz ha impedido...

—Sí, Ama.

Por un momento, su respiración se hizo entrecortada.

—Entonces estamos perdidos.

Mhoram percibió el tremendo dilema en su voz e hizo acopio de toda su autoridad para negar con firmeza aquellas palabras.

—No.

—Sin poder, estamos perdidos —replicó ella—. Sin el Juramento de Paz, no somos quienes somos y estamos perdidos.

—Thomas Covenant ha regresado —respondió Loerya.

Bruscamente, Amatin dejó de lado esta esperanza.

—Aun así. O el Incrédulo no tiene poder o su poder viola la Paz con la que nos hemos esforzado para servir al Reino. Así también estamos perdidos.

—No —repitió el Amo Superior—. Perdidos no. Nosotros... y el ur-Amo Covenant... debemos adquirir la sabiduría necesaria para alcanzar tanto la Paz como

el poder. Debemos conservar el conocimiento de quiénes somos, pues de lo contrario desesperaremos como desesperó Kevin Pierdettierra, en la Profanación. Sin embargo, también debemos conservar este conocimiento del poder, o habremos incumplido al no hacer todo cuanto podemos por el Reino. Quizá los futuros Amos descubrirán que deben apartarse de la Ciencia de Kevin, que deben encontrar una ciencia propia, una ciencia que no sea tan apta para la destrucción. No tenemos tiempo para semejante indagación. Conociendo el peligro de este poder, debemos mantenernos mucho más unidos, de modo que no traicionemos al Reino.

Sus palabras parecieron resonar en el Cercado, y transcurrió algún tiempo antes de que Amatin dijera doloridamente:

—Nos ofreces cosas que se contradicen y nos dices que hemos de preservarlas ambas, alcanzarlas juntos. Es fácil dar semejante consejo.

En silencio, el Amo Mhoram se esforzó por compartir con ella su percepción de cómo podría dominarse la contradicción, unificarla. Dejó que su amor por el Reino, por Piedra Deleitosa, por ella, fluyera abiertamente en la mente del Ama. Y sonrió cuando oyó decir lentamente al Amo Trevor:

—Puede hacerse. He sentido algo afín. La poca fuerza que poseo regresó a mí cuando la necesidad de las Defensas resultó mayor para mí que el miedo que me inspiraba su enemigo.

—El miedo —repitió Loerya, asintiendo.

Y Mhoram añadió:

—Miedo... u odio.

Un instante después, Amatin empezó a llorar quedamente, pues comprendía. Con Loerya y Trevor, Mhoram le infundió valor y la sostuvo hasta que disminuyó el temor al peligro que corría y su propia capacidad de Profanar el Reino. Entonces el Amo Superior dejó el *krill* y abrió los ojos para mirar el Cercado.

A la luz mortecina de la cámara distinguió al Guardahogar Tohrm y a Trel. El pedrario estaba acurrucado, abrumado por el horror de lo que había hecho. Y Tohrm le sujetaba la cabeza, compadeciéndose, con la aflicción del *rhadhamaerl*, del tormento capaz de hacer que un Gravanélico se volviera contra la amada piedra. Permanecían en silencio, y Mhoram les miraba como si él fuera culpable del estado de Trel.

Pero antes de que pudiera hablar, otro mensajero del Signo General Quaan llegó al Cercado y pidió permiso para comunicar su noticia. Cuando el Amo Superior le miró, el mensajero repitió la solicitud de ayuda de Quaan.

—Pronto —suspiró Mhoram—. Pronto. Dile a mi amigo que iremos cuando podamos. El Amo Trevor está herido, y yo... —con un breve gesto, señaló la piel chamuscada de su frente—. El Ama Amatin y yo debemos comer y descansar. Y el Ama Loerya...

—Iré —dijo con firmeza Loerya—. Todavía no he luchado como debería por Piedra Deleitosa. —Se dirigió entonces al mensajero—: Llévame al lugar donde hay más necesidad de ayuda y luego lleva la respuesta del Amo Superior al Signo General Quaan.

Con movimientos confiados, como si el nuevo descubrimiento de poder disipara sus dudas más oscuras, subió las escaleras y siguió al guerrero hacia la muralla sur de las Defensas.

Por el camino envió a los guardianes en busca de los Curadores y de alimentos. Los demás Amos quedaron a solas algún tiempo, y Tohrm aprovechó la oportunidad para preguntar a Mhoram qué deberían hacer con Trell.

Mhoram contempló las galerías en ruinas del Cercado, como si quisiera valorar hasta qué grado había abandonado a Trell. Sabía que serían necesarias generaciones de *rhadhamaerl* para restaurar la cámara de modo que pudiera ser utilizada de nuevo, y las lágrimas empañaron de nuevo su visión mientras le decía a Tohrm:

—Los Curadores deben ocuparse de él. Tal vez podrán restaurar su mente.

—¿Y de qué servirá? ¿Cómo soportará el conocimiento de lo que ha hecho?

—Hemos de ayudarle a soportarlo. Debo ayudarle. Debemos intentar curarle por completo, no importa lo difícil que sea. Y yo, que le abandoné, no puedo volver ahora la espalda a la carga de su aflicción.

—¿Que le abandonaste? —preguntó Trevor. El dolor de su herida le hacía palidecer, pero no había perdido el talante que le había impulsado a participar tan activamente en la defensa de la fortaleza—. ¿En qué aspecto? No has sido el causante de su desesperación. Si le hubieras tratado con desconfianza, no habrías conseguido nada más que la confirmación de su congoja. La desconfianza... se justifica a sí misma.

Mhoram asintió.

—Y yo desconfié... desconfié de todo. Mantuve el conocimiento en secreto, aun sabiendo que hacía mal. Es una suerte que el daño no haya sido mayor.

—Sin embargo, no podías evitar...

—Tal vez... Quizás, si hubiera compartido mi conocimiento con él, de modo que hubiera sabido el peligro que corría... habría encontrado la fuerza necesaria para no olvidar quién es, para recordar que era un Gravanélico del *rhadhamaerl*, amante de la piedra.

Tohrm convino rígidamente con ello, y su simpatía hacia Trell le hizo decir:

—Te has equivocado, Amo Superior.

—Sí, Guardahogar —replicó Mhoram con una gran suavidad en su voz—. Soy quien soy... humano y mortal. Tengo mucho que aprender.

Los ojos de Tohrm centellearon con furia, y agachó la cabeza. La rigidez de sus hombros parecía indicar que estaba encolerizado, pero Mhoram había compartido una

penosa experiencia con el Guardahogar, y le comprendía mejor.

Un momento después, varios Curadores entraron apresuradamente en el Cercado. Llevaban con ellos dos camillas, y se llevaron a Trell tendido en una de ellas. En la otra tendieron al Amo Trevor, haciendo caso omiso de sus protestas. Tohrm fue con Trell. Pronto Mhoram y Amatin se quedaron con el guerrero que les llevó su comida y un curador que aplicó suavemente un unguento calmante a las quemaduras del Amo Superior.

Una vez tratadas sus heridas, Mhoram despidió al guerrero y al Curador. Sabía que Amatin no hablaría con él, y le abrió camino antes de empezar a comer. Luego se concentró en la comida. A pesar de su fatiga, comió en abundancia, a fin de recuperar fuerzas para volver cuanto antes a su labor.

El Ama Amatin guardaba silencio y contemplaba el ritmo de las mandíbulas de Mhoram, como si su ejemplo fuera su único apoyo ante un peligro que hasta entonces no había imaginado. Mhoram percibía que sus años de dedicación a las Alas de Kevin la había dejado muy mal preparada para lo que él le había comunicado. Su confianza en la Ciencia de los Antiguos Amos había sido excesiva. Por ello guardó silencio mientras comía, y, cuando terminó, permaneció quieto, descansando mientras aguardaba a que ella dijera lo que tenía en su corazón.

Pero cuando al fin el Ama formuló su pregunta, lo hizo de una manera que él no había previsto.

—Amo Superior —le dijo con un gesto encubierto hacia el *krill*—. Si Thomas Covenant ha regresado al Reino... ¿quién lo convocó? ¿Cómo se realizó esa invocación? ¿Y dónde está?

—Amatin... —empezó a decir Mhoram.

—¿Quién sino el Despreciativo podría hacer semejante cosa?

—Pero hay...

—Y si esto no es obra del Amo Execrable, entonces, ¿dónde ha aparecido Covenant? ¿Cómo puede ayudarnos si no está aquí?

—Nos ayudará —se apresuró a decir Mhoram, para detener su avalancha de preguntas—. Si tiene posibilidad de ayudar, ayudará al Reino y no a quienes nos asedian. Hay otros lugares desde los que puede servir al Reino... sí, y también otras personas que pueden invocarle. Nosotros y el Amo Execrable no constituimos los únicos poderes. El mismo Creador puede actuar para solucionar esta situación.

Ella le sondeó con su mirada de niña desamparada, tratando de localizar la fuente de su serenidad.

—Carezco de tu fe en ese Creador. Aunque viviera semejante ser, la Ley que preserva la Tierra impide... ¿No dicen las leyendas que si el Creador rompiera el arco del Tiempo para colocar su mano sobre la Tierra, el arco y todas las cosas que hay en él llegarían a su fin, y el Despreciativo quedaría libre?

—Eso se dice —afirmó Mhoram—. No lo dudo. Sin embargo, la condenación de toda creación está en la cabeza de su Creador. Nuestra obra es suficiente para nosotros. No tenemos que soportar sobre nuestros hombros las cargas de los dioses.

Amatin exhaló un suspiro.

—Hablas con convicción, Amo Superior. Si yo dijera tales cosas, parecería suelta de lengua.

—Entonces no las digas. Solamente hablo de lo que me da valor. Tú eres una persona diferente y tendrás un valor distinto. Recuerda solamente que eres un Ama, una servidora del Reino... recuerda el amor que te impulsó a ocuparte de esta obra, y no vaciles.

—Sí, Amo Superior —replicó ella, mirándole intensamente—. Sin embargo, no confío en este poder que hace posible la Profanación. No me arriesgaré.

Su mirada se volvió entonces al *krill*. Su gema blanca brillaba como la luz de una paradoja, una promesa de vida y muerte. Lentamente, Mhoram tendió la mano y tocó la empuñadura de la daga. Pero su exaltación se había desvanecido, y el calor del *krill* le hizo retirar la mano. Sonrió sesgadamente.

—Sí —susurró, como si hablara a la hoja—, es un riesgo, y tengo mucho miedo.

Se sacó un paño de entre la túnica y, cuidadosamente, envolvió el *krill* y lo dejó a un lado, con la intención de llevarlo cuando pudiera a un lugar donde los Guardianes de la Ciencia procedieran a su estudio. Entonces alzó la vista y vio que Amatin también intentaba sonreír.

—Ven, hermana Amatin —le dijo, satisfecho al constatar el valor del Ama—, hemos retrasado demasiado nuestra obra.

Se dirigieron juntos al combate, se reunieron con Loerya y los tres juntos invocaron el fuego de sus bastones para expulsar a las hordas del Despreciativo.

Al caer la tarde, se reunió con los tres un Trevor vendado y cojo. Pero por entonces Piedra Deleitosa había sobrevivido al peor frenesí del asalto de Puño de Satán. Los Amos habían dado al Ala de Guerra el apoyo que necesitaba. Bajo el firme mando de Quaam, los guerreros contuvieron el ataque. Allá donde actuaban los Amos, las bajas entre los defensores eran casi nulas y las pérdidas de los atacantes se incrementaban considerablemente. En aquella clase de combate, los ur-viles no podían concentrar su poder con eficacia. El resultado era que los Amos podían causar grandes estragos entre los Entes de la Cueva y otras criaturas. Antes de que llegara la noche, el *samadhi* Delirante reunió a sus fuerzas.

Pero esta vez no permitió descansar a las Defensas. Sus ataques comenzaron poco después de que oscureciera. Bajo la cubierta de la fría negrura, los ur-viles avanzaron para arrojar su ponzoña contra las almenas, y tras ellos grupos compactos de criaturas, con escudos y escalas, cargaron cautelosamente. Había desaparecido la azarosa furia del asalto, el salvaje intento, sin orden ni concierto, de abrir brecha en



seguida en las Defensas. Los atacantes seguían ahora un plan premeditado y preciso. Con ávidos gruñidos, las hordas se dedicaron a la tarea de derribar Piedra Deleitosa tan rápida y eficazmente como fuera posible.

En los días que siguieron la lucha prosiguió sin tregua. Puño de Satán controlaba sus asaltos, de modo que sus bajas no desequilibraran en exceso la constante llegada de refuerzos, pero ejercía una impecable presión, sin dar a sus guerreros la menor pausa para recuperarse. A pesar de los esfuerzos de Quaan para establecer turnos en el Eoman y la Eoala, para que sus hombres pudieran descansar, el Ala de Guerra fue debilitándose más y más, y el número de guerreros muertos fue en aumento. Aquéllos que caían no podían ser reemplazados.

Pero el Ala de Guerra no tenía que soportar sola el peso de aquella batalla. Gravanélicos, Estigmatizados y Guardianes de la Ciencia luchaban también. Las gentes que no tenían otros trabajos urgentes —granjeros sin hogar, cuidadores de ganado, artistas, incluso adolescentes— se encargaban de las tareas de apoyo, suministrando flechas y otras armas, montando guardia y llevando mensajes. Así, muchos Eomanes se vieron libres para combatir o descansar. Y los Amos se ponían en acción cada vez que Quaan requería su ayuda. Eran potentes y precisos; cada uno a su modo, luchaban con la fuerza de quienes se saben capaces de Profanación pero se oponen a que les impulsen a ese extremo.

Así resistieron las Defensas de los Amos. Todos los días caían en combate Eoman tras Eoman. Los víveres escaseaban, se agotaban las hierbas y los emplastos de los Curadores. La tensión se reflejaba en los rostros, menguaba la carne hasta que los cráneos parecían sólo cubiertos por la piel tensa y llena de aprensión. Pero Piedra Deleitosa protegía a sus habitantes, y resistían.

Al principio, los Amos concentraron su atención en las necesidades del combate, rehuendo instintivamente su peligroso conocimiento. Dedicaban sus energías a su obra y a la lucha, más que a estudiar los últimos resortes. Pero cuando los continuos indicios de asalto resonaron durante seis días en las Defensas, el Amo Superior Mhoram descubrió que había empezado a temer el momento en que Puño de Satán cambiaría de táctica... cuando el Delirante y su amo estuvieran preparados para utilizar de nuevo la Piedra y el Bastón. Y durante la séptima noche, débiles ensoñaciones, como las sombras de sus antiguas pesadillas visionarias, turbaron su sueño. Una y otra vez, creyó que casi podía escuchar en algún lugar, en las profundidades de su alma, el grito de un Redimido. Despertaba con un incipiente sudor y se apresuraba a subir a la meseta para ver si le había sucedido algo al Redimido de Glimmermere.

El Redimido estaba bien, al igual que las hijas de Loerya, pero esto no aliviaba a Mhoram. Sus pesadillas le helaban la médula de los huesos, como un eco del invierno que no tenía trazas de terminar. Estaba seguro de que alguien, en alguna parte, había

sido atormentado hasta morir. Fortaleciéndose contra el estremecimiento del miedo, llamó a los demás Amos para celebrar un consejo, y por primera vez planteó la cuestión de cómo podrían utilizar su nuevo conocimiento contra el Despreciativo.

Su pregunta les llenó a todos de inquietud. Amatin miró al Amo Superior con los ojos muy abiertos, Trevor se sobresaltó, Loerya se contempló las manos... y Mhoram sintió la agudeza de su reacción, como si le dijeran: «¿Crees, pues, que deberíamos repetir la obra de Kevin Pierdetierra?». Pero sabía que sus compañeros no pretendían dirigirle semejante acusación. Esperó a que hablaran, y por fin Loerya rompió el silencio.

—Cuando defendiste el Cercado... obraste contra otra maldad. ¿Cómo dominarás este poder si lo inicias?

Mhoram no sabía qué responder.

—No tenemos nada con lo que podamos encauzar semejante poder —intervino Trevor—. Tengo la impresión de que nuestros bastones serían insuficientes... no serían lo bastante fuertes para controlar el poder hasta ese extremo. Carecemos del Bastón de la Ley, y no conozco ninguna otra herramienta que esté a la altura de esta exigencia.

Amatin habló entonces en tono duro:

—Y este conocimiento en el que te atreves a poner tu fe, no bastó para el Amo Superior Kevin, el hijo de Loric. Solamente aumentó el coste de su desesperación. He entregado mi vida a esta Ciencia, y puedo hablar con conocimiento de causa. Semejante poder es una trampa y un engaño. No es posible controlarlo. Golpea la mano que lo blande. Es mejor morir en el nombre de la Paz que obtener un día de supervivencia a costa de semejante peligro.

Nuevamente Mhoram no tenía respuesta que ofrecer. No podía mencionar las razones que había tras su pregunta. Sólo el frío presagio en la médula de sus huesos le impelía, le decía que horrores desconocidos acechaban en lugares del Reino muy distantes de Piedra Deleitosa.

—¿Temes que el ur-Amo Covenant todavía pueda Profanarnos? —preguntó sobriamente Amatin, y Mhoram no pudo negar que estaba atemorizado.

Así, pues, el consejo finalizó sin resultados, y los Amos regresaron a la defensa de la ciudad.

La lucha continuó sin cesar. Durante otros cuatro días, los Amos blandieron sus bastones encendidos con toda la fuerza y la astucia que podían concebir... y el Ala de Guerra se sobrepuso a su fatiga, como si sus miembros no pudieran amilanarse... y los demás habitantes de Piedra Deleitosa hicieron cuanto estuvo a su alcance para arrojar de los muros a los Entes de la Cueva, ur-viles y criaturas engendradas por la Piedra. Pero Puño de Satán no cedió. Prosiguió su ataque como si no le importaran lo más mínimo las bajas, dilapidó compañías enteras de sus criaturas a fin de causar

cualquier clase de daño a la ciudad, por pequeño que fuera. Y el precio acumulativo que las Defensas de los Amos pagaban por su resistencia se hizo más terrible cada día.

Durante el quinto día, Mhoram se retiró de la batalla para inspeccionar la ciudad. El Signo General Quaan se reunió con él, y cuando vieron la fatal reducción de los víveres en las despensas, y comprobaron el terrible precio en vidas humanas que habían pagado hasta entonces, Quaan miró fijamente a Mhoram y, con un temblor en su ronca voz, le dijo:

—Caeremos. Aunque este Delirante no alce otro dedo contra nosotros, caeremos sin remisión.

Mhoram sostuvo la mirada de su viejo amigo.

—¿Hasta cuándo podremos aguantar?

—Treinta días... como máximo. Ni uno más. Cuarenta... si negamos los alimentos a los enfermos, heridos y lisiados.

—No negaremos alimentos a nadie que esté aún con vida.

—Entonces treinta días. Menos incluso, si mis guerreros pierden fuerzas y permiten que el enemigo abra alguna brecha en los muros. —Se interrumpió un momento y bajó la vista—. ¿A esto hemos llegado, Amo Superior? ¿Es éste el fin para nosotros... y el Reino?

Mhoram puso una mano firme sobre el hombro de Quaan.

—No, amigo mío. No hemos llegado al final de nuestras fuerzas. Y el Incrédulo... No te olvides de Thomas Covenant.

La mención de aquel nombre provocó la beligerancia de Quaan.

—Le olvidaría si pudiera. Él...

—No te precipites, Signo General —le interrumpió Mhoram sin que su voz se alterase—. No profetices temerariamente la condenación. Hay misterios en la Tierra de los que no sabemos nada.

Al cabo de un momento, Quaan murmuró:

—¿Todavía confías en él?

El Amo Superior no vaciló.

—Confío en que el Desprecio no es el compendio de la vida.

Quaan reflexionó ante esta respuesta como si tratara de descubrir el manantial del que brotaba. Su semblante adoptó una expresión de protesta o súplica, pero antes de que pudiera hablar, llegó un mensajero para recordarle que debía volver a la lucha. Se volvió en seguida y se alejó.

Mhoram se quedó mirando sus anchas espaldas un momento, y luego fue a visitar a los Curanderos. Quería saber si habían progresado algo en el tratamiento de Trel de Atiaran.

En la sala de techo bajo que los Curanderos habían convertido en hospital para los

centenares de hombres y mujeres heridos, Mhoram encontró al robusto Gravanélico tendido en un camastro en medio de la estancia. Le consumía una intensa fiebre cerebral. Dominado por su gélido temor, Mhoram vio en él la encarnación del destino que habían sufrido todas las víctimas de Covenant... un espectral futuro que se agazapaba para tender una emboscada al Reino. Las manos del Amo Superior temblaron. No creía poder resistir la contemplación de aquellos terribles estragos.

—Al principio le colocamos cerca de la pared —dijo en voz baja uno de los asistentes— a fin de que estuviera cerca de la piedra. Pero él retrocedió aterrado. Entonces le tendimos aquí. No se recupera... pero ya no grita. Nuestros esfuerzos por socorrerle no tienen éxito.

—Covenant le restablecerá —respondió Mhoram, como si el asistente hubiera dicho algo más—. Debe hacerlo.

Se alejó temblando, e intentó hallar alivio a su congoja en la lucha de Piedra Deleitosa.

A la noche siguiente, el *samadhi* cambió de táctica. Al amparo de la oscuridad, un grupo de Entes de la Cueva se adelantaron y treparon a una de las principales murallas almenadas. Cuando los guerreros corrieron a repeler el ataque, dos cuñas de ur-viles ocultas cerca de las murallas, formaron rápidamente Ominosas entre los extremos del almenaje, atrapando así a los guerreros e impidiendo su rescate. Dos Eomanes cayeron así y fueron exterminados por los ur-viles antes de que el Ama Amatin pudiera romper una de las Ominosas.

El mismo método se repitió simultáneamente en diversos lugares alrededor de las Defensas.

El Signo General Quaan había perdido más de ocho veintenas de guerreros antes de comprender el propósito de aquella táctica. No pretendían tanto abrir una brecha en Piedra Deleitosa como matar al mayor número posible de sus defensores.

Así pues, los Amos se vieron obligados a ocuparse primordialmente de la defensa contra aquellos nuevos asaltos. Una Ominosa era un ejercicio de poder que sólo ellos podían contrarrestar. Mientras la oscuridad cubriera los movimientos de los ur-viles, los ataques continuarían, sin dar a los Amos ocasión de descansar. Y cuando amaneció, Sheol Puño de Satán reanudó la estrategia anterior de su asalto.

Después de cuatro noches así, Mhoram y sus camaradas estaban cerca del agotamiento. Cada Ominosa les costaba a dos de ellos un esfuerzo excesivo. Un solo Amo no podía contrarrestar la obra de tres o cinco veintenas de ur-viles con suficiente rapidez. En consecuencia, Amatin estaba ahora pálida y demacrada como una enferma; los músculos antes robustos de Loerya parecían colgar de sus huesos, y la mirada de Trevor se estremecía ante todo lo que veía, como si incluso en la más profunda seguridad de las Defensas estuviera rodeado de espectros. El mismo Mhoram sintió su corazón oprimido por aquella angustiosa situación. Todos podían

comprobar la exactitud de las temibles y sombrías predicciones de Quaan, y aquella evidencia les enfermaba.

La cuarta noche, en un momento de vigilia entre turbados sueños, el Amo Superior murmuró: «Covenant, Covenant», como si tratara de recordarle una promesa al Incrédulo.

Pero a la mañana siguiente cesaron los ataques. Un silencio semejante a la quietud de un sepulcro abierto se cernió sobre Piedra Deleitosa. Todas las criaturas habían regresado a su campamento, y en su ausencia la fortaleza jadeaba y se estremecía como un condenado a azotes. Mhoram aprovechó la oportunidad para comer, pero se llevó la comida a la boca sin verla y la masticó sin saborearla. En el fondo de su mente, trataba de aquilatar qué resto de resistencia le quedaba. Sin embargo, respondió de inmediato cuando un mensajero llegó corriendo hasta él y le informó de que el *samadhi* Delirante se aproximaba solo a las Defensas.

Protegidos por flancos de arqueros de cualquier ataque por parte del enemigo que ocupaba la torre, Mhoram y los demás Amos se dirigieron a uno de los balcones situados a mayor altura, cerca del extremo oeste de las Defensas, y se enfrentaron a Puño de Satán.

El Gigante-Delirante se acercaba con una expresión sardónica, contoneándose confiadamente, en actitud despectiva. Su enorme puño sostenía el fragmento de la Piedra, que arrojaba un frío vapor. Se detuvo antes de llegar al alcance de las flechas, alzó la vista a los Amos y gritó estentóreamente:

—¡Salve, Amos! ¡Os saludo! ¿Estáis todos bien?

—¡Bien! —dijo Quaan entre dientes—. Dejemos que se acerque cinco pasos más y le daré la respuesta más adecuada.

—Mi amo está preocupado por vosotros —siguió diciendo el *samadhi*—. ¡Teme que hayáis empezado a sufrir por causa de este conflicto innecesario!

Al oír esta befa, los ojos del Amo Superior centellearon.

—¡Tu amo vive para el sufrimiento ajeno! ¿Deseas hacernos creer que ha renunciado al Desprecio?

—Está perplejo y entristecido por vuestra resistencia. ¿Todavía no veis que es la suya la única palabra de verdad en este desgraciado mundo? La suya es la única fuerza... la única auténtica. ¡El Creador de la Tierra es un ser desdeñoso y cruel! Todos los que no están estúpidamente ciegos lo saben. Todos los que no se acobardan ante la verdad, saben que el Amo Execrable es la única verdad. ¿No os ha enseñado nada vuestro sufrimiento? ¿No os ha enseñado nada Thomas Covenant? ¡Digo que os rindáis! Abandonad esta perversa situación creada por vosotros mismos... ¡Rendíos! ¡Os juro que os igualaréis a mí en el servicio al Amo Execrable!

A pesar de su mordaz sarcasmo, la voz del Delirante tenía un extraño tono de persuasión. El poder de la Piedra estaba en sus palabras, impulsando a quienes le oían

a someterse. Mientras el *samadhi* hablaba, Mhoram sintió que su resistencia empezaba a desmoronarse, dejándole expuesto a los embates de aquel poder maligno. Percibía en su interior un insidioso deseo de abdicación, y tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder replicar:

—*Samadhi Sheol*. —Hizo una pausa y concentró toda la resolución que le quedaba todavía en su voz—. ¡*Samadhi Sheol!* Te burlas de nosotros, pero no logras engañarnos. No estamos ciegos... vemos la atrocidad que hay debajo de tu persuasión. ¡Vete! ¡Vasallo del Execrable! Llévate este ejército de tormento y desprecio... regresa al lado de tu amo. Él ha dado forma a tu sufrimiento... déjale que se alegre mientras pueda. Los días de su poder están contados. Cuando le llegue el fin, ten por seguro que no hará nada para preservar tu miserable ser. ¡Vete, Delirante! No me interesan tus viles provocaciones.

Confiaba en que el Delirante reaccionara con ira, hiciera algo que pudiera impulsarle a avanzar y se pusiera al alcance de los arqueros. Pero Puño de Satán se limitó a reír. Gritando con salvaje alegría, dio media vuelta y lanzó un aullido que puso en pie a sus fuerzas para renovar el ataque.

Mhoram se volvió también para mirar con expresión dolorida a sus compañeros, los demás Amos. Pero éstos no le miraban, pues había llamado su atención un mensajero que permanecía temblando ante ellos. El miedo le hacía sudar a pesar del frío, y los músculos de su garganta estaban tensos. Sin decir nada, buscó entre los pliegues de su túnica y sacó un paquete envuelto en una tela. Las manos le temblaban mientras lo desataba.

Tras un momento febril, mostró el *krill*. Su gema estaba apagada por completo.

Mhoram creyó oír jadeos, lamentos, gritos sofocados, pero no podía estar seguro. El pavor rugía en sus oídos y le impedía distinguir otros sonidos. Cogió bruscamente el *krill*. Mirándolo desconsolado, se hincó de rodillas, como si se le hubieran roto las piernas. Con toda la fuerza que le daba la conciencia de su angustiada situación, miró fijamente la gema, tratando de descubrir en ella algún fulgor de vida. Pero el metal estaba frío, y los filos de la hoja estaban embotados. El invierno ciego, opaco, llenaba las profundidades de la joya.

La esperanza de la magia indomeñable se había perdido. Covenant ya no estaba. Ahora Mhoram comprendió por qué se había reído el Delirante.

—¿Mhoram?

—Amo Superior.

—¡Mhoram!

Sus compañeros le suplicaban, le pedían fuerza, pero él ignoraba sus ruegos. Rechazó los intentos de fusión mental. La profecía de su temor se había cumplido. No le quedaba nada con lo que pudiera responder a las súplicas.

—¡Oh, Amo Superior!

Le suplicaban con lágrimas y desesperación, pero no le quedaba nada con que responder.

Tenía sólo la vaga conciencia de que se ponía en pie y devolvía el *krill* al mensajero. Quería apartarlo de su vista como si fuera un traidor, pero en realidad la daga sólo ocupaba una pequeña porción de sus pensamientos. Se ciñó la frágil túnica azul, como si aún fuera lo bastante estúpido para creer que podría protegerle del frío, y se alejó en silencio de las almenas. Su cabello corto y rígido, que le había crecido de nuevo tras el incendio del Cercado, le daba un aspecto de demente. La gente iba tras él, suplicándole, pero él mantuvo su paso de autómata, manteniéndose delante de ellos para no ver sus rostros desolados.

No sabía adonde se dirigía, hasta que llegó a un cruce de pasillos. Allí, el peso de la decisión casi le hizo caer de nuevo de rodillas... Podía doblar a la izquierda y hacia los ámbitos inferiores de las Defensas, o a la derecha y arriba, hacia la meseta situada detrás. Se volvió a la derecha porque no podía soportar la involuntaria recriminación de Piedra Deleitosa, y porque era un hombre consciente de que no tenía elección. Cuando empezó a recorrer el largo camino ascendente, la gente que iba tras él se detuvo y le dejó marchar. Les oyó susurrar: «Va a ver al Redimido... el intérprete de los sueños».

Pero no era ésa su intención: no tenía nada que preguntarle a un oráculo, los cuales eran para aquellos cuyas ambiguas visiones importaban, pero ahora las únicas cosas que podían importarle al Amo Superior Mhoram, hijo de Variol, eran las cosas que podían darle valor.

Sumido en el estupor del miedo, salió a la meseta barrida por el viento. Por encima de su frío ulular, podía oír el choque del enemigo contra las murallas de las Defensas, ola tras ola de asaltantes que se rompían contra un muro desafiante y, en última instancia, frágil. Pero ignoró los ruidos, que no eran más que un símbolo, una concentración de toda la abominable condenación del Reino. ¡Sin Thomas Covenant...! Mhoram no podía completar aquel pensamiento. Ascendió por las yermas ondulaciones, alejándose de Piedra Deleitosa, en dirección al río, cuyo curso seguiría hacia el norte, con un abismo en su corazón, donde debería haber estado la supervivencia del Reino. Se dijo que aquello era lo que Kevin Pierdetierra debió de haber sentido cuando el Execrable venció en Kurash Plenethor, haciendo fútiles todas las respuestas excepto la Profanación. No sabía cómo podría soportar aquel dolor.

Al cabo de algún tiempo, llegó a una elevación azotada por el viento, encima de Glimmermere. Bajo él, las extraordinarias y poderosas aguas del lago estaban inmóviles a pesar del viento. Aunque los cielos eran grises como las cenizas del fin del mundo, parecía brillar como si atesorase la luz del sol. Reflejaba claramente las colinas y las montañas distantes, y a través de sus aguas puras, el Amo Superior podía ver su profundo fondo rocoso.

Sabía lo que debería hacer. Le faltaba valor, no comprensión. Los últimos restos de fe yacían desplegados ante él como el mapa de un país que ya no existía. Cuando bajó tambaleándose hacia el lago, lo hizo porque ya no sabía adonde dirigirse. En Glimmermere había Poder de la Tierra. Dejó el bastón en la orilla, se quitó la túnica y se arrojó al agua, rogando que sus gélidas aguas hicieran lo que él no podía hacer por sí mismo.

Aunque ya estaba aterido de frío, las aguas parecieron arder al instante en toda su piel, arrancarle de su aturdimiento como una conflagración en sus nervios. No había pensado en nadar cuando se deslizó a las profundidades, pero la fuerza de Glimmermere desencadenó en él reacciones y le hizo ascender velozmente a la superficie. Salió del agua jadeante, se detuvo un momento para recobrar el aliento, y nadó hasta la orilla donde había dejado su túnica.

El frío intenso le quemaba la piel, pero se obligó a permanecer desnudo mientras el viento convertía en hielo el agua de sus miembros y le secaba. Luego se puso apresuradamente la túnica y se llevó el bastón al pecho, para que le calentara con su energía allí donde necesitaba más calor. Los escalofríos que le sacudían tardarían algún tiempo en remitir y, mientras esperaba, se esforzó para afianzar su corazón contra los obstáculos y la consternación que le aguardaban.

Tenía que hacer algo evidentemente imposible: acabar con el *samadhi* Puño de Satán.

Necesitaría ayuda.

Sobriamente, dejó de lado todos sus escrúpulos anteriores y se dirigió a la única fuente posible de ayuda, la única cuya fidelidad estaría a la altura de su situación. Se llevó una fría mano a los labios y lanzó por tres veces un agudo silbido.

El viento turbulento parecía fragmentar el sonido, desgarrarlo al instante. En un lugar donde los ecos eran comunes, su llamada desaparecía sin resonancia o respuesta. El viento lo rasgaba como para impedirle su propósito, impedir que le oyeran. Sin embargo, Mhoram no perdió la confianza y subió a un otero para esperar en aquel punto de observación. La espera sería desesperante, pero contempló las montañas occidentales como si su corazón no conociera ni la duda ni el temor.

Transcurrieron largos momentos que aguzaron su ansiedad casi hasta hacerle gritar, antes de que una sombra marrón apareciera al pie de las montañas y se dirigiera hacia él. Entonces el corazón le dio un vuelco de alegría, a pesar de sus zozobras, y se levantó, erecto contra el viento, para llamar la atención del Ranyhyn que respondía a su llamada.

La espera casi le había helado la sangre en las venas, pero al fin el Ranyhyn llegaba a las colinas que rodeaban el Glimmermere y relinchaba a modo de saludo.

Mhoram gimió al verle. A fin de responder a su llamada, el Ranyhyn debía de haber abandonado las Llanuras de Ra muchos días antes... debía de haber huido del



ejército de Puño de Satán para correr en línea recta por las Llanuras Centrales hasta las Montañas Occidentales, para hallar entonces un camino sin señalar entre las altas cumbres nevadas, en busca de la cadena montañosa que se adentraba en el este y terminaba en la meseta de Piedra Deleitosa, La penosa experiencia del recorrido por las montañas le había costado un alto precio al semental: sus músculos magros parecían colgar de las prominentes costillas, tenía las articulaciones hinchadas y su pelaje apagado evidenciaba lo crítico de su estado. Pero a pesar de todo, Mhoram reconoció al Ranyhyn, y le saludó con todo el respeto que pudo expresar su voz:

—¡Salve, Drinny, orgulloso Ranyhyn! ¡Oh, bella gesta la tuya! ¡Digno hijo de una digna madre! Cola del Cielo, Cabellera del Mundo. —La emoción le produjo un nudo en la garganta y sólo pudo susurrar—: Me siento honrado.

Drinny hizo un valiente esfuerzo para acercarse trotando a Mhoram, pero cuando llegó al lado del Amo Superior apoyó temblando su cabeza en el hombro de Mhoram, como si necesitara el apoyo a fin de mantenerse en pie. Mhoram le abrazó el cuello, susurrándole palabras de alabanza y aliento al oído, y acariciando su pelaje cubierto de escarcha. Permanecieron juntos como si, a pesar de sus respectivas debilidades, se hicieran promesas el uno al otro. Luego Mhoram respondió a Drinny, que le empujaba invitador con el hocico, saltando a su lomo. Calentando al gran caballo con su bastón, avanzó lenta y resueltamente de regreso a Piedra Deleitosa.

El recorrido le llevó tiempo..., fue lento y difícil a causa de la fragilidad de los músculos de Drinny y su paso vacilante y fatigoso. Mientras recorrían las colinas, Mhoram fue presa de nuevo de la debilidad, y recordó su ineptitud, su temor estupefaciente. Pero la fe no le abandonaba. Ahora sujetaba al Ranyhyn entre sus rodillas, decidido a no desviarse de su objetivo. Drinny había respondido a su llamada. Mientras sus pensamientos retenían cierto vestigio de la claridad de Glimmermere, trazó sus planes.

Entonces, al fin, su montura penetró en el ancho túnel que conducía a las Defensas de los Amos. El ruido de los cascos resonó débilmente contra el techo y los suaves muros de piedra... resonó y se escabulló por delante del Amo Superior, como el anuncio susurrado de su retorno. Pronto pudo oír las voces de las Defensas que anunciaban su regreso, proclamando que había vuelto montado en un Ranyhyn. La gente dejó su trabajo y se apresuró al pasillo principal del túnel para verlo. Le abrieron paso, musitando maravillados o dolidos a la vista del Ranyhyn, comentando entre sí el peligroso brillo en los ojos del Amo Superior. Avanzó hacia el interior de las Defensas como si le transportara una corriente de asombro y esperanza.

Tras haber cabalgado unos centenares de metros por las principales vías de Piedra Deleitosa, vio ante él a los demás dirigentes de la ciudad, los Amos Trevor, Amatin y Loerya, el Signo General Quaan, los dos Guardahogares, Tohrm y Borillar. Le esperaban como si hubieran salido juntos a presentarle sus respetos. Cuando el

Ranyhyn se detuvo ante ellos, saludaron en silencio al Amo Superior y su montura, pues carecían de palabras para expresar lo que sentían.

Él los miró un momento, observándoles atentamente. Todos estaban demacrados, exhaustos, sucios por el combate. Quaan, sobre todo, tenía un aspecto lamentable. Su anciano rostro presentaba el surco habitual de su ceño fruncido, como si sólo una beligerancia constante le permitiera permanecer entero. También Amatin parecía casi desesperada, y su ligereza física parecía agotar su vigor moral. El rostro de Borillar estaba bañado en lágrimas que Mhoram sabía que se debían a la pérdida de Thomas Covenant. Trevor y Loerya se apoyaban entre sí, incapaces de permanecer erectos sin ayuda. De todos ellos, sólo Tohrm estaba sereno, y era la suya la serenidad de un hombre que ya ha pasado por su crisis personal. Nada podía ser peor para él que la Profanación de la piedra que había experimentado en el Cercado... y que había dominado. Los demás miraban a Mhoram con una expresión reconcentrada de esperanza, congoja, ansiedad o impotencia, deseosos de saber qué significaba el regreso del Amo Superior en un Ranyhyn.

Mhoram respondió a su silente saludo y luego se dejó caer del lomo de Drinny y avanzó uno o dos pasos hacia ellos. En el único nivel para el que tenía fuerza suficiente, el de su autoridad, les respondió. Habló quedamente, pero su voz estaba llena de advertencias.

—Escuchadme. Soy Mhoram, hijo de Variol, Amo Supremo por elección del Consejo. He tomado mi decisión. Escuchadme y obedeced. Signo General Quaan, es preciso cuidar a Drinny, de los Ranyhyn. Es necesario alimentarle y curarle... Ha de recuperar rápidamente sus fuerzas. Le cabalgaré pronto.

»Amos, Guardahogares, Signo General... Hemos de reconquistar la atalaya de Piedra Deleitosa. Hay que dejar expeditas las puertas de las Defensas. Hacedlo con rapidez. Signo General, prepara a los caballos del Ala de Guerra. Dispón tantos guerreros montados y de a pie como creas conveniente... adiéstralos para marchar contra el *samadhi* Puño de Satán. Atacaremos en cuanto tengamos el camino libre.

Pudo ver que sus órdenes asombraban a la gente, que les aterraba la descabellada perspectiva de atacar el ejército del Delirante. Pero Mhoram no les ofreció ninguna ayuda, nada que les tranquilizara. Cuando le llegara la muerte segura a la que le llevaría su propósito, confiaba dejar tras él hombres y mujeres que se hubieran demostrado a sí mismos que podían enfrentarse a situaciones extremas... dirigentes que hubieran aprendido que podrían desenvolverse sin él.

Sin embargo, no podía negarse a explicar la razón de sus órdenes.

—Amigos míos —siguió diciendo con voz ronca—, la luz del *krill* se ha apagado. Conocéis el significado de esto. Thomas Covenant ha abandonado el Reino... o ha muerto... o ha sido despojado de su anillo. Ahí radica nuestra única esperanza. Si el Incrédulo vive... y mientras la magia indomeñable no sea utilizada contra nosotros...

podemos confiar en que recupere su anillo.

»Debemos actuar según esa esperanza. Es pequeña... pero todas las esperanzas son pequeñas en situaciones extremas. Nuestra obra consiste en vengar la sangre derramada con la victoria y superar la desesperación. Debemos actuar. Con seguridad el Despreciativo sabe que el ur-Amo Covenant ha perdido el oro blanco... si es verdad que lo ha perdido y no se ha retirado del Reino o ha sido capturado. En consecuencia, sus pensamientos pueden estar algún tiempo desviados de nosotros. En ese tiempo podemos tener alguna esperanza de éxito contra el *samadhi* Delirante. Y si el Amo Execrable intenta evitar que el Incrédulo recupere su anillo, podemos prestar a distancia ayuda al ur-Amo Covenant haciendo que el Despreciativo fije de nuevo su atención en nosotros.

Mhoram no podía mirar los rostros de sus amigos, henchidos de súplicas. Puso un brazo sobre el cuello de Drinny y, como si hablara con el Ranyhyn, concluyó:

—Esta elección es mía. Cabalgaré solo contra Puño de Satán si es necesario. Pero hay que hacerlo.

Al fin Amatin halló su voz para exclamar:

—¡*Melenkurion!* ¡*Melenkurion abatha!* Mhoram, ¿no has aprendido nada de Trel de Atiaran... de la Escolta de Sangre... del mismo Kevin Pierdettierra? Estás pidiendo convertirte tú mismo en un Profanador. Así aprendemos a destruir lo que amamos.

En la respuesta del Amo Superior Mhoram vibró un timbre de autoridad.

—Signo General, no llevaré conmigo a ningún guerrero que no haya aceptado libremente este riesgo. Debes explicar al Ala de Guerra que la luz del *krill* de Loric se ha extinguido.

Anhelaba correr hacia sus amigos, abrazarlos, mostrarles de alguna manera su amor y la terrible necesidad que tenía de ellos. Pero se conocía. Sabía que sería absolutamente incapaz de abandonarlos si primero no mostraban su independencia, ante ellos y ante él mismo, aceptando sus exigencias. Su propio valor vacilaba. Necesitaba que le hicieran alguna demostración para ayudarle a seguir la línea recta de la fe. Así pues, se contuvo y abrazó un momento a Drinny, luego giró sobre sus talones y se alejó rígidamente hacia sus aposentos privados.

Pasó solo los días siguientes, tratando de descansar... buscando algún recurso que pudiera permitirle soportar la imposibilidad y la inutilidad de su decisión. Pero su espíritu estaba enfebrecido. Los fundamentos de serenidad que le habían sustentado durante tanto tiempo parecían haberse erosionado. Tanto si permanecía tendido en el lecho, como si comía, paseaba por sus aposentos o estudiaba, podía percibir un gran vacío en el corazón de las Defensas, donde debería haber estado el fuego del *krill*. No se había dado cuenta de hasta qué punto aquella llama blanca le había enseñado a confiar en el Incrédulo. Su extinción le puso cara a cara con una muerte fútil... su muerte, la de Drinny, la de cualquiera que se atreviera a seguirle..., una muerte cuyo

resultado no podría ser más que el acortamiento de la supervivencia de Piedra Deleitosa. Pasaba mucho tiempo de rodillas en el suelo, sondeando a través de la piedra, esforzándose por percibir cómo se cumplían sus órdenes.

Percibió sin dificultad los preparativos del Ala de Guerra. Los pocos centenares de caballos alojados en los establos de las Defensas estaban siendo aprestados. Los turnos de los guerreros se cambiaron, a fin de que quienes decidieran seguir al Amo Superior pudieran descansar y prepararse. Y, como resultado, la carga de resistir los ataques del *samadhi* recayó en menos hombros. Pronto la defensa adquirió un sesgo febril que armonizaba con la propia fiebre de Mhoram. Sus órdenes habían apresurado el ineluctable descenso del Ala de Guerra en el frenesí y la desesperación. Apretó los dientes para contener aquel dolor, y escudriñó otros lugares de la ciudad en busca de los Amos.

Descubrió que el Ama Amatin se había retirado al aislamiento de la biblioteca de la Raat, pero Trevor, Loerya y el Guardahogar Tohrm estaban activos. El Amo Trevor y Tohrm bajaron a una de las cavernas poco frecuentadas situadas directamente bajo la torre. Allí combinaron su ciencia en un rito peligrosamente similar al usado por Trell para la destrucción del Cercado, y enviaron una oleada de calor a través de la piedra, a los pasadizos de la torre. Mantuvieron el calor un día entero, alzándolo contra el enemigo, hasta que los Entes de la Cueva y las demás criaturas empezaron a abandonar la torre.

Y cuando los niveles más inferiores quedaron vacíos, el Ama Loerya dirigió varios Eomanes al asalto. Amparados por la oscuridad, saltaron a la arena desde la Defensa principal, cruzaron el patio y penetraron en la torre, luchando para abrirse camino hacia arriba. Al alba del tercer día habían obtenido la victoria. Tendieron pasarelas improvisadas por encima del patio, y centenares de arqueros las cruzaron para ayudarles a asegurar la torre.

Mhoram se enorgulleció tanto de ellos que su aflicción remitió por algún tiempo. Dudaba de que pudieran conservar la torre más de uno o dos días, pero ese período sería suficiente, siempre que los hombres cumplieran igualmente sus restantes órdenes.

Entonces, durante el tercer día, Amatin volvió a trabajar. Había pasado varios días enfrascada en el estudio de ciertas porciones arcanas de la Segunda Ala, que el mismo Amo Superior nunca había comprendido, y allí encontró los ritos e invocaciones que buscaba. Armada con ese conocimiento, se dirigió directamente a las almenas por encima del patio, trazó unos extraños gestos, signos y símbolos sobre la piedra y entonó cánticos en el lenguaje de los Antiguos Amos... y por debajo de ella los restos arenosos de los muertos se apartaron lentamente. Se retiraron lo suficiente para permitir la apertura de las puertas y la salida de un ejército de Piedra Deleitosa.

Esto hizo que Mhoram saliera de sus aposentos para mirar lo que sucedía. Cuando Amatin terminó, cayó en brazos del Amo Superior, pero éste estaba tan orgulloso de ella que su preocupación no era comparable al alivio que sentía. Cuando los Curadores le aseguraron que Amatin se recuperaría pronto si se le permitía descansar, la dejó y fue a los establos para ver a Drinny.

El Ranyhyn apenas se parecía al deslustrado y exhausto caballo que le había llevado en su lomo a Piedra Deleitosa. Una buena alimentación y el tratamiento habían encendido de nuevo la luz de sus ojos, renovado su carne y restaurado la elasticidad de sus músculos. Corcoveó y relinchó al ver a Mhoram, como para mostrarle que ya estaba preparado.

Tales cosas rejuvenecieron a Mhoram. Sin más vacilación, dijo al Signo de Guerra Quaan, que saldría a caballo para atacar al Delirante, a la mañana siguiente.

Pero aquella noche, mientras Trevor, Loerya y Quaan se debatían contra una serie de ataques a las murallas especialmente violentos, el Ama Amatin fue a los aposentos de Mhoram. No pronunció palabra, pero su aspecto macilento y magullado llegó al corazón del Amo Superior. Sus esfuerzos habían tenido algún efecto sobre ella. Al violentar su propia resistencia, había perdido sus defensas, exponiéndose a peligros y percepciones para los que no estaba dispuesta ni a los que podía enfrentarse impunemente. Esta vulnerabilidad le daba un aspecto de abyección, como si hubiera ido allí para arrojarle a los pies de Mhoram.

Sin decir una sola palabra, alzó las manos hacia el Amo Superior. Sostenía en ellas el *krill* de Loric.

Él lo aceptó sin apartar la mirada del rostro atormentado del Ama.

—Ah, hermana Amatin —le dijo amablemente—. Deberías descansar. Te has ganado...

Pero un espasmo de congoja en la mirada de la mujer le detuvo. Bajó la vista para mirar el *krill*.

En lo más profundo de su gema, vio débiles destellos esmeralda.

Sin hablar, Amatin se volvió y le dejó solo con el conocimiento de que el anillo de Covenant había caído bajo el poder del Despreciativo.

A la mañana siguiente, cuando salió de sus aposentos, parecía un hombre que había luchado en vano contra su propia condena. Sus pasos no conservaban ya su convicción anterior, y se movía como si tuviera los huesos flojos y doblados. La peligrosa promesa de su mirada se había desvanecido, dejándola apagada, vacía. Llevaba el *krill* dentro de su túnica y podía notar que el enfermizo brillo esmeralda del Amo Execrable iba en aumento. Pronto supo que el frío verde empezaría a quemarle la piel. Pero poco le importaban tales riesgos. Avanzaba arrastrándose, como si se encaminara a cometer una perfidia que le consternaba.

En el gran vestíbulo, a corta distancia de las puertas todavía cerradas de Piedra

Deleitosa, se reunió con los guerreros. Estaban alineados en Eomanes, y le bastó un vistazo para comprobar que su número ascendía a dos mil: una Eoala a caballo y cuatro a pie..., un tercio de los supervivientes del Ala de Guerra. Aquella visión le estremeció, pues no había esperado ser responsable de tantas muertes. Pero los guerreros le saludaron bravamente, y él se obligó a responderles como si confiara en dirigirlos. Luego avanzó angustiado a la primera fila, donde le aguardaba Drinny.

Los Amos y el Signo General Quaan estaban allí con los Ranyhyn, pero pasó junto a ellos sin detenerse, porque no podía mirarles a los ojos, e intentó montar. Los músculos no le respondían. Estaba semiparalizado por el temor y no podía saltar lo bastante alto para subir a lomos de Drinny. Temblando, a punto de llorar, se aferró al caballo e intentó recuperar la serenidad que había sido el mayor de sus recursos.

Sin embargo, no pudo completar el salto. El lomo de Drinny estaba demasiado alto para él. Anhelaba pedir ayuda, pero antes de que pudiera pronunciar las palabras a través del nudo que tenía en la garganta, notó que Quaan estaba a su espalda y le colocaba una mano en el hombro. La voz del viejo Signo General tenía un timbre de urgencia.

—Amo Superior, este riesgo debilitará a Piedra Deleitosa —le dijo—. Un tercio del Ala de Guerra... dos mil vidas desperdiciadas. ¿Por qué, Amo Superior? ¿Te has vuelto como Kevin Pierdetierra? ¿Deseas acaso destruir lo que amas?

—¡No! —exclamó Mhoram, porque la rigidez de su garganta le impedía articular cualquier otro sonido. Acarició a Drinny, como si quisiera que el caballo le comunicara su fuerza—. No olvido... que soy el Amo Superior. El camino de la fe está expedito. Debo seguirlo... porque no es la desesperación.

—Pero nos enseñarás a desesperar... si fracasas.

Mhoram percibió el dolor en la voz de Quaan, y se obligó a responder; pues no podía ignorar la angustia de Quaan, por muy débil que él mismo estuviera.

—No, es el Amo Execrable quien enseña a desesperar. Es una lección más fácil de aprender que la del valor. —Se volvió lentamente, enfrentándose a la mirada de Quaan, y luego miró a los demás Amos—. Una lección más fácil —repitió—. Por eso los consejos de la desesperación y el odio nunca pueden triunfar sobre el Desprecio.

Pero esta réplica no hizo más que aumentar el dolor de Quaan. Mientras la congoja se reflejaba en el rostro de Quaan, gimió con voz entrecortada:

—Ah, mi Amo, entonces ¿por qué te retrasas? ¿Por qué temes?

—Porque soy mortal, débil. El camino está expedito... pero no es seguro. En otro tiempo fui vidente y oráculo. Ahora... ahora deseo una señal. Necesito ver.

Habló sosegadamente, pero casi en seguida su debilidad se impuso al dominio de sí mismo. Las lágrimas empañaron su visión. No podía soportar solo aquella carga. Abrió los brazos para fundirse en un entrañable abrazo con los demás Amos.

Le alcanzó la fusión de sus mentes, la intensidad de sus preocupaciones

conjuntas. En la unión de sus brazos y sus pensamientos, sintió que el amor de sus compañeros le sosegaba, saciaba su hambre, le calmaba como si bebiera agua tras haber padecido largamente la sed. A lo largo de todo el asedio, les había dado su fuerza, y ellos ahora se la devolvían. El Amo Trevor restauraba en él su deseo de resistir en el servicio... una fortaleza que no procedía del servidor sino de la magnificencia de aquello a lo que servía. El Ama Loerya compartió con él su intenso instinto de protección, su capacidad para combatir en favor de sus hijas... los seres queridos que no podían defenderse por sí solos. Y el Ama Amatin aunque todavía era frágil, le proporcionó la clara, despejada, concentración de su estudio, su conocimiento de los arcanos de la ciencia... un raro don que, en beneficio de Mhoram, el Ama separó cuidadosamente de su emoción.

Gracias a aquella fusión mental, Mhoram empezó a recobrase. La sangre pareció circular de nuevo por sus venas, sus músculos perdieron su rigidez, sus huesos recordaron su fortaleza. Aceptó aquella profunda influencia de los Amos y, a su vez, compartió con ellos todas las percepciones que hacían necesaria su decisión. Entonces descansó en su amor y dejó que éste le consolara.

Su apetito de la fusión mental parecía insondable, pero al cabo de algún tiempo el contacto fue interrumpido por una voz estridente tan llena de extrañas resonancias que ninguno de los Amos podía negarse a prestarle atención. Una centinela entró corriendo en el vestíbulo y cuando todos la miraron, gritó:

—¡Están atacando al Delirante! ¡Su ejército... el campamento...! Están bajo ataque. ¡Por los Waynhim! Son pocos... pocos... pero el Delirante no tiene defensas en ese lado, y ya les han causado grandes daños. ¡Ha ordenado que se retiren las fuerzas que asedian a Piedra Deleitosa para responder al ataque!

El Amo Superior giró sobre sus talones y ordenó al Ala de Guerra que se preparase para marchar. Oyó que el Signo General Quaan repetía sus órdenes. Todos se miraron, comentando en silencio las terribles consecuencias que esperaban al Delirante. Entonces Quaan subió a lomos de su caballo, un potro duro, criado en las montañas. A un lado, entre los guerreros, Mhoram vio que montaba el Guardahogar Borillar. Los Estigmatizados no eran luchadores. Pero entonces recordó hasta qué punto Borillar había puesto sus esperanzas en Thomas Covenant, y dejó solo al Guardahogar.

Loerya ya se había puesto en camino para ayudar a los defensores de la torre y mantenerla asegurada a fin de que el Ala de Guerra pudiera entrar de nuevo en Piedra Deleitosa. Trevor había ido a las puertas. Sólo Amatin se quedó para ver el peligro que brillaba en las pupilas de Mhoram. Sostuvo brevemente su mirada, reteniéndole por un brazo, y luego le soltó, musitando:

—Parece que los Waynhim han tomado la misma decisión.

Mhoram dio media vuelta y subió a lomos de Drinny. El Ranyhyn relinchó. Gritos

de orgullo y desafío resonaron en el enorme vestíbulo. Cuando las pesadas puertas se abrieron hacia afuera, Mhoram salió con Drinny al galope.

El Ala de Guerra se puso en movimiento tras él, y, a su cabeza, el Amo Superior Mhoram partió hacia la guerra.

Pasó rápidamente por las puertas, cruzó el patio entre los altos montones de arena y tierra, y penetró en el túnel bajo la torre. Drinny corría jubiloso, exaltado por la salud y el olor de la batalla. Cuando Mhoram pasó a través de los restos astillados de las puertas exteriores, ya había empezado a distanciarse del Ala de Guerra.

Más allá de las puertas, hizo girar a Drinny y se concedió un instante para mirar atrás, hacia las altivas Defensas. No vio guerreros en la torre, pero percibió sus movimientos detrás de las fortificaciones y las ventanas. La torre era como un promontorio rocoso a cuyas espaldas se alzaba Piedra Deleitosa como la proa de un bajel gigantesco, respondiendo a su mirada con una permanencia de granito, como si fuera una profecía tallada por los antiguos Gigantes... una percepción crítica de que victoria y derrota eran términos humanos que carecían de significado en el lenguaje de las montañas.

Entonces los jinetes llegaron al galope a través de la garganta de la torre, y Mhoram se volvió para mirar al enemigo. Por primera vez vio el ejército de *samadhi* Delirante al nivel del suelo. Se alzaba negro en el desolado paisaje invernal. Por un instante recordó otras batallas... Kiril Threndor, el Retiro de la Perdición, Doriendor Corishev... como si hubieran sido un juego de niños, simples sombras arrojadas por la lucha a la que ahora se enfrentaba. Pero apartó aquellos recuerdos de su mente y dirigió su atención hacia los movimientos que tenían lugar en las colinas por debajo de él.

Como había dicho la centinela, los atacantes de Piedra Deleitosa se retiraban furiosamente hacia su campamento. Se hallaban sólo a unos centenares de metros de distancia, y Mhoram podía ver claramente por qué las fuerzas del *samadhi* habían sido requeridas. El Gigante-Delirante soportaba el ataque de una apretada cuña de Waynhim, formada por diez o quince veintenas.

Su blanco no era el mismo Puño de Satán, aunque éste luchaba personalmente contra ellos arrojándoles crueles trallazos de fuerza esmeralda. Los Waynhim atacaban la retaguardia indefensa del campamento, a fin de destruir sus suministros de alimentos. Ya habían prendido fuego a los grandes recipientes de carroña y sangre coagulada de los que se alimentaban las criaturas del Amo Execrable, y mientras esquivaban el azote de la Piedra de Puño de Satán lo mejor que podían, asaltaban otras reservas alimenticias, prendiendo fuego a los enormes montones de carne muerta, que pronto quedaban reducidos a ceniza.

Aunque se hubieran enfrentado solamente al Delirante, no habrían tenido posibilidades de sobrevivir. Con su fuerza de Gigante y su fragmento de la Piedra de



Illearth... con la ayuda del Bastón de la Ley... podría haber destruido a diez o quince mil Waynhim. Y tenía un ejército para ayudarlo. Centenares de ur-viles se hallaban ya muy cerca, y millares de otras criaturas convergían hacia la lucha desde todas direcciones. A los Waynhim les quedaban escasos momentos de vida.

Sin embargo, siguieron resistiendo la malignidad del poder esmeralda que blandía el *samadhi* con sorprendente éxito. Al igual que los ur-viles, los Waynhim eran vástagos de los Demondim... maestros de una ciencia oscura y potente a la que ningún Amo había tenido acceso jamás. Y no habían desperdiciado los cuarenta y siete años transcurridos desde que se habían ocultado. Se habían preparado para resistir al Desprecio. Gritando extrañas palabras de poder y haciendo gestos vehementes, esquivaban los rayos esmeralda del Delirante y seguían destruyendo los recipientes y los montones de alimentos que hallaban a su paso.

El Amo Superior Mhoram se hizo cargo en seguida de la situación. El intenso viento le azotaba el rostro, hacía que le ardieran los ojos, pero forzó la vista para ver a través del velo que la empañaba. Y vio que, gracias a los Waynhim, ni él ni el Ala de Guerra habían sido descubiertos todavía por el ejército de Puño de Satán.

—¡Signo General! —gritó—. Debemos ayudar a los Waynhim. Da las órdenes.

Rápidamente, Quaan comunicó sus instrucciones a los guerreros montados y a los Puños Generales de las cuatro Eoalas desmontadas que salían del túnel. Inmediatamente, un centenar de jinetes tomaron posiciones a cada lado del Amo Superior. Los doscientos restantes se alinearon detrás de él. Los guerreros desmontados empezaron entonces a correr.

Mhoram azuzó a Drinny e inició un pausado galope por la ladera de la colina, en dirección al Delirante.

Los enemigos situados en las zonas más próximas del campamento vieron a los jinetes antes de que hubieran cubierto un tercio de la distancia. Roncos gritos de advertencia surgieron de todos los lados. Ur-viles, Entes de la Cueva, criaturas forjadas por la Piedra, a las que el Gigante-Delirante todavía no había llamado en su ayuda, se arrojaron como una ola furiosa contra el Ala de Guerra. Pero la confusión que rodeaba a los Waynhim impidió a las fuerzas más cercanas a Puño de Satán oír de inmediato la alarma. El Delirante no volvió la cabeza. El contraataque de Piedra Deleitosa estaba casi encima de él cuando se dio cuenta del peligro que corría.

A lo lejos, el Signo General Quaan gritó una orden y los jinetes se lanzaron al galope. Mhoram tuvo tiempo para dar una última mirada a la situación. Las fuerzas que rodeaban al *samadhi* estaban todavía ocupadas en los Waynhim. Los refuerzos del Delirante se encontraban aún a considerable distancia. Si los guerreros de Quaan pudieran atacar con suficiente violencia, abrirse camino hacia los Waynhim con bastante rapidez, la Eoala a pie podría proteger su retaguardia durante el tiempo suficiente para atacar una vez al Delirante y retirarse. De ese modo, algunos de los

guerreros podrían sobrevivir para regresar a las Defensas.

Mhoram dirigió a Drinny adelante a una velocidad que le situó entre los primeros jinetes que cayeron sobre las fuerzas desprevenidas de Puño de Satán.

Chocaron con tal fuerza que el Amo Superior se tambaleó en su montura. Los caballos corcovearon, derribando con los cascos al enemigo. Las espadas refulgieron como rayos metálicos. Gritos de sorpresa, dolor y rabia estremecieron el aire a medida que las filas desorganizadas de criaturas caían bajo el asalto. Los guerreros espolearon a sus monturas y se abrieron paso hacia el Delirante.

Pero había millares de criaturas entre ellos y Puño de Satán. Aunque las hordas estaban sumidas en la confusión, el mero peso de su número redujo el ímpetu del ataque y la velocidad con que avanzaba el Ala de Guerra.

Al ver esta situación, Quaan dio nuevas órdenes. Los guerreros que flanqueaban a Mhoram se apartaron, abriendo un espacio entre ellos para los jinetes que iban detrás del Amo Superior. Aquellos Eomanes se lanzaron a la carrera. Cuando llegaron al lado de Mhoram, éste invocó el poder de su bastón. Las llamas azuladas surgieron ante él como la punta de una lanza, atravesando el muro de enemigos, mientras él encabezaba la segunda oleada de jinetes que se internó más en el torbellino del ejército del *samadhi*.

Creó por un momento que la victoria podría ser suya. Los guerreros que le acompañaban se abrieron paso a mandobles entre las filas enemigas. Y delante de ellos, Puño de Satán dejó a los Waynhim para enfrentarse a aquella nueva amenaza. El Delirante aulló órdenes para organizar a su ejército, volvió sus fuerzas contra el Ala de Guerra, dio unos pasos furiosos en aquella dirección. Mhoram vio que la distancia se acortaba. Blandió fieramente el fuego de los Amos, esforzándose por alcanzar a su enemigo antes de que su enorme número frenara su impulso.

Pero entonces los jinetes tropezaron con un obstáculo. Un grupo de Entes de la Cueva había tenido tiempo de cumplir las órdenes del Delirante, y se habían alineado cerrando el paso al Ala de Guerra, uniendo sus fuertes brazos zapadores. Cuando los jinetes se lanzaron adelante, tropezaron con las criaturas.

La fuerza de los Entes de la Cueva era tal, que su línea no se rompió. Los caballos cayeron al suelo, arrastrando con ellos a los jinetes, delante y detrás del muro de Entes. La carga del Ala de Guerra se volvió contra sí misma cuando los caballos que les seguían se agitaron y pisotearon a los caídos.

Sólo Mhoram no había sido derribado de su montura. En el último instante, Drinny concentró sus fuerzas y saltó. Atravesó la línea fácilmente, golpeando con los cascos las cabezas de los Entes de la Cueva al pasar.

Mhoram se encontró frente a una masiva cuña de ur-viles, junto con los jinetes que habían sido lanzados al otro lado de la muralla.

Los Entes de la Cueva le separaban del Ala de Guerra, y la caída de los caballos

dio a las criaturas del *samadhi* una oportunidad de devolver el ataque. Antes de que Quaan pudiera organizar cualquier tipo de asalto contra los Entes de la Cueva, sus guerreros ya debían batirse para defender sus vidas allá donde se encontraban.

Mhoram hizo girar a Drinny y vio que no podría conseguir ayuda de los jinetes. Pero si volvía con ellos, luchando él mismo contra la muralla, los ur-viles tendrían tiempo de completar su cuña, y los jinetes estarían a su merced.

Inmediatamente envió a los guerreros que estaban con él para que atacaran a los Entes de la Cueva. Luego se lanzó como un rayo del fuego de los Amos contra los ur-viles.

Estaba solo contra varios centenares de negras criaturas. Pero había descubierto el secreto de la ciencia del Amo Superior Kevin, sabía cuál era el vínculo entre el poder y la pasión; era más poderoso de lo que había sido jamás. Utilizando toda la fuerza de su bastón, lo lanzó contra la formación como si fuera un ariete, derribando a los ur-viles y esparciéndolos por el suelo como cascotes. A lomos de Drinny, que embestía y daba coces al enemigo, el Amo Superior sostenía el bastón con ambas manos y lo hacía girar a su alrededor, enviando vivas llamaradas, como furia azulada desprendida de los cielos amortajados en nubes. Y los ur-viles se tambaleaban como si el firmamento les cayera encima, cubriendo el suelo con sus cuerpos. Mhoram hizo un esfuerzo titánico para abrirse paso entre ellos, y no se detuvo hasta llegar al fondo de una pequeña hondonada en las colinas.

Descubrió entonces que había perdido por completo el Ala de Guerra. Los jinetes habían sido rechazados. Probablemente Quaan, al constatar la desproporción insuperable, les había llevado a unirse con los guerreros de a pie, a fin de que pudieran combinar sus fuerzas en un esfuerzo para salvar al Amo Superior.

En el borde opuesto de la hondonada se hallaba Puño de Satán, mirando enfurecido a Mhoram. Sostenía la Piedra levantada para golpear, y la codicia demencial del Delirante se reflejaba en su rostro gigante. Pero dio media vuelta sin atacar y desapareció más allá del borde, como si hubiera decidido que los Waynhim constituían una amenaza más grave que el Amo Superior Mhoram.

—¡Puño de Satán! —gritó Mhoram—. ¡*Samadhi* Sheol! ¡Regresa y lucha conmigo! ¿Eres tan cobarde que no te atreves al riesgo de un desafío?

Mientras gritaba, espoleaba a Drinny con sus talones, lanzando al Ranyhyn en persecución de Puño de Satán. Pero en el instante en que dirigía su atención hacia arriba, los ur-viles supervivientes se recobraron. En vez de retirarse para formar una cuña, se arrojaron contra él. Mhoram no pudo hacer oscilar su bastón. Unas voraces manos negras se aferraron a él, se clavaron en sus brazos y le cogieron de la túnica.

Drinny se revolvió contra los atacantes, pero lo único que consiguió fue desmontar a Mhoram, el cual cayó sobre un montón de furiosos cuerpos negros.

Las afiladas hojas teñidas de sangre de los Demondim se aproximaron a él. Pero

antes de que ninguno de aquellos espectrales cuchillos pudiera penetrar en su carne, el Amo Superior desencadenó una erupción de fuerza que dispersó a los ur-viles. Al instante se puso en pie de nuevo, blandiendo su bastón, y aplastó a toda criatura que se acercaba a él, mientras buscaba frenéticamente su montura.

El Ranyhyn había desaparecido, fuera de la hondonada. Mhoram se halló súbitamente solo. Los últimos ur-viles huyeron, dejándole entre los muertos y moribundos. En su lugar se hizo un silencio fatal que le heló la sangre. O bien la lucha había terminado, o el gélido viento se llevaba los sonidos. No podía oír más que la voz baja y cruel del invierno del Amo Execrable y su propia respiración entrecortada. La abrupta ausencia de clamor y refriega le inmovilizó. Quería gritarle a Quaan, pero no podía levantar la voz, atravesar el nudo de horror en su garganta... Quería silbar a Drinny, pero no podía quebrar la ominosa quietud que le rodeaba. Estaba demasiado estupefacto y lleno de temor.

Un instante después se dio cuenta de que el Delirante le había atrapado. Mhoram echó a correr, alejándose del Ala de Guerra, en dirección a los Waynhim, confiando en que tal elección cogería por sorpresa a los que le habían tendido la trampa.

Pero no hubo tal sorpresa, porque la trampa era demasiado completa. Antes de que hubiera avanzado una docena de metros, las criaturas se apiñaron alrededor del borde de la hondonada. Su número se contaba por centenares, y le miraban codiciosamente, escarbando la tierra con sus patas, relamiéndose y anticipando el sabor de la sangre y los huesos de Mhoram. El viento les llevaba su gangosa codicia, como si prestaran su lengua al animado espíritu del invierno.

Mhoram estaba solo contra ellos.

Se retiró al centro de la hondonada, escudriñó rápidamente los bordes, en busca de alguna brecha o un punto débil en la horda que le rodeaba. No encontró nada. Y aunque envió sus percepciones tan lejos como pudo a través del aire, no descubrió señal alguna del Ala de Guerra. Si los guerreros estuvieran todavía vivos, si seguían luchando, estarían apartados de sus percepciones por la sólida muralla de las criaturas que le habían sitiado.

Dándose cuenta de lo tremendo que era su apuro, se retiró en sí mismo. Miró a la cara el fin de todas sus esperanzas y su servicio al Reino, y descubrió que aquella visión terrible ya no le acongojaba. Era un luchador, un hombre nacido para luchar por el Reino. Mientras quedara algo por lo que él pudiera luchar, sería impenetrable al terror. Y algo permanecía, pues mientras él viviera al menos ardería aún una llama de amor por el Reino. Podría luchar por aquello.

Se dibujó en sus labios una sonrisa sesgada, amenazante. Un cálido y sereno triunfo brilló en sus ojos.

—¡Venid pues! —gritó—. ¡Si vuestro amo es demasiado cobarde para arriesgarse contra mí, entonces venid vosotros a luchar conmigo! ¡No deseo haceros daño, pero

si os atrevéis a atacarme, os daré muerte!

Algo en su voz detuvo por un momento a las criaturas. Titubearon y se agitaron inquietas. Pero casi al instante su malignidad se impuso a su vacilación. Obedeciendo a una áspera orden, empezaron a bajar hacia él desde todos los lados, como una avalancha.

Mhoram no les esperó. Se volvió en la dirección que había tomado Puño de Satán, con la intención de perseguir al Delirante hasta tan lejos como le llevara su fuerza. Pero alguna intuición le hizo cambiar de idea en el último instante, y se desvió a un lado. Se volvió para hacer frente a aquella parte de la avalancha.

Ahora lo único que limitaba su potencia era su mismo bastón, cuya madera había sido tallada por personas que no comprendieron la Ciencia de Kevin, y no estaba preparado para soportar la fuerza que él impulsó ahora a su través. Pero carecía de tiempo para tener precaución. La energía que desencadenó sobrepasó la resistencia del bastón, el cual lanzó crepitante de poder contra sus atacantes. La llama se hizo incandescente y sesgó a los enemigos como una guadaña de luz solar.

En pocos momentos la ingente cantidad de criaturas llenó todos sus horizontes, bloqueó todo de su conciencia, excepto el oscuro asalto. No vio nada más, no sintió nada sino las enormes oleadas de fieras contrahechas que intentaban inundarle, no supo más que le acosaban con una delirante codicia de sangre y que se defendía con su mágica y potente energía azulada. Aunque se lanzaban contra él a centenares, les hacía frente, los derribaba, les obligaba a retroceder. Avanzando entre sus cadáveres como si fueran el mismo mar de la muerte, los atacó con furor inusitado, con el vigor indomable que le daba la irracional esperanza en su triunfo.

Pero su número era abrumador. Eran demasiados. En cualquier momento alguno de ellos le clavaría una espada por la espalda, y todo habría terminado. En medio del estruendo salvaje del combate, oyó un extraño y agudo grito de victoria, pero apenas supo que él mismo lo había emitido.

Entonces, inesperadamente, vislumbró la luz de un fuego a través de una breve brecha en las filas de sus atacantes. Desapareció al instante, desvaneciéndose como si nunca hubiera existido. Pero el Amo Superior la había reconocido. Gritó de nuevo y empezó a luchar para acercarse a aquel fuego. Ignorando el peligro que tenía a la espalda, abrió una brecha en la avalancha que pululaba delante de él. Entonces volvió a ver el fuego.

Era la llama de un Estigmatizado.

En el borde de la hondonada, el Guardahogar Borillar y los últimos Waynhim luchaban juntos contra los enemigos de Mhoram. Borillar usaba su bastón llameante como un mazo, y los Waynhim le apoyaban con sus propios poderes. Juntos llevaban a cabo la lucha imposible para rescatar al Amo Superior.

Al verlos, Mhoram vaciló. Podía ver monstruos inmensos levantándoles para

aplastarlos, y el peligro que corrían interrumpía su concentración. Pero se recobró, se lanzó hacia ellos, agitando su bastón hasta que chirriaba en sus manos.

Era demasiado grande el número de criaturas entre él y sus rescatadores, y no pudo llegar a ellos a tiempo. Mientras luchaba, resbalando y chapoteando en la sangre, vio que Borillar caía muerto, y que la formación de los Waynhim se rompía y desperdigaba. La conciencia de su incapacidad para ayudarles casi le hizo caer también.

Pero con sus muertes, habían logrado reducir considerablemente el número de atacantes en aquel punto, y por allí acudió el Ranyhyn Drinny, en busca de su jinete.

Su enorme velocidad le hizo precipitarse por la hondonada. Se estrelló contra varias criaturas, pero se alzó sobre ellas y las pisoteó, apartándolas de su camino. Antes de que pudieran rehacerse para atacarle, Drinny había llegado al lado del Amo Superior.

Mhoram saltó a lomos del Ranyhyn. Desde aquella posición ventajosa, derramó su poder sobre las cabezas de los atacantes, mientras Drinny daba coces y corcoveaba, subiendo por la ladera. Poco después llegaron al borde y al terreno expedito más allá de la hondonada.

Mientras guiaba a Drinny hacia adelante, Mhoram atisbó el Ala de Guerra, que se había reunido alrededor de Quaan y luchaba en dirección al Amo Superior. Los jinetes cargaron para romper las filas del enemigo, y luego los demás guerreros se apresuraron a beneficiarse de la brecha. Pero estaban completamente rodeados, eran una pequeña y valiente isla en el mar del ejército de Puño de Satán. Su progreso era sinuoso y sus pérdidas atroces. El Amo Superior Mhoram sólo conocía una manera efectiva de ayudarles, y encaminó a Drinny sin un instante de vacilación.

Caballo y jinete se lanzaron en persecución del *samadhi* Delirante.

Puño de Satán estaba a sólo cincuenta metros de distancia, sobre una pequeña elevación desde la que podía dirigir la batalla. Y estaba solo, pues todas sus fuerzas luchaban en alguna otra parte. Destacaba en lo alto del risco como un monolito de odio y destrucción, dirigiendo a su ejército con la fuerza de la maldad verde.

Mhoram preparó su bastón y lanzó al Ranyhyn a contraviento... directamente hacia el *samadhi*. Cuando estaba a pocos pasos de él, le gritó desafiante:

—¡*Melenkurion abatha!* ¡*Duroc minas mill khabaal!*

Con todas sus fuerzas, dirigió un rayo del fuego de los Amos al cráneo del maligno Delirante.

El ataque no pareció importunar lo más mínimo al Gigante. Con gesto desdeñoso, disipó la energía azul de Mhoram con la radiación de su Piedra y devolvió una descarga tan llena de fría fuerza esmeralda que chamuscó el aire durante su trayectoria.

Mhoram percibió su poder y supo que le mataría si le alcanzaba. Pero Drinny

esquivó la descarga con un rápido movimiento, cambiando de dirección sin caerse a pesar del impulso que llevaba. La descarga erró y se estrelló contra las criaturas que perseguían al Amo Superior, matándolas a todas.

Esto proporcionó a Mhoram el tiempo que necesitaba. Corrigió la dirección de Drinny, apoyó el bastón sobre un hombro y, antes de que el *samadhi* pudiera lanzar otra descarga, el Amo Superior estaba sobre él.

Utilizado la máxima velocidad de Drinny, toda la fuerza de su cuerpo, toda la pasión de su amor por el Reino, Mhoram hizo girar el bastón y lo arrojó. El arma golpeó directamente a Puño de Satán en la frente.

La conmoción que se produjo entonces hizo caer a Mhoram de su montura como una hoja seca bajo una ráfaga de viento. El golpe fragmentó su bastón, convirtiéndolo en astillas, y cayó al suelo bajo una breve lluvia de astillas de madera. Estaba aturdido. Rodó unos cuantos metros sobre la tierra helada, y no pudo detenerse ni recobrar el aliento. Su mente quedó en blanco unos instantes, y luego percibió el dolor que se extendía por todo su cuerpo. Tenía las manos y brazos insensibilizados, paralizados por la fuerza que los había recorrido.

No obstante, a pesar de su conmoción, experimentaba un cierto asombro por lo que había hecho.

Su golpe había hecho perder el equilibrio a Puño de Satán, el cual cayó hacia atrás, por el costado del risco.

Mhoram emitió un quejido y empezó a respirar de nuevo. Las sensaciones comenzaron a revivir en sus brazos, como innumerables agujas que le pincharan a la vez. Su visión empezó a normalizarse, y al cabo de un momento logró girar sobre sí mismo. Tenía las manos agarrotadas, como si estuviera lisiado, pero, apoyándose en el hombro y el codo, consiguió ponerse boca abajo y se alzó lentamente, hasta quedar de rodillas. Permaneció así mientras las sensaciones dolorosas se intensificaban en sus miembros.

Un sonido de pesados pasos y laboriosa respiración le hizo volverse.

El *samadhi* Sheol se acercaba a él.

La sangre salía de su frente y le cubría los ojos, pero en vez de cegarle parecía aumentar aún más su ferocidad. Sus labios se contorsionaban con un paroxismo de júbilo salvaje, mostrando los dientes brillantes y húmedos. La Piedra Illearth ardía y humeaba entre sus manos.

Lentamente, alzó la Piedra por encima de la cabeza de Mhoram, como un hacha.

Transfigurado, aturdido, tan impotente como la víctima de un sacrificio, Mhoram sintió que había llegado su fin.

A lo lejos, podía oír a Quaan que gritaba frenética e inútilmente: «¡Mhoram!, ¡Mhoram!». Cerca de él, Drinny se esforzaba para ponerse de nuevo en pie. Todo lo demás estaba en silencio, como si la batalla se hubiera detenido de repente para

contemplar la ejecución de Mhoram. Y él no podía hacer nada más que arrodillarse y lamentar que se hubieran perdido tantas vidas para semejante fin.

Sin embargo, un instante después se produjo un cambio en el aire, tan intenso, tan vibrante y estremecedor, que le impulsó a ponerse en pie. Puño de Satán detuvo su golpe, miró al cielo sin comprender y luego bajó los brazos y se volvió para lanzar estridentes maldiciones al horizonte oriental.

En aquellos momentos también Mhoram permaneció inmóvil, jadeante. No podía dar crédito a sus sentidos, no podía creer en la caricia del aire en su rostro castigado por el frío. Le parecía saborear algo que se había perdido para la esperanza humana.

Entonces Drinny se levantó, se sostuvo sobre sus patas muy abiertas y lanzó un relincho de reconocimiento del cambio producido en la atmósfera. Era un relincho débil y tenso, pero levantó el corazón de Mhoram como si fueran trompetas de triunfo.

Mientras tanto él como Puño de Satán y todos los ejércitos observaban aquel cambio, cesó el viento. Sus últimas ráfagas vibraron en el aire como un pájaro herido que cayera sin vida al suelo.

Por primera vez desde que se iniciara el invierno preternatural del Amo Execrable, no había viento. El *samadhi* Puño de Satán había perdido un formidable aliado.

Lanzando un aullido de rabia, el Delirante se volvió de nuevo hacia Mhoram.

—¡Estúpido! —exclamó, como si el Amo Superior hubiera lanzado un grito de júbilo—. ¡Ésa no era más que un arma entre otras muchas! ¡Todavía beberé la sangre de tu corazón hasta la última gota!

Vacilante bajo el peso de su furor, alzó los brazos de nuevo para descargar el golpe mortal.

Pero ahora Mhoram notaba el fuego que ardía contra su piel bajo la túnica. Comprendió lo que sucedía, supo al instante su significado. Cuando la Piedra estaba en lo más alto por encima de su cabeza, se abrió la túnica y cogió el *krill* de Loric.

La gema brillaba en sus manos con un blanco incandescente, rebosante de ecos de magia indomeñable. Era un arma lo bastante fuerte para contrarrestar cualquier poder.

Mhoram miró al Gigante a los ojos y vio consternación y titubeo en su rostro, imponiéndose a la malignidad del *samadhi* Sheol y su suprema confianza en la Piedra.

Antes de que Puño de Satán pudiera defenderse, el Amo Superior Mhoram se puso en pie de un salto y le hundió el *krill* en el pecho.

El Delirante lanzó un grito agónico. Mhoram colgaba de la hoja clavada en su pecho, y el *samadhi* agitó los brazos como si no pudiera encontrar nada que golpear, ningún lugar donde descargar su colosal indignación. Entonces cayó de rodillas.

Mhoram apoyó los pies en el suelo, sujetando fuertemente el *krill*. A través de la



hoja, lanzó todo su poder hacia el corazón del Gigante-Delirante.

Pero el *samadhi* no murió. Enfrentado a la muerte, encontró una manera de resistir. Alzó la piedra a pocos centímetros por encima del cuello de Mhoram. Con toda la fuerza pétreo de su cuerpo gigantesco empezó a exprimirla.

Un poder salvaje humeó y latió como un corazón de hielo, un corazón que latiera convulsamente, desbocado y estremecido en su carrera para salir de una crisis. Mhoram percibió aquellos latidos en su espalda. Mantenían a Puño de Satán vivo mientras trataban de extinguir el poder que salía del *krill*.

Pero Mhoram soportó el dolor y no soltó la daga. Apoyó todo su peso en la ardiente hoja y la introdujo más y más, hacia las fibras esenciales de la vida del *samadhi*. Lentamente, su carne pareció desaparecer, desvanecerse como si la cólera la transformara en un ser de pura fuerza, un espíritu sin ataduras y una voluntad indomable. La Piedra golpeaba en la espalda de Mhoram como un cataclismo, y el pecho de Puño de Satán se agitaba frenético con estertores agónicos. Entonces las fibras se rompieron. Latiendo más allá de los límites del control, la Piedra Illearth estalló, se aniquiló a sí misma con una erupción que lanzó a Mhoram y Puño de Satán inextricablemente unidos por el lado del risco. El estallido estremeció la tierra, abrió un hueco en el silencio que se había extendido sobre la batalla. Por un instante el aire permaneció inmóvil, y luego se oyeron los gritos consternados del ejército del Despreciativo.

Instantes después, el Signo General Quaan y los supervivientes de la Eoala montada corrieron al pie del risco. Quaan bajó de su caballo y corrió al lado de Mhoram.

La túnica del Amo Superior estaba hecha jirones entre los que se veía su cuerpo ensangrentado y sucio de polvo. Las manos que sujetaban el *krill* estaban tan quemadas que parecían negros harapos colgando de los huesos. Todo él estaba magullado y dolorido de la cabeza a los pies, pero aún vivía y respiraba débil, frágilmente.

El miedo, el cansancio y la vacilación desaparecieron de Quaan como si carecieran de significado. Cogió el *krill*, lo envolvió y se lo guardó bajo su cinturón. Luego, con celeridad y cuidado, alzó al Amo Superior en brazos. Miró un instante a su alrededor y vio a Drinny cerca, que agitaba la cabeza y las crines para sacudirse los efectos de la explosión. Vio el ejército del Despreciativo lleno de confusión, bullendo entre sus innumerables muertos. Confió en que, sin la dirección y las órdenes del Delirante, no podría rehacerse. Pero entonces vio también que los ur-viles estaban formando de nuevo, ocupándose de las criaturas que les rodeaban, reorganizando las hordas.

A pesar de que el Amo Superior pesaba en sus brazos, Quaan corrió y subió a lomos de Drinny.

—¡Retirada! —gritó al Ala de Guerra—. ¡Volved a las Defensas! ¡El Asesino Gris no ha perdido su poder!

Golpeó a Drinny con los talones y partió al galope hacia las puertas abiertas de Piedra Deleitosa.

## XVI

### EL COLOSO



abía brechas en la oscuridad durante las cuales Covenant sabía vagamente que le obligaban a tragar fétidos líquidos, los cuales le nutrían a pesar de su sabor rancio. Sus captores le mantenían con vida. Pero entre aquellas brechas nada interrumpía su penoso estado, la pérdida de todo lo que podía comprender o reconocer. Estaba desmembrado de sí mismo. La dolorosa punzada de los urvies en su frente borraba su identidad, su memoria, conocimiento y conciencia. Se hallaba en el nadir... capturado, conquistado, despojado de todo... y sólo aquella punzada en la frente le separaba de la definitiva insensibilidad.

Por ello, cuando empezó a recuperar el conocimiento, se movió sobre sí mismo como un cadáver semienterrado, esforzándose para desviar el peso que le inmovilizaba como la losa de una tumba. El frío se abatía sobre él desde el abismo del invierno. El corazón le latía trabajosamente, y se estremecía sin cesar. Sus manos se aferraban en vano a la tierra helada.

Entonces unas manos rudas cayeron sobre su espalda. Un rostro sombrío se acercó a él y retrocedió. Algo le golpeó en el pecho, y la fuerza del golpe le hizo emitir un grito ahogado. Sin embargo, le ayudaba, parecía liberarle de una histeria inminente. Empezó a respirar más fácilmente. Al cabo de un momento, tuvo conciencia de que se estaba golpeando la parte posterior de la cabeza contra el suelo. Se detuvo, haciendo un esfuerzo, y se concentró para ver algo.

Quería ver, encontrar alguna respuesta a aquella sensación de absoluto extravío. Tenía los ojos abiertos... debían de estarlo, pues de lo contrario no habría podido percibir el rostro sombrío gruñendo cerca de él. Sin embargo, no podía distinguirlo. Sus globos oculares estaban secos y ciegos. No veía más que el gris frío, omnipresente, que rodeaba el gris más compacto del rostro.

—Arriba, Covenant —dijo una voz áspera—. Tal como estás eres inútil.

Otro golpe le hizo ladear la cabeza. Se movió torpemente. A través del dolor que sentía en la mejilla, notó el azote del crudo viento. Parpadeó dolorosamente para eliminar la sequedad de los ojos, y las lágrimas empezaron a eliminar la ceguera, permitiéndole ver formas y espacios.

—¡Te he dicho que arriba!

Covenant creyó reconocer la voz sin saber a quién pertenecía, pero carecía de fuerzas para volver la cabeza y mirar de nuevo. Descansando sobre el gélido suelo, parpadeó hasta que su visión se centró en un alto y monolítico puño de piedra.

Se hallaba a unos veinte metros de él y su altura sería de doce metros... era una columna de obsidiana alzada sobre un plinto natural de roca, retorcido en la parte superior, lo que le daba un aspecto de mudo desafío. Más allá de aquella columna, Covenant no podía ver nada: se alzaba contra un fondo de nubes, como si estuviera erecto en el borde del mundo. Al principio le pareció un símbolo de poder, un icono del Poder de la Tierra que marcaba el límite contra el mal. Pero a medida que su visión se aclaró, la piedra pareció perder toda traza de energía, se hizo tan inerte como cualquier vieja roca. Si todavía vivía, Covenant carecía ya de potencia en su visión para ver aquella vida pétreo.

Lentamente volvieron a él los fragmentos de sus demás sentidos. Descubrió que podía oír el silbido voraz del viento, como un río que pasara entre rápidos, y detrás se oía un rumor profundo, ahogado, como el de una catarata.

—¡Arriba! —repelió la áspera voz—. ¿He de golpearte hasta hacerte perder el sentido para que te despiertes?

Una risa mordaz resonó tras la pregunta, como si fuera una broma.

De repente, las ásperas manos le cogieron de la túnica y le alzaron del suelo. Covenant estaba aún demasiado débil para andar por sí solo, incluso para mantener erecta la cabeza. Se apoyó en el pecho del hombre y jadeó de dolor, tratando inútilmente de rodear los hombros del otro.

—¿Dónde? —preguntó al fin—. ¿Dónde...?

Oyó de nuevo la risa. Eran dos las voces irreconocibles que se reían de él.

—¿Dónde? —replicó el hombre—. Thomas Covenant, estás a mi merced. Ése es el único *dónde* que importa.

Esforzándose, Covenant alzó la cabeza y vio ante él el rostro sombrío y cejijunto de Triock.

¿Triock? Trató de pronunciar el nombre, pero no encontró su voz.

—Has acabado con todo aquello que era precioso para mí. Piensa en eso, Incrédulo —pronunció el calificativo con una nota de profundo desprecio— si quieres saber dónde estás.

¿Era en verdad Triock?

—Hasta tu aliento hiede a crimen y degradación. —Un espasmo de revulsión contorsionó el rostro de Triock, y arrojó de nuevo al suelo a Covenant—. ¡Sí, apesta a eso!

Covenant cayó pesadamente, entre las risas sarcásticas de sus captores. Estaba demasiado perplejo para ordenar sus pensamientos. El disgusto de Triock le afectaba como una orden. Permaneció postrado, con los ojos cerrados, tratando de olerse.

Era cierto. Hedía a lepra. Los pies y las manos olían a la enfermedad, la infección producía un efluvio desproporcionado a su extensión física. Y su mensaje era inequívoco. La putrefacción de su carne se estaba extendiendo, expandiéndose como

si fuera contagiosa, como si al fin incluso su cuerpo se hubiera convertido en una violación de la salud fundamental del Reino. En cierto modo, aquélla era una violación aún más importante que el invierno del Despreciativo, o más bien su hedor era la coronación del viento, el vértice del propósito emanado por el Amo Execrable. Aquel propósito se completaría cuando su enfermedad formara parte del viento, cuando el hielo y la lepra al unísono extinguieran la última vitalidad del Reino.

Entonces, de una manera intuitiva, comprendió el sentido de su congoja, identificó su sensación de extravío. Sin necesidad de mirar para comprobar su percepción, supo que le habían arrebatado el anillo. Podía notar la ausencia como si su corazón hubiera quedado a la intemperie.

Las manipulaciones del Despreciativo se habían completado. La coerción y los subterfugios que habían conformado las experiencias de Covenant en el Reino habían dado fruto. Como un árbol contrahecho por el poder de la Piedra, habían fructificado para producir aquel fin irremediable. La magia del oro blanco estaba ahora en posesión del Amo Execrable.

Una oleada de aflicción recorrió su ser. La enormidad del desastre que había precipitado sobre el Reino le consternaba. El pesar le oprimía el pecho, y se acurrucó, a punto de llorar.

Pero antes de que pudiera dar rienda suelta a su dolor, Triock le zarandó otra vez. El pedrario le cogió por los hombros de la túnica y le agitó hasta que sus huesos crujieron.

—¡Despierta! —le ordenó fieramente—. Tienes poco tiempo, y yo también. No quiero desperdiciarlo.

Por un momento, Covenant no pudo resistir, paralizado por la inanición. Pero entonces la violencia gratuita de Triock hizo saltar chispas de la yesca latente de su rabia. La cólera le galvanizó, le devolvió el control de sus músculos. Se retorció para zafarse de Triock y apoyó un brazo y una pierna en el suelo. Triock le soltó y Covenant se puso en pie, tambaleante, jadeando.

—¡Por todos los diablos! ¡No me toques... Delirante!

Triock se adelantó mientras Covenant se enderezaba, y le propinó un fuerte golpe que volvió a dar con él en el suelo.

—¡No soy un Delirante! —exclamó lleno de indignación—. ¡Soy Triock, hijo de Thuler! El hombre que amó a Lena, la hija de Atiaran, el hombre que fue un padre para Elena, la hija de Lena, porque tú la abandonaste. ¡No tienes derecho a protestar de los golpes que quiera darte!

Entonces Covenant volvió a oír risas, pero seguía sin poder identificar su fuente. El golpe de Triock hizo que le latiera dolorosamente la frente, y el ruido le confundió, pero cuando pasó el estruendo, sus ojos parecieron recobrar al fin la plenitud de su visión. Se obligó a mirar fijamente el rostro de Triock.

El hombre había cambiado de nuevo. La extraña combinación de odio y avidez, de cólera y temor, había desaparecido. La impresión que había creado de que utilizaba astutamente su propia angustia, se había esfumado. En lugar de tales distorsiones, había una gran amargura, una rabia a la que no controlaba ninguna de sus viejas restricciones. Era y no era él. La anterior súplica de su mirada, el equilibrio y el lastre de su larga convivencia con la amargura, se habían fundido en violencia, una violencia concentrada como un símbolo en el profundo surco de su entrecejo. Las arrugas que rodeaban sus ojos se habían hecho tan profundas como cicatrices, y las muecas tensaban sus mejillas. Sin embargo, algo en sus ojos negaba la intensidad de su cólera. Las órbitas eran lechosas, estaban vidriadas, como si las cubrieran cataratas, y latían con una vana intensidad. Daba la impresión de que podría volverse ciego.

Aquella visión hizo sentirse a Covenant injusto en su propia ira, pues estaba contemplando a otra de sus víctimas. Su ira no tenía justificación.

—¡Triock! —gimió, incapaz de pensar en otra respuesta—. ¡Triock!

El pedrariano se detuvo dándole una oportunidad para ponerse en pie, y entonces avanzó hacia él amenazante.

Covenant retrocedió uno o dos pasos. Tenía que decir algo, algo que pudiera llegar a la amargura de Triock, o desviarla. Pero la mente no le funcionaba con celeridad, como si la pérdida del anillo le hubiera restado eficacia. Triock le atacó, pero él detuvo el golpe con los antebrazos y evitó caer al suelo de nuevo. Palabras... Necesitaba palabras.

—¡Maldición! —gritó, porque no podía encontrar ninguna otra réplica—. ¿Qué ha ocurrido con tu Juramento de Paz?

—Ha muerto —gruñó Triock—. Ha muerto con una estaca de madera clavada en su vientre. —Giró de nuevo y empujó a Covenant—. La Ley de la Muerte ha sido quebrantada, y toda la Paz se ha vuelto inútil.

Covenant recuperó su equilibrio y se retiró más.

—¡Triock! —exclamó—. Yo no la maté. Murió tratando de salvar mi vida. Sabía que yo tenía la culpa, pero aun así intentó salvarme. ¡Ahora lucharía contigo si te viera hacer esto! ¿Qué te hizo ese Delirante?

El pedrariano avanzó hacia él con una expresión de ferocidad reconcentrada.

—¡Tú no eres así! —gritó Covenant—. ¡Diste tu vida entera para demostrar que no eres así!

Triock saltó de repente y cogió a Covenant por el cuello. Sus pulgares le oprimieron la tráquea, mientras rugía:

—¡No has visto lo que he visto yo!

Covenant intentó zafarse, pero no tenía fuerzas para luchar contra Triock. Sus dedos arañaban y se aferraban inútilmente al rostro del pedrariano. La necesidad de

aire empezó a zumbar en sus oídos.

Triock soltó una mano, cerró el puño y le golpeó en el centro de la frente herida. Covenant retrocedió y casi cayó al suelo, pero unas manos le cogieron por detrás y le obligaron a mantenerse en pie... unas manos que quemaban como ácido.

Se apartó violentamente de aquellas manos y luego giró sobre sus talones para ver quién le había quemado. La sangre le brotaba de la frente, le caía a los ojos, velándole la visión, pero él la apartó con sus dedos insensibles y vio las dos personas que le habían capturado.

Ambas se reían de él, y sus risas eran indistinguibles. En su tétrica consonancia, eran como una sola voz que surgiera de dos gargantas.

Eran hombres de Ra.

Covenant los vio en un instante, los absorbió como si se hubieran revelado de súbito en medio de la negrura de la noche, iluminados por un destello de consternación. Los reconoció como dos Cordones del Guardahogar Kam, Lal y Whane. Pero habían cambiado. Hasta la visión truncada del Incrédulo podía ver la alteración que se había producido en ellos, la completa inversión del ser que los ocupaba. El desprecio y la codicia sumergían el anterior espíritu de su salud. Sólo los espasmos de inquietud que contorsionaban su rostro y la violencia innecesaria de sus emanaciones, daba alguna indicación de que alguna vez habían sido distintos a cómo eran ahora.

—Nuestro amigo Triock dice la verdad —dijeron a la vez, y el inarmónico unísono de sus voces se burló tanto de Covenant como de Triock—. Nuestro hermano no está con nosotros. Está trabajando para la destrucción de Piedra Deleitosa, pero Triock ocupará su lugar... durante un tiempo. Un breve período. Somos el *turiya* y el *moksha* Herem y Jehannum. Hemos venido para complacernos en la ruina de aquello que odiamos. Ahora no significas nada para nosotros, rastrero... Incrédulo. —Rieron de nuevo, con un solo espíritu o impulso exhalando desprecio a través de dos gargantas—. Pero tú... y tu amigo Triock... nos divertís mientras esperamos.

Pero Covenant apenas les escuchaba. Un instante después de comprender lo que les había sucedido, vio algo más, algo que casi le hizo perder de vista a los Delirantes. Otras dos figuras estaban a corta distancia detrás de Whane y Lal.

Eran las dos personas que más había deseado ver desde que se recuperó en el Bosque de Morin: Corazón Salado Vasallodelmar y Bannor.

Su aspecto le llenó de horror.

Vasallodelmar estaba cubierto de recientes heridas de combate entre sus cicatrices más antiguas, y el cabello plateado de Bannor, así como su rostro, habían envejecido perceptiblemente. Pero todo ello era insignificante al lado del espeluznante hecho de su inmovilidad.

Ni siquiera volvieron sus cabezas hacia Covenant. Estaban paralizados, rígidos e

impotentes, a causa de una fuerza verde que les rodeaba como un halo, dominándoles por completo. Estaban tan inmóviles como si hasta el pulso y la respiración les hubieran sido arrebatados por la energía intensamente esmeralda.

Era como si hubieran podido ver a Covenant, pero no le hubieran visto. Sus ojos se asemejaban a los de Triock, pero estaban mucho más vidriosos. Sólo eran visibles los contornos de la pupila y el iris detrás de la blancuzca ceguera que cubría sus órbitas.

¡Bannor! ¡Vasallodelmar!, exclamó Covenant en su interior. ¡Ah! ¿De qué horrible tormento eran víctimas?

Covenant tenía las articulaciones rígidas, y su cuerpo oscilaba pero no podía retroceder. Se cubrió la cabeza con los brazos como para protegerlos de un hacha. El estado de Bannor y Vasallodelmar le había producido una consternación insoportable. No podía resistirlo. Se tambaleó donde estaba como si el suelo se moviera bajo él.

Entonces Triock le sujetó de nuevo, le obligó a agacharse y se inclinó sobre él para jadear:

—No has visto lo mismo que yo. No sabes lo que has hecho.

Por débil y desvalido que estuviera, Covenant podía oír a Triock, percibía la abrumadora cólera con la que Triock le decía que ni siquiera ahora sabía lo peor, que no se había enfrentado a lo más doloroso, y que la comunicación le importaba. Aquello disminuyó su temor, le hizo retroceder interiormente a un lugar donde no existía la captura ni el horror, le hizo regresar a la calma que le habían dado en el Bosque de Morin. Pareció recordar una parte de sí mismo que le habían ocultado, algo que habían cambiado para él en el Bosque, algo que no podían arrebatarse. Y se aferró a ello, se apropió con todas sus fuerzas de aquel regalo.

Un instante después, alzó la cabeza como si hubiera atravesado un oscuro abismo de pánico. Estaba demasiado débil para luchar con Triock. Había perdido su anillo y la sangre que brotaba de la frente herida le empañaba los ojos. Pero ya no estaba a merced del miedo.

Parpadeando rápidamente para aclararse la visión, se dirigió a Triock:

—¿Qué les ha sucedido?

—¡No has visto! —rugió Triock.

Una vez más, levantó el puño para golpear al Incrédulo en el rostro. Pero antes de que pudiera descargarlo, una voz baja se limitó a ordenarle:

—Detente.

Triock sufrió una violenta sacudida, esforzándose en vano por asestar el golpe.

—Te he dado tiempo. Ahora deseo que él sepa lo que hago.

La orden paralizó el movimiento de Triock y no pudo golpear al Incrédulo. Temblando, se apartó de Covenant y se volvió hacia la columna de piedra. Estaba lívido.



—¡Allí! —exclamó, señalando el monolito.

Covenant se enderezó, frotándose los ojos.

¡A medio camino entre él y el puño alzado de piedra estaba Elena! Vestía radiante terciopelo verde, y su porte era orgulloso, como el de una reina. Parecía bañada en un aura esmeralda. Su presencia centelleó como una miríada de gemas cuando en sus labios apareció una sonrisa. Al instante, sin el menor esfuerzo ni declaración alguna, mostró que era la dueña de la situación. Los Delirantes y Triock esperaron ante ella, como súbditos ante su señor feudal.

En la mano derecha sostenía un largo bastón, con una cubierta metálica en ambos extremos, y la madera estaba intrincadamente tallada con las estrías y símbolos de la teúrgia.

Era el Bastón de la Ley.

Pero la maravilla de su aparición allí no significaba nada para Covenant en comparación con el milagro del regreso de Elena. La había amado y perdido. Su muerte a manos de Kevin Pierdetierra había hecho que finalizara su segunda visita al Reino. Sin embargo, allí estaba ahora, apenas a una decena de metros de él. Y sonreía.

Covenant sintió una oleada de júbilo. El amor que había atormentado su corazón desde la caída de Elena surgió impetuoso en su interior hasta que tuvo la sensación de que iba a estallar. La sangre salía de sus ojos como llanto. La alegría le sofocaba hasta tal punto que no podía hablar. Medio ciego y casi sollozando, dejó de lado su fatiga y empezó a avanzar hacia ella, como si quisiera arrojarle a sus pies y besarlos.

Antes de que hubiera recorrido la mitad de la distancia, ella hizo un breve gesto con el Bastón, y al instante un trallazo de fuerza alcanzó a Covenant. Se quedó momentáneamente sin aire y cayó de rodillas al suelo.

—No —le dijo Elena en voz baja, casi con ternura—. Todas tus preguntas serán respondidas antes de que te mate, Thomas Covenant, ur-Amo e Incrédulo... querido. —La palabra «querido» en sus fríos labios era una contradicción—. Pero no me tocarás. No te acercarás más.

Un gran peso le oprimía los hombros, impidiéndole levantarse. Boqueó en busca de aire, pero cuando le llegó a los pulmones sintió un dolor, como si inhalase una enfermedad. La atmósfera que le rodeaba hedía con la presencia de Elena, que impregnaba el aire de putrefacción. A una escala que le empequeñecía, olía igual que él... olía a lepra.

Se obligó a levantar la cabeza y miró boquiabierto a la mujer. Con un gesto que podía ser lo mismo de afectación que de avidez, ella extendió la mano izquierda y la abrió, para que pudiera ver en la palma su alianza matrimonial de oro blanco.

Covenant sintió náuseas, como si le aplastara el peso de unas circunstancias impenetrables. En vano tendió hacia ella sus manos, con gesto suplicante. Elena se

limitó a reír quedamente, como si Covenant fuera una máscara de impotencia creada para su placer.

Transcurrieron unos instantes antes de que su angustia le permitiera ver claramente, y mientras permanecía arrodillado, sin comprender, ella resplandecía desafiante ante él, como un espíritu de esmeralda pura. Pero lentamente, Covenant recuperó su visión. Como un fénix renacido, Elena florecía, hermosa bajo su aura verde. Pero, de alguna manera, le recordaba a Kevin Pierdetierra... un espíritu al que órdenes crueles, y a las que era imposible desobedecer, habían hecho salir de su tumba. Su expresión era tan plácida como lo permitía el poder que la animaba. Irradiaba triunfo y decadencia. Pero en sus ojos no había ninguna luz. Era como si la extraña bifurcación, la dualidad de su vista se hubiera trasladado por completo a su otro polo, alejándose de las cosas tangibles que la rodeaban. Parecía no ver dónde estaba o quién era, ni lo que hacía allí. Su mirada se centraba en alguna otra parte, en el secreto que la impulsaba.

Se había convertido en una servidora del Despreciativo. Incluso entonces, mientras permanecía allí con el Bastón y el anillo en sus manos, la mirada del Execrable la hipnotizaba como la de una serpiente.

En su profanada belleza Covenant contemplaba la condenación del Reino. Se mantendría bello, para que el Amo Execrable pudiera disfrutar más plenamente de su éxtasis... y estaría enfermo hasta la médula.

—Elena —jadeó, e hizo una pausa, porque el hedor que despedía le producía náuseas—. Mírame, Elena.

Ella agitó la cabeza, con gesto desdeñoso, y se alejó de él, acercándose más al monolito.

—Triock —ordenó jovialmente—, responde a las preguntas del Incrédulo. No quiero que siga desconociendo las cosas. Su desesperación será un hermoso regalo para el amo.

Triock se adelantó rígidamente y permaneció ante Covenant para que éste pudiera verle a pesar de la presión que le impedía levantarse del suelo. La expresión cejijunta del pedrario no había cambiado, sus músculos no se habían movido lo más mínimo, pero en el fondo de su voz había un extraño tono de pesar. Empezó a hablar severamente, como si leyera una sentencia:

—Has preguntado dónde estás. Pues bien, estás en el Declive del Reino. A tu espalda está la cascada del río Montatierra y las alturas más septentrionales de la Cordillera Meridional. Ante ti se levanta el Coloso de la Cascada.

Covenant jadeó al escuchar esta información, como si dificultara sus esfuerzos para respirar.

—Tal vez los Amos te hayan hablado del Coloso. —Triock pronunció la palabra «Amos» con un tono de rabia o desesperación—. En épocas remotas emitía el poder

del Bosque Único para impedir el paso a sus enemigos, los tres Delirantes, a las Tierras Superiores. El Coloso ha permanecido en silencio durante milenios... desde que los hombres quebraron el espíritu del Bosque. Sin embargo, puedes observar que el *turiya* y el *moksha* no se aproximan a la piedra. Mientras un Forestal viva aún en los restos del Bosque, es posible que el Coloso no esté totalmente inerte. Así pues, sigue siendo una espina en el dominio del Despreciativo. Ahora Elena tiene el propósito de destruir esta piedra.

Aquella idea hizo gruñir de placer a los dos Delirantes que estaban a espaldas de Covenant.

—Esto no ha sido posible hasta ahora. Desde que comenzó esta guerra, Elena ha permanecido aquí con el Bastón de la Ley para apoyar a los ejércitos de nuestro dueño. Con el poder del Bastón ha mantenido este invierno sobre el Reino, liberando así al Despreciativo para dedicarse a otros asuntos de la guerra. Eligió este lugar para ella a fin de que estuviera preparada si el Coloso despertaba... y para que pudiera destruirlo si no despertaba. Pero la piedra ha presentado resistencia. —Por la dureza de su tono casi parecía resentido con Elena—. Todavía contiene Poder de la Tierra.

»Sin embargo, con el Bastón y la magia indomeñable, será capaz de hacerlo. Arrojará por este precipicio los fragmentos del Coloso. Y cuando hayas visto que ningún antiguo bastión, por muy incorruptible que sea y mucho Poder de la Tierra que contenga, puede alzarse contra un servidor de nuestro dueño... entonces Elena, la esposa del Execrable, te matará ahí mismo donde estás, arrodillado y lleno de desesperación. Nos matará a todos.

Con un brusco movimiento de cabeza señaló a Bannor y Vasallodelmar.

Al unísono, los Delirantes soltaron una risa horrible.

Covenant se debatió bajo la presión que le mantenía de rodillas.

—¿Cómo?

La pregunta podría referirse a muchas cosas, pero Triock la comprendió.

—¡Porque se ha quebrantado la Ley de la Muerte! —exclamó con voz ronca, en la que llameaba un furor que ya no podía contener—. ¡Quebrantado! —repitió, casi gritando.

Miró a Elena, que se acercaba al Coloso con pasos gráciles, preparándose a desafiarle, y su voz resonó tras ella como si se esforzara, a pesar de su sometimiento a una fuerza contra la que nada podía hacer, por encontrar alguna manera de detenerla. Estaba claro que era consciente de que un poder externo a él le impulsaba, sabía lo que le estaban haciendo, y aquel conocimiento le atormentaba.

—Cuando Elena empleó el Poder de Mando para hacer salir de su tumba a Kevin Pierdetierra, quebrantó la ley que separa la vida de la muerte. Hizo posible que el dueño la llamara a su vez... y llevara consigo el Bastón de la Ley. En consecuencia, ahora es su servidora. Y el Bastón que tiene en sus manos sirve al Despreciativo...

aunque no lo utilizaría él personalmente, para no compartir el destino de Lombrizderoca Babeante. ¡Así toda la Ley está sometida a su voluntad!

»¡Contéplala, Thomas Covenant! No ha cambiado. En su interior alienta todavía el espíritu de la hija de Lena. Aunque se prepare para esta destrucción, recuerda quién fue y detesta lo que es. —Su pecho se agitaba como si la amargura lo sofocara—. Así es como actúa el dueño. Elena ha resucitado para participar en la ruina del Reino... ¡El Reino que ama!

Ya no hacía esfuerzo alguno para aparentar que hablaba a Covenant. Dirigía su voz a Elena como si su tono fuera la única parte de él todavía capaz de presentarle resistencia.

—Elena, la esposa del Execrable —pronunció estas palabras horrorizado—, ahora posee el oro blanco. Sirve más al dueño que cualquier Delirante. En las manos del *turiya* o el *moksha*, ese poder alentaría la rebelión. Con la magia indomeñable, cualquier Delirante derribaría al dueño si pudiera y ocuparía un nuevo sitio en la sala del trono de Ridjeck Thome. Pero Elena no se rebelará. No utilizará la magia indomeñable para liberarse. ¡La han hecho levantarse de entre los muertos, y su poder es puro!

Lanzó la palabra «puro» hacia ella, como si fuera la peor afrenta que pudiese pronunciar, pero ella era impenetrable a sus intentos, estaba segura de su poder y su triunfo. Se limitaba a sonreír débilmente, divertida por los desvaríos de Triock, y seguía haciendo sus preparativos.

De espaldas a Covenant y Triock, se enfrentó al monolito, que se alzaba por encima de ella como si estuviera a punto de caer y aplastarla, pero la actitud de Elena no admitía la posibilidad de peligro. Con el Bastón y el anillo, era superior a todo poder en la Tierra. Irradiando poder, levantó las manos, sosteniendo el Bastón de la Ley y el oro blanco. Las mangas de su vestido cayeron hacia atrás. Exultante y exaltada, comenzó a cantar su ataque al Coloso de la Cascada.

Aquel cántico hería los oídos de Covenant, exacerbando su viva sensación de impotencia. No podía soportar el propósito de Elena ni tampoco oponerse a él, pues el poder que emanaba de ella le mantenía de rodillas, como grilletas de humillación. Aunque se hallaba sólo a una docena de metros de ella, no podía hacer nada para detenerla.

Sus pensamientos se sucedían con frenesí, buscando alternativas. No podía hacer nada contra la destrucción del Coloso. Tenía que hallar otra respuesta.

—¡Vasallodelmar! —gritó desesperado—. No sé qué te ha sucedido... No sé qué te han hecho. ¡Pero tienes que sobreponerte! ¡Eres un Gigante! ¡Tienes que detener a Elena! ¡Inténtalo! ¡Vasallodelmar! ¡Bannor!

Los Delirantes lanzaron risotadas sardónicas ante aquella súplica, y Triock, sin apartar la mirada de Elena, le dijo:

—Eres un estúpido, Thomas Covenant. No pueden ayudarte. Son demasiado fuertes para poder dominarlos... como yo lo he sido... y demasiado débiles para dominar. Por ello Elena los ha aprisionado mediante la fuerza del Bastón. El Bastón aplasta toda resistencia. Así se demuestra que la Ley no se opone al Desprecio. Todos somos irremediabilmente dominados.

—¡Tú no! —replicó Covenant con vehemencia. Se debatió para librarse de aquella presión hasta que llegó a temer que se le romperían los pulmones, pero no pudo liberarse. Sin su anillo, se sentía tan inválido como si le hubieran amputado los brazos, pesaba menos que nada en la balanza del destino del Reino—. ¡Tú no! —exclamó de nuevo—. ¡Puedo oírte, Triock! ¡Tú! Ella no te teme... no te retiene. ¡Triock! ¡Detenla!

Los Delirantes volvieron a reírse. Pero esta vez Covenant percibió una tensión en sus voces. Luchando contra la presión que le tenía cautivo, consiguió mover lo suficiente la cabeza para mirar a Whane y Lal.

Ambos se hallaban todavía a una distancia segura del Coloso. Ninguno de ellos hizo el menor movimiento para ayudar a Covenant u oponerse a Elena, y siguieron riendo como si no pudieran parar. Sin embargo, su cansancio era inequívoco. Tenían los labios blancos y estaban rígidos, y el sudor de su esfuerzo les corría por las mejillas. Con el profundo orgullo de su pueblo, los hombres de Ra estaban luchando para liberarse.

Y tras ellos, Vasallodelmar y Bannor también se esforzaban para liberarse. De algún modo, ambos habían encontrado fuerzas para moverse un poco. Vasallodelmar tenía la cabeza inclinada, y se apretaba el rostro con una mano, como si tratara de alterar la forma de su cráneo. Los dedos de Bannor se clavaban a sus costados. Su rostro estaba tenso y enseñaba los dientes. Sin pausa, desesperadamente, luchaban contra el poder de Elena.

Su terrible experiencia angustiaba a Covenant... Era terrible y sin esperanzas. Al igual que los hombres de Ra, se hallaban más allá de los límites de la libertad que les permitiría actuar. La presión aumentaba en ellos, irradiaba de sus cuerpos. Era tan intensa que Covenant temió que les estallara el corazón. Y no tenían posibilidades de éxito. El poder del Bastón aumentaba para aplastar todos sus esfuerzos.

La futilidad de aquellos seres le dolía más que la suya propia. Estaba acostumbrado a la impotencia, avezado a ella, pero Bannor y Vasallodelmar no lo estaban. La sombría visión de su derrota casi le hizo llorar de angustia. Quería gritarles, rogarles que se detuvieran antes de que su desespero les llevara a la locura.

Pero un instante después una oleada de nueva esperanza se apoderó de él, al comprender de súbito lo que estaban haciendo. Sabían que no podían escapar, y no lo intentaban. Su lucha tenía otro objetivo. Elena no les prestaba atención, concentrada en sus preparativos para la destrucción del Coloso, y por ello no volcaba todos sus

esfuerzos para mantenerlos aprisionados. Se había limitado a dejar su poder coactivo en el aire y volverles la espalda.

Vasallodelmar y Bannor atraían este poder coactivo y lo utilizaban. Mientras el Gigante y el Guardián de Sangre se esforzaban por liberarse, luchando con todo su poder personal, Triock movía la cabeza de un lado a otro, estremecido por la ira, abriendo y cerrando la boca como si tratara de arrebatar al aire pedazos de dominio... Empezó a moverse hacia Elena.

Los Delirantes no intentaron detenerle. No podían hacerlo, pues los hombres de Ra cuyos cuerpos ocupaban se debatían sin cesar y no les daban respiro para actuar.

Triock avanzaba con rigidez, como si al andar los huesos pudieran partírsele en pedazos, y se estremecía mientras imploraba una y otra vez: «Elena, Elena». A pesar de la presión se movía, avanzaba paso a paso hacia ella.

Covenant le miraba lleno de agónica angustia.

Antes de que se aproximara tanto a ella como para tocarla con el brazo extendido, Elena reaccionó.

—Detente —le ordenó con severidad.

Triock titubeó, desgarrado por un conflicto de impulsos contradictorios.

—Si das un solo paso más —le dijo ásperamente—, te arrancaré el corazón de tu lastimoso y viejo cuerpo y se lo daré a Herem y Jehannum para que lo devoren, mientras tú los observas y me suplicas que te deje morir.

Triock lloraba ahora, presa de convulsos sollozos.

—Elena, Elena...

Sin molestarse en mirarle, ella reanudó su cántico.

Pero un instante después, algo llamó su atención y le hizo apartarse del Coloso. Lívida, miró hacia el oeste. La sorpresa y la ira contorsionaron sus rasgos. Por un momento, contempló la intrusión indignada y silenciosa.

Luego blandió el Bastón de la Ley.

—¡Los Amos atacan de nuevo! —aulló furiosamente—. ¡El *samadhi* está amenazado! ¡Se atreven!

Covenant se quedó boquiabierto al oír aquella información, al constatar el conocimiento que ella tenía del asedio de Piedra Deleitosa. Pero no tuvo tiempo para asimilarlo.

—¡La sangre del Execrable! —exclamó Elena—. ¡Destrúyelos, Delirante!

Fuerzas inmensas se reunieron en el Bastón, se incrementaron para que las arrojaran en ayuda del *samadhi* Sheol, a lo lejos.

En aquel instante, Elena hizo caso omiso al poder que inmovilizaba a los prisioneros.

Bannor y Vasallodelmar superaron su ceguera. Se movieron, se agitaron con frenesí y empezaron a andar. Los Delirantes intentaron reaccionar, pero no pudieron

moverse con suficiente rapidez contra la resistencia de los hombres de Ra.

Covenant sintió que cedía la presión sobre su espalda. Se echó al suelo y rodó sobre sí mismo, pasando por debajo de aquel poder. Poniéndose en pie de un salto, se lanzó hacia Elena.

Pero Triock era el único que estaba lo bastante cerca de ella para aprovecharse de la situación. Lanzando un grito salvaje, la cogió de la mano izquierda.

Sus manos atravesaron la carne espectral de Elena y golpearon el anillo. Lo inesperado del ataque arrancó la sólida alianza de los dedos sorprendidos, y cayó al suelo.

Triock se lanzó tras él, lo cogió y lo arrojó a Covenant mientras su cuerpo golpeaba el duro suelo.

La reacción de Elena fue instantánea. Antes de que Triock pudiera girar sobre sí mismo, tratando de esquivarla, le golpeó con el Bastón, alcanzándole en medio de la espalda. La energía recorrió su cuerpo como una descarga eléctrica, quebrándole la espina dorsal.

Casi con el mismo movimiento, Elena alzó de nuevo el Bastón, sujetándolo en posición de combate, mientras se volvía hacia Covenant.

El Incrédulo había empezado a dirigirse hacia ella, y estuvo a punto de perder el anillo, el cual pasó por su lado, pero reaccionó a tiempo, desviándose con celeridad para cogerlo antes de que ella pudiera detenerle. Con la alianza matrimonial en su puño apretado, se preparó para enfrentarse al ataque de Elena.

Ella le contempló un momento y luego decidió no arriesgarse contra Covenant. Mediante una onda de energía del Bastón inmovilizó de nuevo a Vasallodelmar y Bannor, e hizo que cesara la rebelión de los hombres de Ra. Entonces bajó la guardia, como si ya no la necesitara. Cuando habló, el tono de su voz era airado pero firme.

—No voy a servirme de él. No sabe cómo despertar su poder. Herem, Jehannum... Os lo dejo a vosotros.

Los dos Delirantes lanzaron a la vez un horrísono grito de satisfacción y avidez. Juntos se acercaron lentamente a Covenant, el cual quedó entre ellos y Elena.

A fin de no perder de nuevo su anillo, se lo colocó en el dedo anular. Había perdido peso, sus dedos estaban muy delgados y el anillo colgaba peligrosamente inseguro, como si pudiera caer en cualquier momento. Sin embargo, la necesidad que tenía de él era mayor que nunca. Apretó el puño, impidiendo toda posibilidad de que se deslizara al suelo y se retiró ante el avance de los Delirantes.

En el fondo de su mente tenía la seguridad de que Triock no había muerto. Era él quien le había convocado al Reino, y desaparecería de allí en cuanto Triock muriese. Pero sin duda al pedrariano le quedaban pocos momentos de vida. Aunque no sabía cómo hacerlo, Covenant quería lograr que aquellos momentos contasen.

Se apartó de los Delirantes, hacia Elena, la cual estaba cerca del Coloso,

observándole. El júbilo y la ira se equilibraban en su rostro. Los Delirantes iban hacia él lentamente, paso a paso, con los brazos tendidos ávida, sarcásticamente, invitándole a abandonar la resistencia y entregarse a ellos.

Transcurrían los instantes; los Delirantes avanzaban y Covenant retrocedía, mientras Elena permanecía donde estaba, desafiándole a que la tocara. El anillo colgaba apagado en su dedo, como si no fuera nada más que un simple objeto metálico y fútil... un talismán vacío de sentido en sus manos. Una creciente oleada de protesta le hizo soltar silentes e ineficaces maldiciones. Impulsivamente, sin saber por qué lo hacía, alzó la voz al viento gris y exclamó:

—¡Forestal! ¡Ayúdame!

En seguida, la rugosa cumbre del Coloso se incendió. Por un instante, mientras Herem y Jehannum chillaban, el monolito ardió con un fuego verde... una conflagración que tenía el color de las hojas y la hierba floreciente, un verde que no tenía nada en común con el esmeralda de la Piedra Illearth del Execrable. Crudos y fértiles aromas restallaron en el aire como un violento surtidor de olores primaverales.

De repente surgieron de las llamas dos rayos de energía que volaron hacia los Delirantes. En un resplandeciente tumulto de chispas y poder, los rayos alcanzaron los pechos de Lal y Whane.

El poder del monolito llameó en sus corazones hasta que quedó incinerada la carne mortal de los hombres de Ra. Convertida en cenizas. Entonces los rayos cesaron y la conflagración se desvaneció.

Herem y Jehannum se habían ido.

La súbita aparición y extinción del fuego conmocionó a Covenant. Olvidando el peligro que corría, miró a su alrededor. Los hombres de Ra habían muerto. Más sangre, más vidas sacrificadas a su impotencia. Quería gritar «¡no!» hasta desgañitarse. Pero algún instinto le advirtió. Se agachó y el Bastón de la Ley pasó zumbando por encima de su cabeza.

Saltó a un lado, se volvió y recuperó el equilibrio. Elena avanzaba hacia él, sujetando el Bastón con ambas manos, con una expresión asesina en su semblante.

Podría haberle derribado con una descarga del poderoso Bastón, destruirle hasta no dejar de él más que cenizas, pero estaba demasiado enfurecida para semejante lucha. Quería atacarle físicamente, golpearle hasta la muerte con la fuerza de sus propios brazos. Hizo un gesto hacia Vasallodelmar y Bannor sin mirar siquiera en su dirección, y los dos cayeron como marionetas con los hilos cortados. Quedaron de bruces en el suelo, inmóviles. Entonces Elena levantó el Bastón por encima de su cabeza, como si fuera un hacha y lo descargó sobre Covenant.

Con un desesperado movimiento de su brazo, el Incrédulo desvió el Bastón de manera que golpeó contra su hombro derecho en vez de hacerlo en la cabeza. La



fuerza del golpe pareció paralizarle todo el lado derecho, pero tanteó con la izquierda en busca del Bastón, lo asió e impidió que ella lo alzara para golpear de nuevo.

Rápidamente, Elena aferró la madera y apoyó todo su peso en el Bastón, empujando el hombro de Covenant, el cual cayó de rodillas.

El Incrédulo apoyó en el suelo su brazo insensible y se esforzó para resistir a Elena, tratando de levantarse. Pero estaba demasiado débil. Ella cambió la dirección de su presión, de manera que empujaba directamente la garganta del hombre. Covenant tuvo que agarrar la madera con ambas manos para evitar que le aplastara la laringe. Lentamente, casi sin esfuerzo, ella le obligó a tenderse, hasta que quedó estirado en el suelo. Covenant empujó entonces el Bastón con las escasas fuerzas que le quedaban, pero no pudo detenerla. Sintió que le faltaba aire. Sus ojos inyectados en sangre latían mientras contemplaba la ferocidad de Elena.

Tenía la mirada centrada en él, como si fuera alimento para el apetito más hediondo de su alma enferma. A través de aquella mirada, a Covenant le parecía ver al Despreciativo babeando de triunfo y desdén. Pero sus ojos mostraban también algo más. Triock había dicho la verdad acerca de ella. Tras el brillo salvaje de sus ojos, notó el último reducto inconquistable de su llanto y revulsión.

Covenant no tenía fuerzas para salvarse. Si hubiera podido odiarla, replicar a su furor con el suyo propio, podría haber sido capaz de una convulsa embestida, un empuje que le permitiera vivir unos instantes más. Pero no podía. Era su hija, la amaba. Él la había llevado a aquella situación con tanta seguridad como si desde el principio hubiera sido conscientemente un servidor del Despreciativo. Elena estaba a punto de matarle, y él la amaba. Lo único que le quedaba era morir sin romper la fe en sí mismo. Hizo uso de su último aliento y resistencia para decir con voz ronca:

—Ni siquiera existes.

Sus palabras inflamaron a Elena como una negativa definitiva. Presa de furia, disminuyó la presión por un instante mientras hacía acopio de todas sus fuerzas sobre el poder del Bastón para asestar el golpe que erradicaría para siempre la ofensa que constituía la vida del Incrédulo. Aspiró hondo, como si inhalara un poder ilimitado, y luego descargó toda su energía, todo el poder de su existencia creada por el Execrable, a través del Bastón, contra la garganta de Covenant.

Pero las manos del Incrédulo se aferraban al Bastón, su anillo presionaba la madera. Cuando su fuerza tocó el oro blanco, la magia indomeñable brotó como la erupción de un volcán.

Fue tan intenso el estallido, que Covenant se quedó unos instantes sin sentido, pero ni una sola llama, ni una onda de choque, le afectó. Toda la detonación surgió a través del Bastón hacia Elena.

No derribó a la mujer. No era ésa la clase de poder desencadenado. Pero crepitó a lo largo de la madera tallada del Bastón como blanco fuego solar, deshaciéndolo fibra

a fibra, como si su Ley no fuera más que un amasijo de astillas. La atmósfera pareció hendirse, y hasta el Coloso pareció retroceder ante aquella descarga de energía.

El Bastón de la Ley se convirtió en cenizas en las manos muertas de Elena.

El viento se agitó al instante, como si la erupción de magia indomeñable fuera una flecha en su seno. Tras unas ráfagas que acarreaban sonidos como gritos, se extinguió, semejante al demonio del invierno que hubiera sido derribado del aire con un dardo.

Un torbellino de fuerza envolvió a Elena, ascendió como un viento endemoniado con ella en el centro. Su muerte había regresado. La Ley que había quebrantado volvía a apartarla de la vida. Mientras Covenant observaba, asombrado, sin comprender, casi cegado por la suspensión de su propia muerte, ella comenzó a disiparse. Partícula a partícula, su ser se esfumó en la espiral, huyó a la disolución. Pero mientras desaparecía, perdía su maligna existencia, y tuvo fuerzas para lanzar un grito final.

—¡Covenant! —exclamó desolada—. ¡Golpea por mí! ¡Amado!

Entonces desapareció, absorbida de nuevo por la muerte. La espiral se hizo más y más pálida, hasta que se confundió con el aire inmóvil. Covenant se quedó solo con sus víctimas.

Involuntariamente, a través de medios sobre los que carecía de control, se había salvado... y había permitido que sus amigos fueran destruidos. Se sentía castigado, frágil, tan lleno de fracaso como si hubiera matado personalmente a la mujer que amaba.

Tantas personas se habían sacrificado...

Sabía que Triock aún vivía, por lo que se puso dolorosamente en pie y se acercó tambaleándose al pedrariano caído. En la respiración del pedrariano sonaban los estertores de la agonía. No tardaría en morir. Covenant se sentó en el suelo y alzó a Triock de modo que la cabeza del hombre descansara en su regazo.

El rostro de Triock estaba desfigurado por la fuerza que le había derribado. Su piel chamuscada le colgaba del cráneo en algunos lugares, y se le habían quemado los ojos. Del oscuro hueco distendido de su boca surgían columnillas de humos que parecían los retazos huidizos de su alma.

Covenant le abrazó la cabeza con ambos brazos y se echó a llorar.

Al cabo de algún tiempo, el pedrariano percibió de alguna manera quién le sostenía, y se esforzó por hablar.

—Covenant —articuló con agónica ronquera.

Su voz era casi inaudible, pero el Incrédulo retuvo las lágrimas para responder:

—Te escucho.

—No tienes la culpa. Ella... estaba marcada desde que nació.

Su misericordia no iría más lejos. El humo se extinguió por completo, tras unas

últimas volutas. Covenant le sostuvo y supo que no tenía ya pulso ni aliento de vida.

Comprendió que Triock le había perdonado. El pedrario no tenía la culpa de que su regalo no le proporcionara consuelo. Entre otras muchas cosas, Covenant era responsable de que Elena hubiera nacido marcada. Era hija de un crimen que nunca podría ser redimido. Por ello él no podía hacer más que permanecer sentado con la cabeza de Triock en su regazo y llorar mientras esperaba que se invirtiera la invocación que le había llevado al Reino, el final que le devolvería a su mundo.

Pero no llegó ningún final. En el pasado, siempre había empezado a desvanecerse tan pronto como moría quien le había invocado, pero ahora seguía allí. Transcurrieron unos momentos y seguía sin desaparecer. Gradualmente se dio cuenta de que esta vez no desaparecería, que por razones que no comprendía, todavía no había perdido su oportunidad.

No tendría que aceptar el destino de Elena. No era la última palabra... todavía no.

Cuando Bannor y Vasallodelmar se agitaron, gimieron, empezaron a recobrar el conocimiento, Covenant se obligó a moverse. Con sumo cuidado, se quitó el anillo del dedo anular y lo colocó en el índice de su mano mutilada, donde sería más difícil que se deslizará.

Entonces, lleno de pesar y remordimiento, se levantó penosamente y se encaminó cojeando hacia sus amigos para ayudarles.

## ❧ XVII ❧

### LAS LLANURAS ESTRAGADAS



annor se recuperó con más rapidez que Vasallodelmar. A pesar de su avanzada edad, conservaba todavía la resistencia de los *Haruchai*. Después de que Covenant le hubiera frotado las muñecas y el cuello durante unos momentos, salió de su estupor y casi al punto recobró la plena conciencia. Miró a Covenant, cuyos ojos estaban humedecidos por las lágrimas, con su impasibilidad característica, y juntos fueron en ayuda del Gigante.

Vasallodelmar yacía gimiendo en el suelo, sumido en una fiebre de revulsión. Los espasmos descubrían sus dientes, y sus macizas manos golpeaban de vez en cuando el pecho, como si tratara de aplastar una fatídica maldad anidada en algún lugar de su cuerpo. Parecía que podría causarse daño. Bannor se sentó entonces en el suelo, a la cabecera del Gigante, apoyó los pies en los hombros de Vasallodelmar y cogió sus brazos agitados por las muñecas, mientras Covenant se sentaba en su pecho y le golpeaba el rostro.

Tras un momento de resistencia, Vasallodelmar emitió un rugido. Agitándose salvajemente, empujó a Bannor contra la cabeza de Covenant, derribó a éste de su pecho y se esforzó por ponerse en pie.

Covenant se apartó de la amenaza que suponían los puños de Vasallodelmar. Pero el Gigante parpadeó, jadeó y, mientras se recuperaba, reconoció a sus amigos.

—¿Covenant? —preguntó entre dientes—. ¿Bannor?

Su tono era precavido, como si temiera que fueran Delirantes.

—Vasallodelmar —replicó Covenant con voz apagada. Lágrimas de alivio corrieron por sus enjutas mejillas—. Estás bien.

Lentamente, Vasallodelmar se relajó al ver que sus amigos no estaban dominados por un poder maligno ni habían sufrido daños físicos.

—¡Piedra y Mar! —exclamó débilmente, estremeciéndose—. ¡Ah, amigos míos! ¿Os he hecho algún mal?

Covenant no pudo responder, ahogado por nuevos sollozos. Permaneció donde estaba y dejó que Vasallodelmar contemplara sus lágrimas. No tenía otra manera de decirle al Gigante lo que sentía. Al cabo de un momento, Bannor replicó por él:

—Estamos bien... todo lo bien que es posible en estas circunstancias. No nos has hecho daño alguno.

—¿Y el... el espectro del Ama Superior Elena? ¿Y el Bastón de la Ley? ¿Cómo es que todavía vivimos?

—Se han ido —dijo Covenant, esforzándose por dominarse—. Han sido destruidos.

El rostro de Vasallodelmar estaba lleno de simpatía.

—Ah, no, amigo mío —suspiró—. Ella no ha sido destruida. No es posible destruir a los muertos.

—Lo sé, lo sé. —Covenant apretó los dientes y se abrazó el pecho, hasta que rebasó la cúspide de su emoción. Cuando ésta empezó a disminuir y logró serenarse un poco, añadió—: Sólo está muerta... muerta de nuevo. Pero el Bastón... ha sido destruido por la magia indomeñable. —Temiendo a medias la reacción de su amigo ante esta información, se apresuró a decir—: No lo hice yo, no fue por culpa mía. Ella...

No puedo continuar. Había oído a Mhoram decir: «Tú eres el oro blanco». ¿Cómo podía estar ahora seguro de lo que era o no era obra suya?

Pero esta revelación sólo provocó un débil fulgor en los ojos apagados de Bannor. Los *Haruchai* siempre habían considerado las armas innecesarias, corruptoras. A Bannor le produjo más satisfacción que pesar la desaparición del Bastón. Y Vasallodelmar dejó de lado la explicación, como si careciera de importancia comparada con la aflicción de su amigo.

—Ah, Covenant, Covenant —se lamentó—. ¿Cómo podremos resistir? ¿Quién puede soportar tales cosas?

—Soy un leproso —respondió Covenant. Le sorprendió oírse decir aquella palabra sin amargura—. Puedo resistir lo que sea, porque no puedo sentirlo. —Gesticuló con sus manos enfermas porque era evidente que las lágrimas le contradecían—. Esto es un sueño. No puede afectarme. Yo soy... —hizo una mueca, recordando la creencia que impulsó primero a Elena a quebrantar la Ley de la muerte —... insensible.

Las lágrimas de Covenant empañaron la visión de sus ojos cavernosos.

—Y eres muy valiente —dijo con voz ronca—. Mucho más que yo.

La aflicción del Gigante casi reanudó el llanto de Covenant, pero se serenó pensando en las preguntas que debería hacer, en las cosas que tendría que decir. Quería sonreír a Vasallodelmar, pero sus mejillas estaban demasiado rígidas. Entonces sintió que había quedado atrapado a consecuencia de un perenne fracaso, una inadecuación habitual para responder. Le alivió volverse cuando Bannor llamó su atención para que observaran el clima.

Bannor le había hecho reparar en la ausencia de viento. En su lucha con Elena, apenas había percibido aquel cambio, pero ahora podía percibir la inmovilidad de la atmósfera como una curación palpable. Al menos durante algún tiempo había desaparecido el gélido frenesí del Amo Execrable. Y sin el viento para impulsarlas, las grises acumulaciones de nubes se cernían tétricas y vacías sobre sus cabezas,

como un ataúd sin cadáver.

Como resultado, el aire era más cálido. Covenant casi esperaba ver el suelo húmedo a causa del deshielo y el renacer de la primavera. En aquella agradable inmovilidad, le llegaba claramente el ruido de la cascada.

Las percepciones de Bannor iban más allá, y percibía algo que a Covenant le había pasado desapercibido. Poco después, llevó a Covenant y Vasallodelmar al Coloso para mostrarles lo que había descubierto.

Del monolito de obsidiana surgía una suave emanación de calor.

Aquel calor contenía la verdadera promesa de la primavera, olía a retoños y hierba verde, a *alianta*, musgo y tierra fértil. Bajo su influencia, Covenant observó que podía relajarse. Dejó de lado su desgracia, sus temores, sus necesidades sin satisfacer y se sentó con la espalda apoyada en la suave piedra.

Vasallodelmar buscó a su alrededor hasta que localizó el saco de provisiones que había llevado consigo desde el refugio de los hombres de Ra. Sacó de él alimentos y su recipiente de gravanel. Juntos, Bannor, Covenant y él dieron cuenta en silencio de la comida, bajo el puño del Coloso, como si compartieran una comunión... como si aceptaran el calor de la piedra y su refugio y le hicieran el honor de servirse de aquel bien. No tenían otra manera de expresar su agradecimiento.

Covenant estaba hambriento. Durante varios días sólo se había sustentado con la bebida de los Demondim. Sin embargo, tomó la comida y absorbió el calor con una extraña humildad, como si no se lo hubiera ganado ni se lo mereciera. Sabía en su corazón que la destrucción del Bastón no había servido más que para dar un breve respiro al Reino, un corto retraso del triunfo final del Despreciativo. Y aquel respiro no se debía a él. El reflejo que había desencadenado el poder del oro blanco era sin duda tan inconsciente e involuntario como si hubiera ocurrido en su sueño. Además, se habían perdido más vidas a sus expensas. Aquel conocimiento le hacía sentirse humilde. Comió y se calentó porque toda su obra estaba aún pendiente de realización, y ningún otro ser en el Reino podría hacerlo por él.

Una vez terminada la frugal comida, empezó su tarea preguntando a sus compañeros cómo habían llegado al Coloso.

El recuerdo hizo estremecerse a Vasallodelmar, el cual prefirió que lo contara el impasible Bannor. Mientras éste hablaba, el Gigante limpió y curó la frente de Covenant.

Con frases breves, Bannor indicó que los hombres de Ra habían podido derrotar el ataque en su refugio gracias a la prodigiosa ayuda del Gigante, pero que la batalla había sido larga y costosa, y se había hecho de noche antes de que Bannor y Vasallodelmar hubieran podido dar comienzo a la búsqueda de Covenant y Lena.

—¡Ur-viles! —interrumpió Vasallodelmar al observar atentamente la herida de Covenant—. Esto no se curará. Te colocan su marca indeleble para hacerle cautivo.

Bannor prosiguió su relato.

Los Fustigadores sólo permitieron que dos Cordones, Whane y Lal, les ayudaran en su búsqueda, pues durante la noche se había producido un cambio en los Ranyhyn. Para sorpresa y alegría de los hombres de Ra, los grandes caballos, inesperadamente, habían empezado a dirigirse hacia el sur, donde estaba el refugio de las montañas. Los hombres de Ra los siguieron en seguida. Solamente la mezcla de temor y preocupación por el Barón del Anillo les indujo a dar a Bannor y Vasallodelmar alguna ayuda.

Así, los cuatro hombres iniciaron la búsqueda. Pero habían perdido demasiado tiempo, y el viento y la nieve habían borrado las huellas. Las perdieron al sur del río de los Vagabundos y no pudieron encontrar rastro de Covenant. Finalmente llegaron a la conclusión de que debía de haber logrado otra ayuda que le condujo al este. Juntos, los cuatro se dirigieron con la mayor celeridad posible al río Montatierra.

Bandas de *kresh* y merodeadores hicieron lento y difícil el viaje, y los cuatro temían que Covenant hubiera abandonado la Tierra Superior días atrás. Pero cuando se aproximaban al Coloso, tropezaron con un grupo de ur-viles al mando del Delirante Herem-Triock. Entonces los cuatro quedaron consternados al ver que aquel grupo llevaba con ellos al Incrédulo, postrado, como si estuviera muerto.

Atacaron entonces y acabaron con los ur-viles. Pero no pudieron evitar que Herem hiciera una llamada. Y antes de que pudieran derrotar a Herem, rescatar a Covenant y recuperar el anillo, la muerta Elena respondió a la llamada, blandiendo el Bastón de la Ley, y dominó a los cuatro sin esfuerzo. Entonces dio Whane a Herem, a fin de que la angustia de Triock fuera más intensa. Cuando Jehannum se aproximó a ella, aquel Delirante penetró en Lal. Covenant sabía el resto.

Bannor y Vasallodelmar no habían visto señal de Lena. Ignoraban lo que había retrasado la llegada de Covenant al Declive del Reino.

Cuando Bannor concluyó su explicación, Vasallodelmar gruñó colérico y disgustado.

—¡Piedra y mar! Elena me ha vuelto impuro... estoy sucio. Debo bañarme. Necesitaré un mar entero para librarme de esta inmundicia.

—También yo —asintió Bannor.

Pero ninguno de los dos se movió, aunque el río Montatierra se encontraba cerca, más allá de una línea de colinas bajas. Covenant sabía que ambos se retenían, poniéndose a su disposición como si percibieran que los necesitaba. Además tenían preguntas que hacerle, pero él no se sentía aún preparado para explicarlo todo. Tras una pausa, preguntó angustiado:

—Triock me invocó... y ha muerto. ¿Por qué yo continúo aquí?

Vasallodelmar reflexionó unos momentos.

—Tal vez porque ha sido quebrantada la Ley de la Muerte —respondió—. Quizá

porque fue esa Ley la que te hizo desaparecer del Reino cuando murió quien te invocó anteriormente. O tal vez se deba a que también yo he participado en esa llamada.

Covenant exhaló un suspiro y pensó que la deuda contraída con Triock apenas era inferior a la que tenía con Vasallodelmar.

No podía eludir por más tiempo su responsabilidad, y se obligó a describir lo que le había sucedido a Lena.

Habló de ella con voz apagada..., contó la tragedia de la anciana que halló su sangriento fin, sin que su cuerpo tuviera siquiera el reposo de una tumba, porque, en su confusión, se había aferrado al hombre que tanto daño le hiciera. Y su muerte era tan sólo la tragedia más reciente en su familia. Desde el principio, sus familiares habían sufrido las consecuencias de la llegada de Covenant al Reino: el Gravanélico Trell, Atiaran de Trell, el Ama Superior Elena, la misma Lena... Él los había perjudicado a todos, y aquel hecho le alteraba, hacía de él un hombre diferente, lo cual le permitió formular otra pregunta tras haber contado todo cuanto sabía.

—Vasallodelmar... —empezó a decir con el propósito de plantear la pregunta del modo más suave posible—. Esto no es asunto mío, pero Pietten dijo ciertas cosas de ti. Dijo que... Pero no pudo pronunciar las palabras. Por mucho cuidado que pusiera, sonarían como una acusación.

El Gigante suspiró y hundió los hombros. Contempló sus manos entrelazadas como si en su inextricable mezcla de suavidad y potencial destructivo hubiera un secreto que no podía descifrar, pero ya no eludió la pregunta.

—Dijo que había traicionado a los míos..., que los Gigantes de Límite del Mar murieron hasta el último niño a manos del *turiya* Delirante porque yo los abandoné. Es cierto.

¡Vasallodelmar! ¡Amigo mío!, exclamó Covenant en su interior. Se sentía tan apesadumbrado que las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos.

—Muchas cosas se perdieron aquel día en La Aflicción —dijo abstractamente Bannor.

—Sí. —Vasallodelmar parpadeó como si tratara de retener las lágrimas, pero sus ojos estaban secos, tan reseco como un desierto—. Sí, muchas cosas. Entre ellas, yo fui la menos importante.

»Ah, Covenant, ¿cómo puedo decírtelo? Mi caudal de palabras no basta para relatarlo. Ninguna palabra puede expresar el amor por un hogar perdido, o la angustia de ver la disminución de la simiente, o el orgullo... el orgullo de la fidelidad, esa fidelidad que fue la única réplica a nuestra extinción. No habríamos podido soportar nuestro declive de no haber sentido tal orgullo.

»Así, mi pueblo, los Gigantes, y yo también a mi manera, sentimos un gran horror y una profunda repugnancia al ver su orgullo desbaratado, arrancado de ellos como



velas rasgadas por el viento. Aquello los hundió. Vieron que el portento de su esperanza de Hogar —los tres hermanos— pasaban de la fidelidad a la maldad más horrenda, obedeciendo a un simple gesto del Despreciativo. ¿Quién en el Reino podía confiar en oponer resistencia a un Gigante-Delirante? Así, los Sinhogar se convirtieron en el medio para destruir aquello a lo que se habían mantenido fieles, y horrorizados por el malogro de su fidelidad, su locura practicada durante siglos de orgullo, fueron transfigurados. Su revulsión no dejó lugar en ellos para la resistencia o la posibilidad de elección. Antes que contemplar el coste de su fracaso, antes que arriesgarse a que todos fueran convirtiéndose en siervos del Rompealmas... prefirieron que los mataran.

»También yo, a mi manera, estaba horrorizado. Pero había visto ya algo que ellos no habían contemplado hasta aquel momento. Me había visto convertido en aquello que odiaba. Fui el único entre todos los de mi especie que no se sorprendió. No era la visión de un Gigante-Delirante lo que me horrorizaba, sino mi... mi propio pueblo.

»¡Ah, Piedra y mar! Me aterraban, me enfurecían... iba de un lado a otro por La Aflicción, como un loco, gritándoles por su abandono, anhelando encender una chispa de resistencia en la yesca húmeda de sus corazones. Pero ellos... dejaron de lado sus herramientas, apagaron sus fuegos y arreglaron sus hogares como si se dispusieran a partir. —De súbito su emoción contenida estalló en un sollozo—. ¡Mi pueblo! ¡No podía soportarlo! Huí de ellos, sintiéndome abyecto... huí para no caer como ellos en la consternación. Y, en consecuencia, fueron asesinados. Yo, que podría haber luchado contra el Delirante, los abandoné cuando más me necesitaban. —Incapaz de contenerse por más tiempo, se levantó y dijo—: Estoy sucio. Debo... lavarme.

Dicho esto se dirigió con pasos rígidos y pesados al río.

El dolor y la impotencia de Covenant se transformaron en cólera. Con voz estremecida, susurró a Bannor:

—Si dices una sola palabra para culparle, te juro...

Se interrumpió bruscamente. En el pasado había acusado a Bannor con demasiada frecuencia, y no era justo. Hacía mucho tiempo que el Guardián de Sangre se merecía un trato mejor por su parte. Pero Bannor se limitó a encogerse de hombros.

—Soy un *Haruchai* —le dijo—. Tampoco nosotros somos inmunes. La Corrupción tiene muchos rostros. La culpa es un rostro más atrayente que otros, pero no es más que una máscara del Despreciativo.

Sus palabras movieron a Covenant a mirarle atentamente. Algo surgió entre ambos, algo que nunca había permanecido en reposo, ni en Nido de Horcas ni en el refugio de los hombres de Ra. Era algo con el aspecto de la desconfianza habitual de los Guardianes de Sangre, pero al sostener la mirada de Bannor, Covenant tuvo la impresión de que se trataba de algo más profundo.

Bannor prosiguió sin ninguna inflexión en su tono:

—El odio y la venganza son también máscaras.

A Covenant le asombraba lo mucho que había envejecido el Guardián de Sangre. Su mortalidad se había acelerado. Tenía el cabello y las cejas grisáceas. El aspecto de su piel era reseco, como si hubiera empezado a ajarse, y sus arrugas parecían extrañamente fatales, como hendiduras en las que anidaba la muerte. No obstante, su carencia de emoción se mostraba tan absoluta como siempre. No parecía un hombre que había abandonado su juramento de lealtad al Reino.

—¿Qué vas a hacer, ur-Amo? —le preguntó en tono neutro.

—¿Hacer? —Covenant trató de igualar su serenidad, pero no podía mirar al envejecido Bannor sin remordimiento—. Todavía tengo trabajo pendiente... He de ir a la Guarida del Execrable.

—¿Con qué objeto?

—He de detenerlo.

—El Ama Superior Elena también se esforzó en detenerlo, y ya viste el resultado.

—Sí —admitió Covenant sin ambages, pero no titubeó al replicar—: He de hallar una respuesta mejor que la que encontró ella.

—¿Tomas esa decisión impulsado por el odio?

El Incrédulo encajó frontalmente la pregunta.

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué vas a semejante lugar?

—Porque debo ir. —Aquel *debo* cargaba con el peso de una necesidad ineludible. La escapatoria que había imaginado cuando abandonó el Bosque de Morin era insuficiente. La difícil situación del Reino era como un yugo que le sujetaba—. Me he equivocado en muchas cosas. Debo tratar de hacerlas bien.

Bannor reflexionó un momento en estas palabras, y luego le preguntó sin rodeos:

—¿Sabes entonces cómo utilizar la magia indomeñable?

—No —respondió Covenant—. Sí... —Titubeó, no porque dudara de su réplica, sino porque era reacio a expresarla en voz alta. Pero ahora veía con más claridad lo que estaba sin resolver entre él y Bannor. Algo más que la desconfianza estaba en juego—. No sé cómo invocar esa magia, ni hacer nada con ella, pero sé cómo desencadenarla. —Recordaba vívidamente cómo Bannor le había impulsado para que ayudara al Amo Superior Prothall a convocar a los Leones de Fuego del Monte Trueno—. Si consigo apropiarme de la Piedra Illearth... podré hacer algo.

El Guardián de Sangre le respondió con dureza.

—La Piedra corrompe.

—Lo sé. —Comprendía la postura de Bannor a la perfección—. Lo sé. Por eso he de conseguirla. Ése es el motivo de todo, la razón por la que el Execrable ha estado manipulándome, por la que Elena... hizo lo que hizo, aquello por lo que Mhoram

confió en mí.

Bannor siguió sin ceder.

—¿Habrá otra Profanación?

Covenant hubo de serenarse antes de poder replicar.

—Espero que no. No deseo que ocurra.

Por toda respuesta, el Guardián de Sangre se puso en pie. Miró con fijeza al Incrédulo y le dijo:

—Ur-Amo Covenant, no te acompañaré en semejante empresa.

—¿No? —protestó Covenant. En el fondo de su mente había contado con la compañía de Bannor.

—No, ya no sirvo a los Amos.

—¿Así que has decidido volverles la espalda? —le preguntó Covenant en un tono más áspero de lo que pretendía.

—No —Bannor negó impasible la acusación—. Ayudaré en lo que pueda. Compartiré contigo el conocimiento que los Guardianes de Sangre tenemos de las Llanuras Estragadas, Kurash Qwellinir y Cenizas Calientes. Pero a Ridjeck Thome, la sede de la Corrupción... allí no iré. El más profundo deseo de los Guardianes de Sangre fue luchar contra el Despreciativo en su hogar, un servicio puro contra la Corrupción. Ese deseo nos orientó mal. Ya he abandonado tales apetencias. Ahora mi sitio está con los Ranyhyn y los hombres de Ra, en el exilio de las montañas.

Covenant parecía percibir un tono angustiado en la voz inflexiva del Guardián de Sangre... una angustia que le hería del modo que aquel hombre le afectaba siempre.

—Ah, Bannor —suspiró—. ¿Estás avergonzado de lo que fuiste?

Bannor enarcó una ceja, pues la pregunta se aproximaba a la verdad.

—No, no estoy avergonzado, pero me entristece que hayan sido necesarios tantos siglos para conocer los límites de nuestra valía. Fuimos demasiado lejos, en orgullo y en locura. Los hombres mortales no deben abandonar a sus esposas, renunciar al sueño y a la muerte al servicio de nadie... pues de lo contrario el fracaso es de tales proporciones que horroriza contemplarlo. —Hizo una pausa, como si titubeara, y concluyó—: ¿Has olvidado que el Ama Superior Elena talló nuestros rostros como si fueran uno solo en su última obra de ostela?

—No. —Bannor le había conmovido. Su respuesta fue de afirmación y promesa—. Nunca lo olvidaré.

Bannor asintió lentamente. Luego dijo que también él debía lavarse y se alejó hacia el río sin mirar atrás.

Covenant se quedó mirándolo un momento, luego apoyó la cabeza en la cálida piedra del Coloso y cerró sus ojos doloridos. Sabía que no debería retrasar más su partida, que los riesgos aumentaban a cada momento por permanecer donde estaba. Sin duda el Amo Execrable sabía lo ocurrido y había percibido la súbita destrucción

del Bastón. Buscaría la explicación hasta dar con ella, tal vez haciendo que Elena saliera una vez más de las tinieblas de la muerte para responder a sus preguntas. Entonces se harían preparativos contra el Incrédulo y la guarida del Execrable estaría defendida. Enviaría partidas de busca y captura. Cualquier retraso podría significar la derrota. Pero Covenant no estaba preparado. Aún tenía que hacer otra confesión..., debía decir a sus amigos una última cosa, la más difícil. Así pues, permaneció sentado, absorbiendo el calor del Coloso, como si fuera una energía nutritiva, mientras aguardaba el regreso de Bannor y Vasallodelmar. No quería soportar el peso de otra insinceridad cuando abandonara el lugar donde Triock había muerto.

Bannor no tardó mucho en regresar. Volvió con Vasallodelmar y ambos se acercaron a la piedra para secarse a su calor. El Gigante había recuperado su compostura. Le brillaban los dientes entre la rígida barba húmeda. Parecía ansioso de ponerse en camino, de abrirse paso luchando a través de un mar de enemigos, para tener la oportunidad de asestar un golpe al Despreciativo. Los dos eran iguales, pese a la diferencia de talla. Ambos sostuvieron la mirada de Covenant y, por un momento, éste se sintió dividido entre ellos, como si representaran los polos opuestos de su dilema.

Pero más curioso que este sentimiento de división era la confianza que lo acompañaba. En aquel instante huidizo, pareció reconocer por primera vez cuál era su posición. Mientras le duró este sentimiento, se liberó del temor, la renuencia o la incertidumbre.

—Hay una cosa más —dijo a sus dos amigos—, algo más que debo decirlos.

Entonces, como no deseaba presenciar sus reacciones hasta que les hubiera contado la historia completa, permaneció sentado contemplando el círculo apagado de su anillo, y describió cómo le había invocado el Amo Superior Mhoram a Piedra Deleitosa y por qué él se había negado.

Habló lo más concisamente posible sin minimizar la angustiada situación de Piedra Deleitosa, tal como la había visto entonces, ni el peligro que corría la niña por la que había negado su respuesta a la llamada de Mhoram, ni la histeria que se apoderó de él cuando tomó su decisión. Mientras hablaba, observó que no lamentaba aquella decisión, que ésta no parecía tener nada que ver con su remordimiento ni con su volición. Simplemente, no podía haber decidido otra cosa. Pero el Reino tenía muchas razones para hacerle sentir remordimientos... una miríada de razones, una por cada vida que se había perdido, una por cada día que había sido añadido al invierno, porque el Incrédulo no se había puesto con su anillo en manos de Mhoram. Explicó lo que había hecho para que Bannor y Vasallodelmar no pudieran reprocharle por lo menos su insinceridad.

Cuando terminó, los miró de nuevo. Al principio ni Bannor ni Vasallodelmar sostuvieron su mirada. Cada uno a su manera parecían trastornados por lo que habían

oído. Pero, finalmente, Bannor devolvió la mirada a Covenant y le dijo en tono neutro:

—Una costosa decisión, Incrédulo. Costosa, sí. Podría haberse evitado mucho daño...

—¡Costosa! —le interrumpió Vasallodelmar, con una sonrisa feroz que armonizaba con el fuego de sus ojos—. ¡Se salvó una niña! Covenant, amigo mío, incluso degradado como estoy puedo percibir lo acertado de esa decisión. Tu valentía... ¡Piedra y mar!... me asombra.

Bannor no se dejó influir por la reacción del Gigante.

—Llámale valentía si lo deseas, pero de todos modos es costosa. El Reino se desangrará durante muchos años, sea cual fuere el resultado de tu intento de atacar la guarida del Execrable.

—Lo sé —se vio obligado a decir Covenant una vez más. Lo sabía con una terrible certeza—. No podía hacer otra cosa, y... y entonces no estaba preparado. Ahora... lo estoy más. —Pero pensaba que no estaría jamás preparado, que era imposible estarlo para una empresa como aquélla—. Tal vez ahora pueda hacer algo que entonces no estaba a mi alcance.

Bannor le miró de nuevo y asintió con brusquedad.

—¿Irás ahora? —le preguntó inexpresivamente—. La Corrupción saldrá a tu encuentro.

—Sí. —Covenant suspiró y se puso en pie. No quería abandonar el calor del Coloso—. Preparado o no... vayamos allá.

Y emprendió el camino flanqueado por Bannor y Vasallodelmar, los cuales le dirigieron a través de las últimas colinas a un lugar desde donde pudo observar el despeñadero del Declive del Reino y las Llanuras Estragadas.

El precipicio parecía abrirse detrás de la colina, como si hubiera estado oculto para tender una emboscada a Covenant. Abruptamente, éste se vio mirando por encima del borde, a una altura de unos quinientos metros, pero cogió a sus amigos de los brazos y aspiró hondo para evitar el vértigo. Poco después empezó a percibir los detalles del panorama que se había presentado ante sus ojos tan de repente.

Al pie de la colina, a la derecha, el río Montatierra se precipitaba para verterse por el borde del Declive del Reino, con un tumultuoso ruido. En aquel sector, el precipicio descendía en cuatro o cinco abruptos escalones, de modo que la catarata caía en varios niveles, en los que el agua atronaba de una manera simultánea e inarmónica. Desde el pie de la catarata, el río giraba hacia el sudeste, adentrándose en el perpetuo desierto de las Llanuras Estragadas.

—Ahí empieza esta penosa empresa —dijo Bannor—. Ahí el Montatierra se convierte en la Torrentera de la Ruina y sus sucias aguas fluyen hacia el mar. Es un agua turbia y repelente, inadecuada para el consumo de nadie excepto sus propios

habitantes. Pero durante algún tiempo habrás de seguir el curso de ese río, que te proporcionará un camino para atravesar buena parte de esas peligrosas Llanuras. Así llegarás al sur de Kurash Qwellinir.

Entonces se dirigió a Vasallodelmar.

»Ya sabes que las Llanuras Estragadas constituyen una extensa región yerma alrededor del promontorio de Ridjeck Thome, donde la guarida del Execrable se adentra en el mar. En esa región yerma se encuentra Kurash Qwellinir, las Colinas Quebrantadas. Algunos dicen que estas colinas son consecuencia de la ruptura de una montaña... otros que las formó la escoria y los residuos de las cavernas, los hornos y las madrigueras de guerra de la Corrupción. Sea como fuere, son un laberinto que confunde a cualquier enemigo que se aproxime. Y entre ellas se encuentra Gorak Krembal... Cenizas Calientes, que entre los despeñaderos del promontorio defienden con lava la sede de la Corrupción, de manera que nadie pueda pasar por ahí para alcanzar las fauces sin puerta alguna de la guarida.

»Las criaturas de la Corrupción entran y salen de Ridjeck Thome a través de túneles que se abren en lugares secretos de Kurash Qwellinir. Pero estoy seguro de que esa forma de acceso no servirá para ti. No dudo de que un Gigante pueda encontrar un túnel en el laberinto, pero en aquel camino los ejércitos de la Corrupción se despliegan ante ti y no puedes pasar.

»Te diré un paso por el lado sur de las Colinas Quebrantadas. Es el punto más estrecho de Cenizas Calientes, donde la lava se vierte al mar a través de una grieta en el acantilado. Un Gigante podría encontrar la manera de cruzar por ese lugar. — Hablaba como si estuviera comentando un paso conveniente entre montañas y no el acercamiento al Corruptor de la Escolta de Sangre—. De esa manera es posible que tomes Ridjeck Thome por sorpresa.

Vasallodelmar absorbió esta información y asintió. Luego escuchó atentamente mientras Bannor detallaba su ruta a través del laberinto de Kurash Qwellinir. Covenant también trató de escuchar, pero tenía dispersa su atención. Parecía escuchar la llamada del Declive del Reino. La inminencia del vértigo anulaba su concentración. Pensaba en Elena, la convocaba en su mente, confiando en que su imagen le serenaría. Pero el brillo esmeralda de su sino le hacía estremecerse y gemir.

Hizo un esfuerzo para resistir el vértigo. Pensó que todo era un sueño, su propio sueño, y que él podría hacer algo para modificarlo.

Vasallodelmar y Bannor le miraban con extrañeza, sosteniéndole por los brazos como si temieran que fuera a precipitarse en el abismo. Covenant no podía apartar la mirada de las aguas rugientes de la catarata, que le llamaban como el señuelo de la muerte.

Aspiró hondo y apartó uno a uno los dedos de sus amigos, liberándose de su sujeción.

—Vámonos ya —murmuró—. No soporto esta espera.

El Gigante se echó su saco al hombro.

—Estoy a punto —dijo—. Nuestras provisiones son escasas... pero no tenemos recurso alguno. Confiemos en que encontraremos *alianta* en la región inferior del Reino.

Sin desviar la mirada de la catarata, Covenant habló a Bannor. No podía pedirle al Guardián de Sangre que cambiara de decisión, por lo que se limitó a decirle:

—¿Enterrarás a Triock? Se merece una tumba decente.

Bannor asintió.

—Haré algo más. —Deslizó la mano bajo su túnica corta y extrajo las conteras metálicas quemadas del Bastón de la Ley—. Las llevaré a Piedra Deleitosa. Cuando llegue al final de mi vida, regresaré a la montaña donde tienen su hogar los *Haruchai*. De camino pasaré por Piedra Deleitosa... si todavía existen las Defensas y los Amos. No sé qué valor le quedará a este metal, pero quizás los supervivientes de esta guerra puedan utilizarlo.

Covenant le susurró su agradecimiento.

Bannor se guardó las conteras y se inclinó de nuevo ante Covenant y Vasallodelmar.

—Buscad ayuda dondequiera que vayáis. Ni siquiera en las Llanuras Estragadas domina por entero la Corrupción.

Antes de que pudieran replicarle, dio media vuelta y se alejó en dirección al Coloso. Cuando rebasó la cresta de la colina, tuvieron la certeza de que no le volverían a ver.

Covenant contempló sus espaldas con el corazón en un puño. ¿Tan terrible era lo que les aguardaba? Se sentía desamparado, abandonado, como si le hubieran desposeído de la mitad de su apoyo.

—Serénate, amigo mío —le dijo Vasallodelmar—. Ha vuelto la espalda a la venganza. Más de dos mil años de servicio intachable que ha sido ultrajado... Pero él prefiere renunciar a la venganza. No resulta fácil tomar tales decisiones, y una vez tomadas tampoco es fácil vivir con la carga que representan. La venganza... ah, amigo mío, la venganza es el más dulce de todos los dulces sueños siniestros.

Covenant seguía contemplando la catarata. El complicado salto de las aguas en los diversos niveles tenía un atractivo propio. Salió de su inmovilidad soltando una maldición, cuya vaciedad parecía adecuada a la situación en que se encontraba.

—Por todos los diablos, ¿vamos a ponernos en marcha o no?

—Sí, vamos. —Aunque tenía desviado el rostro, el Increíble sintió la mirada del Gigante fija en él—. Covenant... ur-Amo... no es necesario que soportes este descenso. Cierra los ojos y te llevaré como lo hice desde la Atalaya de Kevin.

—Eso fue hace mucho tiempo —replicó Covenant con voz queda. La cabeza

empezaba a darle vueltas a causa del vértigo—. Tengo que hacerlo por mí mismo.

Por un momento dejó que flaqueara su resistencia y casi cayó de rodillas. Mientras percibía la succión del abismo, comprendió que debería enfrentarse a ella en vez de alejarse, que la única forma de dominar el vértigo era encontrar su centro. En algún lugar en el centro de la vorágine habría un ojo, un núcleo de estabilidad.

—Ve tú delante —le dijo a Vasallodelmar— para que puedas cogermé si caigo.

Sólo en el ojo del remolino podría encontrar terreno sólido.

Vasallodelmar le miró con expresión dubitativa, y luego echó a andar por el borde del precipicio, cerca de la catarata. Covenant cojeaba tras él. El Gigante miró abajo para elegir el mejor lugar e inició el descenso. Pronto se perdió de vista.

Covenant permaneció un momento balanceándose en el borde del Declive. A ambos lados se abría el abismo de la catarata, llamándole como para liberarle del delirio. Parecía muy fácil responder a aquella llamada. A medida que se incrementaba su vértigo, más imposible le parecía evitarlo.

Pero la intensidad del vértigo hacía que el pulso le martilleara en la frente herida. Giraba alrededor de aquel dolor como si éste fuera un pivote, y descubrió que el pánico seductor de la caída iba suavizándose. La simple esperanza en que el vértigo tenía un centro firme parecía dotar de realidad a esta esperanza. El torbellino no cesaba, pero le afectaba menos, se retiraba a un segundo plano. Lentamente se normalizaron los latidos en su frente.

No se precipitó al vacío.

Se sentía tan débil como un penitente muerto de hambre, apenas capaz de acarrear su propio peso. Pero se sentó en el borde del precipicio y pasó las piernas por encima. Aferrándose a él con los brazos y el estómago, empezó a buscar ciegamente asideros. Pronto se arrastraba por la ladera del Declive como si fuera el precipicio de su futuro personal.

El descenso llevó largo tiempo, pero no fue especialmente difícil. Vasallodelmar le protegió durante todo el trayecto por la accidentada pendiente. A pesar de que en algunos momentos había que salvar alturas considerables, las bajadas eran moderadas por la presencia de saledizos, grietas y una abundante vegetación de duros matorrales que permitían realizarlas con seguridad. Al Gigante no le costó encontrar un itinerario que Covenant pudiera seguir fácilmente, y al fin el Incrédulo adquirió cierta confianza, de manera que pudo moverse con menos ayuda en las últimas etapas, antes de llegar al pie de la ladera.

Una vez llegó al terreno inferior, se arrojó a las heladas aguas del río para librarse del sudor acumulado por su temor.

Vasallodelmar llenó su jarro de agua y bebió copiosamente. Tal vez no volverían a encontrar agua potable. Luego el Gigante preparó el gravanel para Covenant. El Incrédulo, mientras se secaba, le preguntó cuánto durarían sus provisiones.



El Gigante hizo una mueca.

—Dos días. Tres o cuatro si encontramos *alianta* al adentrarnos durante uno o dos días en las Llanuras Estragadas. Pero estamos lejos de la guarida del Execrable. Aun cuando nos dirigiésemos directamente a los brazos del Rompealmas, tendríamos que pasar algunos días sin alimentos, antes de que él hiciera nuestro sustento innecesario. —Entonces sonrió—. Pero se dice que el hambre enseña mucho. Amigo mío, vamos a adquirir mucha sabiduría en este viaje.

Covenant se estremeció. Ya había tenido cierta experiencia con el hambre, y ahora tenía ante él la posibilidad de morir a causa de ella. Además, había vuelto a herirse la frente y tendría que caminar descalzo una larga distancia. Una a una, volvían las terribles circunstancias que había sufrido en su propio mundo. Apretó el cinturón de su túnica y musitó tristemente:

—Una vez le oí a Hyrim decir que la sabiduría no es más profunda que la piel, o algo parecido, lo cual significa que los leprosos deben ser los hombres más sabios del mundo.

—¿De veras? —preguntó el Gigante—. ¿Eres sabio, Incrédulo?

—¿Quién sabe? Si lo soy... la sabiduría está sobrestimada.

La sonrisa de Vasallodelmar se ensanchó.

—Quizá, quizá... Amigo mío, somos las dos personas más sabias del Reino... pues marchamos sin armas ni posibilidad de rescate al mismo seno del Despreciativo. La sabiduría se parece mucho al hambre. Tal vez sea una cosa sublime... ¿pero quién la compartiría de buen grado?

A pesar de la carencia de viento, el aire era todavía invernal. En los rocosos bordes del estanque al pie de la catarata se había helado el rocío, y Vasallodelmar exhalaba un intenso vapor al respirar. Covenant tenía que moverse para entrar en calor y evitar que decayera su ánimo.

—No es una cosa sublime —dijo con voz ronca—, pero es útil. Vamos.

Vasallodelmar guardó su gravanel, se echó el saco al hombro e inició la marcha a lo largo del río, alejándose del Declive.

La noche les detuvo cuando sólo habían cubierto tres o cuatro leguas, pero por entonces habían dejado atrás las laderas y los últimos vestigios de la llanura que en épocas pasadas se extendía desde los Yermos Meridionales hacia el norte, hasta el Llano de Saran y el Tragavidas, el gran pantano. Ahora se encontraban en el bosque que flanqueaba la Torrentera de la Ruina.

Matorrales y árboles grises y quebradizos —chopos, juníperos, tamariscos que fueron bellos en otro tiempo— surgían del barro seco a ambos lados de la corriente, ocupando un terreno que había formado parte del lecho del río. Pero la Torrentera de la Ruina se había estrechado hacía décadas o siglos, dejando un barro parcialmente fértil a cada lado... un barro en el que algunos árboles y arbustos resistentes habían

logrado sobrevivir hasta que el invierno preternatural del Amo Execrable cayó sobre ellos. A medida que la oscuridad lo cubría todo, como si rezumara del suelo, los árboles se transformaban en sombras espectrales que casi impedían el paso por el bosque. Covenant se resignó a acampar allí para pasar la noche, aunque el barro seco emitía un olor a viejo y cerrado, y el río producía un ruido sigiloso, como si arrastrara una emboscada en su curso. Sabía que estarían más seguros si viajaban de noche, pero se encontraba fatigado y no creía que el Gigante pudiera abrirse paso en la oscuridad.

Más tarde, sin embargo, observó que el río producía una luz tenue, como de verdín brillante. Toda la superficie del agua tenía un mortecino resplandor. Aquella luz no procedía del agua, sino de las anguilas eléctricas que lanzaban vibraciones luminosas bajo la superficie. Parecían unos animales voraces, con mandíbulas llenas de dientes. Sin embargo, la iluminación que proporcionaban permitió a Covenant y Vasallodelmar proseguir su viaje.

A pesar de la luz espectral de las anguilas, no llegaron muy lejos. La destrucción del Bastón había variado el equilibrio del invierno del Amo Execrable. Sin viento para sostenerlas, las energías acumuladas de las nubes retrocedían y desencadenaban una densa lluvia que hacía aún más inhóspito el frío ambiente. Pronto una lluvia torrencial se precipitó en la región inferior del Reino, como si se hubiera roto la bóveda que sostenía los cielos. En aquellas condiciones, Vasallodelmar no podía encontrar el camino. No tenía más alternativa que acurrucarse al lado de Covenant en el barro, buscando el calor de su proximidad, y tratar de dormir mientras esperaban.

Al amanecer cesó la lluvia y Covenant y Vasallodelmar continuaron su camino a lo largo de la Torrentera de la Ruina. Durante aquel día vieron las últimas plantas de *alianta*, pues cuando penetraron en las Llanuras Estragadas, el barro estaba ya demasiado duro y muerto para permitir el crecimiento de las bayas-tesoro. Los viajeros se mantuvieron racionando sus escasas provisiones. Por la noche llovió de nuevo y se calaron hasta los huesos.

Al día siguiente, un águila los avistó a través de una brecha en los grises árboles. Evolucionó dos veces por encima de sus cabezas y luego se remontó, gritando burlonamente con una voz que parecía llegar de más allá de la muerte: «¡Vasallodelmar! ¡El que abandonó a los suyos!».

—Nos están buscando —dijo Covenant.

El Gigante escupió violentamente.

—Sí. Van a darnos caza.

Cogió una piedra de un tamaño similar a los dos puños de Covenant y se la guardó para arrojársela al águila si regresaba.

Aquel día no volvió, pero al siguiente... tras otro aguacero torrencial que cayó en las Llanuras como si las nubes fueran un mar agitado, el ave del Amo Execrable se

presentó en dos ocasiones, por la mañana y por la tarde, y voló en círculo sobre ellos. La primera vez se mofó hasta que Vasallodelmar le hubo arrojado todas las piedras que pudo encontrar cerca, y entonces se acercó más para gritar desdeñosamente: «¡El que abandona a los suyos! ¡Rastrero!».

La segunda vez, Vasallodelmar ocultó una piedra. Esperó hasta que el águila se aproximó para burlarse, y la arrojó con toda su fuerza. El ave paró el golpe con las alas, pero se alejó volando penosamente, apenas capaz de mantenerse en el aire.

—Apresurémonos —gruñó Covenant—. Ese pajarraco ha orientado a nuestros perseguidores. No andarán lejos.

Covenant se puso en marcha y caminó con la máxima rapidez que le permitían sus pies entumecidos y magullados.

Se mantuvieron a cubierto bajo los árboles para eludir en lo posible el espionaje de las aves. Esta precaución les hizo avanzar con más lentitud, pero lo que más les retrasaba era el cansancio de Covenant. Su lesión y la penosa experiencia junto al Coloso parecían haber eliminado en él una elasticidad fundamental. Dormía muy poco en las frías y húmedas noches, y notaba que le iba consumiendo lentamente la falta de alimento adecuado. Avanzaba arrastrando los pies legua tras legua, en obstinado silencio, como si el temor a sus perseguidores fuera lo único que le permitía moverse. Y aquella noche, a la débil luz emitida por las anguilas del río, consumió la última ración de las provisiones de Vasallodelmar.

—¿Y ahora qué? —musitó vagamente cuando terminó de comer.

—Tenemos que resignarnos. No hay más.

Covenant maldijo para sus adentros. Recordaba vívidamente lo que le había sucedido en los bosques detrás de Haven Farm, cuando la inanición que él mismo se había impuesto le volvió histérico. Aquel recuerdo le hizo sentir un frío temor.

El temor, a su vez, invocó otros recuerdos, los de su ex esposa Joan y su hijo Roger. Sentía el impulso de hablar de ellos a Vasallodelmar, como si fueran espíritus a los que él podía exorcizar simplemente pronunciando las palabras apropiadas, diciéndoselas a la persona adecuada. Pero antes de que pudiera encontrar las palabras, sus pensamientos fueron interrumpidos por el primer ataque de sus perseguidores.

De improviso, un grupo de criaturas semejantes a monos, irrumpió en el bosque por el lado sur de la Torrentera. Silenciosos, como una avalancha de pesadilla, cruzaron la corriente iluminada por la luz de las anguilas y avanzaron hacia su presa.

O bien ignoraban el peligro que corrían, o bien lo habían olvidado. Sin lanzar un solo grito, todos ellos se esfumaron bajo una repentina y cálida iridiscencia verdeazulada. Ninguno reapareció.

En seguida, Covenant y Vasallodelmar reanudaron la marcha. Mientras duró la luz crepuscular, se distanciaron al máximo posible del lugar donde había tenido lugar el suceso.

Poco después empezó a llover. Fue un auténtico diluvio que impedía ver nada en la noche, y se vieron obligados a detenerse. Ambos se acurrucaron como dos niños perdidos bajo el leve refugio de un árbol, tratando de dormir y confiando en que sus enemigos no les perseguirían con aquel tiempo.

Al cabo de un rato Covenant se adormiló. Estaba muy cerca de sumirse en un sueño profundo cuando Vasallodelmar le zarandeó para despertarle.

—¡Escucha!

Covenant no podía oír nada salvo el ruido ininterrumpido de la lluvia, pero el Gigante tenía un oído más aguzado.

—¡La Torrentera de la Ruina aumenta de nivel! Habrá una inundación.

Caminaron como ciegos entre los árboles y los arbustos que no podían ver, con el agua ya a la altura de los tobillos, tratando de salir del bosque y alcanzar un terreno más alto. Tras muchos esfuerzos lograron alejarse del antiguo lecho del río. Pero el agua siguió subiendo, mientras que el terreno no se elevaba. Ahora Covenant podía oír por encima de la lluvia el rugido más profundo de la inundación, que parecía abalanzarse contra ellos en la oscuridad. Avanzaba con el agua embarrada hasta la rodilla, y no veía ninguna posibilidad de salvación.

Pero Vasallodelmar le llevó adelante. Poco después cruzaron un barranco producido por la erosión. Sus paredes eran resbaladizas, y el agua se vertía por ellas como légamo fluido, pero el Gigante no titubeó. Ató a Covenant con una corta cuerda de *clingor*, adhirió el otro extremo a su propia cintura y empezó a subir por la pendiente del barranco.

Covenant colgó del Gigante a lo largo de una distancia que le pareció de leguas, pero al fin pudo notar que ascendían, las paredes del barranco se estrecharon y Vasallodelmar le ayudó a trepar con sus manos.

Llegaron al pie de una ladera donde el agua apenas cubría los pies y se detuvieron. Covenant se dejó caer rendido en el barro. La lluvia fue disminuyendo en intensidad hasta que cesó por completo, y el Increíble se rindió al sueño. Durmió hasta que el alba de otro día frío y gris apareció moteada de nubes al este. Entonces se frotó los ojos fatigados y se sentó. Vasallodelmar le miraba con expresión divertida.

—Ah, Covenant —dijo el Gigante—, vaya pareja que formamos. Estás tan sucio y tan serio... y temo que mi propio aspecto no es mucho mejor. —Señaló con gesto burlón su propia suciedad—. ¿Qué te parece?

En aquel momento Vasallodelmar parecía tan alegre y libre de cuidados como un niño jugueteón. Covenant sintió una punzada de remordimiento al verle. ¿Desde cuándo no oía reír al Gigante?

—Lávate la cara —le dijo con el escaso humor que pudo reunir—. Tienes un aspecto ridículo.

—Me honras —replicó Vasallodelmar. Pero ya no se rió. Desvanecida su jovialidad, dio media vuelta y se humedeció el rostro con un poco de agua para limpiarlo.

Covenant siguió su ejemplo, aunque estaba demasiado cansado para sentirse sucio. Bebió tres veces del jarro, a modo de desayuno, y luego se incorporó, vacilante.

Podía ver a lo lejos las copas de algunos árboles que sobresalían de las aguas parduzcas que lo inundaban todo. No quedaba ningún otro signo visible del bosque.

Al otro lado de la zona inundada, en la dirección que ahora tendrían que seguir, se extendía una larga cadena de colinas, que al sobreponerse unas sobre otras parecían tan altas como montañas, y sus laderas peñascosas estaban completamente desoladas.

La perspectiva de atravesar aquellas alturas sobrecogió a Covenant, cuyo cansancio había rebasado cualquier límite imaginable, pero no tenía elección, pues las tierras bajas por las que discurría la Torrentera de la Ruina ya no eran transitables.

Sin nada con que sostenerse excepto pequeñas raciones de agua potable, los dos hombres emprendieron la ascensión.

Las colinas no eran tan altas como les habían parecido. Si Covenant hubiera estado bien alimentado y en buenas condiciones físicas no habría sufrido lo más mínimo, pero en su estado de agotamiento apenas podía arrastrarse por las cuestas. La herida infectada de la frente le dolía intensamente, era como si tuviera una carga adherida al cráneo que le empujaba hacia atrás. El aire denso de humedad, parecía obturar sus pulmones. De vez en cuando se encontraba tendido entre las piedras y no podía recordar cómo había perdido pie.

No obstante, siguió avanzando con la ayuda de Vasallodelmar. Más tarde, dentro de aquel mismo día, coronaron la cresta de la sierra e iniciaron el descenso.

Desde su salida de la Torrentera no habían visto señal alguna de sus perseguidores.

A la mañana siguiente, tras una noche de intensa lluvia que exhalaba un olor rancio, como si las mismas nubes estuvieran estancadas, bajaron hasta la base de las colinas. A medida que el organismo de Covenant se adaptaba al hambre, iba estabilizándose... no cobraba más fuerzas, pero estaba menos febril. Pudo efectuar el descenso sin dar ningún paso en falso, y una vez abajo el Gigante y él emprendieron la marcha hacia el este, adentrándose en el terreno yermo.

Anduvieron sin nada que llevarse a la boca, hasta que a mediodía llegaron a una tenebrosa planicie cubierta de espinos. A lo largo de casi una legua, los arbustos espinosos con ramas tan duras como el hierro, dificultaron su avance. Aquel lugar parecía un huerto arruinado donde crecían agudas estacas y espinas en líneas irregulares, como un extraño cultivo de armas que podían cosecharse. De vez en cuando aparecían brechas entre las hileras, pero desde la distancia a la que se

encontraba Covenant no podía discernir su causa.

Vasallodelmar no quería cruzar el valle. Un terreno más alto bordeaba el desierto de espinos a ambos lados, y los árboles desnudos no les permitían ocultarse. Pero una vez más no tenían elección. El desierto se extendía mucho al norte y el sur. Necesitarían tiempo para rodear los espinos... pero en aquel tiempo el hambre les vencería y sus perseguidores les darían alcance.

Mascullando para sus adentros, Vasallodelmar exploró el terreno en toda su extensión, buscando algún signo de la persecución. Luego se adelantó a Covenant, bajó la última ladera y penetró en la planicie espinosa.

Observaron que las ramas más bajas se elevaban a unos dos metros por encima del suelo. Covenant podía mantenerse en pie entre las torcidas hileras de troncos, pero Vasallodelmar tenía que agacharse o doblarse por la cintura para evitar que las espinas le arañasen el torso y la cabeza. Si se movía con demasiada rapidez se arriesgaba a lesionarse. El resultado era la peligrosa lentitud de su avance.

Una espesa capa de polvo cubría el suelo bajo sus pies. Las lluvias de las noches anteriores no parecían haber llegado a aquel valle. El polvo estaba tan reseco bajo las nubes que parecía como si por mucho que diluviara jamás se apagaría la sed de aquella tierra torturada. Los pasos de los viajeros levantaban una asfixiante polvareda que les llenaba los pulmones, les producía escozor en los ojos... y se alzaba en el cielo para indicar su presencia con tanta precisión como si fueran señales de humo.

Pronto llegaron a una de las brechas entre los espinos. Para su sorpresa, descubrieron que se trataba de un pozo de barro. La arcilla húmeda burbujeaba en un pequeño charco. En contraste con el polvo reseco que lo rodeaba, parecía hervir con alguna clase de energía subterránea, pero estaba tan frío como el aire invernal. Covenant sorteó aquel obstáculo como si fuera peligroso y se abrió paso entre los espinos con tanta rapidez como Vasallodelmar.

Se hallaban a medio camino del límite occidental del valle cuando oyeron un áspero grito a sus espaldas. Se volvieron y vieron dos grandes grupos de merodeadores que bajaban por lugares distintos de las colinas. Los dos grupos se reunieron para lanzarse a la carga entre los espinos, aullando ávidamente por la sangre de su presa.

Covenant y Vasallodelmar dieron media vuelta y emprendieron la huida. El Incrédulo corrió con la energía que le daba el miedo. Al principio no pensaba más que en resistir, en que no disminuyera el vigor de sus piernas y pulmones. Pero poco después se dio cuenta de que se estaba alejando de Vasallodelmar. El Gigante tenía que avanzar agachado, lo cual reducía su velocidad; no podía utilizar eficazmente sus largas piernas sin producirse desgarrones en la cabeza.

—¡Huye! —le gritó a Covenant—. ¡Yo los retendré!

—¡Olvídalo! —Covenant redujo su velocidad para adecuarla a la del Gigante—.

Los dos estamos juntos en esto.

—¡Huye! —repitió Vasallodelmar, agitando un brazo como si quisiera lanzarle hacia delante.

En lugar de responder, Covenant se reunió con su amigo. Oyó los gritos salvajes de los perseguidores que parecían pisarle los talones, pero permaneció al lado del Gigante. Ya había perdido a demasiadas personas que eran importantes para él.

Vasallodelmar se detuvo de repente.

—¡Te digo que te vayas! ¡Piedra y mar! —Parecía furioso—. ¿Crees que puedo consentir el fracaso de tu propósito por mi culpa?

Covenant se detuvo también.

—Olvídalo —repitió jadeando—. No puedo hacer nada sin ti.

Vasallodelmar se volvió para mirar a sus perseguidores.

—Entonces has de descubrir ahora la forma de usar tu oro blanco. Son demasiados.

—¡No si continuas avanzando! ¡Por todos los diablos, aún podemos burlarlos!

El Gigante miró de hito en hito a Covenant. Por un instante deseó coger al Incrédulo en sus brazos y seguir huyendo, pero entonces se puso rígido y alzó la cabeza. Miró a través de las ramas, por encima de la cabeza de Covenant. Éste sintió un renovado temor. Se volvió y siguió la mirada del Gigante.

Había ur-viles en la vertiente oriental del valle. Se precipitaron en gran número hacia el desierto de espinos, y al avanzar iban agrupándose en tres cuñas. Covenant podía verlos claramente entre los espinos. Cuando llegaron al pie de la colina, se detuvieron y blandieron sus estacas. A lo largo del borde oriental del bosque prendieron fuego a los árboles muertos.

Los espinos se encendieron rápidamente. Las llamas rugieron y se propagaron por las ramas de un árbol a otro. Cada tronco se convirtió en una antorcha que iluminaba a sus vecinos. En unos instantes, Covenant y Vasallodelmar se vieron imposibilitados de proseguir hacia el este a causa de una muralla de fuego.

Vasallodelmar dirigió alternativamente su mirada al fuego y a los perseguidores, y en sus ojos hundidos bajo las espesas cejas aparecieron unos destellos de furia que anunciaban su peligrosa potencia combativa.

—¡Atrapados! —gritó, como si le ultrajara la extrema dificultad de su situación. Pero su cólera tenía un significado distinto—. ¡Se han equivocado! ¡No soy tan vulnerable al fuego! ¡Puedo abrirme paso entre las llamas y atacar!

—Yo sí que soy vulnerable —replicó sobriamente Covenant.

Observaba la creciente ira del Gigante lleno de aprensión. Sabía cuál debería de haber sido su respuesta. Vasallodelmar estaba mucho más preparado que él para luchar contra el Despreciativo. Debería haberle dicho que tomara su anillo y se marchara, pues él podría encontrar una forma de usarlo. Podría atravesar las filas de

los ur-viles. Pero no pudo articular las palabras, y el temor de que Vasallodelmar le pidiera el anillo le inquietaba y le movía a buscar una alternativa.

—¿Eres capaz de cruzar a nado las arenas movedizas? —le preguntó con voz ronca.

El Gigante le miró como si le hubiera dicho algo incomprendible.

—¡Los pozos de barro! Podemos ocultarnos en uno de ellos... hasta que se extinga el fuego. Si tú puedes evitar que nos ahogemos.

Vasallodelmar siguió mirándole en silencio. Covenant temía que el Gigante estuviera demasiado enfurecido para comprender lo que le decía. Pero al cabo de un instante, Vasallodelmar reaccionó. Poniendo en juego toda su fuerza de voluntad, dominó su deseo de luchar.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Vamos!

Y al instante se dirigió al fuego.

Se apresuraron en busca de un charco de arcilla burbujeante cerca del fuego, antes de que sus perseguidores les dieran alcance. Covenant temía que su decisión fuera tardía. A pesar del rugido de las llamas, podía oír los aullidos del enemigo. Pero el fuego avanzaba con aterradora rapidez. Mientras las criaturas se encontraban todavía a varios centenares de metros, se abalanzó hacia las llamas y giró a un lado, buscando uno de los pozos.

No pudo encontrarlo. El intenso calor le quemaba los ojos y medio le cegaba. Estaba demasiado cerca del fuego, que se abría paso a través de las copas de los árboles hacia él, como un monstruo devorador del mundo. Llamó a Vasallodelmar, pero su voz era inaudible en medio del tumulto de las llamas.

El Gigante le cogió del brazo y lo levantó. Agachado, como un inválido, corrió a un charco situado directamente bajo el muro de fuego. Las ramas y espinas más próximas al pozo estallaban ya en ardientes flores anaranjadas como si hubieran florecido con el fuego.

Vasallodelmar saltó al barro.

Su ímpetu les sumergió por completo, pero la prodigiosa fuerza de las piernas del Gigante les hizo salir en seguida a la superficie. El creciente calor pareció achicharrarles el rostro al instante, pero Covenant temía más el barro. Se agitó frenéticamente un momento, y entonces recordó que la manera más rápida de morir en unas arenas movedizas era agitarse. Sofocando su pánico instintivo, se obligó a permanecer inmóvil. Notó que Vasallodelmar, a su espalda, hacía lo mismo. Sólo sobresalían del barro sus cabezas.

No se hundieron. El fuego crepitó por encima de ellos mientras flotaban, y Covenant sintió un intenso ardor en el rostro. Apenas se atrevía a respirar. Su impotencia pareció aumentar cuando el fuego cesó.

Una vez desaparecidas las llamas, Covenant y Vasallodelmar quedaron flotando



en el barro para defenderse como se les ocurriera contra las tres cuñas de ur-viles, sin poder hacer mucho más que mover los brazos.

Intentó inhalar suficiente aire para gritar a Vasallodelmar. Pero cuando todavía estaba inhalando, unas manos en lo más profundo del barro le cogieron de los tobillos y tiraron de él hacia abajo.

## XVIII

### EL CORRUPTO



ovenant luchó desesperadamente, tratando de regresar a la superficie, pero el barro impedía sus movimientos, neutralizaba todos sus esfuerzos, y las manos que le sujetaban los tobillos tiraban de él rápidamente hacia abajo. Tanteó en busca de Vasallodelmar, pero no le halló. Ya tenía la sensación de hallarse muy por debajo de la superficie del pozo.

Contuvo el aliento. Su obstinado instinto de supervivencia le hacía seguir debatiéndose aunque sabía que jamás podría llegar a la superficie desde aquella fría profundidad. Presionando contra el barro, se dobló y deslizó las manos por sus piernas, tratando de alcanzar los dedos que le agarraban, pero no pudo encontrarlos. Le tiraban hacia abajo, sentía su húmeda presa en los tobillos... pero sus propias manos se deslizaron por el lugar donde deberían haber estado aquellas otras manos.

En medio de su terror, le pareció percibir por un instante la pulsación del oro blanco. Pero aquella pulsación no le dio una sensación de poder, y desapareció tan pronto como pensó en ella.

El aire parecía faltarle en los pulmones. Rojas venas de luz recorrían la zona interna de sus párpados. Empezó a llorar desconsoladamente, gritando para sus adentros: «¡Así no, así no!».

Un instante después percibió que había variado de dirección. Mientras sus pulmones se quejaban, las manos tiraron de él horizontalmente y luego empezaron a arrastrarle hacia arriba. Con un húmedo ruido de succión, le extrajeron del barro, depositándole en un espacio desagradablemente húmedo y oscuro.

Aspiró el aire jadeando y estremecido. Era un aire rancio, fétido, como el de una cripta húmeda, pero significaba la vida y lo aspiró ávidamente. Durante un largo momento el resplandor rojizo en el interior de sus párpados le ocultó la oscuridad, pero cuando su respiración se normalizó, apretó los ojos para liberarlos del barro, parpadeó y los abrió, tratando de ver dónde se encontraba.

Le rodeaba una oscuridad absoluta.

Estaba tendido sobre arcilla húmeda. Al moverse, su hombro izquierdo tocó una pared cubierta de barro. Se arrodilló y tanteó por encima de su cabeza. Encontró el techo a la altura de su brazo levantado. Parecía estar apoyado en la pared de una cámara enterrada en la arcilla.

—No puede ver —dijo una voz húmeda cerca de su oreja. Parecía frágil y asustada, pero la sorpresa de oírla le sobresaltó y le hizo acurrucarse jadeando junto a

la pared.

—Es mejor así —respondió otra voz atemorizada—. Podría hacernos daño.

—No, no es mejor. Proporcióname luz.

Esta voz parecía más resuelta, pero también temblaba de ansiedad.

—¡No! No, no.

Covenant pudo distinguir que eran ocho o diez los hablantes que protestaban.

La voz más resuelta insistió.

—Si no teníamos intención de ayudarlo, no habríamos debido salvarlo.

—¡Puede perjudicarnos!

—No es demasiado tarde. Ahógallo.

—No. —La voz más recia se endureció—. Optamos por este riesgo.

—¡Oh, si el Realizador se entera...!

—¡Digo que optamos por el riesgo! Salvarlo y luego matarlo... seguramente eso sería propio del Realizador. Es más fácil que ocurra eso a que nos haga daño. Yo mismo —la voz titubeó temerosa—, yo mismo le proporcionaré fuego si es preciso.

—¡Preparaos! —corearon los hablantes, difundiendo la alarma contra Covenant.

Un instante después, el Incrédulo oyó un extraño ruido deslizante, como el sonido de un palo al que hacen pasar sobre barro. Un débil resplandor rojizo, del color de la luz de roca, rompió la oscuridad, a poca distancia de su rostro.

La luz procedía de una grotesca figura de barro que se hallaba en el suelo de la cámara. Tenía unos sesenta centímetros de alto y parecía una estatua de arcilla formada por las manos inexpertas de un niño. Covenant pudo distinguir extraños miembros, vagos rasgos contorsionados, pero ni ojos, ni nariz, boca y orejas. Unas cavidades en el barro brillaban débilmente con un tono rojizo, ofreciendo una iluminación mortecina.

Covenant descubrió que se encontraba en el extremo de un túnel. Cerca de él había un ancho pozo de barro burbujeante, y más allá las paredes, el suelo y el techo se reunían, cerrando por completo el espacio. Pero en la dirección contraria el túnel se extendía perdiéndose en la oscuridad.

Allí, en el límite de la luz, había una docena o más de pequeñas formas de arcilla como la que estaba ante él.

No se movían ni emitían sonido alguno. Parecían inanimadas, como si las hubiera abandonado allí la criatura que abrió el túnel. Pero no había en éste nadie ni nada más que pudiera ofrecer más indicios. Covenant miró boquiabierto aquellas formas contorsionadas y trató de pensar en algo que decir.

De repente el pozo de barro empezó a hervir. Directamente delante de Covenant, otras siete formas de arcilla saltaron de la ciénaga, arrastrando dos grandes pies con ellas. La figura que resplandecía se retiró en seguida por el túnel, a fin de dejar espacio libre. En un instante extrajeron a Vasallodelmar y lo dejaron en el suelo del

túnel, para reunirse con las demás figuras que permanecían vigilando a Covenant.

Los pulmones gigantescos de Vasallodelmar le habían mantenido, y no necesitó tiempo para recuperarse. Se revolvió en el reducido espacio y se abalanzó rugiendo hacia las figuras de arcilla, con expresión de ira y un pesado puño levantado.

En seguida se apagó la única luz. Entre agudos gritos de miedo, las criaturas de barro se escabulleron por el túnel.

—¡Vasallodelmar! —gritó Covenant con vehemencia—. ¡Nos han salvado!

Oyó que el Gigante se detenía y jadeaba ásperamente.

—Vasallodelmar —repitió—. ¡Gigante!

Vasallodelmar aspiró hondo y luego dijo:

—¿Eres mi amigo? —En la oscuridad su voz sonaba enronquecida, demasiado cargada de emociones reprimidas—. ¿Estás bien?

—¿Bien? —Covenant se sintió por un instante desequilibrado, al borde de la histeria. Pero logró dominarse—. No me han hecho daño. Vasallodelmar... creo que nos han salvado.

El Gigante jadeó un poco más, mientras recuperaba el dominio de sí mismo.

—Sí —gruñó—. Sí. Ahora les he enseñado a temernos. —Entonces, proyectando su voz por el túnel, dijo—: Perdonadme, por favor. Verdaderamente nos habéis salvado. Tengo poca moderación, sí, me enfurezco en seguida, demasiado pronto. Sin embargo, aunque no era ése vuestro propósito, me habéis desgarrado el corazón al apoderaros de mi amigo y abandonarme. Temí que hubiera muerto y sucumbí a la desesperación. Bannor, de la Escolta de Sangre, nos dijo que buscásemos ayuda adondequiera que fuésemos. Necio de mí, no la busqué tan cerca de donde reside el Rompealmas. Cuando también os apoderasteis de mí, no pude hacer más que enfurecerme. Os ruego que me perdonéis.

Sólo el silencio siguió a sus palabras.

—¡Escuchadme! —exclamó el Gigante—. Nos habéis salvado de las manos del Despreciativo. No nos abandonéis ahora.

Finalmente se quebró el silencio.

—La desesperación es obra del Realizador —dijo una voz—. No era ésa nuestra intención.

—¡No confíes en ellos! —gritaron otras voces—. Son duros.

Pero el ruido de unos pies que se arrastraban sobre el suelo volvió hacia Covenant y Vasallodelmar, y varias de las formas de arcilla se iluminaron mientras se movían, de modo que el túnel se llenó de luz. Las criaturas avanzaron cautelosamente y se detuvieron a prudente distancia del Gigante.

—También nosotros te pedimos perdón —dijo el líder con tanta firmeza como le fue posible.

—Oh, no necesitáis pedírmelo —replicó Vasallodelmar—. Es posible que sea

lento en reconocer a mis amigos... pero cuando los he reconocido, no tienen motivos para temerme. Soy Corazón Salado Vasallodelmar, el... —tragó saliva como si las palabras amenazaran con sofocarle— el último de los Gigantes de Límite del Mar. Mi amigo es Thomas Covenant, ur-Amo y poseedor del oro blanco.

—Lo sabemos —dijo el jefe—. Lo hemos oído. Somos los *jheherrin*... los *aussat jheherrin Befylam*. No hay en la Morada del Realizador secreto alguno del que no hayan oído hablar los *jheherrin*. Han hablado de vosotros. Se han trazado planes contra vosotros. Los *jheherrin* tuvieron un debate y decidieron ayudaros.

—Si el Realizador se entera estamos condenados —dijo una voz temblorosa detrás del jefe.

—Eso es cierto. Si adivina que os ayudamos ya no nos aguantará más. Tememos por vuestras vidas, pero vosotros sois sus enemigos, y las leyendas dicen...

El jefe se interrumpió bruscamente y se volvió para conferenciar con los demás *jheherrin*, Covenant los contempló fascinado mientras susurraban entre sí. Desde cierta distancia todos parecían iguales, pero una inspección más atenta revelaba que eran tan distintos como los trabajos en arcilla de niños diferentes. Variaban en tamaño, forma, tono de color, timidez, tono de voz..., pero compartían un curioso aspecto de falta de solidez. Al moverse oscilaban y producían un chapoteo como si sólo los sostuviera una frágil membrana de tensión superficial, como si cualquier rasguño o golpe pudiera reducirlos a un montón de amorfo barro húmedo.

El jefe regresó tras la breve conferencia. La voz le temblaba como si temiera su propia audacia al decir:

—¿Por qué habéis venido? Os atrevéis... ¿Cuál es vuestro propósito?

Vasallodelmar respondió escuetamente, para que el *jheherrin* le creyera:

—Nuestro propósito es destruir al Amo Execrable el Despreciativo.

Covenant se estremeció al oír aquella declaración sin reservas, pero no podía negarla. ¿De qué otro modo podría describirse lo que querían hacer?

Los *jheherrin* conferenciaron de nuevo y luego dijeron rápida y ansiosamente:

—No puede hacerse. Venid con nosotros.

La reacción fue tan repentina que aquellas palabras parecieron una orden, aunque la voz del jefe estaba demasiado trémula para ser autoritaria. Covenant se sintió impulsado a protestar, no porque tuviera nada que objetar a la orden que les había dado el *jheherrin* de seguirles, sino porque quería saber por qué consideraban aquella tarea imposible. Pero ellos se le adelantaron con la celeridad de su retirada. Antes de que pudiera formularles la pregunta, la mitad de las luces se habían extinguido y las restantes se alejaban.

Vasallodelmar se encogió de hombros e hizo un gesto a Covenant para que le siguiera por el túnel. El Incrédulo asintió. Con un gemido de cansancio, empezó a avanzar agachándose, en pos de los *jheherrin*.

Se movían a una velocidad inesperada. Sus cuerpos se bamboleaban y rezumaban a cada paso, y tanto podría decirse que trotaban como que fluían por el túnel. Covenant no podía darles alcance. Tenía que avanzar agachado, la inhalación de aire rancio hacía que le dolieran los pulmones y sus pies resbalaban a menudo en el barro. El paso de Vasallodelmar era todavía más lento, pues el techo bajo le obligaba a arrastrarse, pero algunos *jheherrin* se habían quedado atrás con ellos, guiándoles por las curvas e intersecciones del pasadizo. Y poco después el largo túnel empezó a ensancharse. A medida que aumentaba el número y la complejidad de los cruces, el techo se elevaba. Pronto Covenant pudo mantenerse erecto y Vasallodelmar pudo avanzar agachado. Entonces se movieron con más rapidez.

El recorrido se prolongó largo tiempo. A través de intrincados agrupamientos de intersecciones donde los túneles perforaban la tierra y en los que los viajeros tenían atisbos de otras criaturas, todas apresurándose por el mismo camino, a través de un barro tan húmedo y espeso que Covenant apenas podía vadearlo y brillantes vetas de carbón que reflejaban vivamente la luz de roca de los *jheherrin*, avanzaron leguas y más leguas con la máxima rapidez que a Covenant le era posible, pero no era una velocidad muy grande e iba disminuyendo a medida que las leguas quedaban atrás. El Increíble llevaba dos días sin comer y casi diez sin adecuado descanso. Su frente cubierta de barro reseco latía como si padeciera fiebre alta, y la insensibilidad de sus manos y pies —una carencia de sensación que nada tenía que ver con el frío— se extendía.

No obstante, siguió avanzando pesadamente. No temía que el esfuerzo le causara perjuicios irreparables. Estaba tan cansado, que el temor perpetuo del leproso había perdido su poder sobre él. Volvía a encontrarse en las mismas condiciones que cuando llegó al Reino: las lesiones en los pies y la cabeza, el hambre. No era el temor a la lepra lo que le impulsaba. Tenía otras motivaciones.

Las condiciones de la marcha mejoraron gradualmente. La roca sustituyó al barro en el túnel, el aire se hizo lentamente más ligero y limpio, la temperatura se moderó, todo lo cual ayudó a Covenant para seguir adelante sin desfallecer. Y cada vez que vacilaba, la preocupación y el aliento de Vasallodelmar le proporcionaban firmeza. Legua tras legua, continuó como si tratara de eliminar la molesta insensibilidad de sus pies sobre la roca desnuda.

Finalmente le sobrevino la somnolencia. Dejó de percibir lo que le rodeaba, sus guías, su cansancio. No notaba la mano que Vasallodelmar colocaba amistosamente sobre su hombro para orientarle. Cuando de pronto se encontró en una gran caverna iluminada por luz de roca y llena de criaturas que se movían de un lado a otro, miró en silencio aquel lugar como si no pudiera comprender de qué modo había llegado allí.

La mayoría de las criaturas permanecieron a prudente distancia de él y

Vasallodelmar, pero algunas se arrastraron hacia delante, llevando cuencos con agua y alimentos. Casi era palpable su miedo instintivo al aproximarse. Sin embargo, se aproximaron lo suficiente para ofrecer los cuencos. Covenant tendió la mano para cogerlo, pero el Gigante le detuvo.

—Ah, *jheherrin* —dijo Vasallodelmar en un tono formal—, vuestra hospitalidad nos honra. Si pudiéramos os devolveríamos el honor aceptando. Pero no somos iguales que vosotros... nuestras vidas son distintas. Vuestros alimentos nos resultarían más perjudiciales que beneficiosos.

Aquellas palabras hicieron salir a Covenant de su estupor. Miró el interior de los cuencos y vio que Vasallodelmar tenía razón. La comida tenía el aspecto de marga líquida y un olor putrefacto, como si carne muerta se hubiera descompuesto en él durante siglos.

Pero el agua era fresca y pura. Vasallodelmar la aceptó con una reverencia de agradecimiento, tomó un largo trago y se lo ofreció a Covenant. Por primera vez el Incrédulo se dio cuenta de que el Gigante había perdido su saco en el desierto de espinos.

El agua fresca le ayudó a salir un poco más de su somnolencia. Bebió el agua hasta el final, saboreando su pureza como si creyera que jamás volvería a probar nada puro. Cuando lo devolvió al tembloroso *jheherrin* que aguardaba, trató de imitar la reverencia de Vasallodelmar.

Empezó entonces a evaluar su situación. Ya había en la caverna varios centenares de criaturas, y constantemente llegaban más. Al igual que los *jheherrin* que le habían rescatado, todos parecían estar hechos de barro animado. Sus formas eran grotescas, monstruosas, y carecían de órganos sensoriales que Covenant pudiera reconocer. No obstante, le sorprendió ver que podían distinguirse varios tipos. Además de las formas cortas y erectas que había visto al principio, había dos o tres que tenían contornos animales y parecían frustrados intentos de moldear caballos, lobos y Entes de la Cueva en barro, así como un extraño grupo de criaturas que se arrastraban sobre el vientre.

—¿Vasallodelmar? —murmuró, presa de una dolorosa intuición—. ¿Qué son?

—Ellos mismos se nombran en la lengua de los Antiguos Amos —replicó cuidadosamente el Gigante, como si tratara de rodear algo peligroso—, según sus formas. Los que nos han rescatado son los *aussat Befylam* de los *jheherrin*. Puedes ver otros *Befylam*... el *fael Befylam* —indicó las criaturas que se arrastraban— y los *roge* —señaló las formas parecidas a Entes de la Cueva—. He oído partes de su conversación mientras andábamos —explicó, pero no dijo más.

La sospecha de lo que eran en realidad aquellos seres le producía náuseas a Covenant.

—¿Qué son? —insistió.

Bajo el barro que ennegrecía su rostro, los músculos de las mandíbulas del Gigante se tensaron.

—Pregúntaselo. Que hablen de ello si lo desean.

Miró a su alrededor, desviando los ojos de Covenant.

—Hablares —dijo una voz fría y hosca. Uno de los *fael jheherrin Befylam* se arrastró hasta quedar a corta distancia de ellos. Al moverse sobre la roca producía un sonido como de agua contenida en una bolsa y agitada. Cuando se detuvo, quedó jadeando y resollando como un pez fuera del mar. Sus convulsos movimientos parecían la resultante entre su resolución y su temor. Pero Covenant no sintió repulsión, sino una profunda piedad por todos aquellos seres.

—Hablares —repitió la criatura—. Sois duros... nos amenazáis a todos.

—Nos destruirán —gimieron varias voces al unísono.

—¡No se ha tomado esta decisión sin que varios nos opusiéramos! —gritaron otras voces.

—Hemos optado. Vosotros sois, según la leyenda... —Se interrumpió, confuso—. Aceptamos correr este riesgo. —Entonces una oleada de angustia quebró su voz—. Os rogamos... que no os volváis contra nosotros.

—Jamás dañaremos por nuestra propia voluntad a los *jheherrin*.

El silencio llenó la caverna, un silencio que denotaba incredulidad. Pero entonces algunas voces dijeron en un tono de fatigado abandono:

—Habla, pues. Hemos optado.

—Hablares —dijo la criatura con más firmeza—. Hemos optado. Humano del oro blanco, nos preguntas qué somos. Somos los *jheherrin* —los blandos— obra del Realizador. —Mientras hablaba la luz de roca pulsaba en el aire, como una vibración de pesadumbre.

»El Realizador trabaja en las profundidades de su fortaleza, creando ejércitos. Toma carne humana tal como tú la conoces y la somete a su poder, dotándola de fuerza y maldad para que le sirva de soporte. Pero su obra no siempre sale como él desea. A veces el resultado no es fuerza sino debilidad, a veces de sus manos salen ciegos, paralíticos o muertos, y arroja tales criaturas a una gran ciénaga para que las consuma el barro ardiente.

Una vibración de terror evocado llenó la caverna.

—Pero hay otra potencia en ese abismo y no morimos. En nuestra agonía nos convertimos en los *jheherrin*... los blandos. Somos transformados y nos arrastramos desde las profundidades del pozo.

—Nos arrastramos —repitieron las voces.

—Por panales sin luz que ni siquiera recuerda el Realizador...

—Ni siquiera recuerda.

—... suplicamos por nuestras vidas.



—Vidas.

—Desde el barro del desierto de espinos hasta las mismas paredes de la morada del Realizador, vagamos sucios y atemorizados, buscando...

—Buscando.

—... escuchando...

—Escuchando.

—... esperando...

—Esperando.

—Se nos niega el acceso a la superficie de la Tierra. Quedaríamos convertidos en polvo si la luz del sol nos tocara. Y no podemos cavar... no podemos hacer nuevos túneles que nos alejen de este lugar. Somos blandos.

—Perdidos.

—Y no nos atrevemos a ofender al Realizador. Vivimos llenos de sufrimiento... él sonrío al ver nuestra abyección.

—Perdidos.

—Sin embargo conservamos las formas de lo que fuimos. No somos —la voz se estremeció como si temiera que le golpearan por su audacia— no somos servidores del Realizador.

Centenares de *jheherrin* resollaron atemorizados.

—Muchos de nuestros panales bordean los pasadizos del Realizador. Buscamos las paredes y escuchamos. Oímos... el Realizador no tiene secretos. Así nos enteramos de su enemistad contra ti, y en nombre de la leyenda tuvimos un debate y optamos. Decidimos ofrecer toda la ayuda que pudiera pasar desapercibida al Realizador.

Cuando la criatura terminó de hablar, todos los *jheherrin* guardaron silencio y observaron a Covenant, que buscaba una respuesta. En parte deseaba llorar, abrazar a aquellas monstruosas criaturas y deshacerse en lágrimas. Pero no perdía de vista su propósito y sentía que no debía ablandarse si quería llevarlo adelante... destruir al Amo Execrable.

—Pero tú... nos han dicho que es imposible —respondió con voz ronca—, que no puede hacerse.

—No puede hacerse —repitió la criatura temblorosa—. Los pasadizos del Realizador bajo Kurash Qwellinir están vigilados. El mismo Kurash Qwellinir es un laberinto. Los fuegos de Gorak Krembal guardan la Morada del Realizador. Sus corredores están llenos de maldad y de esbirros. Hemos oído. El Realizador no tiene secretos.

—Sin embargo, nos habéis ayudado —dijo el Gigante en tono reflexivo—. Os habéis enfrentado a su ira. No hicisteis semejante cosa sin una poderosa razón.

—Eso es cierto. —La criatura parecía temerosa de lo que Vasallodelmar podría

decir a continuación.

—Seguramente podéis proporcionar otras ayudas.

—Sí, sí. No hablamos de Gorak Krembal... ahí no hay nada. Pero conocemos los caminos de Kurash Qwellinir. Y... y también hay algo en la Morada del Realizador, pero...

La criatura se interrumpió de súbito.

—Pero esa ayuda —dijo Vasallodelmar— no es el motivo de la ayuda que ya nos habéis prestado. No soy sordo ni ciego, *jheherrin*. Alguna otra causa os ha impulsado a afrontar este peligro.

—La leyenda... —empezó a decir la criatura, pero entonces se alejó de ellos para conferenciar con las demás criaturas que estaban tras ella.

Hubo un intenso intercambio de susurros, durante el cual Covenant trató de apaciguar la sensación de que era inminente una crisis. Por alguna oscura razón, confiaba en que las criaturas no quisieran hablar de su leyenda. Pero cuando el que había hablado regresó a su lado, Vasallodelmar le pidió sin ambages:

—Cuéntanosla.

Un temeroso silencio resonó en la caverna, y cuando la criatura replicó medrosa: «Lo haremos», un coro de gritos perforó el aire. Varias docenas de *jheherrin* huyeron, incapaces de aceptar el riesgo.

—Debemos hacerlo. No hay otra manera.

La criatura se acercó un poco más a ellos, arrastrándose por el suelo, y al detenerse lo hizo con un ruido líquido, jadeando como si no pudiera respirar. Pero al cabo de un momento elevó su voz temblorosa y empezó a cantar. Cantó en una lengua extraña que Covenant no comprendía, y el miedo confundía tanto los tonos que no podía discernir la melodía. Sin embargo —más en la actitud con que escuchaban los *jheherrin* que en la misma canción— percibió algo de su potencia, la atracción que ejercía sobre las criaturas. Sin entender nada de ella se sentía conmovido.

Fue una canción breve, como si largos años de uso siniestro o abyecto la hubieran descarnado. Cuando finalizó, la criatura dijo débilmente:

—La leyenda. La única esperanza de los *jheherrin*... la única parte de nuestra vida que no es obra del Realizador, el único propósito. Esa leyenda dice que los lejanos antepasados de los *jheherrin*, los que no fueron hechos por el Realizador, eran ellos mismos Realizadores. Pero no carecían de semilla como él... como nosotros mismos. No estaban obligados a crecer en carne ajena. De sus cuerpos salían vástagos que crecían y a su vez daban vida a otros vástagos. Así el mundo se renovaba constantemente, con seres jóvenes y llenos de vigor. No es posible imaginar tales cosas.

»Pero los Realizadores tenían defectos. Algunos eran débiles o ciegos, otros,

incautos. Entre ellos nació el Realizador, estéril y amargado, y ellos no vieron ni temieron lo que habían hecho. Así cayeron en su poder. Él los capturó, los llevó a la profunda fortaleza donde mora y los utilizó para iniciar la obra de formar ejércitos.

»Nosotros somos el último vestigio de esos Realizadores defectuosos. En nosotros se preserva lo que queda de su vida. Como castigo a sus defectos, estamos condenados a arrastrarnos por este panal de túneles, siempre míseros, ojo avizor y llenos de miedo. El barro es nuestro sol, es para nosotros sangre, ser, carne y hogar. El temor es nuestra herencia, pues al Realizador le basta una sola palabra para acabar con nosotros, viviendo como vivimos a la misma sombra de su hogar. Pero permanecemos vigilantes en nombre de nuestra única esperanza, pues se dice que algunos de los vástagos no creados por el Realizador están aún libres de éste... que sus cuerpos pueden producir vástagos. Se dice que cuando llegue el momento, nacerá un vástago sin tacha..., un vástago puro al que no le afectarán el Realizador y sus obras... que no tendrá miedo. Se dice que este ser puro llevará signos de poder al hogar del Realizador. Se dice que redimirá a los *jheherrin* si demuestran... si él los juzga válidos... que él podrá librarlos del Realizador, del miedo y el barro, si... si...

La criatura no pudo continuar. Quedó en silencio y se hizo en la caverna un vacío que pedía ser llenado por una respuesta.

Pero Covenant estaba demasiado conmovido. Notaba que toda la atención de los *jheherrin* se concentraba en él. Percibía que le interrogaban en silencio, implorándole para que les dijera si era él aquel ser puro, si los liberaría a cambio de su ayuda. Pero no podía darles la respuesta que querían. Su muerte en vida parecía que les dijera la verdad y no les diese una falsa esperanza.

Prefirió sacrificar su ayuda y habló a la criatura en un tono duro, casi colérico.

—Mírame. Ya conoces la respuesta. Debajo de todo este barro hay un enfermo... Y he cometido acciones injustificables. No soy puro. Soy un corrupto.

Se hizo de nuevo el silencio, mientras se deshacía la trémula esperanza a su alrededor. Entonces se oyeron agudos lamentos de desesperación entre la multitud de *jheherrin*. Toda la luz se extinguió a la vez. Gritando en la oscuridad como espíritus desolados, las criaturas huyeron.

Vasallodelmar cogió a Covenant para protegerle de un ataque. Pero los *jheherrin* no atacaron, sino que desaparecieron. El sonido de su movimiento recorrió la caverna como una súbita ráfaga de viento, y se extinguió. Pronto volvió a hacerse el silencio, que cayó a los pies de Covenant y Vasallodelmar como una mortaja, como los restos de una tumba profanada.

Unos espasmos anunciadores de sollozos agitaron el pecho de Covenant, pero se contuvo y unió su silencio al que imperaba en la caverna. No podía ceder a la debilidad ni vacilar un ápice en su determinación. Maldijo al Execrable y su crueldad.

Notó la mano del Gigante en un hombro, intentando consolarle. Quería responder,

expresar de alguna manera la violencia de su resolución. Pero antes de que pudiera hablar, el silencio pareció fluir y concentrarse en el sonido de unos tenues sollozos.

El sonido fue en aumento mientras escuchaba. Solitario y angustiado, se alzaba en la oscuridad como un símbolo de aflicción irremediable, haciendo vibrar el aire. Covenant deseaba acercarse a quien lloraba, consolarle de alguna manera. Pero cuando se movió, la criatura le detuvo con palabras pronunciadas en un tono acusador.

—La desesperación es obra del Realizador.

—Perdóname —gimió Covenant—. ¿Cómo podía mentirte? —Buscó la réplica adecuada y, dejándose guiar por la intuición, añadió—: Pero la leyenda no ha cambiado. No la he tocado. No niego vuestra valía. Lo que ocurre es que... no soy el ser puro. Todavía no ha llegado. Yo no tengo nada que ver con vuestra esperanza.

La criatura que lloraba no respondió. Sus sollozos vibraban en el aire, sin que al parecer pudiera detenerse. Pero al cabo de un momento produjo un destello de luz de roca. Covenant vio que se trataba de la criatura reptante que había hablado en nombre de los *jheherrin*.

—Venid —dijo entre sollozos—. Venid.

Estremecido de pesar, el ser reptante dio media vuelta y se arrastró fuera de la caverna.

Covenant y Vasallodelmar le siguieron sin titubear. Al ver la aflicción de la criatura aceptaron en silencio lo que pretendiera de ellos.

Les llevó de nuevo a los túneles, alejándose de su ruta anterior a través de una compleja red de pasadizos. Pronto las paredes rocosas se enfriaron de nuevo, y el aire empezó a oler débilmente a azufre. Poco después, a algo más de media legua de la caverna, su guía se detuvo.

Se mantuvieron a respetuosa distancia de la criatura y aguardaron mientras ésta trataba de dominar los sollozos. Era penoso contemplar sus esfuerzos a la tenue iluminación de la luz de roca, pero contuvieron sus propias emociones y esperaron. Covenant estaba dispuesto a darle todo el tiempo que necesitara. La paciencia parecía ser lo único que podía ofrecer a los *jheherrin*.

No les hizo esperar demasiado. Reprimiendo su aflicción, les dijo con voz entrecortada:

—Este túnel finaliza en Kurash Qwellinir. En cada curva elegid... el camino hacia el fuego. Debéis pasar por un pasadizo del Realizador, que estará vigilado. Más allá seguid la dirección opuesta al fuego. Encontraréis Gorak Krembal. No podéis cruzar... Debéis cruzarlo. Rebasada la roca está la Morada del Realizador.

»Su boca está defendida, pero no tiene puerta. En su interior bulle... pero hay caminos secretos... el Realizador tiene caminos secretos que no utilizan sus servidores. Dentro de la boca hay una puerta. No podéis verla. Debéis encontrarla.

Presionad una vez en el centro del dintel. Encontraréis muchos caminos y lugares ocultos.

La criatura reptante se dio la vuelta y empezó a arrastrarse por el túnel. Su luz osciló y se extinguió, dejando a Covenant y Vasallodelmar a oscuras. Desde la profundidad del túnel, la criatura gimió:

—Trata de creer que eres puro.

Entonces cesó el sonido de su aflicción y la criatura desapareció.

Tras un largo momento de silencio, Vasallodelmar tocó el hombro de Covenant.

—¿Has oído bien, amigo mío? Nos ha proporcionado una ayuda preciosa. ¿Recuerdas todo lo que ha dicho?

Covenant percibió algo definitivo en el tono del Gigante, pero también él estaba demasiado preocupado por las dificultades de su propio propósito para preguntarse por el significado de aquel tono.

—Tú lo recuerdas —le dijo rígidamente—. Cuento contigo. No tienes más que llevarme allí.

—Amigo mío... Increíble —empezó a decir en voz baja el Gigante, pero se interrumpió y dejó de lado lo que había estado a punto de decir.

—Vamos entonces. —Cogió a Covenant del hombro para orientarles—. Haremos lo que podamos.

Ascendieron por el túnel. Éste torció dos veces e inició una empinada subida, estrechándose mientras se elevaba. Pronto Covenant se vio forzado a avanzar a gatas, siguiendo el ángulo de la fría cuesta de piedra. Vasallodelmar lo seguía de cerca y le ayudaba de vez en cuando, dándole un empujón. El Increíble fue impulsándose hacia arriba, arañando el suelo, a medida que el túnel rocoso se estrechaba más y más.

El túnel finalizó en un muro liso. Covenant buscó a su alrededor con manos ateridas. No encontró ninguna abertura... pero no pudo tocar el techo. Cuando miró arriba, vio un leve recuadro de luz rojiza por encima de su cabeza.

Apretándose el uno contra el otro, el Gigante y Covenant pudieron erguirse en el extremo del túnel. Vasallodelmar podía llegar a la abertura con los brazos extendidos. Cuidadosamente elevó a Covenant a través del recuadro luminoso.

El Increíble salió a una hendidura vertical en la roca.

Arrastrándose por el suelo, avanzó y miró a los lados; parecía haber un corredor corto y sin techo, cuyas paredes verticales de piedra tenían una altura considerable. Parecía como si hubiera sido desbastado rudamente en la roca negra e ígnea... un pasadizo que llevaba absurdamente de un muro sin acceso a otro igual. Pero cuando sus ojos se adaptaron a la luz, distinguió intersecciones a ambos lados del corredor.

La luz procedía del cielo nocturno. A lo largo de una de las paredes había un tenue resplandor, el brillo de un fuego lejano. El aire era acre y sulfuroso. Si no hubiese sido por el frío, Covenant habría supuesto que ya estaba cerca de Cenizas

Calientes.

Tras asegurarse de que el corredor estaba desierto, llamó en voz baja a Vasallodelmar. Dando un salto, el Gigante introdujo la cabeza y los hombros a través de la abertura, y siguió arrastrándose. Poco después estaba al lado de Covenant.

—Esto es Kurash Qwellinir —susurró mientras miraba a su alrededor—, las Colinas Quebrantadas. Si no me equivoco, estamos lejos del pasadizo que Bannor nos enseñó. —Entonces hizo una seña a Covenant para que le siguiera—. Quédate detrás de mí. Si nos descubre, debo saber dónde estás.

Deslizándose tan suavemente como si hubiera descansado, y ansioso de actuar furtivamente, se dirigió al resplandor, seguido por Covenant, cuyos pies descalzos y ateridos le hacían cojear. Cerca del final del corredor se apretaron cautelosamente contra la pared. Covenant contuvo el aliento mientras Vasallodelmar se asomaba a la esquina. Un instante después, el Gigante le hizo una señal. Ambos se apresuraron al siguiente pasadizo, girando hacia el resplandor rojizo.

El segundo corredor era más largo que el primero. Los más alejados eran curvos, retorcidos. Cambiaban de dirección, volvían sobre sí mismos, avanzaban serpenteando a través de la negra y áspera roca como serpientes atormentadas. Pronto Covenant perdió la sensación de que avanzaba. Sin las instrucciones del *jheherrin*, habría intentado recuperar el terreno perdido y corregir aparentes errores. Una vez más, se dio cuenta de que, desde el mismo principio, su supervivencia había dependido sobre todo de otros. Atiaran, Elena, Lena, Bannor, Triock, Mhoram, los *jheherrin*... no habría llegado a ninguna parte, no habría hecho nada sin ellos. A cambio de su brutalidad, su furor e imprevisión, le habían salvado la vida, alentándole en su propósito. Y ahora dependía enteramente de Corazón Salado Vasallodelmar.

No era un buen augurio para un leproso.

Avanzó pesadamente bajo el escudo de fúnebres presagios. La herida de la frente le daba la sensación de un peso bajo el cual no podía alzar la cabeza. El aire cargado de azufre parecía minar la fuerza de sus pulmones. Al cabo de algún tiempo empezó a sentirse aterido, embotado, como si caminara sin rumbo y lleno de confusión.

Sin embargo, percibió que la luz aumentaba al aproximarse a una pronunciada curva del corredor. El resplandor fue breve —se abrió y cerró como una puerta— pero le hizo recobrar la agudeza de sus sentidos. Se movía detrás del Gigante como una sombra, a medida que se acercaban a la esquina.

Oyeron voces guturales al otro lado de la curva. La idea de que podrían perseguirles estremeció a Covenant, pero se dominó: nada en el tono de las voces indicaba que estuvieran sobre aviso de su presencia.

Vasallodelmar asomó la cabeza por la esquina y Covenant se agachó bajo él para mirar también.

El corredor se abría a una amplia zona débilmente iluminada por dos pequeñas piedras de luz de roca, situadas a ambos lados de la entrada al espacio abierto. Contra la pared del fondo, a medio camino entre las dos piedras, había un grupo de oscuras criaturas semihumanas. Covenant contó hasta diez de ellas. Sujetaban lanzas y permanecían en posturas relajadas o indolentes, hablando entre sí con voces bajas y ásperas. Entonces cinco de las criaturas se volvieron hacia la pared que estaba detrás de ellas. Se abrió una parte de la piedra, dejando pasar una faja de luz rojiza. Covenant atisbó un túnel profundo detrás de la abertura. Las cinco criaturas cruzaron la entrada y cerraron la puerta tras ellas. La puerta se cerró de tal manera que ninguna grieta o resplandor revelaba la existencia del túnel.

—El cambio de la guardia —susurró Vasallodelmar—. Hemos tenido suerte de que la luz nos advirtiera.

Una vez la puerta cerrada, los guardias se colocaron contra la oscuridad de la pared, donde apenas eran visibles, y quedaron en silencio.

Covenant y Vasallodelmar se apartaron un poco de la esquina. Covenant estaba sumido en un dilema. No podía pensar en alguna manera de seguir adelante más allá de los guardias, pero, fatigado como estaba, temía la perspectiva de buscar otro pasadizo en aquel laberinto. Por el contrario, Vasallodelmar no mostró vacilación alguna. Aplicó la boca a la oreja de Covenant y susurró con firmeza:

—Quédate escondido. Cuando te llame, cruza este espacio abierto y gira para alejarte de Cenizas Calientes. Espérame después de la primera curva.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Covenant lleno de ansiedad.

El Gigante sonrió, pero la expresión de su rostro ennegrecido por el barro no era alegre, y había un brillo ávido en sus ojos.

—Creo que voy a propinar uno o dos golpes a esas criaturas del Realizador.

Antes de que Covenant pudiera responder, regresó a la esquina.

Vasallodelmar recorrió la pared con ambas manos hasta que encontró una piedra sobresaliente. Tensó un momento sus grandes músculos y desprendió la piedra.

Echó un vistazo al otro lado de la curva y lanzó la piedra, que aterrizó con estrépito en el corredor más alejado.

Uno de los guardias transmitió una orden a los otros. Empuñando sus lanzas, se dirigieron hacia el ruido.

Vasallodelmar les dio un momento para que se movieran.

Covenant corrió a la esquina y vio que Vasallodelmar se dirigía a los guardias, los cuales estaban mirando hacia otro lugar. Las largas piernas de Vasallodelmar cruzaron la distancia en media docena de silenciosas zancadas. Sólo pudieron atisbarle un instante antes de que cayera sobre ellos como la vertiente de una montaña.

Eran luchadores de grandes proporciones y potentes, pero él era un Gigante y quedaban empequeñecidos a su lado, a lo que se añadía el factor sorpresa. En rápida

sucesión golpeó a tres de ellos, en el cráneo o el pecho, y saltó hacia el cuarto.

La criatura retrocedió e intentó utilizar su lanza. Vasallodelmar le arrebató el arma de las manos y con el mango rompió la cabeza del guardia.

Pero lo que pareció un instante fue demasiado largo y permitió que el quinto guardián llegara a la entrada del túnel. La puerta se abrió y resplandeció la luz. El guardián desapareció por la brillante garganta de piedra.

Vasallodelmar corrió a la abertura, balanceando la lanza en la mano derecha, que apenas parecía más larga que una flecha en su puño, pero la pasó por encima del hombro, como una jabalina, y la arrojó contra el guardián que huía.

Un grito ahogado de dolor resonó en el túnel. El Gigante se volvió a Covenant:

—¡Ahora! —le gritó—. ¡Corre!

Covenant inició la carrera, impulsado por la vehemencia del Gigante; pero no podía correr, no podía obligar a sus miembros a moverse de modo tan rápido. Su amigo lo dejó asombrado. Vasallodelmar, de pie, iluminado por la vívida luz de roca, con las manos cubiertas de sangre, estaba sonriendo. Un placer salvaje corrompía sus toscas facciones. Sus ojos tenían un brillo rojizo.

—¿Vasallodelmar? —susurró Covenant como si el nombre le doliera en la garganta—. Gigante...

—¡Corre! —exclamó el Gigante, y entonces regresó al túnel. Con un rápido movimiento cerró la puerta de piedra.

Covenant permaneció inmóvil, parpadeando en la relativa oscuridad, observando cómo Vasallodelmar cogía las tres lanzas restantes y las llevaba al umbral. Allí las rompió y colocó los fragmentos en las grietas de la puerta para que se mantuviera cerrada.

Cuando terminó, se alejó de la pared. Sólo entonces se dio cuenta de que Covenant no le había obedecido. Al instante se acercó al Incrédulo y le agarró de un brazo.

—¡Estúpido! —le gritó, haciendo que se volviera hacia el pasadizo más alejado—. ¿Te burlas de mí?

Pero su mano estaba cubierta de sangre y resbaladiza. Perdió su asidero e involuntariamente lanzó a Covenant dando vueltas contra la piedra.

Covenant se deslizó por la pared hasta caer al suelo. Resollaba para recobrar el aliento.

—Vasallodelmar... ¿Qué te ha ocurrido?

El Gigante llegó hasta él, lo cogió por los hombros y lo zarandéó.

—No te burles de mí. ¡Hago estas cosas por ti!

—No las hagas por mí —protestó Covenant—. No las haces por mí.

El Gigante le alzó del suelo con un gruñido.

—Eres un estúpido si crees que podemos sobrevivir de otra manera.



Llevando al Incrédulo bajo su brazo como si fuera un niño terco, se internó en el laberinto hacia Cenizas Calientes.

Ahora se alejaba del resplandor rojizo a cada intersección. Covenant se agitaba bajo su brazo y exigía que lo dejara en el suelo, pero Vasallodelmar no accedió hasta haber dejado detrás tres curvas y otras tantas pendientes. Entonces se detuvo y dejó a Covenant a sus pies.

El Incrédulo se tambaleó y recuperó su equilibrio. Quería gritar al Gigante, enfurecerse con él, exigirle explicaciones, pero no le salía ninguna palabra. A su pesar, comprendía a Corazón Salado Vasallodelmar. El último de los Sinhogar había reaccionado con una violencia que ya era irremediable. Covenant no podía fingir que no comprendía, pero lo lamentaba intensamente y necesitaba alguna respuesta distinta.

Transcurrió un momento antes de que oyera el ruido que llamaba la atención del Gigante. Por fin lo percibió. Era un sonido distante y reiterado, como el impacto de un ariete sobre la piedra. Supuso qué era; las criaturas del Despreciativo trataban de penetrar en el laberinto tras romper la puerta del túnel. Un instante después oyó un estrépito seguido de gritos.

El Gigante le puso una mano en el hombro.

—Ven.

Covenant echó a correr para mantenerse a la altura de Vasallodelmar. Juntos se apresuraron a través de los corredores.

Abandonaron toda precaución y no intentaron protegerse de lo que podía esperarles más adelante. A cada cruce del laberinto se alejaban del resplandor rojizo cada vez más intenso, y en cada curva y cuesta de los corredores se acercaban más al fuego, se adentraban más en la espesa y acre atmósfera de Gorak Krembal. Ahora Covenant percibía calor en el aire, un calor seco y asfixiante que era como la quemazón de un desierto sin viento. Iba en aumento y hacía que le corrieran riachuelos de sudor por la espalda. Jadeaba ásperamente, tropezaba con las piedras, seguía corriendo. De vez en cuando podía oír los gritos de los perseguidores que resonaban en las paredes de Kurash Qwellinir.

Cada vez que tropezaba, el Gigante lo cogía y lo transportaba durante un breve trecho. Esto ocurría cada vez con más frecuencia. Su fatiga e inanición le afectaban como vértigo. En sus caídas se producía lesiones, hasta sentir que estaba lleno de golpes y rasguños de la cabeza a los pies.

Cuando llegó a su destino, el cambio fue tan brusco que casi le postró. Un momento antes avanzaba penosamente por una serie de ciegos corredores, y al siguiente se hallaba en las orillas de Cenizas Calientes.

Se detuvo abruptamente bajo el calor y la luz de la lava. El final de las colinas no podía ser más sorprendente. Se encontraba en una playa de ceniza muerta, a diez

metros de un río hirviente de roja piedra fundida.

Bajo la vacía cúpula de la noche, Cenizas Calientes se curvaban hasta perderse de vista a ambos lados. Burbujeaba y hervía, lanzando llameantes chorros de lava y azufre al aire, girando como si bullera en vez de fluir. Pero no producía sonido alguno, y Covenant tuvo la sensación de que se había quedado sordo. Tenía la impresión de que su carne se achicharraba, de que el sulfuro caliente le asfixiaba, pero la lava hervía extrañamente ante él como si fuera inaudible... una manifestación de pesadilla, de una vivacidad imposible e irreal.

Al principio la lava dominaba todo su campo de visión, extendiéndose desde aquella orilla de cenizas hasta el límite más lejano de todos los horizontes. Pero cuando parpadeó para aclarar sus ojos empañados por el calor, vio que la anchura de la lava no era superior a cincuenta metros. Más allá sólo podía distinguir una estrecha cenefa de cenizas. La caliente luz rojiza envolvía todo lo demás en tinieblas, hacía que la noche, al fondo, pareciera tan negra y abismal como las fauces abiertas del infierno.

Covenant exhaló un gemido ante aquella perspectiva, al pensar en la guarida del Execrable llena de peligros y oculta más allá de aquel fuego imposible de cruzar. Allí todos sus propósitos y su sufrimiento se reducían a nada. Era imposible cruzar Cenizas Calientes. Entonces le sobresaltó un súbito estallido de gritos. Esperó ver criaturas surgiendo del laberinto.

El sonido se extinguió cuando los perseguidores penetraron en corredores menos resonantes. Pero no podían estar muy lejos de ellos.

—¡Vasallodelmar! —gritó Covenant, y su voz tembló de temor a pesar de sus esfuerzos para controlarla—. ¿Qué vamos a hacer?

—¡Escúchame! —dijo el Gigante, con un febril tono de apremio—. Debemos cruzar ahora... antes de que nos vean. Si te ven... si el Rompealmas sabe que has cruzado... irá en tu busca y te capturará.

—¿Cruzar? —gimió Covenant—. ¿Yo?

—Si no nos ven, él no imaginará lo que hemos hecho. Creerá que te encuentras en algún otro lugar del laberinto... te buscará por ahí y no en el promontorio de Ridjeck Thome.

—¿Cruzar eso? ¿Estás loco? ¿Qué crees que soy?

No podía creer lo que estaba oyendo. En el pasado había supuesto que él y Vasallodelmar lograrían de algún modo ir más allá de Cenizas Calientes, pero semejante suposición se debía a que pensaba que eran un foso de lava alrededor de la morada del Execrable, no había concebido la verdadera inmensidad del obstáculo. Ahora veía su locura. Sintió que si daba un par de pasos más hacia la lava, su piel empezaría a chamuscarse.

—No —dijo Vasallodelmar, con un tono que no dejaba lugar a dudas—. Me he

esforzado para prepararme. Es posible que al hacer esto contrarreste todo el daño que he hecho en mi vida antes de morir. Amigo mío, yo te llevaré en brazos al otro lado.

En seguida alzó a Covenant en el aire y lo sentó sobre sus anchos hombros.

—¡Bájame! —protestó Covenant—. ¿Qué diablos estás haciendo?

El Gigante se volvió para enfrentarse a la ardiente piedra líquida.

—¡No respire! —exclamó—. ¡Mi fuerza te ayudará a soportar el calor, pero te quemará los pulmones si respiras!

—¡Maldita sea, Gigante! ¡Bájame! ¡Vamos a morir los dos!

—Soy el último de los Gigantes —dijo Vasallodelmar con voz ronca—. Daré mi vida como he decidido.

Antes de que Covenant pudiera pronunciar otra palabra, Vasallodelmar bajó por la playa de cenizas hacia la lava de Cenizas Calientes.

Desde la orilla dio un poderoso salto por encima de la piedra fundida. Cuando sus pies tocaron la lava, empezó a correr con toda su gran fuerza gigantesca hacia la otra orilla. La violenta vaharada de calor casi hizo perder a Covenant el conocimiento. Oyó un gemido distante, pero transcurrieron unos momentos antes de darse cuenta de que había surgido de su propia garganta. El fuego le cegaba, borraba todo excepto la roja violencia ante su visión. Tiraba de él como si le arrancara la carne de los huesos.

Pero no le mató. La resistencia del Gigante fluía hacia él. Y el anillo brillaba en su mano mutilada como si absorbiera su tormento, suavizando la tensión de su carne.

Notaba que Vasallodelmar se hundía bajo él. La lava era más espesa que el barro o las arenas movedizas, pero a cada paso el Gigante se hundía más en ella. Cuando sus largas zancadas habían cubierto la mitad de la distancia, la lava le llegaba a los muslos. Sin embargo siguió adelante. Irradiaba una agonía que le llegaba a Covenant a través de sus hombros, pero no se detuvo y forzó sus músculos más allá de todo límite para llegar a la orilla opuesta.

Covenant dejó de gemir para retener el aliento, aunque el dolor de Vasallodelmar parecía quemarle más que el calor de la lava. Intentó pensar en el oro blanco, obtener fuerza de él para ayudar al Gigante. Pero no podía saber si esto tenía algún resultado. El fuego rojo cegaba todas sus percepciones. Dos zancadas más y Vasallodelmar se había hundido hasta la cintura. Cogió los tobillos de Covenant y le alzó de modo que el Incrédulo quedara de pie sobre sus hombros. Osciló en aquella altura, pero la presa del Gigante parecía de hierro y le mantenía erecto.

Dos zancadas más... La lava llegó al pecho de Vasallodelmar, el cual se impuso por un instante a su dolor para musitar por encima del fuego silente:

—¡Recuerda a los *jheherrin*!

Entonces empezó a gritar, vencida su resistencia por el terrible dolor que le producía la lava.

Covenant no podía ver nada y no sabía qué distancia habían recorrido. La cabeza

le daba vueltas, retuvo el aliento y evitó unirse al tremendo grito de Vasallodelmar. El Gigante siguió avanzando, impulsándose con sus piernas torturadas como si vadeara un río de agua y no de lava.

Pero finalmente se detuvo. El peso y el dolor que le producía la lava le impedían continuar. No podía seguir vadeando.

Con un último y tremendo esfuerzo, se lanzó adelante, retrocedió y concentró toda su fuerza en los hombros. Con un impulso tan fuerte que pareció descoyuntarse los brazos, lanzó a Covenant hacia la orilla.

Covenant se arqueó a través de la luz deslumbradora, preparándose para sufrir el dolor súbito de la incineración.

Aterrizó sobre las cenizas a metro y medio de la orilla de Cenizas Calientes. Las cenizas crujieron bajo él, cedieron levemente y absorbieron parte del impacto. Jadeando, Covenant rodó sobre sí mismo y se puso de rodillas. No podía ver. Las lágrimas lo cegaban. Se quitó las lágrimas de los ojos con sus dedos insensibles, parpadeó furiosamente y concentró la visión.

A diez o más metros en la corriente de lava vio una de las manos de Vasallodelmar que todavía sobresalía de la superficie. Se cerró inútilmente un momento, tratando de encontrar un asidero en el aire sulfuroso. Luego desapareció en las profundidades ardientes.

¡Vasallodelmar!, exclamó Covenant, sin palabras. Le faltaba aire para gritar. ¡Vasallodelmar!

El calor se abatió furiosamente sobre él. Y a través del denso aire le llegaron débiles sonidos. Eran gritos... el clamor de sus perseguidores que se aproximaban.

*Antes de que nos vean*, recordó Covenant. Vasallodelmar había hecho aquello por él a fin de que no lo vieran... para que el Execrable no supiera que había cruzado Cenizas Calientes. Quería arrodillarse donde se encontraba hasta disolverse en calor y aflicción, pero se puso en pie, vacilante.

¡Vasallodelmar! ¡Amigo mío!

Moviéndose con rigidez, volvió la espalda a la lava como si fuera la tumba de todas sus víctimas, y se internó en la oscuridad.

Poco después cruzó un promontorio bajo y yermo, y cayó en el barranco que había tras él. Al instante el cansancio se abatió sobre Covenant como un alud, y se abandonó al sueño. Durante largo tiempo permaneció inmóvil en su propia noche, soñando en una imposible luz del sol.

## XIX

### RIDJECK THOME



espertó con el sabor acre del azufre en la boca y cenizas en el corazón. Al principio no podía recordar dónde estaba, no podía identificar el terreno arruinado sobre el que yacía ni la picazón del sulfuro en su garganta, ni el cielo sin sol. No podía recordar la causa de su soledad. ¿Quién podía soportar aquella soledad y seguir respirando? Pero al cabo de un rato empezó a percibir un olor a sudor y enfermedad bajo el azufre. Sudor, murmuró. Lepra. Recordaba.

Se enderezó poco a poco hasta quedar sentado en el barranco, apoyó la espalda en la ladera y trató de aquilatar su situación. Le costaba centrar sus pensamientos. Sabía que estaba muriéndose de hambre, que sus pies estaban destrozados, llenos de cortes, y la frente le dolía como si le hubieran atravesado el cráneo con un clavo. Pero su piel no parecía quemada, y a su túnica manchada de barro no parecía haberle afectado el calor. Permaneció un rato sentado sin moverse, intentando comprender por qué seguía con vida.

Vasallodelmar debía de haberle salvado del calor ejerciendo un poder a través de él, de la misma manera que los Gigantes impulsaban sus botes ejerciendo un poder a través de los timones de veta oropelina. Meneó la cabeza, pensando en el valor de Vasallodelmar. No sabía cómo podría seguir adelante sin la ayuda de su amigo.

Sin embargo, no lloró por el Gigante. Se le habían agotado las lágrimas. Era un leproso y la alegría o la aflicción no eran asunto suyo. La crisis en el Coloso le había hecho salir de sí mismo, le había obligado a dar respuestas que en realidad no poseía. Ahora había recobrado su insensibilidad esencial, la piedra de toque que definía su existencia. Y no pretendería ser nada más que lo que era.

Pero su labor no había terminado. Tenía que seguir adelante, enfrentarse con el Despreciativo..., completar, si podía, el propósito que le había llevado allí. Aún no había cumplido todas las condiciones de su liberación del Reino. Para bien o para mal, tendría que poner fin a la búsqueda del oro blanco por parte del Amo Execrable.

Y tendría que hacerlo como lo habrían hecho Bannor y Vasallodelmar, el primero desapasionadamente y el segundo lleno de pasión, luchando y negándose a luchar, ambas cosas a la vez... porque tenía una razón más para ir en busca del Despreciativo. Rodeado en su mente por todas sus víctimas, descubrió que sólo había una buena respuesta abierta todavía a él.

Esa respuesta era la victoria sobre el Desprecio.

Sólo derrotando al Amo Execrable podría dar significado a todas las vidas que se

habían perdido en su nombre, y al mismo tiempo preservarse a sí mismo del hecho irremediable de quién era.

Thomas Covenant. Incrédulo. Leproso.

Contempló pausadamente su anillo. La alianza le iba demasiado grande a su dedo descarnado, pálida, plateada, intratable. Exhaló un gemido e hizo un esfuerzo para ponerse en pie.

Ignoraba por qué se hallaba todavía en el Reino después de la muerte de Vasallodelmar... y no le importaba. Probablemente la explicación tenía que ver con la ruptura de la Ley de la Muerte. El Despreciativo no podía hacer nada. Él estaba dispuesto a creer que en los dominios del Amo Execrable se había revocado la antigua Ley de la Tierra.

Empezó a subir por la pared opuesta del barranco. No tenía que hacer ningún preparativo, carecía de suministros, planes o recursos... no tenía ninguna razón por la que no pudiera empezar sin más su tarea. Y cuanto más se retrasara, más débil estaría.

Cuando se aproximaba a la cresta de la colina, alzó la cabeza para mirar a su alrededor.

Tuvo entonces la primera visión de la guarida del Execrable.

Al otro lado de una llanura yerma y rocosa, llena de grietas, como a media legua de donde él se encontraba, en un lugar tan muerto y desolado, del que había huido incluso la posibilidad de vida, se alzaba la guarida. Desde lo alto de la colina — última elevación entre él y el hogar del Execrable— podía ver que se encontraba en la base del promontorio de Ridjeck Thome. A varios centenares de metros de él, a cada lado, el terreno descendía en escarpados acantilados que se iban aproximando hasta reunirse en la punta del promontorio. Covenant oía a lo lejos el estruendo de las olas que se rompían contra los acantilados y, mucho más allá de los bordes de la cuña, podía ver las aguas oscuras, verdigrises, del mar.

Pero prestó poca atención al paisaje. El magnetismo de la guarida atraía su mirada. Por lo que había oído, había supuesto que la mayor parte de la mansión del Execrable era subterránea, y ahora veía que aquello debía de ser cierto. El promontorio se alzaba gradualmente y formaba un gran risco en su punta, y allí se encontraba la guarida. Dos torres iguales, tan altas y finas como minaretes, ascendían a varios centenares de metros, y entre ellas, a nivel del suelo, estaba el agujero oscuro de la única entrada. No era visible nada más de la residencia del Execrable. Desde las ventanas en lo alto de las torres, el Amo Execrable o sus guardianes podían mirar más allá del promontorio, más allá de Cenizas Calientes y las Colinas Quebrantadas, pero el resto de su dominio —las madrigueras donde crecían sus criaturas, los talleres en los que se producía su energía, sus cuarteles, la sala del trono— tenía que ser subterráneo, cavado en la roca y sólo accesible a través de aquella única boca y los túneles ocultos entre Kurash Qwellinir.

Covenant miró al otro lado del promontorio. Las oscuras ventanas de las torres le miraban ciegamente como ojos desalmados, inexpresivos y abominables. Al principio se quedó paralizado por la visión, sorprendido de hallarse tan cerca de semejante destino. Pero cuando se desvaneció aquella emoción, empezó a preguntarse cómo podría alcanzar la guarida sin que le descubrieran los centinelas. No creía que las torres estuvieran tan vacías como aparentaban. Seguramente el Despreciativo no dejaría ningún acceso sin vigilar. Y si esperaba la llegada de la oscuridad para ocultarse, podría caer por un acantilado o en una de las grietas.

Consideró el problema durante algún tiempo sin hallar ninguna respuesta. Al final decidió que debería correr sus riesgos, y que sus posibilidades no serían menores de lo que habían sido hasta entonces. El terreno que había de cruzar era desolado y áspero, con pozos de lava, montones de cenizas y grietas. Podría ponerse a cubierto en la mayor parte del recorrido.

Regresó al barranco y lo siguió por el lado sur hasta que empezó a desviarse hacia el acantilado. Ahora podía ver y oír claramente el océano, aunque el olor sulfuroso de la lava todavía anulaba todo aroma salino en el aire, pero su observación le bastó para evitar el peligro del acantilado. Desde allí subió de nuevo a la colina y atisbó el terreno cercano.

Aliviado, vio más barrancos. Desde la base de la colina se extendían como una red de cicatrices de la erosión por aquella parte de la llanura. Si lograba llegar hasta ellos sin ser visto, podría recorrer a salvo una distancia considerable.

Se felicitó tristemente por la suciedad de su túnica, que se confundía con los colores sombríos del terreno. Hizo acopio de valor, dominando sus nervios, y echó a correr. Bajó la última vertiente y rodó hasta el barranco más cercano. Éste era demasiado superficial para permitirle ponerse en pie, pero, reptando y a gatas, alternativamente, pudo abrirse camino por la red. Después pudo avanzar con más facilidad.

Pero más allá del calor de Cenizas Calientes, el aire se volvió frío y húmedo, como una exhalación de una cripta; lo traspasaba, a pesar de su túnica, hacía que el sudor le doliera como hielo en su piel, dilapidaba sus escasas energías. El terreno era duro, y al arrastrarse sus rodillas percibían la maldad que vibraba a través de la roca. Su cuerpo desnutrido no dejaba de oponer resistencia a todo esfuerzo, pero él siguió adelante.

Más allá de los barrancos se movió con más rapidez durante algún tiempo, avanzando entre pozos de lava y montones de ceniza. Pero luego se encontró con una extensión plana acribillada de grietas y hendiduras, que no ofrecía refugio alguno. A través de algunas de aquellas grietas podía oír el ruido de las olas al romperse, de otras ascendían vaharadas de aire fétido. La ventilación de la guarida. Tuvo que correr aprisa, sin protección, por el terreno llano, ora corriendo entre anchas brechas

en el suelo, ora lanzándose por encima de las grietas que encontraba en su camino, lleno de temor. Cuando al fin llegó al pie de la roca escabrosa y elevada que conducía a las torres, se ocultó tras una gran piedra y permaneció allí tendido, jadeando, estremeciéndose bajo el aire frío y húmedo, temeroso de oír los ruidos de guardianes.

Pero no oyó alarmas, ningún grito ni movimiento de persecución... nada excepto su propia respiración entrecortada, el pulso febril de su sangre, el estrépito de las olas. O bien los guardianes no le habían visto o se disponían a tenderle una emboscada. Reunió los vestigios de su fuerza y empezó a ascender por las rocas.

Mientras trepaba se sintió más débil. Sufría vértigo y la debilidad inutilizaba sus manos para afianzarse y sus piernas para darse impulso. Pero siguió adelante. Una y otra vez se detenía, con el corazón latiéndole aceleradamente, porque había oído —o creído oír— algún ruido en las rocas, algún murmullo indicativo de que le acechaban. Sin embargo se obligaba a continuar. Mareado, débil, solo, tembloroso, vulnerable... estaba enzarzado en una lucha que podía comprender. Había llegado demasiado lejos para ninguna clase de rendición.

Ahora se encontraba a tal altura que apenas conseguía ocultarse ante las torres. Pero el ángulo era demasiado cerrado para que pudieran descubrirlo posibles guardianes apostados en las ventanas. Así pues, mientras jadeaba y subía arrastrándose los últimos metros, se preocupó menos de ocultarse. Necesitaba toda su atención, su energía, para mover sus manos y pies, para elevar su cuerpo, cada vez más arriba.

Por fin llegó a la cumbre. Asomándose a una abertura entre dos rocas, vio de cerca por primera vez la boca de la guarida del Execrable.

Era suave y simétrica, sin ningún adorno, perfectamente realizada. La abertura redondeada estaba en un macizo estribo de piedra labrada... una fortificación tallada y pulimentada que cerraba la entrada como si condujera a una cripta. Su brillante superficie reflejaba exactamente el cielo nublado y la imagen gris y nítida de los parapetos.

Una figura tan alta como un Gigante se hallaba ante la cueva. Tenía tres cabezas y tres pares de ojos, de modo que podía vigilar en todas direcciones, tres musculosas piernas que formaban un trípode y le proporcionaban estabilidad. Sus tres brazos estaban en permanente disposición de ataque. Cada uno de ellos sostenía una espada de hoja ancha y brillante, y estaban protegidos por gruesas fajas de cuero. Un largo escudo de cuero le cubría el torso. Al principio, Covenant no percibió movimiento alguno que indicara que aquel ser estaba vivo. Pero entonces parpadeó, y sus ojos amarillos llamaron la atención del Incrédulo. Recorrían constantemente la cumbre de la colina, buscando enemigos. Cuando la mirada de aquella criatura pasó por la brecha en la que se ocultaba Covenant, éste retrocedió como si le hubiera descubierto.

Pero si aquel ser le vio, no mostró señal alguna de que así fuera. Al cabo de un



momento cedió la aprensión de Covenant. El guardián no estaba colocado para vigilar parte alguna del promontorio excepto los últimos accesos a la cueva. Prácticamente todo su recorrido desde Cenizas Calientes quedaba fuera del campo de visión del monstruo. Así pues, estaba seguro donde se agazapaba. Pero si quería entrar en la guarida del Execrable tendría que pasar por el lado de aquel guardián.

No tenía idea de cómo hacerlo. No podía luchar con la criatura, ni se le ocurría cómo engañarla. Y cuanto más aguardaba la llegada de alguna clase de inspiración, mayores eran su temor y su debilidad.

Antes que permanecer donde estaba hasta quedar paralizado, se arrastró sobre su vientre a través de las rocas, hasta la fortificación a un lado de la entrada. Ocultándose detrás del parapeto casi directamente por debajo y entre las torres gemelas, hizo un esfuerzo para silenciar su respiración y trató de reunir valor para acercarse de la única manera que podía concebir... dejándose caer por encima del parapeto y tratando de correr más aprisa que el guardián. Ahora se encontraba tan cerca del monstruo que estaba seguro de que podría oler su sudor, oír el movimiento de su cabeza y los latidos de su corazón.

Sin embargo, no podía moverse. Se sentía totalmente expuesto a que le descubrieran desde las torres, aunque estaba fuera del campo visual de las ventanas. Tenía miedo. En cuanto se mostrara... en cuanto el guardián le viera... se produciría la alarma en la guarida del Execrable. Todo el esfuerzo y el sacrificio de Vasallodelmar, toda la ayuda de los *jheherrin*, quedarían inutilizados en un instante. Estaría solo contra las defensas de Ridjeck Thome.

Lanzó una maldición y se dijo que debía proseguir, que era un leproso y ya debería estar acostumbrado a aquellas situaciones.

La guarida del Execrable era muy grande. Si conseguía rebasar al guardián, podría evitar su captura por algún tiempo, tal vez incluso podría encontrar la puerta secreta de la que habían hablado los *jheherrin*. Aquella posibilidad no era mayor que cualquier otra. Estaba atrapado entre su tremenda ineficacia y su innegable necesidad. Hacía mucho tiempo que había perdido su capacidad de evaluar costes y medir las posibilidades.

Se apoyó en la piedra y aspiró hondo. Antes de que pudiera moverse, algo cayó sobre él y lo derribó. Se debatió, pero una presa de hierro le inmovilizó los brazos a la espalda. Un peso le impidió mover las piernas. Lleno de furia y temor, trató de gritar. Una mano le tapó todo el rostro.

Estaba impotente. Su atacante podría haberle roto la espalda con un rápido movimiento. Pero las manos se limitaban a mantenerle inmóvil... afirmando su dominio sobre él, esperando a que se relajara y sometiera.

Hizo un esfuerzo para eliminar la tensión de sus músculos. La mano no se apartó de su rostro, pero, súbitamente, le pusieron boca arriba.

Se halló ante el rostro cálido y limpio de Corazón Salado Vasallodelmar.

El Gigante le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio, y entonces lo liberó.

En seguida Covenant rodeó con sus brazos el cuello de Vasallodelmar, le abrazó, se colgó de él como un niño. Una radiante alegría disipó la oscuridad que le rodeaba, le elevó a la esperanza como si fuera el alba clara y pura de un nuevo día.

Vasallodelmar le devolvió el abrazo pero en seguida se alejó cautelosamente. Covenant lo siguió, aunque tenía los ojos arrasados en lágrimas, tanto que apenas podía ver adonde iba. El Gigante lo condujo desde el estribo hasta el extremo de una de las torres. Allí se ocultaron del guardián, y el rumor de las olas cubrió sus voces. Sonriendo satisfecho, Vasallodelmar susurró:

—Perdóname, por favor. Confío en no haberte hecho daño. Te busqué, pero no te veía. Cuando llegaste al parapeto, no podía llamarte sin poner sobre aviso a ese engendro del Execrable, y temí que, en tu sorpresa, pudieras traicionar tu presencia.

Covenant parpadeó para retener las lágrimas. Cuando habló, su voz se estremecía de alegría y alivio.

—¿Que te perdone? Me he llevado un susto de muerte.

Vasallodelmar rió quedamente, apenas capaz de contener su propia alegría.

—Ah, amigo mío, estoy muy contento de verte de nuevo. Temí haberte perdido en Cenizas Calientes... que te hubieran hecho prisionero... temí... ¡Ah, estaba lleno de temores!

—Creí que estabas muerto —dijo Covenant.

Sollozó una vez y entonces se contuvo. Bruscamente se enjugó los ojos para poder ver al Gigante.

Vasallodelmar parecía hermosamente saludable. Estaba desnudo, pues había perdido sus vestiduras en los fuegos del río de lava, y su cuerpo estaba limpio y perfecto de la cabeza a los pies. La angustia de su mirada había sido sustituida por la serenidad. Sus ojos brillaban risueños en sus cuencas cavernosas. La fuerza de sus miembros parecía tan sólida como el mármol, y con excepción de algunos rasguños recientes recibidos mientras pasaba de Cenizas Calientes a la guarida del Execrable, incluso sus viejas cicatrices de combate habían desaparecido, borradas por un fuego que parecía haberle restaurado hasta la médula de sus huesos. Nada en él evidenciaba la agonía que había sufrido.

Sin embargo, Covenant tuvo la impresión de aquella agonía, de un dolor trascendente que había alterado al Gigante en un aspecto fundamental. De alguna manera, en Cenizas Calientes, Vasallodelmar había purgado sus pasiones más terribles a través de su Apocalipsis.

Covenant se serenó con el aire marino y repitió:

—Creí que estabas muerto.

La alegría del Gigante no se alteró.

—Yo también. La verdad es que este resultado me asombra tanto como a ti. ¡Piedra y mar! Hubiera jurado que moriría. Covenant, el Despreciativo jamás puede triunfar por entero en un mundo donde suceden tales cosas.

Covenant se dijo que aquello era cierto... en un mundo semejante.

—Pero cómo... ¿cómo lo hiciste? ¿Qué sucedió?

—No estoy seguro del todo. Amigo mío, creo que no habrás olvidado la *caamora* gigantina, el fuego ritual de la aflicción. A la carne de los Gigantes no la daña el fuego ordinario. El dolor purga, pero no quema. De ese modo los Sinhogar encontraron de vez en cuando alivio a los excesos de su corazón.

»Además, te sorprenderá oír que tengo la certeza de que tu magia indomeñable me ha socorrido en cierto grado. Antes de que te arrojara de mis hombros sentí... que algún poder compartía su fuerza conmigo, de la misma manera que yo compartí mi fuerza contigo.

—Maldita sea —masculló Covenant, mirando la alianza plateada en su dedo. Recordó de nuevo la aserción de Mhoram—: *Tú eres el oro blanco*. Pero aún no podía comprender lo que el Amo Superior había querido decir.

—Y además —continuó el Gigante— hay en la Tierra misterios vivos en los que ni sueña el Amo Execrable, Corazón de Satán y Rompealmas. El Poder de la Tierra que se manifestó para beneficiar a Berek Mediamano no está ahora en silencio. Tal vez habla otra lengua..., quizá sus derroteros han sido olvidados por las gentes que viven sobre el Reino... pero no se ha extinguido. El Reino no podría existir si no contuviera el bien para igualar la acción de ponzoñas como la Piedra Illearth.

—Tal vez —musitó Covenant. Apenas oía sus propias palabras. La idea de la actuación de su anillo había desencadenado una serie por completo diferente de sensaciones en él. No quería reconocerlas, detestaba hablar de ellas, pero al cabo de un momento se obligó a decir:

—¿Estás... estás seguro de que no has... resucitado... como Elena?

Una expresión risueña iluminó el rostro del Gigante.

—¡Piedra y mar! Una pregunta así es muy propia del Incrédulo.

—¿Estás seguro?

—No, amigo mío —rió Vasallodelmar—. No estoy seguro. Ni lo sé ni me importa. Solamente estoy contento porque tengo una oportunidad más de ayudarte.

Covenant reflexionó en aquella respuesta e hizo cuanto pudo por estar a la altura del Gigante.

—Entonces hagamos algo mientras podamos.

—Sí. —La expresión del Gigante se volvió lentamente grave, pero no perdió su aura de exaltación y dolor—. Debemos hacerlo. Con nuestro retraso se pierden más vidas en el Reino.

—Confío en que tengas un plan. —Covenant se esforzó para reprimir su ansiedad—. No creo que el guardián nos deje pasar si se lo pedimos amablemente.

—He pensado un poco en el asunto.

Vasallodelmar le describió detalladamente los resultados de sus pensamientos.

—Todo eso está muy bien —dijo Covenant—. Pero ¿y si saben que nos acercamos, si nos esperan ahí dentro?

El Gigante meneó la cabeza y explicó que se había dedicado a escuchar a través de la roca de las torres. No había oído nada que indicara una emboscada, nada que mostrara que las torres estaban ocupadas.

—Es posible que el Rompealmas no crea realmente que podemos acercarnos así. Tal vez éste sea su único guardián. Pronto lo sabremos.

—Sí, desde luego —musitó Covenant—. Pero no me gustan las sorpresas. Nunca sabes cuándo una de ellas va a arruinarte la vida.

—Quizás ahora podamos provocar en lo posible la ruina del arruinador...

—Así lo espero —replicó Covenant.

Se arrastraron juntos hacia la entrada, y una vez allí se separaron. Siguiendo las instrucciones del Gigante, Covenant se abrió paso entre las rocas y cantos rodados, tratando de aproximarse cuanto pudiera a la cueva sin ser visto. Se movió con extrema precaución, siguiendo una ruta sinuosa. Al final de aquel tramo todavía le quedaban unos cuarenta metros desde el estribo rocoso. La distancia era excesiva, pero no podía encontrar otra alternativa. No trataba de escabullirse pasando junto al guardián sin que le viera; sólo quería hacerle vacilar.

«Vamos, Covenant», se dijo. «Hazlo de una vez. Éste no es lugar para cobardes».

Aspiró hondo, se maldijo nuevamente, como si aquella fuera su última oportunidad, y salió de su escondite.

En seguida notó que la mirada del guardián se fijaba en él, pero trató de ignorarla y dirigirse a la cueva con un aspecto de indiferencia. Con las manos a la espalda y silbando entre dientes, caminó como si esperase que le dejaran entrar libremente en la guarida del Execrable.

Evitó la mirada del guardián, una fiera mirada capaz sin duda de descubrir su propósito y determinar quién era. Sintió una oleada de revulsión. Pero cuando pasaba de los cantos rodados a la pista de piedra pulida en la entrada, se obligó a mirar el rostro del monstruo.

Involuntariamente se detuvo y dejó de silbar. La maldad amarillenta en la mirada del monstruo le fulminaba. Aquellos ojos parecían conocerle, saber todo respecto a él y tener cuanto sabían en el más profundo desprecio. Por una fracción de segundo temió que aquel ser fuera el mismo Despreciativo, pero sabía que no era así. Como tantos otros esbirros del Execrable, aquel monstruo estaba hecho de carne contorsionada, era una víctima más de la magia del Amo Execrable, y daba una

impresión de incertidumbre.

Fingiendo impertinencia, Covenant subió por la pista hasta llegar casi al alcance de la espada del monstruo. Allí se detuvo y escrutó lentamente al guardián. Tras examinarlo de la cabeza a los pies, sostuvo de nuevo su poderosa mirada y le dijo con toda la insolencia de que fue capaz:

—No le digas al Execrable que estoy aquí. Quiero darle una sorpresa.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, presentó súbitamente las manos. Con el anillo expuesto en el dedo índice de la mano derecha, se lanzó adelante como para atacar al guardián con un estallido de magia indomeñable.

El guardián dio un salto y adoptó una postura defensiva. Por un instante sus tres cabezas se volvieron hacia Covenant.

En aquel instante Vasallodelmar saltó del estribo por encima de la entrada a la guarida.

El guardián estaba fuera de su alcance, pero cuando aterrizó se lanzó hacia delante, rodó sobre sí mismo y le golpeó los pies, haciéndole caer. Se derrumbó con un remolino de miembros y espadas.

De inmediato, el Gigante se puso a horcajadas sobre el monstruo. Éste era tan grande como él, quizá más fuerte, y estaba armado. Pero Vasallodelmar le golpeó con tanta fuerza y le oprimió tan eficazmente con su cuerpo que no pudo defenderse. Tras propinarle dos puñetazos en la base de sus cuellos, el monstruo quedó inmóvil.

Rápidamente le arrebató una de las espadas para cortarle las cabezas.

—¡Vasallodelmar! —protestó Covenant.

El Gigante se alzó del cuerpo inconsciente y miró a Covenant empuñando la espada.

—No lo mates.

Jadeando levemente por el esfuerzo que había hecho, el Gigante dijo:

—Cuando se recobre pondrá en guardia a toda la guarida.

Su expresión era severa, pero no salvaje.

—Ya ha habido suficientes muertes —replicó Covenant con voz ronca—. Lo detesto.

Vasallodelmar sostuvo un momento la mirada de Covenant. Luego echó la cabeza atrás y empezó a reír.

La gratitud que experimentó Covenant le hizo sentirse súbitamente débil. Las rodillas casi se le doblaron.

—Eso está mejor —musitó aliviado. Se apoyó contra una pared de la entrada y descansó mientras atesoraba la alegría del Gigante.

Poco después Vasallodelmar dejó de reír.

—Muy bien, amigo mío —dijo en voz baja—. La muerte de esta criatura nos proporcionaría tiempo... un tiempo en el que podríamos llevar a cabo nuestro

propósito y buscar una escapatoria. Pero escapar no ha sido nunca nuestro objetivo. —Dejó caer la espada al lado del guardián postrado—. Si su inconsciencia nos permite lograr nuestro propósito, será suficiente para nosotros. Ya veremos cómo nos ponemos a salvo. —Sonrió astutamente y siguió diciendo—: Pero tengo la impresión de que podré hacer un mejor uso de su escudo.

Inclinándose sobre el guardián, le despojó de sus ropas y utilizó el cuero para cubrir su propia desnudez.

—Tienes razón —suspiró Covenant, que no pretendía escapar—. Pero no hay motivo para que te arriesgues a que te maten. Ayúdame a encontrar esa puerta secreta... y luego vete de aquí.

—¿Abandonarte? —Vasallodelmar le aplicó al pecho el escudo con una expresión de disgusto—. ¿Cómo podría irme de aquí? No intentaré cruzar de nuevo Cenizas Calientes.

—Salta al mar... vete a nado... no sé. —Experimentaba una intensa necesidad de actuar. No podían permitirse pasar el tiempo debatiendo lo que habían de hacer en el mismo portal de la guarida—. No me hagas responsable de ti también.

—Al contrario —replicó el Gigante en tono neutro—, soy yo el responsable de ti. Yo te convoqué.

Covenant se estremeció.

—No estoy preocupado por eso.

—Ni yo tampoco. —Vasallodelmar sonrió—. Pero no me gusta que me hables de abandonarte. Amigo mío... estoy acostumbrado a tales cosas.

Se miraron gravemente y, en la mirada del Gigante, Covenant vio tan claramente como si le hablara que no podía responsabilizarse de su amigo, no podía tomar decisiones por él. Sólo podía aceptar la ayuda de Vasallodelmar y estarle agradecido. Gruñó dolorido por el resultado que preveía.

—Entonces vámonos —dijo consternado—. No voy a durar mucho más.

El Gigante respondió cogiéndole de un brazo y sosteniéndole. Uno al lado del otro, regresaron hacia la oscura boca de la cueva.

Para su sorpresa, la oscuridad se desvaneció como si hubieran pasado a través de un velo de oscuridad. Más allá, se encontraron en el extremo estrecho de una sala oval. Parecía envuelta en una tenue luminosidad, como si sus paredes estuvieran encendidas con un frío fuego verde. Todo el lugar parecía a punto de estallar en gélidas llamaradas.

Se detuvieron involuntariamente y miraron a su alrededor. La simetría de la sala y la talla de la piedra eran perfectas. En su punto más amplio se abría a unos pasadizos idénticos que llevaban a las torres, y en el extremo opuesto el suelo se hundía para formar una amplia escalera espiral en la roca. No había grietas ni juntas en la piedra. La sala estaba tan suavemente tallada, pulida e incluso exenta de todo ornato,

rasgo o error como si la concepción ideal de su creador hubiera sido trasladada a la piedra inmaculada sin la intervención de manos que resbalaran y mentes que comprendieran mal. Evidentemente no era obra de Gigantes. Carecía de todo rasgo identificador, le faltaba el elemento gigantino del detalle. Parecía sobrepasar cualquier clase de obra debida a manos mortales. Era preternaturalmente perfecta.

Covenant contempló boquiabierto aquel lugar. Mientras Vasallodelmar se alejaba para empezar a buscar en las paredes laterales la puerta de la que habían hablado los *jheherrin*, Covenant se adentró en la sala y se aproximó a la gran escalera. Había allí una antigua magia, un poder atesorado por el odio y la avidez. Podía notarlo en la luz mortecina, en la fría atmósfera, en las paredes inmaculadas. Aquel lugar glacial era el hogar del Amo Execrable, sede y raíz de su poder. Aquella sala vacía convertía en meros insectos a sus enemigos. Covenant recordaba haber oído decir que el Execrable jamás sería derrotado mientras Ridjeck Thome siguiera en pie. Lo creyó.

Al llegar a la amplia espiral de la escalera, observó que su centro abierto era como un gran pozo que se curvaba gradualmente hacia el promontorio a medida que descendía. Los escalones eran lo bastante anchos para permitir el paso a quince o veinte personas a la vez. Su espiral atrajo la mirada de Covenant hacia abajo, hacia el brillante agujero, hasta que se inclinó sobre el borde para ver lo más lejos posible, y su simetría dio ímpetu al vértigo y a su temor de caer.

Pero Covenant había aprendido el secreto de aquel vértigo y no cayó. Su mirada recorrió el pozo de la escalera. Y un momento después, vio algo que disipó su peligrosa fascinación.

Avanzando sin producir ruido alguno desde las profundidades avanzaba un nutrido grupo de ur-viles. El Incrédulo se echó atrás.

—Será mejor que encuentres pronto esa puerta —le dijo a Vasallodelmar—. Ya vienen.

El Gigante no interrumpió su escrutinio de las paredes. Mientras revisaba y palpaba la piedra, sondeándola en busca de algún signo de entrada oculta, musitó:

—Está bien escondida. No sé cómo es posible tallar la piedra así. Mi pueblo no era inexperto en este trabajo, pero nunca pudieron soñar en tales paredes.

—Tenían demasiadas pesadillas propias —dijo Covenant con los dientes apretados—. ¡Encuéntrala! Esos ur-viles se acercan con rapidez. —Recordó a la criatura que le había hecho caer en las catacumbas bajo el Monte Trueno y añadió—: Pueden oler el oro blanco.

—Soy un Gigante —respondió Vasallodelmar—. La talla de piedra está en la misma sangre de mi gente. Esta puerta no se me puede ocultar.

Entonces sus manos encontraron una sección de la pared que parecía hueca. La exploró rápidamente, midiendo sus dimensiones, aunque no era visible ningún signo de una puerta en la pared inmaculada.

Cuando localizó la entrada lo más exactamente posible, presionó el centro del dintel.

Con una deslumbrante tracería verde, el dintel apareció en la pared. Bajaron unas jambas hasta el suelo, como si en aquel mismo instante hubieran sido creadas en la roca, y entre ellas la puerta se abrió sin ruido hacia dentro.

Vasallodelmar se frotó las manos satisfecho.

—Como has ordenado, ur-Amo —dijo riendo entre dientes, e hizo una seña a Covenant para que le precediera a través de la puerta.

Covenant echó un vistazo a las escaleras y se apresuró a la pequeña cámara que estaba más allá de la puerta. Vasallodelmar fue tras él, agachando la cabeza porque tanto el dintel como el techo de la cámara eran bajos. En seguida cerró la puerta y observó cómo se disolvía en la piedra lisa. Entonces fue delante de Covenant hacia el corredor que estaba más allá de la cámara.

Aquel pasadizo era tan brillante y frío como la sala exterior. Vasallodelmar y Covenant vieron que descendía abruptamente, en dirección a las profundidades del promontorio. Covenant lo contempló confiando en que le llevara adonde necesitaba ir; estaba demasiado débil para deambular por toda la guarida en busca de su perdición.

Ninguno de los dos hablaba. No querían arriesgarse a que les oyeran los ur-viles. Vasallodelmar miró a Covenant, se encogió de hombros y empezó a recorrer el túnel.

El techo bajo obligaba a Vasallodelmar a moverse agachado, pero avanzó por el corredor tan rápido como pudo, y Covenant se mantuvo a su altura apoyándose en la espalda del Gigante y dejando que la gravedad tirase de sus piernas sin fuerzas. Al igual que unos siameses, conectados el uno al otro a pesar de todas sus diferencias por una necesidad umbilical común, caminaron agachados a través de la roca de Ridjeck Thome.

Durante el descenso Covenant cayó varias veces. Su inquietud y su temor crecían en la constricción del corredor, pero le hacían desfallecer en vez de proporcionarle energías, le dejaban tan laxo como si ya hubiera sido derrotado. El frío, que parecía calarle los huesos, era una constante compañía, hasta el punto de que pareció sentirse extrañamente cómodo en él... cómodo y soñoliento, como un viajero cansado que al fin llega a su casa para dejarse caer ante su buena chimenea. Luego, a intervalos, tuvo atisbos del espíritu de aquel lugar, de la absoluta perfección que de algún modo daba lugar, afirmaba, la maldad más fanática e insaciable. En aquella atmósfera, el desprecio y la belleza se confundían. La guarida del Execrable era el dominio de un ser que comprendía la perfección... un ser que odiaba la vida, no porque constituyera una amenaza para él, sino porque sus infecciones mortales ofendían la pasión definitoria de su existencia. En aquellos vislumbres, los pies insensibles y lacerados de Covenant parecían resbalar en la piedra y caía de cabeza a espaldas de



Vasallodelmar.

Pero siguieron avanzando, y al fin alcanzaron el extremo del túnel. Éste se abría a una serie de dependencias sin adorno ni mueble alguno, todas exactas y simétricas, que no mostraban signo alguno de que jamás hubieran estado, o fueran a estar, ocupadas por nadie. Sin embargo, la luz fría y verde brillaba por doquier, y el aire era tan vivo como cristales de hielo. El sudor de Vasallodelmar formaba un amontonamiento de esmeraldas en su barba, y se estremecía, a pesar de su normal inmunidad a la temperatura.

Más allá de las dependencias, encontraron una cadena de escaleras que les llevó abajo, a través de salas vacías, cavernas solitarias suficientemente grandes para alojar los más temibles males, galerías deshabitadas donde un orador podría haber hablado a un auditorio de millares. Tampoco allí encontraron signo alguno de ocupación. Toda aquella parte de la Guarida era para el uso privado del Amo Execrable. Ni los ur-viles ni otras criaturas penetraban allí; jamás lo habían hecho. Vasallodelmar apresuró a Covenant a través de la espectral perfección. Bajando siempre, buscando las profundidades en las que el Amo Execrable atesoraba la Piedra Illearth. Y a su alrededor, la antigua maldad de Ridjeck Thome se hacía más pesada y penosa a cada nivel. Vasallodelmar llegó a sentir tanto frío que se puso a temblar, y Covenant arrastraba los pies a su lado, como si sólo el anhelo insistente de hallar el lugar más gélido de la guarida, el punto del hielo absoluto, le impidiera quedarse dormido donde estaba.

El instinto que les llevaba hacia abajo no les condujo mal. Gradualmente, Vasallodelmar empezó a percibir la localización de la Piedra. La radiación de aquella ponzoña resultaba palpable para sus nervios sensitivos.

Finalmente llegaron a un descansillo en la pared de un pozo vacío. Allí encontraron otra puerta oculta. Vasallodelmar la abrió como había hecho con la primera, la cruzó agachando la cabeza y penetró en una alta sala redonda. Después de que Covenant cruzara el umbral, el Gigante cerró la puerta y se acercó cautelosamente al centro de la estancia.

Como las demás salas que habían visto, aquélla carecía de detalle alguno excepto sus entradas. Tenía ocho grandes puertas, cada una perfectamente espaciada alrededor de la pared, idéntica a las demás. Eran puertas de piedra pesadamente cerradas. El Gigante no podía percibir vida cerca de él, ninguna actividad al otro lado de las puertas, pero sus nervios excitados le indicaban la dirección de la Piedra.

—Allí —dijo en voz baja Vasallodelmar, señalando una de las entradas—. Ahí está la sala del trono de Ridjeck Thome. Ahí guarda el Rompealmas la Piedra Illearth.

Sin mirar a su amigo, se acercó a la puerta y le aplicó las manos para verificar su percepción.

—Sí —susurró—. Aquí está.

El temor y la exultación bullían en él. Transcurrieron unos momentos antes de percatarse de que Covenant no le había respondido.

Oprimió la puerta para medir su resistencia.

—Covenant, amigo mío —dijo por encima del hombro—. El fin está cercano. Conserva tu valor un poco más, hasta que rompa esta puerta. Cuando lo haga, debes correr en seguida a la sala del trono. Ve a la Piedra... antes de que intervenga ningún poder. —Covenant seguía sin responder—. ¡Incrédulo! Hemos llegado al final. No te derrumbes ahora.

—No es necesario que la derribes —le dijo Covenant con una extraña voz.

Vasallodelmar se volvió velozmente, alejándose de la puerta.

El Incrédulo se hallaba en el centro de la sala. No estaba solo.

Un maestro de la ciencia ur-vil estaba ante él, babeando por sus vibrantes fosas nasales. Sostenía cadenas y grilletes.

Ante la mirada horrorizada de Vasallodelmar, encadenó a Covenant y, tirando de la cadena, lo condujo a la puerta de la sala del trono.

El Gigante empezó a avanzar al encuentro de su amigo, pero la terrible mirada de Covenant le detuvo. En los ojos oscuros del Incrédulo percibió algo que no podía comprender. El Incrédulo trataba de decirle algo, algo que no podía expresar con palabras. Vasallodelmar había estudiado la lesión que otros ur-viles produjeron a Covenant, pero no podía sondear la profundidad de la desgracia que inducía a un hombre a su rendición ante los vástagos de los Demondim.

—¡Covenant! —protestó.

La mirada de Covenant se desvió lentamente de él y se dirigió a otro lugar. Vasallodelmar siguió la dirección que señalaban los ojos de su amigo.

Volviéndose a su pesar, vio que había otro Gigante al fondo de la sala. El recién llegado apoyaba los puños en sus caderas y sonreía salvajemente. Vasallodelmar le reconoció en seguida. Era uno de los tres hermanos que habían caído víctimas de los Delirantes. Al igual que Elena, aquel alma atormentada había resucitado para servir al Rompealmas.

Antes de que Vasallodelmar pudiera reaccionar, se abrió la puerta de la sala del trono y luego se cerró tras Covenant.

Al mismo tiempo se abrieron todas las demás puertas, y de ellas salieron monstruos de la Piedra que inundaron la sala.

EL INCRÉDULO



asallodelmar giró sobre sí mismo y vio que le habían rodeado. Docenas de criaturas habían penetrado en la sala. Eran más que suficientes para derribarlo y enterrarlo bajo su peso, si no decidían matarlo con sus armas. Pero no le atacaron. Se colocaron a lo largo de la pared, agrupándose en apretadas formaciones ante las puertas, impidiéndole toda escapatoria. Con las puertas cerradas tras ellos, permanecieron inmóviles, inclinados hacia delante, como si estuvieran a punto de atacarle. Pero dejaron la iniciativa al Gigante muerto.

Vasallodelmar miró al espectro de hito en hito. Éste avanzó lentamente, sonriéndole con malignidad.

—Te saludo, Vasallodelmar —le dijo—, el que abandonó a los suyos. ¡Camarada! He de felicitarte, pues sirves bien al Amo. No contento con abandonar a nuestro pueblo en la hora de su condenación, de modo que nuestra raza entera fuese extirpada del Reino, ahora has traído a este rastrero y su inútil oro blanco para ponerlo en manos del Despreciativo, Corazón de Satán y Rompealmas. ¡Bien hecho! ¡Te saludo y alabo, camarada! —Pronunció la palabra «camarada» como si fuera una afrenta suprema—. Soy Mataclanes. Fui yo quien mató a todos los Gigantes de La Aflicción, adultos y niños por igual. ¡Contempla el fruto de tu vida, tú, el que abandonaste a tu pueblo! ¡Contéplalo y desespera!

Vasallodelmar retrocedió unos pasos, pero no desvió la mirada del Gigante muerto.

—¡Venganza! —exclamó burlonamente Mataclanes—. Lo veo en tu semblante. No piensas en la desesperación. Estás demasiado ciego para percibir lo que has hecho. ¡Por el Amo! Ni siquiera piensas en tu despreciable amigo. ¡Tienes la venganza en el corazón, camarada! Mírame y cree que si fracasa todo lo demás en tu vida, ahora al menos se te ha capacitado para que puedas vengarte por lo que has perdido. ¡Por tu crimen! Lo veo en ti. Gigante que abandonaste a los tuyos. El mayor deseo de tu corazón es despedazarme con tus propias manos. ¡Estúpido! ¿Tengo acaso el aspecto de temerte?

Mientras sostenía la mirada del espectro, Vasallodelmar calculó su posición y midió las distancias a su alrededor. Las palabras de Mataclanes le afectaban. Percibía en ellas la dulzura de la venganza. Conocía la furia de matar, el deplorable e involuntario placer de destrozarse la carne entre sus manos. Se estremeció, como si anhelara entrar en acción, y aprestó sus poderosos músculos para saltar.

—Atácame, pues —siguió diciendo el Gigante muerto—. Desata ese deseo que te consume. ¿Crees que puedes vengarte contra mí? ¿Tan ciego estás? ¡Camarada! No hay nada que te justifique. Si viertes suficiente sangre para bañar el Reino de este oeste, no podrás eliminar la maldad de ti mismo. ¡Imbécil! ¡Idiota senil! Si el Amo no te dominara, harías tu trabajo por él, y tan rápidamente que no podrías encontrar placer en ello. ¡Ven, pues, camarada! Desafiame. Ya estoy muerto. ¿Cómo me darás muerte de nuevo?

—Lo intentaré a mi manera —dijo Vasallodelmar en voz baja.

El innecesario aguijoneo del espectro le dijo lo que necesitaba saber. Las criaturas podrían haberle matado en cualquier momento... pero esperaban mientras Mataclanes se esforzaba por provocarle. En consecuencia, el Rompealmas aún tenía algo que ganar de él, Covenant seguía vivo, todavía sin doblegar. Quizás el Amo Execrable confiaba en utilizar a Vasallodelmar contra el Incrédulo.

Pero Vasallodelmar había sobrevivido a la *caamora* de Cenizas Calientes. Tensó todo su cuerpo... y cuando se puso súbitamente en movimiento no atacó a Mataclanes, sino que con toda la fuerza de sus piernas se lanzó contra los guardianes apostados ante la puerta de la sala del trono.

Su ataque fue tan repentino que los guardianes se agacharon. El Gigante pasó por encima de ellos, con los brazos tensados, de modo que golpeó las puertas con toda su fuerza. Las puertas no estaban hechas para resistir tal impacto. Con un estrépito de piedra astillada, se abrieron hacia adentro.

Vasallodelmar cayó en medio de los fragmentos de piedra, dio una voltereta y quedó de pie en la sala del trono de Ridjeck Thome.

La sala era amplia y circular, como la que acababa de dejar, pero tenía menos puertas y su techo era mucho más alto, como para acomodar los inmensos poderes que la ocupaban. El gran trono estaba frente a Vasallodelmar. Sobre una pequeña elevación del suelo, junto a la pared del fondo, se hallaba el asiento del Despreciativo tallado en una roca basta en forma de mandíbula, con dientes ganchudos que parecían dispuestos a clavarse y desgarrar. El trono y su base eran las únicas cosas en la guarida del Execrable que no estaban perfectamente talladas y pulimentadas. Parecía como si el peso de la maldad del Amo Execrable los hubiera contorsionado irremediablemente, dándoles una forma grotesca. Parecía como una profecía o premonición del destino final que aguardaba a toda la roca inmaculada de Ridjeck Thome.

En el suelo, frente a él, estaba la Piedra Illearth.

La Piedra no era tan grande como Vasallodelmar había esperado que fuera, ni parecía tan pesada que él no pudiera levantarla en sus brazos. Sin embargo, su radiación le afectó como el golpe de un puño prodigioso. No era brillante en exceso —su iluminación en la sala del trono era sólo un poco más intensa que la débil luz en

todos los demás lugares de la guarida—, pero brillaba en su emplazamiento como una encarnación del frío absoluto. Latía como un corazón frenético, lanzaba inaprensibles exhalaciones de fuerza, irradiaba violentamente su poder de corrupción. Vasallodelmar se detuvo ante aquel resplandor, como si pudiera notar ya que la gélida luz esmeralda convertía su piel en hielo.

Contempló la piedra un momento, horrorizado de su potencia. Pero entonces sus vacilantes sentidos tuvieron conciencia de otro poder en la sala del trono, un poder que parecía extrañamente latente en comparación con la Piedra. Pero sólo era más sutil, más insidioso... no más débil. Cuando Vasallodelmar se volvió hacia él, supo que era el amo de la Piedra.

El Amo Execrable.

Localizó al Despreciativo más por la impresión que por la vista. El Amo Execrable era esencialmente invisible, aunque producía una sombra impenetrable en el aire, como la sombra erecta de un hombre, una sombra de ausencia más que de presencia que mostraba dónde habría estado si hubiera sido físicamente corpóreo, y alrededor de la sombra brillaba una penumbra de un verde refulgente. De su interior surgía un olor a esencia de rosas.

Estaba a un lado de la Piedra, de espaldas a la puerta y al Gigante. Y ante él, de cara a Vasallodelmar, estaba Thomas Covenant.

Se encontraban solos. Tras entregar a Covenant, el ur-vil había abandonado la sala del trono.

Covenant parecía ignorar las cadenas atadas a sus muñecas. No hacía el menor esfuerzo para librarse de ellas. Se hallaba ya en las últimas etapas de la desnutrición, aterido de frío. El dolor goteaba como sudor rancio de sus mejillas descarnadas, y la expresión vacía de sus ojos se enfrentaba al Amo Execrable como si el poder del Despreciativo se aferrase a la infectada herida de su frente.

Ninguno de los dos reaccionó a la ruidosa entrada de Vasallodelmar. Cada uno estaba concentrado en el otro con exclusión de todo lo demás. Algún intercambio había tenido lugar entre ellos... algo que Vasallodelmar se había perdido. Pero veía el resultado. En el momento en que centraba su atención en ellos, el Despreciativo alzó la sombra de un brazo y golpeó a Covenant en la boca.

Lanzando un rugido, Vasallodelmar corrió en ayuda de su amigo.

Antes de que hubiera dado dos pasos, una avalancha de criaturas se abalanzó a través de la abertura dejada por la puerta derribada y cayó sobre él. Lo arrojaron al suelo, inmovilizándolo bajo su peso, y lo ataron. El Gigante se debatió con todas sus fuerzas, pero sus oponentes eran muchos y fuertes, y le dominaron en seguida. Le arrastraron hasta la pared y le encadenaron allí con cadenas tan gruesas que no podía romperlas. Cuando las criaturas terminaron su trabajo y salieron a toda prisa de la sala del trono, Vasallodelmar estaba totalmente indefenso.

El Gigante muerto no estaba con ellos. Ya había servido o fracasado en su propósito... Había sido relegado de nuevo.

Vasallodelmar estaba en una posición desde la que podía observar al Amo Execrable y a Covenant, cuyo conflicto se representaría ante él, como si fuera el público.

En cuanto las criaturas partieron, el Despreciativo se volvió a él por primera vez. Cuando la brillante penumbra verde giró para enfrentarse a él, vio los ojos del Despreciativo. Eran la única parte del Amo Execrable visible dentro de su aura.

Sus ojos eran como colmillos, carizados y amarillos, unos colmillos de maldad tan vehemente que helaron la voz de Vasallodelmar, apagando el ímpetu con que había querido gritar en favor de Covenant.

—Cállate —dijo el Amo Execrable malignamente—, o te asaré antes de que sea tu hora.

Vasallodelmar le obedeció a pesar suyo. Jadeó como si se ahogara en unas aguas heladas y observó la escena, mudo e impotente.

Los ojos del Despreciativo parpadearon satisfechos, y volvió su atención a Covenant.

El golpe del Amo Execrable le había derribado, y ahora se arrodilló con sus manos encadenadas cubriéndole el rostro, en un gesto de la más completa abyección. Sus dedos parecían insensibles del todo. Presionaban ciegamente su rostro, tan incapaces como palos muertos de explorar su herida o de identificar la humedad de su sangre. Pero podía notar que la enfermedad roía sus nervios como si la presencia del Amo Execrable la amplificara, hiciera tangible la erosión de su sensibilidad. Y sabía que ahora la lepra se había desatado, que se había roto la frágil detención de la que dependía su vida. La enfermedad profundizaba en su organismo, explorando, como las raíces de un árbol en una roca, en busca de grietas y fisuras que le permitirían partirla. Estaba débil y cansado, sumergido en una terrible pesadilla, muerto, aunque siguiera trabajando su corazón.

Pero cuando bajó sus manos ensangrentadas, cuando el rápido veneno del contacto del Execrable ennegreció sus labios y los hinchó monstruosamente, cuando miró de nuevo al Despreciativo, no era abyecto, no había sido doblegado.

Le maldijo interiormente, diciéndose que no iba a resultarle tan fácil. Lentamente cerró los dedos de su mano mutilada alrededor del anillo.

El Despreciativo le fulminó con la mirada, pero se controló para decirle en un tono burlón y paternal:

—Vamos, Increíble. No prolongues una escena tan desagradable. Ya sabes que no puedes resistirme. En mi propio nombre soy por completo tu superior, y estoy en posesión de la Piedra Illearth. Puedo destruir la luna en su curso, obligar a que los muertos más antiguos salgan de sus profundas tumbas, extender la ruina a mi

capricho. Sin esfuerzo puedo arrancar cada fibra de tu ser y esparcir los fragmentos de tu alma por el cielo.

Hazlo entonces, musitó Covenant.

—Sin embargo, prefiero ser tolerante. No pretendo hacerte daño. Sólo tienes que colocar tu anillo en mi mano y todo tu tormento habrá terminado. Es un pequeño precio a pagar, Increíble.

No, no sería tan fácil.

—Y tengo poder suficiente para recompensarte. Si deseas compartir mi dominio del Reino, te lo permitiré. Descubrirás que no soy un amo intratable. Si deseas preservar la vida de tu amigo Vasallodelmar, no pondré objeción alguna... aunque me ha ofendido. —Vasallodelmar se agitó entre sus cadenas, esforzándose por protestar, pero no pudo hablar—. Si deseas la salud, también te la podré proporcionar. ¡Mira!

Agitó un brazo espectral y una oleada de distorsión recorrió los sentidos de Covenant. Al punto la sensación retornó a sus manos y pies, sus nervios volvieron a la vida en un instante. Mientras ocurría esto, toda su aflicción —todo el dolor, el hambre y la debilidad— desaparecieron de él. Su cuerpo pareció exultar de vida triunfante.

Siguió inmovible. Halló fuerza en su voz para decir fatigadamente entre dientes:

—La salud no me preocupa. Tú eres el que enseña a los leprosos a odiarse a sí mismos.

—¡Rastrero! —exclamó el Amo Execrable. Sin transición, Covenant volvió a ser leproso y desnutrido—. ¡Estás de rodillas ante mí! ¡Te haré rogar por tu miserable vida! ¿Se odian a sí mismos los leprosos? Entonces son prudentes. Yo te enseñaré la verdadera dimensión del odio.

Por un instante, el propio odio inmitigable del Despreciativo se abatió contra Covenant desde sus ojos amarillentos, y Covenant se preparó para un ataque. Pero entonces el Amo Execrable empezó a reír, exhaló su desprecio, que vibró en el aire de la sala como el sonido de grandes piedras aplastadas, e incluso hizo que la dura piedra del suelo pareciera tan insidiosa como un cenagal. Cuando se calmó, le dijo:

—Eres un hombre muerto ante mí, rastrero... tan vacío de vida como cualquier cadáver. Sin embargo, te resistes a mí. Rechazas la salud, el dominio, incluso la amistad. Me preocupo por ti. Soy tolerante. Te daré tiempo para que pienses mejor en tu locura. Dime por qué te comportas de un modo tan absurdo.

Covenant no titubeó.

—Porque te odio.

—Ésa no es una razón. Muchos hombres creen que me odian porque son demasiado cobardes para despreciar la estupidez, la temeridad, la jactancia, el servilismo. No me equivoco. Dime por qué, rastrero.

—Porque amo al Reino.

—¿De veras? —se burló el Amo Execrable—. No puedo creer que seas tan estúpido. El Reino no es tu mundo, no puede reclamar tu pequeña fidelidad. Desde el principio te ha atormentado con exigencias que no podías satisfacer, con honores que no podías ganar. Te muestras como un hombre que es fiel hasta la muerte en nombre de una moda pasajera o un accidente del régimen alimenticio... leal a las túnicas sucias y la arena. No, rastrero. No me convences. Te pido de nuevo que me digas por qué.

Pronunció este «por qué» como si con esas dos sílabas pudiera derribar todo el edificio de Covenant.

Covenant se dijo que el Reino era hermoso. Se sentía demasiado cansado para responder. Pero al fin consiguió hablar.

—Porque no creo.

—¿No? —exclamó el Despreciativo con júbilo—. ¿Todavía no? —Su risa expresaba un absoluto desprecio—. Rastrero, tu patetismo desborda todo lo imaginable. Casi estoy decidido a mantenerte a mi lado. Serías un bufón que aliviaría mis preocupaciones. ¿Cómo es posible que puedas odiar o amar si no crees?

—Sin embargo, así es.

—¿Cómo es posible no creer cuando odias o amas?

—Aún así.

El Amo Execrable rió de nuevo.

—¿Me traicionan mis oídos? ¿Aún no crees, después de que mi Enemigo ha hecho cuanto estaba en su poder para influir en ti; aún piensas que esto es un sueño?

—No es real, pero eso no es importante.

—¿Qué es entonces importante, rastrero?

—El Reino. Tú.

El Despreciativo rió una vez más. Pero ahora su alegría fue breve y maligna. Parecía molesto, como si hubiera algo en Covenant que no podía comprender.

—El Reino y la Incredulidad —bromeó—. ¡Tú, alma pobre y desgraciada! No puedes tener ambas cosas. Se excluyen mutuamente.

Pero Covenant sabía que no era cierto. Lo sabía después de todo lo que había sufrido. Sólo afirmando ambas cosas, aceptando ambos polos de la contradicción, podía preservarlos a los dos, preservar al Reino y a sí mismo, descubrir el lugar donde se encontraban las líneas paralelas de su dilema imposible. El ojo de la paradoja. En aquel lugar yacía la razón por la que el Reino se le había revelado. Por eso no dijo nada mientras contemplaba la sombra espectral, el aura esmeralda y el incalculable poder del Despreciativo. Pero se dijo para sus adentros que aquellas cosas no se excluían, que estaba equivocado y las cosas no eran tan fáciles. Si lo fueran, él, Covenant, lo habría descubierto hacía mucho tiempo.



—Pero me estoy cansando de tus estúpidas aseveraciones —siguió diciendo poco después el Execrable—. Mi paciencia no es infinita. Y hay otras preguntas que deseo formularte. Dejaré a un lado el asunto de tu entrada en mi residencia. Importa poco y es de fácil explicación. De alguna manera desconocida para mí, sobornaste a algunos de mis vasallos, de modo que por dos veces recibí falsos informes de tu muerte. Pero dejemos eso. Arrancaré la carne de sus huesos y sabré la verdad. Responde a esta pregunta, rastrero. —Se acercó más a Covenant, y la intensidad de su voz le dijo al Incrédulo que el Despreciativo había llegado al corazón de su sondeo—. Esta magia indomeñable no forma parte de tu mundo. Viola tu Incredulidad. ¿Cómo puedes usar un poder en el que no crees?

Covenant descubrió entonces la explicación de la tolerancia del Amo Execrable. El Despreciativo había dedicado su tiempo a interrogar a Covenant en vez de limitarse a arrebatarse el anillo de su mano porque él, el Amo Execrable, temía que Covenant hubiera dominado secretamente la magia indomeñable... que hubiera ocultado su poder, arriesgándose a morir en las Llanuras Estragadas, Cenizas Calientes y Kurash Qwellinir y permitido que le capturasen, a fin de poder sorprender al Despreciativo y abordarle por un punto débil o ciego.

El Execrable tenía motivos para albergar aquel temor, pues el Bastón de la Ley había sido destruido.

Por un instante, Covenant pensó que podría usar esta aprensión para ayudarse de alguna manera. Pero pronto vio que no podía. Por su propio bien, a fin de que su defensa no quedara perjudicada por su vieja duplicidad, dijo la verdad.

—No sé cómo usarlo —dijo con voz ronca, distorsionada por el labio hinchado—. No sé cómo invocarlo. Pero sé que es real en el Reino. Sé cómo desencadenarlo. Sé cómo hacer que esta maldita caja de hielo se derrumbe sobre ti.

El Despreciativo no titubeó. Pareció expandirse a los ojos de Covenant mientras rugía salvajemente.

—¡No desencadenarás nada! Ya he soportado bastante tu insolencia. ¿Dices que eres un leproso? ¡Yo te enseñaré lo que es la lepra!

El poder se arremolinó alrededor de Covenant como un millar de avispas enloquecidas. Ante él la sombra del Despreciativo creció horriblemente, ascendió agrandándose hasta que empequeñeció a Covenant, a Vasallodelmar y a la misma sala del trono. Llenó el aire, la sala, la guarida entera. Covenant sintió que caía en un abismo. Gritó pidiendo ayuda, pero nadie le ayudó. Como un pájaro herido, se precipitó hacia abajo. La velocidad de la caída rugía en sus oídos, percibía que la roca sobre la que iba a estrellarse estaba muy por debajo de él.

En el vacío, una voz cargada de esencia de rosas musitó:

—Adórame y te salvaré.

Sobrecogido de terror, sintió que un remolino negro le empujaba contra la roca

como si toda la potencia de los cielos se hubiera concitado para estrellarse contra el inquebrantable granito de su destino. El desprecio gritaba en su mente, exigiendo entrar, oprimiéndole con la suicida paradoja del vértigo. Pero él puso en juego toda su fuerza de voluntad y se negó. Era un leproso. El Reino no era real. No iba a morir de aquella manera.

Apretó el anillo con cuanta fuerza le permitió su frágil brazo.

Al producirse el impacto, el dolor estalló en su cráneo. Una agonía incandescente aulló en su cabeza, y sintió como si unas garras rasgaran ferozmente el tejido de su cerebro. El Execrable cabalgaba en aquel dolor como si fuera una gran ola, tratando de romper la muralla de su voluntad. Pero él estaba demasiado insensible para quebrarse. Tenía congelados pies y manos, su frente era ya insensible al dolor y estaba familiarizado con la negra hinchazón de su labio. El frío verde y repulsivo no podía doblegar la rigidez de sus músculos. Su resistencia era como la rigidez cadavérica.

El Amo Execrable intentaba penetrar en él, mezclarse con su ser. El ofrecimiento era seductoramente dulce... el cese del dolor, la liberación de la inquietud y la zozobra que hasta entonces habían presidido su vida. Pero la firmeza de su voluntad no permitía el desaliento, la rendición. Era Thomas Covenant, incrédulo y leproso. Se negó.

De golpe, al dolor siguió la oscuridad. Toda la violencia a que le sometía el Execrable se convirtió en cenizas y se dispersó en el aire inmóvil. Volvió su propia insensibilidad, su irreparable falta de sensación. En el gran abismo oscuro, descubrió que podía verse a sí mismo.

Estaba en ninguna parte, rodeado por la nada, y contemplaba sus manos sin comprender.

Al principio parecían normales. Eran delgadas, descarnadas, y la carencia de dos dedos en la mano derecha le produjo una sensación de pérdida, de mutilación, que le hizo gemir. Pero su anillo estaba intacto. Colgaba inerte en su dedo índice, un círculo plateado tan perfecto e ineludible como si tuviera algún significado.

Pero mientras observaba, leves manchas purpúreas empezaron a aparecer en sus manos, en los dedos, los nudillos, las palmas. Lentamente se extendieron y empezaron a supurar. Se hincharon ligeramente, como ampollas, y luego se abrieron para mostrar los abscesos bajo la piel. Un fluido rezumaba de las lesiones a medida que crecían y se extendían. Pronto ambas manos estaban cubiertas de infección.

Se volvieron gangrenosas, pútridas. Un hedor de carne viva podrida brotaba de ellas como los efluvios de algún hongo roedor, silencioso y cruel. Y bajo la infección, los huesos de los dedos empezaron a torcerse. Vacíos de médula, carcomidos por la putrefacción, tensos por tendones cuyos nervios habían muerto, dejándolos perpetuamente tiesos, trabados entre sí, los huesos se rompieron y quedaron en

ángulos absurdos. Bajo la putrefacción sus manos se mutilaron a sí mismas. Y la negra hinchazón de la gangrena empezó a abrirse paso por las muñecas.

Las mismas presiones, la misma fétida e incontrolable tensión de los músculos, carentes de volición por la podredumbre de los nervios, curvó sus antebrazos que quedaron colgando grotescamente de los codos. Entonces el pus empezó a florecer como sudor de los abscesos en los brazos. Cuando apartó su túnica, descubrió que sus piernas ya se habían contorsionado hasta las rodillas.

El asalto le horrorizó, le hundió bajo el peso de la miseria y el odio hacia sí mismo. Estaba presenciando su propio futuro, el resultado final de su enfermedad, el destino del camino por el que avanzaba todo leproso que no se quitaba la vida o no luchaba lo suficiente para permanecer vivo. Contemplaba lo mismo que al principio le había hecho tomar la determinación de sobrevivir, todos aquellos meses en la leprosería... pero ahora había caído sobre él, virulento e intratable. La lepra estaba en su apogeo, y a él no le quedaba nada por lo que luchar.

Sin embargo, aquél era un terreno familiar. Conocía la lepra con la intimidad de un amante. Sabía que no podía producirse con tanta rapidez, de un modo tan completo. No era real. Y él no se reducía a la enfermedad. Aquella horrenda putrefacción no era la suma total de su ser. A pesar de todo lo que los médicos dijeran, a pesar de lo que veía en sí mismo, él era más que aquello, más que un mero leproso.

¡No, Execrable!, jadeó amargamente. No es tan sencillo.

—¡Tom. Tom! —gritó una voz acongojada que le resultaba familiar... una voz tan conocida y amada como la salud—. No resistas más. ¿No ves lo que nos estás haciendo?

Alzó la vista y vio a Joan a su lado. Sostenía a su hijo Roger en los brazos, de modo que el pequeño estaba medio extendido, como una ofrenda hacia él. Ambos aparecían tal como los había visto por última vez, hacía mucho tiempo. Joan tenía la misma expresión afligida en el rostro, la expresión que le suplicaba comprensión porque ya había decidido divorciarse. Pero, inexplicablemente, estaba desnuda. Covenant se sintió abrumado de dolor cuando vio el amor perdido de sus caderas, la renuencia de sus senos, el tesoro negado de su rostro.

Mientras la miraba, manchas púrpuras comenzaron a aparecer en la piel de la mujer. Los abscesos supuraron en sus senos. La enfermedad rezumó de sus pezones como leche.

Roger se agitaba patéticamente en sus manos. Cuando volvió su cabeza infantil hacia su padre, Covenant vio que sus ojos estaban ya vidriosos, con cataratas, medio cegados por la lepra. Dos pequeñas manchas magenta teñían sus mejillas.

¡Maldito seas, Execrable!, chilló Covenant.

Entonces vio otras figuras que avanzaban detrás de Joan. Mhoram estaba allí.

Lena y Atiaran, Bannor e Hile Troy. El rostro de Mhoram sufría una putrefacción amarilla y estaba lleno de chancros purulentos; sus ojos gritaban a través de la infección como si se ahogaran en una ciénaga de maldad atroz. Lena había perdido todo el cabello y su calvo cuero cabelludo estaba lleno de nódulos tuberculosos. Los ojos de Atiaran presentaban una ciega blancura lechosa. Los miembros grotescamente retorcidos de Bannor le convertían en su inválido total. El rostro sin ojos de Troy era una masa rugosa de gangrena, como si se pudriera el mismo cerebro dentro de su cráneo.

Y detrás de aquellas figuras había más gentes a las que Covenant había conocido en el Reino, todos mortalmente enfermos, llenos de lepra. Y tras ellos se amontonaban multitudes, víctimas innumerables... todo el pueblo del Reino, afectados por el mal, desamparados, abominables para sí mismos, tan destrozados como si Covenant hubiera desencadenado una plaga de absoluta virulencia entre ellos.

Al contemplar aquello, no pudo resistir más. El furor que le producía la contemplación de aquellas atrocidades estalló en él como lava. Una ira volcánica, tanto tiempo enterrada bajo el peso de su penosa ordalía, lanzó al vacío un géiser de cólera.

¡Execrable!, gritó. ¡No puedes hacer esto!

—Lo haré —replicó burlonamente el Despreciativo a su grito silencioso—. Lo estoy haciendo.

¡Detente!

—Dame el anillo.

¡Nunca!

—Entonces disfruta de lo que tú mismo has desencadenado. ¡Mira! Te he dado compañeros. El leproso solitario ha rehecho el mundo a su propia imagen, para no estar solo.

¡No te lo permitiré!

El Despreciativo se rió sardónicamente.

—Me ayudarás antes de morir.

¡Nunca! ¡Maldito seas! ¡Nunca!

La furia exaltó a Covenant, una furia tan ardiente como el magma. La rabia ante los leprosos le llevó más allá de sus límites. Miró por última vez a las víctimas innumerables que estaban delante de él. Entonces empezó a luchar por su libertad como un hombre que ha renacido y trata de salir de su vieja piel.

Le parecía hallarse en la nada abismal, pero sabía que su cuerpo físico estaba arrodillado en el suelo de la sala del trono. Con un brutal esfuerzo de su voluntad, descartó todas las impresiones sensoriales, todas las apariencias que le impedían percibir dónde estaba. Temblando, presa de convulsiones, se puso lentamente en pie.

No podía ver, pues aún le controlaba el Execrable, pero aun así exclamó: «Te veo, Despreciativo». No necesitaba ojos. Podía percibir con los nervios de sus mejillas rígidas las emanaciones de poder a su alrededor.

Dio tres pasos vacilantes y notó que el Execrable se abalanzaba de súbito hacia él para detenerle. Antes de que pudiera darle alcance, alzó las manos y se arrojó con los puños cerrados contra la Piedra Illearth.

En cuando la alianza matrimonial golpeó la Piedra, un huracán de poder estalló en su mano. Ráfagas de fuego verde y blanco cruzaron el aire con una furia ciclónica y la sombra del Amo Execrable no pudo culminar su ataque. Covenant se encontró tendido en el suelo, con un tornado de poder elevándose de su mano mutilada.

Se puso en pie. Flexionó los brazos y liberó sus muñecas como si las cadenas fueran una madeja de mentiras.

La sombra del Execrable se agazapó al otro lado de la piedra, dispuesta a la batalla. Parecía blandir los ojos amarillentos como si anhelara clavarlos en el corazón de Covenant.

—¡Estúpido! —aulló—. ¡Rastrero! ¡Soy yo el que manda aquí! Sólo yo soy tu verdadero amo... ¡y mando en la Piedra! Te destruiré. ¡No llegarás a tocarme!

Mientras gritaba, lanzó un rayo de poder que golpeó la mano de Covenant y se empotró en el anillo. El oro blanco se alteró. Una fría maldad penetró en el metal y transformó en verde su color plateado. Covenant sintió de nuevo que caía fuera de la sala del trono.

Sin transición se encontró en la Atalaya de Kevin. Permaneció sobre la plataforma de piedra como un titán, y con su maléfico anillo él solo desencadenó un nuevo Ritual de Profanación sobre el Reino. Toda la salud se agostó ante él. Grandes árboles oropelinos se astillaron y rompieron. Las flores se marchitaron. La *alianta* se secó y se convirtió en polvo. La tierra se volvió arena. Los ríos se secaron. Pedrarias y Fustarias fueron derribadas. El hambre y la intemperie acabaron con todos los seres vivos que caminaban sobre la tierra. Él, Covenant, era el Amo de una ruina más absoluta que cualquier otra, una desolación completamente irreparable.

¡Jamás!

Con un violento esfuerzo de voluntad, rechazó la energía verde de su anillo y regresó a la sala del trono. El anillo tenía el color inmaculado de la plata, y el viento de su poder superaba en su violencia al dominio verde. Casi se echó a reír. La Piedra no podía corromperle. Ya estaba más enfermo de lo que podía enfermarle cualquier corrupción.

—Has tenido tu oportunidad —le dijo al Despreciativo—. Has usado tu sucio poder. Ahora es mi turno. No puedes detenerme. Has quebrantado demasiadas leyes. Y yo estoy fuera de la Ley. No controla la magia indomeñable... no me controla. Pero era la única cosa que podría haberme detenido. Podrías haberla usado contra mí.

Ahora soy sólo yo... es mi voluntad la que establece la diferencia. —Jadeaba intensamente. Le faltaba aire, tanto le sofocaba su cólera—. Soy un leproso, Execrable. Puedo soportar cualquier cosa.

El Despreciativo le atacó al instante. Puso sus manos sobre la Piedra Illearth, aplicó su poder al corazón pulsante de su violencia. Lanzó su frenético poder verde contra Covenant.

Cayó sobre él como el derrumbe de una montaña, sepultándole bajo toneladas de cascotes. Al principio no pudo centrar el anillo para repeler aquella fuerza, y retrocedió tambaleándose. Pero entonces descubrió su error. Había intentado utilizar la magia indomeñable como una herramienta o un arma, algo que se podía blandir. Pero el Amo Superior Mhoram le había dicho: «Tú eres el oro blanco». No era una cosa que se podía dirigir, emplear bien o mal, según fuera diestro o torpe. Ahora que su poder estaba despierto, formaba parte de él, era una expresión de él mismo. No tenía necesidad de centrarlo o dirigirlo, porque brotaba de su cólera, de su carne y su sangre.

Lanzando un grito, repelió el ataque y transformó la fuerza verde en una miríada de hediondas gotículas.

El Amo Execrable lo intentó de nuevo. Un poder que hacía arder el aire entre ellos surgió hacia Covenant, tratando de interrumpir la energía del anillo. Su conflicto resplandecía en la sala del trono como una alocada algarabía de rayos verdes y blancos que entrechocaban, se devoraban entre sí, como si hubieran enloquecido todas las tormentas del mundo.

Su increíble violencia amedrentaba a Covenant, era como un corrimiento de tierras que trataba de hacerle vacilar en su resolución. Desconocía aquellos extraños poderes y no se adaptaba al combate. Pero el furor que había despertado en él la visión de los leprosos, del Reino y las víctimas del Desprecio, le ayudó a mantenerse en pie. Y su Incredulidad le ayudaba. Sabía con mucha más certidumbre de la que podría tener cualquier nativo del Reino que el Amo Execrable no era invencible. En aquella manifestación, el Desprecio no tenía una existencia absolutamente real. Las gentes del Reino habrían fracasado ante el rostro del Desprecio porque estaban convencidas de su realidad. Pero Covenant no lo estaba. No se sentía abrumado, no creía en que tenía que fracasar. El Amo Execrable no era más que una parte externalizada de sí mismo... no un inmortal, no un dios. Era posible el triunfo.

Así pues, se aprestó en cuerpo y alma a la batalla. No pensó en la derrota; el coste personal no tenía importancia. El Amo Execrable le hizo retroceder a golpes hasta que quedó contra la pared al lado de Vasallodelmar. La potencia de la Piedra le envolvió en un holocausto, arrebató hasta la última partícula de calor del aire, le amenazó con témpanos de odio. Pero él no se arredró. La magia indomeñable era apasionada e insondable, tan alta como el Tiempo y tan profunda como la Tierra... un

puro poder sólo limitado por los límites de su voluntad. Y su voluntad crecía, alzaba la cabeza, florecía en la rica savia de la cólera. A cada instante su potencia aumentaba para igualarse a la del Despreciativo.

Pronto pudo moverse. Se apartó de la pared y avanzó a través de la tempestad, como si fuera un hombre fuerte, hacia su enemigo. Rayos blancos y verdes chamuscaban la atmósfera. Detonaciones de violentos rayos que se eliminaban mutuamente... El frío ardiente del Amo Execrable y el viento de Covenant combatían entre sí, se desgarraban, se renovaban y volvían a trabarse en combate. En la virulencia de la batalla, Covenant pensó que Ridjeck Thome se derrumbaría. Pero la guarida resistió. La sala del trono permaneció en pie. Sólo Covenant y el Amo Execrable se estremecían en el tremendo silencio de la tormenta de poderes.

De repente consiguió apartar al Amo Execrable de la Piedra. Al instante su propio fuego llameó todavía a más altura. Sin un contacto directo, el control del Despreciativo sobre su ponzoña esmeralda era menos perfecto. Sus esfuerzos se hicieron más frenéticos y erráticos. La fuerza desatada hacía oscilar el trono, arrancaba fragmentos de piedra del techo, abría grietas en el suelo. Ahora gritaba en un lenguaje que Covenant no podía comprender.

El Incrédulo aprovechó su oportunidad. Se adelantó, lanzó furiosos trallazos de magia indomeñable contra el Despreciativo y, súbitamente, empezó a formar una muralla de poder entre el Amo Execrable y la Piedra. El Amo Execrable gritó y trató frenéticamente de recuperar la Piedra. Pero era demasiado tarde. En un instante, la fuerza de Covenant se había impuesto al Despreciativo.

Se aprovechó de esta ventaja con toda la fuerza de su voluntad. Atacó como un halcón, envolviendo al Despreciativo en su poder... y empezó a penetrar brutalmente en la penumbra.

El aura del Amo Execrable resistió con chillidos y lluvia de chispas. Era dura, terca, y acribillaba a Covenant con sus rayos incandescentes, pero él se negó a retroceder. El resplandor de su magia indomeñable se imponía al brillo esmeralda del aura, hasta que un rayo prodigioso la perforó.

Se rompió con una agitación que recorrió la sala del trono como un terremoto. Las ondas de choque se estrellaron contra la cabeza de Covenant, golpearon su cráneo dolorido y febril. Pero él se aferró a su poder y no permitió que flaqueara su voluntad.

Toda la penumbra llameó como yesca verde, y mientras ardía fue cayendo en jirones al suelo.

El Amo Execrable, el Despreciativo, empezó a aparecer, al alcance de su mano. Poco a poco se materializó, adquirió presencia corporal. Unos miembros perfectamente moldeados, puros como el alabastro, se hicieron lentamente visibles... una cabeza de considerables proporciones, leonina; ondulantes la cabellera y la barba

blancas... un tronco vestido con una túnica, digno, ancho, sólido, lleno de fuerza. Sólo sus ojos no mostraban cambio alguno. Miraban a Covenant como colmillos húmedos de veneno.

Cuando se hubo materializado por completo, el Amo Execrable se cruzó de brazos y dijo ásperamente:

—Ahora me ves realmente, rastrero. —En su tono no había señal alguna de temor o rendición—. ¿Todavía crees que eres mi amo? ¡Estúpido! Yo era mucho más sabio y poderoso que tú mucho antes de la infancia de tu mundo. Te lo diré sencillamente, rastrero... Un Desprecio como el mío es el único fruto verdadero de la experiencia y la intuición. Con el tiempo no harás nada distinto a lo que yo he hecho. Aprenderás a despreciar... las pequeñas maldades de tus iguales a las que llaman erróneamente amores y creencias, esperanzas y lealtades. Aprenderás que es más fácil controlarlos que tolerarlos... más fácil y mejor. No harás otra cosa. Te convertirás en una sombra de lo que yo soy... serás un despreciativo sin el valor de despreciar. Continúa, rastrero. Destruye mi obra si debes... mátame si puedes... ¡pero termina! Estoy cansado de tu falta de percepción.

A pesar de sí mismo, Covenant estaba conmovido. El semblante señorial del Amo Execrable, su dignidad y resignación, hablaban más vívidamente que cualquier maldición o desafío. Covenant vio que aún tenía respuestas que encontrar, a pesar de todo lo que había soportado.

Pero antes de que pudiera responder, intentar articular las emociones e intuiciones que despertaban en él las palabras del Amo Execrable, un repentino estruendo rompió el silencio de la sala del trono. Una gran puerta invisible se abrió en el aire a sus espaldas. Sin previo aviso, fuertes presencias, furiosas y abominables, se detuvieron a sus espaldas. La violencia de sus emanaciones casi le impidió seguir reteniendo en su poder al Amo Execrable.

Doblegó su voluntad, se preparó para arrastrar una conmoción y se volvió.

Se halló ante unas altas figuras semejantes a la que había visto en la cueva de la Sangre de la Tierra, bajo el Vertedero Celeste de Melenkurion. Descollaban por encima de él, espantosas y poderosas. Le parecía verlas a través de la piedra en vez del interior de la cámara.

Eran los espectros de los Amos muertos. Reconoció a Kevin Pierdetierra hijo de Loric. Al lado de Kevin estaban otros dos hombres lívidos, y supo instintivamente que eran Loric Acallaviles y Damelon Giganteamigo. Allí estaban Prothall, Osondrea y una veintena de hombres y mujeres a los que Covenant no había conocido ni sabía cómo se llamaban. Con ellos estaba Elena, hija de Lena. Y detrás y por encima de ellos se alzaba otra figura, un hombre dominante con cálidos y proféticos ojos y una mano mutilada: Berek Amigo de la Tierra, el Amo Fundador.

En una sola voz, como un trueno de abominación, una voz de ultraje que



conmovió a Covenant hasta la médula de sus huesos, gritaron:

—¡Mátalo! Tienes poder para hacerlo. No hagas caso de sus mentiras traicioneras. ¡En nombre de la Tierra y la Salud, mátalo!

La intensidad de su pasión se vertía sobre él, le inundaba por completo. Aquellos espectros habían jurado defender el Reino. Su gloria era su amor más profundo. Sin embargo, de un modo u otro, el Amo Execrable los había vencido a todos, había visto cómo iban a sus tumbas mientras él perduraba para devastar. El odio tremendo que le tenían parecía abrumar la cólera individual de Covenant.

Pero en vez de impulsarle a obedecer, su vehemencia acalló su furor, redujo su poder combativo. Desapareció de él la violencia dando paso a la piedad hacia aquellos seres de ultratumba, una piedad tan grande que apenas podía contenerla, apenas podía retener las lágrimas. Merecían su obediencia, tenían derecho a su furor. Pero su exigencia aclaró sus intuiciones. Recordó el anterior deseo homicida de Vasallodelmar. Aún tenía algo por hacer, algo que no podría realizar si estaba encolerizado. La ira era sólo buena para la lucha, para la resistencia. Ahora podría corromper aquello mismo que le había ayudado a conseguir.

Con la voz ronca por la aflicción respondió a los Amos:

—No puedo matarle. Siempre sobrevive cuando intentáis matarle. Vuelve más fuerte que nunca la siguiente vez. El Desprecio es así. No puedo matarle.

Su réplica les dejó estupefactos. Temblaron un momento, llenos de asombro y consternación. Entonces Kevin le preguntó horrorizado:

—¿Le permitirás vivir?

Covenant no pudo dar una respuesta directa, pero se aferró a su intuición. Por primera vez desde que empezara su batalla con el Despreciativo, se volvió hacia Corazón Salado Vasallodelmar.

El Gigante seguía encadenado a la pared, contemplando ávidamente todo lo que sucedía. La sangre en sus muñecas y tobillos mostraba cómo se había esforzado por liberarse, y su rostro estaba pálido por todas las cosas que se había visto obligado a contemplar. Pero, en lo esencial, estaba ileso, entero. En lo más profundo de sus ojos cavernosos, parecía comprender el dilema de Covenant.

—Has hecho bien, mi querido amigo —le dijo cuando Covenant le miró a los ojos—. Confío en la elección de tu corazón, cualquiera que sea.

—No hay posibilidad de elección —jadeó Covenant, tratando de contener las lágrimas—. No voy a matarle. Se limitaría a regresar, y no quiero ser el responsable de eso. No, Vasallodelmar, amigo mío. Ahora te toca a ti. A ti... y a ellos. —Hizo un gesto hacia los Amos lívidos y espectrales—. La alegría está en los oídos que escuchan... ¿recuerdas? Tú me lo dijiste. He derrotado al Despreciativo... esta vez. El Reino está a salvo... por ahora. Lo juro. Ahora quiero... ¡Vasallodelmar! —Involuntariamente las lágrimas empañaron su visión—. Quiero que rías, que te

alegres. Aporta un poco de alegría a este maldito agujero. ¡Ríe! —Se volvió para gritar a los Amos—: ¿Me oís? ¡Dejad en paz al Execrable! ¡Remediaos vosotros mismos!

Durante un largo momento que casi quebró su voluntad, no se oyó ruido alguno en la sala del trono. El Amo Execrable miraba lleno de desprecio a su captor. Los Amos permanecían silenciosos, sin comprender. Vasallodelmar colgaba de sus cadenas como si la carga fuera demasiado pesada de soportar.

—¡Ayudadme! —gritó Covenant.

Entonces, lentamente, su súplica se hizo sentir. Alguna profecía en sus palabras tocó los corazones que le escuchaban. Con un terrible esfuerzo, Corazón Salado Vasallodelmar, el último de los Gigantes, empezó a reír.

Al principio fue un sonido ronco. Retorciéndose entre sus cadenas, Vasallodelmar lanzó su risa como si fuera una maldición. En aquel nivel los Amos fueron capaces de compartirla. En voz baja, dirigieron su desprecio burlón al Despreciativo derrotado. Pero mientras Vasallodelmar se esforzaba por reír, sus músculos se aflojaron, se relajó la constricción de su garganta y pecho, permitiendo que un puro viento de humor disipara las cenizas de cólera y dolor de sus pulmones. Pronto algo parecido a la alegría, algo como júbilo auténtico, apareció en su voz.

Los Amos respondieron. A medida que se hacía más sana, la risa de Vasallodelmar resultaba contagiosa, afectaba a los sombríos espectros, cuyo odio empezó a remitir. Les sobrevino un acceso de puro humor que fue adquiriendo ímpetu. Aumentaron así la alegría de Vasallodelmar, y ellos empezaron a saborear su júbilo. Poco después, todo su desprecio había desaparecido. Ya no reían para expresar la indignación que les producía el Amo Execrable. Ya no se reían de él. Para su sorpresa, reían por la pura alegría de reír, por la satisfacción y la exaltación emocional del júbilo.

Aquel sonido hizo encogerse al Amo Execrable. Se esforzó por mantener su desafío, pero no pudo. Lanzando un grito de dolor y furia mezclados, se cubrió el rostro y empezó a cambiar. Los años retrocedieron en su organismo. Su cabello se oscureció, la barba se hizo más rígida. Se volvía joven con una sorprendente rapidez. Y al mismo tiempo perdía solidez, estatura. Su cuerpo se encogía y desvanecía a medida que retrocedía en el tiempo. Pronto volvió a ser un joven, apenas visible.

Pero el cambio no se detuvo. De joven pasó a niño, y siguió rejuveneciendo velozmente. Por un instante fue un bebé que lloraba, chillaba con su antigua frustración. Luego desapareció por completo.

Mientras reían, los Amos también se desvanecieron. Una vez vencido el Despreciativo, volvieron a sus tumbas naturales... como fantasmas que al fin habían conseguido algo más que tormento por la ruptura de la Ley de la Muerte. Covenant y Vasallodelmar se quedaron solos.

Ahora el Incrédulo lloraba sin poder contenerse. La penosa experiencia había vencido finalmente su resistencia. Se sentía demasiado frágil para alzar la cabeza, demasiado cansado para vivir más. Sin embargo, tenía otra cosa que hacer. Había prometido que el Reino estaría a salvo. Ahora tenía que asegurarlo.

—¿Vasallodelmar? —gimió—. Amigo mío.

Con su tono rogaba al Gigante que le comprendiera. No tenía fuerzas para expresar lo que debía hacer.

—No temas por mí —replicó Vasallodelmar. Parecía extrañamente orgulloso, como si Covenant le hubiera honrado de alguna manera peculiar—. Thomas Covenant, ur-Amo e Incrédulo, valiente poseedor del oro blanco... no deseo otro fin. Haz lo que tengas que hacer, amigo mío. Estoy en paz. He sido testigo de algo que sería un relato maravilloso.

Covenant asintió, cegado por las lágrimas. Vasallodelmar podía tomar sus propias decisiones. Rompió entonces sus cadenas, a fin de que el Gigante pudiera al menos tratar de huir si lo deseaba. Entonces se olvidó por completo de él.

Mientras cruzaba lentamente la sala, trató de decirse que había hallado su respuesta. La respuesta a la muerte consistía en hacer uso de ella más que en ser su víctima... dominarla haciendo que sirviera a sus objetivos y creencias. Aquélla no era una buena respuesta, pero era la única que tenía.

Siguiendo la dirección que le indicaban los nervios de su cara, alargó la mano hacia la Piedra Illearth como si fuera el fruto del árbol del conocimiento de la vida y la muerte.

En cuanto la tocó, el poder de su anillo, que ya se desvanecía, despertó de nuevo. Una inmensa llamarada verdiblanca surgió hacia arriba, se alzó por encima de la Piedra y su anillo como un pináculo lo bastante grande para perforar los cielos. Al notar su poder, que recorría el casco magullado o el conducto de su ser, supo que había hallado su fuego, el fuego para el cual él estaba dispuesto como las hojas otoñales o un manuscrito malo. En el corazón del viento arremolinado, la columna de fuerza, se arrodilló junto a la Piedra y la rodeó con sus brazos como un hombre que abrazara la inmolación. Un nuevo reguero de sangre brotó, le corrió por la mejilla desde su labio emponzoñado, goteó sobre el resplandor verde y se vaporizó.

A cada momento la conjunción de los dos poderes producía más y más fuerza. Como un corazón sin vida pero lleno de la furia indomable, la Piedra Illearth latía en los brazos de Covenant, se movía con un reflejo irreflexivo, automático, para destruirle en vez de ser destruida. Y él la apretaba contra su pecho como un destino elegido. No podía acabar con la Corrupción, pero al menos podía tratar de romper aquella herramienta corruptora. Sin ella, cualquier resto superviviente del Despreciativo necesitaría siglos enteros para recuperar el poder perdido. Covenant abrazó la piedra, se entregó a su fuego y se esforzó con los últimos jirones de su

voluntad para quebrarla.

El holocausto verde y blanco creció hasta llenar la sala del trono, creció hasta convertirse en un huracán que ascendió por las entrañas de Ridjeck Thome. Como luchadores empeñados en un combate a muerte, el color esmeralda y el plateado restallaban en el aire, giraban hacia arriba a velocidades que no podía soportar el granito indefenso. Las raíces del promontorio temblaban doloridas, las paredes se doblaban, caían grandes fragmentos del techo, las piedras más débiles se fundían y corrían como agua.

Entonces una convulsión agitó la guarida. Se abrieron grandes grietas en el suelo y en las paredes, como si una fuerza devastadora se lanzara a una huida alocada. El mismo promontorio empezó a estremecerse y gemir. Detonaciones apagadas enviaban grandes nubes de cascotes a través de las grietas. Cenizas Calientes bullían y lanzaban chorros ardientes de lava. Las torres se inclinaban como álamos bajo un viento devastador.

Con un estallido que agitó las aguas del mar, todo el centro del promontorio saltó por los aires. En una lluvia de piedras, fragmentos de la guarida grandes como casas, como aldeas enteras, la cuña se abrió desde la punta hasta la base. Acompañadas por un ruido atronador, las mitades partidas se separaron y cayeron con el peso de un cataclismo en el mar.

Al instante, el océano se volcó en la brecha desde el este, y la lava se vertió en ella por el oeste. Sus impactos envolvieron en oscuras y sibilantes nubes de vapor los restos de Ridjeck Thome, el furor del mar, la piedra y el fuego... lo oscurecieron todo excepto el poder que llameaba desde el centro de la destrucción.

Era verdiblanco, salvaje, indomeñable, y crecía sin cesar hacia su Apocalipsis.

Pero el blanco dominó y prevaleció.

## EL FINAL DEL LEPROSO

sí Thomas Covenant mantuvo su promesa.



Luego, durante largo tiempo, permaneció tendido en una cómoda tumba de olvido, enterrado en su absoluto agotamiento, flotando en la oscuridad, en la tierra de nadie entre la vida y la muerte. Sentía que estaba efectivamente muerto, pero su corazón seguía latiendo como si le faltara la sagacidad o la sabiduría para pararse cuando ya no tenía más razón para seguir latiendo. Latía irregular y frágil, pero le mantenía con vida.

Y en lo más profundo de él, en un lugar escondido en alguna parte, defendido dentro de su cráneo, conservaba la conciencia de sí mismo. Aquel elemento esencial no le había fallado, aunque parecía perderse lentamente, empapado en la cálida y blanda tierra de su tumba.

Quería descansar. Se había ganado el reposo. Pero la liberación que le había llevado a su tenue paz actual, había sido demasiado costosa. No podía aprobarla.

Vasallodelmar ha muerto, murmuró en silencio.

No había escapatoria de la culpabilidad. Ninguna respuesta podía cubrirlo todo. Por muy larga que fuera su vida, nunca podría estar limpio.

No creía que pudiera vivir demasiado.

Sin embargo, algo tenaz discutía con él, le decía que aquello no era culpa suya. No había podido decidir por el Gigante. Más allá de cierto punto, aquella responsabilidad suya no era más que una forma más compleja de suicidio.

Aceptó el argumento. Sabía por experiencia que los leprosos estaban condenados en cuanto empezaban a creer que eran culpables de haber contraído la lepra, responsables de estar enfermos. Quizá la culpa y la mortalidad, la limitación física, eran lo mismo al final... hechos de la vida, irremediables, y era inútil protestar por ellos. Sin embargo, Vasallodelmar había desaparecido y nunca podría regresar. Covenant no volvería a escuchar su risa.

—Entonces, encuentra la paz en tu otra inocencia —dijo una voz entre la oscuridad—. No elegiste esta tarea. No la emprendiste por tu propia voluntad libre. Te la impusieron. La culpa es de quien elige, y esta elección fue efectuada por alguien que te seleccionó sin tu conocimiento o tu consentimiento.

Covenant no necesitó preguntar quién hablaba, pues reconocía la voz. Pertenecía al viejo mendigo que se había enfrentado a él antes de su primera experiencia en el Reino... el viejo que le había instado a que conservara su alianza matrimonial y le

había hecho leer un papel sobre la cuestión fundamental de la ética.

—Debes de haber estado seguro de ti mismo —replicó débilmente.

—¿Seguro? Ah, no. Había un gran peligro... un riesgo para el mundo que creé... riesgo incluso para mí. Si mi enemigo hubiera conseguido la magia indomeñable del oro blanco, se habría desatado sobre la Tierra... la habría destruido a fin de poder lanzarse contra mí. No, Thomas Covenant. Arriesgué mi confianza en ti. Mis propias manos estaban atadas. No podía tocar el Reino para defenderlo sin destruir así aquello que quería preservar. Sólo un hombre libre podía confiar en resistir a mi enemigo y preservar el Reino.

Covenant percibió simpatía, respeto e incluso gratitud en la voz. Pero no estaba convencido.

—Yo no era libre. No elegí.

—Ah, pero estabas... libre de mi persuasión, mi poder, mi deseo de convertirte en mi instrumento. ¿No he dicho que el riesgo era grande? No tenías elección, pero se te dio el poder de elegir. Te elegí para el Reino, pero no te obligué a servir mi propósito en el Reino. Estabas libre para condenar el Reino, la Tierra, el Tiempo y todo lo demás, si así lo decidías. Solamente mediante tal riesgo podía yo confiar en preservar la rectitud de mi creación.

En su oscuridad, Covenant se encogió de hombros.

—Seguía sin ser libre. Aquella cantante... la que me llamó Berek. Aquella reunión evangelista. La niña a la que mordió la serpiente. Tal vez me dejaste libre en el Reino, pero no me dejaste en paz en mi propia vida.

—No —respondió quedamente la voz—. Yo no participé en esos acontecimientos. Si hubiera hecho algo para influir en ti, habrías sido mi instrumento... ineficaz. Sin libertad no podías dominar a mi enemigo, sin independencia, sin la soberanía de tu propia lealtad. No, me arriesgué mucho cuando te hablé en una ocasión. No interferí de ninguna otra manera.

A Covenant no le gustaba pensar que había tenido una libertad tan completa para arruinar el Reino. ¡Había estado tan cerca! Reflexionó un momento en el riesgo del Creador, y luego preguntó:

—¿Qué te hizo pensar que no me derrumbaría... no abandonaría llevado por la desesperación?

—La desesperación es una emoción como cualquier otra —replicó la voz—. Lo que daña es el hábito de la desesperación, pero no la desesperación en sí misma. Tú eras un hombre acostumbrado ya al hábito y la desesperación, a la Ley que salva y condena. El conocimiento de tu enfermedad te hacía sabio.

Sabio, musitó Covenant para sí. Sabiduría. No podía comprender por qué seguía latiendo su estúpido corazón.

—Además, tú eras, a tu manera, un creador. Ya habías saboreado de qué manera

un creador puede sentirse impotente para enmendar su creación. A menudo esta impotencia es la que enseña a una creación a desesperar.

—¿Y qué me dices del creador? ¿Por qué no desespera él?

—¿Por qué debería hacerlo? Si no puede soportar el mundo que ha creado puede hacer otro. No, Thomas Covenant. —La voz rió tenue, tristemente—. Los dioses y los creadores son demasiado poderosos y carentes de poder para desesperar.

Covenant aceptó aquello, pero, casi por hábito, añadió en seguida que no era tan fácil. Quería que la voz se marchara, que le dejara en paz con su olvido. Pero aunque estaba silente, sabía que no le había abandonado. Al cabo de un momento hizo acopio de valor para preguntarle:

—¿Qué quieres?

—Thomas Covenant —dijo suavemente la voz—, mi hijo renuente, deseo hacerte un regalo, darte un galardón que hable de mi inefable gratitud. Tu mundo se rige por la Ley, igual que el mío. Y, bajo cualquier Ley, estoy en deuda contigo. Has salvado al Reino cuando estaba al borde de la disolución. Podría hacerte preciosos regalos una docena de veces, y aun así seguiría sin haberte pagado.

¿Un regalo? Covenant suspiró. No. No podía rebajarse, ni rebajar al Creador, pidiéndole que le curase la lepra. Estaba a punto de rechazar el ofrecimiento cuando sintió una súbita excitación.

—Salva al Gigante —dijo—. Salva a Vasallodelmar.

Con un tono de inefable pesar, la voz respondió:

—No, Thomas Covenant. No puedo. ¿No te he dicho que rompería el arco del Tiempo si deslizara mi mano a través de él para tocar la Tierra? Por muy grande que sea mi gratitud, no puedo hacer nada por ti en el Reino o sobre esa Tierra. Si pudiera, jamás habría permitido que mi enemigo hiciera tanto daño.

Covenant asintió. Reconocía la validez de la respuesta. Tras un momento de silencio, replicó:

—Entonces no hay nada que puedas hacer por mí. Le dije al Execrable que no creía en él. Tampoco creo en ti. He tenido la oportunidad de hacer una importante elección. Eso es suficiente. No necesito ningún regalo. Los regalos son demasiado fáciles... no puedo permitírmelos.

—¡Ah! Pero te has ganado...

—No me he ganado nada. —Una ira incipiente se agitaba en él—. No me diste la oportunidad de ganar nada. Me pusiste en el Reino sin mi aprobación o consentimiento, incluso sin mi conocimiento. Todo lo que hice fue ver la diferencia entre la salud y la... enfermedad. Bien, para mí es suficiente. Pero no hay en ello ninguna virtud en particular.

—No te apresures a juzgar a los hacedores de mundos —dijo lentamente la voz—. ¿Escribirás alguna vez un relato en el que ninguno de los personajes tenga

motivos para reprocharte?

—Lo intentaré —dijo Covenant—. Lo intentaré.

—Sí —susurró la voz—. Quizá sea suficiente para ti. Sin embargo, por mi propio bien, deseo hacerte un regalo. Por favor, permítemelo.

—No. —La negativa de Covenant tenía un tono de fatiga más que de beligerancia. No se le ocurría nada que pudiera aceptar.

—Puedo devolverte al Reino. Podrías vivir el resto de tu vida con salud y honores, como corresponde a un héroe.

—No —repitió, deseando que aquel ser tuviera misericordia de él, pues no podía soportarlo—. Ése no es mi mundo. No pertenezco a él.

—Puedo enseñarte a creer que tus experiencias en el Reino han sido reales.

—No. —Se dijo para sus adentros que no era tan fácil—. Me volverás loco.

La voz volvió a guardar silencio antes de decir en un tono apesadumbrado:

—Muy bien. Entonces escúchame, Thomas Covenant, antes de que me des otra negativa. Debo decirte esto.

»Cuando los padres de la niña a la que salvaste comprendieron lo que habías hecho, trataron de ayudarte. Estabas herido y debilitado por el hambre. Tus esfuerzos para salvar a la pequeña habían activado el veneno en tus labios. Tu estado era grave. Te llevaron al hospital para que te trataran. Ese tratamiento emplea una cosa que los curadores de tu mundo llaman «antiveneno». Thomas Covenant, ese antiveneno se fabrica con sangre de caballo. Tu cuerpo odia... eres alérgico al suero de caballo. La reacción es violenta. En tu débil estado no puedes sobrevivir. En estos momentos te hallas en el umbral de tu propia muerte.

»Escúchame, Thomas Covenant —dijo compungida la voz—. Puedo darte la vida. En estos momentos de necesidad, puedo proporcionar a tu carne enferma la fuerza que necesita para resistir.

Covenant permaneció unos instantes en silencio. Alguna vez, en su pasado semiolvidado, había oído decir que algunas personas eran alérgicas al contraveneno usado contra la mordedura de la serpiente de cascabel. Quizá los médicos del hospital deberían haber averiguado si era alérgico antes de administrarle la dosis completa. Probablemente llevaba tanto tiempo bajo el shock que no habían podido pararse en minucias. Por un momento consideró la idea de morir bajo su cuidado como una forma de venganza.

Pero rechazó la idea y la piedad de sí mismo que había tras ella.

—Prefiero sobrevivir —murmuró débilmente—. No quiero morir así.

La voz le respondió con un tono risueño.

—Está hecho. Vivirás.

—Lo creeré cuando lo vea —dijo Covenant, por la fuerza de la costumbre.

—Lo verás. Pero antes verás otra cosa. No me has pedido este regalo, pero te lo



doy tanto si quieres como si no. No te pedí tu aprobación cuando te elegí para el Reino, y no te la pido ahora.

Antes de que Covenant pudiera protestar, percibió que la voz le había dejado. Una vez más estaba solo en la oscuridad. El olvido le envolvía tan agradablemente que casi lamentaba su decisión de vivir. Pero entonces algo a su alrededor empezó a cambiar, a modularse. Sin ver, oír o tocar, fue consciente de la luz del sol, de murmullos, de una suave y cálida brisa. Se encontró mirando abajo, como si estuviera en una colina desde la que veía el lago Glimmermere.

Las aguas puras del lago reflejaban los cielos de un profundo azul bruñido, y la brisa olía agradablemente a primavera. Las colinas alrededor del lago mostraban las cicatrices del invierno preternatural del Execrable. Pero ya la hierba había empezado a brotar a través del suelo arrasado por el frío, y algunas resistentes flores de primavera se agitaban valientes en el aire. Las extensiones de tierra yerma habían perdido su aspecto gris y muerto. La curación del Reino había empezado.

Centenares de personas se habían congregado alrededor del lago. Casi de inmediato, Covenant distinguió al Amo Superior Mhoram, que estaba en pie, mirando al otro lado de Glimmermere, hacia el este. No llevaba bastón y tenía las manos vendadas. A su izquierda estaban los Amos Trevor y Loerya, con sus hijas, y a su derecha el Ama Amatin. Todos parecían alegres, pero la serena mirada de Mhoram brillaba más, atestiguaba con más elocuencia que ellos la victoria del Reino.

Detrás de los Amos estaban el Signo General Quaan y el Guardahogar Tohrm... Quaan con los Puños y su Ala de Guerra, y Tohrm con todos los Estigmatizados y Gravanélicos de las Defensas de los Amos. Covenant vio que Trell de Atiaran no estaba entre ellos. Comprendió intuitivamente. Trell había llevado su dilema personal a su conclusión y o bien estaba muerto o se había ido. Una vez más, el Incrédulo descubrió que no podía exonerarse de su culpabilidad.

Alrededor del lago, más allá de los Amos, estaban los Guardianes de la Ciencia y los guerreros. Y detrás de ellos los supervivientes de Piedra Deleitosa, granjeros, cuidadores de rebaños, asistentes de los caballos, cocineros, artesanos, maestros, niños y padres, jóvenes y viejos... todos aquéllos que habían resistido. No parecían muchos, pero Covenant sabía que eran suficientes. Podrían comenzar la labor de restauración.

Mientras él observaba, se acercaron más al lago y guardaron silencio. El Amo Superior Mhoram esperó hasta que todos prestaron atención. Entonces alzó su voz.

—Pueblo del Reino —dijo con firmeza—. Nos hemos reunido aquí para celebrar la vida. No puedo entonar ningún cántico largo. Todavía estoy débil y ninguno de nosotros es fuerte. Pero estamos con vida. El Reino ha sido preservado. La loca desbandada del Ejército del Amo Execrable muestra que ha caído. El fiero eco de batalla dentro del *krill* de Loric nos muestra que el oro blanco ha entablado combate

con la Piedra Illearth y ha salido triunfante. Eso es causa suficiente de celebración. ¿Suficiente? Amigos míos, bastará para nosotros y nuestros hijos mientras dure la era actual del Reino.

»Como prueba de esto, he traído el *krill* a Glimmermere. —Lentamente, porque todo movimiento le producía dolor, buscó entre los pliegues de su túnica y sacó la daga. Su gema no mostraba señal de vida—. En ella vemos que el ur-Amo Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco, ha regresado a su mundo, donde nació un gran héroe para nuestra redención.

»Bien, así es como debe ser, aunque mi corazón lamenta que haya ocurrido. Pero no temáis que se haya perdido para nosotros. ¿No dicen las antiguas leyendas que Berek Mediamano volverá de nuevo? ¿Y no se mantuvo esa promesa en la persona del Incrédulo? Tales promesas no se hacen en vano.

»Amigos míos, pueblo del Reino, Thomas Covenant me preguntó una vez la razón por la que nos dedicábamos tanto a la Ciencia del Amo Superior Kevin Pierdetierra. Y ahora, en esta guerra, hemos conocido los peligros de esa Ciencia. Como el *krill*, es un poder de dos filos, tan apto para la matanza como para la preservación. Su uso pone en peligro el Juramento de Paz.

»Soy Mhoram, hijo de Variol, Amo Superior por elección del Consejo. Declaro que desde este día en adelante no nos entregaremos a ninguna ciencia que excluya la Paz. Obtendremos conocimientos por nosotros mismos... nos esforzaremos, buscaremos y aprenderemos hasta que hayamos descubierto una ciencia en la que el Juramento de Paz y la preservación del Reino estén juntos. ¡Escúchame, pueblo mío! Serviremos a la Amistad de la Tierra de una manera nueva.

Cuando terminó de hablar, alzó el *krill* y lo arrojó al aire. Trazó un arco, centelleando bajo la luz del sol, y cayó en el centro del lago. Al tocar el agua potente, produjo una llamarada blanca y desapareció en las profundidades para siempre.

El Amo Superior Mhoram observó hasta que las ondas desaparecieron. Entonces hizo un exultante gesto de invocación y todos los reunidos alrededor del lago empezaron a cantar:

*¡Salve, Incrédulo!  
Mantenedor de la promesa,  
verdad sin juramento y enemigo del mal.  
Ur-Amo que puso fin al mal y afirmó la vida:  
¡Salve, Covenant!  
Fuerte poseedor de magia indomeñable,  
Servidor del oro blanco en la Tierra y Amo...  
Tuyo es el poder que preserva.  
Canta, pueblo del Reino...  
¡Eleva tu obediencia!*

*Mantén altos el honor y la gloria hasta el fin de los días:  
¡Que esté limpia la verdad ganadora!  
¡Salve, Incrédulo!  
¡Covenant!  
¡Salve!*

Alzaron sus bastones, y espadas y manos hacia él, y su visión quedó empañada por las lágrimas. Perdió de vista el lago hasta que se convirtió en una mera mancha luminosa ante su rostro. No quería perderla. Trató de aclararse la vista, confiando en que el lago no hubiera desaparecido. Pero entonces tuvo conciencia de sus lágrimas. En vez de humedecer sus mejillas, corrían por las orejas y el cuello. Estaba tendido boca arriba. Cuando centró de nuevo la mirada, vio que la mancha de luz ante él era el rostro de un hombre.

El hombre le escudriñó durante un largo momento y se retiró, quedando envuelto en una neblina superficial de fluorescencia. Lentamente, Covenant se dio cuenta de que había unas brillantes barras horizontales a cada lado del lecho. Tenía la muñeca izquierda atada a una de ellas, para que no pudiera desprender con su movimiento la aguja clavada en la vena. La aguja conectaba, a través de un conducto, con una botella de suero colgada por encima de su cabeza. El aire tenía un débil olor a germicida.

—No lo hubiera creído de no haberlo visto —dijo el hombre—. Ese pobre diablo va a vivir.

—Por eso le llamé, doctor —dijo una mujer—. ¿No hay algo que podamos hacer? —¿Hacer? —replicó el médico, bruscamente.

—No quería decir eso —dijo la mujer, a la defensiva—. ¡Pero es un leproso! Hace meses que la gente de este pueblo vive con el corazón en un puño por su culpa. Nadie sabe qué hacer con él. Algunas enfermeras quieren... quieren una paga extra por cuidarle. Y mírele. Está tan mal... Creo que sería mucho mejor para todos que... que él...

—Basta —dijo el médico, enfadado—. Enfermera, si vuelvo a oírle decir algo semejante va a tener que buscarse otro empleo. Este hombre está enfermo. Si no quiere ayudar a la gente que está enferma, dedíquese a otra cosa.

—No pretendía decir que haya que hacerle ningún daño —replicó la enfermera mientras salía de la habitación.

Tras la salida de la mujer, Covenant perdió de vista al médico unos momentos. La luz fluorescente impedía verle bien. Covenant trató de evaluar su situación. Su muñeca derecha también estaba atada, por lo que permanecía en la cama como si estuviera crucificado, pero ello no le impedía verificar los hechos esenciales acerca de sí mismo. Tenía los pies insensibles y fríos. Los dedos de las manos estaban en la misma condición. La frente le dolía febrilmente. El labio estaba tenso, caliente e

hinchado.

Tenía que estar de acuerdo con la enfermera. Estaba muy mal.

Volvió a ver al médico a su lado. El hombre parecía joven y enfadado. Entró otro hombre en la habitación, un doctor de más edad al que Covenant reconoció como el que le había tratado durante su estancia anterior en el hospital. Al contrario que el médico joven, llevaba un traje de calle en vez de la bata blanca.

—Confío en que tenga una buena razón para llamarme —dijo al entrar—. No dejo la iglesia por nadie... especialmente durante la Pascua.

—Esto es un hospital —gruñó el médico joven—, no una reunión evangélica. Claro que tengo una buena razón.

—¿Qué diablos le pasa? ¿Está muerto?

—No, precisamente lo contrario... Va a vivir. Hace un momento estaba bajo shock alérgico, agonizando porque su cuerpo está demasiado débil, infectado y envenenado para luchar... y un instante después... pulso firme, respiración regular, reacciones pupilares normales, tono de la piel mejorando. Le diré qué es esto. Es un milagro, eso es.

—Vamos, vamos —murmuró el médico mayor—. No creo en los milagros... ni usted tampoco. —Eché un vistazo a la tablilla y luego auscultó el corazón y los pulmones de Covenant—. Tal vez lo que ocurre es que es un hombre testarudo. —Se inclinó sobre Covenant—. Señor Covenant —le dijo—. No sé si puede oírme. Si puede, tengo algunas noticias que quizá sean importantes para usted. Ayer vi a Megan Román... su abogado. Dijo que el consejo municipal ha decidido no recalificar Haven Farm. Como salvó de esa manera a la niña... bien, algunas personas están un poco avergonzadas de sí mismas. Es difícil privarle a un héroe de su hogar.

»Naturalmente, para serle sincero, debo decirle que Megan Román puso en práctica algunos juegos de manos en su favor. Es una buena abogado, señor Covenant. Pensó que el consejo se lo pensaría dos veces antes de desahuciarle si sabían que una revista de alcance nacional iba a publicar un reportaje de interés humano acerca del famoso autor que salva niños de las mordeduras de serpientes cascabel. Ninguno de nuestros políticos deseaba titulares como: «La ciudad que condena a su héroe al ostracismo». Pero lo importante es que va a poder quedarse con Haven Farm.

El médico mayor retrocedió. Al cabo de un momento, Covenant le oyó decir al otro médico:

—Todavía no me ha dicho por qué está tan enojado.

—No es nada —replicó el joven, mientras salían de la habitación—. Una de nuestras almas caritativas sugirió que deberíamos matarlo.

—¿Quién fue? Haré que la enfermera jefe la traslade. En algún lugar lograremos que le traten decentemente.

Las voces se alejaron y Covenant quedó solo en su cama.

Un milagro, pensaba débilmente. Eso era todo.

Era un hombre enfermo, una víctima de la enfermedad de Hansen. Pero no era un leproso... no era simplemente un leproso. Tenía la ley de su enfermedad grabada en grandes e innegables letras en los nervios de su cuerpo, pero era más que eso. Al final, no le había fallado al Reino. Y tenía un corazón que aún podía bombear sangre, huesos que podían sostener su peso. Se sentía a sí mismo.

Thomas Covenant: Increíble.

Un milagro.

A pesar del rígido dolor en el labio, sonrió en la habitación vacía. Percibió la sonrisa en su rostro y estuvo seguro de ella.

Sonrió porque estaba vivo.

## GLOSARIO

**Acence:** pedrariana, hermana de Atiaran.

**Aflicción, La:** *Coercri*, ciudad de los Gigantes.

**Ahanna:** pintora, hija de Hanna.

**Ala de Guerra:** el ejército de las Defensas de los Amos.

**Ala Primera de la Ciencia de Kevin:** conocimiento principal legado por el Amo Superior Kevin.

**Alegre:** un ganatecho de los hombres de Ra.

**alianta:** bayas-tesoro.

**amanibhavam:** hierba curativa para los caballos y venenosa para los hombres.

**Amatin:** un Ama, hija de Matin.

**Amigo de la Tierra:** título concedido por primera vez a Berek Mediamano.

**Amo:** maestro de la Espada y el Bastón, partes de la Ciencia de Kevin.

**Amo Fundador:** Berek Mediamano.

**Amo Execrable:** el Enemigo del Reino.

**Amo Superior:** dirigente del Consejo de los Amos.

**Amok:** guía misterioso y servidor de la antigua Ciencia.

**Amorine:** Primer Puño, posteriormente Dagoman.

**Anciano de Grado Espada:** el primer Guardián de la Ciencia de la Espada en la Raat.

**Antiguos Amos:** Amos anteriores al Ritual de la Profanación.

**anundivian yajña:** arte perdido de los hombres de Ra, escultura en hueso.

**Árbol Único, el:** árbol místico con cuya madera se hizo el Bastón de la Ley.

**Asesino Gris:** nombre que se da en las Llanuras al Amo Execrable.

**Atiaran de Trell:** pedrariana, madre de Lena.

**Asuraka:** anciano con Grado de Bastón en la Raat. *aussat*

**Befylam:** forma infantil de jheherrin.

**Bañas Mimiran:** la Celebración de Primavera.

**Bann:** un Guardián de Sangre, asignado al Amo Trevor.

**Bannor:** un Guardián de Sangre, asignado a Covenant.

**Baraclakas:** un Estigmatizado de la Fustaria Alta.

**Barón del Anillo:** nombre que los hombres de Ra dan a Thomas Covenant.

**Barón del Colmillo, el Arrebatador:** nombre que los hombres de Ra dan al Amo Execrable.

**Bastón, el:** una rama de la Ciencia de Kevin, a distinguir de otros bastones.

**Bastón de la Ley, el:** formado por Berek con madera del Árbol Único.

**Bayas-tesoro:** fruto nutritivo que se encuentra por doquier en el Reino.

**Berek Mediamano:** Corazón Fuerte, fundador del linaje de los Amos, primero de los Antiguos Amos.

**Bhratair:** pueblo al que se enfrentaron los Gigantes errantes.

**Birinair:** un Estigmatizado, Guardahogar de las Defensas de los Amos.

**Borillar:** un Estigmatizado y Guardahogar de las Defensas de los Amos.

**Bosque Único, el:** antiguo bosque que cubría la mayor parte del Reino.

**Brabha:** un Ranyhyn, montura de Korik.

**caamora:** ordalía de aflicción mediante el fuego a la que se entregan los Gigantes.

**Caer-Caverall:** aprendiz de Forestal en el bosque de musgo de Morin.

**Caerroil Bosqueagreste:** Forestal de la Espesura Acogotante.

**Callindrill de Faer:** un Amo.

**Cámara fustacordial:** lugar de reunión en una fustaria.

**Celebración de Primavera:** danza de los Espectros de Andelain a la luz de la luna en las medianoches de primavera.

**Cercado, el:** Cámara del Consejo en las Defensas de los Amos.

**Cerrin:** un Guardián de Sangre, asignado al Ama Shetra.

**Ciencia de Kevin:** conocimiento de la fuerza dejado por Kevin en las Siete Alas.

**Ciencia de la Guerra:** conocimiento de la Espada en la Ciencia de Kevin.

**Círculo de ancianos:** dirigentes de la pedraria.

**clingor:** cuero adhesivo.

**Coloso, el:** antigua figura de piedra que protege la Tierra Superior.

**Corazón de Satán:** nombre que dan los Gigantes al Amo Execrable.

**Corazón del Trueno:** cueva de la fuerza en el monte Trueno.

**Corazón Fuerte:** Berek Mediamano.

**Corazón Salado Vasallodelmar:** un Gigante amigo de Covenant.

**Cordón:** segundo rango de los hombres de Ra.

**Cordonación:** ceremonia de nombramiento del Cordón.

**Corimini:** el más anciano de la Raat.

**Corrupción:** nombre que da la Escolta de Sangre al Amo Execrable.

**Creador, el:** legendario Amo del Tiempo y Señor de la Tierra, enemigo del Amo Execrable.

**Crowl:** un Guardián de Sangre.

**Cumbre de los Leones de Fuego:** el Monte Trueno.

**Curador:** médico.

**Dagoman:** segundo grado en el mando del Ala de Guerra.

**Damelon Giganteamigo:** hijo de Berek Mediamano, antiguo Amo Superior.

**Danza de los Espectros:** Celebración de Primavera.

**Defensas de los Amos:** Piedra Deleitosa.

**Delirantes:** tres antiguos sirvientes del Amo Execrable.

**Demondim:** vástagos de ur-viles y Waynhim.

**Descuartizador:** un Gigante-Delirante, Jehannum, *moksha*.

**Desolación, la:** era de ruina en el Reino, tras el Ritual de la Profanación.

**Despreciativo, el:** el Amo Execrable.

**Desprecio, el:** Poder del mal.

**dharmakestra:** «desafiar al enemigo», nombre Waynhim.

**Doar:** un Guardián de Sangre.



**Drinishok:** Anciano con grado de Espada en la Raat.

**Drinny:** un Ranyhyn, montura del Amo Mhoram, potro de Hynaril.

**dukkha:** «víctima», nombre Waynhim.

**Eoala:** veinte Eomanes más un Puño General.

**Elena:** Ama Superior durante el primer ataque del Amo Execrable. Hija de Lena.

**Elohim:** pueblo al que se enfrentaron los Gigantes errantes.

**Energía de la Tierra:** la fuente de todo poder en el Reino.

**Entes de la Cueva:** criaturas malignas que viven bajo el monte Trueno.

**Eoala:** veinte. Eomanes más un Puño General.

**Eoman:** veinte guerreros más un Puño de Guerra.

**Escolta de Sangre:** defensores de los Amos.

**Espada, la:** una rama de la Ciencia de Kevin.

**Espectros de Andelain:** criaturas que se entregan a la danza en la Celebración de Primavera.

**Estigmatizado:** maestro de la Ciencia de la Madera.

**fael Befylam:** forma de serpiente del jheherrin.

**Faer:** compañera del Amo Callindrill.

**Forestal:** protector de los restos del Bosque Único.

**Fuego de los Amos:** bastón de fuego usado por los Amos.

**Fuego de los Saltos:** fuego de aviso en Piedra Deleitosa.

**Fustaria:** pueblo-árbol.

**Fustariano:** habitante de una fustaria.

**Fustigador:** primer rango de los hombres de Ra.

**Ganatecho:** grado inferior de los hombres de Ra.

**Garth:** Signo General del Ala de Guerra.

**Giganteclave:** conferencia de los Gigantes.

**Gigantes:** los Sinhogar, antiguos amigos de los Amos.

**Goral Krembal:** muerte de Hotash.

**Gorgonas de Arena:** monstruos descritos por los Gigantes.

**Gracia:** cordón de los hombres de Ra.

**Gravanel:** piedras de fuego a las que hace fulgurar la Ciencia de la Piedra.

**Gravanélico:** maestro de la Ciencia de la Piedra.

**Gravin Threndor:** el Monte Trueno.

**grifo:** bestia parecida a un león alado.

**Guardián de Sangre:** miembro de la Escolta de Sangre.

**Haruchai:** pueblo del que proceden los miembros de la Escolta de Sangre.

**Herederero:** dirigente de una fustaria.

**Herem:** un Delirante.

**Hermano, hermana piedra:** expresiones de afecto entre hombres y Gigantes.

**Hile Troy:** Signo General del Ala de Guerra del Ama Superior Elena.

**Hoerkin:** un Puño de Guerra.

**Hogar:** tierra natal de los Gigantes.

**Hombres de Ra:** pueblo que sirve a los Ranyhyn.

**Howor:** un Guardián de Sangre, asignado al Amo Loerya.

**Hurn:** un cordón de los hombres de Ra.

**Huryn:** un Ranyhyn, montura de Terrel.

**Hynaril:** un Ranyhyn, montura de Tamarantha y Mhoram.

**Hyrim:** un Amo, hijo de Hoole.

**Illearth:** «piedra de la mala tierra». Piedra hallada bajo el Monte Trueno, fuente de poder maligno.

**Imoiran de Tomal:** un pedrario.

**Incrédulo, el:** Thomas Covenant.

**Indagación, la:** búsqueda para rescatar el Bastón de la Ley.

**Inquina:** Fuerza del Mal.

**Irin:** guerrero del tercer Eoman del Ala de Guerra.

**Jain:** un Fustigador de los hombres de Ra.

**Jehannum:** un Delirante.

**jheherrin:** subproductos vivos y blandos de la maldad del Execrable.

**Juramento de Paz:** juramento de los pueblos del Reino contra la violencia innecesaria.

**Kam:** un Fustigador de los hombres de Ra.

**Kelenbhrabanal:** Padre de los Caballos en las leyendas de los Ranyhyn.

**Kevin Pierdettierra:** hijo de Loric Acallaviles, último Amo Superior de los Antiguos Amos. Kiril Threndor: Corazón del Trueno. Korik: miembro de la Escolta de Sangre.

**kresh:** lobos salvajes, gigantes y amarillentos.

**krill:** espada encantada de Loric, un misterio para los Nuevos Amos, cuyo poder despierta Thomas Covenant.

**Kurash Plenethor:** región llamada antiguamente Piedra Herida y hoy denominada Fidelia.

**Kurash Qwellinir:** las Colinas Quebrantadas.

**Lal:** un Cordón de los hombres de Ra.

**Lena:** pedrariana, hija de Atiaran.

**Leones de Fuego:** fuego que brota del Monte Trueno.

**Ley de la muerte:** la separación de los vivos y los muertos.

**lillianrill:** ciencia de la madera, o maestros de la ciencia de la madera.

**Lithe:** un Fustigador de los hombres de Ra.

**Loerya de Trevor:** un Ama.

**Lombrizderoca Babeante:** Ente de la Cueva, descubridor del Bastón de la Ley.

**lomillialor:** Madera Superior.

**lor-liarill:** madera de oropelino.

**Loric Acallaviles:** un Amo Superior, hijo de Loric Acallaviles.

**Llaura:** heredera de Fustaria Alta.

**Madera Superior:** vástago del Árbol Único.

**Madrigueras de los Entes:** hogares de los Entes de la Cueva bajo el Monte Trueno.

**Maestro de la Ciencia:** dirigente de los ur-viles.

**Malliner:** heredero de Fustaria Alta, hijo de Veinnin.

**Mane:** un Ranyhyn.

**Mansión:** zona principal de residencia de los hombres de Ra.

**Mar Brillante:** lago en la meseta situada más arriba de Piedra Deleitosa.

**Marga antilesiones:** barro con propiedades curativas.

**Marny:** montura de Tuvor.

**Mataclanes:** un Gigante-Delirante, Herem, *twiya*.

**Mehryl:** un Ranyhyn, montura de Hile Troy.

**Melenkurion abatha:** frase de invocación o poder.

**Mhoram:** Amo, hijo de Variol.

**Miembrosdesparo Colocaquillas:** un Gigante, padre de trillizos.

**moksha:** un Delirante, Jehannum, Descuartizador.

**Morada del Hacedor:** Guarida del Execrable.

**Morin:** Primer Signo de la Escolta de Sangre, antiguo jefe del ejército *Haruchai*.

**Morril:** un Guardián de Sangre, asignado al Amo Callindrill.

**Murrin de Odon:** un pedrario.

**Musculoso:** un Cordón de los hombres de Ra.

**Myrha:** un Ranyhyn, montura de Elena.

**Nido de Horcas:** lugar de ejecución en la Espesura Acogotante.

**Ominosa:** fuerza repelente, muralla de energía.

**Omournil:** heredera fustariana, hija de Mournill.

**orcrest:** una piedra de fuerza.

**Oropelino:** árbol parecido al arce con hojas doradas.

**Osondrea:** Ama, hija de Sondrea.

**Ostela:** escultura en hueso.

**Padrias:** heredero fustariano, hijo de Mili.

**Palabra de Aviso:** una poderosa y destructiva prohibición.

**Pedraria:** pueblo de piedra.

**Pedrario:** habitante de una pedraria.

**Pelotrenzado Tiradetodo:** giganta, esposa de Miembrosdesparo Colocaquillas, madre de trillizos.

**Piedra Herida:** ahora denominada Fidelia.

**Piedra de la Mala Tierra:** Piedra Illearth, fuente de poder maligno hallada bajo el Monte Trueno.

**Piedras de fuego:** gravanel.

**Piedra Deleitosa:** Defensas o lugar donde residen los Amos, ciudad de los Amos en la montaña.

**Pietten:** niño fustariano, hijo de Soranal.

**Poder de Mando:** Séptima Ala de la Ciencia de Kevin.

**Porib:** un Guardián de Sangre.

**Pren:** un Guardián de Sangre.

**Primar Guerrero:** comandante del Ala de Guerra.

**Primer Puño:** tercero en el mando del Ala de Guerra.

**Primer Signo:** comandante de la Escolta de Sangre.

**Prothall:** hijo de Dwillian.

**Prueba de Verdad:** prueba de veracidad mediante el *lomillialor* o el *orcrest*.

**Puente Vedado:** entrada a las catacumbas bajo el Monte Trueno.

**Puño de Guerra:** comandante de un Eoman.

**Puño de Satán:** un Gigante-Delirante, Sheol, *samadhi*.

**Puño General:** comandante de una Eoala.

**Quaan:** Puño de Guerra del tercer Eoman del Ala de Guerra.

**Quirrel:** un predariano, compañero de Triock.

**Raat:** escuela de Fidelia donde se estudia la Ciencia de Kevin.

**Ranyhyn:** caballos grandes y libres de las Llanuras de Ra.

**Realizador, el:** nombre *jheherrin* del Amo Execrable.

**Recinto Sagrado:** Sala de Vísperas en Piedra Deleitosa.

**Redimidos:** estudiantes de la Ciencia, liberados de las responsabilidades convencionales.

**Reino, el:** generalmente, área que se encuentra en el mapa.

**Resguardo:** lugar de descanso para los viajeros.

***rhadhamaerl***: Ciencia de la Piedra, o maestros de la Ciencia de la Piedra.

**Ridjeck Thome**: Guarida del Execrable.

***rillinlure***: polvo de madera curativa.

**Ritos de Redención**: ceremonia en la que se otorga la redención.

**Ritual de Profanación**: acto de desesperación con el que el Amo Superior Kevin destruyó a los Antiguos Amos y arruinó la mayor parte del Reino.  
*roge-Befylam*; forma Ente de la Cueva de los *jheherrin*.

**Rompealmas**: nombre que los Gigantes dan al Amo Execrable.

**Rue**: una Fustigadora, llamada anteriormente Alegre.

**Ruel**: un Guardián de Sangre, asignado a Hile Troy.

**Runnik**: un Guardián de Sangre.

**Rustah**: un Cordón de los hombres de Ra.

**Saltos Aferrados**: catarata en Piedra Deleitosa.

***samadhi***: un Delirante, Sheol, Puño de Satán.

**Sheol**: un Delirante, Puño de Satán, *samadhi*.

**Shetra de Verement**: un Ama.

**Shull**: un Guardián de Sangre.

**Siete Alas**: conjunto de conocimientos dejados por el Amo Superior Kevin.

**Siete Palabras**: palabras de fuerza.

**Signo General**: jefe del Ala de Guerra.

**Sill**: un Guardián de Sangre, asignado al Amo Hyrim.

**Sinhogar, los**: los Gigantes.

**Slen de Terass**: un pedrario.

**Soranal**: heredero fustariano, hijo de Thiller.

***suru-pa-maerl***: arte de la piedra.

**Taller de la Ciencia**: laboratorio de la energía de los Demondim.

**Tamarantha de Variol**: Ama, hija de Enesta.

**Terass de Slen**: pedrariana, hija de Annoria.

**Terrel**: un Guardián de Sangre, asignado al Amo Mhoram, antiguo jefe del ejército

*Haruchai.*

**Thew:** un Cordón de los hombres de Ra.

**Thomin:** un Guardián de Sangre, asignado al Amo Verement.

**Tierra Inferior:** tierra al este del Declive del Reino.

**Tohrm:** gravanólico y Guardahogar de las Defensas de los Amos.

**Tomal:** pedrario experto en el arte de la piedra. Tragavidas: el Gran Pantano.

**Trell de Aliaran:** gravanólico de la Pedraria Mithil.

**Trevor de Leorya:** un Amo.

**Triock:** pedrario, hijo de Thuler.

**Tull:** un Guardián de Sangre.

**turiya:** un Delirante, Herem, Mataclanes.

**Tuvor:** Primer Signo de la Escolta de Sangre, antiguo jefe del Ejército *Haruchai*.

**ur-Amo:** título otorgado a Thomas Covenant.

**ur-viles:** vástagos de los Demondim, criaturas malignas.

**Vailant:** antiguo Amo Superior.

**Vale:** un Guardián de Sangre.

**Valle de los Dos Ríos:** lugar de Madera Deleitosa.

**Variol Vistaclara de Tamarantha:** un Amo, más tarde Amo Superior, hijo de Pentil, padre de Mhoram.

**Verement de Shetra:** un Amo.

**viancome:** lugar de reunión de Madera Deleitosa.

**Veta oropelina:** madera de fuerza que se obtiene de los árboles oropelinos.

**Vedado, el:** muralla de poder.

«**Victoria del Amo Mhoram, La**»: una pintura de Ahanna.

**Viles:** progenitores de los Demondim.

**Vino vigorizante:** licor suave y refrescante.

**Voto, el:** juramento *Haruchai* con el que se constituyó la Escolta de Sangre.

**Waynhim:** asistentes de los resguardos, contrarios a los ur-viles, aunque son vástagos de los Demondim.

**Whane:** un Cordón de los hombres de Ra.

**Yeurquin:** pedrariano, compañero de Triock. Yolenid: hija de Loerya.